



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA

**El general
Miguel Miramón Tarelo**



Tesis

que para obtener el título de
Licenciado en Historia

presenta
Leopoldo Silberman Ayala

Asesor: Dra. Berta Flores Salinas

MEXICO, D. F.

JUNIO DE 2005

m345263



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Esta investigación tuvo varias fases y diversas versiones; de un simple trabajo para acreditar una materia terminó convirtiéndose en una tesis de licenciatura. Por ello, agradezco a Virginia Guedea Rincón Gallardo y Ana Rosa Suárez Argüello la acuciosa lectura de los primeros borradores, pues sus comentarios me ayudaron sobremanera a mejorar este trabajo.

Igualmente toda mi gratitud, por aceptar involucrarse en un tema tan difícil como interesante, a Patricia Escandón Bolaños, Tarcisio García Díaz, Luís Olivera y Miguel Ángel Castro; sus comentarios y valiosas recomendaciones enriquecieron invaluablemente mi propia visión del tema investigado.

Por último, quiero agradecer muy especialmente a la doctora Berta Flores Salinas, pues sin ella no hubiera podido terminar la tarea emprendida. Más allá de una simple asesoría, sus comentarios constituyeron para mí verdaderas lecciones de historia patria. Su interés por el general Miguel Miramón me permitió conocer su apasionante forma de enseñar los sucesos que acontecieron en la Gran Década Nacional. A ella agradezco, sobre todo, la confianza depositada en mí para la elaboración de la presente investigación.

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: Leopoldo Silbermann Ayala

FECHA: 09/06/05

FIRMA: Leopoldo Silbermann Ayala

*Franco, listo, enamorado,
asombro de los valientes,
servicial con los amigos,
buen soldado, buen jinete;
en la ciudad, caballero
y calavera decente;
en el campo de batalla
siempre confiado y alegre;
del conservador partido
la adarga y el brazo fuerte...*

Guillermo Prieto, 1892

Índice

Introducción.....	7
1. La caída de Querétaro.....	22
2. Sentencia de muerte.....	31
3. La familia Miramón.....	39
4. La guerra injusta.....	48
5. El Colegio Militar.....	62
6. Primeros tiempos en el ejército.....	73
7. La revolución de Ayutla.....	82
8. La efimera presidencia de Álvarez.....	92
9. Miramón, el conservador.....	102
10. El arte del cuartelazo.....	112
11. El preludio de la guerra.....	122
12. Los dos gobiernos.....	133
13. El fragor de la batalla.....	142
14. Sin tregua.....	151

15. El Joven Macabeo.....	161
16. La batalla de Ahualulco de los Pinos.....	171
17. Un interludio personal.....	179
18. El plan de Navidad.....	187
19. El presidente más joven.....	195
20. La dimisión de Zuloaga.....	203
21. La marcha a Veracruz.....	212
22. Tacubaya.....	222
23. Juárez y los Estados Unidos.....	233
24. La radicalización de las posturas.....	243
25. El tratado Mon-Almonte.....	254
26. De vuelta al campo de batalla.....	263
27. Los Estados Unidos y el incidente de Antón Lizardo.....	272
28. El comienzo del fin.....	281
29. La batalla de Silao.....	289
30. El triunfo liberal.....	299

31. El exilio.....	309
32. Los objetivos de Napoleón III.....	318
33. La alianza tripartita.....	329
34. La intervención francesa.....	338
35. El Segundo Imperio Mexicano.....	346
36. El destierro disfrazado.....	354
37. La insoportable espera.....	363
38. El regreso del Macabeo.....	373
39. El sitio de Querétaro.....	383
40. En interminable espera de Márquez.....	390
Epílogo.....	399
Conclusiones.....	403
Apéndice I.....	410
Apéndice II.....	415
Apéndice III.....	416
Referencias.....	417

Introducción

Erigida en la cima del cerro de las Campanas, una estatua de varios metros de altura parece observar el paso de los años que va transformando el paisaje de la ciudad de Querétaro. El rostro esculpido mantiene la vista fija; la frente, en alto y serena. A los pies, una inscripción recuerda la frase atribuida al personaje, a Benito Juárez: “el respeto al derecho ajeno es la paz”. Un camino marca el descenso del cerro, convertido en parque público. Algunos metros más adelante, una capilla de piedra rosa mira también hacia la ciudad. Una ventana rota permite que el polvo y la lluvia invadan el interior. La reja impide el paso, aunque invita a observar: al fondo, una imagen de la virgen María con su hijo Jesús muerto en sus brazos. Es una *Dolorosa*.

En el piso, apenas sobresaliendo, tres losas, cada cual con una inscripción: Mejía, a la izquierda; Miramón, al centro y dos letras M bajo una corona, a la derecha. Es el anagrama de Maximiliano de Habsburgo. Maximiliano I, emperador de México. La capilla fue construida en 1902, treinta y cinco años después de que en ese sitio cayeran los cuerpos sin vida de dos generales y un monarca. El tiempo se encargó de olvidarlos o, peor aún, de imponerles una calificación. No lograron un lugar en la “Rotonda de los Hombres Ilustres”; estos tres personajes, junto a muchos más, podrían formar la “Rotonda de los Hombres Caídos”: un sitio para aquellos sin los cuales no habría podido conformarse el Estado Mexicano que actualmente conocemos; el mismo que, precisamente en el cerro de las Campanas, se erigió como tal.

Las profundas desavenencias políticas, los múltiples levantamientos y las continuas intervenciones armadas que asolaron al país a lo largo del siglo diecinueve habían tenido como consecuencia una cada vez más profunda división en el pensar de los principales actores de la sociedad mexicana, en la idea de “nación” que concebían los distintos grupos. Esta división llegaría a radicalizarse en el periodo comprendido entre 1857 y 1867, mismo que Miguel Galindo y Galindo bautizó como la “Gran Década Nacional” y al término del cual solo habría cabida para uno de los grupos beligerantes. Por ello, 1867 marcó no sólo el triunfo de la República sobre las fuerzas imperialistas, sino también el inicio de una historia

oficial que en mayor o menor medida tendería a enaltecer las acciones de un minúsculo grupo de hombres y a marcar con el estigma de *traidor* a todos aquellos que hubiesen estado en contra de las ideas y acciones de “los héroes que nos dieron patria”. La historiadora Erika Pani señala:

La intervención y el Imperio, o, más bien, la lucha en su contra, iban a representar de este modo una piedra angular dentro de la construcción de la “historia patria”, cuyos años dorados, puede decirse, empiezan a despuntar poco después de la tragedia de Querétaro. No en balde mucho del personal político de la República Restaurada y el Porfiriato se fogueó durante la guerra. Los presidentes después de 1867 encarnaban símbolos de la lucha patriótica: Juárez y Lerdo, de la tenaz resistencia civil de Paso del Norte; Díaz, “héroe del 2 de abril”, y su redimido subalterno, Manuel González, del heroísmo militar. Pero la “historia patria”, aunque plana, melodramática y a menudo tramposa, es siempre un ente complejo.¹

A fin de construir un pasado digno del triunfo liberal, los grupos antagónicos al gobierno fueron disminuidos en sus hechos e ideas. La lucha por la construcción de una nación iniciada en 1821 encontró su punto culminante en los regímenes que siguieron al Imperio; las pugnas entre centralistas y federalistas, y más adelante, entre conservadores y liberales, quedaron convertidas en un trozo de memoria que sólo servía como mera referencia en la formación del Estado Mexicano. El Porfiriato, como culminación exitosa de la gesta liberal echada a andar en 1854, mandó erigir estatuas (en bronce y papel) de los personajes que con su actitud patriótica habían “dado vida” al México finisecular. La “historia patria”, apareció por vez primera bajo las plumas de los historiadores oficiales; si bien muchas obras habían conformado la historiografía mexicana a lo largo del siglo diecinueve, fue hasta el último tercio de éste que se buscó, de manera integral, hablar del pasado como un preludio al bienestar del momento, como una justificación al modo de ser del gobierno consolidado.²

¹ Erika Pani. *El Segundo Imperio. Pasados de usos múltiples*. México, Centro de Investigación y Docencia Económicas/ Fondo de Cultura Económica, 2004. 177 pp., p. 61. (Herramientas para la Historia)

² Dos de las principales obras son la monumental *México a través de los siglos* de Riva Palacio (1884) y la *Evolución política del pueblo mexicano*, publicada por el ministro Sierra en 1910.

Fueron personajes como Justo Sierra, Vicente Riva Palacio o Guillermo Prieto, entre otros, quienes emprendieron la odisea de transformar aquel maremagno de pronunciamientos, invasiones, deudas, constituciones, etcétera, en un épico relato que, aunque doloroso, tenía como fin último y principal objetivo crear una nación. Entonces fue necesario elevar altares y cavar tumbas.

Los héroes y los traidores

Los festejos del Centenario de la Independencia dieron a los escultores una maravillosa oportunidad laboral, misma que comenzó varios años atrás con la erección de los primeros monumentos y estatuas que honraban a los hombres ilustres mexicanos, forjadores de la “historia patria”. Al centro del Paseo de la Reforma, en tres glorietas, se colocaron la Columna de la Independencia y las figuras de Cuauhtémoc y Cristóbal Colón, las cuales nos hablaban de los periodos en que quedó dividida la épica nacional: el pasado indígena, representado por la resistencia tenaz del último *tlatoani* mexica; el descubrimiento de América, representado por el marinero genovés y los monjes de la Rábida; y el inicio del México independiente, simbolizado por el erróneamente bautizado “Ángel de la Independencia”; una Victoria alada colocada sobre una columna a cuyos pies aparecen los héroes de dicha gesta: Miguel Hidalgo, José María Morelos, Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Francisco Javier Mina.

Los militares y civiles que habían tenido alguna participación en las guerras de Reforma e Independencia encontraron un pedestal a uno y otro lado de dicha avenida, cuando cada estado de la República fue invitado a colocar las figuras en bronce de sus prohombres. Sólo faltaba un personaje, aunque se le tenía destinado otro sitio, éste en la Alameda Central: el presidente Benito Juárez. Esos eran los héroes mexicanos; ni uno más, ni uno menos.

¿Entonces que pasó con los tres siglos de vida colonial? ¿Qué con los personajes decimonónicos que alguna vez fueron aclamados como “héroes” y que ahora simplemente desaparecían del panteón cívico mexicano? Las únicas reminiscencias de la Colonia fueron

la estatua ecuestre de Carlos IV (el tan popular “Caballito” que, pese a frustrados intentos por derribarla, continuaba en pie quizás por respeto a la memoria de Manuel Tolsá) y las calles de Bucareli y Revillagigedo, los únicos virreyes que la historia oficial consideró “un poco más decentes”. Del resto de los personajes que ayudaron a conformar la nación que hoy conocemos, es decir, de los perdedores, nada quedaba. Los restos de Agustín de Iturbide, quien había logrado consolidar la independencia y llegó a ser considerado muchas veces como el verdadero “padre de la Patria”, estaban reclusos en una capilla de la Catedral Metropolitana, donde actualmente continúan. El tristemente célebre Antonio López de Santa Anna, “héroe de Tampico” contra los españoles de Isidro Barradas, casi mártir de la intervención francesa de 1838 (hay que recordar que sólo perdió una pierna) y general en jefe de las tropas que combatieron a los estadounidenses en 1847, continúa en su tumba del panteón civil del Tepeyac. ¿Qué podría decirse del resto, de personajes cuya actuación fue menor aunque no por ello carente de importancia? Lucas Alamán, fundador y líder intelectual del partido conservador; José María Gutiérrez de Estrada e Ignacio Aguilar y Marocho, tal vez los principales ideólogos del monarquismo mexicano; Tomás Mejía y Miguel Miramón, valerosos militares que comenzaron su vida, como tantos otros, combatiendo al invasor en las batallas de la Angostura y Chapultepec y las concluyeron en el patíbulo.³

Si bien, como señala el historiador Antonio Rubial, “cada sociedad muestra su concepción de la perfección humana a través del héroe”⁴, dicha concepción logra adaptarse a la personalidad de sus prohombres. De este modo el héroe, definido por el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua como un “varón ilustre y famoso por sus hazañas o virtudes”⁵ adquiere en la historia, además, una connotación casi mítica. El héroe es un *semidiós*: no come, no se cansa, no se equivoca. Es un ser infalible. Así, los hechos que le merecieron un papel destacado en el devenir nacional son magnificados, tanto como se

³ Ya Erika Pani ha ahondado en el tema al hablar de los “buenos” y los “malos” de la historia, así como de la percepción que de ellos se ha tenido en la historiografía. Ver: Pani, *op. cit.*, pp. 71-81

⁴ Antonio Rubial García. “El mártir colonial. Evolución de una figura heroica” en Federico Navarrete y Guilhem Olivier (coords.). *El héroe entre el mito y la historia*. México, Instituto de Investigaciones Históricas/ Universidad Nacional Autónoma de México/ Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2000, 356 pp., pp. 75-87, p. 75 (Serie Historia General, 20)

⁵ *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, Real Academia Española, 1992, VIII-1513 pp., p. 814

otorgan características reprobables, vicios y ambiciones personales a sus adversarios. El ejemplo más evidente lo constituye el mismísimo Juárez; su personalidad ha sido mitificada, tanto que ha opacado por mucho a todos aquellos hombres que estuvieron a su lado y sin los cuales no pudo haber llevado a cabo su labor como cabeza de la resistencia constitucionalista o republicana, según sea el caso. Sus oponentes, los conservadores e imperialistas, se convirtieron en villanos de una historia más parecida a una tira cómica que a la realidad, dado que los “buenos” son excesivamente buenos y los malos “siniestramente malos”.

Aunada a esta concepción histórica nos encontramos una profunda negación de los hechos que, pese al disgusto o incomodidad de los vencedores, sucedieron, son parte de la historia; así, por dar un ejemplo, nos topamos con la tan arraigada costumbre de nombrar al gobierno de Maximiliano el “llamado Imperio”. Lo cierto es que, así como durante la Guerra de Tres Años coexistieron dos gobiernos, uno liberal y otro conservador, cada cual con su gabinete y proclamándose “el legítimo”, también durante el periodo comprendido entre 1864 y 1867 México fue, en la capital y gran parte del territorio, un Imperio, y en el norte, una República. El historiador Edmundo O’Gorman señala acertadamente:

De ser cierto, según todavía se insinúa con frecuencia al referirse a la monarquía y a sus partidarios como el “llamado Imperio” y el “llamado partido conservador”, que se trata de unos meros fantasmas insustanciales, nuestra historia se vaciará de la ejemplaridad que tiene como la de una nueva nación que logró sobreponerse a los muy reales y formidables obstáculos procedentes de su herencia, para llenarse, en cambio, del pueril sentido de un cuento cuyos protagonistas, toda verdad por un lado y toda mentira por el otro, se traban en una lucha en que la causa de los primeros jamás se ve amenazada por la derrota. Y así, la fuerza de negar la existencia misma de los vencidos y de aniquilar la posibilidad real del triunfo de su programa, la grandiosa gesta [...] queda reducida a una victoria contra unas sombras, con grave olvido, por otra parte, de que en ella le iba nada menos que la índole del ser mismo de la nación.⁶

El calificativo de “traidor” ha sido escrito a diestra y siniestra, aplicado según se requiera; Iturbide fue traidor por pretender ser emperador de México; Santa Anna, por sus

⁶ Edmundo O’Gorman. *La supervivencia política Novo-Hispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*. 4ª edición, México, Universidad Iberoamericana/ Departamento de Historia, 1986, 93 pp., pp. 5-6

continuos cambios de política, por dejarse vencer en la guerra contra los estadounidenses, por vender el territorio nacional⁷ y por haberse convertido en dictador; los conservadores, por “retrógrados”, por defender los fueros del ejército y los bienes del clero y por querer ir, como los cangrejos, “hacia atrás”; los imperialistas, por haber traído a los franceses y a un archiduque austriaco. En contraposición, para estos dos últimos grupos —los conservadores e imperialistas—, también los liberales y republicanos eran traidores: por su rechazo a las instituciones establecidas, por su “demagogia”, por atacar a la religión profesada por casi la totalidad de la población mexicana, por no aceptar las formas políticas propias del país y, sobre todo, por su abierta cercanía con los Estados Unidos. Sin embargo, la historia la escriben los que triunfan y los vencidos se convertirían en los villanos, como le habría de suceder al mismo Porfirio Díaz tras el triunfo de la revolución que lo derrocó. Así, la historia oficial se habría de convertir en la lucha entre los “patriotas” y los “traidores”, ninguno de los cuales, desgraciadamente, parecía tener características humanas. Eran *semidioses* los unos, *semidemonios* los otros.

Miguel Miramón

Historiadores, escritores, dramaturgos, periodistas y hasta cineastas se han interesado en retratar la vida de los héroes, revistiendo sus personalidades con esa aura mística de la hemos hecho referencia; algunos más se han interesado en la vida azarosa de los vencidos, muchas veces criticando, otras más justificando y, en la mayoría de los casos, formando —para el lector o espectador ajeno a la historia— una imagen del personaje que se acerque a su propio sentir o pensar. La pretensión de estudiar objetivamente la vida de tal o cual personaje ha sido sustituida, en muchas ocasiones, por la “versión” del autor. De este modo se regresa a lo que se ha criticado; invertidos los papeles, el antes villano es ahora “mártir” de los arbitrarios designios de los vencedores, reducidos a simples verdugos del nuevo “héroe” de la historia no oficial. ¿Cuándo romper el ciclo? ¿Cómo dar a los hechos de unos

⁷ Pese a que, hacia 1848 cuando se firmaron los Tratados de Guadalupe Hidalgo, Santa Anna ya no era el primer mandatario de la nación, todavía hoy en día se ha extendido la creencia popular de que fue él quien “vendió” el territorio, quizás por su posterior actuación en la venta de la Mesilla, en 1853.

y otros la justa dimensión que pudieron haber tenido en su momento, precisamente antes de que el acérrimo partidismo distorsionara los sucesos volviéndolos una epopeya difícil de creer debido a sus proporciones “fantásticas”?

En la búsqueda de un personaje de carne y hueso que pudiera ser objeto de una acuciosa investigación histórica el autor de estas líneas se encontró con el general Miguel Miramón Tarelo. Debo confesar que una muy importante razón para reescribir su biografía fue que dicho militar, ante el pelotón de fusilamiento, negó el cargo de ser traidor a la patria. Murió convencido de que había hecho un bien a su nación, lo que nos persuadió de intentar descifrar qué era para él la patria y cuáles serían, en su caso, los sucesos definitivos que lo condujeron a terminar su vida en el patíbulo. Otra razón es que, a diferencia de los vencedores que permanecen en la memoria colectiva y cuyos nombres se han perpetuado en calles y avenidas,⁸ en estatuas o en la conmemoración de sus proezas como parte de los festejos cívicos nacionales, de los vencidos se sabe poco; la escasa información que se tiene casi siempre está filtrada por la mirada de los vencedores.

Pese a que los lectores hemos tenido ya un acercamiento a la vida del general Tomás Mejía a través de las obras de Luis Reed Torres y Fernando Díaz Díaz y que Sofía Vereá de Bernal nos permitió aproximarnos a la actuación de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar a través de sus documentos, todavía esperamos al historiador que se aventure a investigar la vida del polémico Leonardo Márquez, de Juan Nepomuceno Almonte o de personajes como José María Gutiérrez de Estrada e Ignacio Aguilar y Marocho, dos de los principales ideólogos del monarquismo mexicano.

⁸ Aún aquellos liberales a quienes la historia oficial no cubrió con los más altos honores tuvieron la fortuna de ser recordados cuando se decidió poner nombre a las vías de tránsito. El ejemplo es contundente: tan solo en el área metropolitana, el político y diplomático Manuel Doblado tiene doce calles en su honor; Santos Degollado, el “santo de las derrotas” tiene dieciocho y el tan olvidado Porfirio Díaz —uno más de nuestros villanos históricos— tiene cuarenta y dos, además de catorce cerradas y callejones. Nada que ver, por supuesto, con las sesenta calles, trece cerradas y una calzada dedicadas a Melchor Ocampo y, mucho menos aún, con las correspondientes a Benito Juárez quien hacía finales del siglo XX ya llevaba en su haber 245 calles, 111 cerradas y callejones, 93 avenidas únicamente, repetimos, en la zona conurbada de la ciudad de México. A esto hay que sumarle que al menos nueve poblados en la República llevan su nombre, excluyendo de éstos a la tan conocida Ciudad Juárez y al municipio de Naucalpan, en el Estado de México. Interesante sería saber cuántas calles más llevan su nombre en el resto del país. César Ortega de la Roquete y José A. Piza Palacios Roji. *Guía BIMSA. Ciudad de México 1998*. México, BIMSA-Cartosistemas, 1998. 350 pp., mapas, pp. 205-207, 229-230, 253; *Guía turística. República Mexicana 1980*. México, Guía Roji, 1980, 248 pp., p. 240, mapas.

Es de llamar la atención el caso de Miramón, ya que ha sido el único conservador al que se han dedicado cinco estudios biográficos. Su temprana actuación como cadete en la defensa de Chapultepec de 1847, su veloz ascenso en la carrera de las armas, su importante papel como cabeza del ejército y gobierno conservador durante la Guerra de Tres Años y su relampagueante regreso al campo de batalla en vísperas de la caída del Imperio lo convirtieron en un símbolo no sólo del conservadurismo, sino del arrojo y la valentía, cualidades reconocidas por propios y extraños.

¿Qué tenía de especial la vida de éste militar, que ha sido tratada tanto por las plumas de los vencedores como por las de los vencidos? ¿Qué lo convirtió, como señala Erika Pani, en el “héroe romántico de los conservadores”⁹? ¿Fue en realidad un traidor a la patria o simplemente un personaje cuyas convicciones eran distintas a las del grupo triunfante? ¿Cuánto influyó su vida personal en las decisiones que tomó a lo largo de su vida? ¿Fue un militar ambicioso cuyos únicos deseos eran la gloria y el poder personales o tenía intereses verdaderamente patrióticos? Estas interrogantes se despejarán a lo largo de la presente investigación.

El primero de los problemas que se me presentaron fue cómo abordar una vida que ha sido ya tantas veces estudiada. Para ello, es importante analizar primero lo que se ha escrito acerca del general conservador.

Los biógrafos de Miramón

En 1886, y por petición de Concepción Lombardo, viuda de Miguel Miramón, el escritor francés Víctor Darán publicó en Roma la primera biografía del personaje, titulada *Le General Miguel Miramón. Notes sur l'histoire du Mexique*. Tan solo un año después, el periódico El Tiempo publicó una traducción al español para los lectores mexicanos.

Carlos Sánchez Navarro y Peón escribió, en 1945, *Miramón, el caudillo conservador*, publicado por Editorial Patria. En 1950, el historiador Luis Islas García publicó en Editorial Jus *Miramón, caballero del infortunio* y fue hasta 1974 que apareció

⁹ Pani, *op. cit.*, p. 95

en las librerías otra biografía, ésta elaborada por el periodista e historiador José Fuentes Mares e intitulada *Miramón, el hombre*, para la cual se utilizaron, por vez primera, las memorias inéditas de Concepción Lombardo.

En las bibliotecas de la Universidad Nacional se encuentra todavía una tesis de licenciatura en Historia, presentada en 1998 por la alumna Cristina Ascencio Morales con el título *El general Miguel Miramón: su vida militar y política (1846-1867)*. Por último, en 2000, Carlos González Montesinos nos dio a conocer, en una edición propia, su libro *Por Querétaro hacia la eternidad. El general Miguel Miramón en el Segundo Imperio*.

Junto a estas obras se encuentran otras que, aunque difundidas en menor grado, también contribuyen al conocimiento del personaje: Román Araujo hace una réplica a la obra de Darán, misma que titula *El general Miguel Miramón. Rectificaciones y adiciones a la obra del Sr. D. Víctor Darán, titulada "Notas sobre la Historia de México"* y que aparece en 1887, publicada también por el periódico *El Tiempo*. En 1967 Editorial Peregrina imprime otra refutación a una biografía del general conservador, ésta al libro de Luis Islas; fue titulada *Semblanza depurada de Miramón* y su autor fue Pedro Merla.

Manuel Rivera Cambas había escrito, hacia 1872, el libro *Los gobernantes de México*. En 1966 éste fue separado en diversos folletos biográficos, prologados por Leonardo Pasquel; de este modo llegó a las imprentas el folleto *Presidentes de México. Miguel Miramón*, de la Editorial Citlaltépetl.

¿Quién es Miramón para los autores de estos libros? Víctor Darán redactó su obra basado principalmente en información obtenida de Concepción y Manuel Lombardo, éste último cuñado del biografiado. La vida de Miramón, según Darán, resulta una epopeya heroica según la cual el general fue víctima de los rencores y odios de Juárez. El problema radica en que el autor llega a echar mano de datos cuya veracidad puede ser puesta en duda, quizás porque su fuente principal fueron los recuerdos de la resentida viuda. En el caso de Sánchez Navarro, éste se esfuerza en hacer una biografía que abarque todos los aspectos de la vida del general; sin embargo, llega a caer en los mismos vicios que su predecesor, e incluso utiliza la ficción para recrear ciertos pasajes de la vida de Miramón,

como su infancia. Afortunadamente para nosotros, Sánchez Navarro anexa documentos de la pluma y letra del biografiado.

Luis Islas García hace, quizás, la más completa obra acerca de la vida del general; confronta datos, trata de no contaminar la obra con sus propias opiniones e incluso desmiente leyendas acerca del personaje. Sin embargo, debemos señalar que hay pasajes que, tal vez por carencia de fuentes, pasa por alto. Ejemplo de ello es la estancia en Europa de la familia Miramón. José Fuentes Mares, al haberse basado principalmente en las memorias de Concha Lombardo, nos muestra un Miramón más humano, pero que gira demasiado en torno a su esposa. Prueba de ello es que, al conocerse la pareja, “da comienzo” la vida del personaje.

La tesis de Cristina Ascencio aporta datos importantes; el más, la fecha exacta del nacimiento de Miramón, obtenida de la fe de bautismo encontrada en la parroquia de la Santa Veracruz. No obstante, su aproximación al personaje es muy superficial. Carlos González Montesinos, al ser descendiente de los militares José Montesinos y Manuel González, tiene el gran mérito de utilizar fuentes inéditas para el estudio de las últimas acciones de guerra del Segundo Imperio. La desventaja de su estudio como biografía de Miramón es que se centró, como lo indica el mismo título, en el papel que desempeñó el general durante el régimen imperialista. Es importante añadir que Miguel Miramón es comparado por el autor, en varias ocasiones, con otro joven militar: Porfirio Díaz.

Las refutaciones de Araujo y Merla centran sus críticas básicamente en lo que se ha mencionado a lo largo de esta introducción: los héroes patrios merecen disculpas por todas sus acciones, los villanos deben ser reprendidos por sus múltiples faltas. El caso más extremo es el de Merla, quien llega a ridiculizar a Miramón y a reducir a “picardías” los hechos que Islas García expuso en su obra.¹⁰

Por último, Rivera Cambas hace un muy breve acercamiento a la vida del personaje; su intención de divulgación cumple con su objetivo aunque incurre en las mismas prácticas que la mayoría de los escritores liberales: aún con las escasas virtudes que pudiese tener, Miramón no deja de “ser un traidor”.

¹⁰ Pedro Merla. *Semblanza depurada de Miramón. Replica al libro “Miramón, Caballero del Infortunio”*. México, Editorial Peregrina, 1967, 54 p., p. 54

Primordial fue para nosotros la publicación, por Editorial Porrúa, de las memorias de Concepción Lombardo, viuda de Miramón, ya que además de contar con la versión que de la vida del biografiado hace su propia esposa, se anexa la correspondencia que ambos intercambiaron. Gracias a ello podemos conocer el sentir y pensar del personaje y parte de sus actividades cotidianas.

Otras fuentes han sido de gran utilidad para la investigación, primordialmente aquellas que fueron escritas por otros personajes de la época, hayan sido del bando liberal o del conservador. He echado mano también de estudios actuales y recopilaciones documentales; éstas últimas han sido de gran utilidad ya que en memorias, correspondencia, partes de guerra y otros documentos sueltos (como folletos o notas periodísticas), encontramos no sólo la visión que se tenía acerca del personaje sino, además, una notable recreación del ambiente y la vida cotidiana de la época.

Para ubicar con exactitud los sitios en que se desarrollaron las batallas, las ciudades de las que se hablaba en el siglo XIX (y cuyos nombres pudieron haber cambiado) o los parajes que recorrió Miramón utilicé mapas antiguos y actuales. De este modo, el acercamiento a la vida del biografiado trató, en la medida de lo posible, de incluir datos que, aunque mínimos, de malentenderse pueden alterar los hechos históricos que se tienen registrados.

Las fuentes primarias

La Secretaría de la Defensa Nacional es salvaguarda del Archivo Histórico Militar Mexicano, en el que se hallan los expedientes personales de todos y cada uno de los militares que han servido en el ejército. Sin embargo, el personal de dicho archivo me indicó que dos expedientes fueron sustraídos hace algunos sexenios: los correspondientes a los generales Tomás Mejía y Miguel Miramón. Afortunadamente, se me permitió estudiar a fondo el resto del archivo, en el cual encontré sesenta expedientes (principalmente partes de guerra) referentes a mi biografiado.

El Archivo del Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX fue también de suma importancia para la investigación pues, irónicamente, resguarda los expedientes sustraídos de la Defensa Nacional. La “Hoja de Servicios” del general Miramón contiene no sólo los primeros documentos oficiales acerca de su ingreso al ejército sino, además, una considerable cantidad de papeles personales. La misma institución posee el manuscrito original de Concepción Lombardo y las cartas que Miramón le escribiera; empero, no se me permitió la revisión de dicha correspondencia por encontrarse ya publicada, como se indicó en el apartado anterior.

Del mismo archivo, los fondos llamados “Segundo Imperio”, “Ignacio Aguilar y Marocho” y “Luis García Pimentel” fueron también útiles, principalmente el segundo. El que Aguilar y Marocho y Miramón hayan pertenecido al mismo partido, fueran personas de suma importancia pública y hayan estado en Europa en los mismos años me hizo suponer que quizás hubieran tenido una relación epistolar. Afortunadamente, mi suposición fue correcta y logré encontrar algunas cartas que me permitieron saber más acerca del exilio obligado del general en Prusia y sus viajes por Francia e Italia.

Supuse que en la Secretaría de Relaciones Exteriores se encontraría mayor documentación acerca del exilio de Miramón; sin embargo, el Archivo Histórico Genaro Estrada sólo posee un par de documentos referentes al joven general y, aunque es de extrañar, éstos se refieren a las modificaciones estructurales que se realizaron al castillo de Chapultepec durante su presidencia.

Otra gran sorpresa resultaron ser los ramos Gobernación, Hacienda y Segundo Imperio del Archivo General de la Nación ya que es muy poca la documentación referente al personaje. Entre ésta, me topé con ciertos datos que, aunados a la información obtenida en el Archivo General de Notarías del Distrito Federal, me amplió la perspectiva de la situación económica del matrimonio Miramón-Lombardo.

A través de la revisión de las actas matrimoniales recogidas de las parroquias de la ciudad de México, en el Archivo Histórico del Arzobispado, obtuve más información acerca de algunos hermanos del general. Otro archivo que consulté fue el Histórico del Distrito Federal; sin embargo, nada pudo aportar a nuestra investigación.

Muy probable es que existan más documentos acerca de Miramón en otros archivos; presumo que algún particular, (o quizás una institución más allá de las fronteras del país) posee las cartas que Concepción Lombardo escribió al general, contraparte de aquellas que fueron publicadas. Tampoco localicé la correspondencia que dicho personaje sostuvo con sus amistades (que fueron muchas) y que quizás se encuentre entre las pertenencias de los descendientes de Manuel Ramírez de Arellano, Santiago Cuevas, Isidro Díaz o Rómulo Fagoaga, entre otros. Labor interesante será para algún historiador dar con tal documentación; desgraciadamente, nosotros agotamos todos los recursos posibles y no lo conseguimos.

La Colección Lafragua del Fondo Reservado de las Biblioteca Nacional de México también cuenta con documentación muy útil para el estudio de Miramón, principalmente folletos, notas periodísticas, discursos y otros mensajes. El Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia posee gran parte del Archivo Austriaco del emperador Maximiliano, en el cual existen varios documentos referentes a Miguel Miramón.

En el Fondo Reservado de la Biblioteca de México “José Vasconcelos” y la Biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM también encontré algunas obras muy útiles, poco conocidas y de difícil acceso, que me permitieron ampliar mi visión acerca de las campañas militares mexicanas y la organización del Colegio Militar.

El material bibliográfico y hemerográfico utilizado para la elaboración de esta investigación se encontró, primordialmente, en las bibliotecas y hemerotecas que se señalan en las referencias de esta investigación.

La estructura

El presente trabajo comienza con los días cercanos a la muerte de Miramón. La razón que me llevó a empezar de tal forma fue que, momentos antes de su ejecución, el biografiado rechazó ser un traidor a la patria. De este modo, los capítulos 1 y 2 narran el término del sitio de Querétaro, desde la madrugada del 15 de mayo de 1867; se abordan las circunstancias a través de las cuales los republicanos se convirtieron en vencedores y detalles de los juicios de los imperialistas, para rematar con el fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía en el Cerro de las Campanas.

Los capítulos 3 y 4 se refieren a la historia de la familia Miramón, a la infancia del personaje y a su participación en la defensa del castillo de Chapultepec, como cadete del Colegio Militar. Su vertiginoso ascenso en la carrera de las armas, las primeras campañas y la caída del régimen de Antonio López de Santa Anna son tratados en los capítulos 5 a 7.

Del capítulo 8 al 11 encontraremos las razones que llevaron a Miramón a adherirse al partido conservador, la situación que vivía el país en los años previos a la guerra de Tres Años que habría de polarizar las opiniones de los contendientes. El desarrollo de dicha guerra se analizará a fondo del capítulo 12 al 29; las principales batallas, el ascenso de Miramón a primer jefe del ejército conservador y luego su actuación como presidente de la República, así como los principales cambios en su vida personal también serán abordados en estos apartados. El triunfo del partido liberal y el primer exilio del personaje, así como los antecedentes de la intervención francesa en México se tratarán en los capítulos 30 a 34.

En los capítulos 35 a 37 se hablará de la instauración del Segundo Imperio Mexicano, la renuencia de Miramón a apoyarlo y su posterior actuación en el mismo, además de la rivalidad del general con el mariscal Bazaine y su consecuente exilio disfrazado. Por último, los capítulos 38 a 40 hablan del regreso a México de Miramón y sus

últimas actuaciones en el campo de batalla. El sitio de Querétaro es abordado solo hasta la noche del 14 de mayo de 1867, horas antes de la entrada de las tropas republicanas al convento de la Cruz, cuartel general de los imperialistas. De tal modo, el último capítulo puede enlazarse con el primero, si se quisiera hacer una lectura más tradicional. A esto agregamos un epílogo, en el cual se hace referencia a los sucesos posteriores a la muerte del general; qué paso con sus restos mortales, con su esposa y sus hijos.

¿Pueden la muerte y vida de una persona hablarnos de la historia de la época? ¿Podemos bajar de los pedestales y sacar del purgatorio a los personajes que han sido glorificados o satanizados, para mostrarlos como simples seres humanos con buenas y malas decisiones, responsables de ellas? Es uno de los objetivos de esta investigación.

Capítulo 1

La caída de Querétaro

Ejemplares de antología los que llegaron a Paso del Norte en 1865 y los que se encerraron en Querétaro en 1867. La historia burocrática llamó después héroes a los unos y traidores a los otros, más la gloria de Querétaro permanece tranquila como las aguas profundas, y no empaña la impostura, ni el celo de los vencedores.

José Fuentes Mares. Juárez, el Imperio y la República

En 1867, cuando ya las tropas francesas se encontraban de regreso en su patria tras cinco años de intervención armada en México, quedaban en el país dos gobiernos disputándose el poder: el republicano, con Benito Juárez a la cabeza, y el imperial, sostenido por las armas de los conservadores. Maximiliano formó su ejército con lo más selecto de estos últimos y con voluntarios austriacos, belgas y algunos desertores del ejército francés. Juárez contaba con militares formados —al igual que los conservadores— en los campos de batalla de la guerra de Reforma y que poco a poco se reorganizaban como ejército formal, luego de que la intervención los había obligado a hacer la guerra de guerrillas.

Entre los imperialistas estaban los generales Miguel Miramón, Tomás Mejía, Leonardo Márquez, Severo del Castillo y Ramón Méndez. Entre los republicanos, sus homólogos Mariano Escobedo, Porfirio Díaz, Ramón Corona y Vicente Riva Palacio. El Imperio quedaba reducido a sólo unas cuantas ciudades, como México, Puebla, Veracruz, Morelia y Querétaro. La República avanzaba cercando cada vez más al ejército imperial y recuperando el territorio. La sede del gobierno de Juárez dejó atrás Paso del Norte y, tras varias escalas, se instaló en San Luis Potosí. El emperador volvió al alcázar de Chapultepec; estaba decidido a hacer de Querétaro el escenario de la defensa de su corona.

A esta ciudad llegó Maximiliano el 19 de febrero de 1867, acompañado de 1,500 hombres bajo el mando del general Márquez, al que nombró jefe de su Estado Mayor. Poniéndose a la cabeza del ejército imperial, repartió los cuerpos entre los miembros de su consejo de guerra: a Miramón le dio la infantería, a Mejía la caballería y a Méndez la

reserva; a Manuel Ramírez de Arellano la artillería y al príncipe Félix de Salm-Salm el batallón de cazadores.

Unos días más tarde, el 6 de marzo, Mariano Escobedo, general en jefe de las operaciones del ejército de la República, sitió la ciudad de Querétaro. Pronto el contingente republicano se vio reforzado por las tropas de los generales Corona, comandante en jefe del cuerpo de ejército de Occidente; Riva Palacio, jefe de la división de infantería “Michoacán” y Nicolás Régules, jefe de la reserva de la misma.

Setenta días pasaron sin que los intentos de romper el cerco tuvieran éxito. Los sitiados carecían de víveres, armas, municiones y dinero para pagar los sueldos de los soldados. Los sitiadores no tenían este tipo de inconvenientes y además contaban con el factor de la superioridad numérica a su favor,¹¹ pese a lo cual la balanza no se inclinaba hacia ningún lado y la larga duración del sitio quebrantaba los ánimos de todos los combatientes. Los intentos de dialogar habían sido infructuosos, pues nadie quería ceder un ápice en sus convicciones, así que sólo quedaba el recurso de ganar o morir.

Esto nos haría suponer que un intento violento de tomar la ciudad o de salir de ella, es decir, una acción de guerra, sería lo que decidiría la victoria. Sin embargo, no fue así. La toma de Querétaro por los republicanos se llevó a cabo por otros medios, tal vez nada “heroicos”, pero eficaces.

Maximiliano no había querido salir de Querétaro, aún contra la recomendación de varios miembros del consejo de guerra, porque esperaba la ayuda que el general Leonardo Márquez traería de la ciudad de México. Nombrado “Lugarteniente del Imperio”, éste había partido hacia la capital el 23 de marzo en la noche, debiendo regresar veinte días después con refuerzos. Se pensaba que con las tropas que llegaran, y que por supuesto traerían consigo víveres, armas, municiones y dinero, podrían resistir el sitio e inclusive presentar batalla abierta al enemigo en igualdad de condiciones. Pero Márquez nunca

¹¹ Casi todas las fuentes que hablan con respecto a este tema coinciden en que el número de efectivos, al inicio del sitio, era de aproximadamente 20,000 republicanos y 10,000 imperialistas; a la caída de Querétaro las cifras habían cambiado a 30,000 contra 5,000. La desertión, que se daba día con día, así como las bajas tanto en el fragor de la lucha como debido a las epidemias que asolaban la plaza, son la razón del descenso brusco en la cantidad de efectivos imperialistas.

llegó, pues enterado de que el general Porfirio Díaz asolaba la ciudad de Puebla con su ejército, quiso ir a su encuentro para batirlo. Díaz, sin embargo, se adelantó a Márquez y el 2 de abril tomó la capital poblana, movilizándose inmediatamente para sitiar a Márquez en la ciudad de México.

Cuando la situación en Querétaro era ya insostenible, Miramón, Mejía, Ramírez de Arellano y Del Castillo escribieron un memorándum al monarca en el que lo instaban a terminar con esa situación, puesto que el hambre, la miseria, el sufrimiento e incluso los rigores del clima, acabarían por aniquilar a la población queretana y a las tropas imperialistas. Proponían:

[...] atacar desde luego al enemigo hasta derrotarlo completamente, venciéndolo en todos los puntos de su línea; [y] si las tropas imperiales fueran rechazadas en este ataque, [deberían] evacuar inmediatamente la plaza, inutilizando primeramente la artillería y todos los trenes y rompiendo después el sitio a todo trance...¹²

El emperador finalmente aceptó el plan, programando la salida para la mañana siguiente, 15 de mayo de 1867; creía que, al ser este el día del onomástico de su madre, la archiduquesa Sofía de Austria, la suerte estaría de su lado.¹³ Se equivocó, pues su destino ya estaba decidido.

La traición de López

Uno de los hombres a los que Maximiliano demostraba mayor confianza, fue el que lo traicionó, vendiéndolo al enemigo. El coronel Miguel López, jefe del regimiento de dragones de la emperatriz y compadre del emperador, era el encargado de proteger el convento de la Cruz, a la sazón cuartel general del ejército imperial.

¹² Benito Juárez. *Documentos, discursos y correspondencia*. Selección y notas de Jorge L. Tamayo. 2ª. edición, México, Editorial Libros de México, 1972. 15 vols., XI, p. 989

¹³ *El Sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*. Selección y notas introductorias de Daniel Moreno. 4ª. edición, México, Porrúa, 1997. 293 p. (Sepan cuantos..., 81), p. 99

A las cuatro de la mañana condujo a los batallones republicanos “Nuevo León” y “Supremos Poderes” al interior del claustro, a través de la huerta. Previamente había ordenado que se movieran las piezas de artillería y que se sustituyese al batallón que montaba guardia, además había desarmado a los imperialistas que dormían en sus puestos. Cuando los sitiados se dieron cuenta de la situación, el enemigo ya se había apoderado del cuartel. La confusión y la desesperanza invadieron a los imperialistas, quienes tenían que decidir entre salvarse y combatir, aún cuando ya todo parecía estar perdido.

Casi todos los protagonistas que dejaron testimonio escrito sobre los hechos acontecidos la madrugada del 15 de mayo coinciden en que, en efecto, López traicionó a Maximiliano; sólo dos de ellos lo niegan terminantemente: Mariano Escobedo y el mismo Miguel López. Ambos tienen razones importantes para hacerlo: en el caso del primero, el aceptar el hecho de que tuvo que pagar un soborno para vencer a los imperialistas, (que como se dijo, no sólo eran menos sino que tenían condiciones desventajosas) equivalía a perder el mérito de haber tomado Querétaro a viva fuerza. En el caso de López, reconocer su acción era declararse un traidor; el hecho fue que ni los conservadores ni los liberales quisieron saber nada de él, en particular por el cinismo con el que se condujo durante la toma de la ciudad.¹⁴

Albert Hans, subteniente de la artillería imperial, vigilaba una plataforma que comunicaba el cementerio con el convento de la Cruz, a pocos pasos de las tropas republicanas. Él narra que López llegó, después de las dos de la mañana, a ordenar que se cambiara de posición una pieza de artillería, y que luego reemplazó a los artilleros de guardia con otros que venían con él. Sin sospechar nada, Hans obedeció, pues pensaba que

¹⁴ La polémica sobre la compra de Querétaro revivió años después, tras las publicaciones de la obra de Víctor Darán titulada *Le General Miguel Miramón. Notes sur l'histoire du Mexique*. Rome, Imprimerie de l'éditeur Edoardo Perino, 1886. 252 p. En su libro, Darán se refirió a la traición de López, de ahí que éste último pidiera a Mariano Escobedo que dijera todo lo que “él sabía” acerca del hecho. Con esto, Miguel López pretendía que se corroborara lo escrito por él mismo en su libelo *La toma de Querétaro*. México, Imprenta de Vicente Garcia Torres, 1867. 24 p. Por ello, Escobedo escribió un informe al entonces presidente, general Porfirio Díaz, donde le señalaba que López no traicionó a su soberano, sino que fue un intermediario entre este último y él mismo, porque Maximiliano quería pacificar la plaza sin que la figura del emperador quedara manchada. Los redactores de *El Heraldo* en julio de 1889 echaron por los suelos las declaraciones de Escobedo y concordaron en que, en efecto, López cometió una traición, como se demostró por muchos otros testimonios y por la falta de coherencia en lo dicho por éste. Enrique M. de los Ríos. *Maximiliano y la toma de Querétaro. Recopilación de los artículos que con motivo de este histórico asunto ha publicado últimamente tanto la prensa liberal como la conservadora, conteniendo además el informe del Sr. General Escobedo sobre la toma de la Plaza de Querétaro en 1867*. México, Imprenta de las Escalerillas, 1889. 145 p., p.7-9

se acercaba el momento de la salida de Querétaro, que ya se había anunciado el día anterior y que estaba planeada para el amanecer. Sin embargo, al querer recoger sus cosas se percató de que su espada había desaparecido. Recibió quejas de otros artilleros a quienes había pasado lo mismo, por lo que intentó hablar con el coronel López, pero un soldado se lo impidió, cruzando la bayoneta para cerrarle el paso y adelantándose para agredirlo hasta que un oficial lo detuvo. Luego de un momento, este oficial explicó a Hans lo que estaba sucediendo: era prisionero del ejército republicano.¹⁵

Los batallones republicanos de los “Supremos Poderes” y “Nuevo León” eran comandados por el general Francisco A. Vélez y por los coroneles José y Pedro Rincón Gallardo. Luego de desarmar a los guardias ingresaron al convento a través del huerto, e intentaron tomar preso al emperador. Éste había sido despertado poco antes por su secretario, José Luis Blasio, quien a su vez había sido avisado por el teniente coronel Antonio Yablonsky, cómplice de López y su segundo al mando. Yablonsky también despertó al príncipe Félix de Salm-Salm y a Samuel Basch, ayudante de campo y médico de cabecera de Maximiliano, respectivamente. El emperador no perdió la calma y ordenó que salieran del cuartel. En la puerta, escoltado por el general del Castillo, Salm-Salm, Blasio y algunos criados, Maximiliano fue detenido por un centinela republicano. Sin embargo, José Rincón Gallardo los vio y ordenó que les dejaran pasar, por ser “paisanos”.¹⁶

A pie se dirigieron al cerro de las Campanas, lugar en el que pensaban que encontrarían más tropas imperialistas. López los alcanzó al poco tiempo, al parecer alarmado y ofreciendo al monarca un lugar para que se escondiese, a lo que éste se negó terminantemente. Al poco tiempo, los hombres de varios generales, entre ellos Tomás Mejía, se les unieron; el emperador no quería marcharse sin Miramón, hasta que, otro oficial les informó que éste había sido herido al salir de su casa. El repique de las campanas se confundía con el fuego de las armas republicanas, que seguían de cerca a los pocos imperialistas que quedaban. Trescientos hombres veían, desde el cerro, como eran

¹⁵ Albert Hans. *Querétaro. Memorias de un oficial del Emperador Maximiliano*. Notas y rectificaciones de Lorenzo Elizaga. México, Editora Nacional, 1956. 250 p., p. 183

¹⁶ José Luis Blasio. *Maximiliano Íntimo. El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario particular*. México, Editora Nacional, 1966. 478 p., apéndices, ils., (Colección económica /Libros de bolsillo /Bueno, bonito y barato, 73), p. 370

rodeados por miles. Por sugerencia de Mejía y de del Castillo, Maximiliano se rindió ante el general Ramón Corona. Conducido por oficiales republicanos, entregó su espada a Escobedo en las faldas del cerro. Maximiliano, emperador de México, había sido vencido y era conducido al convento de la Cruz, donde se le pondría preso. La comitiva que lo acompañaba también había sido aprehendida, con excepción de los criados que quedaron en libertad. Empero, no todos los generales imperialistas habían caído en manos del enemigo, al menos hasta ese momento; entre estos estaban Ramón Méndez, Manuel Ramírez de Arellano y aquel a quien alguna vez se le llegó a apodarar el “*Joven Macabeo*”: Miguel Miramón.¹⁷

El último combate de Miramón

Según cuenta el general Miramón en su diario, dormía en su casa cuando, a las tres de la mañana, fue despertado por un ayudante quien le comunicó que el general Mariano Monterde, jefe de la línea del río, le avisaba que tres jefes y otros tres oficiales se habían pasado al enemigo. Le informó también que el ánimo entre la tropa era bajo, sobre todo al ver que los oficiales se cambiaban de bando, por lo que era conveniente que asistiese en persona. Miramón ordenó que se relevara al batallón de Monterde con el del coronel Carlos Miramón, su hermano.

A las cuatro se presentó en el río, habló con el general Monterde y con los oficiales que quedaban; ordenó que se disparasen de cuatro a seis cañonazos al enemigo al toque de diana de las cinco y esperó ahí hasta que esto se ejecutó. Regresaba a su casa cuando el repique de campanas de la iglesia de San Francisco llamó su atención; se apresuró al lugar cuando un ayudante del duodécimo batallón se le acercó para informarle que el general del Castillo le había ordenado al coronel de dicho cuerpo que se replegara a la plaza, pues el punto de La Cruz estaba perdido. Miramón ordenó que todos se dirigieran a la plaza y siguió hacia San Francisco; estando a una cuadra de dicho lugar se encontró a otro oficial

¹⁷ Judas Macabeo fue un guerrillero judío que, junto con sus cuatro hermanos, combatió a los antíocos de Siria, quienes, según la Biblia, pretendían imponer su religión al pueblo hebreo. *2-Macabeos, 8:1*.

que a toda prisa le dijo que ya no había fuerzas imperiales en La Cruz que no estuviesen en manos de los republicanos y añadió: “el coronel López ha entregado la plaza y ya el enemigo me sigue muy de cerca”.¹⁸

Lo que pasó a continuación lo narra el mismo Miramón:

Salgo a la plaza y veo a Ordóñez amenazado por un oficial a caballo, tomar la pistola, correr unos veinte pasos y disparar sobre este oficial, fue obra de un segundo; desgraciadamente no le pego, él me hace fuego así como a Ordóñez, me hiere en la cara y en un dedo de la mano izquierda y hiere a Ordóñez en la cara también, y se pone a salvo; corro tras él toda la plaza, da vuelta al Biombo donde le disparo un segundo tiro, pero era muy tarde, y entonces se vuelve con unos cincuenta hombres del batallón de Nuevo León, que al desembocar me hacen fuego...¹⁹

Desangrándose, Miramón logró regresar a su casa para ordenar al general Francisco G. Casanova que marchara con dos batallones hacia San Francisco; mandó llamar a un doctor, y como éste no llegó, fue él mismo a buscarlo a su casa.

El médico al que se hace referencia es el doctor Vicente Licea, quien entretuvo a Miramón por dos horas revisándole la herida “para decir que la bala había salido y que por fortuna [su] quijada estuvo muy dura”,²⁰ al cabo de ese tiempo, la tropa republicana del general Refugio González, cuñado de Licea, ya habían rodeado la casa de éste, con lo que Miramón quedaba prácticamente preso. Como es de suponer, al cabo de unos años el doctor Licea escribió su versión de los hechos, en la que pone énfasis en que no traicionó al general Miramón, sino que por el contrario, intentó ayudarlo.

Mi observación y la práctica quirúrgica que tengo no dejaban satisfecho al señor Miramón. Insistía en que le extrajera la bala, y casi llevo a impacientarse. “No tiene usted ningún cuerpo extraño en la cara, le dije; y aún la pérdida de sangre que ha sufrido, no me parece de consecuencias; en tal concepto, debe usted tranquilizarse [...]”²¹

¹⁸ “Diario del general don Miguel Miramón” en: Carlos Sánchez Navarro y Peón. *Miramón, el caudillo conservador*. 2ª. edición, México, Patria, 1949. 296 p., p. 269

¹⁹ *Idem*.

²⁰ *Idem*.

²¹ Vicente Licea, Doctor. *El sitio de Querétaro. Apuntes relativos a aquel episodio*. México, Tipografía Berruero Hnos., 1887. 50 p., p. 25

En lo que narra el doctor hay algunos puntos que deben ser analizados; como se ha visto en el párrafo anterior, Licea afirma que Miramón insistía en que lo operase. Después añade que, a pesar de su insistencia en ayudar al general y tras haberle ofrecido un caballo y un arma para escapar, éste se negó, alegando que tenía amigos en el ejército republicano y que no corría peligro. Por último, el médico cuenta que, para disimular ante los republicanos, adornó su casa festejando la victoria de Escobedo y que al pasar con un cuadro de Juárez bajo el brazo, frente al cuarto en que “reposaba” Miramón, el militar imperialista comenzó a desconfiar de él. Cuando, según Licea, Miramón se decidió a escapar y le pidió ayuda, ya era demasiado tarde. Su cuñado ya había dado aviso a sus superiores.

En primer lugar, parece inverosímil que un militar de carrera, que ya ha sido alguna vez herido en batalla y que se ha distinguido, entre propios y extraños, por su valentía y arrojo, se preocupe tanto, en momentos en que su vida y la causa que defiende penden de un hilo, porque le “operen” la cara para extraerle la bala. En segundo lugar, pese a que, en efecto, Miramón tenía amigos en el ejército republicano,²² es poco probable que pensase que “no corría peligro” al caer en manos de los liberales, sus antiguos enemigos durante la guerra de Reforma, ya que aunque sus amistades intentaran salvarlo —como en efecto sucedió con los generales republicanos Sóstenes Rocha y Francisco A. Vélez y los coroneles Pedro y José Rincón Gallardo y Julio Cervantes— el resto del ejército vencedor le era hostil, y más aún, el mismo Juárez.²³ Por último, alguien como Miramón es difícil que se quedara “reposando” por una herida en la cara en lugar de escapar inmediatamente, o de tratar de actuar a favor de su causa.

Por otra parte, el doctor se contradice al mencionar en su escrito de 1887 que fue su cuñado el que descubrió a Miramón, porque al ser de la familia, el general González

²² Hemos podido constatar en diferentes fuentes que llevaba una buena relación con los generales Sostenes Rocha y Francisco A. Vélez, que habían militado en el ejército conservador bajo sus órdenes; asimismo era amigo de la familia Rincón Gallardo, por lo que los coroneles José y Pedro —hijos del Marqués de Guadalupe Gallardo, a la sazón padrino de su pequeño hijo Miguel — también llevaban una buena amistad con él. En el caso de Julio Cervantes, éste había sido su condiscípulo.

²³ Sánchez Navarro. *op. cit.*, p.270

entraba a su casa cuando quería, y en 1867 (al habersele levantado cargos judiciales por hurto cuando el gobierno republicano le encargó el embalsamamiento del cadáver de Maximiliano)²⁴, haber declarado que, prefería la cárcel que ya sufría, antes que “la mancha de aparecer como denunciante” y que no había sido él, sino la señora Adela Cacho, esposa del general Carlos de Gagern, quien desde su casa gritaba a cuantos pasaban que tenía ahí adentro a Miramón, herido, y que éste había ido a buscarla porque fue “su primera novia”, con lo que todos los republicanos, según Licea, se enteraron que ahí estaba el general imperialista.²⁵ Esta última versión nos llevaría a varias interrogantes: ¿qué hacía la esposa de Gagern gritando en la ventana del doctor Licea? Y, suponiendo que así haya sido, ¿era común que una señora, a mediados del siglo XIX, anunciara a toda la soldadesca que por ahí circulaba, que dentro de la casa en la que se encontraba tenía a su “primer novio” herido —enorgulleciéndose por ello, según Licea— pese a estar casada, y además, con un general? Si esto hubiese pasado, ¿no daría eso mucho de que hablar? ¿No sería esto algo que la moral de la época habría juzgado? Y por lo tanto, ¿no se habría conocido este sucedido por otras fuentes además del doctor Vicente Licea? Inocente o no, Licea tuvo que cargar toda su vida, al igual que López, con la mancha imborrable del traidor.

²⁴ Los cargos eran por hurto, mencionándose en el acta que se apoderó de diversos efectos personales de Maximiliano, a saber “una banda de seda roja, un pantalón negro, una camiseta de abrigo, unos calzoncillos blancos, dos calcetines, el pañuelo que [Maximiliano] empuñó al momento de ser fusilado, dos pañuelos con que se amarró la barba en el mismo acto y una corbata de seda negra”. Podemos suponer que el destino de tales objetos era ser vendidos como “souvenirs”. Archivo del Centro de Estudios de Historia de México de CONDUMEX, [en adelante mencionado solo con estas siglas], fondo DCCCVI-1, carpeta 1, legajo 1, doc. 55

²⁵ CONDUMEX, fondo DCCCVI-1, carpeta 1, legajo 7, doc. 1

Capítulo 2

Sentencia de muerte

Miramón permaneció preso en casa del doctor Vicente Licea, bajo la custodia de Julio Cervantes. El general Escobedo fue a visitarle y le entregó una cartera con sus documentos personales, que había sido sustraída al general imperialista por su “anfitrión”, no sin antes haberse quedado con seis onzas de oro como botín de guerra.²⁶ Ni Cervantes ni los demás amigos republicanos del preso habían podido ayudarlo a fugarse, pues Escobedo había redoblado la vigilancia alrededor de la casa del médico.

Al día siguiente, Miguel Miramón abandonó ese sitio, en calidad de prisionero, para ocupar una celda en el convento de las Capuchinas; a los pocos días trasladaron a Maximiliano y a Mejía al mismo lugar.²⁷

El *Macabeo* narra en su diario el 27 de mayo:

Anoche me han tomado mi confesión con cargos. Esta duró cuatro horas, lo que me causó un buen desvelo. Mi sufrimiento por la reconvencción y vuelta a reconvenir fue terrible, y créete que hubiera preferido una bala de a ochenta en la cabeza que de escuchar al Fiscal. Los cargos son en número de diez y por supuesto, cada uno con su reconvencción. Te los mencionaré:

1º. Por haberme sublevado con circunstancia agravante, violentando a mi jefe superior y proclamando el Plan de Zacapoaxtla. Esto quedó destruido con la pérdida de mi empleo, decretada por la capitulación de Puebla. Fue mi contestación.

2º. Por haberme sublevado segunda vez en Puebla. Contestación: que no me sublevé porque era paisano; lo que hice fue cooperar con mi persona a contrariar el Gobierno emanado de la Constitución de 57, que no se sostenía sino por la fuerza de las bayonetas.

3º. Por haber cooperado eficazmente a la perturbación de la paz pública con otros jefes militares, derrocando al gobierno de la Capital. Contestación: que el Jefe del Gobierno de la Capital reconocía que la Nación no podía ser gobernada con la Constitución de 1857, y fue el primero en desconocerla; que, por consiguiente, este paso prueba que teníamos razón los que la contrariábamos.

4º. Por haberme abrogado [sic] el mando supremo de la Nación. Contestación: que yo no me abrogué nada; que fui electo por una Junta de Notables Presidente Interino de la Nación, pero como esto era contrario al Plan de Tacubaya, no acepté; y sí acepté el sustituir al Presidente emanado de dicho Plan, que nada

²⁶ Luis Islas García. *Miramón, el caballero del infortunio*. México, Jus, 1950. 419 p., ils., p. 305

²⁷ Éstos habían permanecido presos en el cuartel de la Cruz, y posteriormente en el convento de Teresitas.

hay de extrañamiento sobre la legalidad de los gobiernos, porque todos son nombrados por Juntas y sostenidos por las bayonetas.

5°. Por haber mandado fusilar en Tacubaya a los prisioneros sin respetar a los médicos ni a los paisanos; que si no lo mandé, lo aprobé. Contestación: que yo no mandé fusilar más que a los oficiales del ejército, pasados al enemigo; que no aprobé lo de los médicos, pero que teniendo el mando el General Márquez el vencedor de Tacubaya, no podía sujetarlo a un juicio, por las dificultades que esto tiene en tales circunstancias; que los prisioneros que escaparon ese día de ser fusilados, fueron puestos al otro en libertad, como lo prueban el Coronel Cavaría y el Licenciado Jáuregui, entre otras personas.

6°. Por haber violado los sellos de la Legación Inglesa y apoderándome de los fondos, dando con esto un pretexto para aumentar los otros de la intervención. Contestación: que sabiendo que Mathews, Encargado de Negocios, traficaba con los fondos, quise asegurarlos, y teniendo suma necesidad de dinero y temiendo que se perdiesen en un conflicto de armas, dispuse su ocupación; que en cuanto a que fuese un pretexto para la Intervención, lo niego, pues fue causa la suspensión de pagos decretada por el Gobierno en 1861.

7°. Por haber tratado de descargar bajo la protección de las fuerzas extranjeras, con la intención, sin duda, de servir en ellas. Contestación: que no fue mi intención el servir a la Intervención, porque desde París rechacé sus planes; que me acercaba al país para saber la conducta de los interventores, y que hubiera sin duda contrariado si un decreto de amnistía no me hubiese excluido.

8°. Por haber vuelto al país cuando un gobierno extranjero gobernaba en la Capital y poniéndome bajo su protección fuera de la responsabilidad de mis actos políticos anteriores. Contestación: que no volví al país bajo la protección extranjera, como lo prueba mi entrada a él por donde imperaba el Gobierno republicano. Que no pudiendo vivir en el extranjero me dirigí a la Capital donde tenía mi casa y familia y donde encontré un Gobierno que fue preciso reconocer, porque de otra manera no podía vivir retirado de mi casa como pretendían.

9°. Por haber reconocido al gobierno del usurpador y aceptado una comisión en el extranjero. Contestación: que reconocí al gobierno que de hecho estaba establecido en la capital, y el cual reconocieron la mayor parte de los mexicanos, aún aquellos que sostienen con las armas en la mano al gobierno republicano. Que como consecuencia de este reconocimiento fue mi nombramiento para la comisión en el extranjero, que considero como un destierro honroso.

10°. Por haber sostenido por seis meses el gobierno del usurpador con las armas en la mano y haber derramado la sangre mexicana en Zacatecas, San Francisco o San Jacinto, la Quemada y Querétaro. Contestación: que marchados los franceses y siendo Maximiliano mexicano por adopción, creí podría sostenerse su gobierno con solo el elemento mexicano, y que las acciones de guerra mencionadas fueron en el cumplimiento de mi deber.

Habiendo leído de antemano la comunicación por la cual se nos manda juzgar, obra de [Sebastián] Lerdo [de Tejada], aunque firmada por [Ignacio] Mejía, no

cabe duda que tendremos que pasar a mejor vida, sin que haya poder humano que nos salve.²⁸

Miramón sabía que tarde o temprano sería fusilado; lo sabía porque en situación de guerra, pasar por las armas al vencido podía ser visto como “normal”; no sería el primero ni el último en correr esa suerte. Un par de meses antes, su hermano Joaquín había muerto en el paredón tras caer en manos de los republicanos, luego de la batalla de San Jacinto; lo que el *Macabeo* no imaginaba era el teatro que el gobierno de Juárez formaría para justificar lo que se denominó como “castigos nacionales”.

El general Escobedo no quiso ser responsable de decidir la suerte que correrían el emperador y los generales Miramón y Mejía, por lo que esperó las órdenes procedentes de San Luis Potosí. Benito Juárez dispuso que se les juzgaría conforme a la ley del 25 de enero de 1862²⁹, siendo escuchadas sus defensas por un tribunal militar. Esto en sí era una contradicción, pues la referida ley estipula que al ser sorprendidos *in fraganti* los acusados —como sucedió— debían ser identificados y pasados por las armas “acto continuo”,³⁰ sin necesidad de ser juzgados por un tribunal, como sucedió con el general Ramón Méndez, quien fue encontrado por el ejército republicano, presentado ante el general en jefe y fusilado.³¹ Entonces, ¿quién era Juárez para decidir si las leyes —sus leyes— debían cumplirse o no?

Los presos tuvieron tiempo para llamar a sus abogados. Maximiliano nombró sus defensores a Mariano Riva Palacio³², Rafael Martínez de la Torre, Jesús María Vázquez y Eulalio María Ortega; Mejía, al licenciado Próspero Vega y Miramón a los señores Ignacio

²⁸ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 271-272

²⁹ Que condenaba a la pena capital a todo aquel que atentara contra la independencia y la seguridad de la República, ya fuera extranjero o mexicano y que hubiese apoyado con las armas, reconocido al gobierno emanado de la intervención o aceptado cualquier tipo de comisión de dicho gobierno. “Ley del 25 de enero de 1862” en *El sitio de Querétaro...op. cit.*, p. 285

³⁰ *Idem*

³¹ Fue descubierto el 18 de mayo y ejecutado al día siguiente, permitiéndosele despedirse del emperador y de Mejía. Carlos González Montesinos narra: “Después Méndez murió con gran valentía fusilado por la espalda. Herido por cuatro balas en la primera descarga, sobrevive, se levanta y pide lo acaben de matar. Un cabo se le acerca y le salta la tapa de los sesos. No podía haber misericordia para él después de que había ordenado el fusilamiento en Uruapan de los generales republicanos José María Arteaga y Carlos Salazar...”. Carlos González Montesinos. *Por Querétaro hacia la eternidad. El general Miguel Miramón en el Segundo Imperio*. México, Edición del autor, 2000. 393 p., fotos, ils., p. 289

³² Padre del escritor y general republicano Vicente Riva Palacio.

de Jáuregui y Ambrosio Moreno. Algunos de éstos abogados tuvieron problemas para abandonar la ciudad de México (que se encontraba sitiada por el general Díaz), pues Leonardo Márquez, lugarteniente del Imperio, les dificultó la salida, aún a sabiendas de que eran necesarios para salvar la vida de los presos.

En prisión, la serenidad de los reos los ayudaba a afrontar las circunstancias. El emperador tenía fe en que se le permitiría salir del país, pues no cruzaba por su mente el que alguien se atreviese a fusilar a un Habsburgo. Pasaba las horas en su celda haciendo románticos planes sobre su futuro en el castillo de Miramar, planes que eran secundados por la gente más cercana a su persona, que trataba por todos los medios posibles de que no se le condenara a muerte. El emperador intentó entrevistarse con el presidente Juárez, pero nada consiguieron ni él ni la princesa Inés de Salm-Salm³³, quien se había convertido en una especie de ángel guardián de Maximiliano.

No sucedía lo mismo en las celdas de los generales Mejía y Miramón: el primero, además del mal estado de salud en que se encontraba³⁴ estaba abatido: dejaba desamparada a su esposa, Agustina Castro, quien estaba a punto de dar a luz a un hijo con el que Mejía no podría convivir,³⁵ sin embargo, su fidelidad hacia el emperador y la amistad que profesaba por Miramón le hicieron rechazar la oferta del general Escobedo de salvarle la vida, si no se salvaba a sus compañeros de prisión. Dicho ofrecimiento desinteresado de Escobedo respondía al agradecimiento que sentía por Tomás Mejía pues éste le salvó del cadalso en dos ocasiones.³⁶

Todos los biógrafos coinciden en que Miramón se mantenía firme y tranquilo, pese a estar seguro de su suerte aún antes del juicio.

³³ Agnes Le Clerq, norteamericana de origen francés, era esposa del príncipe Félix de Salm-Salm. Tras la caída de Querétaro se dedicó a buscar la liberación de Maximiliano, ya fuera tratando de persuadir al gobierno republicano, o bien, por otros medios. Ejemplo de ello es una fuga que Agnes planeaba y que jamás llegó a realizarse. Dejó escritas sus memorias, que han sido publicadas. Princesa Agnes de Salm-Salm. *Diez años de mi vida (1862-1872)*. Estados Unidos, México, Europa. Versión española por Diego Abad de Santillán. Puebla, José M.Cajica, 1972. 450 p. (Contribución no. 1 al año de Juárez, 1972)

³⁴ Antes del comienzo del sitio de Querétaro el general Mejía ya estaba enfermo, y pese a haber sido atendido en su celda por el doctor Basch, médico del emperador, su situación no mejoró.

³⁵ Luis Reed Torres. *El General Tomás Mejía frente a la Doctrina Monroe. La Guerra de Reforma, la Intervención y el Imperio a través del archivo inédito del caudillo conservador queretano*. México, Porrúa, 1989. 328 p. fotos, ils. (Biblioteca Porrúa. 99), p. 306

³⁶ *Ibidem*, p. 297

Miramón, siempre altivo, siempre sereno, y convencido íntimamente del trágico fin que le esperaba, parecía despreciar con su continua y burlona sonrisa los tiros fatales de su terrible destino, y provocar a la voluble suerte con sus agudos y sarcásticos epigramas. Todas las mañanas saludaba a sus compañeros de infortunio con esta acerada frase: “¡un día menos!” y sonriéndose se pasaba el dedo por el cuello, de una manera significativa [...]³⁷

En sus propias palabras, lo único que inquietaba a Miramón era no poder ver a su esposa, Concepción Lombardo. Tras la llegada de ésta a Querétaro, escribe en su diario: “No quiero anotar las emociones de alegría, así como los remordimientos que me ha causado ver a mi pobre Concha sujeta a mi suerte desgraciada”.³⁸ Pasa los siguientes días al lado de su esposa, esperando la llegada de sus abogados. El gobierno permitió que se atrasara el proceso hasta que se encontraran en esa ciudad todos los defensores. A los reos se les concedió permiso para verse entre sí y recibir visitas. Paradójicamente, la vigilancia se volvió cada vez más estrecha.

El *Macabeo* conoció a la más pequeña de sus hijas en la celda. Lola era la cuarta de la familia Miramón Lombardo, y su madre la llevaba aún en brazos. También recibió noticias de los avances de sus hijos en la escuela; el general trataba de aprovechar los últimos días que posiblemente tendría con los suyos. El porvenir de éstos lo tenía preocupado; Maximiliano, en un gesto de gratitud hacia aquél a quien alguna vez trató de alejar de su lado y que ahora compartía su suerte, escribió el 31 de mayo una carta en la cual pidió que, en caso de que fuesen fusilados tanto él como el general Miramón “[...]se encargue [su] esposa la emperatriz Carlota del cuidado de la señora Miramón y de sus hijos menores [...]”.³⁹

El juicio

³⁷ *Calendario histórico del Archiduque Maximiliano de Austria y de sus generales don Miguel Miramón y don Tomás Mejía para el año de 1869*. México, Imprenta de T.F. Neve, 1868. 40 p., ils., p. 7.

³⁸ Sánchez Navarro. *op.cit.*, p. 274

³⁹ Alfonso Junco. *La traición de Querétaro. ¿Maximiliano o López?* 3ª edición. México, Jus, 1960. 245 p., ils., p. 187

El trece de junio comenzó el proceso contra Maximiliano, Mejía y Miramón en el Teatro Iturbide. El emperador fue dispensado de asistir al juicio, pues su salud se lo impedía. Miguel Miramón y Tomás Mejía fueron sentados en el banquillo de los acusados, y ahí permanecieron hasta que sus defensores presentaron sus alegatos. Vázquez y Ortega, abogados de Maximiliano, presentaron la comparecencia de éste por escrito.⁴⁰

Miramón escuchó y refutó todas y cada una de las diez acusaciones que el fiscal Manuel Azpíroz le hacía, ante un consejo de guerra precedido por el coronel Platón Sánchez y por seis capitanes, que no tenían ni la experiencia ni el rango suficiente como para juzgar a un emperador y a dos generales de división.⁴¹ El licenciado Jáuregui trató de convencer al tribunal de que su cliente no podía ser juzgado por sus actos políticos previos a la intervención, ni por sus ideas distintas a las que profesaban tanto él mismo como el gobierno republicano;⁴² añadió además que el juicio que se llevaba a cabo era anticonstitucional por emanar la ley del 25 de enero del poder Ejecutivo y no del Legislativo, y porque inclusive contradecía lo establecido en la Carta Magna al juzgar al acusado en un tribunal “especial”, como lo era el de guerra.

El consejo tardó mucho en emitir su juicio. Los siguientes dos días fueron de ansiedad y desesperanza. Los ministros de Prusia, Austria y Francia abogaban ante Juárez por el perdón. Concha Lombardo iba y venía de San Luis a Querétaro, luchando por salvar a su esposo. Finalmente, al mediodía del 16 de junio les es notificada la sentencia: pena de muerte. El fusilamiento se llevaría a cabo a las tres de la tarde del mismo día, por lo que los prisioneros se prepararon para el cadalso. Miramón escribió a sus amigos, a su familia y al licenciado Jáuregui y se confesó. Faltaba solo un rato para dejar de existir. Su esposa, que había estado presente durante la notificación de la sentencia, esperaba desolada la llegada del cadáver de su esposo a su casa. Y dieron las tres.

⁴⁰ Riva Palacio y Martínez de la Torre estaban en San Luis Potosí tratando de ablandar al gobierno republicano, alegando —como lo hacían sus homólogos en Querétaro— que su cliente no debía ser juzgado por un tribunal militar, siendo sus delitos de carácter político, y además considerando que el proceder del gobierno era contrario al espíritu de la Constitución de 1857.

⁴¹ Lo cual hacía aún más evidente que las decisiones se tomarían en San Luis Potosí, no en Querétaro.

⁴² Debemos señalar que Jáuregui era liberal.

Después de las cuatro de la tarde, cuando los condenados estaban impacientes por la espera, se les notificó que el gobierno de Juárez, si bien no les concedía el indulto, sí aplazaba la ejecución hasta el día 19: eso fue lo único que pudieron conseguir los abogados Riva Palacio y Martínez de la Torre en San Luis Potosí. El emperador estaba indignado por la crueldad de hacerles sufrir el prelude de la muerte. Miramón expresó que debían dar gracias a Dios y esperar.⁴³

El *Macabeo* pudo estar de nuevo con su esposa, pero después le pidió que fuera a San Luis a tratar de convencer a Juárez de que les perdonara la vida. Sólo hizo esto con el objeto de alejarla de Querétaro, para que no presenciara su cada vez más cercana ejecución. El día 18 en la noche, a unas horas de dejar de existir, escribe a Concha:

[...] Son las ocho de la noche, todas las puertas están cerradas menos las del cielo; estoy resignado y solo por ti, vida mía, siento el abandonar este mundo; la ejecución que debía ser a las diez se ha dispuesto ser a las seis y media, de consiguiente no podré disponer ni un minuto para decirte adiós. Ruégote tengas resignación, te cuides para la educación de los niños, para que quites a Miguel toda idea de venganza y pienses algunas veces en quien tanto te ha hecho sufrir, pero que te ha amado [...]⁴⁴

A la mañana siguiente, la ciudad de Querétaro estaba en silencio; las puertas y ventanas de todas las casas estaban cerradas, en señal de duelo por los condenados. A las siete sale la comitiva rumbo al cerro de las Campanas, lugar destinado para la ejecución. Señalado con tres cruces estaba el sitio, donde debían colocarse los condenados.

Maximiliano cedió a Miramón el lugar del centro, pues “un valiente debe ser admirado hasta por los monarcas”;⁴⁵ se volvió para abrazar a Mejía y dijo unas cuantas palabras, pidiendo que su sangre fuese la última que se derramara, para felicidad de su nueva patria.

Miramón, con voz firme dijo:

⁴³ Sánchez Navarro. *op. cit.*, p. 285

⁴⁴ Concepción Lombardo de Miramón. *Memorias*. Preliminar y algunas notas de Felipe Teixidor. 2ª. edición, México, Porrúa, 1989. 1008 p., ils. (Biblioteca Porrúa, 74), p. 874

⁴⁵ Sánchez Navarro. *op. cit.*, p. 216

Mexicanos, mis defensores trataron de salvar mi vida en el consejo de guerra; aquí, próximo a perderla, y cuando voy a comparecer ante la presencia de Dios, protesto contra la acusación de traidor que se me ha lanzado al rostro para cubrir mi ejecución. Muero inocente de este crimen, con la esperanza de que Dios me perdonará y de que mis compatriotas apartarán de mis hijos tan vil mentira, haciéndome justicia. Mexicanos, ¡Viva México!⁴⁶

Mejía abrazó un crucifijo contra su pecho y murmuró una oración. Miramón señaló su corazón, que segundos después fue atravesado por las balas del pelotón de fusilamiento.

Así terminaba un Imperio, como también la vida de tres hombres a los que el destino unió por algo más que una casualidad. La historia de uno de ellos, de aquel que rechazó terminantemente la mancha de traidor, es el tema de esta investigación; esa historia comienza en el año de 1831.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 217

Capítulo 3

La familia Miramón

En el año de 1766, Carlos Francisco de Croix, marqués de Croix, llegó a la ciudad de México, habiendo sido nombrado virrey de la Nueva España. Con él llegó un hombre joven llamado Bernardo Miramont, quien trabajó con dicho virrey “[...] ocupado en los encargos de su secretario de la correspondencia particular de confianza, los pertenecientes a su palacio, y otros asuntos importantes del Real servicio [...]”.⁴⁷

Miramont había nacido en un pueblo llamado Jurançon, en la provincia francesa de Bearn. Al parecer era de origen noble, pues su padre y abuelo —Pierre y Antoine respectivamente— habían sido “señores del lugar de D’Ogue”,⁴⁸ cercano a la ciudad de Pau, en la misma provincia; siendo muy joven todavía, atravesó los Pirineos para establecerse en el puerto de Cádiz, al sur de España, en donde se dedicó al comercio para después emprender su aventura en América.

Al parecer no se conformaba con el puesto de secretario del virrey; tan solo dos años después de su arribo a la corte virreinal, en los cuales había demostrado “[...] su aptitud, aplicación, inteligencia y buena conducta, calificada con la aprobación del mismo Virrey, [éste], en uso de sus facultades le nombró en diez y nueve de agosto de mil setecientos sesenta y ocho por Oficial quinto de la Dirección general de la Renta del Tabaco [...]”.⁴⁹

Dispuesto a sentar cabeza, contrajo matrimonio el 8 de enero de 1770, en el Sagrario Metropolitano, con la señorita María Josefa de Arriguivar y Urizar.⁵⁰ Era hija de un hombre opulento y de gran influencia en la sociedad capitalina, don José de Arriguivar, lo cual sería de gran ayuda para Bernardo, pues éste buscaría ascender en su empleo no sólo con base en sus méritos, sino también en los de su suegro.

⁴⁷ “Relación de los méritos y servicios de don Bernardo Miramón, oficial tercero de la Dirección de la Renta del Tabaco de la Ciudad de México” en Islas, *op. cit.*, pp. 334-335

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ *Idem.*

⁵⁰ Manuel Romero de Terreros. *Siluetas de antaño. Memorias de nuestra historia*. México, Ediciones Botas, 1937. 209 p., pp. 99-100

El matrimonio Miramont y Arriguivar tuvo, al parecer, dos hijos: Joaquín, nacido en 1778, y Bernardo, que vio la luz en 1788.⁵¹ No se sabe cuando murió Josefa de Arriguivar, pero sí que Bernardo Miramón —el apellido aparece ya castellanizado: sin la “t” y acentuado—, viudo de ésta, casó con Catarina David en la parroquia del señor San José y Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, en la ciudad de México, el 18 de mayo de 1804.⁵² Era ya un hombre de edad —más de sesenta años— cuando procreó siete hijos de este matrimonio.⁵³

Luis Islas, en su biografía de Miguel Miramón, afirma no conocer el parentesco entre Bernardo Miramón, quien fuera secretario del marqués de Croix y otro:

[...] del mismo nombre y apellido, al que alude [Lucas] Alamán trágicamente en las siguientes palabras: “Antes de salir dio Liceaga orden de que fueran degollados Don Bernardo Miramón, subdelegado de Tenango, que había sido cogido al ir a México, y los treinta y dos españoles que con infracción de la capitulación de Pachuca habían sido hechos prisioneros en aquella ciudad y conducidos a Sultepec”. La hecatombe fue en julio de 1813[...]⁵⁴

Podemos afirmar que ambas referencias corresponden al mismo personaje, y para ello basta citar a Carlos María de Bustamante, quien sobre Bernardo Miramón escribe lo siguiente:

El capitán retirado, subdelegado de Tenango y hombre viejo que pasa de 70 años: según de público se dice es de nación francesa, aunque hace más de cuarenta y cinco años que vive en estos países: está procesado, aunque no preso, por partidario de los rebeldes, y en su causa que pende en la capitania general, obra una exposición dirigida a la ridícula junta llamada nacional por los insurgentes, con los términos más claros y decisivos a favor de tan infame causa; de suerte que es imposible que Rayón, Morelos u otro de los corifeos se

⁵¹ “Árbol genealógico de la familia Miramón” en Conrado Hernández López. *Militares conservadores en la Reforma y el Segundo Imperio. (1857-1867)*. Tesis doctoral. México, El Colegio de México / Centro de Estudios Históricos, 2001. 404 p., apéndices.

⁵² *Archivo Histórico del Arzobispado de México*. Libro catorce de matrimonios de españoles, acta 8, foja 153, 18 de mayo de 1804.

⁵³ Conrado Hernández López distingue al Bernardo Miramón que casó con Josefa de Arriguivar —no Concepción, como él señala— del que casó con Catarina David, y que murió en 1813. En realidad no son dos, sino el mismo personaje. Creemos que Catarina David era una mujer joven pues dio a luz a siete hijos en un lapso de solo nueve años. De éstos —Manuel, Ángel, Josefa, José, María Cruz, María de Jesús y Dolores— no tenemos mayores datos que los proporcionados por el autor de la tesis referida.

⁵⁴ Islas, *op.cit.*, p. 13

hubiese explicado de una manera más inequívoca y terminante: consta asimismo su intimidad y estrechez con el cura de Sultepec apellidado Zúñiga, que también fue partidario muy apasionado de los revolucionarios y que tiene proceso particular: la excepción y defensa de Miramón consiste en el miedo gravísimo y suma opresión en que lo tenían prisionero, y solo viendo la causa puede formarse concepto de la conducta de este individuo en la presente revolución: ha fallecido, y con ese motivo creo que se habrá suspendido su causa.⁵⁵

Aquel francés que sirvió en varios puestos en el gobierno virreinal, murió a causa de sus ideas políticas en pro de la independencia de la nación. Bustamante afirma que era “capitán retirado”, dato que no podemos confirmar pero que podría ser el origen de la tradición militar de los Miramón.

Su hijo, Bernardo Miramón y Arriguiar se alistó en el ejército de la Nueva España en 1810, para combatir precisamente a aquellos con quienes simpatizaba su padre; sin embargo, como la mayoría de los militares realistas, en 1821 se adhirió al Plan de Iguala que buscaba —irónicamente— la independencia del país, siendo aceptado como teniente coronel efectivo por el Ejército Trigarante.⁵⁶

El 27 de septiembre de 1821, Agustín de Iturbide proclama la independencia con la aprobación de los restos de la insurgencia —a cuya cabeza se encuentra Vicente Guerrero— y del ejército realista; el mismo Juan O’Donojú, último representante de la corona en la Nueva España,⁵⁷ firma el acta con la que culmina el poderío español en lo que se nombró “Imperio Mexicano”.

Como se necesitaba un emperador, se pensó en el mismo Fernando VII, rey de España, para que gobernase las vastas tierras mexicanas. En caso de que este no aceptara, se ofrecería la corona a algún pariente suyo. Evidentemente, si la metrópoli no reconocía la independencia, mucho menos vendría el monarca español, ni nadie de los suyos, a gobernar, por lo que se tendría que buscar otro candidato: un hombre “providencial” que

⁵⁵ Carlos María de Bustamante. *Martirologio de los primeros insurgentes por la libertad e independencia de la América española, o sea prontuario e índice alfabético de varios individuos eclesiásticos y seculares de quienes se habla en las causas de las conspiraciones de abril y agosto de 1811, o que resultan más o menos indiciados de adhesión al partido de los rebeldes en otros expedientes de infidencia o por la opinión común y general. Sacóse este documento de los originales de la Junta de Seguridad presidida por el oidor de la Real Audiencia de México, D. Miguel Bataller y Vasco.* México, Imprenta de J.M. Lara, 1841. 51 p., p. 30-31

⁵⁶ Islas, *op.cit.*, p. 14

⁵⁷ No ostenta el cargo de virrey, sino de capitán general de la misma.

llevara las riendas del gobierno y solucionara los problemas, alguien que pudiera ostentar dignamente tan alto cargo. Iturbide logró ser esa persona; consiguió que se le coronase emperador de México, con el nombre de Agustín I el 21 de julio de 1822.

El teniente coronel Bernardo Miramón era entonces un fiel iturbidista. En esos años debió haber conocido a la señorita con la que contraería nupcias: María del Carmen Tarelo y Segundo de la Calleja, quien fue descrita como “exquisita, sensible, femenina. Fina de cuerpo, breve de estatura, ojos claros y elocuentes [...]”.⁵⁸

La aventura imperial poco duró: a comienzos de 1823, Antonio López de Santa Anna —quien también había sido adicto a Iturbide— proclamó el Plan de Casa Mata, en el cual exigía la convocatoria a un nuevo congreso⁵⁹ y el establecimiento de la República como forma de gobierno. A Santa Anna se unieron los antiguos insurgentes Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria, logrando que el emperador abdicase el 19 de marzo del mismo año.

La asonada militar comenzaba a ser el más veloz camino de ascenso dentro del ejército, pero Bernardo Miramón se mantenía distante de tal práctica. Su empleo les permitía vivir decentemente; sin embargo, la familia crecía. José Bernardo, primer vástago de la pareja, nació en 1824.⁶⁰ Ese mismo año el Congreso Constituyente proclamaba la Constitución de la República. Se convocó a elecciones, siendo nombrado primer presidente de México Guadalupe Victoria.

El matrimonio Miramón Tarelo procreó otros dos hijos, Luz y Joaquín; éste último nació en la ciudad de Puebla, pues don Bernardo era, para 1828, comandante del sexto regimiento permanente de ese lugar. En la capital angelopolitana publicó una proclama en la cual “[...] incita a sus tropas a permanecer unidas al gobierno en contra de [el general Antonio López de] Santa Anna, quien después de jurar la carta constitutiva [de 1824], “ha faltado escandalosamente a tan sagrado compromiso, separándose de la obediencia del gobierno [...]”.⁶¹ El citado general se había levantado en armas en Perote, Veracruz, como

⁵⁸ Islas, *op. cit.*, p. 15

⁵⁹ El Congreso había sido disuelto por el emperador el 2 de noviembre de 1822 para crear la Junta Nacional Instituyente, formada por sus partidarios.

⁶⁰ Hernández López. *op. cit.*, anexo “Árbol genealógico”.

⁶¹ Islas, *op. cit.*, p. 14

una protesta por la derrota de Vicente Guerrero en las urnas presidenciales ante Manuel Gómez Pedraza (quien fuera ministro de Guerra de Guadalupe Victoria).

En la ciudad de México, un motín colocó a Guerrero en la silla presidencial. Era el primer golpe de estado, de los muchos que sufriría, la nación independiente.⁶² Como jefe del Poder Ejecutivo, Guerrero tuvo que enfrentarse a enemigos tanto externos como internos: por un lado, una escuadra española, al mando del brigadier Isidro Barradas, desembarcó en costas mexicanas tratando de reconquistar lo perdido en 1821, pero se lo impidió el general Santa Anna, auxiliado por el clima y la insalubridad de los puertos mexicanos; por otro, una serie de intereses encontrados pedían la cabeza de Guerrero. Al poco tiempo, éste también sería removido de su puesto por el entonces vicepresidente Anastasio Bustamante, quien tomó el mando de la nación.

El cuarto hijo

Vicente Guerrero regresó a las serranías sureñas empuñando las armas en contra de Bustamante, fue capturado en enero de 1831 por Francisco Picaluga, un traficante de armas italiano, quien lo traicionó, invitándolo a su barco y entregándolo al gobierno de Bustamante. Guerrero, acusado de “alta traición” murió fusilado en Cuilapa, Oaxaca el 14 de febrero del mismo año.⁶³

Mientras tanto, los Miramón regresaron a la capital del país. En noviembre del mismo año, Carmen Tarelo dio a luz a otro niño, a quien bautizaron con el nombre de Miguel Gregorio de la Luz Atenógenes. La ceremonia se llevó a cabo en la Iglesia de la Santa Veracruz, un día 21, cuatro días después de que naciera el niño.⁶⁴ Ninguno de los

⁶² El motín de la Acordada, y el subsecuente saqueo del mercado del Parián —en la plaza mayor— fueron, para desgracia de México, el ejemplo a seguir por todos aquellos que buscaban llegar a la presidencia.

⁶³ Juan de Dios Arias y Enrique de Olavaria y Ferrari. “México Independiente” en Vicente Riva Palacio. *México a través de los siglos*. 17ª. edición, México, Cumbre, s. l., 10 vols., VII, p. 275

⁶⁴ El primer biógrafo de Miguel Miramón, Víctor Darán, afirma que éste nació el 21 de noviembre. Sin embargo, Román Araujo, habiendo visto la fe de bautismo del personaje, rectifica que fue cuatro días antes. Hemos podido ver una copia de tal acta en la tesis de licenciatura de Cristina Ascencio Morales que confirma lo dicho por Araujo. Víctor Darán. *El General Miguel Miramón. Apuntes históricos por...* México, El Tiempo, 1887. 2 tomos; Román Araujo. *El General Miguel Miramón. Rectificaciones y adiciones a la obra del Sr. D. Víctor Darán, titulada “Notas sobre la Historia de México”*. México, “El Tiempo”, 1887. 409 p., p.1; Cristina Ascencio Morales. *El general Miguel*

presentes imaginó siquiera lo que el destino tenía deparado al recién nacido que recibía las aguas bautismales.

Don Bernardo, quien había sido nombrado coronel en 1833, y días después recibía el despacho de fiscal militar del Supremo Tribunal de Guerra,⁶⁵ trabajaba arduamente para mantener a una familia que crecía: Guadalupe, Soledad, Carlos, Mariano, Carmen y Paz fueron los hijos que nacieron en los años subsecuentes.⁶⁶ Eran tiempos difíciles, sobre todo para un militar cuyos empleos eran modestos: comandante del Depósito de Desertores y Reemplazos en 1836; segundo jefe del Depósito de Señores Jefes y Oficiales al año siguiente y, más tarde secretario de la Corte Marcial.⁶⁷

Lejos de la burocracia militar, el país experimentaba cambios de los cuales el coronel Miramón estaba alejado: México ya había probado tres formas de gobierno, luchado contra dos intervenciones, combatido dos rebeliones de los estados y un sinnúmero de asonadas militares y había tenido más de una docena de gobernantes.⁶⁸

La infancia

Poco se sabe sobre la infancia de los niños Miramón y más en específico, de Miguel; dos de sus biógrafos aseguran que era un niño débil y enfermizo. Víctor Darán escribe: “Solo contaba con diez años cuando fue declarado inepto para las armas, y entró, en consecuencia, al Colegio de San Gregorio, para dar principio a sus estudios literarios con el

Miramón: su vida militar y política (1846-1867). Tesis de licenciatura. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998. 187 p., anexos; anexo III, p. 127

⁶⁵ Islas, *op. cit.*, p. 15

⁶⁶ Joaquín, Miguel, Carlos y Mariano siguieron la carrera de las armas, como se verá más adelante; de las hermanas Miramón casi no tenemos información: tenemos conocimiento de que Soledad se casó con el licenciado Francisco Barrera y Prieto el 4 de octubre de 1853 en el Sagrario Metropolitano. *Archivo Histórico del Arzobispado de México*. Parroquia del Sagrario Metropolitano, rollo 26, vol. 27-32, foja 74, doc. 224, 1853. Por su parte, Carmen Miramón contrajo nupcias con el general Manuel Andrade (nacido en Puebla en 1809). El matrimonio tuvo seis hijos y siete hijas, según lo hace constar Conrado Hernández López en su tesis doctoral, quien al parecer se equivoca, pues menciona que la esposa de Andrade es Paz Miramón, cuando Concha Lombardo asegura que era Carmen y que Paz era la menor de las hermanas. Hernández López, *op. cit.*, p. 283; Lombardo, *op. cit.*, p. 215. Por otra parte, se ha dicho que una de las hermanas fue monja; si bien no hemos podido confirmar este dato, creemos que puede ser posible tomando en cuenta las costumbres de la época en que vivieron estos personajes.

⁶⁷ Islas, *op. cit.*, p. 16

⁶⁸ Como formas de gobierno México había tenido la monarquía, la república federalista y la centralista; en cuanto a las intervenciones, la española en 1829 y la primera francesa, apodada “Guerra de los Pasteles”; finalmente, Zacatecas y Texas se habían sublevado, llegando éste último a firmar su independencia, factor que se retomará más adelante.

curso de humanidades, al estilo de la época [...]”.⁶⁹ Luis Islas García continúa: “Todo coopera para que Miguel no sea militar: era un chiquillo débil, soñador, voluntarioso e inteligente, pero sin muchas virtudes bélicas, ni la salud necesaria para ser soldado”.⁷⁰

No encontramos bases para las anteriores afirmaciones; inclusive pareciera que, el mostrar a un Miramón “débil, enfermizo, voluntarioso e inepto para las armas” en su infancia, sirviera a los biógrafos para resaltar el valor y arrojo con los que se condujo el personaje condujo durante toda su vida, méritos reconocidos por propios y extraños.

Por otra parte, no podemos asegurar que fue “declarado” inepto para las armas y que por ello entró al Colegio de San Gregorio, como afirma Darán; en su lugar podríamos suponer que, tras una carrera en el ejército que no había sido próspera⁷¹ para Bernardo Miramón, es plausible que quisiera que sus hijos se dedicaran a otra cosa, tal vez la abogacía o el comercio, en vez de seguir sus pasos, pues probaba en carne propia que la carrera de las armas no era tan prometedora como pudieran imaginarlo las mentes románticas de la época. La historiadora Anne Staples escribe que: “[...] el gobierno no pagaba puntualmente a la burocracia ni al ejército, pero éste atraía a muchachos que soñaban con aventuras y poder. Los ricos [dentro de la milicia] eran unos cuantos [...]”.⁷² Cualquiera que haya sido la razón por la que los Miramón decidieron que su cuarto hijo ingresara a las filas gregorianas, éste lo hizo cuando tenía diez años de edad.

El Colegio de San Gregorio, ubicado en lo que alguna vez fue el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo y algunos predios aledaños, era una de las instituciones de mayor renombre de la ciudad, y la estricta disciplina del recinto era una garantía de que los alumnos saldrían de éste “bien educados”. Antonio García Cubas, quien fuera alumno de dicho colegio cuenta:

⁶⁹ Darán, *op. cit.*, tomo 1, p. 24

⁷⁰ Islas, *op. cit.*, p. 16

⁷¹ Pues pese a ser fiscal militar, al ser su familia muy grande se veía en aprietos económicos.

⁷² Anne Staples. “Sociedad y educación, 1821-1857” en Josefina Zoraida Vázquez. (Coord.) *El nacimiento de México, 1750-1857. De las reformas borbónicas a la Reforma. Tomo III de la Gran Historia de México ilustrada*. México, Planeta/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001. 400 p., fotos, ils., cronogramas., pp. 321-340, p.332

La sociedad, en aquella época, había adoptado la célebre máxima de que la letra con sangre entra, y en tal virtud, ningún colegio ofrecía sobre el particular mayores ventajas como el famoso de San Gregorio, dirigido por el celeberrimo rector don Juan Rodríguez Puebla.⁷³

Miguel estuvo cuatro años en San Gregorio, compaginando los estudios del latín con los de literatura, alejado —como el resto de sus compañeros— del acontecer nacional, del cual solo tenían vagas noticias por sus padres. Mientras repasaban sus lecciones entre los muros de la antigua construcción, en México la era santannista estaba en su apogeo: el general presidente amanecía federalista y se acostaba centralista; permitía la promulgación de leyes liberales para más tarde suplantarlas con otras conservadoras. Era derrocado y exiliado; poco después era llamado de nuevo al poder, el cual abandonaba para recluirse en su hacienda de Manga de Clavo. Se erigían estatuas en su honor —y se hacían honores a su pierna, perdida en la mal llamada guerra de los Pasteles— que más tarde eran derribadas y pateadas por la muchedumbre, corriendo la misma suerte los restos de su extremidad amputada.

En 1845 Santa Anna sale de nuevo rumbo al exilio, tomando la presidencia José Joaquín de Herrera, quien al poco tiempo es derrocado por el general Mariano Paredes y Arrillaga. Miguel Miramón tenía catorce años y, posiblemente, un espíritu romántico, debido en gran medida a la formación que desde hacía cuatro años llevaba en el colegio. García Cubas cuenta una anécdota que, por diversos factores, parece una leyenda, y que ha sido reproducida por los biógrafos de Miramón con ligeras variantes:

Hallábase éste cierto día en el colegio, departiendo amablemente con sus compañeros Andrade, Valdez, González y Caballero, sobre las excelencias de la vida campestre galanamente expuestas en una novela para ellos predilecta, y aprovechándose Miramón del entusiasmo que en todos producía la idea de libertad, propúsoles abandonar el colegio, y a fin de obligarlos a dar el atrevido paso, expúsoles el contraste que existía entre la vida libre del campo y la del colegio, sujeta a tantas privaciones y a tantos castigos. Un lunes fueron llevados al colegio los cinco alumnos por sus respectivos criados, más al volver éstos las espaldas, en la portería, emprendieron la fuga, reuniéndose en un lugar de la

⁷³ Antonio García Cubas. *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual estado social, ilustradas con más de trescientos fotografías.* México, Editorial Porrúa, 1986. 635 p., ils., fotos., p. 413

ciudad, previamente determinado. Conforme a su primera decisión, dirigiéronse a pie a la villa de Guadalupe con el fin de marchar hacia Texcoco; pero mudando de parecer, deshicieron el camino y tomaron el de Tlalpan para ir a buscar en las asperezas del Ajusco la soñada y dichosa dehesa.⁷⁴

Continúa narrando García Cubas que la aventura de Miguel no tuvo el resultado deseado: cuando el hambre y el cansancio hacían estragos en los jóvenes,⁷⁵ decidieron pedir ayuda en una casa, ocultando su fuga del colegio e inventando que eran cinco huérfanos en busca de un empleo. El dueño de la casa en que se detuvieron resultó ser —casualmente— el juez de Tlalpan, quien creyó reconocer en uno de ellos al hijo de un amigo, por lo que luego de un largo interrogatorio a los jóvenes mandó avisar a sus familias y al colegio que estaban bajo su custodia. A los cinco aventureros les esperaba un buen castigo en el colegio, pero mayor aún en sus casas. Miguel era hijo de un militar, quien además, había sido juez, por lo que podía aguardar a recibir un buen escarmiento.

Bernardo Miramón, había recibido un nombramiento de Prefecto en Tlaxcala, oportunidad que no podía desperdiciar, pues implicaba un verdadero ascenso en su situación. Cierta o no la fuga a Tlalpan, Miguel cometió una seria falta de disciplina, puesto que su padre, quien no podría vigilar sus pasos a distancia, decidió sacarlo del Colegio de San Gregorio para inscribirlo en el Colegio Militar, no como parte de una tradición familiar, sino como un castigo.⁷⁶

⁷⁴ García Cubas, *op. cit.*, p. 420

⁷⁵ Uno de los factores por los que creemos que lo referido es una leyenda es que nos parece muy difícil que los jóvenes hayan caminado desde el colegio hacia la Villa de Guadalupe y, luego de arrepentirse, hayan llegado hasta Tlalpan. Actualmente, con el desarrollo de las vías de comunicación y los automóviles, uno puede hacer el recorrido, en día domingo y sin tráfico, en cuarenta minutos, y el resto de los días, hasta en dos horas. Ahora bien, en el siglo XIX, las familias iban a *vacacionar* a San Agustín de las Cuevas —hoy el centro de Tlalpan— que se localizaba, según el mismo García Cubas, a 17 kilómetros de la capital, para lo cual empleaban todo medio de transporte posible, desde burros hasta coches, y, en efecto, algunos iban a pie. Por tanto, no es *imposible* que los jóvenes hubiesen llegado caminando, pero debemos recordar que la gente que caminaba tales trayectos tenía dos factores a su favor: el estar acostumbrado a hacerlo y, sobre todo, el conocer los inconvenientes del camino. No creemos que los jovencitos de San Gregorio cumplieran con estos factores.

⁷⁶ Creemos que si don Bernardo hubiese querido, Miguel hubiera entrado al Colegio Militar desde tiempo atrás, y no habría habido necesidad de inscribirlo en San Gregorio que, además, era un colegio para niños de buenas posibilidades económicas. Esto no excluye la posibilidad de que Miguel tuviera, de antemano, una cierta habilidad para la carrera de las armas, lo que coloquialmente es llamado “el don”, pero durante su estancia en San Gregorio no lo sabía, y creemos que lo descubrió *solo hasta que ingresó* al Colegio Militar. Finalmente, solo queremos agregar que en el siglo XIX los niños no decidían qué querían estudiar: la decisión la tomaban los padres. Si Bernardo Miramón lo *hubiera* dejado en San Gregorio, Miramón no *hubiera* sido el magnífico militar que fue. No lo *hubiera* descubierto.

Capítulo 4

La guerra injusta

El 10 de febrero de 1846, Bernardo Miramón inscribió a su hijo Miguel en el Colegio Militar. El joven que en San Gregorio se mostrara ávido de aventura, no sabía lo que le esperaba en Chapultepec tan solo unos meses después.

En enero del mismo año, el presidente de los Estados Unidos, James N. Polk, había dado la orden al general Zachary Taylor de movilizar sus tropas al territorio comprendido entre los ríos Bravo y de las Nueces, con el objeto de provocar un enfrentamiento entre su ejército y el mexicano. Como era de esperarse, luego de tres meses de larga tensión, se presentó un intercambio de tiros que el gobierno de Polk utilizó como pretexto para llevar a cabo sus planes.

Zachary Taylor comenzó su avance hacia la ciudad de Matamoros: las primeras acciones se llevaron a cabo en Palo Alto y Resaca de la Palma, los días 8 y 9 de mayo. El ejército al mando del general Mariano Arista fracasó en ambas ocasiones.

El día 11 el presidente Polk acusó a México, en su discurso ante el Congreso, de haber derramado sangre angloamericana en un supuesto “suelo angloamericano”, por lo que declaró formalmente la guerra a su vecino del sur. Este movimiento de tropas había sido precedido por la ocupación de varios puertos mexicanos a manos de las flotas invasoras, así como por el avance de otras divisiones del ejército a California y Nuevo México. Un mes después, el gobierno mexicano declaró la guerra a los Estados Unidos.

Pese al desorden reinante en el país, el ejército se preparó para defender el territorio e impedir el avance enemigo. En el Colegio Militar, los jóvenes cadetes se preparaban con ahínco ante la guerra que ya estaba en pie. Luis Islas García refiere lo siguiente sobre el alumno Miramón:

[...] la guerra estaba encima. No le iba a ser posible hacer una carrera académica. Tendría que estudiar mucho, rápido, porque en la guerra, las bajas del ejército deben cubrirse apresuradamente.

Miguel Miramón puede satisfacer ampliamente su eterna inquietud: era la aventura, no bucólica sino heroica. El desordenado colegial empieza entonces a

alcanzar altas calificaciones: sobresaliente en Ordenanza y Tácticas de Infantería.⁷⁷

Mientras tanto, el ejército mexicano sufría un descalabro tras otro. Paredes y Arrillaga había sido derrocado por el general Mariano Salas, quien consiguió que se mandara llamar al “caudillo necesario”, aquel que había combatido en dos intervenciones, Antonio López de Santa Anna, para que tomara las riendas de la nación y del ejército.

El mismo regresó a México y se colocó a la cabeza de las tropas nacionales; el vicepresidente Valentín Gómez Farías se quedó a cargo de la administración.

Las razones de la intervención

Es importante señalar brevemente los antecedentes de la guerra que nos compete: las llamadas “trece colonias”, al independizarse de la corona británica en 1776, adoptaron el nombre de Estados Unidos de América. Desde un inicio, buscaron crecer como país, para lo cual necesitaban un territorio mayor al que tenían. Para ello, habrían de valerse de cuanto recurso estuvo en sus manos: la compra, la anexión o la conquista.

La primera oportunidad la tuvieron en el año de 1803, al convencer al gobierno de Napoleón I de que les vendiera la Luisiana, una vasta zona al occidente de su territorio, que al pasar a manos estadounidenses duplicó el tamaño original de este país. El emperador francés lo vendió por unos cuantos millones de dólares, cantidad intrascendente si tomamos en cuenta que para los Estados Unidos significó el ganar un amplio terreno y una salida al Golfo de México, a través del puerto de Nueva Orleáns.

El siguiente objetivo fueron las Floridas: en 1816, con el objetivo de atacar a los indios seminolas, soldados estadounidenses invaden Florida Occidental, propiedad de la corona española. Tres años después, España firma el Tratado Adams-Onís, por medio del cual fijan una nueva línea fronteriza y ceden a la Unión Americana este territorio.⁷⁸ Sin

⁷⁷ Islas García, *op. cit.*, p. 21

⁷⁸ Cristina González Ortiz y Guillermo Zermeño Padilla. *EUA 9. Síntesis de su historia II*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, 458 p., p. 354

embargo, el mayor interés del gobierno estadounidense estaba en las provincias del norte de México.

En 1822 Joel R. Poinsett llegó a México con la misión de observar la situación del nuevo país. Desde su arribo, insistió en la cesión de Texas por parte del gobierno imperial mexicano, del cual nada consiguió.

Dos años después, al establecerse la República, fue ratificado en el puesto como primer representante diplomático de los Estados Unidos en México. Unos meses antes, el 2 de diciembre de 1823, el presidente James Monroe había pronunciado un discurso ante el congreso de su país, en el cual fijaba su postura con respecto a los países de Europa: [...]

Sigue la misma conducta de no intervenir en los asuntos internos de ninguna de las potencias europeas; considerar al gobierno de hecho como el legítimo para nosotros; mantener relaciones cordiales con él, y conservarlas mediante una política franca, sólida y viril, satisfaciendo en cualquier caso las reclamaciones justas de toda nación, sin conformarse con los agravios de ninguna de ellas.

Y continuaba:

Pero las circunstancias son eminente y notoriamente distintas con respecto a estos continentes. Es imposible que las potencias aliadas extiendan su sistema político a cualquier parte del Continente Americano sin poner en peligro nuestra paz y felicidad; nadie puede creer, tampoco, que nuestros hermanos del sur lo adoptaran por ellos mismos, de buen grado. Por consiguiente, no nos es posible contemplar con indiferencia cualquier forma de intromisión. Si establecemos una comparación entre la fuerza y los recursos de España y los que poseen los nuevos gobiernos, así como la distancia que hay entre unos y otros, resulta evidente que España no debe sojuzgar a éstos. Los Estados Unidos sustentan como su verdadera política la de dejar que las partes interesadas resuelvan sus propios asuntos, confiando en que otras potencias imitarán este proceder...⁷⁹

Monroe ponía de manifiesto su oposición a que las potencias europeas se inmiscuyeran en asuntos del continente americano; este discurso, que sería conocido como la *Doctrina Monroe* es resumido en la premisa “América para los americanos”, en el sentido más amplio de la palabra: no para los habitantes de México, Colombia, Uruguay, Jamaica o

⁷⁹ Ángela Moyano Pahissa y Jesús Velasco Márquez. *EUA 1. Documentos de su historia política I*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, 447 p., p. 394

Chile, sino para los autodenominados “americanos”, los estadounidenses. Se constituían, a partir de ese momento, como la policía del nuevo mundo. El *hermano mayor* que cuidaría a las naciones “hermanas y desprotegidas” de las ambiciones de los poderosos reinos del Viejo Mundo.

Poinsett fue expulsado del país por inmiscuirse en asuntos internos,⁸⁰ aunque no por ello cesó la insistencia del vecino del norte. Una oleada de migrantes anglosajones comenzó a colonizar Texas, siendo esto permitido por los gobiernos virreinal e imperial; no obstante, el gobierno mexicano se alarmó cuando la cantidad de mexicanos era menor a la de extranjeros, por lo que puso restricciones a la emigración. El vaivén en que se encontraba la situación de la política mexicana, la adopción del centralismo, la lejanía de la capital del país y la abolición de la esclavitud en la república, fueron solo algunos de los pretextos que utilizaron los texanos para intentar separarse de México en 1836. Santa Anna los combatió pero pese a las primeras victorias que obtuvo, fue vencido y obligado a reconocer la independencia de Texas. El congreso mexicano no aprobó esto y se continuó tratando de recuperar el territorio. Sin embargo, la llamada “República de Texas” había logrado el reconocimiento de varias naciones, entre ellas, los Estados Unidos.

La guerra se prolongó sin encontrar resultados satisfactorios para el gobierno mexicano, que no solo tuvo que enfrentarse a este problema sino también a una intervención francesa en el año de 1838.

Texas se acercó a los Estados Unidos buscando su incorporación a la unión; sin embargo, a pesar del interés de este país por el territorio texano, no se ratificó la anexión sino hasta el 28 de mayo de 1845.⁸¹

Evidentemente el gobierno mexicano se inconformó con las acciones de su homólogo del norte, pues “[...] era un acto agresivo contra la existencia y la integridad

⁸⁰ El historiador Martín Quirarte señala: “Una tesis muy difundida sostiene que Poinsett fue el fundador de la masonería en nuestro país. En realidad ésta existió desde antes de la independencia de México y fue introducida principalmente por los españoles de tendencias liberales. Lo que se conoce con el nombre de rito yorkino, fue un grupo masónico cuya actividad contribuyó Poinsett a intensificar.” Martín Quirarte. *Visión panorámica de la historia de México*. 11ª edición. México, Editorial Porrúa, 1978. 337 p., p. 83, ils.

⁸¹ Gastón García Cantù. *Las invasiones norteamericanas en México*. México, Secretaría de Educación Pública/Editorial Era, 1986. 362 p. (Lecturas Mexicanas: Segunda Serie, 57), p. 157

territorial de un país amigo".⁸² Sin embargo, no fueron los mexicanos quienes dieron comienzo a las agresiones. El ejército de los Estados Unidos se movilizó a la frontera de Texas e invadió el espacio territorial ya mencionado, comprendido entre los ríos Bravo y de las Nueces, perteneciente a la República Mexicana.

El avance enemigo

Santa Anna se puso al frente de las tropas nacionales⁸³ y partió al encuentro de Zachary Taylor. Su principal error fue no esperar a que el enemigo se acercase y hacer, de este modo, que fuese éste quien resistiera los embates del clima y la lejanía. En febrero de 1847 se enfrentaron en La Angostura, cerca de Saltillo, Coahuila; ninguno de los dos ejércitos triunfó definitivamente, más el mexicano, que casi logra ganar la batalla, resintió más las consecuencias de la cruenta lucha. No se logró detener el avance, pues el enemigo tenía otra sorpresa: se abrió otro frente de ataque por Veracruz, con la clara intención de avanzar rumbo a la capital siguiendo los mismos pasos que Hernán Cortés en el siglo XVI.

Gómez Farías, ante la imposibilidad de conseguir recursos para sufragar los gastos de la defensa nacional, decide decretar un préstamo forzoso que la Iglesia debía hacer al gobierno. Las protestas no se hicieron esperar, no solo por parte del clero sino también porque los cuerpos de las Guardias Nacionales⁸⁴ se levantaron en armas en la ciudad de México, disgustados por las medidas del vicepresidente. Fueron conocidos como los "Polkos" pues un sector de ellos eran jóvenes que gustaban de bailar la polka, tan de moda en esos años.⁸⁵ La guerra se desató en las calles de la ciudad, por lo que Santa Anna se vio obligado a regresar para poner las cosas en orden. Guillermo Prieto, quien formara parte de este levantamiento, escribió años después lo siguiente:

⁸² José Emilio Pacheco y Andrés Reséndez. *Crónica del 47*. México, Clío, 1997. 95 p., mapas, ils., p. 14

⁸³ Que estaban compuestas básicamente por lo que quedaba de la División del Norte y en su mayoría, hombres tomados por medio de la leva.

⁸⁴ Compuesta por artesanos, comerciantes, abogados, intelectuales y burócratas.

⁸⁵ Además porque su levantamiento favorecía los planes del presidente James Polk; se ha dicho incluso que el mismo gobierno de los Estados Unidos estuvo involucrado en la conspiración que se llevó a cabo en el Hotel de la Bella Unión, que se ubicaba en la esquina de la calle de la Palma y la del Refugio (actual Palma y 16 de septiembre).

Ya se deja entender el desairado desenlace del movimiento de los polkos, y la vergüenza y humillación con que debe cubrirnos a los que arrojamos ese baldón sobre nuestra historia en los días de más angustia para la Patria. Otro alegraría su poca edad, su inexperiencia, el influjo poderoso de entidades para mí venerandas... Yo digo que aquella fue una gran falta... que reaparece más, más horrible a mis ojos, mientras más veces me fijé en ella...⁸⁶

Es probable que la primera acción de guerra en que estuvo involucrado el joven Miguel Miramón fuera ésta, pues en su hoja de servicios del ejército se menciona que “[...] *en el mes de febrero de 1847 estuvo en la defensa de una plaza sosteniendo al Supremo Gobierno [...]*”;⁸⁷ pese a que no está especificada la acción en que participó, dado que el ejército apenas venía de regreso podemos considerar la posibilidad de que se hayan ocupado las reservas para apagar la rebelión de los Polkos. Los estudios, lo poco que había logrado aprender en ese lapso de tiempo, fueron por vez primera aplicados en la práctica.

Mientras tanto los norteamericanos, comandados por el general Winfield Scott⁸⁸ desembarcaron en Veracruz, tras una larga y heroica defensa del puerto por parte de los mexicanos, e iniciaron su camino a la capital. Santa Anna salió a su encuentro en Cerro Gordo, cerca de Xalapa, Veracruz, el 17 de abril; sus tropas fueron completamente derrotadas, dejando libre el paso a la ciudad de México. A partir de ese momento, todos los esfuerzos tuvieron un único fin: impedir la toma de la capital por parte de los invasores.

En la capital

Tomada Veracruz y una vez derrotado el ejército en Cerro Gordo, la capital poblana no opuso resistencia y recibió al invasor. El presidente interino, Pedro María Anaya⁸⁹,

⁸⁶ Guillermo Prieto. *Memorias de mis tiempos*. Prólogo de Horacio Labastida. México, Editorial Porrúa, 1985. 355 p. (“Sepan cuántos...”, 481), p. 255.

⁸⁷ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 72.

⁸⁸ Winfield Scott nació en 1786, en Virginia, EU. Pese a haber estudiado leyes en el William & Mary College, ingresó a la milicia en 1807, durante la guerra de su país contra Inglaterra. Tiene rápidos ascensos en el ejército y en 1847 se le encarga la intervención de México. Tuvo problemas con Nicholas P. Trist, encargado de negociar la paz con el gobierno mexicano. Años después, en 1852, fue candidato a la presidencia, donde fue derrotado. Murió en 1866. *Diccionario Porrúa. De historia, biografía y geografía de México*. 5ª. edición, México, Porrúa, 1986. 4 vols., vol. 4, p. 3223

⁸⁹ Pedro María de Anaya, nacido en Huichapan, Hidalgo en 1794, dedicó su vida a la carrera militar. General graduado en 1833, ese mismo año fue nombrado ministro de Guerra y Marina. Fue también Presidente de la República,

organizó la defensa del valle de México, en espera del regreso de Santa Anna. Mientras tanto, las avanzadas de Scott eran atacadas por guerrilleros, buscando impedir su avance; no obstante solo se consiguió frenar momentáneamente al enemigo.

Santa Anna mandó fortificar el Peñón Viejo, un promontorio al oriente de la ciudad, pues se pensaba que por ahí entrarían los intervencionistas. Sin embargo, Scott decidió dar vuelta y avanzar por el sur, con lo cual las obras de defensa fueron inútiles. Pese a que se buscó limar asperezas entre los distintos partidos con el fin de que la unión de estos fortaleciera la defensa de la patria, un conjunto de órdenes y contraórdenes, de caprichos, desavenencias e intereses personales, fue uno de los principales enemigos de las tropas mexicanas, cuyos jefes no lograron actuar como era debido.

El general presidente mandó traer a la División del Norte, disminuida al máximo tras las contiendas anteriores, y la puso al mando del general Gabriel Valencia.⁹⁰ Éste se colocó en el camino de San Ángel a Tlalpan, en un rancho llamado Padierna, desde donde esperó el arribo de las tropas de Scott. El terreno era propicio para ofrecer batalla al enemigo, pues presentaba desventajas para éste; la principal era que limitaba con el pedregal, zona que parecía infranqueable. Sin embargo, no lo fue.

Scott mandó a sus tropas a combatir, batiéndose con las mexicanas que defendían el suelo patrio palmo a palmo; más cuando parecía que la derrota iba a cubrir a las armas nacionales, apareció a lo lejos la división del general presidente, con lo cual los combatientes recobraron el ánimo, pues parecía que, de súbito, la suerte les sonreía. No obstante, Santa Anna no hizo nada; permaneció inmóvil, solo como un espectador. Valencia había mandado varios mensajeros al caudillo veracruzano pidiéndole ayuda, pues su intervención oportuna, en medio del fragor de la batalla, inclinaría la balanza al lado mexicano. Inexplicablemente Santa Anna no quiso combatir⁹¹ y, al anochecer, cuando

interinamente, del 2 de abril al 20 de mayo de 1847, y del 13 de noviembre siguiente al 2 de enero de 1848. Al morir, en 1854, se desempeñaba como Director General de Correos. *Ibidem*, vol. 1, p. 161

⁹⁰ En 1799 nació en la ciudad de México Gabriel Valencia. A los once años se alistó como cadete en el ejército realista, y diez años después se unió al Ejército Trigarante. Siendo general de brigada parte con Santa Anna a la expedición de Texas. En 1840 se pronunció por Anastasio Bustamante; un año después, por derrocar a éste. Militar de prestigio y ambición. Murió solo meses después de su actuación en Padierna, en el año de 1848. Juan López de Escalera. *Diccionario biográfico y de Historia de México*, México, Editorial del Magisterio, 1964, 1200 pp., p. 1110

⁹¹ Los verdaderos intereses de Santa Anna, y el porqué no presentó batalla los ignoramos, aunque podemos suponer que no quería dar a Valencia la oportunidad de destacar ganando una batalla, con lo cual peligraba su posición como

habían cesado las hostilidades, ordenó a Valencia que se retirara del lugar con todo y sus tropas. Esta noticia desalentó a los soldados nacionales, por lo que Valencia, en reunión con su Estado Mayor, decidió desobedecerla y continuar la lucha.

Al amanecer, sin esperanza de recibir ayuda alguna, los hombres de Valencia lucharon hasta que el enemigo acabó con ellos. Algunos lograron escapar, como el mismo general en jefe, que salió con rumbo a Toluca.⁹² Era la mañana del 20 de agosto de 1847. La noticia de la derrota de la División del Norte en Padierna llegó en pocas horas al resto del ejército. El general presidente ordenó proteger la entrada de la ciudad de México, movilizando a las tropas que todavía se encontraban en San Antonio Coapa —donde habían hecho algunas fortificaciones de defensa cuando se pensaba que los invasores entrarían por oriente— y a los restos diseminados del ejército de Valencia a un punto en común: Churubusco.

El convento dieguino de Churubusco, que poco antes había sido evacuado para ser utilizado por el ejército, quedaba justo en la intersección de los caminos de Coyoacán y Tlalpan, que eran la ruta más directa de acceso a la capital. Santa Anna pasó con sus tropas en las primeras horas del día, y ordenó a los generales Manuel Rincón y Pedro María Anaya, primero y segundo al mando respectivamente, que a todo lance detuvieran el avance enemigo. Mientras tanto, él, junto con el grueso del ejército se dirigiría a México.

El mayor valor de la defensa de Churubusco radicó en que, la mayoría de las tropas que lo defendían, no eran parte del ejército: eran las Guardías Nacionales,⁹³ las mismas que poco atrás se habían levantado en la capital contra Gómez Farías. Del mismo modo, participó en la defensa el Batallón de San Patricio, integrado por soldados irlandeses que, al identificarse con la causa mexicana, desertó del ejército estadounidense para luchar en su contra.

general en jefe de la defensa del territorio. Gastón García Cantú señala al respecto: “Santa Anna no fue, en rigor, el jefe del ejército, ni el presidente de un país invadido, sino el comandante dubitativo, colérico, ignorante y adversario de sus propios generales en mayor medida que del verdadero enemigo.” García Cantú, *op. cit.*, p. 85

⁹² Pues Santa Anna había amenazado con fusilarlo por haber desobedecido sus órdenes.

⁹³ Participaron en ella personajes como el escritor Manuel Eduardo de Gorostiza y aquel que, años después, se distinguiría durante el Imperio de Maximiliano como uno de sus más fervientes participantes: José Manuel de Hidalgo y Esnaurrizar.

Las municiones eran escasas, las obras de defensa casi nulas; los invasores cercaron el convento abriendo fuego por todos los flancos; en el puente de Churubusco, sobre el río, también se libró una sangrienta batalla. Por más de tres horas los defensores permanecieron en sus puestos, hasta que se terminó la última bala.⁹⁴ En un momento de extrema desesperación, hubo incluso algunos que salieron a batirse cuerpo a cuerpo y murieron en el acto, acribillados por las descargas enemigas. Cuando se ordenó el izar la bandera blanca, se dio el famoso dialogo entre el general Anaya y su homólogo, Twiggs, donde éste pedía ver el parque de los mexicanos, recibiendo por respuesta la frase que inmortalizó al general mexicano: “Si hubiera parque, no estaría usted aquí”.

Tras la batalla de Churubusco se pactó un cese momentáneo en las hostilidades, para buscar llegar a un acuerdo pacífico. Las fuerzas de ambos ejércitos estaban agotadas, necesitaban alimentarse y reorganizarse. Paradójicamente los estadounidenses, que estaban acuartelados en Tacubaya, se surtieron de comida en la ciudad de México, donde fueron muy mal recibidos por los pobladores los cuales veían, en que les fuera permitido entrar a satisfacer sus necesidades, una traición de parte del gobierno mexicano. Sin embargo, las negociaciones no prosperaron puesto que el invasor pretendía que sus exorbitantes exigencias fueran cumplidas al pie de la letra, por lo que se rompió la tregua y se prepararon ambas fuerzas para una nueva contienda.

El mismo Santa Anna narra en sus memorias:

El día 8 de septiembre el invasor sufrió un rudo golpe en el Molino del Rey: en veinte minutos perdió más de mil hombres, retirándose a Tacubaya en desorden. Si en tan propicio momento el general don Juan Álvarez da la carga que debió dar, la derrota del enemigo hubiera sido completa. Este suceso, por su importancia, merece explicación: Álvarez, con cuatro mil caballos, estaba situado en terreno escogido para maniobrar y con instrucciones diminutas; tuvo al enemigo de flaco a tiro de fusil, en desorden; pero como si nada tuviera que hacer, mantúvose espectador montado en su mula. Los jefes de tan brillante caballería, en vindicación de su honor comprometido, pidieron “que un hecho tan escandaloso se juzgara en consejo de generales”. Conoció el error que cometí

⁹⁴ Santa Anna les había enviado un carro con parque, pero dada la prisa con que se mandó, no se fijaron en el calibre de las municiones. Solo el Batallón de San Patricio pudo utilizarlas.

con haber puesto la caballería a las órdenes de tan inepto general, y dispuse luego su destitución; las circunstancias no permitieron lo demás.⁹⁵

Scott sabía que en el Molino del Rey había una fundidora que servía al ejército mexicano para hacer cañones, y que en la Casa Mata, una construcción contigua, se almacenaba pólvora, por lo que decidió emprender el ataque por ese sitio. Sin embargo este fue un grave error táctico, no solo porque el terreno no era propicio para una batalla, sino porque eran exageradas las esperanzas de encontrar municiones y cañones: el ejército mexicano no tenía ya grandes cantidades de ninguno de éstos. Las tropas invasoras fueron envueltas por los defensores, siendo casi vencidas, de no ser por la inacción de Álvarez, que permaneció observando desde la hacienda de los Morales.⁹⁶ Lo que unos días antes Santa Anna hizo a Valencia, le tocó sufrirlo por parte del caudillo suriano, en detrimento del resultado de la batalla. Los combates se extendieron a toda la zona de Tacubaya, las haciendas de la Teja⁹⁷ y la Condesa, además de las inmediaciones del bosque y cerro de Chapultepec, desde donde era bombardeado el enemigo. Una reserva del ejército, así como los alumnos del Colegio Militar, participaron en esta acción: el alumno Miramón colaboró en este ataque.⁹⁸

El valor con que se batieron nuestras tropas no tiene comparación, más si se toma en cuenta que actuaron sin un general en jefe que los dirigiera; Santa Anna se había retirado con parte de sus tropas a las garitas de la Candelaria y San Lázaro, las cuales no fueron atacadas pero que, según el general, lo serían. La batalla fue sumamente cruenta y desgastante para ambos ejércitos, las filas de Scott sufrieron más bajas que en ninguna otra batalla, dejando el terreno sembrado de cadáveres y heridos, principalmente entre sus oficiales. El ejército mexicano quedó aún más reducido,⁹⁹ y como pudo logró repliegarse a

⁹⁵ Antonio López de Santa Anna. *Mi historia militar y política, 1810-1874*. México, MVS Editorial, 2001. 193 p. ils.

⁹⁶ Álvarez argumentó, posteriormente, que la mayoría de sus jefes se negaron a atacar; éstos a su vez pusieron por pretexto que la barranca de las Lomas hizo imposible la carga de la caballería. Diversas fuentes señalan que si era posible atravesar el terreno; simplemente, Juan Álvarez *no quiso* hacerlo. Arias y Olavaria y Ferrari, *op. cit.*, tomo VIII, pp. 253-255

⁹⁷ La hacienda de la Teja se encontraba en los terrenos de la actual residencia oficial de los Pinos.

⁹⁸ "Hoja de servicios del general Miguel Miramón", CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 72

⁹⁹ Murieron personajes como el sastre y militar Lucas Balderas, el general Antonio León, el coronel Gregorio Gelati y el oficial Margarito Suazo, quien—debemos destacar— cayó acribillado envuelto en la bandera nacional, además de infinidad de soldados. García Cubas, *op. cit.*, p. 433

Chapultepec. Perseguidos por el enemigo dejaron a medio camino las piezas de artillería, que serían recogidas por éste. El general presidente llegó al lugar ya que la batalla había terminado.

Chapultepec

Los días 9, 10 y 11 de septiembre, los alumnos del Colegio Militar trabajaron para terminar la obra defensiva de los edificios del cerro, a sabiendas de que era inminente el ataque a ese punto.¹⁰⁰ En palabras de Heriberto Frías, el enemigo...

[...] se concretó a reorganizarse, haciendo aprestos desde su cuartel general que estaba en Tacubaya, para dar un vigoroso asalto contra el poniente de la ciudad de México. Las tropas enemigas de Tlalpan, Churubusco y Coyoacán reforzaron en parte a las de San Ángel y Tacubaya y las avanzadas de las lomas, mientras otras fracciones tenían orden de hacer una demostración de ataque sobre las garitas de San Antonio Abad y la Candelaria.¹⁰¹

Santa Anna mordió el anzuelo y movilizó a gran parte de sus tropas a estas garitas, esperando en vano —una vez más— el ataque enemigo, con lo cual dejó desguarnecido al castillo. El general Nicolás Bravo, antiguo insurgente y ex presidente de la República, fue el encargado de dirigir las operaciones en las instalaciones del Colegio Militar, siendo su segundo al mando el general Mariano Monterde, director del recinto. La estrategia de Scott consistió, en efecto, en hacer creer que atacaría las garitas mencionadas en vez del castillo, por lo que el general en jefe mexicano se encontraba muy lejos del lugar de la batalla, que inició el día 12 con un intenso bombardeo. Poco a poco los muros de la edificación comenzaron a sufrir graves daños pues el fuego no cesó de caer sobre ellos; a su vez los ánimos decayeron entre muchos de los combatientes, que optaron por huir del sitio para no presenciar la desgracia que parecía inminente. El director Monterde ordenó a los alumnos

¹⁰⁰ *Heroico Colegio Militar. Síntesis histórica. 1823-1973*. México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1973. 91 p., ils., p. 39

¹⁰¹ Heriberto Frías. *Padierna, Churubusco y Chapultepec*. México, Fondo de Cultura Económica, 1998. 77 p. (Fondo 2000), p. 65-66

del Colegio retirarse a sus hogares; no obstante, gran parte de ellos decidieron quedarse a combatir a los invasores. Entre ellos estaba el alumno Miramón.

El bosque, las calzadas de la Verónica y Anzures, la hacienda de la Condesa y el Molino del Rey son solo algunos de los puntos en que se registraron combates durante ese día y el siguiente, 13 de septiembre. Chapultepec fue atacado por el sur y el occidente, y las tropas de Scott buscaron por todos los medios el ascenso. El general Bravo pidió más de una vez refuerzos, pero Santa Anna solo mandó al batallón activo de San Blas, al mando del teniente coronel Santiago Xicoténcatl quienes tras batirse heroicamente, cayeron ante las fuerzas del enemigo en la rampa del cerro. Según los partes de guerra de ambos ejércitos, 7,180 norteamericanos lucharon contra apenas 832 elementos mexicanos, sin tomar en cuenta a dos brigadas más que peleaban lejos del punto, ni a los alumnos del Colegio.¹⁰²

Miramón peleó con gran valor. al igual que el resto de sus compañeros, más debemos hacer caso omiso a la leyenda que, en torno a este suceso, narra Victor Darán en su obra y que ha sido retomada por casi todos los biógrafos del caudillo:

[...] se distinguió uno que exponiendo su pecho a los disparos del enemigo con la mayor temeridad, combatió con la sangre fría de un veterano: era Miguel Miramón, que cayó bien pronto herido en el rostro por una bala. Ya iba a rematarlo un soldado norteamericano de raza negra, cuando se lo impidió un joven oficial anglosajón que lo levantó del suelo, lo tomó en sus brazos e hizo que lo transportasen al hospital de su campo [...]¹⁰³

Si bien hemos mencionado que Miguel fue valiente durante la batalla, no podemos asegurar que se haya batido “con la sangre fría de un veterano” puesto que, en septiembre de 1847, seguía siendo solo un alumno de dieciséis años, y que por muchos conocimientos que hubiese acumulado en esos meses no lograba tener la misma preparación que el resto del alumnado.

¹⁰² *Heroico Colegio... op. cit.*, p. 40

¹⁰³ Darán, *op. cit.*, tomo 1, p. 250. Es importante señalar que Darán escribió la biografía de Miramón a petición de la señora Concepción Lombardo, y que como tal su punto de vista está influenciado por lo que ella quiso que se dijera. Además, el autor no conoció al personaje y se basó en datos proporcionados por la viuda. La pregunta es: ¿de dónde sacó Concha Lombardo esta información? ¿la inventó ella misma para “enaltecer” a su marido o éste se lo dijo en alguna ocasión, tal vez para impresionarla? No lo sabemos con certeza, pero lo trataremos más adelante.

Por otra parte, la fantasía del cruel soldado negro y el benevolente blanco salvador, que Luis Islas califica como “recursos puestos al servicio de un espíritu discriminatorio”,¹⁰⁴ puede ser eliminada con el sencillo argumento de que, para 1847, no había soldados negros dentro del ejército norteamericano —por lo menos no combatiendo—, dado que no fue sino hasta la guerra de Secesión norteamericana en que fueron aceptados por las fuerzas de la Unión. También podríamos mencionar que, de haber sido herido Miramón, hubiera aparecido en la lista de heridos y no fue así: la batalla de Chapultepec dejó seis colegiales muertos y tres heridos, además de una gran cantidad de prisioneros.¹⁰⁵

Sobre la heroica actuación de los cadetes señala Juan Manuel Torrea:

El pundoroso, patriota y bravo capitán Domingo Alvarado, recibió orden del general Bravo para que los alumnos bajaran a defender la puerta, que cubrió el Batallón de San Blas hasta que la mayoría de sus soldados y su coronel Xicoténcatl caían como los buenos con catorce heridas y envuelto en la bandera de su batallón.

El capitán Alvarado cumplimentó la orden del general Bravo, cuando los alumnos se encontraban entre dos fuegos. Por eso Escutia, Suárez y Montes de Oca murieron sobre el cerro; pero [Agustín] Romero, [Andrés] Mellado [e...] [Hilario] Pérez de León fueron heridos lejos de ese punto. Melgar fue el que siempre permaneció en el mirador y allí, los americanos enardecidos por los certeros tiros del cadete que abatieron a varios invasores, lo siguieron hasta la pieza inmediata y a quemarropa lo hirieron con arma de fuego, en un brazo y en una pierna y con bayonetazos en los costados.

Los alumnos quedaron prisioneros en lo que se llamó “Jardín Botánico” y de allí fueron conducidos a la biblioteca. [Ignacio] De la Peza, [Antonio] Sola y [Miguel] Miramón lograron ver a Melgar y allí lo encontraron todavía con vida, pues ya le habían sido amputados un brazo y una pierna y vino a morir hasta la media noche del mismo día.¹⁰⁶

El párrafo anterior corrobora que Miramón no fue uno de los heridos. Los cadetes permanecieron presos hasta el mes de junio de 1848, tras la denigrante firma de la paz entre México y los Estados Unidos de América. Al día siguiente del asalto a Chapultepec, las

¹⁰⁴ Islas, *op. cit.*, p. 23.

¹⁰⁵ Cayeron el teniente Juan de la Barrera y los subtenientes Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez y Juan Escutia, llamados desde entonces los “Niños Héroes”, y quedaron heridos los alumnos Agustín Romero, Andrés Mellado e Hilario Pérez de León. Prisioneros cayeron el director, 16 oficiales y 37 alumnos. Arias y Olavaria y Ferrari, *op. cit.*, tomo VIII, p. 258

¹⁰⁶ Juan Manuel Torrea. *La vida de una institución gloriosa. El Colegio Militar, 1821-1930. Apuntes, resúmenes y apreciaciones*. México, Edición del autor, 1931. 189 p., ils., p. 47

tropas triunfantes del general Winfield Scott entraron a la ciudad de México, izando la bandera de las barras y las estrellas en el Palacio Nacional.

Capítulo 5

El Colegio Militar

Las acciones de Chapultepec fueron las últimas que el ejército mexicano libró contra el invasor; sin embargo, la resistencia civil por parte del pueblo se hizo sentir en toda la capital del país, donde hombres y mujeres lucharon con piedras, palos o lo que estuviera a su alcance, indignados al ver ondear en Palacio Nacional, el 14 de septiembre de 1847, el pabellón invasor. El presidente Santa Anna renunció al cargo dos días después ante la imposibilidad de continuar con la lucha. Tomó su lugar Manuel de la Peña y Peña, el cual trasladó la sede del gobierno a Querétaro.

Las forzadas negociaciones dieron fin con la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo, en febrero de 1848, con el cual México cedía los territorios de California y Nuevo México y reconocía la independencia de Texas. El territorio nacional quedó mutilado en casi la mitad de su extensión. Al salir las tropas invasoras el general José Joaquín de Herrera era nombrado presidente por el Congreso. Los prisioneros tomados por los estadounidenses —entre los cuales estaban los alumnos del Colegio Militar— fueron liberados hasta el mes de junio.

El gobierno de Herrera buscó reconciliar los odios internos generados por la guerra, así como sanear las finanzas del país, en eterna bancarrota. Se necesitaba crear un clima de seguridad y orden. Empero, esos años no fueron exactamente de tranquilidad: así como desde el nacimiento de la república, las asonadas militares, rebeliones y levantamientos se dieron con frecuencia en contra del gobierno establecido; la aprobación en Querétaro del oprobioso tratado de paz con los Estados Unidos trajo como consecuencia la división interna entre los actores de la política mexicana.

Pocos meses después, en Aguascalientes se levantó el general Mariano Paredes y Arrillaga tras acusar al gobierno de alta traición a la patria por haber aceptado las

condiciones del invasor; sin embargo, Paredes fue derrotado por las fuerzas del general Anastasio Bustamante, encargado de sofocar la insurrección.¹⁰⁷

También tuvo el presidente que combatir las revueltas indígenas en Yucatán, la Sierra Gorda e inclusive la invasión de comanches y apaches en los estados del norte del país, algunas de estas rebeliones adquirieron proporciones realmente alarmantes.

Mientras tanto Lucas Alamán daba forma al partido conservador, pues a raíz de la guerra de intervención las ideas de los hombres cercanos a la vida política comenzarían a sufrir una paulatina radicalización. A mediados del año 1850 comenzaron a barajarse los nombres de los próximos candidatos a la presidencia: el ministro Luis de la Rosa y los generales Mariano Arista, Juan Nepomuceno Almonte, Nicolás Bravo, Manuel Gómez Pedraza y Antonio López de Santa Anna. El ganador de las elecciones fue Arista, pese a habersele acusado de no haber contribuido lo suficiente en la defensa del país ante el invasor.¹⁰⁸

El nuevo presidente gobernó bajo la misma línea de reconstrucción y orden que llevó Herrera, de quien recibió el cargo el 15 de enero de 1851. Éste fue, tal vez, uno de los pocos casos durante el siglo XIX en que la sucesión presidencial se llevó a cabo de manera pacífica. El gabinete de Arista estuvo integrado por liberales puros, moderados y conservadores. Debemos destacar que en el Colegio Militar, los alumnos estaban prácticamente alejados del acontecer nacional, aunque sus ideologías comenzaban a formarse: pese a que tras de la tempestad llegó la calma y las cosas fueron tomando su curso tradicional, ninguno podía olvidarse de la traumática experiencia de la guerra. Manuel Ramírez de Arellano, otro de los niños héroes olvidados, narra la indignación de Miguel Miramón ante las atrocidades cometidas por los invasores; así mismo, por el brindis que parte de los liberales rojos o radicales habían hecho a favor de “la próxima anexión de México a los Estados Unidos”:

¹⁰⁷ *Historia general de México / obra preparada por el Centro de Estudios Históricos*. México, El Colegio de México, 2000. 1104 p., mapas, ils., p. 585

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 586

Es la primera vez que vi a Miguel descompuesto, sus ojos reflejaban la cólera de su alma; cerrando el puño en ademán de reto, recuerdo que dijo: “Ten fe, Manuel, que quiera Dios y algún día nos vengamos de éstos” [...] ¹⁰⁹

Los amigos de Miramón

Se ha vuelto una costumbre cuando se escribe la historia analizar la vida de los personajes *per se*, incurriendo en ocasiones en el error de colocarlos en un lugar y momento determinado, pero aislados de todo contacto humano. Son estatuas de carne y hueso: el “héroe” al parecer no come, no duerme, no tiene dolores de cabeza o necesidades fisiológicas; tampoco amigos ni parientes. Única y exclusivamente está preocupado por el acontecer nacional y jamás por las tormentas hogareñas. Afortunadamente, en los últimos tiempos se ha buscado hablar de la vida cotidiana de las personas, la cual, por supuesto, nos aporta más datos de los usuales para entender a un personaje, su entorno y el lugar que ocupa dentro de la historia.

Como lo hemos venido haciendo, en esta investigación decidimos utilizar, en la medida de lo posible, ciertos elementos cotidianos —sus relaciones personales, su situación económica, su relación conyugal, su pensar y sentir, por mencionar algunos ejemplos— que nos ayuden a comprender a nuestro biografiado; esto sin abusar, puesto que deseamos encontrar la correcta correspondencia entre sus actos públicos y su vida privada.

Una de las cosas que Miramón más respetaba era la amistad; esto es algo que tanto propios como extraños siempre le reconocieron. Ha sido uno de los pocos protagonistas de nuestra historia a los que podemos rastrear en cuanto a sus relaciones interpersonales; no pretendemos con esto decir que era el único que tuvo amigos, pues bien sabido es que entre los hombres románticos de la época —Miramón era uno de ellos— la amistad era algo sagrado. Lo que afirmamos es que las amistades de Miguel siempre fueron de conocimiento público, es decir, no había entre liberales y conservadores quien dudara de que *tal o cual* personaje fuese amigo o enemigo de Miramón.

¹⁰⁹ Desgraciadamente no hemos tenido acceso directo a la carta en que Ramírez de Arellano escribe el párrafo anterior, por lo cual solo lo conocemos a través de la obra de Carlos Sánchez Navarro y Peón, quien aseguraba tener copia de la misma. Sánchez Navarro. *op. cit.*, p. 23

El poeta y político liberal Guillermo Prieto, describe al *Macabeo* de la siguiente manera:

Franco, listo, enamorado,
 asombro de los valientes,
 servicial con los amigos,
 buen soldado, buen jinete;
 en la ciudad, caballero
 y calavera decente;
 en el campo de batalla
 siempre confiado y alegre;
 del conservador partido
 la adarga y el brazo fuerte...¹¹⁰

Los amigos de Miguel fueron muy importantes en su vida; con ellos compartió proyectos, éxitos y fracasos, como se verá a lo largo de este trabajo. Decidimos comenzar a hablar de ellos en este apartado porque fue precisamente en estos años colegiales cuando conoció a varios de ellos y, aunque hayan existido otros personajes de suma importancia en su vida, los compañeros del Colegio Militar formaron un grupo tan unido que se llegó a decir que “su pacto” sobrepasaba aquello de “en las buenas y en las malas”, pues iba por encima de ideologías políticas. Debemos recordar que estos jóvenes llegaron a tomar rumbos separados, sin que por ello olvidaran su relación personal.

Miramón, como el resto de sus compañeros, se reincorporó a la vida escolar del Colegio Militar, en sedes alternas mientras se reparaba el edificio de Chapultepec, al cual regresaron hasta el año de 1849.¹¹¹ Por un decreto del 11 de noviembre de 1847, los

¹¹⁰ Guillermo Prieto. *Romances históricos 3*. Compilación y notas de Boris Rosen Jélomer. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994. 519 p., ils. (Obras Completas XVIII), p. 73

¹¹¹ El Colegio Militar se instaló temporalmente en el barrio de San Lucas, cerca de donde actualmente se encuentra el hospital Juárez. Su regreso a Chapultepec se llevó a cabo en el año de 1849, luego de reacondicionar el edificio dañado. En 2000, con motivo de la última restauración integral del Museo Nacional de Historia, se encontró una caja de cantera con la inscripción “1849”: en su interior habían documentos y monedas de ese año, conmemorando la reapertura del Colegio. Objetos como un Calendario del Más Antiguo Galván, un ejemplar del periódico *El Siglo Diez y Nueve* y una lista de alumnos se exhiben actualmente en la sala de los Niños Héroes, del museo antes mencionado. María de la Luz Moreno Cabrera. “El Castillo de Chapultepec. Arqueología e historia” en *Arqueología Mexicana*. Dir. Mónica del Villar. Núm. 46, vol. VIII, México, Nov.-dic., 2000, 86 p. (Serie Tiempo Mesoamericano IV) pp. 26-33

alumnos que participaron en la batalla recibieron una medalla de honor. Entre los nombres que aparecen en la lista está precisamente el de Manuel Ramírez de Arellano.¹¹²

Su vida y la de nuestro personaje tienen algunas semejanzas, razón por la cual tal vez se sintieron más identificados: ambos, nacidos en la ciudad de México en 1831, hijos de militares que pasaron de las filas del ejército realista al Trigarante¹¹³ y de firmes convicciones conservadoras. Combatieron juntos en Chapultepec y vivieron el ocaso de sus carreras en Querétaro, en 1867. Al caer preso Miramón, Manuel, quien logró escapar de las manos de los republicanos, tuvo por encargo del primero el escribir la historia de los últimos días del Imperio. Ramírez de Arellano, por supuesto, cumplió con la disposición del condenado a muerte.

Otro de los alumnos, cercano a Miguel, fue Sóstenes Rocha. El guanajuatense Rocha ingresó al Colegio hasta el año de 1851, a los veinte años de edad. Se distinguió porque, durante su carrera militar, cambió de bando en varias ocasiones; es importante señalar algo con este respecto: la historiografía ha tratado de “disimular” este hecho, es decir, haber pertenecido a las filas conservadoras, tal vez por miedo a que se manche su brillante currículo republicano. Sin embargo, debemos recalcar que la pertenencia a un credo político en específico era algo muy flexible, más aún cuando se pertenecía al ejército.

El Diccionario Porrúa señala con respecto a Rocha que “inicialmente sirvió al ejército, luchando en 1854 contra la revolución de Ayutla, pero se adhirió a ella en 1855”.¹¹⁴ En las líneas anteriores, así como en el resto de su biografía —no solo en dicho diccionario sino inclusive en otras obras— *justifican* su adhesión o simpatía por la causa conservadora. Sin embargo, no sucede lo mismo con nuestro biografiado, ni con Leonardo Márquez, ni con Tomás Mejía, ni con ninguno de los conservadores que sirvieron al ejército en esos años. A ellos, se les impone siempre la leyenda “adicto a Santa Anna” y “peleó contra la Revolución de Ayutla”, aún cuando, al llegar Juan Álvarez al poder, lo

¹¹² Alberto María Carreño. *El Colegio Militar de Chapultepec. 1847-1947*. 2ª edición. México, Ediciones Victoria, 1972. 61 p., p. 52; Torrea, *op. cit.*, p. 51

¹¹³ El padre de Manuel fue el general Domingo Ramírez de Arellano, adicto al general Anastasio Bustamante desde los tiempos independentistas y a cuya causa fue siempre fiel; combatió contra los estadounidenses en 1847, en Churubusco. *Diccionario Porrúa...*, *op. cit.*, vol. 4, pp. 2880-2881

¹¹⁴ *Ibidem*, p. 2979

hubiesen reconocido como el Presidente de la Nación, e, inclusive, recibieran ascensos por parte de éste, tal y como fue el caso de Miguel Miramón y que veremos más adelante.

El alumno Sóstenes Rocha estaba todavía muy alejado de sus futuras defecciones cuando compartía ideales y estudios con el *Macabeo*, a quien, debemos recordar, trató de salvar durante su prisión en Querétaro. Tal vez nunca olvidó su amistad, ni el haber peleado bajo sus órdenes durante la guerra de Reforma.

El caso de José Montesinos es sumamente interesante: nacido en Veracruz en 1839, fue alumno del Colegio¹¹⁵ y llegó a general de división y senador de la República a finales de su vida. Uno de los biógrafos de Miramón, Carlos González Montesinos —a la sazón, descendiente de Montesinos— al hacer una breve semblanza sobre éste nos aporta una prueba más de la fidelidad entre los amigos del Colegio:

[...] el coronel José Montesinos después de servir bajo el general Miramón hasta la batalla de Silao, en donde resultó herido y prisionero de los liberales comandados por el general Jesús González Ortega, y habiendo participado posteriormente en la defensa de Puebla contra el Cuerpo Expedicionario Francés, y herido y prisionero de nuevo, fue evacuado a Francia varios años como prisionero de guerra, tomó parte en el cerco y captura de Querétaro bajo el mando del general Escobedo y, de hecho, fue de los primeros en penetrar al Convento de la Cruz guiando a sus batallones 1º. y 5º. de línea, mientras el coronel Miguel López, excomandante del Regimiento de la Emperatriz y jefe de aquella línea imperialista, entregaba el punto a las fuerzas republicanas y con él la ciudad toda, sin disparar un solo tiro. El hermano mayor de don José, Santiago Montesinos, coronel imperialista, varias veces condecorado por su valor, se encontraba sitiado en la plaza, gravemente herido en la cabeza. Fiel hasta el final a sus convicciones conservadoras, don Santiago cayó junto con el bando vencido. Su hermano lo rescató junto a su pariente político, el coronel Carlos Miramón, hermano menor de don Miguel, el célebre “Macabeo”, con lo que lo libró, a él y al general Ramírez de Arellano, jefe de la artillería imperialista, de la muerte o el cautiverio que sufrieron todos los generales, jefes y oficiales del bando vencido hechos prisioneros.¹¹⁶

¹¹⁵ Tenemos noticia de que en el año de 1853, Montesinos era sargento 2o. de la primera compañía de alumnos, mientras Miramón capitán de la misma. Colegio Militar. *Apuntes históricos y personal del Colegio Militar Mexicano. Años de 1824 a 1884*. México, Secretaría de Guerra y Marina, 1884. Manuscrito mecanografiado. 197 p., p. 40

¹¹⁶ González Montesinos, *op. cit.*, p. 4

Como sucedió con Sóstenes Rocha con respecto a Miramón, Montesinos intentó con éxito salvar la vida de su propio hermano y de dos de sus antiguos compañeros de armas y del Colegio.

Carlos y Mariano Miramón, hermanos de Miguel, ingresaron al colegio poco después de éste. Hacia 1854 ambos eran cabos de la 2ª. compañía de alumnos¹¹⁷, y continuaron cerca de su hermano cuando éste comenzó a brillar como el militar más destacado del partido conservador. Ayudados por Montesinos, quien era cuñado de Mariano, lograron salir de México tras la caída del Imperio. En la isla de Cuba morirá el segundo de éstos. Carlos regresaría a México años después.¹¹⁸

Sin embargo, el ejemplo más recurrente entre las amistades de nuestro personaje es el de Leandro Valle, puesto que tanto los autores de la época, como los biógrafos de Miramón, se han encargado de destacar la fraterna relación entre los dos militares. Leandro, quien fuera hijo del insurgente Rómulo del Valle, sería descrito pocos años después por Guillermo Prieto de la siguiente manera:

[...] pelón lo mismo que bocha,
 tez pálida, frente abierta;
 los ojos verdes y audaces
 menos ven que travesan;
 el bigote pretencioso;
 por piocha unas cuantas hebras
 como su cabello, rubias;
 dentadura dispareja
 y un diente central quebrado
 los que le miran, observan.
 Por lo demás, en su facha
 es un chico de la escuela,
 vivo, decididor, versista;
 pero de alma tan resuelta,
 que los jóvenes le acatan,
 que los viejos le respetan,
 y, si entre las filas pasa,
 siempre con aire de fiesta,
 con su vista, los soldados

¹¹⁷ Colegio Militar, *op. cit.*, p. 44

¹¹⁸ González Montesinos, *op. cit.*, p. 341

se enorgullecen y alegran.¹¹⁹

Leandro ingresó al Colegio cuando contaba apenas once años, en el año de 1844; por tanto, al ingresar Miguel como alumno de la segunda compañía dos años después, ya había logrado ascender a sargento de la misma.¹²⁰ Alfonso Teja Zabre, biógrafo de Valle, relata la amistad entre los jóvenes de la siguiente manera:

[...] se cuenta que el cadete Miguel Miramón se cuadraba frente al pequeño sargento Valle, y con la mano derecha en la visera del kepi decía: .
 ¡Mi general...!
 Y Leandro Valle, con igual solemnidad replicaba:
 ¡Su Alteza...!
 Los adolescentes, como otros muchos de su edad, jugaban al romance de capa y espada. Pero éstos dos convirtieron en realidad lo que soñaban despiertos [...].¹²¹

No sabemos exactamente cual fue la fuente de Teja Zabre para reproducir tal pasaje, pero creemos que puede ser cercano a la realidad que se pudo haber vivido en el ambiente colegial. Miramón, pese a estar en desventaja con Valle, pronto comenzó a destacar y sus ascensos fueron realmente vertiginosos. Su aplicación en las materias y su disposición para cumplir con sus obligaciones le ayudaron a saltar de un escaño a otro. Leandro Valle, quien de Miguel Miramón fuera “su hermano, su compañero, su Pilades en la vida y su otro yo en el colegio”, según palabras de Prieto,¹²² tomó un camino diametralmente opuesto al del *Macabeo*. Valle sirvió en las filas liberales, lo que significó un duro golpe para Miguel, pues, pese a no haber sido el único que tomó ese camino, sí era su amigo más cercano. Sin embargo jamás, en ninguna circunstancia, se rompió el vínculo personal entre ellos, factor que se retomará en su debido momento.

¹¹⁹ Prieto, *Romances... op. cit.*, p. 15

¹²⁰ Colegio militar, *op. cit.*, p. 17

¹²¹ Alfonso Teja Zabre. *Leandro Valle. Un liberal romántico*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987. 263 p., p. 27

¹²² Prieto, *Romances... op. cit.*, p. 74

Los ascensos

La “Hoja de servicios de Miguel Miramón” nos permite ver la velocidad con que se dieron sus ascensos dentro del Colegio. El 13 de septiembre de 1848, justo un año después de la batalla de Chapultepec, fue nombrado cabo; un mes con veinticuatro días después lo ascendieron a sargento segundo.¹²³ Luis Islas García señala sobre el desempeño de Miguel:

Según sus calificaciones, destaca como sobresaliente en Instrucción, en Tácticas y en Ordenanza. Su conducta es tan irreprochable, que no sufre durante su estancia en la academia ningún castigo, ningún arresto, nada que vuelva a hacer creer que resucita el prófugo del colegio de San Gregorio: Miramón está en su elemento de obediencia y de mando.¹²⁴

Tal parece que la guerra transformó al joven de sueños bucólicos en un responsable alumno. Su carácter se templaba día con día, su ideología adquiría matices más definidos y a la vez más radicales; el 7 de marzo de 1851 recibió el despacho de subteniente alumno¹²⁵.

Mientras tanto, el presidente Arista se enfrentaba a un panorama nacional cada vez más difícil de atender: durante su mandato, los Estados Unidos hacían intentos por obtener del gobierno mexicano la cesión o venta del Istmo de Tehuantepec con el objeto de crear un canal interoceánico, el estado de Chihuahua estaba al borde de sublevarse, y las invasiones de apaches y comanches tenían al territorio sumido en la desolación; el conde Raousset de Boulbon había invadido el estado de Sonora intentando separarlo del país. Lo mismo sucedía en Tamaulipas, donde se buscaba crear la “República de la Sierra Madre” para anexarla al vecino del norte; Durango era continuamente invadido por tribus nómadas, Michoacán se rebelaba contra las disposiciones reformistas del gobernador Melchor Ocampo y Mazatlán contra las tarifas fiscales del Estado.¹²⁶

¹²³ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 72.

¹²⁴ Islas, *op. cit.*, p. 27

¹²⁵ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 72.

¹²⁶ *Historia General de México, op. cit.*, pp. 585-587

Por si esto fuera poco, conspirar contra el presidente en turno se había transformado en una costumbre de los políticos y militares mexicanos del siglo XIX: siempre hubo un grupo de individuos esperando su turno, por breve que éste fuera, para ocupar la silla presidencial. A mediados del año de 1852 comenzó la rebelión que habría de deponer al presidente Mariano Arista.

En Jalisco gobernaba el licenciado Jesús López Portillo, liberal quien, al acceder al poder, intentó hacer varias reformas a favor de su estado. El escritor Luis Pérez Verdía narra que:

[...] había establecido el importante ramo de policía, desconocido hasta entonces en Guadalajara, por lo que naturalmente el vulgo hostilizaba tan benéfica institución, y había también disuelto un cuerpo de guardia nacional que mandaba el coronel don José María Blancarte, sombrerero de oficio y hombre de mucho valor, que por este motivo, el de la disolución del cuerpo, quedó disgustado con el gobierno. Aumentó su resentimiento el hecho de haberse negado el señor López Portillo a darle los tres mil pesos que pedía, y el haberle mandado procesar por haber lastimado a un agente de policía llamado San León, que en desempeño de su encargo pidió a Blancarte le manifestara la licencia de la autoridad para tener un baile en que se hallaba; por tales motivos, ayudado por el partido conservador y por los mismos jefes de la policía que habían sido subalternos suyos en los cuerpos cívicos disueltos, realizó su pronunciamiento.¹²⁷

El levantamiento que dio inicio como algo personal, poco a poco adquirió un carácter más político, y trascendió de las fronteras estatales. Blancarte modificó su plan: reconoció la constitución de 1824, desconoció al presidente Arista e invitó a Santa Anna a regresar para hacerse cargo de las riendas del país. No solo consiguió que el gobernador saliera del estado, sino que además varias poblaciones primero, y varias entidades después, se adhirieron al plan modificado. En la capital de la república la situación todavía no se complicaba; el presidente seguía gobernando, después de mandar al general José López Uruga a combatir a los pronunciados.

Miramón era uno de los mejores alumnos del Colegio, lo cual podemos aseverar debido a que, con motivo de las fiestas patrias en el mes de septiembre, fue escogido para

¹²⁷ Arias y Olavaria y Ferrari, *op. cit.*, tomo VIII, p. 344

pronunciar un discurso en el Teatro Nacional.¹²⁸ En éste, tras hacer una amplia referencia histórica sobre el significado de la lucha de independencia en los mexicanos, culmina sus palabras con una clara alusión a los sucesos de 1847:

[...] es preferible mil veces el exterminio al ultraje: ¿para qué sirve, qué es la vida del esclavo? venga primero la muerte; pero la muerte del bravo que cae peleando por su libertad, por su patria, por sus creencias religiosas, por salvar a las personas más queridas de su alma: morir, sí, pero no abrumados con el peso de las cadenas, sino como murieron los trescientos defensores de Esparta, como los griegos de Misolanghi; como los que en los campos de batalla, desde el año de 1810 al de 1821, nos legaron libertad e independencia: como murieron Frontera, León, Martínez de Castro y Balderas y como Márquez, Suárez, Escutia, Montes de Oca, Melgar y Barrera, honor de mi Colegio, que en la aurora de su vida, supieron pelear y morir por la patria. Conciudadanos: unidos seremos invencibles, y la República Mexicana será grande y poderosa, y los hijos de nuestros hijos, hasta las más remotas generaciones, se reunirán en tal día como nosotros a bendecir la memoria de Hidalgo y de Iturbide, y al sol que alumbró el espléndido día 16 de septiembre de 1810.¹²⁹

Pero la unión anhelada por el joven Miramón estaba muy lejos de llevarse a cabo. Pocas semanas después, el 29 de octubre, Miguel fue nombrado subteniente de artillería del Ejército Mexicano y se alistó para marchar de inmediato a combatir a los rebeldes de Blancarte bajo las órdenes del general José Vicente Miñón.¹³⁰ López Uruga, en lugar de combatir a los pronunciados, se había puesto a la cabeza del movimiento.

¹²⁸ El Teatro Nacional —que alguna vez se llamara “De Santa Anna” e “Imperial”— estaba ubicado en la calle de Vergara, hoy Bolívar, cerrando la calle de 5 de mayo. Fue derribado a principios del siglo XX para abrir la calle hasta la Alameda, donde se construiría el Nuevo Teatro Nacional, hoy Palacio de las Bellas Artes.

¹²⁹ “Discurso pronunciado en el Teatro Nacional por el joven D. Miguel Miramón, alumno del Colegio Militar de esta capital”. Corona Cívica, 1851-1858, número 5. Colección Lafragna, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México.

¹³⁰ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, , carpeta 1-1, legajo 72

Capítulo 6

Primeros tiempos en el ejército

Fue el mismo Miramón quien manifestó el deseo de servir en las filas del ejército mexicano; dos días antes de su nombramiento, el 27 de octubre de 1852, el general Martín Carrera, entonces Director general del Cuerpo de Artillería, escribió al Ministro de Guerra y Marina para manifestarle que:

[...] en virtud de la escasez de oficiales que tiene el Cuerpo, y por haber hecho presente a esta Dirección el subteniente alumno del Colegio Militar, don Miguel Miramón, que desea prestar sus servicios en él, se le consulta para su colocación en la 1ª. Batería de la 2ª. División, que se halla vacante por ser de nueva provisión, pues tiene honradez y aptitud para desempeñar el empleo a que se le propone.¹³¹

El Plan del Hospicio —denominado así por haberse firmado en el hospicio de pobres de Guadalajara, como consecuencia del levantamiento de Blancarte— fue suscrito por los principales miembros de la sociedad tapatía y, hacia finales de 1852, había adquirido dimensiones alarmantes para el gobierno federal. Ante la imposibilidad de detener el movimiento, Mariano Arista renunció a la presidencia el 6 de enero de 1853, y le sucedió en el cargo el presidente de la Suprema Corte de Justicia, Juan Bautista Ceballos, quien erróneamente intentó pactar con los rebeldes; para ello, disolvió las cámaras cuando éstas no accedieron a su pedido de convocar a un congreso constituyente. Sin embargo, reunidos diputados y senadores en secreto, lograron destituirlo.

El Ministro de Guerra de Arista, Manuel Robles Pezuela, se adhirió al Plan del Hospicio en la capital del país; acordó con los pronunciados depositar el poder ejecutivo, interinamente, en Manuel María Lombardini,¹³² mientras se convocaba a elecciones. Lombardini ocupó la silla presidencial a partir del 8 de febrero de 1853.

¹³¹ CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 3

¹³² Militar nacido en 1802; había combatido a los estadounidenses en La Angostura, donde fue herido. Era Jefe del Estado Mayor del Ejército cuando murió, en el año 1853. *Enciclopedia de México*. Dir. José Rogelio Álvarez. Edición especial, México, Enciclopedia de México / Secretaría de Educación Pública, 1987, 12 tomos, tomo 8, p. 4770

Mientras tanto, Santa Anna —quien desde hacía algunos años vivía en Turbaco, Colombia— fue visitado por el coronel José María Escobar, enviado de los conservadores, para ofrecerle que ocupara, una vez más, el poder ejecutivo de la nación.

La investigadora Lilia Díaz narra:

A principios de marzo, Escobar trajo la noticia de que el general aceptaba “sacrificarse” por la patria. En una carta muy firme del 23 de marzo de 1853, Lucas Alamán le expuso los principios que profesaban los conservadores y las condiciones con que este partido consentiría en gobernar con él. Primero conservar la religión católica, único lazo de unión entre los mexicanos, sostener el culto con esplendor y arreglar todo lo relativo a la administración eclesiástica con el papa. Después, la abolición completa del sistema federal y de todo cuanto se llamara elección popular. Una nueva división territorial que olvidara la forma de estados vigente y facilitara la buena administración. La organización de un ejército competente, así como la de las antiguas milicias provinciales. Alamán ofrecía a Santa Anna todos los recursos de su partido.¹³³

Debemos recordar que Santa Anna ya había sido, a lo largo de su carrera política y militar, de “convicciones” realistas, independentistas, monarquistas, republicanas, federalistas, centralistas, liberales y, en esta ocasión, conservadoras. El héroe de Tampico, al aceptar la invitación se embarcó con rumbo a Veracruz. El 1º. de marzo de 1853 el general Antonio López de Santa Anna arribó al puerto, de donde se dirigió a la hacienda del Encero, de su propiedad, para descansar de la larga travesía; las elecciones lo convirtieron de nuevo en presidente de la república.

Miramón, por su parte, había regresado al Colegio Militar, aunque esta vez como Teniente catedrático suplente de táctica de infantería¹³⁴, nombrado el 11 de abril por el mismo presidente interino Lombardini.¹³⁵ Era su oportunidad de demostrar los conocimientos adquiridos al tener el privilegio de enseñar a los jóvenes cadetes. Tenía apenas veintiún años cuando “con gran esmero y rigurosa puntualidad se dedicó a su cátedra, mereciendo los más calurosos elogios del Director del Colegio”, además de que

¹³³ *Historia General de México, op. cit.*, p. 587

¹³⁴ Pese a que su especialidad sería la artillería, en algunas ocasiones se le asignó para servir para la infantería, lo cual habla de su completa formación militar. Por citar un ejemplo, debemos recordar que durante el sitio de Querétaro, Miramón fue nombrado jefe de la infantería imperial.

¹³⁵ CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 16

había logrado con ello ganarse “el cariño y la estimación de sus discípulos, que llegaron con el tiempo a sentir verdadera pasión por él”, según cuenta su biógrafo Carlos Sánchez Navarro.¹³⁶

No sería sino hasta el 20 de abril cuando el general presidente hizo su entrada triunfal en la ciudad de México y prestó juramento ante el congreso. Era la última vez que ocuparía la silla y, al poco tiempo, designó a su gabinete, presidido por el conservador Lucas Alamán; sin embargo, se rodeó también de sus antiguos seguidores, como José María Tornel y Mendivil y Antonio Haro y Tamariz. Sobre el rumbo que tomaría el gobierno narra Fernando Díaz Díaz:

Es muy posible que al regresar del exilio, no tuviera Santa Anna preferencia política alguna; mas parece probable que toda su intención se orientaba a intentar como caudillo establecer una fuerte dominación que le permitiera gobernar por largo tiempo al país. Los dos recientes exilios debían haberle hecho reflexionar sobre la forma de evitar los errores cometidos, y hasta es creíble que sus primeras intenciones hubieran sido diferentes a las que luego adoptó. Pero, al llegar al país, encontró tal estado de decaimiento moral, tal estado de servilismo y adulación, que le fue fácil creer que en realidad era el imprescindible, el “llamado de nuevo por la Providencia Divina” para salvar a México de la ruina; amén de un grupo conservador que en sus afanes partidistas por abatir al adversario y en su tarea de predominio clasista colaboró con los designios personales del caudillo.¹³⁷

El día 26 de junio, Miguel Miramón Tarelo logró otro ascenso: esta vez fue nombrado capitán de infantería del 2º. batallón activo de Puebla,¹³⁸ empleo en el que duró muy poco tiempo pues sería requerido en el Colegio dos meses después. El general Ignacio de Mora y Villamil, director general del cuerpo de infantería, escribió una carta al Oficial Mayor Encargado del Ministerio de Guerra, teniente Juan Suárez Navarro, proponiéndole el puesto de capitán de la 1ª compañía de alumnos para Miramón, pues se encontraba vacante con el ascenso del coronel Domingo Alvarado,¹³⁹ quien lo ocupaba, y debido a que

¹³⁶ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 27

¹³⁷ Fernando Díaz Díaz. *Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*. México, Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, 1972. 354 p. (Nueva serie 15), p. 244-245

¹³⁸ Islas, *op. cit.*, p. 28

¹³⁹ Quien se hubo batido valientemente contra los estadounidenses en la guerra del 47, como se vio en el capítulo 4 de esta investigación titulado “La guerra injusta”.

consideraba al propuesto como una persona que sabía “bien la ordenanza y la táctica de maniobras de Infantería para que la pueda enseñar a sus subordinados”¹⁴⁰. Suárez y Navarro expidió el despacho a Miramón el 16 de septiembre del mismo año.¹⁴¹

La señorita Lombardo

Todos estos ascensos no mantenían a Miguel Miramón solo absorto en la vida militar; cierto día, luego de su regreso al colegio, fue mandado llamar por el director para que ordenase a los alumnos que dieran una exhibición de ejercicios gimnásticos a tres mujeres que se encontraban de visita en el plantel: la señora Velázquez de la Cadena, y las hermanas Guadalupe y Concepción Lombardo y Gil de Partearroyo. La primera de las hermanas estaba delicada de salud, por lo cual el médico le había recomendado que paseara por los alrededores de la ciudad, razón por la que la señora Velázquez se había ofrecido a hacerles compañía.

Las Lombardo eran hijas del reconocido jurisconsulto Francisco María Lombardo, constituyente en 1824 y ministro en varias administraciones, entre ellas las de Santa Anna. El capitán Miramón, a quien se le ordenó hiciese compañía a las damas, posó sus ojos en la joven Concepción, de dieciocho años, la cual lo recordaría como “un oficial que parecía tener unos veinte o veintiún años, de estatura mediana, delgado, tez morena, hermosos ojos negros, boca grande, apuntándole apenas el bigote”.¹⁴²

Debemos hacer un paréntesis: Concepción Lombardo narra en sus memorias que, el director del Colegio, les habló del capitán Miramón haciendo elogios de su disciplina, sus rápidos ascensos y su valentía; empero, la autora pone en palabras de dicho director lo siguiente, que merece ser reproducido:

El 8 de septiembre de 1847, después de las funestas batallas de Casamata y Molino del Rey que se perdieron por los caprichos de don Juan Álvarez y por la indisciplina de sus tropas, el ejército norteamericano atacó este castillo

¹⁴⁰ CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 23

¹⁴¹ *Idem*

¹⁴² Lombardo, *op. cit.*, p. 55

[Chapultepec] que estaba defendido por cien soldados de infantería, otros tantos veteranos y cien alumnos del colegio. La batalla fue muy reñida, defendiéndose como leones aquel puñado de hombres; pero entre todos se distinguió por su valor y temeridad el joven Miramón, que apenas contaba diecisiete años. En lo más reñido del combate cayó herido de una bala en la cara, un negro se arrojó sobre él para matarlo, en ese momento un oficial americano que había admirado el valor, la serenidad y la firmeza del alumno, se precipitó sobre el negro para defenderlo, lo tomó en sus brazos y lo entregó en el hospital, como prisionero.¹⁴³

Si regresamos al capítulo 4 de esta investigación, veremos que ya hemos tratado la leyenda que Víctor Darán escribió sobre la participación de Miramón en la intervención norteamericana; sin embargo, quisimos esperar hasta este punto para analizar, a través de las memorias de la viuda de nuestro personaje, el pasaje que Darán nos entregó sobre este episodio, basado en el mismo escrito.

Debemos recordar que lo escrito por Concha Lombardo fue producto del recuerdo, pues se habían cumplido ya cincuenta años de la muerte de su esposo en el cerro de las Campanas cuando la señora puso el punto final a sus memorias; la mancha de traidor a la patria lo acompañó al sepulcro y ella, exiliada en Europa, debió haber buscado la manera de regresarle un poco de gloria a los días perdidos de Miramón. Es posible entonces que, sabiendo que su marido había participado en la guerra del 47, Concha hubiese decidido poner “un poco de su cosecha” en la narración, al dar a la actuación del cadete Miramón un poco más de heroicismo. Pero, ¿en qué nos basamos para plantear esta hipótesis?

En primer lugar, creemos posible que el director del Colegio Militar haya platicado con las damas —según lo cuenta Concha Lombardo— y es posible incluso que les haya hablado del capitán Miramón elogiando su desempeño y su rápida y brillante trayectoria militar; lo que no nos parece lógico es que un general del ejército se hubiese atrevido a dar su punto de vista con respecto a la guerra, en presencia de las damas mencionadas,¹⁴⁴ y menos aún que emitiese juicios acerca de Juan Álvarez como responsable del resultado de las acciones del Molino del Rey y Casamata, así tuviese la razón o no. Además, en el año

¹⁴³ *Idem*

¹⁴⁴ Por la simple razón de que en la época no era común que las damas se inmiscuyeran en lo que se decía eran “asuntos de hombres”, ni que a éstos les interesara hablar de ciertos temas —como las acciones de guerra— delante de ellas.

de la guerra contra los Estados Unidos, el Colegio Militar no era propiamente “un castillo”, tal vez ni siquiera una fortaleza, por lo que no se le denominaba como tal. Por otra parte, el celo que tienen los militares con respecto a sus grados nos haría pensar que se referiría al caudillo suriano como “el general Álvarez” y no simplemente como “don Juan”.

Por otra parte, el director del colegio *debía* saber que no fueron cien los alumnos que combatieron, sino sesenta y tres —contando también a los oficiales del Colegio—, número bastante lejano a la centena; también *debía* saber que Miramón no fue herido, pues solo lo fueron los alumnos Andrés Mellado, Hilario Pérez de León y Agustín Romero, así como el subteniente Pablo Banuet, según consta en las actas levantadas en el mismo plantel.¹⁴⁵

Dado que ya tratamos este tema en el capítulo mencionado,¹⁴⁶ solo queremos agregar que, cuando Concha escribió sus memorias, no había prácticamente nadie que refutara los datos que en ellas plasmó pues estaba muy lejos de saber que algún día se publicarían, además, tenía ochenta y dos años de edad.¹⁴⁷ Entendemos las razones que tuvo para querer enaltecer la memoria de su esposo, pero es nuestro deber aclarar las imprecisiones en que hubiese caído con respecto a nuestro personaje.

Concepción Lombardo, a decir de ella misma, no puso atención al joven Miramón, quien buscaría otro momento para acercarse a la señorita Lombardo. Unos días después, la visitaría en su casa, pues su amigo y compañero del Colegio de San Gregorio, Romualdo Fagoaga, pretendía a otra de las hermanas Lombardo.¹⁴⁸ Una mera casualidad que ayudaría a Miramón a estar cerca de la jovencita que, gracias a su indiferencia hacía el capitán, lo haría interesarse en ella con más ahínco.

Antes de que el padre de las Lombardo diera por terminada aquella visita, indebida por encontrarse las señoritas solas en casa, Miramón declaró abiertamente a Concha su amor, diciéndole que no jugaba: que quería casarse. Concha Lombardo narra:

¹⁴⁵ Murieron seis alumnos; quedaron heridos tres y un oficial y fueron hechos prisioneros treinta y siete alumnos y dieciséis oficiales del Colegio. Arias y Olavaria y Ferrari, *op. cit.*, tomo VIII, p. 258. Véase también el capítulo referente a “La guerra injusta” de esta tesis.

¹⁴⁶ En el cual se aclaró el asunto del oficial negro y algunos otros detalles que agregó Darán en su versión del suceso.

¹⁴⁷ Nació en 1835 y las terminó de escribir en agosto de 1917. Lombardo, *op. cit.*, p. 678

¹⁴⁸ Con la cual a los pocos años se casó, convirtiéndose en concuño de Miramón.

Yo solté una solemne carcajada, y le contesté: “¿Sí?” “¿Se quiere usted casar conmigo para llevarme a la guerra a caballo, cargando en brazos al niño y en el hombro al perico? Ahora es usted capitán, cuando sea usted general, entonces nos casaremos”. Mi burlesca respuesta desconcertó a Miramón, pero yo seguí la broma y tomé aquello por una pura chanza.¹⁴⁹

Pero Miramón no lo tomó en broma.

Su Alteza Serenísima

Mientras tanto, las cosas para el presidente Santa Anna no estaban del todo bien; el tiempo no había pasado en balde, la situación no era la misma que en otros años. Además, se iba quedando solo: Rafael F. Muñoz, biógrafo del héroe de Tampico narra en *Santa Anna, el dictador resplandeciente*:

La mala racha principia cuando el poderoso gabinete de que se había rodeado se desintegra. Primero es Lucas Alamán, cerebro clarísimo y brazo enérgico del Partido Conservador, que muere. Después fallece el general José María Tornel y Mendivil, escritor culto, diplomático hábil, militar de carácter e integrante de primerísima categoría. Al cementerio les sigue Lombardini, de fidelidad perruna para con don Antonio, de poca inteligencia, pero mucho valor personal. Y salen del gabinete, uno por una causa y otro por otra, el audaz Haro y Tamariz y el viejo amigo Suárez y Navarro.¹⁵⁰

Santa Anna comienza a perder el camino: aumentó los impuestos, incrementó el número de efectivos del ejército y la leva se hizo la pesadilla de las poblaciones rurales; hizo del lujo y la ostentación el signo distintivo de su gobierno, redactó decretos para reglamentar la manera de vestir, de usar el bastón y hasta para dejarse crecer la barba. Empezó a hacer tratos para importar una guardia suiza como la del Papa en el Vaticano para que lo custodiara. Y al no interesarle el convocar a un congreso constituyente —como había acordado con los que lo mandaron llamar— buscó la manera de que, a través de un

¹⁴⁹ Lombardo, *op. cit.*, p. 57

¹⁵⁰ Rafael F. Muñoz. *Santa Anna, el dictador resplandeciente*. 4ª edición, 10ª. reimpresión. México, Fondo de Cultura Económica, 2002. 277 p. (Colección Popular 247), p. 247

pronunciamiento, las tropas le “pidieran” que se convirtiese en dictador vitalicio, con la facultad de nombrar a su sucesor.

Debería dársele el trato de Alteza Serenísima y el grado de Capitán general del ejército; restableció además la Orden de Guadalupe creada por Iturbide y se autonombró Gran Maestre. También durante su gobierno se promulgarían leyes represivas, como la de libertad de imprenta redactada por Teodosio Lares, se expulsaría a varios prominentes liberales como Melchor Ocampo y Benito Juárez e impondría impuestos a casi todo, lo cual fomentó la discordia entre la población civil.

El año de 1853 fue también de suma importancia para el país por haberse suscitado dos conflictos que perjudicaban la integridad nacional: el filibustero estadounidense William Walker se apoderó de la Baja California, con el objetivo de crear la República de Sonora y Sinaloa.¹⁵¹ Sin embargo, el segundo caso, referente a las nuevas intenciones del gobierno de los Estados Unidos, era la mayor preocupación del gobierno. El mismo Santa Anna escribe:

La cuestión de los límites con los Estados Unidos se presentaba grave, y llamé mi atención preferentemente. El gobierno de Washington, con la cuchilla en la mano, todavía pretendía cortar otro pedazo al cuerpo que acababa de mutilar horriblemente, y amenazaba con otra invasión. En la situación deplorable del país, un rompimiento con el coloso me pareció un desatino, y adopté los medios que el patriotismo y la prudencia aconsejaban: un avenimiento pacífico.¹⁵²

Con el fin de construir un ferrocarril transoceánico, los Estados Unidos pretendían modificar la línea fronteriza con México, con la cual nuestro país perdía la Baja California, Sonora, Sinaloa y parte de Chihuahua y Durango. Ante la imposibilidad de enfrentarse en otra posible guerra contra el invasor, el gobierno optó por vender una franja territorial, conocida como la “Mesilla”, equivalente a 100,000 kilómetros cuadrados. La suma

¹⁵¹ Patricia Galeana de Valadés (coord.). *Los siglos de México*. Cuarta reimpresión. México, Patria / Nueva Imagen, 1997. 435 p., p. 210

¹⁵² López de Santa Anna, *op. cit.*, pp. 78-79

otorgada al gobierno tras la firma de un tratado fue de 7 millones de pesos.¹⁵³ Con esta venta, el territorio nacional quedó como actualmente lo conocemos.

Las protestas por la venta, así como por las demás acciones de gobierno de Su Alteza Serenísima no se hicieron esperar, pues ni liberales ni conservadores estaban de acuerdo con su manera de gobernar. Al sur de la república se fraguaba un movimiento que pronto podría tomar matices nacionales, pues pretendía destituir al dictador Santa Anna.

A finales de febrero de 1854, el coronel retirado Ignacio Comonfort, quien fuese administrador de la aduana de Acapulco, presentó un plan de insurrección contra el gobierno de la República al general Juan Álvarez, quien, debemos recordar, no tenía una buena relación con Santa Anna. Aprobado por Álvarez, dicho plan fue proclamado el 1º de marzo por el coronel Florencio Villarreal, comandante de Costa Chica, en la población de Ayutla. A decir de Agustín Rivera, sus artículos principales fueron:

1º. Cesan en el ejercicio del poder público don Antonio López de Santa Anna y los demás funcionarios que como él hayan desmerecido la confianza de los pueblos o se opusieran al presente plan. 2º. Cuando éste haya sido adoptado por la mayoría de la nación, el general en jefe de las fuerzas que lo sostengan, convocará un representante por cada Estado y territorio, para que reunidos en el lugar que estime conveniente, elijan al presidente interino de la República, y le sirvan de Consejo durante el corto periodo de su encargo. 5º. A los quince días de haber entrado en sus funciones el presidente interino, convocará a un Congreso extraordinario conforme a las bases de la ley que fue expedida con igual objeto en el año de 1841, el cual se ocupe exclusivamente de constituir a la nación bajo la forma de República representativa, popular, y de revisar los actos del ejecutivo provisional de que se habla en el artículo 2º.¹⁵⁴

La caída de Su Alteza Serenísima estaba pronta a llevarse a cabo.

¹⁵³ Que se recibieron hasta mediados de 1854 y de los cuales Francisco de Paula de Arrangoiz, encargado de terminar la negociación, se quedó con un porcentaje de la venta, como si se tratase de un lote cualquiera y él fuese un simple intermediario. Leonor Correa Etchegaray. "Francisco de Paula Arrangoiz" en Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.). *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, en Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coords.). *Historiografía Mexicana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Históricas, 1996, 5 vols., vol. 4, 588 pp., pp. 189-222, p. 192

¹⁵⁴ Agustín Rivera y Sanromán. *Anales Mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*. Prólogo de Berta Flores Salinas. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994. 383 p. (Vuelta al siglo XIX), p. 3

Capítulo 7

La revolución de Ayutla

El 11 de marzo de 1854 Ignacio Comonfort modificó el Plan de Ayutla en Acapulco y se convirtió en el verdadero líder de la rebelión. Al frente de las tropas del gobierno iba el mismísimo Santa Anna, con el firme objetivo de sofocar aquella revuelta que, a decir de Agustín Yáñez en su biografía del héroe de Tampico, no era algo inesperado.¹⁵⁵

Ya esperaba el gobierno este movimiento, y a pretexto de que por Acapulco desembarcaría la invasión de aventureros preparada por el conde Rousset Boulbon, reconcentró algunas de sus mejores fuerzas en el departamento de Guerrero y halagaba mañosamente a los generales Álvarez y Moreno, gobernador y comandante interino éste, por enfermedad del primero.¹⁵⁶

En la ciudad de Chilpancingo, a medio camino del puerto de Acapulco, el general presidente —acompañado por Santiago Blanco¹⁵⁷ su ministro de Guerra—, presidía un acto militar cuando un águila real sobrevoló a las tropas formadas ante sus superiores; luego de ser capturada por un soldado, el ave fue presentada a Santa Anna. Los corifeos de la dictadura tomaron este hecho, producto de una mera casualidad, como un presagio de su próxima buena fortuna en la guerra.¹⁵⁸ Indudablemente estaban equivocados.

La toma del puerto no resultó como se esperaba; Santa Anna ordenó el regreso de su ejército a la ciudad de México después de haber sido rechazados por los rebeldes de

¹⁵⁵ Silvestre Villegas Revueltas señala: "Las personas que [...] se reunieron en el feudo de Álvarez, [...] eran no solamente de distinto carácter sino que tenían diversos credos políticos, inclusive se habían combatido, pero los unía un lazo en común, que todos ellos fueron ultrajados por Santa Anna [...] Lo anterior nos indica que las maquinaciones en torno al alzamiento databan de meses atrás y que los informes recibidos por el gobierno de la capital eran ciertos". Silvestre Villegas Revueltas. *El liberalismo moderado en México (1852-1864)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Históricas, 1997. 319 p. (Serie Historia Moderna y Contemporánea núm. 26), p. 52

¹⁵⁶ Agustín Yáñez. *Santa Anna: espectro de una sociedad*. 3ª edición. México, Fondo de Cultura Económica, 1993. 337 p., ils. (Colección Popular 494), p. 251

¹⁵⁷ El campechano Santiago Blanco nació en 1815. Fue alumno del Colegio Militar y posteriormente profesor de matemáticas del mismo. En 1846 combatió a los norteamericanos en la Angostura y meses después fue herido de gravedad en la batalla de Padierna. De 1851 a 1854 desempeñó los cargos de diputado por su estado natal, ministro de guerra, director del Colegio Militar — por un breve período— y Oficial Mayor. Años más tarde combatiría en la guerra de Reforma al lado de los conservadores y pondría su espada al servicio del Imperio. *Diccionario Porrúa... op. cit.*, vol. I, p. 446-447

¹⁵⁸ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 4

Comonfort. Sin embargo la lucha continuaría y los pronunciamientos a favor del Plan de Ayutla se sucedieron en los siguientes meses, en gran parte del territorio nacional.¹⁵⁹

Mientras tanto, el capitán Miramón continuó como profesor de infantería “con gran esmero y rigurosa puntualidad [...], mereciendo los más calurosos elogios del Director del Colegio, General Monterde, y granjeándose el cariño y la estimación de sus discípulos, que llegaron con el tiempo a sentir verdadera pasión por él”.¹⁶⁰ Pese a ello, al parecer este puesto no era de su total satisfacción, puesto que el 22 de agosto solicitó al general Santa Anna otro empleo, tal vez —como lo señala Luis Islas García—, “engreído con su rápida carrera de ascensos”.¹⁶¹ El mismo Miramón escribe:

[...] que en las dos épocas que ha desempeñado dicha instrucción [la de infantería], la primera como sustituto y la presente como profesor, han sido agraciados por Vuestra Alteza Serenísima más de cien de sus discípulos, los que por su buen comportamiento son sus iguales y algunos sus superiores; y como por el nuevo reglamento queda suprimida la clase de Jefe de Instrucción a la cual podía aspirar:

A Vuestra Alteza Serenísima suplica le confiera el empleo en Infantería como en Caballería de Comandante en uno de los Batallones o Escuadrones del Ejército, en lo que recibirá gracia particular.¹⁶²

Ignacio de Mora y Villamil¹⁶³, quien fuera Director General de Ingenieros del Ejército, recomendó al general Santa Anna no otorgar el ascenso requerido por el capitán Miramón, puesto que “en principios de abril de año próximo pasado era subteniente el suplicante, habiendo en consecuencia obtenido dos ascensos en poco más de un año”,¹⁶⁴ sugirió también al mandatario que, si consideraba conveniente acceder al pedido de

¹⁵⁹ Según Agustín Rivera en ese año se pronunciaron por el Plan de Ayutla, entre otros: en mayo, los coroneles Epitacio Huerta y Manuel García Pueblita en Coeneo; en julio, el abogado Juan José de la Garza, gobernador de Tamaulipas, en Ciudad Victoria; y en julio, don Santos Degollado y el general italiano Luis Gbilarli. Rivera y Sanromán, *op. cit.*, pp. 4-5

¹⁶⁰ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 27

¹⁶¹ Islas, *op. cit.*, p. 28

¹⁶² CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 28

¹⁶³ Mora y Villamil nació en 1791 en la ciudad de México, donde ingresaría al ejército realista. En 1821 se adhirió a Iturbide y más tarde serviría en varias ocasiones a los distintos gobiernos republicanos. En 1847 fue comisionado junto a Benito Quijano para negociar el armisticio entre México y el invasor. Años más tarde sería consejero de Miramón, durante su presidencia. Humberto Musacchio. *Diccionario Enciclopédico de México Ilustrado*. 2a. reimp., México, Andrés León editor, 1990, 4 tomos, tomo 3, p. 1288, ils.

¹⁶⁴ CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 28

ascenso del capitán Miramón, podía este cumplir con sus nuevas obligaciones pero sin descuidar su cátedra. El general presidente no otorgó el nuevo empleo a Miguel Miramón; por lo menos en ese momento.

Fue el 15 de octubre de 1854 cuando el ministro Blanco informó a Mora y Villamil —para que éste hiciera del conocimiento del interesado su nuevo ascenso—, la disposición de Santa Anna para que a Miramón se le otorgara el despacho de Comandante de Batallón del Activo de California,¹⁶⁵ “llamado así porque la mayor parte de sus elementos eran nativos de aquella distante entidad”,¹⁶⁶ y que a decir de Carlos Sánchez Navarro estaba “constituido por hombres de pésimo comportamiento: viejos de negra historia, prófugos de la justicia, ex presidiarios, en fin, podría decirse que era el regimiento en que se encontraba la hez del ejército, y por tanto, el más indisciplinado”.¹⁶⁷

Es importante detenernos un momento en el nombramiento de Miramón: sus biógrafos coinciden en que fue designado Comandante del Batallón Activo de California en la fecha señalada—15 de octubre—; lo mismo nos dice su hoja de servicios del ejército. Sin embargo, en esta misma encontramos un dato interesante: en el apartado que indica los cuerpos de la milicia en que sirvió Miramón, está señalado que su estancia en dicho batallón fue desde el día 1o. de agosto, habiéndose separado del Colegio Militar el día anterior, 30 de julio.¹⁶⁸ Lo anterior nos indica que al pedir su ascenso ya se encontraba en el batallón Baja California; ¿por qué entonces no se habían disuelto completamente los lazos con su anterior empleo, es decir, con la cátedra de profesor?

Quizás el Colegio Militar le permitió acudir a las filas del ejército en calidad de “préstamo”, sin tener la menor intención de perder a uno de sus catedráticos; de este modo, resultaría que cuando Miramón solicitó a Santa Anna el nuevo nombramiento —el 22 de agosto—, ya había probado la experiencia de lidiar con una tropa difícil, teniendo además la responsabilidad de adiestrarlos rápida y eficazmente puesto que la guerra contra los rebeldes estaba en curso. Este fue tal vez, para alguien como el joven capitán Miramón, un reto mayor que la tranquila vida colegial.

¹⁶⁵ CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta J-1, legajo 36

¹⁶⁶ Islas, *op. cit.*, p. 29

¹⁶⁷ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 27

¹⁶⁸ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta J-1, legajo 72

La renuencia del director del Colegio por no dejar ir a Miramón se hace aún más evidente tras su nombramiento de Comandante; Luis Islas García señala que:

[...] la dirección del Colegio Militar acude [entonces] a un expediente para no dejar escapar al catedrático: informa al Ministerio que no dejará ir al nuevo comandante que es el encargado de la caja del Colegio hasta que no haya terminado unas cuentas que le ha ordenado la dirección. En los archivos, también podemos leer variados papeles que tienen monótono, burocrático material sobre la disputa de la Caja, con lo que tuvieron entretenido a Miramón hasta que terminara el curso, no obstante que el tono del Ministerio a veces revelaba que empezaban los jefes a perder la paciencia con la tosuda actitud del director. Por fin, hasta el año siguiente (1855) sale Miramón a ocupar su puesto de Comandante del Baja California, que a esas horas se había movilizizado para entrar en batalla.¹⁶⁹

Todo bajo control

Pese a que los levantamientos antisantannistas se sucedían día con día, el general presidente trataba de simular que nada de lo que acontecía estaba fuera de control: el 16 de septiembre de 1854, con motivo de las fiestas patrias, había estrenado en el Gran Teatro de Santa Anna el Himno Nacional, —posiblemente la única herencia del héroe de Tampico que aún existe— escrito por el poeta Francisco González Bocanegra y musicalizado por el español Jaime Nunó. Al evento asistió, con todo y séquito, Su Alteza Serenísima en persona, quien se deleitó tras escuchar a la soprano Balbina Steffenove y el tenor Lorenzo Solvi¹⁷⁰ inmortalizar el canto patrio que, en algunas estrofas, hacía alusión a él mismo, el artífice de la República, el defensor de la patria, el caudillo necesario... estos eran, para don Antonio López de Santa Anna, sus últimos momentos de gloria.

Pese al optimismo que Su Alteza Serenísima trataba de mostrar, el barco de la presidencia se encontraba en peligro de naufragar: no solo se había multiplicado la rebelión en gran parte de la república, sino que el presidente también comenzó a desconfiar de los hombres cercanos al poder. Rafael F. Muñoz escribe en su biografía del caudillo:

¹⁶⁹ Islas García, *op. cit.*, p. 29; CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 41

¹⁷⁰ Galeana de Valadés, *op. cit.*, p. 213

Su Alteza comienza a perder la serenidad y la paciencia. Sus conferencias con los prohombres del partido conservador son cada vez más agrias. Les reprocha que le engañen, presentando un cuadro de apoyo popular que no existe. Les amenaza con irse cualquier día, a cualquier hora, y dejarlos solos frente a la situación. Y para retenerlo los conservadores preparan una nueva farsa: el plebiscito. El día 1º. de diciembre los ciudadanos deberán votar si “el actual Presidente de la República ha de continuar en el mando supremo de ella con las mismas facultades que hoy ejerce.”¹⁷¹

La votación, unánimemente corrupta y arreglada, tuvo como resultado la aclamación de Santa Anna para que continuase al mando del país y de las tropas, que una vez más salieron de la capital para enfrentar a los rebeldes de Ayutla. El ejército federal sostenía enfrentamientos en varios estados del territorio nacional; el Batallón Activo de Baja California, al mando del comandante Miguel Miramón Tarelo, se encontraba en la ciudad de Toluca en espera de órdenes para salir a combatir.

Entonces sucedió algo que daría, con el paso del tiempo, mucho de qué hablar: el 23 de febrero de 1855, el general y ex presidente de la República José Mariano Salas escribió al ministro de Guerra para comunicarle que el comandante Miramón había quedado detenido en dicha ciudad —tal vez se había ordenado la movilización del batallón a su mando— debido a “estársele formando causa, por heridas graves que infirió a un particular de este punto, la noche del 19 del corriente”.¹⁷²

Este hecho dio mucho de que hablar pues, varios años después, el emperador Maximiliano sabría del mismo a través de los informes que de sus colaboradores tendría; en lo que fue conocido como su “libro secreto” se dijo acerca de Miramón que “siendo capitán de cazadores de infantería en Toluca, perdió, un día, el dinero de su compañía, del cual era depositario y, por salir del apuro, cayó a sablazos sobre la persona contra la que había jugado y lo hizo devolverle su dinero”.¹⁷³ Miramón, como bien ha señalado Luis Islas García, ni era capitán, ni estaba al mando de una compañía, sino de un batallón. El mismo biógrafo escribe que:

¹⁷¹ Muñoz, *op. cit.*, p. 257

¹⁷² CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 44

¹⁷³ José María Luján (Prólogo de). *El libro secreto de Maximiliano*. México, Universidad Nacional Autónoma de México /Instituto de Historia, 1963. 127 p., (cuaderno del Instituto de Historia, primera serie, 78), p. 71

Lo cierto es que Miramón, en la noche, tuvo una riña en Toluca; que ésta no fue por humos alcohólicos, sino muy probablemente, dado su temperamento impulsivo y su sensibilidad militar, por algún quisquilloso puntillo de honor o quizá, lo que no sería difícil, como resultado de alguna rencilla amorosa. En último análisis, aunque haya sido por juego, hemos de ponernos de acuerdo en que un militar joven, de solo veinticuatro años, fácilmente reacciona y tira del sable, y el gesto no lo vamos a tomar como un cargo terrible, sino casi como un ademán profesional, de lógicas consecuencias.¹⁷⁴

Debemos analizar otro aspecto: los apuntes que conforman el libro secreto de Maximiliano fueron escritos basados en los informes que el mismo emperador mandó realizar para tener conocimiento de la vida y obra de sus allegados; en tiempos en que se trataba de alejar tanto a Miramón como al resto de los conservadores del poder, es plausible que se buscaran todos los hechos que pusieran en duda la integridad de los personajes involucrados; no pretendemos justificar a Miramón con respecto al hecho acaecido en Toluca, pero sí creemos que hay ciertos detalles que no concuerdan con el carácter que hemos logrado encontrar al analizar la vida de Miguel Miramón Tarelo. Por ejemplo, si bien es posible que se enfrentara a un civil por razones como el honor o quizás por alguna mujer —como lo señala Luis Islas— nos es difícil creer que alguien con la responsabilidad de comandar un batallón, alguien que en varias ocasiones ha sido reconocido por sus superiores como responsable y honesto, es difícil que perdiera la cabeza de tal modo que arriesgara dinero que no fuera propio, mucho menos siendo del ejército, institución a la cual, sin duda, Miramón respetaba fervientemente.

Además, no era la primera vez que manejaba dinero; basta recordar que, según consta en una carta antes mencionada, el director del Colegio Militar menciona que Miguel Miramón estaba encargado de la caja del mismo.¹⁷⁵ De este modo, al suceder el evento de Toluca, el comandante no era nuevo en la administración de los recursos económicos asignados, y sabía de lo importante que eran éstos para su batallón, más aún si tomamos en cuenta de que estaban en guerra contra los pronunciados de Álvarez y Comonfort.

Cualquiera que haya sido el caso, Miramón se reincorporó a su batallón; Islas García refiere que:

¹⁷⁴ Islas, *op. cit.*, p. 30

¹⁷⁵ CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 41

Todo hace suponer que el civil recobró la salud y la causa fue sobreseída el 12 de abril, pero se le puso de condición al indultado que de inmediato se uniera su cuerpo, que ya iba por la ciudad de Iguala y se le marca una ruta precisa para su viaje: el camino de Cuernavaca. Iba a combatir a los rebeldes del Plan de Ayutla en el estado de Guerrero y seguramente influyó mucho para ese sobreseimiento el prestigio que como técnico militar ya había alcanzado el comandante Miramón.¹⁷⁶

La caída del héroe de Tampico

La ola rebelde se extendía hacia el occidente; a principios del mes siguiente Ignacio Comonfort desembarcó en las costas de Zihuatanejo con hombres, armas y dinero,¹⁷⁷ dispuesto a continuar con la lucha. Estableció su cuartel en Ario, Michoacán, desde donde dirigió sus acciones a fin de derrocar a Santa Anna. Mientras tanto, el héroe de Tampico había ordenado la movilización de sus tropas hacia tierras michoacanas, encabecándolas él mismo.¹⁷⁸ Al otro lado del país, en Tamaulipas y Nuevo León varios caudillos se unían a la lucha contra la dictadura.

En mayo, tras la entrada del general presidente a las ciudades de Morelia y, poco después, Zamora —donde Miguel Negrete evacuó la plaza, sin oponerle resistencia— Comonfort movilizó sus tropas al occidente. Santa Anna, a sabiendas de que los rebeldes no presentarían batalla, se volvió para la capital. Era el preludio del fin.

Mientras tanto el comandante Miramón presentó batalla a los de Ayutla bajo los órdenes del general Vicente Rosas Landa en Mezcala, Xochipala y el Cañón del Zopilote, entre otras, en las inmediaciones de los ríos Balsas y Mezcala. Sin embargo, el primero de julio se distingue en la batalla de Tepemaxalco donde “no solo recibe el peso de las tropas

¹⁷⁶ Islas, *op. cit.*, p. 31

¹⁷⁷ La historiadora Lilia Díaz señala: “A principios de junio Comonfort emprendió un viaje a Estados Unidos para buscar recursos y continuar la lucha, así como para ponerse de acuerdo con los liberales desterrados. A fin de año volvió a Acapulco con un buque lleno de armas y municiones”; sin embargo, Silvestre Villegas Revueeltas indica que, pese a haberse programado el desembarco en dicho puerto, “por el bloqueo impuesto, se tuvo que realizar la descarga en Zihuatanejo.” Este “inconveniente” le dio a Comonfort la oportunidad de extender la rebelión —o por lo menos la ayuda a los rebeldes ya pronunciados— a la zona occidente del país. *Historia General de México, op. cit.*, p. 590; Villegas Revueeltas, *op. cit.*, p. 65

¹⁷⁸ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 7

de su adversario el general Pinzón, sino alcanza a contraatacar, lo rechaza [y] ocupa sus posiciones".¹⁷⁹ Debido a su valentía, cinco días después Santa Anna le confirió el grado de Teniente coronel.¹⁸⁰

El general presidente trataba de mantener la calma aunque, el mes de julio de 1855, significó la pérdida de toda esperanza. Justo Sierra narra que:

[...] el hombre estaba inquieto; su viejo instinto de revolucionario le hacía comprender que el levantamiento iba apoderándose de la voluntad de la nación, cansada horriblemente de la lucha y ansiosa de garantías y de paz. El dictador hizo un nuevo viaje al Sur y otro a Michoacán, siempre en medio de ovaciones ruidosas y de procesiones triunfales; pero todos advertían que las cosas quedaban en el mismo estado: la revolución cundía de Michoacán a Jalisco, Colima caía en poder de Comonfort, que había logrado capturar una de las mejores brigadas del ejército y asegurarse la adhesión de su jefe (el general [Félix] Zuloaga), y [Santiago] Vidaurri se adueñaba de Monterrey y proclamaba la autonomía de una fracción importante de la frontera.¹⁸¹

¿Qué podía esperar del resto de sus tropas? ¿Acaso podría salvarse en el caso de que los revolucionarios intentaran cerrarle el paso, si decidía mantenerse en el poder a como diese lugar? Su Alteza Serenísima sabía que no, aunque no lo reconocería como tal. El mismo escribe en sus memorias que:

[...] El consejo de gobierno componíanlo cuarenta individuos de lo selecto de la sociedad. Su opinión me pareció de alguna importancia y quise conocerla. Al efecto me presenté en el salón de sus sesiones, acompañado de los ministros, y con disgusto me impuse que con excepción de tres, los demás opinaban por la pronta reunión de la convención, como si fuera posible la celebración de elecciones con la revolución en pie.

El desacuerdo del consejo y el gobierno me puso en conflicto; parecía que aquellos hombres habían perdido de pronto hasta el sentido común. Conociendo al fin que se presentía empujarme al suicidio, a que yo mismo agravara la situación para inculparme después, adopté en aquel momento lo que la razón y la prudencia aconsejaban: me ausenté antes de verme en el caso

¹⁷⁹ Islas, *op. cit.*, p. 31

¹⁸⁰ CONDUMEX, fondo XXVIII-1, carpeta 1-1, legajo 85. Cabe destacar que el biógrafo Víctor Darán escribió que Miramón "fue nombrado teniente coronel el 29 de julio de 1855". No sabemos en qué fuente se basó para hacer esta aseveración, pues la Hoja de Servicios del comandante señalan claramente el día de su despacho de teniente coronel, por lo que concluimos que en este caso Víctor Darán cometió un error. Darán, *op. cit.*, tomo 1, p. 60

¹⁸¹ Justo Sierra. *Evolución política del pueblo mexicano*. Prólogo de Alfonso Reyes. México, Editorial Porrúa, 1986. 304 p., ("Sepan cuántos...", 515) p. 189

extremo de apelar a las armas en sostén de la primera autoridad y en defensa de mi propia persona, lo que no produciría ningún bien.

El general presidente abandonó la capital la madrugada del 9 de agosto con rumbo a Veracruz, con el fin de “atender personalmente el restablecimiento del orden alterado en algunos puntos de aquella demarcación”.¹⁸² Desde ahí publicó un manifiesto el día 12, en el cual anunciaba al pueblo de México su renuncia irrevocable a la presidencia de la República, quizás sin saber que era la última vez que sus palabras surtirían algún efecto en los destinos del país.

Al día siguiente, el general Rómulo Díaz de la Vega, comandante general y gobernador del Distrito de México publicó un acta de adhesión al Plan de Ayutla con motivo de la dimisión de Santa Anna. En dicho documento, convocaba a una junta de representantes de los distintos departamentos que, una vez reunidos, elegirían a un presidente interino y éste a su vez convocaría a un congreso constituyente.¹⁸³

La huida de Santa Anna y la proliferación del movimiento revolucionario hicieron que diversos actores irrumpieran en la escena política en busca del ascenso a la silla presidencial; el mismo día del pronunciamiento de Díaz de la Vega en la capital, se levantaban Manuel Doblado en Guanajuato y Antonio de Haro y Tamariz en San Luis Potosí, con distintos matices en cuanto a ideas y objetivos.¹⁸⁴ Sin embargo, fue el movimiento dado en la capital el que nombró, el 14 de agosto de 1855, al presidente interino que habría de suceder al héroe de Tampico: el general Martín Carrera.

La elección de Carrera inconformó a Comonfort, quien luego de haber entrado a la ciudad de Guadalajara, publicó un manifiesto en el cual declaraba que el interinato de la primera magistratura correspondía a Juan Álvarez.

¹⁸² Yáñez, *op. cit.*, p. 261

¹⁸³ Rómulo Díaz de la Vega, et al. *Acta de adhesión al Plan de Ayutla, por los señores generales que la suscriben*. México, Imprenta de Juan B. Navarro, 1855. 1p., p.1

¹⁸⁴ Agustín Rivera y Sanromán señala que “se deduce que había a la sazón cinco pronunciamientos y planes diversos y que en un solo día hubo tres. El Plan de Ayutla era claramente liberal; el Plan de San Luis Potosí era claramente conservador; el Plan de la Capital tenía un matiz de conservador; el Plan de Doblado se parecía más al de San Luis Potosí que a los otros y el Plan de Vidaurri no tenía más objeto que la ejecución del pensamiento que siempre tuvo aquel hombre, y fue que nadie dominase más que él en los estados de Nuevo León y Coahuila, fuera cual fuese la forma de gobierno que rigiese en el país”. Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 9

Poco después, el 11 de septiembre, la guarnición de México proclamó a Álvarez presidente interino de la República, quien recibiría el poder de manos de Díaz de la Vega pues el general Carrera renunció el mismo día para retirarse a la vida privada.¹⁸⁵

Cinco días después, en Lagos, Comonfort firmó un convenio con Manuel Doblado y Antonio de Haro y Tamariz: éstos reconocieron el Plan de Ayutla —porque éste no era diametralmente opuesto sus propios planes— y aceptaron la presidencia de la “Pantera del Sur”, el cacique Juan Álvarez. El ejército triunfante inició entonces su camino a la capital de la República.

¹⁸⁵ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 10

Capítulo 8

El efímero gobierno de Álvarez

Las tropas que habían combatido a los rebeldes de Ayutla fueron llamadas de regreso a sus cuarteles, donde se pusieron a las órdenes del nuevo gobierno. El teniente coronel Miguel Miramón volvió entonces a la capital, no solo al seno familiar sino también a tratar de continuar otra campaña —no menos importante para un hombre joven y romántico como él— aunque de otra índole: una conquista amorosa. Enterado por su amigo Romualdo Fagoaga de la reciente muerte del señor Francisco Lombardo,¹⁸⁶ decidió visitar a su hija Concepción. La misma narra:

[...] estando yo sola en el entresuelo¹⁸⁷, en el arreglo de los libros, oí pasos en la escalera, y a poco tocaron la puerta; pensando que era una de mis hermanas, corrí a abrir, pero ¿cuál sería mi sorpresa al encontrarme cara a cara con Miramón? “Señorita, me dijo, he sabido la desgracia de ustedes y le vengo a dar el pésame.” “Vaya usted a casa, le contesté, porque aquí estoy sola.” “¿Y qué importa? me dijo, es mejor que no haya nadie, porque así le puedo decir a usted que la amo.” “Déjeme usted en paz, le contesté, no estoy para bromas, ya dije a usted que se vaya.” “No, no me iré, me dijo, si antes no me da usted un beso.” Fuera de mí de cólera, insistí, con duras palabras para que se fuera, pero él sacando la espada me dijo: “si no me da usted un beso la mato.” Yo entonces me recargué en la pared, abrí los brazos y le dije: “pues máteme usted.” Cuando fue mi esposo, se reía recordando su atrevimiento y me decía, “ese día juré casarme contigo”. Bien entendido, metió tranquilamente su espada en la vaina y salió de allí, y yo más muerta que viva y temblando como una rama, en medio de mi fingido valor, espí por la ventana si se había ido y cuando lo vi alejarse, corrí a casa y conté a mis hermanas mi aventura, comprendiendo todas que el culpable era Romualdo.¹⁸⁸

Y al parecer, lo era, pues Fagoaga parecía realmente interesado en que Miramón lograse llevar a buen término su anhelada conquista; días antes de lo referido por Concha, Romualdo le había informado que su amigo estaba de vuelta en México, tal vez como un

¹⁸⁶ Acaecido el 11 de abril de 1855

¹⁸⁷ Tras la muerte de su padre, las hermanas Lombardo tuvieron que dejar su casa para trasladarse a una morada que fuera más de acuerdo con su nueva situación económica; al ser ésta de menor tamaño, alquilaron un entresuelo frente a la misma para poner en él la extensa biblioteca de don Francisco Lombardo. Lombardo, *op. cit.*, p. 62

¹⁸⁸ *Ibidem*, pp. 63-64

sondeo de las reacciones de la joven al escuchar la noticia. Poco después de esto — casualmente— fue que se presentó el teniente coronel en el entrapiso de las Lombardo.

Juan Álvarez

El día 1º de octubre de 1855, las calles de la ciudad de Cuernavaca fueron testigo de la entrada triunfal de Juan Álvarez al frente de su ejército; tres días más tarde, una junta de representantes lo nombró presidente interino de la República. El caudillo suriano formó su gabinete con personajes liberales de la talla de Melchor Ocampo, en la cartera de Relaciones Exteriores, Benito Juárez en la de Justicia, Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública, Guillermo Prieto en Hacienda, Ponciano Arriaga en Fomento, José Guadalupe Martínez en Gobernación y el general Comonfort en el ministerio de Guerra.

El presidente Álvarez trasladó su gobierno a la capital, donde permaneció poco tiempo pues al parecer no se encontraba “cómodo” con su nuevo cargo. El cacique prefería las tierras del sur y la vida que en ellas acostumbraba llevar. Además, las pugnas al interior del gabinete eran cada vez más evidentes: el más jacobino de los liberales, Melchor Ocampo, duraría menos de un mes en su ministerio debido a las diferencias que tuvo con el general Ignacio Comonfort, la primera de ellas debido a que, ante la preparación de la convocatoria del nuevo congreso, “Ocampo, de acuerdo con sus ideas insistió en privar al clero del voto. Comonfort se opuso a ello, pero acabó por ceder”.¹⁸⁹ Por otra parte, la conformación del mismo gabinete era otro punto de discusión; Jesús Reyes Heróles escribe:

Comonfort insistía en que en el Gabinete hubiese por mitad [liberales] puros y moderados. Ocampo se oponía a ello, por considerar “que toda coalición entorpece cuando no paraliza el movimiento”, “que el equilibrio es justamente una de las ideas opuestas a la de movimiento”. Dos técnicas de gobierno entran en conflicto: la contemporización, fundada en la idea del equilibrio, y el avance acelerado modificador de las realidades. Ante el temor de que

¹⁸⁹ *Historia General de México, op. cit.* p. 591

Comonfort pensara en establecer un gobierno en contraposición al de Álvarez, la pelea es perdida por Ocampo.¹⁹⁰

Los liberales *rojos* o *puros* que se habían unido a la lucha de los rebeldes de Ayutla más tarde serían parte del gobierno de Álvarez, en el cual se prescindió de los servicios de importantes personajes moderados como José María Lafragua. Comonfort, aunque también era parte de este último grupo, no fue excluido debido a su importancia en el desarrollo del movimiento.¹⁹¹ La fuerte crítica de los *puros* al liberalismo moderado era casi equivalente a la que hacían del conservadurismo.¹⁹² Ocampo opinaba de ellos que “en teoría [...] debían ser el eslabón que uniese a conservadores y radicales, pero en la práctica no eran más que ‘conservadores más despiertos’”. Para los *puros*, las reformas debían ser de fondo y hacerse de inmediato, mientras que para los moderados “nunca era tiempo de hacer reformas y cuando las intentaban lo hacían a medias e imperfectamente”.¹⁹³

Sin embargo, la fuerza radical dentro del gabinete poco a poco se apagaría; el 15 de noviembre también Guillermo Prieto presentó su renuncia al ministerio que le correspondía. Aunque cada vez eran menos los *puros*, no por ello dejaron de tener una actuación destacada dentro del gobierno de Álvarez; una de las acciones más importantes fue la promulgación, el 23 de noviembre, de la Ley de Administración de Justicia y Orgánica de los Tribunales de la Nación del Distrito y Territorios, mejor conocida como Ley Juárez, “que suprimía los tribunales especiales con excepción de los eclesiásticos y militares que, sin embargo cesarían de conocer de los negocios civiles y continuarían conociendo de los delitos comunes de individuos de su fuero, mientras se expidiera una ley que arreglara ese punto”.¹⁹⁴

¹⁹⁰ Jesús Reyes Heróles. *El liberalismo mexicano en pocas páginas. Caracterización y vigencia*. Selección de Adolfo Castañón y Otto Granados. México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, 1985. 480 p. (Lecturas mexicanas núm. 100), p. 218

¹⁹¹ Lo cual tendría graves consecuencias a la larga para el grupo radical.

¹⁹² Debemos recordar que entre los puntos más importantes del conservadurismo están el proteger a la religión católica y fortalecer el vínculo con el Vaticano, la abolición del sistema federal y de las elecciones populares, la creación de una nueva división territorial que facilitara la buena administración y por ende la organización de un ejército competente para la defensa y control del país.

¹⁹³ Villegas Revueltas, *op. cit.*, pp. 78-79

¹⁹⁴ *Historia General de México, op. cit.*, p. 592

Esta ley acarreó consigo graves consecuencias, debido a que las instituciones a las que se refería en particular —la Iglesia y el ejército— no quedarían conformes con la disposición gubernamental. Era la gota que pronto habría de derramar el vaso.

De paseo por Tacubaya

El otoño de 1855 fue para Miramón como un breve descanso en el camino que acababa de emprender: no imaginaba entonces lo que el destino le tenía deparado a la brevedad. La villa de Tacubaya, en ese entonces uno de los puntos de la provincia más visitados por los capitalinos, fue la plaza a la que fue asignado el regimiento del teniente coronel, en espera de las órdenes de sus superiores. Más que otra cosa, la casualidad le encontró de nuevo con Concepción: luego de que las tropas de la capital se hubieren adherido al Plan de Ayutla, las hermanas Lombardo habían decidido salir con destino a Tacubaya, afin de no correr ningún peligro debido a los continuos levantamientos que la caída de Santa Anna había propiciado en la ciudad de México. Alquilaron una casa en la cual permanecerían algún tiempo. Concha narra:

A los pocos meses de estar en Tacubaya, me encontraba una tarde sola en el jardín cortando unas violetas. Oigo el trote de un caballo, éste se detiene detrás de la reja, oigo que me dicen: “¡Señorita!”, alzo la cabeza y veo un oficial elegantemente vestido y montado en un hermoso caballo alazán. “¿Quién es usted?, le pregunté.” “¿Cómo, señorita, no me reconoce?, soy Miramón.” “¡Ah, Miramón!, ¿y cómo está usted aquí?” le dije, acercándome a la reja. “Estoy de guarnición en Tacubaya, me contestó, con mi regimiento, el 11°. Ligero.” “Lo celebro, le dije, ¿quiere usted entrar a saludar a mis hermanas?”. No tengo, señorita, a quien dejarle mi caballo, me voy, pero pronto volveré a hacer a usted una visita. Miramón había cambiado de aspecto, su bigote había crecido y le había cubierto su boca grande, su estancia en la capital había emblanquecido su cutis ennegrecido por el sol ardiente del sur y sus ojos parecían más hermosos y brillantes que la última vez que lo había visto.¹⁹⁵

¹⁹⁵ Lombardo, *op. cit.*, p. 68. Solo queremos aclarar con respecto a este pasaje que, a pesar de que Concha pone en labios de Miramón que éste se encontraba en Tacubaya con su regimiento, “el 11°. Ligero”, no fue sino hasta el mes de diciembre que el teniente coronel fue colocado en ese cuerpo, el cual, por cierto, no era un regimiento sino un batallón; el encuentro en Tacubaya debió haber transcurrido entre los meses de octubre y noviembre, puesto que a principios de diciembre Miramón salió de nuevo a campaña. Debemos volver a hacer énfasis en que las memorias de la viuda de

La reconstrucción que hizo Concepción Lombardo de esa breve, brevísima conversación, nos muestra a un Miramón que ha madurado por los avatares de la guerra, por la misma experiencia que en esos meses ha vivido. Es realmente imposible determinar hasta que punto estaba involucrado con los sucesos que día con día acontecían en el país aunque, como lo hemos mencionado ya, es posible que en ese lapso de tiempo —de octubre a noviembre de 1855— Miramón se haya dado un tiempo para otros asuntos que también eran importantes en su vida.

Parte del tiempo libre que tiene, lo emplea en salir con su amigo y cómplice Fagoaga, con el objeto de hacerse ver en la casa de sus pretendidas. Dos días más tarde del encuentro en el jardín, los amigos visitan a las Lombardo; Miramón, aunque frío y reservado hacia Concepción, “no había renunciado a sus pretensiones”,¹⁹⁶ por lo cual busca cualquier pretexto para estar cerca de ella. El joven militar se une al grupo de amistades de Concha en una excursión a una hacienda cercana, donde hace gala de la gallardía y caballeridad propias de un miembro del ejército:

[...] cuando nos metimos por un camino estrecho, formado por un lado de una pared bastante alta y del otro por una grande alberca o baño de caballos llena de agua, mi caballo se asustó y comenzó a mover las orejas y a pararse de manos, yo me detenía en la silla cuanto podía, pero por más esfuerzos que hacía veía que iba a caer al suelo. De un lado tenía yo el suelo, del otro el agua, ¿qué iba a ser de mí? Miramón con una prontitud increíble saltó de su caballo y me gritó: “Señorita, suelte usted el estribo, así lo hice, él se acercó a mí, me asió de la cintura y como una pluma de bajó del caballo. El animal sintiéndose libre echó a correr, y yo, pasado el susto tuve que volver en coche a Tacubaya.”¹⁹⁷

Las esperanzas del teniente coronel aumentaban, pese a continuas las negativas de la señorita Lombardo; negativas que Miramón tomaba como un “no” disfrazado de “sí”. Se daba el lujo de escribir a la pretendida e inclusive, en una ocasión, llegó a espiarla —por supuesto acompañado de Romualdo Fagoaga— mientras visitaba la casa de una familia

Miramón fueron escritas mucho tiempo después de los hechos en ellas referidos, por lo cual podemos entender que tengan ciertas imprecisiones.

¹⁹⁶ *Idem*

¹⁹⁷ *Ibidem*, p. 69

amiga. Miramón, molesto por los desplantes de Concepción, instó a Romualdo para esconderse y asustar a las hermanas Lombardo, rascando en la ventana una vez que ellas se habían retirado a descansar. Las jóvenes se alarmaron por los ruidos, pensando que algún intruso se había introducido en su propiedad, aunque lo único que encontrarían por rastro fueron algunas huellas cercanas a la ventana. Volvemos a la narración de Concepción Lombardo:

No fue sino años después, y estando ya viuda, que Romualdo me contó que coléricos él y Miramón porque no los habíamos recibido y porque habíamos ido a la casa de Mackintosh, se habían vengado de nosotras dándonos ese susto. Me contó que antes de hacer ruido en la puerta, habían estado oyendo nuestra conversación y que Miramón le había dicho: “Estas muchachas son serias y hay que casarnos con ellas.” Yo le pregunté a Romualdo porque no me lo había contado antes, y me contestó “porque di mi palabra de honor a Miramón de no contarle a usted, y sólo a Lupe consintió que se lo dijera”.¹⁹⁸

Miguel Miramón había fijado sus ojos en Concepción y no habría de descansar hasta hacerla su esposa. Sin embargo, esto no habría de suceder sino después de varios años.

La revolución de religión y fueros

A pocos días de haber sido promulgada, la Ley Juárez contaba ya con muchos detractores; la situación del gobierno distaba mucho de estar en calma. En esos meses se habían comenzado a perfilar —a decir de Silvestre Villegas Revueltas— los tres bandos en conflicto:

Uno de ellos, los conservadores, estaban dispuestos a recuperar el poder perdido a consecuencia de los excesos perpetrados por el régimen de Santa Anna. Veían en las reformas liberales, propuestas por puros o moderados, un ataque directo a sus creencias, doctrina e intereses. Comprendieron que la lucha que se antojaba inminente sería abierta y sin cuartel, no estaban dispuestos a ahorrar recurso alguno, sacrificándolo en alianzas y fidelidades. Llevaron a la práctica procedimientos que les eran comunes y que habían sido blanco de crítica por parte de los liberales. No estaban dispuestos a conceder;

¹⁹⁸ *Ibidem*, p. 71

para ellos era el momento del todo o nada. En esto se parecían a sus contrarios los “radicales”, quienes también intuyeron que las medidas a medias, las componendas y el espíritu conciliador chocarían ante la tozudez del partido de retroceso. Frente a este panorama, los llamados jacobinos propusieron la inminencia de los cambios revolucionarios que no contaban precisamente con un apoyo generalizado. En rigor ideológico, el ser excluyentes de las otras facciones resultaba un contrasentido del liberalismo adoptado, ya que una de las máximas teóricas es la democracia. Además de ninguna manera contaban con la fuerza militar necesaria para hacer prevalecer un programa legislativo y mucho menos un gobierno radical; y tampoco la tenían en el terreno de la opinión pública, a pesar de que esta quería un cambio en el país. Ella consideraba para finales de este año, que los moderados podrían salvar a la república de las inmoderadas posturas de conservadores y puros.¹⁹⁹

No tardaron en darse los primeros pronunciamientos en contra del gobierno; el dos de diciembre, Tomás Mejía y José Antonio Montes Velázquez, prefectos y comandantes militares de los distritos de Jalpan y Tolimán, respectivamente, proclamaron el Plan de Sierra Gorda, a través del cual pedían la destitución de Álvarez pues a su parecer el gobierno de la república estaba en manos de “una facción que, embustera, proclama la libertad” y “ataca nuestras creencias, nuestras garantías y nuestra independencia”; los rebeldes “no proclamaban a un hombre ni un sistema de gobierno determinado sistema de gobierno, pero que mientras se daba en el país una nueva constitución, pedían que rigiera la de 1824”.²⁰⁰ Pese a ser un levantamiento con tintes políticos plenamente conservadores, se había nombrado jefe del mismo al liberal José López Uruga.²⁰¹

Tan solo cinco días después, cuando no bien se acababa de saber de este movimiento ya se gestaba otro, ésta vez en Guanajuato: el gobernador del Estado, Manuel Doblado, junto con su subalterno el general Miguel María Echegaray, desconocieron a Juan Álvarez, al tiempo que proclamaban presidente interino a Comonfort. Luis Reed Torres reproduce parte de la proclama de Doblado en su obra *El general Tomás Mejía frente a la Doctrina Monroe*:

Desde que el voto popular puso en mis manos el gobierno del Estado, manifesté con actos bien explícitos que me proponía seguir una política de

¹⁹⁹ Villegas Revueltas, *op. cit.*, pp. 96-97

²⁰⁰ Reed Torres, *op. cit.*, p. 34

²⁰¹ Quien más tarde se unió al Imperio.

orden y moderación. El gobierno de Álvarez, atacando torpe y bruscamente a las clases e intereses más respetables de nuestra sociedad, demuestra cuán fundados eran mis temores y cuán ciertas mis predicciones. So pretexto de reformar al clero, pretenden introducir en la República un protestantismo tanto más peligroso cuánto más disfrazado se presenta, y se rompe el vínculo religioso, única potencia de unión que neutraliza los efectos de escisión y de anarquía que pululan por todas partes.²⁰²

Éstos pronunciamientos eran el pretexto perfecto para la Pantera del Sur: ansioso de regresar a su latifundio, harto de las responsabilidades que llevaba consigo la primera magistratura del país, don Juan Álvarez dejó el poder en manos del general Comonfort, — el candidato de los moderados— a quien nombró presidente sustituto, mientras él conservaba el interinato “en el exilio”. Un día antes de que Comonfort tomara posesión del cargo, como parte de los últimos despachos que Álvarez firmó, está la ratificación de Miramón como teniente coronel, y su colocación en el undécimo batallón de línea. El documento refiere:

[...] En cuya virtud la autoridad militar a quien tocare dará la orden conveniente para que sea reconocido y se ponga en posesión de este empleo, haciendo que se le guarden los fueros de Ordenanza y que sus subalternos obedezcan las órdenes que les diese del servicio por escrito y de palabra [...]

Con respecto al sueldo del joven militar, el despacho indica que:

[...] el jefe de Hacienda respectivo dará asimismo la [orden] suya para que previas las normas de sazón de razón de este despacho en la Contaduría mayor de revisión de cuentas y demás oficinas como está prevenido, se le forme el asiento del sueldo de ciento treinta y siete pesos cuatro reales, cuatro gramos, asignado por decreto del 31 de octubre último que gozará desde el día que tome posesión de su empleo [...]²⁰³

Miramón recibía su nuevo empleo al tiempo en que Comonfort, presidente sustituto de la República, formaba un gabinete moderado: Luis de la Rosa en Relaciones Exteriores, José María Lafragua en Gobernación, Manuel Payno en Hacienda, Ezequiel Montes en

²⁰² *Ibidem*, p. 36

²⁰³ CONDUMEX, fondo XXVIII-1, carpeta 1-1, legajo 86

Justicia, Manuel Siliceo en Fomento y José María Yáñez en Guerra. Una de las primeras disposiciones del nuevo ejecutivo fue mandar que se sofocase el pronunciamiento de la Sierra Gorda.²⁰⁴

Sin embargo, los brotes de rebeldía no cesarían con la llegada de los moderados al poder: el doce de diciembre —justo al día siguiente de la conformación del nuevo gabinete—, Francisco Ortega y García, cura de la población de Zacapoaxtla, Puebla y el teniente coronel del ejército Lorenzo Bulnes se levantaron en armas con un plan que sería apodado “de Religión y Fueros”. El documento es una franca confrontación a las medidas reformistas en torno a la Iglesia y la milicia, y a la “parodia de gobierno que tenemos, [que] solo se ocupa de remover empleados, sin cuidar de la seguridad de los pueblos”.²⁰⁵

Los pronunciados acusaban al gobierno de traicionar al propio plan del que emanó, el de Ayutla, porque:

[...] En lugar de garantías sociales ha producido la persecución de las dos clases más respetables de la sociedad, el clero y el ejército, sin tener presente que atacando al primero se destierra de una vez del suelo mexicano la poca moralidad que existe, y persiguiendo al segundo, hoy que el enemigo de nuestra nacionalidad lo tenemos en el seno de la República, sin duda perderemos nuestra independenciamiento que nuestros padres compraron con su sangre. En lugar de garantías individuales, sólo tenemos prisiones, destierros y confiscaciones; y en lugar de conservar nuestro territorio, se faculta al gobierno para poder vender, cuyas arbitrariedades no han podido sufrir ni aún los mismos que fueron caudillos de la revolución y se han separado. ¿En que hemos mejorado entonces? ¿No estos mismos hechos nos hizo sufrir la administración anterior? El Plan de Ayutla, por tanto, no ha servido más que de pretexto para el triunfo de un partido débil.²⁰⁶

Se desconoció entonces al gobierno, se adoptaron las Bases Orgánicas de 1836 mientras la nación se constituía de la manera que más le conviniese y se nombró a Lorenzo Bulnes jefe del movimiento en tanto otro jefe de más graduación aceptara dirigir la rebelión. El presidente Comonfort manda al ejército para que sofoque la rebelión. El 14 de

²⁰⁴ Mandó para ello al general Luis Ghilardi. Debemos anotar que Doblado, al obtener lo que quería —es decir, la renuncia de Álvarez— se puso a las órdenes del general Comonfort.

²⁰⁵ Islas, *op. cit.*, p. 48

²⁰⁶ *Idem*

diciembre de 1855, el teniente coronel Miguel Miramón marchó con el undécimo batallón de línea rumbo a Zacapoaxtla.

Capítulo 9

Miramón, el conservador

Celoso de su deber —pese a que consideramos muy posible que a éstas alturas ya dudara sobre qué era lo que más le convenía y que estuviese más acorde con su forma de pensar— Miguel Miramón partió rumbo a Puebla a combatir a los pronunciados, bajo las órdenes del coronel Rafael Benavides²⁰⁷, con una brigada de 420 hombres provenientes del undécimo de línea, parte de la caballería de Zacatlán y de otros cuerpos.²⁰⁸

Es posible que los acontecimientos políticos de los últimos días hayan puesto a meditar a Miramón: no sería el primero ni el último militar que pensara que su institución estaba en un grave riesgo y con ella, la misma nación, pues el ejército era el salvaguarda de la integridad y soberanía nacionales. Sin embargo, Miramón cumplía con su tarea que era, única y exclusivamente, obedecer. Luis Islas García narra que:

[...] ahora iba a marchas rápidas, por la sierra de Puebla, alternativamente helada o tórrida, según las alturas, a combatir a un grupo de hombres que en lo sustancial declaraban lo que él y sus compañeros oficiales habían pensado muchas veces. Llevaba también otra desilusión: el último presidente por el cual había combatido, abandonó a sus tropas: cada quien que se salvara como pudiera, que cada jefe encontrara su propio camino, que cada oficial peleara según su ingenio individual. Él había tenido la fortuna que muchos de sus compañeros no alcanzaron, pero, ¿qué vendría después, en esa o en ulteriores campañas, cuando la institución militar perdía su tradición y el soldado hasta su tribunal? Así los tiempos, siquiera como pura defensa era indispensable proceder de otra manera: dentro de las propias supremas convicciones, jugarse a cara o cruz fortuna o infortunio. Tenía valor, habilidad y juventud. La triste situación de su padre no quería verla repetida en su vida.²⁰⁹

Mientras tanto el movimiento iniciado en Zacapoaxtla era modificado, tras su adopción por militares de mayor jerarquía: el general Francisco Güitián y los coroneles

²⁰⁷ El tamaulipeco Rafael Benavides nació en 1829 en Soto La Marina. Ingresó al Colegio Militar en 1844; nombrado subteniente combatió a los norteamericanos en Cerro Gordo, Padierna y Molino del Rey. Peleó a favor del Plan de Ayutla; durante la guerra de Reforma militaría en las filas conservadoras y al presentarse la intervención francesa, la combatiría en Oaxaca, San Luis Potosí y Veracruz. Nombrado general de brigada, murió en la ciudad de México en 1912, luego de haber sido ministro de México en Alemania, hacia 1873. *Diccionario Porrúa...*, op. cit., vol. 1, pp. 415-416

²⁰⁸ Islas, op. cit., p. 51

²⁰⁹ *Ibidem*, p. 52

Luis Gonzaga Osollo²¹⁰ y Juan Olloqui firmaron el 19 de diciembre de 1855 este nuevo documento, en el cual se declara:

1.— Se ha falseado el objeto de la revolución [de Ayutla], haciendo que redunde a favor de algunos intereses particulares con perjuicio de los generales; 2.— Se desconoce al gobierno actual; 3.— Se proclaman las Bases Orgánicas juradas en junio de 1843 y por lo mismo comenzarán a regir inmediatamente en toda la República; 4.— Mientras se reúne el congreso en cumplimiento de lo prevenido por dichas Bases, se nombrará un presidente provisional ampliamente facultado para gobernar; 5.— La persona a quien se nombre como jefe para llevar a debido efecto el presente Plan, asistido de un consejo, compuesto de personas conocidas por su moralidad, talento y patriotismo, y que a la vez representen los intereses de todas las clases y localidades, sin distinción de partidos, procederá a la elección de un presidente provisional; 6.— El primer congreso que se reúna en virtud de lo prevenido por las Bases Orgánicas, queda ampliamente facultado para revisar dichas Bases y hacer en ellas las reformas que aseguren el progreso de la República y afirmen su independencia y nacionalidad; 7.— Los individuos que componen el actual gobierno, darán cuenta de sus actos ante el primer congreso que debe reunirse según el presente Plan.²¹¹

Diversos autores han coincidido en llamar a la rebelión de Zacapoaxtla “de Religión y Fueros”, y en mostrarla como una antítesis de la revolución que llevó a Álvarez a la presidencia; hemos visto en el documento anterior que más que estar en contra de los de Ayutla, se proclama contra el gobierno por considerar que ha traicionado al movimiento del que emanó. Por otra parte, pretendían “reclamar la vigencia de un orden jurídico frente a una dictadura personal”²¹² y convocar a un congreso que constituyese a la nación.

Por otra parte, se ha hablado de un movimiento “religioso” o “clerical”: paradójicamente, el obispado de Puebla se declaró neutral frente a los acontecimientos, e inclusive podríamos decir que se puso, cuando le convino, del lado del gobierno. El obispo Pelagio Antonio Labastida y Dávalos “comprendió que vincular la suerte de la Iglesia [...] al éxito de una asonada militar, era insensato, y que la verdadera conveniencia del clero

²¹⁰ Luis Gonzaga Osollo nació en la ciudad de México en 1828. A la edad de once años ingresó al Colegio Militar y combatió a los invasores estadounidenses en 1847. Fue miembro del partido conservador. Combatió a los de Ayutla al ser miembro del ejército; al triunfo de este movimiento, se incorpora a los rebeldes de Zacapoaxtla; al ser derrotados sale del país exiliándose en los Estados Unidos. Musacchio, *op. cit.*, tomo 3, p. 1424

²¹¹ Islas, *op. cit.*, p. 54

²¹² *Idem*

consistía en apoyar al débil, bondadoso y tímido estadista que ocupaba la presidencia”,²¹³ razón por la cual no dio su apoyo abierto a los de Zacapoaxtla. Sin embargo, el movimiento crecía día con día.

Las tropas del gobierno habían sido desplegadas hacia la zona del conflicto; la brigada del coronel Benavides —de la cual formaba parte el teniente coronel Miramón—se hallaba varada en algún punto del camino entre México y Zacapoaxtla cuando el general Ignacio de la Llave²¹⁴ llegó a dicha población a combatir a los pronunciados. De la Llave, quien había sido mandado expresamente por Comonfort para sofocar el movimiento, tuvo que regresar sin buenos resultados a la capital, ante la insubordinación de sus propias tropas. Éstas, al grito de “Viva la religión”²¹⁵ se unieron a los rebeldes.

El 25 de diciembre, Miramón se encontraba en el poblado de Tetlauqui,²¹⁶ próximo a Zacapoaxtla, en la sierra de Puebla. El viaje había rendido al coronel Benavides, quien aprovechó la pausa en el camino para tomar una siesta. Jamás imaginó lo que habría de suceder, lo que se tramaba a sus espaldas mientras se entregaba plácidamente al sueño reparador:

[...] a las dos de la mañana [...] interrumpió [su sueño] por voces que lo increpaban y brazos que lo detenían: eran Miramón y los oficiales de la brigada que escogían unirse a los pronunciados. Este toma el uniforme del coronel y la capa, levanta de inmediato a las tropas, monta a caballo, arenga a sus soldados y marcha con ellos ya como pronunciado, al pueblo de Zacapoaxtla. Por el camino se le unirán grupos dispersos del escuadrón de Zacatlán.²¹⁷

Tomada la decisión, ya no habría marcha atrás.

²¹³ Sierra, *op. cit.*, p. 192

²¹⁴ El general de brigada Ignacio de la Llave nació en Orizaba, Veracruz en 1818. Combatió contra los norteamericanos en el 47 y a favor de los de Ayutla en 1854. *Diccionario Porrúa...*, *op. cit.*, vol. 3, p. 2020

²¹⁵ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 12

²¹⁶ Luis Islas García señala que Miramón llegó a un pueblo que “los periódicos de la época señalan como Tetlauqui y que nosotros hemos localizado como el que los mapas actuales titulan Tlatlauquitepec”; empero, Domingo Ibarra da a dicha población el nombre de Tlatlanaqui. Ambos autores coinciden en que se encuentra en la sierra de Puebla. Islas, *op. cit.*, p. 55; Domingo Ibarra. *Episodios históricos militares que ocurrieron en la República Mexicana desde fines del año de 1838 hasta el de 1860, con excepción de los hechos de armas que hubo en tiempo de la invasión Norte-Americana*. México, Imprenta de Reyes Velasco, 1890. 312 p., p. 91

²¹⁷ Islas, *op. cit.*, pp. 55-56

La toma de Puebla

La rebelión cundía en toda la región. El año de 1856 tuvo un inicio difícil para el presidente Ignacio Comonfort, quien tras conocer el resultado desfavorable de la campaña del general de la Llave, mandó a su homólogo Severo del Castillo a terminar de una vez por todas con el brote rebelde.

Antonio de Haro y Tamariz, distinguido miembro del partido conservador y quien hubiere sido ministro en las presidencias de Vicente Canalizo, José Mariano Salas y en el último periodo de Santa Anna, era conducido rumbo a Veracruz luego de sentenciársele al destierro por conspirar contra el gobierno. Durante la travesía, Haro y Tamariz “logró escaparse en un lugar llamado Sal-si-puedes, y se incorporó a los militares pronunciados en Zacapoaxtla”,²¹⁸ los rebeldes lo nombraron primer jefe del movimiento por ser “persona muy influyente, en Puebla sobre todo”.²¹⁹

De aquel levantamiento inicial, que buscaba un militar de alta jerarquía que se dignase a llevar las riendas, poco quedaba. Los militares de carrera que se pronunciaban contra el gobierno eran cada día más. Agustín Rivera y Sanromán menciona que para el día cinco de enero ya se habían pronunciado por los de Zacapoaxtla —además del ya mencionado Haro y Tamariz—, los coroneles Leonardo Márquez, José María y Marcelino Cobos y Miguel Miramón, así como “primos, hermanos y vecinos de Tuxtla (estado de Veracruz)”.²²⁰ Unos días más tarde, el movimiento sería reforzado por más elementos.

El 12 de enero de 1856, en San Juan de los Llanos, el general Severo del Castillo se unió a los rebeldes con todo su ejército, que al parecer era de considerable número. Uno de los hermanos de Miramón, Joaquín —a la sazón teniente coronel del ejército— firmó junto al general Del Castillo el acta de adhesión.²²¹ Los pronunciados marcharon rumbo a la capital angelopolitana con el fin de tomarla; tras su llegada, “el día 17 emprenden el ataque y el 11 de línea, con su jefe [Miguel Miramón], logra perforar las defensas el 18. La lucha

²¹⁸ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 31

²¹⁹ *Ibidem*, p. 34

²²⁰ El padre Rivera se equivoca al incluir a Miramón en el grado de “coronel”, pues era todavía teniente coronel. Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 12

²²¹ Islas, *op. cit.*, p. 59

se prolonga algunos días hasta que por fin el 23 en la madrugada evacua la ciudad el gobierno”.²²²

La toma de Puebla fue un golpe terrible para el presidente Comonfort quien, al ver la necesidad de sofocar el movimiento de inmediato, decidió, a fin de evitar más desertiones, ir él mismo al frente de las tropas. El primer mandatario salió de la capital del país con todos los pertrechos de guerra que pudo conseguir, además de un elevado número de efectivos.

Haro y Tamariz cometió el error de no avanzar sobre la ciudad de México; prefirió permanecer con sus hombres en las cercanías de Puebla, para luego ordenar la movilización hacia Tlaxcala. Ahí, en un lugar llamado Ocotlán, posiblemente esperando una concentración mayor de tropas, fue encontrado por el general presidente, con un ejército de cerca de trece mil soldados y cuarenta cañones. Luis Islas García narra sobre Haro y Tamariz que:

[...] llegan a tres mil quinientos sus hombres y sus piezas de artillería, considerando los más abultados números, suman dos docenas. Con el valor personal se trata de suplir la deprimente inferioridad y otra vez el 11 de línea con su jefe Miramón vuelve a combatir impetuosamente, cuesta arriba del cerro de Ocotlán, para desalojar de allí a los adversarios. Logra subir a sesenta pasos de la artillería, es rechazado y después alcanza a ocupar la posición, que era la principal del enemigo. Ahora falta solo voltear los cañones aprovechando el desorden provocado por el avance de la loma de Montero, y con ellos desde lo alto barrer las columnas que ocupan la planicie en una inmensa distancia. Si esto no se logra, los pronunciados no podrán resistir la superioridad numérica. Han sido dos horas y media de combate encarnizado [...]²²³

Los hombres peleaban valientemente, cuerpo a cuerpo, cuando de pronto el fuego cesó. Eran las diez y media de la mañana al acercarse los hombres que dirigían la batalla, afín de conferenciar. Sin saber si la batalla continuará, las tropas esperan. No se sabe con certeza qué sucedió en dicha conferencia, a la sombra de un pirú, pero Haro y Tamariz regresó con sus tropas a las tres de la tarde para ordenar “enganchar los cañones, recoger y

²²² *Idem*

²²³ Islas, *op. cit.*, p. 61

formar las tropas, desfilar frente a un enemigo que los mira con expectación”.²²⁴ El biógrafo de Miramón, Carlos Sánchez Navarro, relata:

Concluida la conferencia entre Haro, por los conservadores, y el presidente Comonfort, por el gobierno, según lo convenido, los conservadores se retiraron para Puebla, pero fue grande su asombro al encontrar que el puente estaba ocupado por las tropas del gobierno. Entonces Miramón, a la cabeza de la vanguardia, con admirable arrojo forzó el paso, y Comonfort, que esperaba este hecho para pretextar un nuevo rompimiento de las hostilidades, marchó sobre la ciudad de Puebla, comenzando a sitiar la plaza.²²⁵

Las posibilidades de éxito de los pronunciados eran pocas puesto que, pese a haber acudido a la batalla de Ocotlán lo más selecto de la milicia,²²⁶ dejaron en el campo de batalla varios cientos de muertos y, al encerrarse en la ciudad de los ángeles, sería muy difícil obtener víveres, refuerzos y pertrechos de guerra. Algunos días duró el sitio donde se peleó el terreno palmo a palmo y casa a casa; el asedio del gobierno a los rebeldes era cada vez mayor, al extremo de cortar, como era natural, el agua y los víveres a la ciudad de Puebla.

La sangre corrió por las calles, edificios y conventos de la ciudad, donde los pronunciados, en un número irrisoriamente menor, pelearon contra los hombres que luchaban por el gobierno. El teniente coronel Miramón defendía el convento de Santa Inés cuando los sitiadores lograron entrar a la iglesia del mismo:

Miramón vióse obligado a retirarse hasta el coro, defendiendo escalón por escalón de los que conducían hasta donde sus tropas se habían atrincherado. En el combate había acabado la provisión de cartuchos de que disponía; tuvo que tomar dos pistolas de sus ayudantes y con ellas hacer frente a sus enemigos.²²⁷

²²⁴ *Ibidem*, p. 62

²²⁵ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 38

²²⁶ Agustín Rivera y Sanromán señala que “del lado de Comonfort [pelearon] los generales Villarreal, Parrodi, Zuloaga, Frías, Ávalos, Ghilardi, Traconis, Doblado, Moret y Portilla; en el campo reaccionario, Haro y Tamariz, Díaz de la Vega, Oronoz, Solís, Miramón, Osollo, Aljobin, Echeverría, Bastos Gullén y Olloqui.” Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 13

²²⁷ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 38

La ciudad cayó completamente en manos de las fuerzas de Comonfort el 22 de marzo de 1856, día en que se firmó la capitulación por parte del general Carlos Oronoz, quien quedó al frente de las tropas pronunciadas puesto que Haro y Tamariz se había ocultado al ver la situación perdida. Vino entonces la acción del gobierno que pretendía borrar de una vez por todas cualquier intento de rebelión: Comonfort, que sabía que con la toma de Puebla se “sofocó, pero no extinguió, el espíritu reaccionario”,²²⁸ decretó el 27 de abril de 1856 que se “degradaba a todos los oficiales capitulados, ofreciéndoseles la posibilidad de servir en el ejército como soldados rasos y se les permitía escoger, como mal menor, el destierro”.²²⁹

Algunos de los principales corifeos del movimiento de Zacapoaxtla lograron escapar, como fue el caso de Haro y Tamariz, Osollo y Márquez;²³⁰ otros más se escondieron mientras las cosas se calmaban. Miguel Miramón no corrió con la misma suerte pues, pese a la afirmación de Carlos Sánchez Navarro sobre que “había permanecido oculto después de la capitulación pues no quiso firmarla”,²³¹ tenemos la certeza de que había sido hecho prisionero por las tropas del gobierno, tal y como consta en una carta que el teniente coronel dirigió a Comonfort el día 19 de mayo de 1856. En dicho documento, Miramón expresa su deseo de acogerse al decreto expedido por el presidente el 27 de abril, por lo cual:

[...] habiendo manifestado el Comandante General de este Estado, que solo Vuestra Excelencia puede mandarme poner en libertad por estar preso de orden suprema. A Vuestra Excelencia suplico con encarecimiento se digne ordenar así a fin de poder ocurrir a esa capital a recibir la licencia absoluta y pasaporte para fuera de la República de que hablan las citadas disposiciones.²³²

Es interesante que, tras haber sido aprehendido y conducido a la fortaleza de Loreto, tardase casi dos meses en acogerse al decreto del presidente. Posiblemente prefería la

²²⁸ Ignacio Comonfort. *Manifiesto del gobierno a la Nación*. México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1857. 118 p. [Edición facsimilar publicada por Guillermo Ramírez Hernández, México, Edición del mismo, 1980]

²²⁹ Islas, *op. cit.*, p. 63

²³⁰ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 13

²³¹ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 39

²³² CONDUMEX, fondo XXVIII-1, carpeta 1-1, legajo 51

prisión a tener que aceptar el servicio en el ejército como soldado raso o, en su defecto, dejar la patria por la que había luchado. Su orgullo militar le impedía la primera opción, pero posiblemente el encarcelamiento le hizo considerar la segunda, con el fin de conseguir su libertad. A final de cuentas, una vez libre tendría una gran posibilidad de evadirse. El Ministerio de Guerra y Marina expidió, el 24 de mayo, el pasaporte solicitado por el entonces llamado “ex-teniente coronel Miramón”.²³³ Una vez fuera de la cárcel, y como un civil más, logró esconderse en la ciudad de México.

Contra el clero

Sofocado el levantamiento, Ignacio Comonfort regresó a la capital a continuar con su labor; como una consecuencia más de la rebelión de Zacapoaxtla, el presidente había ordenado se confiscaran los bienes del obispado de Puebla para sufragar, con su venta, los gastos de la guerra, como castigo por su apoyo a los pronunciados. En su sermón, Pelagio Antonio Labastida y Dávalos protestó por la acción, sin calcular que sus palabras llegarían a oídos del gobierno, que ordenó su expatriación el 12 de mayo. Con ello, el presidente Comonfort comenzaba a poner límites al clero, cada vez más inconforme y que llegó incluso a fomentar las revueltas en contra del orden que, “si bien resultaron poco importantes y en general fracasaron, eran síntoma de malestar y revelaban el inmenso trabajo que el gobierno tenía que llevar a cabo para cimentar la paz”.²³⁴

El Congreso Constituyente, que había comenzado a trabajar el 14 de febrero, comenzó a tomar medidas en contra de la actitud de la Iglesia: en abril se derogó el decreto santannista que restableció “la coacción civil para el cumplimiento de los votos monásticos”,²³⁵ el cinco de junio se decretó la extinción de la compañía de Jesús y, once días después, se leyó en el Congreso el proyecto de la nueva constitución, donde uno de los puntos más polémicos del día fue el artículo 15, que decía:

²³³ CONDUMEX, fondo XXVIII-1, carpeta 1-1, legajo 52

²³⁴ *Historia General de México...*, op. cit., p. 595

²³⁵ *Idem*

No se expedirá en la República ninguna ley ni orden de autoridad que prohíba o impida el ejercicio de ningún culto religioso; pero habiendo sido la religión exclusiva del pueblo mexicano la católica, apostólica, romana, el Congreso de la Unión cuidará, por medio de leyes justas y prudentes, de protegerla en cuanto no se perjudiquen los intereses del pueblo ni los derechos de la soberanía nacional.²³⁶

La prensa hizo revuelo del proyecto de artículo y, por supuesto, el clero se inconformó por el mismo, puesto que se defendía, en efecto, la religión católica, pero prácticamente se permitía la existencia de otros cultos. A pesar de todos los esfuerzos hechos por los diputados liberales para su aprobación en el pleno, el artículo 15 fue votado en contra por la mayoría.

Empero, el verdadero revuelo lo causó la ley redactada once días después por el ministro de Hacienda, Miguel Lerdo de Tejada, donde se desamortizaban los bienes del clero. La Ley Lerdo —como fue conocida— provocó:

[...] asonadas, motines y conspiraciones de los reaccionarios, viéndose el gobierno en la necesidad de concentrar parte de su atención en vigilar las maniobras de éstos y en emplear medidas represivas en contra de las personas complicadas en tales atentados. A esa vigilancia se debió el que se sorprendiera en la ciudad de México una conspiración en la iglesia de la Profesa; los principales conspiradores fueron desterrados, otros reducidos a prisión.²³⁷

Los rumores de conspiraciones llevaron al gobierno a tomar decisiones drásticas: en septiembre, el convento de San Francisco de la ciudad de México fue suprimido y nacionalizados sus bienes, además de que se abrió, a través de éste, una calle a la que Comonfort nombró “de la Independencia”,²³⁸ por creerse que en su interior se fraguaba otra rebelión en contra del orden establecido. La situación volvía a ponerse tensa.

La Ley Lerdo fue incluso más polémica que la Juárez, puesto que no sólo afectaba directamente a la Iglesia en cuanto a sus propiedades, sino que también perjudicaba a los pueblos, puesto que en muchos casos sus tierras se encontraban en las inmediaciones —o

²³⁶ Rivera y Sanromán, *op.cit.*, p. 15

²³⁷ *Historia General de México...*, *op. cit.*, pp. 595-596

²³⁸ Actualmente “calle del 16 de septiembre”.

dentro— de las propiedades eclesiásticas. Los movimientos en contra del gobierno no se hacen esperar; el primero surgiría en la Sierra Gorda de Querétaro y sería encabezado por el general Tomás Mejía a principios de octubre. Este general puso de manifiesto que su móvil para levantarse era:

[...] el noble enojo que debe entusiasmar a todo hombre honrado al ver su religión santa conculcada, perseguidos sus ministros y destruidos sus templos; al ver que la fortuna del hombre laborioso, del ciudadano trabajador, iban a ser arrebatados por aquellos que no aspiran más que a la disolución, al desorden y rapiña [...] ²³⁹

Días después se verificó otro levantamiento, iniciado por Juan Vicario en el distrito de Cuernavaca, al grito también de “religión y fueros”,²⁴⁰ sin embargo, el movimiento más importante se daría, una vez más, en la ciudad de Puebla, el 20 de octubre de 1856. Miramón, quien recordaremos había permanecido oculto, había salido de su escondite.

²³⁹ Reed Torres, *op. cit.*, p. 42

²⁴⁰ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 17

Capítulo 10

El arte del cuartelazo

A pesar de las ideas moderadas de Ignacio Comonfort, la creciente presión del clero y los conservadores ante las medidas tomadas por el gobierno le hicieron acercarse a los puros. Empero, los focos de rebeldía crecían en todo el territorio. A los levantamientos de Mejía y Vicario siguió uno más en la ciudad de Puebla, ésta vez a cargo de Miguel Miramón y Joaquín Orihuela.

Hay tantas versiones sobre este hecho como autores que han escrito sobre el mismo; por supuesto, hay coincidencias y disparidades, más aún cuando se ha pretendido asignar en un lugar preponderante a uno u otro de los protagonistas. Luis Islas García ha expuesto ya en su obra algunas de las interpretaciones del suceso; creemos necesario retomarlas, así como agregar otras más. El mismo biógrafo señala que la versión de Carlos Sánchez Navarro y Peón es la más ingenua de todas, porque no sólo denota su poco conocimiento del carácter de un soldado que está de guardia en un punto, sino que además pretende “darle un prestigio mítico al apellido de un teniente coronel vencido, degradado y prófugo”,²⁴¹ por supuesto refiriéndose a Miramón. La mencionada versión es la siguiente:

Sucedió que la noche del 24 de octubre de 1856 se presentó [Miramón] acompañado del valiente Leónides de Campo a las puertas de la Comandancia de la plaza. El oficial de guardia, al ver que se acercaban dos embozados, dio el “¿quién vive?”, y éstos respondieron estentóreamente: “Miramón”, y abalanzándose sobre el oficial lo encerraron por la fuerza en el garitón de la entrada, desarmándolo. Fue tan rápida la escena que los centinelas no tuvieron tiempo de reaccionar.²⁴²

Coincidimos plenamente con Islas García al rechazar enfáticamente que los centinelas pudieran, como él lo asegura, quedarse anonadados al ver cómo su compañero era prendido por dos desconocidos; además, Sánchez Navarro señala que esto sucedió el 24

²⁴¹ Islas, *op. cit.*, p. 67

²⁴² Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 39

de octubre, cuando casi todos los autores ubican este suceso en la madrugada del día 20 del mismo mes.

Por su parte, Antonio Carrión en su *Historia de Puebla*, señala que:

Propuestos a dar el golpe la noche del 19 de octubre, contaron [Miramón y compañía] con el acuerdo del capitán 2º. de línea Leónides de Campo que estaba en la guardia del Palacio. A la hora convenida empezaron a salir de las casas en que se encontraban dichos jefes, disfrazados unos y con sus uniformes otros en dirección a las calles adyacentes a la plaza; desgraciadamente un grupo en el que iban don Miguel Miramón, don Francisco A. Vélez, don José y don Santiago Montesinos fue encontrado en la esquina de la calle del Mesón de Santa Teresa y Santa Clara por el jefe de día que lo era el coronel don Pascual Miranda, quien acercándose a dicho grupo preguntó a don José Montesinos que iba con levita militar:

—¿Quiénes son esos hombres?

—Son —contestó Montesinos sin titubear— unos borrachos que estaban escandalizando en un baile.

—Pues lléveselos usted al Principal y yo iré después a disponer.

—Muy bien —respondió Montesinos y el grupo siguió su marcha.²⁴³

El autor comenta que a la una de la mañana Miguel Miramón, Francisco A. Vélez²⁴⁴ y Leónides de Campo llegaron al Palacio de Puebla; el último ordenó al comandante de la guardia que custodiaba el lugar que recibiera a los presos, de orden del general José María García Conde, a la sazón comandante de la plaza; el oficial que los recibió, subteniente Donaciano Martínez, informó a De Campo que todo estaba ocupado y que en el piso de arriba tenía otro preso —de nombre Luis G. Reyes— a quien le habían ordenado mantener solo. Entonces —señala Carrión— Leónides de Campo ordenó al subteniente Martínez conducir a Miramón a la planta alta del edificio:

Martínez en la confianza que el otro preso quedaba con el mismo Campos [*sic*], subió llevando adelante a Miramón, abrió la pieza donde estaba don Luis G. Reyes preso, y en ese mismo momento Miramón sacando una pistola la amartilló y afianzando por el cuello a don Donaciano Martínez, le dijo en tono resuelto:

—Entrégueme usted el santo; vea usted quién soy.

²⁴³ *Ibidem*, p. 69

²⁴⁴ De quien hemos hablado ya en los capítulos referentes a la caída de Querétaro en 1867, como uno de los que tomaron la plaza tras la traición de Miguel López.

— ¿Quién? —preguntó don Donaciano ya sorprendido, pues no conocía a su interlocutor.

— ¡Miramón!— contestó éste, lacónicamente, sin soltar del pescuezo a su interrogante, y como si el nombre de su agresor tuviera una influencia magnética, don Donaciano sacó el papelito del santo que llevaba en la bolsa del pantalón y se lo entregó a Miramón que lo afianzó, y sin descuidarse de don Donaciano bajó precipitadamente la escalera.²⁴⁵

Islas García califica este relato como “puntual y verosímil”,²⁴⁶ en lo cual estamos de acuerdo si exceptuamos un detalle: el miedo que según Carrión invade al subteniente Donaciano Martínez al solo escuchar el apellido de nuestro biografiado, nos hace pensar que esa “influencia magnética” que el autor le confiere a éste le fue de ayuda para conseguir sus fines; si bien Miramón era un militar de innegable arrojo y valentía, como había demostrado desde 1847, creemos un poco exagerado el pensar que un subteniente del ejército pudiese dar “el santo y la seña” por solo escuchar quién era su interlocutor. Es más probable —e incluso más justo para alguien con un carácter como el de Miramón— creer que hizo uso de la fuerza para obligar a otro militar, tan celoso de su deber como él mismo, a dar la señal requerida para completar sus fines.

El mismo Islas recoge lo escrito por Francisco del Paso y Troncoso, en su *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, donde se refuerza lo narrado por Carrión; importante es señalar que Troncoso utilizó para su obra la versión de José Montesinos:

Pepe Montesinos, con su hermano Santiago, también oficial, fue de los encargados del arriesgado acto de hacer prisionero en Palacio al Comandante Militar, acompañando a los coroneles Miramón y Vélez que dirigían el movimiento; los hermanos Montesinos no tenían más armas, cada uno, que una gran pistola de un tiro. Después de media noche, habiéndose apoderado de la guardia de Palacio dichos jefes, y mientras que Miramón iba atrevidamente a sacar a un batallón de su cuartel, y que Vélez quedaba con la guardia y otras pequeñas partidas, mandan a Pepe y a Santiago Montesinos a que apresen en los altos al general García Conde; suben éstos y penetran hasta la habitación de este Comandante Militar, que estaba durmiendo; despierta azorado y se encuentra bajo el riesgo de recibir el tiro de cada uno de los pistolones; lo

²⁴⁵ Islas, *op. cit.*, pp. 69-70

²⁴⁶ *Idem*

arrinconan en la pieza y al poco rato suben Vélez y Miramón a obligarlo “que ordenara la entrega de la guarnición de la plaza”.²⁴⁷

El biógrafo de Miramón, Carlos González Montesinos —descendiente del entonces capitán José Montesinos, a quien debemos recordar como alumno del Colegio Militar y amigo de nuestro personaje— a su vez hace un breve señalamiento al respecto:

Después de tomar parte en numerosos combates en los que se destaca su valentía y decisión, en un golpe de audacia temerario y ya como teniente coronel, [Miramón] ocupa la ciudad de Puebla al lograr que se le sume su guarnición solo con la ayuda del mayor Francisco Vélez, de Leónides del Campo y de los capitanes Santiago y José Montesinos, en 1856.²⁴⁸

La narración de Domingo Ibarra en sus *Episodios históricos militares desde fines del año 1838 hasta 1860*, recogida por Concepción Lombardo en sus memorias, es muy parecida a las de Carrión y Troncoso, solo que a diferencia de ésta última, señala a Leónides de Campo como el personaje que apresó al general García Conde. Dice así:

[...] el capitán [Leónides] Campos, que se había quedado abajo, [mientras Miramón subió con el centinela a cargo] puso sobre las armas a la guardia y se hace de ella haciéndole creer que obraba de orden del comandante general. Realizado este primer paso y a la señal dada ocurrieron los oficiales que estaban comprometidos [en dicha conspiración], en número considerable, y que se hallaban ocultos a las inmediaciones del palacio, y entonces la tropa obró en sentido de la revolución y campos puso preso al comandante general don José María García Conde. Después de esto, el mismo Campos y Miramón, con una parte de la tropa que habían sorprendido, se dirigieron al cuartel de artillería. El oficial de guardia estaba de acuerdo y dio entrada a los conspiradores, los cuales hicieron preso al comandante de dicha arma, y se apoderaron de los cañones, parque, municiones, y demás pertrechos de guerra, condujeron las piezas a las bocacalles de la ciudad, las pusieron como para hacer fuego, es decir, en batería, creció el número de los aliados para la revolución y acudieron muchos hombres del pueblo. En la fortaleza del cerro de Loreto, los sargentos del Batallón de Cazadores sedujeron a la tropa y se adhirió al pronunciamiento desconociendo al comandante del punto y entregando éste al general [Joaquín] Orihuela, quien mandó que se hiciera un

²⁴⁷ *Ibidem*, p. 71

²⁴⁸ González Montesinos, *op. cit.*, p. 10

tiro de cañón, en señal de aviso a sus correligionarios, de que aquello estaba terminado a su favor.²⁴⁹

Por último, las versiones de Rivera y Sanromán y de la señora Esperanza de Campo, hija de Leónides de Campo²⁵⁰ son un tanto más fantasiosas que las otras: en el primer caso, nos parece que Miramón, Vélez y Orihuela no hubiesen podido, *por sí solos*, sorprender al comandante militar, jefes y oficiales de la guarnición de Puebla, para ponerlos “presos a todos”²⁵¹ y posteriormente tomar la ciudad. Por otra parte, como hemos visto, el general Orihuela no participó en la captura del comandante militar.

En el caso de Esperanza de Campo, adjudica a su padre un papel protagónico —para ella en todo lo sucedido sólo participaron su padre y Miguel Miramón—, incluso al extremo de hacerlo salvador de su compañero de cuartelazo, tras de lo cual “salió a arengar a la tropa tomando Palacio”, para más adelante correr “a la torre de catedral para dar la orden de que se repicaran las campanas que era la señal para que los suyos acudieran a las órdenes de Miramón”.²⁵² No sabemos cuánto hay de cierto en esta anécdota aunque, al parecer, la señora De Campo pasó por alto —como clara muestra de amor filial— la participación de otros muchos oficiales. Debemos recordar que los cuartelazos no se daban de la noche a la mañana: eran obra de una conspiración bien planeada.

La respuesta del gobierno

No tardó Comonfort en enviar un ejército de más de cuatro mil hombres a sofocar el movimiento de Orihuela y Miramón; los rebeldes, incapaces de movilizarse sobre la ciudad de México debido a la falta de tropas, parque y pertrechos de guerra, se atrincheraron en las calles y plazas de Puebla, donde esperaron la llegada de sus enemigos; tras la emisión de

²⁴⁹ Lombardo, *op. cit.*, p. 79

²⁵⁰ En su vejez, la señora Esperanza de Campo escribió a su nieto, el abogado Germán Fernández del Castillo, una carta en la cual narra los sucesos según su propio padre se los había relatado alguna vez. El señor Fernández del Castillo fue amigo del biógrafo de Miramón, Carlos Sánchez Navarro, quien en el apéndice de su obra anexa parte de dicha carta.

²⁵¹ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 17

²⁵² Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 230

un salvoconducto, se permitió la salida, con honores, del general García Conde y de aquellos que no quisiesen sumarse al movimiento.²⁵³

La población de la ciudad acogió con beneplácito a los pronunciados: Carlos Sánchez Navarro cita en su obra parte de un himno popular que se cantaba en las calles, en esos días aciagos para los poblanos:

Viva, viva el valiente Orihuela
Su segundo Miguel Miramón,
Mueran, mueran, los “puros” malditos
Y que viva nuestra religión.²⁵⁴

El 25 de octubre de 1856 llegaron a la capital angelopolitana las tropas del gobierno, al mando del general Tomás Moreno y su segundo, el también general José María González de Mendoza,²⁵⁵ quienes se encontraron con un ambiente hostil: entre los “vivas” a la religión y a los jefes rebeldes, y los “mueras” a Comonfort y los puros, varios clérigos se paseaban con una bandera —que Islas García señala como blanca²⁵⁶ y Sánchez Navarro como negra— que tiene una cruz bordada en el centro y con la leyenda impresa “Religión o Muerte”.²⁵⁷

Pese a su inferioridad numérica, los sitiados pelearon con valor ante un enemigo fuerte y organizado; Sánchez Navarro afirma que:

Al ser acometida una de las primeras trincheras, la bandera nacional que ahí flotaba cayó de su asta hecha pedazos por las balas de los gobiernistas. Miramón, que defendía ese punto, ordenó fuera nuevamente izada, pero por la lluvia de plomo que lanzaban los contrarios, el oficial que recibió la orden titubeó en cumplirla. Entonces Miramón, sin esperar a que recogieran la enseña tricolor, subió personalmente a lo alto de la trinchera, junto al mástil, dando el pecho al enemigo, y ordenó que se la entregaran. Varios minutos pasaron en esta escena y Miramón permanecía como petrificado ante el adversario, hasta que alguien se atrevió a llegar a sus pies y le dio el pabellón

²⁵³ *Ibidem*, p. 40

²⁵⁴ *Idem*

²⁵⁵ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, 18

²⁵⁶ Islas, *op. cit.*, p. 72

²⁵⁷ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 41. Concepción Lombardo señala que era roja con una cruz negra, y que la inscripción decía “Soldados valientes. Religión o muerte” y que, “quemada por la pólvora y agujerada por las balas” la conservaba ella como reliquia. Lombardo, *op. cit.*, p. 80

nacional, el cual colocó el joven coronel en su asta; acto de bravura que electrizó a sus compañeros y tuvo la virtud de hacer que se redoblara la furia con que peleaban en la defensa de la ciudad de Puebla, que era en aquel entonces baluarte de los fueros de la religión y de la tradición.²⁵⁸

La lucha en las calles fue más encarnizada aún que la que se había vivido meses atrás; los treinta cañones del general Moreno hicieron pedazos gran parte de los edificios, de los que no quedaron “más que ruinas y escombros”.²⁵⁹ Por otra parte, ante la acometida gubernamental las autoridades eclesiásticas poblanas decidieron dejar de brindar su apoyo a los rebeldes, cuya situación, luego de tantos días de sitio, estaba prácticamente perdida.

Mientras las fuerzas del gobierno iban en aumento, los pronunciados se veían en apuros por la falta de agua y víveres, además de que caían tantos hombres que era imposible sustituirlos. A fines del mes de noviembre, Luis G. Osollo se pronunció en los Llanos de Apam, con el objetivo de formar una fuerza considerable que ayudase a los sitiados en su desesperada situación. Sin embargo, no llegarían tales refuerzos.

Agotados los pronunciados, con la moral de la tropa prácticamente por los suelos, fue que cayó la plaza de Puebla en poder del general Tomás Moreno el 3 de diciembre de 1856, luego de cuarenta días de sitio.

La huída

El encargado de capitular fue el coronel José Mariano Fernández,²⁶⁰ puesto que el general Joaquín Orihuela se ocultó en la ciudad al verse vencido. El teniente coronel Miguel Miramón no planeaba correr con la misma suerte que la vez anterior, por lo cual también permaneció oculto, al parecer mientras planeaba la manera de evadir a las tropas del gobierno.

En el número 4 de la calle de los Infantes fue escondido Miramón; la casa era propiedad de su amigo el coronel Luis Reyes, cuya familia dio alojamiento al jefe rebelde

²⁵⁸ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 41

²⁵⁹ Islas, *op. cit.*, p. 73

²⁶⁰ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 18

por sólo unos días. Eran momentos difíciles para los pronunciados puesto que sus enemigos no cesarían de buscarles hasta aprehenderles. Carlos Sánchez Navarro relata que:

El liberal Leandro Valle, militar de las fuerzas del Gobierno y antiguo compañero de Miramón, sabiendo que éste se hallaba en la dicha casa, se presentó en ella y pidió a la dueña ver a su colega. Pero la señora, temerosa, negó que el militar conservador se hallase en su casa.

Miramón, que estaba en una pieza contigua y que reconoció la voz de su camarada de colegio, abriendo de improviso la puerta, salió a abrazarlo. Ambos, caballeros al fin, se estrecharon en cordial abrazo y Leandro Valle reclamó a la señora Reyes que hubiera tenido desconfianza de él y hubiera creído que podía delatar a su entrañable amigo.²⁶¹

En efecto, Leandro Valle no delató a quien se hacía llamar “su hermano”, por lo que éste salió de la ciudad de Puebla para continuar su lucha. En este punto los biógrafos de Miramón no se ponen de acuerdo, puesto que mientras que uno afirma que Miramón y Orihuela huyeron juntos, el otro sostiene lo contrario. Sánchez Navarro apunta:

Joaquín Orihuela y Miguel Miramón, después de permanecer ocultos en la ciudad de Puebla, salieron con la firme resolución de unirse a las fuerzas que mandaban don Luis G. Osollo y otros jefes conservadores por la región de los llanos de Apam. Desgraciadamente, al pasar por el pueblo de San Andrés, fueron hechos prisioneros por tropas del guerrillero [Manuel García] Pueblita y conducidos a Piedras Negras [Guerrero].

Orihuela fue implacablemente fusilado. Miramón, que se encontró entre la gente del pueblo a dos de sus viejos subordinados en el Batallón de California, pudo huir la misma noche que estaba en capilla.²⁶²

Luis Islas García, por su parte, señala:

Al sucumbir la ciudad, entre los que escaparon para no firmar ninguna capitulación y también porque ya eran demasiado conocidos como valientes, se encuentran el jefe del pronunciamiento, general Joaquín Orihuela y Miguel Miramón. El primero sería aprisionado pocos días más tarde y fusilado en San Andrés Chalchicomula. Quizá pensaba escapar por Veracruz.

El segundo inicia una cabalgata totalmente opuesta, al frente de menos de una centena de hombres entre los que se debe contar al mismo Francisco A. Vélez

²⁶¹ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 42

²⁶² *Idem*

de la hazaña de Puebla y a otro militar que lo acompañará en diversas fortunas: [Manuel] Ramírez de Arellano. Recorren la distancia que separa a Puebla de Toluca, siempre escasos de provisiones, de numerario, de armamento y para mejorar la situación, ocurresele al audacísimo jefe sorprender mediante otro golpe de mano la capital del Estado de México. Con dos amigos al lado y apoyado por parte de su tropilla que desmonta frente al cuartel, se apodera de los efectivos allí concentrados.²⁶³

La versión de Sánchez Navarro parece estar basada, casi literalmente, en la de Domingo Ibarra en sus *Episodios*; empero, el segundo autor señala que fueron aprehendidos en las cercanías del pueblo de Atlayautepec por el general García Pueblita y de ahí conducidos a Piedras Negras, en el actual estado de Guerrero, donde se les iba a fusilar. Indica, a su vez, que tres días después Orihuela fue fusilado allí mismo y que Miramón se escapó.

Hay varios puntos que debemos destacar con respecto a lo escrito por Sánchez Navarro: en primer lugar, reproduce casi en su totalidad —luego de cambiar una que otra palabra— el párrafo de Ibarra, aunque sitúa la aprehensión en San Andrés Chalchicomula en vez de Atlayautepec; posteriormente, indica que fueron conducidos a Piedras Negras, de donde Miramón logró escapar.

Empero, la gran contradicción de ambos textos entra en este punto: si los miembros del grupo fueron aprehendidos, ya sea en San Andrés o en Atlayautepec, deberíamos suponer que cualesquiera de éstas dos poblaciones deberían encontrarse en el camino entre la capital poblana, (de donde provenían) y los Llanos de Apam, a los cuales se dirigían) y que sabemos se encuentran en el actual estado de Hidalgo (es decir, al *norte* de Puebla). Más adelante, tanto Sánchez Navarro como Ibarra señalan que los prisioneros fueron conducidos a Piedras Negras. Sin embargo, este último poblado se encuentra entre los límites de los actuales estados de Morelos y Guerrero, es decir, al *poniente* de Puebla, a una distancia igual o mayor de la que separa a Apam de la capital angelopolitana. De ahí resultaría que, en el camino a su destino —es decir, rumbo al norte— fueron sorprendidos y conducidos de regreso a Puebla y de ahí al poniente. Todo esto en apenas unos días.

²⁶³ Islas, *op. cit.*, pp. 74-75

Sabemos además que Orihuela fue fusilado el día 11 de diciembre,²⁶⁴ y que, luego de la capitulación, Miramón y éste habían permanecido ocultos algunos días. Solo ocho días separan la mencionada capitulación de la muerte del jefe rebelde y, si tomamos en cuenta los días que los pronunciados estuvieron ocultos, resultaría que, tanto los rebeldes como sus captores, debían ser sumamente veloces para recorrer las distancias mencionadas en tan poco tiempo, situación difícil a mediados del siglo XIX.

Por otra parte, si revisamos lo escrito por Luis Islas García, nos surge otra duda: él afirma, que al haber sido sorprendido Orihuela —sólo Orihuela— en San Andrés Chalchicomula, éste “quizá pensaba escapar a Veracruz”,²⁶⁵ lo cual parece decir que dicha población se encuentra entre la ciudad de Puebla y el Golfo de México, no en el camino entre Puebla y Apam.

No hemos localizado en los mapas actuales la población que Domingo Ibarra señala como Atlayautepec; empero, si de ahí fueron conducidos los reos a Piedras Negras, podríamos suponer que dicho poblado se podría encontrar en el actual Estado de Morelos, y que tal vez su nombre hubiese cambiado con el paso del tiempo: dada la cercanía lingüística podría ser el actual pueblo de Yautepec. De ser así, seguimos creyendo que Miramón no fue tomado prisionero ni escapó desde Piedras Negras, pues de ello no hay más registro que lo que un autor, oculto por un seudónimo, contó en 1860 sobre una supuesta conversación sostenida con el entonces general Miramón donde éste, hipotéticamente, le contó de su escapatoria.²⁶⁶

Luis Islas García señala que Miramón inició “una cabalgata totalmente opuesta” hacia la ciudad de Toluca; en contraposición con las versiones de Ibarra y Sánchez Navarro, varios autores sí hablan de lo sucedido en Toluca, al arribo del audaz teniente coronel Miguel Miramón

²⁶⁴ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 18

²⁶⁵ Islas, *op. cit.*, p. 74

²⁶⁶ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 230

Capítulo 11

El preludio de la guerra

A pesar de que el pronunciamiento de Puebla fue sofocado y el general Joaquín Orihuela fusilado el 11 de diciembre de 1856, apenas era el inicio de una serie de estallidos de rebelión que se llevarían a cabo en tiempos próximos. El teniente coronel Miguel Miramón, al frente de menos de cien hombres —acompañado por su buen amigo y compañero del Colegio Militar, Manuel Ramírez de Arellano y su cómplice de cuartelazo Francisco A. Vélez—, marchó sobre Toluca con el objetivo de sorprender a su guarnición y hacerse de pertrechos de guerra.

La operación tuvo éxito y luego se retiró del lugar, pero no sin que el comandante de Toluca organizara una persecución; Luis Islas García señala que:

El comandante de la plaza, don Plutarco González, herido en su amor propio por el fracaso que esto significa, organiza la persecución del pronunciado, que se retira y lo aguarda en los llanos de la hacienda de la Gavia. Las maniobras del jefe rebelde, llevan a su perseguidor a la derrota. Pero sigue retirándose con sus fuerzas [...] ²⁶⁷

Miramón se dirige con sus tropas hacia el sur, tal vez con la intención de internarse en la sierra y esperar un mejor momento para continuar con la lucha. Sin embargo, una vez internados en las serranías, a su paso por el poblado de Sultepec tienen una escaramuza con las tropas del gobierno el 21 de enero de 1858.²⁶⁸ En el fragor de la batalla es herido gravemente en la pierna, tanto que su amigo Ramírez de Arellano narraría que “tenía que arrancarse pedazos de su propia camisa para introducirlos en la herida, por la cual se desangraba profusamente cuando era conducido en una improvisada camilla”.²⁶⁹

Sánchez Navarro afirma que el herido fue conducido al poblado de Santiago Tianguistengo, donde fue ocultado en la casa de “dos señoritas de edad”; empero, la persecución continuaba:

²⁶⁷ Islas, *op. cit.*, p. 75

²⁶⁸ José Fuentes Mares. *Miramón, el hombre*. 2ª. edición, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1975. 262 p., ils. (Contrapuntos), p. 19

²⁶⁹ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 43

Las pesquisas que los gobiernistas hicieron para dar con él fueron inútiles, pues aunque las dueñas de la casa estaban sumamente vigiladas, ellas, de noche, hicieron una especie de fosa en el jardín y, cuando había peligro, allí lo enterraban en vida mientras la casa era cateada.²⁷⁰

Nos parece que la imaginación del autor de las palabras anteriores es desbordante; casi mueve a risa el pensar en dos señoras que viven solas, a mitad de la noche ¡cavando un hoyo en su patio! Y más aún: no imaginamos a un hombre, a quien se le ha dado asilo por la gravedad de su herida, (y que a decir de varios autores estaba en peligro de perder la pierna), enterrado vivo en un hoyo mientras se cateaba la casa. Por otra parte, ¿acaso solo existía una casa en el pueblo para creer que los llamados “gobiernistas” catearan el hogar de estas señoras en varias ocasiones, pues a decir del autor, escondían a Miramón en el jardín “cuando había peligro”? ¿No había más lugares donde buscar? o, si acaso sospechaban de ellas, ¿porque conformarse solo con catear su hogar? ¿Era que esperaban los “gobiernistas” a que milagrosamente apareciera el prófugo?

No sabemos con certeza cuáles fueron las fuentes del autor para tal pasaje; sin embargo, varios otros coinciden en que Miramón fue trasladado a la hacienda de Atenco, donde se logró recuperar lo suficiente de la herida como para que lo trasladasen a la capital de la República. Al parecer el dueño de la hacienda, José Juan Cervantes, conde de Santiago, accedió a que su propio médico atendiera al herido. El doctor —Icaza era su apellido— ofreció atender a Miramón hasta su restablecimiento, para lo cual necesitaba que éste fuese llevado a la ciudad de México.²⁷¹

Transcurrieron cerca de tres meses. El tiempo y los cuidados prodigados por la familia Cervantes —que lo alojó también en su casa de la capital— curaron las heridas del teniente coronel, quien no dejaba de ser buscado por sus enemigos. Domingo Ibarra narra que:

Una noche en que Miramón se encontraba en casa de don Juan Cervantes jugando tranquilamente al tresillo, le avisaron que la casa estaba rodeada de

²⁷⁰ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 43

²⁷¹ *Idem*

gente de policía, y que ni por la puerta de la casa, ni por las azoteas, se podía pasar. Su primer movimiento fue armarse de una pistola, pero a los ruegos de las señoras de la casa, se ocultó dentro de un armario. El gobernador [Juan José] Baz venía acompañado de sus esbirros, vociferando y dando órdenes con su voz aflautada, que lo caracterizaba.

Después de recorrer toda la casa, llegó a la recámara donde Miramón estaba escondido y deteniéndose delante del armario, sacó una pistola y dijo: “Señor valiente, salga usted de su escondite, o abro ese mueble con una bala.” Miramón, comprendiendo el peligro que corría sin poderse defender, abrió el armario y se presentó al gobernador; éste se quiso echar sobre él; pero Miramón sacó una pistola de su bolsillo y le contestó, “también yo mato a usted si me toca”. No cabía duda que alguno de los miembros de la familia de don Juan Cervantes, había sido el delator.²⁷²

Haya sido un familiar o un sirviente, lo cierto es que Miramón fue conducido preso a la cárcel de la ex Acordada, que servía a la sazón de prisión para los enemigos políticos del gobierno.

Una nueva constitución

Mientras todo esto sucedía, el 5 de febrero de 1857 se había promulgado la nueva constitución que habría de regir al país, y que establecía el régimen republicano, federal y democrático; un sistema unicameral y además “dotaba al poder legislativo de una fuerza tal, que mantenía muy limitada la autoridad del Presidente de la República”.²⁷³ A pesar de que la mayoría moderada impidió que la Carta Magna tuviera una tendencia claramente radical, varias de sus disposiciones enojaron al clero, que veía mermados sus intereses. Martín Quirarte señala que:

La Iglesia no podía administrar o poseer bienes raíces. Se suprimía el fuero eclesiástico. Los artículos 3 y 7 proclamaban la libertad de enseñanza y de prensa respectivamente. El artículo 5 declaraba que los votos monásticos eran contrarios a la libertad del hombre y facultaba por tanto a los religiosos para abandonar el claustro, si así lo deseaban. El artículo 123 permitía al Estado intervenir en materia de culto religioso.²⁷⁴

²⁷² Lombardo, *op. cit.*, pp. 85-86

²⁷³ Quirarte, *Visión panorámica...*, *op. cit.*, p. 140

²⁷⁴ *Idem*

Ante la renuencia de los empleados públicos a jurar la constitución, se les obligó a hacerlo, so pena de perder sus empleos. A su vez, las autoridades eclesiásticas respondieron con medidas drásticas; se declaró excomulgados a todos aquellos que, tras haber jurado la Carta Magna, no se retractaran. Los burócratas se encontraron entonces en la disyuntiva entre perder su trabajo o quedar fuera del credo que profesaban, y gran parte de ellos prefirió ceder ante la presión de la Iglesia.

Las noticias de nuevos pronunciamientos, que ponían en peligro la estabilidad del régimen, se daban día con día; cualquier indicio de conspiración era razón suficiente para que el gobierno indagase e interviniese. Sin embargo, como suele suceder en estos casos, no bien se apagaba el fuego cuando la llama ya brotaba entre las cenizas.

Mientras que Tomás Mejía seguía en pie de lucha en la Sierra Gorda de Querétaro,²⁷⁵ el general Manuel María Calvo y su segundo, el coronel Juan Otón, eran obligados a rendirse ante las tropas del gobierno, al mando de Santiago Vidaurri,²⁷⁶ luego de varios meses de intensa actividad revolucionaria en San Luis Potosí.

Luis G. Osollo perdió el brazo derecho en una acción contra el gobierno, como consecuencia de una herida por bala de cañón. Acto seguido, cayó prisionero. Sin embargo, el presidente Comonfort le dio el indulto; de ahí que Osollo se retirara —al menos por un tiempo— a la vida privada.²⁷⁷

Por otra parte, en abril las tropas mexicanas de Sinaloa y Sonora tuvieron que enfrentarse a una expedición de filibusteros norteamericanos que operaban bajo el mando de un tal Crabb. Los invasores fueron combatidos, vencidos y pasados por las armas.²⁷⁸

Los levantamientos contra Comonfort y la nueva constitución derivaron también en algunas asonadas que, sin bandera política alguna, asolaban algunos puntos del territorio nacional: tal fue el caso de Manuel Lozada, quien al frente de los indios de la Sierra de

²⁷⁵ Reed Torres, *op. cit.*, pp. 47-48

²⁷⁶ *Idem*

²⁷⁷ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 19

²⁷⁸ *Ibidem*, p. 20

Alica comenzó a “cometer actos vandálicos que llegaron a consternar el territorio de Tepic”.²⁷⁹

Empero, se gestaba uno de los movimientos más significativos en la capital de la República, que se frustró al ser descubierto por el mismo gobernador del Distrito, Juan José Baz.²⁸⁰ La conspiración del Puente de Alvarado, fraguada por civiles y militares en una casa de la calle de dicho nombre, fue descubierta por las autoridades el 26 de abril de 1857. Los militares fueron reducidos a prisión, la misma en que se encontraba Miguel Miramón: la ex Acordada.

La fuga

Aún cuando en casi todo el territorio había efervescencia en contra del juramento de la nueva constitución,²⁸¹ en la capital se vivía un ambiente de relativa calma. La gente hacía lo que acostumbraba sin miedo de que algo inesperado pudiera ocurrirle en la calle.

Una testigo de la época, que volvía a casa una mañana tras escuchar misa en la catedral, narra lo que le sucedió al llegar a la esquina de la calle de Santa Clara, actualmente calle de Tacuba; se trata de la señorita Concepción Lombardo, con quien volvemos:

Al llegar a la mitad de la calle, vimos unos oficiales y algunos soldados que vigilaban a los presidiarios condenados por delito común a limpiar las sucias atarjeas de la ciudad; éstos iban enmancuernados de dos en dos arrastrando una gruesa cadena, ligada en su extremidad con un anillo de fierro en la garganta del pie. El gobernador Baz, queriendo humillar y deshorrar a los miembros del Ejército que tenía prisioneros, les había hecho sacar con los

²⁷⁹ *Historia General de México... op. cit.*, p. 597

²⁸⁰ Juan José Baz nació en 1820 en la ciudad de Guadalajara. Hizo sus estudios primarios en las escuelas lancasterianas y de ahí pasó al Seminario Conciliar de México. Se destacó en el partido que encabezaba Valentín Gómez Farias desde el año de 1838. Ferviente partidario de la desamortización de los bienes del clero, fue nombrado gobernador del Distrito Federal por el mismo Gómez Farias. En 1847 se distinguió en la defensa de la capital ante los estadounidenses como Jefe del Estado Mayor y de la Guardia Nacional. Fue además jefe político de Taxco, asesor de artillería en la ciudad de Querétaro y regidor del Ayuntamiento durante la presidencia de Mariano Arista. Santa Anna le destierra, regresando al país al triunfo del Plan de Ayutla, cuando se le designó nuevamente gobernador del Distrito Federal. *Enciclopedia de México...*, *op. cit.*, tomo 2, pp. 909-910.

²⁸¹ Según el padre Agustín Rivera los principales pronunciamientos se dieron en Mascota, Lagos, San Juan de los Lagos, San Luis Potosí, Morelia, Zamora, Celaya, Indaparapeo y San Juan del Río. Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 23

criminales a limpiar las calles de la capital. Al acercarme allí, pude ver aquellos presos que decentemente vestidos y calzados, pero con semblantes tristes y macilentos, arrastraban la cadena unidos por medio de ella con un criminal descalzo, sucio, andrajoso y de cara patibularia, que los trataba con desprecio y los obligaba a ayudarlos en su inmundo trabajo.

Al indagar sobre quiénes eran los prisioneros, un transeúnte le señaló que eran presos políticos, tras de lo cual comenzó a señalarle a Concepción Lombardo los nombres de los castigados. Ante esto, la señorita Lombardo preguntó:

[...] “¿dígame usted, señor, está entre estos presos Miramón? No, señorita, me han dicho que cuando el gobernador les hizo poner la cadena al pie a sus compañeros, indignado, le dijo a Baz: “a mí no me condena usted a esa vergüenza y solo muerto me sacará usted de aquí.”²⁸²

La misma Concepción Lombardo narra que a Miramón, durante su estancia en la prisión, no se le permitía tener visitas, aunque al poco tiempo su familia consiguió verlo, además de llevarle alimentos preparados en la casa paterna. Al parecer, el teniente coronel se hizo amigo de varios presos, con quienes solía hacer globos de papel en el patio de la cárcel. Sea esto cierto o no, no lo sabemos, aunque podríamos agregar que, si a decir de Concepción Lombardo fue difícil que la familia lograra verlo y llevarle comida, nos parece raro que se le hubiese permitido obtener los materiales para sus pasatiempos. Quizás fue verídico.

Lo importante es que luego de varios meses de reclusión, Miguel Miramón consiguió escapar de la ex Acordada. En un documento dirigido al comandante general del Distrito de México, el 13 de septiembre de 1857, Ángel Ponce de León, quien suponemos pudo ser el alcalde de la prisión, informó lo siguiente:

Cárcel Nacional de la Acordada. = Ahora que son las once de la mañana, se ha hechado [*sic*] de menos al reo político Miguel Miramón; se procedió en el acto a buscarlo y no se encontró ni huella por donde pudiera haber emprendido la fuga [...]²⁸³

²⁸² Lombardo, *op. cit.*, p. 86

²⁸³ *Archivo Histórico Militar Mexicano. Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI 481.3 / 8110, foja 24, septiembre 13 de 1857*

El biógrafo Víctor Darán asegura que dentro de la prisión Miramón se encontró con dos antiguos subordinados, quienes lo ayudaron a escapar; el teniente Trejo y el cabo Muciño fraguaron el plan de fuga: “vestirá Miramón el uniforme de Muciño y cuando el teniente forme su sección muy temprano para hacer el cambio de guardia y dejar franca esa tropa, allí estará, alineado el falso cabo, marchará con todos y en la calle, al romperse las filas, quedará en libertad”.²⁸⁴

Otra versión del hecho es la que da Carlos Sánchez Navarro, que la misma viuda de Miramón²⁸⁵ asegura que es la verdadera:

Doña Carmen Tarelo, la abnegada madre de Miramón, iba a visitarlo con frecuencia a la cárcel, y éste le encargó que cada vez que fuera le llevara una prenda de soldado. Cuando ya Miramón tuvo todas las prendas del uniforme, una mañana, al ser reemplazada la guardia al toque de diana, logró ponerse detrás del último soldado y así salir por la puerta del cuartel.²⁸⁶

Al verse libre de su reclusión, Miramón caminó velozmente hacia la Alameda, que estaba a sólo una calle de la ex Acordada. Se deshizo de la chaqueta de soldado y trató de pasar inadvertido. Los biógrafos no se ponen de acuerdo en establecer si se encontró o caminó hacia la casa de su amigo Raimundo Mora, un rico español que lo protegió subiéndolo a su carruaje y que le ofreció hospedaje en su hacienda, mientras se calmaban las cosas.²⁸⁷ Era el 13 de septiembre de 1857: habían pasado exactamente diez años de su

²⁸⁴ Víctor Darán citado en Islas, *op. cit.*, pp. 76-77

²⁸⁵ Concepción Lombardo afirma: “Los detalles de la fuga de Miramón los supe por él mismo cuando fue mi esposo. La fábula que cuenta Víctor Darán en su libro intitulado *Miguel Miramón*, es falsa. Ni Mucinos, ni Trejo tuvieron parte en ella, como dice Darán; solo la madre de Miramón lo sabía.” Lombardo, *op. cit.*, p. 91

²⁸⁶ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 44

²⁸⁷ Es importante hacer un señalamiento en este punto: Concepción Lombardo, tal vez confundida por la lejanía de los hechos que narraba al escribir sus memorias, insertó en este punto el fragmento de la obra de Domingo Ibarra referente al ataque de Miramón a la guarnición de Toluca, el enfrentamiento en Sultepec, la herida y convalecencia del personaje en Santiago Tianguistengo y su traslado a la capital. Como hemos visto ya, lo anterior sucedió antes de ser encarcelado en la ex Acordada y no después. El error en que incurrió tal vez se deba también a que Domingo Ibarra no puntualiza las fechas en que sucedieron los acontecimientos. Los biógrafos de Miramón, que no conocieron las memorias de Concha Lombardo, afortunadamente no incurren en el mismo error. La prueba más sencilla que tenemos de que los hechos fueron tal y como los hemos narrado en este capítulo, es que Miramón escapó de la cárcel el 13 de septiembre de 1857, y que se tiene noticia de su incorporación al Plan de Tacubaya desde inicios del año siguiente. Si hubiese estado herido —y herido de gravedad— no hubiese podido participar en dicho pronunciamiento, hubiese seguido convaleciente.

bautizo de fuego en el cerro de Chapultepec, diez años en los cuales había definido sus convicciones. Una vez más, la suerte estaba de su lado.

El golpe de estado

Dado que ya se había promulgado la nueva Carta Magna, el general Ignacio Comonfort procedió a convocar a elecciones para elegir al nuevo presidente de la República.²⁸⁸ El 18 de noviembre de 1857 se dio a conocer el resultado: el mismo Comonfort fue electo jefe del poder ejecutivo y al licenciado Benito Juárez tocó ocupar el puesto de presidente de la Suprema Corte de Justicia, puesto equivalente al de vicepresidente de la República. Tomaron posesión de sus cargos el día 1º de diciembre.²⁸⁹

Las siguientes dos semanas debieron haber sido difíciles para el presidente, dado que habría de tomar una decisión que cambiaría la senda por la cual andaba la Nación, y que mancharía los suelos patrios con la sangre de hermanos, amigos y enemigos. Desde que asumió la presidencia sustituyendo al general Juan Álvarez, Comonfort había tenido más levantamientos en su contra que momentos de paz: el grito de “Religión y Fueros” se había redoblado tras la promulgación de la constitución; la sociedad mexicana no terminaba de aceptar los cambios radicales que una minoría —con buenas intenciones, pero aún así, una minoría— pretendía implantar en un país que distaba mucho de ser “progresista”. Pese a su pensamiento liberal, Comonfort pensaba:

[...] que la exageración de los principios había provocado indistintamente las reacciones revolucionarias o conservadoras, por ello, ninguno de esos dos elementos [liberalismo o conservadurismo] debía dominar de manera exclusiva y absoluta en su gobierno. Ambos debían ser admitidos en lo que tuvieran de bueno ‘como representantes de intereses legítimos y de derechos respetables’. Se quería libertad pero no libertinaje, reforma sin destrucción, en sí las tendencias del espíritu público se resumían en dos palabras: ‘orden y libertad’ [...]²⁹⁰

²⁸⁸ Quirarte, *Visión panorámica...*, op. cit., p. 141

²⁸⁹ Rivera y Sanromán, op. cit., pp. 30-31

²⁹⁰ Villegas Revueltas, op. cit., p. 161

En otras palabras, Comonfort quedaba entre dos fuegos. Por una parte, los liberales puros que —debido a su radicalización— pretendían el todo por el todo: las reformas a aquello que consideraban *antiprogresista*; el cambio total e inmediato del país, a fin de lograr la anhelada evolución del país, emulando las formas y modo de ser de los Estados Unidos. Por otra, los conservadores que, pese a lo moderado de la nueva Carta Magna, no dejaban de ver en ésta la pérdida de las creencias, valores y estructuras heredados de la Nueva España, considerando que México se alejaba cada vez más de un progreso social y material que estuviera íntimamente ligado con su propia forma de ser, y se acercaba, por ende, a la segura “absorción” por parte del país vecino del norte.

Comonfort no era el único liberal que dudaba de sus ideales en esos momentos difíciles, al extremo de haber afirmado que “son a veces tan ridículas y exageradas las pretensiones del partido puro, de cuya confianza absoluta necesito hoy más que nunca para marchar en el camino de las reformas, que verdaderamente me vienen ganas de abandonarlo por ingrato y largarme fuera de la república”;²⁹¹ en efecto, varios miembros de su gabinete compartían la idea de que si bien las reformas eran necesarias, la manera de implantarlas era incorrecta: los cambios debían ser paulatinos, no radicales.

Silvestre Villegas Revueltas señala que:

Los preparativos del golpe de estado comenzaron prácticamente un mes antes de que se verificase. En la segunda quincena de noviembre renunciaron a sus puestos Manuel Payno, ministro de Hacienda, y Juan José Baz, gobernador del Distrito Federal, éste último, aunque “radical”, era amigo del presidente y un elemento de una eficacia a toda prueba para descubrir conspiraciones y alinearse a las directivas del gobierno. Comonfort consideró ambas dimisiones como una ofensa a su persona, pero le llegó uno de los tantos rumores que circulaban en ese momento en el sentido de que existía una confabulación en contra del orden constitucional y del propio presidente. Ante tal situación, mandó llamar a Payno y éste, en su ensayo en torno a la revolución de diciembre de 1857, sostiene que él organizó la primera reunión donde estuvieron presentes, además de su persona, el general Félix Zuloaga y el propio Baz.²⁹²

²⁹¹ *Ibidem*, p. 168

²⁹² *Ibidem*, p. 184

En dicha reunión, el presidente los acusó de estar planeando una revolución en su contra; tras preguntarles si existía plan alguno, éstos, a manera de disculpa, plantearon lo difícil que sería para el gobierno sostenerse si se “alineaba bajo la Constitución”,²⁹³ Baz, Payno²⁹⁴ y Zuloaga hablaron al ejecutivo de sus contactos con los gobernadores de los Estados, a fin de conseguir su adhesión al plan. En otra reunión, Comonfort invitó a los miembros del gabinete —con excepción de Benito Juárez y Manuel Ruíz, ministro de Justicia, porque sabía que se negarían a secundarlo— para planearles la posibilidad de continuar gobernando pero tras haber desconocido la Carta Magna. Sabía que muchos lo apoyarían y otros tantos se opondrían, pero una vez decidido estaba dispuesto a llevar el asunto hasta sus últimas consecuencias.

Agustín Rivera narra que la noche del 15 de diciembre Comonfort sostuvo una entrevista secreta con Benito Juárez, donde le comunicó que iba a dar el golpe de estado “y le suplicó que lo auxiliase en su nueva marcha política”,²⁹⁵ el abogado oaxaqueño no aceptó, aunque le deseó al presidente buen éxito en su empresa.

Todo estaba listo: dos días después, el 17 de diciembre, la población de la villa de Tacubaya se encontró al amanecer con la noticia de un nuevo pronunciamiento contra la nueva Constitución.

Fue la brigada del general Félix Zuloaga²⁹⁶, hombre de las confianzas del presidente Comonfort, la que invitaba a otros cuerpos del ejército a sumarse a su Plan. La población

²⁹³ *Ibidem*, p. 185

²⁹⁴ Manuel Payno y Flores, nacido en la ciudad de México en 1810, trabajó como meritorio en la aduana al terminar sus estudios. Nombrado teniente coronel trabajó en el Ministerio de Guerra como jefe de sección. Más tarde fue administrador de rentas del Estanco de Tabacos. En 1842 ingresa en el servicio diplomático como secretario de la Legación Mexicana en Sudamérica, además de hacer su primer viaje a Francia e Inglaterra. Santa Anna le envió a Nueva York y Filadelfia para estudiar el sistema penitenciario. En 1847 combatió a los estadounidenses en Churubusco y estableció el servicio secreto de correos entre México y Veracruz. Fue ministro de Hacienda (4 julio 1850-13 enero 1851) en la administración de José Joaquín de Herrera. Perseguido por Santa Anna, se refugió en los Estados Unidos. A su regreso ocupa el cargo de ministro de Hacienda nuevamente, durante el gobierno de Comonfort (14 diciembre 1855- 5 mayo 1856). Contribuyó al golpe de estado. Valentino Bompiani. *Diccionario de autores de todos los tiempos y de todos los países*. Barcelona, Hora, 1988, 5 tomos, tomo 4, pp. 2095.

²⁹⁵ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 31

²⁹⁶ El militar y político Félix María Zuloaga nació en Álamos, Sonora en 1813. Estudió en Chihuahua y en la ciudad de México. En 1834 ingresó en la Milicia Cívica de Chihuahua, donde combatió a los comanches y apaches. En 1840 estuvo al lado del presidente Anastasio Bustamante, y al año siguiente secundó a Santa Anna contra éste. Combatió a los separatistas de Yucatán y a los estadounidenses, fortificando Monterrey y combatiéndolos en el sur de la capital. Fue regidor y alcalde de Chihuahua; en 1853 fue presidente del Consejo de Guerra de la Plaza de México. Como el

de la capital —que sería ocupada pacíficamente por los pronunciados— encontró en las esquinas los impresos del llamado Plan de Tacubaya, que en resumidas cuentas enunciaba:

Cesa de regir la Constitución, porque no satisface las aspiraciones del país; acatando el voto unánime de los pueblos, se reconoce a Comonfort como presidente con facultades omnimodas; se convocará un Congreso para que elabore una Constitución; habrá entretanto un Consejo de gobierno.²⁹⁷

Los gobernadores de los Estados tendrían que decidirse a seguir o no el Plan de Tacubaya. Uno de los primeros en hacerlo, incluso el mismo día de que se promulgó dicho plan, fue el de Veracruz —pese a que el gobernador Ignacio de la Llave era un reconocido “puro”.²⁹⁸ Su homólogo en el Distrito Federal, el general Agustín Alcérreca, lo secundó.²⁹⁹ Rivera y Sanromán anota que:

El Ayuntamiento se disolvió; los ministros [Juan Antonio] De la Fuente y Ruíz [de Relaciones Exteriores y Justicia, respectivamente] renunciaron; lo mismo que el administrador de Correos don Guillermo Prieto, don Manuel Romero Rubio, secretario del gobierno del Distrito, el general Triás, segundo en jefe de la brigada de México y otros empleados; mientras que eran reducidos a prisión don Benito Juárez, presidente de la Suprema Corte; don Isidoro Olvera, presidente de la Cámara y los diputados Garza, Melo y Banuet.³⁰⁰

resto de sus compañeros del Ejército, combatió a los de Ayutla, para más tarde incorporarse a las fuerzas de Comonfort, quien lo manda a combatir a los sublevados de Puebla. *Diccionario Porrúa...*, *op. cit.*, tomo 4, p. 3865

²⁹⁷ Sierra, *op. cit.*, p. 202

²⁹⁸ Villegas Revueltas, *op. cit.*, p. 185

²⁹⁹ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 31

³⁰⁰ *Idem*

Capítulo 12

Los dos gobiernos

El presidente Comonfort publicó un bando adhiriéndose al Plan de Tacubaya a los pocos días de la promulgación de éste, con lo cual se confirmaba el autogolpe de estado del ejecutivo de la Nación. Las reacciones no se hicieron esperar: mientras la mayoría de los Estados confirmaban su adhesión a dicho plan, también se preparaba una coalición que se negaba rotundamente a secundar al presidente: los gobernadores José María Arteaga, Manuel Doblado, Epitacio Huerta y Anastasio Parrodi —de Querétaro, Guanajuato, Michoacán y Jalisco, respectivamente— se preparaban, con todo lo que tenían a su alcance, para contrariarlo.³⁰¹

Es posible que en un principio Comonfort pensara que hacía lo correcto; incluso se sabe que sus más cercanos colaboradores llegaron a sostener correspondencia con los inconformes, a fin de hacerlos entrar en razón. El más notable hasta ese momento, entre los gobernadores de la coalición, era el general Manuel Doblado, a quien debemos recordar como uno de los principales brazos ejecutores del presidente; Manuel Siliceo, ex ministro de Fomento del mismo Comonfort, trataba de convencerle de la siguiente manera:

¿Qué va a ser del país y de tus amigos si no secundas el pronunciamiento? Me parece que las consecuencias son bien claras. La Guerra Civil tomará formas colosales, la desmembración del país que hace tanto se está indicando, se consumará en la actualidad, el partido liberal dividido y debilitado por lo mismo, sucumbirá y la reacción neta se entronizará sin que Comonfort, ni tú, ni nadie lo pueda evitar.³⁰²

Tanto Comonfort como Doblado eran liberales y por ello temían que el sector conservador se fortaleciese y echara para atrás las reformas ya hechas. Sin embargo, Comonfort no tuvo la visión suficiente como para percatarse de que luego del autogolpe de estado, los conservadores le pedirían — ¿le exigirían?— la derogación de las disposiciones que no les parecían, en especial aquellas que afectaban sus intereses.

³⁰¹ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 32

³⁰² Carta de Manuel Siliceo a Manuel Doblado citada en Villegas Revueltas, *op. cit.*, p. 189

Pocos fueron los días de incertidumbre para el presidente, pues lo sucedido en otras latitudes del país habría de ayudarlo a decidirse por un lado u otro de la balanza: el gobernador del Estado de Veracruz, Ignacio de la Llave, decidió “despronunciarse” el día 30 de diciembre de 1857, para sumarse a la coalición. ¿Era la misma decisión que el presidente debía tomar?

Los conservadores, en efecto, pidieron a Comonfort la derogación de las leyes reformistas, pues tal vez percibían la incertidumbre, la duda que el presidente tenía sobre qué era lo políticamente correcto en ese momento. El desconocimiento de la Carta Magna y el intento de conciliación entre radicales y conservadores que el general presidente y los suyos habían intentado llevar a cabo mediante el pronunciamiento de Tacubaya, fueron infructuosos para el destino de la Nación. Las cartas estaban sobre la mesa:

La sospecha de que Comonfort se inclinaba nuevamente al partido liberal dio por resultado el pronunciamiento del 11 de enero de 1858. Éste día se despertó la ciudad [de México] con la noticia de que varias de sus guarniciones se habían pronunciado, se eliminaba a Comonfort y se nombraba jefe del movimiento a Zuloaga.³⁰³

En el nuevo Plan, Zuloaga, general en jefe del Ejército Regenerador, puso de manifiesto que se desconocía al general Comonfort debido a que “adoptó un sistema de vacilaciones que ha puesto en alarma a cuántos lo secundaron, haciendo desconfiar de las promesas que hizo en su Manifiesto como garantía de él”.³⁰⁴

Tras haber liberado a los presos políticos, Comonfort, con las tropas que le seguían fieles, logró hacerse de algunos puntos importantes de la capital mientras que los tacubayistas se hacían del resto: el primer día, la Ciudadela, el convento de San Agustín y el de Santo Domingo, para los pronunciados, y el Palacio Nacional, la ex Acordada, el convento de San Francisco y la Santísima Trinidad para las tropas de Comonfort. Al día siguiente, los tacubayistas se extienden hacia la Aduana, los conventos de la Concepción, San Lorenzo y Santa Catarina Mártir, así como las iglesias de San José y San Diego; los

³⁰³ *Historia General de México...*, op. cit., p. 597

³⁰⁴ *Islas*, op. cit., p. 82

despronunciados del presidente ocuparon la Diputación, la Profesa, la Merced, San Pablo, San Fernando, San Pedro y San Pablo y Santiago.³⁰⁵

Si colocáramos los nombres anteriores en un mapa de la ciudad de México, podríamos notar la ventaja de las posiciones de los pronunciados sobre las tropas de Comonfort, que a la sazón se encontraban, o en las afueras de la capital, o rodeadas por todos los flancos por sus enemigos. No obstante, pese a la movilización de tropas no hubo enfrentamientos serios por unos días, salvo una escaramuza en la Alameda. Luis Islas García señala que el Ayuntamiento publicó un bando en el que expresa que los grupos beligerantes habían accedido a que, en caso de que se rompiesen las hostilidades, hubiese “todos los días algunas horas de suspensión del fuego, a fin de que la población se provea de víveres”.³⁰⁶ El mismo biógrafo apunta:

El día 14, repiques, dianas y cohetes de los pronunciados, escalonándose de los puestos del sur de la Capital hasta Santo Domingo rompen el silencio: los rumores tienen su explicación el día siguiente, cuando dos jóvenes militares, acompañados de un puñado de oficiales a caballo, se presentan a la una de la tarde en el puesto de San Agustín, entre aclamaciones y luego galopan atravesando las calles del Puente del Espíritu Santo, Refugio, La Palma y la Alcaicería, hasta desembocar en el puesto de Santo Domingo: eran Osollo, el jefe, y con sus veintiséis años Miguel Miramón, en calidad de segundo.³⁰⁷

El descanso en la hacienda de su amigo Raimundo Mora no le había ausentado de la vida nacional, y menos aún en esos momentos que parecían ser decisivos para el destino del país. Miramón había vuelto al campo de batalla, para luchar en pro de lo que más quería y que paradójicamente, si tomamos en cuenta todo lo que se ha escrito y dicho *a posteriori*, no era la Iglesia; era la patria, y por ende la institución que garantizaba su defensa y conservación: el Ejército.

³⁰⁵ *Idem*.

³⁰⁶ *Ibidem*, p. 83

³⁰⁷ *Idem*

La guerra total

El ex presidente de la Suprema Corte de Justicia, Benito Juárez, llegó a Guanajuato el día 19 de enero. Fue acogido por el gobernador Doblado quien lo reconoció como Presidente de la República. Acto seguido, Juárez nombró su gabinete³⁰⁸ y se preparó para gobernar apoyado por los Estados de la coalición.

La mayoría de los autores han coincidido en señalar que Juárez subió al poder por el derecho que tenía a éste y que “nadie censuró el procedimiento entre los liberales”;³⁰⁹ sin embargo, la manera en que el oaxaqueño se hizo de la presidencia distaba mucho de ser “legal”. Luis Reed Torres, biógrafo de Tomás Mejía, señala que Benito Juárez ascendió a la primera magistratura de la Nación al ser liberado por Comonfort, y que ésta disposición fue tomada como legal por los liberales, empero:

[...] el propio grupo liberal radical había rechazado las disposiciones anteriores de Comonfort en cuanto al Plan de Tacubaya y el golpe de estado. Recuérdese que el propio Juárez, al ser pulsada su opinión por Comonfort en cuanto a las medidas que éste se disponía a ejecutar, fue muy claro y preciso al expresarle tajantemente su rechazo: “...de veras te deseo muy buen éxito y mucha felicidad en el camino que vas a emprender; pero yo no te acompaño en él”. *Es decir, de hecho el grupo “puro” hizo a un lado a Comonfort porque después que éste fue desconocido por los conservadores no fue tampoco sostenido por los liberales.* La pregunta obligada, en consecuencia, es ésta: ¿Se volvía súbitamente legal para los liberales el poder de Comonfort —a quien se había abandonado por su política— simplemente porque, en uno de sus últimos actos antes de abandonar la capital, liberó a Juárez? Éste, después de haber permanecido preso ante lo que él y el grupo “puro” consideraban un atentado —el golpe de estado— ¿tomaba a considerar luego legales las disposiciones de Comonfort por el mero hecho de que le valían la presidencia? Comonfort, en consecuencia, ¿era ilegal para los liberales en tanto contrariaba sus propósitos y legal en cuanto los favoreciese? ¿Dos pesas y dos medidas?³¹⁰

³⁰⁸ Agustín Rivera y Sanromán menciona que quedó integrado de la siguiente manera: Melchor Ocampo en los ministerios de Relaciones Exteriores y Guerra; Santos Degollado en la cartera de Gobernación; Manuel Rutiérrez en Justicia; Guillermo Prieto en Hacienda y León Guzmán en Fomento. Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 33

³⁰⁹ Quirarte, *Visión panorámica...* *op. cit.*, p. 43

³¹⁰ Reed Torres, *op. cit.*, pp. 63-64

Por su parte, Luis Islas García señala que la coalición de los estados era anticonstitucional, a los ojos de la propia Carta Magna de 1857, dado que en el artículo 111 especifica que los Estados de la República no podían “celebrar alianza, tratado o coalición con otro estado, ni con potencias extranjeras”.³¹¹ Otro argumento contra la legalidad del gobierno juarista es que, al llegar a Guanajuato, convocó al congreso. Emanada de esta convocatoria fue la junta que lo nombró presidente y que al parecer era ilegítima puesto que:

[...] el 15 de diciembre de 1857 —dos días antes del golpe de estado de Comonfort— se rechazó en sesión secreta de la Cámara una moción que solicitaba que el presidente de la Cámara o quien hiciera sus veces, pudiera convocar al Congreso en cualquier punto, si llegaba a interrumpirse el orden en la capital. En esas condiciones, resulta anulada la convocatoria que se hizo al Congreso cuando llegó el cambio de situación que alteró el orden ciudadano y, así, es de dudarse la legitimidad de la junta que poco después declaró presidente a Juárez [...]³¹²

Legal o no, Benito Juárez comenzó a gobernar desde el interior de la República, mientras que en la mayoría de los Estados imperaba el gobierno conservador emanado del Plan de Tacubaya.³¹³ El mando sobre la capital estaba por decidirse de un momento a otro.

Hemos señalado que las hostilidades no comenzaron entre los conservadores y los reductos del gobierno de Comonfort: éste, a sabiendas de que estaba perdido pues se encontraba solo —ni liberales ni conservadores lo reconocían— mandó a sus más estrechos colaboradores a tratar de negociar con el enemigo. Carlos Sánchez Navarro narra que:

No bien llegados Osollo y Miramón a México, Comonfort envió a las personas más circunspectas de su alrededor, como eran los señores Lacunza, Siliceo y Payno con ventajosas proposiciones para efectuar una transacción, pero éstos dos coroneles, con toda gallardía y pleno conocimiento de sus

³¹¹ Islas, *op. cit.*, p. 87

³¹² Reed Torres, *op. cit.*, p. 64

³¹³ Con la coalición estarían Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Querétaro, Aguascalientes, Zacatecas, Tamaulipas, Veracruz y Colima. Contra el Plan de Tacubaya, pero sin estar en el anterior grupo, Nuevo León y Coahuila; mientras tanto, con Zuloaga estaban el estado de México, Puebla, San Luis Potosí, Chihuahua, Durango, Tabasco, Tlaxcala, Oaxaca, Sonora, Chiapas, Sonora, Sinaloa, Yucatán y el Distrito Federal. Islas, *op. cit.*, p. 87

actos, no hicieron más que ratificar en presencia de los comisionados los “principios conservadores” cuya causa defendían.³¹⁴

El combate entre los dos grupos inició en toda la capital, disputándose palmo a palmo, bala a bala, el terreno. Sin embargo, los combates decisivos se dieron el 21 de enero en la ex Acordada y el Hospicio de Pobres, edificios contiguos que actualmente han desaparecido, pero se encontraron ubicados en la intersección de las actuales calles de Juárez y Balderas. Sánchez Navarro continúa su narración:

Miramón, al frente de mil quinientos hombres, dirigió su artillería hacia la Acordada y el Hospicio, logrando abrir una brecha en uno de los costados de este último edificio, por la cual se lanzó él a la cabeza de sus soldados, se trabó terrible combate cuerpo a cuerpo en los patios, en las escaleras, en los corredores y hasta en los cuartos, y se adueñaron al fin a costa del empuje de su propio brazo, de todo el edificio, salvándose de morir milagrosamente. Osollo, por su parte, atacó con gran denuedo a [Manuel] Balbontín que se hallaba en la Acordada y que al verse perdido intentó armar y dar libertad a todos los prisioneros que en esa cárcel estaban, cosa que logró impedir el coronel conservador, salvando a la capital de un saqueo seguro.³¹⁵

Comonfort, derrotado, escapó de la capital por la noche, dirigiéndose a Veracruz a fin de embarcarse rumbo a los Estados Unidos. Rivera y Sanromán señala que “Miramón estaba empeñado en ir a aprehender a Comonfort y ponerle preso; pero se lo prohibió Zuloaga y lo disuadió Osollo tomándole del brazo”:³¹⁶ tal vez el joven teniente coronel no olvidaba las dos derrotas sufridas a manos de las tropas del ahora ex presidente, en la ciudad de Puebla.

Al día siguiente, 22 de enero de 1858, Zuloaga fue nombrado presidente interino por una junta de representantes en el Palacio Nacional, luego de haber asistido a un *Te Deum* en su honor en la catedral Metropolitana. Como uno de sus primeros actos en la presidencia mandó una circular a los gobernadores de los Estados, con el objeto de que se adhirieran al

³¹⁴ Debemos puntualizar que el autor se equivoca: Miramón no era coronel, sino teniente coronel. Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 48

³¹⁵ *Idem*

³¹⁶ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 33

Plan de Tacubaya.³¹⁷ Fue ese un día de júbilo para los Miramón, en especial para Miguel, puesto que recibió del presidente de la República, la siguiente comunicación, que reproducimos textualmente:

En atención a los méritos y servicios de Vuestra Excelencia, he tenido a bien nombrarle general en jefe de la primera brigada del ejército, la que se compondrá de los batallones 1º, 2º y 3º de línea, lo que le comunico para su conocimiento y fines correspondientes.

Dios y Ley, enero 22 de 1858

[Firma:] Zuloaga.

Excelentísimo Señor General don Miguel Miramón, jefe de la 1ª brigada del ejército.³¹⁸

El valor con que había combatido Miramón, le valió el ascenso a general de brigada, aún cuando le correspondía ser nombrado coronel. Sin embargo, fue decisión del presidente y nadie osó contradecirle.³¹⁹ Tres días después, luego de haber organizado su gabinete, Zuloaga había mandado ya al ministerio de Guerra y Marina el nombramiento; el ministro, general José de la Parra ordenó se expidiera el despacho de general para Miguel Miramón.³²⁰ Luis G. Osollo tuvo la misma suerte, por lo cual el ejército conservador quedó dividido en las siguientes brigadas: la primera, con Miguel Miramón al mando de los batallones 1º, 2º y 3º; la segunda, integrada por los batallones de Rifleros y Carabineros, bajo las órdenes del general Antonio Manero. Su homólogo Feliciano Liceaga, con los batallones de Cazadores y 4º de línea integraban la tercera, mientras que la cuarta la dirigía el general Francisco G. Casanova, con el 1er. Ligero permanente y el batallón de reemplazos. Los batallones 1º y 2º de ingenieros quedaban bajo las órdenes de Luis Gonzaga Osollo.³²¹

Todo estaba listo para el primer enfrentamiento formal entre el ejército conservador y las tropas liberales de la coalición. La Guerra de Tres Años había comenzado.

³¹⁷ *Ibidem*, p. 34

³¹⁸ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 6090, foja 12, enero 25 de 1858

³¹⁹ No fue el mismo Miramón quien se autoproclamó, como han querido decirlo sus enemigos; debemos puntualizar que fue Zuloaga quien le dio el nombramiento.

³²⁰ CONDUMEX, fondo XXVIII-1, carpeta 1-1, legajo 56

³²¹ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 6090, foja 01, enero 27 de 1858

El avance conservador

Benito Juárez salió de Guanajuato con rumbo a la ciudad de Guadalajara, donde estableció su gobierno el 14 de febrero. El mando del ejército liberal quedó en manos del general cubano Anastasio Parrodi, quien salió con sus tropas para enfrentarse al enemigo. El general en jefe del ejército conservador fue Osollo. El avance conservador iba en aumento, tanto que el gobernador de Querétaro, José María Arteaga, salió del lugar en busca de Parrodi, con lo cual la capital queretana quedó en posesión del ejército regenerador. Desde ahí, el 9 de febrero Osollo formó dos divisiones “para operar sobre los Estados del interior”, una al mando del general Tomás Mejía y la otra, bajo las órdenes de su segundo y amigo, Miguel Miramón. Acataba con ésta orden la disposición del propio Zuloaga.³²²

Miramón y Mejía marcharon al interior a reforzar a las tropas de Osollo, quien contaba apenas con tres mil hombres con dieciocho cañones, mientras que los liberales tenían más de siete mil soldados.³²³ Osollo logró apoderarse de Celaya el 8 de marzo, tras haber engañado a Parrodi con una falsa maniobra. Éste se replegó a Salamanca: las tropas conservadoras se apresuraron a cercarlo.

El nueve de marzo inició la acción con solo un bombardeo de los conservadores que no tuvo mayores consecuencias que sembrar desorden entre los liberales. La verdadera batalla iniciaría al día siguiente; Luis Islas García, quien viera en el rompimiento de las hostilidades por parte de Parrodi un acto de desesperación, señala:

[...] con cargas de caballería quiso romper [Parrodi] el frente contrario, que estaba distribuido bajo los siguientes mandos: ala derecha, general Cánova [*sic*]; al centro, general Miramón; ala izquierda, general Manero; reservas, tropas de caballería del general Mejía. La carga de la caballería liberal estuvo a punto de arrastrar las fuerzas de Cánova, pero Miramón se desprendió de algunos de sus efectivos y cubrió la derrota. Parrodi, sin embargo, insistió en cargar más tropas de caballería contra el lugar ya reforzado: el coronel [José] Calderón dirigió ese ataque con mucho brillo y denuedo, pero entonces Osollo envió sobre la columna las reservas de Tomás Mejía. Todos los perfiles de las viejas batallas aparecieron en el choque de estas caballerías: la audacia

³²² CONDUMEX, fondo XXVIII-1, carpeta 1-1, legajo 57

³²³ Islas García, *op. cit.*, p. 88

individual, el valor personal, la capacidad de resistencia, la habilidad física para herir al contrario. Heroico se portó Calderón, como Mejía, pero fue herido varias veces, cayó del caballo, no fue secundado por sus auxiliares y pronto Parodi se dio cuenta de que nada quedaba por hacer al ver sus batallones que se desbandaban y detrás de ellos al enemigo con sus temibles lanzas. Gracias a que dos mil infantes todavía resistieron, pudo salvar algunas piezas de artillería y retirarse, perseguido hacia Irapuato y Silao donde ya pudieron descansar, y luego hasta Lagos, el día 13.³²⁴

El general Osollo presidió el funeral del valiente coronel liberal José Calderón, quien murió a consecuencia de sus heridas, para después marchar sobre Silao. El gobernador Manuel Doblado capituló ante las fuerzas de los conservadores, para retirarse después a la vida privada. La balanza de la suerte en la primera batalla se había inclinado al lado conservador.

³²⁴ *Ibidem*, pp. 89-90

Capítulo 13

El fragor de la batalla

A pocas horas de haberse enterado de la derrota de sus tropas liberales en Salamanca, el gobierno liberal estuvo a punto de disolverse: era el 13 de marzo de 1858 cuando parte de la guarnición de Guadalajara, al mando del coronel Antonio Landa, se pronunció por el Plan de Tacubaya. El gabinete entero fue puesto bajo arresto, junto con otros empleados del gobierno. Al día siguiente, la elocuencia del ministro de Hacienda, Guillermo Prieto, salvó la vida no solo a Juárez sino a todos los personajes que se encontraban con él. El propio Prieto refiere:

El jefe del motín, al ver la columna en las puertas de palacio, dio orden para que fusilaran a los prisioneros. Eran ochenta por todos. Una compañía del 5° se encargó de aquella orden bárbara. Una voz tremenda salida de una cara que desapareció como una visión, dijo: “Vienen a fusilarlos”. Los presos se refugiaron al cuarto en que estaba el señor Juárez; unos se arrimaron a las paredes, los otros como que pretendían parapetarse con las puertas y con las mesas. El señor Juárez avanzó a la puerta; yo estaba a su espalda. Los soldados entraron al salón... arrollándolo todo; a su frente venía un joven moreno, de ojos negros como relámpagos: era Peraza. Corría de uno a otro extremo, con pistola en mano, un joven de cabellos rubios: era [Pantaleón] Moret. Y formaba aquella vanguardia don Filomeno Bravo, gobernador de Colima después. Aquella terrible columna, con sus armas cargadas, hizo alto frente a la puerta del cuarto... y sin más espera, y sin saber quién daba las voces de mando, oímos distintamente: “¡Al hombro! ¡Presenten! ¡Preparen! ¡Apunten!...” Como tengo dicho, el señor Juárez estaba en la puerta del cuarto; a la voz de “¡Apunten!” se asió al pestillo de la puerta, hizo hacia atrás su cabeza y esperó... Los rostros feroces de los soldados, su ademán, la conmoción misma, lo que amaba yo a Juárez... yo no sé... se apoderó de mí algo de vértigo o de cosa de que no me puedo dar cuenta... rápido como el pensamiento, tomé al señor Juárez de la ropa, lo puse a mi espalda, lo cubrí con mi cuerpo... abrí los brazos... y ahogando la voz de “¡Fuego!” que atronaba en aquel instante, grité: “¡Levanten esas armas! ¡Levanten esas armas! ¡Los valientes no asesinan...!”[...]³²⁵

Las palabras del poeta Prieto lograron evitar la muerte de los presos; el pelotón bajó las armas y respetó la vida de estos hombres. Dos días después, Juárez y su gabinete

³²⁵ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, pp. 35-36

abandonaban la capital tapatía para dirigirse a Colima. Las tropas conservadoras de Osollo ocuparon Guadalajara el 23 de marzo, ante la capitulación de Anastasio Parrodi, quien pese a que Juárez le había dado facultades extraordinarias para lograr que venciera al enemigo —dado que lo había nombrado ministro de Guerra— no logró realizar su cometido.

Miramón, como segundo en jefe, llegó a dicha ciudad para verla vencida ante el orden conservador. Entretanto, en la capital del país, Zuloaga había dado marcha atrás a todas las reformas liberales de tiempos de Comonfort, lo cual se dio a conocer en esos días en Guadalajara.

La campaña continuaba a pesar del repliegue liberal: el general Miramón fue mandado por Osollo con dos mil hombres y 12 piezas de artillería a hacerse de Zacatecas, además de reforzar a los conservadores de San Luis Potosí, que sufrían por los amagos del cacique y gobernador de Nuevo León, Santiago Vidaurri. Las tropas del general Mejía se hallaban en camino a Querétaro, con el firme objetivo de sofocar la naciente rebelión en la Sierra Gorda.

Juárez por su parte, a sabiendas de que a cada momento se le replegaba más al norte, decidió salir de Colima el 7 de abril rumbo a Manzanillo, con el fin de embarcarse. Su destino era Panamá, desde donde podría regresar a través de las aguas del Golfo de México.³²⁶ Quedó nombrado general en jefe del ejército de la coalición, Santos Degollado.

Tres días después la ciudad de Zacatecas era ocupada pacíficamente por las tropas del general Miramón, luego de retirarse al norte del país el gobernador José María Castro. Manuel Cambre señala que “nombró el caudillo reaccionario [Miramón] gobernador al licenciado Vicente Hoyos, y dejando de guarnición ochocientos hombres al mando del general Antonio Manero, continuó la marcha para San Luis Potosí”.³²⁷

El siguiente encuentro entre las tropas conservadoras y liberales sería el día 17 de abril de 1858.

³²⁶ Años más tarde —en 1865—, Juárez habría de descalificar a Jesús González Ortega, a la sazón presidente de la Suprema Corte de Justicia, por pretender ascender a la primera magistratura de la Nación, dado que el periodo presidencial de Juárez había expirado. Su argumento sería que González Ortega había abandonado el país para dirigirse a los Estados Unidos. Aquello que en 1865 Benito Juárez consideraría ilegal, en 1858 “no tenía la menor importancia”. ¿La paja sólo se ve en el ojo ajeno?

³²⁷ Manuel Cambre. *La guerra de Tres Años. Apuntes para la historia de la Reforma*. Prefacio de Diego Huizar Martínez. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1986. 534 p., ils., p. 103

Puerto de Carretas

En los encuentros en el campo de batalla, miles de hombres —que en su mayoría no sabían siquiera porqué peleaban—, se batían con denuedo a fin de alcanzar la victoria; en esos momentos en que los hermanos luchaban hasta la muerte era, en ocasiones, definir qué bando había ganado y cual había perdido. Más aún si el terreno estaba bañado en sangre y cubierto de cadáveres. Ese fue el caso de la batalla del Puerto de Carretas.

La ciudad de San Luis Potosí estaba a punto de caer en manos del cacique Vidaurri, quien con sus tropas fronterizas la tenía amagada. Osollo había mandado a Miramón a aquel punto, con el objeto de hacer frente al enemigo.

Manuel Cambre señala:

El día diez y siete de abril iba Miramón a vencer la última jornada para llegar a la ciudad de San Luis Potosí, y salió de la hacienda de la Parada a las tres de la mañana. A media jornada había de pasar un trozo de camino que forma cañada, dominado a derecha e izquierda por cerros que se prolongan en extensión considerable, cuyo lugar se llama Puerto de Carretas: allí habían tomado posiciones los rifleros del Norte, al mando del comandante en jefe de la primera división del ejército de Norte coronel Juan Zuazua, para batir a Miramón.³²⁸

Al entrar la vanguardia de las fuerzas conservadoras en la cañada, fueron recibidos por una metralla que los hizo dispersarse desordenadamente. Miramón ordenó entonces el ataque, que duraría más de cuatro horas, en las cuales ambos bandos se disputaron el terreno y las posiciones una y otra vez. El mismo Cambre afirma que Miramón, al no lograr vencer a los liberales, y “atendiendo a que en aquellos sitios no había ni agua para la tropa que peleaba sin haber probado bocado, decidió forzar el paso a todo trance y entrar a la ciudad de San Luis” e inclusive menciona que dicha acción de armas “fue un terrible descalabro para Miramón”.³²⁹ Empero, otros autores no comparten su opinión.

³²⁸ *Idem*

³²⁹ *Idem*

El padre Agustín Rivera y Sanromán asegura que la acción fue ganada por Miramón,³³⁰ lo mismo que la historiadora Lilia Díaz,³³¹ Martín Quirarte se conforma con señalar que al terminarse la batalla, “Miramón marcha hacia San Luis Potosí, mientras Zuazua se apodera de Zacatecas”.³³² Pero veamos que dicen los protagonistas de los hechos; el coronel Zuazua, en su parte de guerra dirigido al gobernador del estado de Nuevo León, Santiago Vidaurri, señala que:

[...] de la brillante división que hacía el orgullo del enemigo, y con la que soñaba imponer a los valientes hijos de la frontera, solo quedaron en siete horas de combate, los miserables restos de cuatrocientos hombres de caballería y doscientos infantes con que apenas pudo salvar su artillería, merced a lo cansados que se hallaban nuestros soldados desvelados toda la noche y devorados por la sed. El enemigo dejó el campo regado de armas, cadáveres y heridos, diseminada su fuerza por todas direcciones, y sin armas, porque los soldados las tiraban en la fuga, y en nuestro poder doscientos y tantos prisioneros [...]³³³

En cuanto a las bajas, el coronel Zuazua puntualiza:

De nuestra parte tenemos que lamentar la muerte de siete de nuestros compañeros de la clase de tropa, la del valiente teniente don Mateo Ramírez del escuadrón de Lampazos y veintidós heridos que he mandado curar en unión de los nuestros a la hacienda de Bocas. Nuestros muertos se sepultaron antes de levantar el campo de la acción, y al mismo tiempo se dio allí sepultura a doscientos y tantos del enemigo [...]³³⁴

Es irrisorio creer que luego de tantas horas de combate encarnizado, hubiesen muerto menos de una decena de personas. Si bien era conocido al carácter aguerrido de los hombres del norte que contaban con la experiencia de haber combatido en innumerables ocasiones contra las tribus de indios de la frontera, el coronel Zuazua pretende, a través del parte de guerra, hacernos creer que hubo tan pocas bajas.

³³⁰ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 39

³³¹ *Historia General de México...*, *op. cit.*, p. 599

³³² Quirarte, *Visión panorámica...*, *op. cit.*, p. 146

³³³ Eduardo Paz. *Reseña histórica del Estado Mayor Mexicano. 1821-1860. Formada de orden superior por el Coronel de Estado Mayor...* México, Talleres del Departamento de Estado Mayor, 1907. Primer tomo, 457 p., apéndice, mapas, pp. 348-349

³³⁴ *Idem*

Por otra parte, debieron ser los soldados de Zuazua, además de “superhombres”, gente con muy buenos sentimientos pues, mientras se sabía que la guerra continuaría de un momento a otro en cualquier punto cercano y al tener solo ocho fosas que cavar, la tropa liberal —que en palabras del coronel estaba cansada y sedienta— se tomó la molestia de dar sepultura ¡a más de doscientos enemigos caídos en combate!

En fin... pasemos al parte que el general Miramón hiciera desde San Luis Potosí, quien narra que luego de dos horas de combate, en las cuales la suerte había sonreído a los suyos, los enemigos se habían fortalecido de nuevo:

Aquellos momentos fueron solemnes y muy críticos para la División que está a mis órdenes, porque el enemigo enorgullecido por su momentáneo triunfo, avanzó rápidamente sobre nuestros dispersos, y aún pretendió asaltar nuestras baterías, que lo contuvieron al fin con sus mortíferos fuegos a metralla; pero sin abandonar por esto la línea primera de sus fortificaciones, que cubrieron con sus tiradores armados de rifles, emprendieron otro nuevo y más encarnizado combate.

Entonces fue cuando el Batallón Ligero de Carabineros que se hallaba aún sin haber tomado parte en la batalla, por un movimiento de flanco que practicó, apareció de improviso sobre la cresta de la cordillera bañando con sus fuegos la línea enemiga y obligándolo a desalojarla violentamente después de dejar en nuestro poder 18 prisioneros de las fuerzas de Nuevo León, los que se encuentran en esta ciudad y dos aventureros americanos, que inmediatamente fueron pasados por las armas recogándose, además, algunas municiones, rifles y caballos.

El enemigo se retiró en desorden hacia la Hacienda de Bocas, sin que a mi me fuera posible perseguirlo, ya por los trenes de la División que no podían seguir ese camino que en ese punto no es transitable para los carruajes, y ya también y muy particularmente por el cansancio de nuestras fuerzas que habían maniobrado por más de cinco horas en un terreno quebrado y que devoradas por la sed, necesitaban algún descanso y satisfacer aquella necesidad imperiosísima [...] ³³⁵

Por su parte, Miramón escribe en cuanto a las bajas:

El enemigo en número de 4,000 hombres perfectamente armados y posesionados, ha perdido más de 600 entre muertos, heridos y prisioneros: por

³³⁵ *Ibidem*, pp. 345-348

nuestra parte lamentamos cerca de quinientos entre muertos, heridos y dispersos [...]”³³⁶

Objetivamente, nos parece más fidedigna la narración de Miramón, por el simple hecho de que no magnifica lo sucedido al punto de que parezca una narración homérica, sino que se limita a puntualizar los aciertos y *errores* de sus propias tropas. Al contar los muertos en el campo de batalla, deja ver un cierto equilibrio de fuerzas entre los conservadores y los fronterizos, e incluso acepta haber tenido más bajas en las filas a su mando de las que calculó el coronel Zuazua.

Por último, solo nos queda mencionar que, si bien los combates solían durar varias horas, nos parece excesivo de parte de Zuazua el señalar que fueron siete horas de lucha encarnizada. El propio Cambre menciona que la batalla duró “más de cuatro horas”,³³⁷ Miramón coincide con él, al fijar la duración en cinco horas. Es muy posible que Juan Zuazua hubiese querido enaltecer el valor de sus hombres, pero a fin de cuentas es notorio que se excedió en sus descripciones, que resultan por demás “increíbles”.

Sobre este hecho de armas, el poeta liberal Guillermo Prieto habría de escribir —a treinta y ocho años de distancia—, un romance que no por favorecer, por supuesto, al grupo al que Prieto pertenecía, deja de ser benévolo con nuestro personaje, a quien podríamos asegurar que el poeta admiraba. Lo reproducimos a continuación:

Zuazua que la marcha sabe
de Miramón el valiente
con sus aguerridas tropas,
con sus numerosos trenes,
con la merecida fama
de sus entendidos jefes,
dispone su plan de ataque,
ve el sitio que le conviene
y en medio de dos laderas
y en lo alto pone a su gente
en el puerto de Carretas
que hasta hoy su nombre mantiene.
Hinojosa, Zayas, Blanco,

³³⁶ *Idem*

³³⁷ Cambre, *op. cit.*, p. 103

Escobedo y Aramberri
 secundan al bravo Zuazua
 bizarros e inteligentes.
 Se empeña la acción tremenda
 y no se sabe quien vence;
 si Zayas asalta en un flanco
 Zuazua a la vez retrocede,
 y si a Escobedo se corta
 irresistible Aramberri
 entra en el campo enemigo
 sembrando terror y muerte
 unido con Miguel Blanco
 que triunfa donde aparece.

Por fin piadosa la noche
 sus negras sombras extiende,
 e indecisos y sangrando
 los terribles combatientes
 del palenque en que luchaban
 a la vez desaparecen.
 Miramón huyó del campo
 dejando heridos y trenes
 y con pérdidas enormes
 dentro San Luis se guarnece,
 proclamando una victoria
 que con su actitud desmiente;
 por disimular entonces
 o por creerlo conveniente
 a Zacatecas se marcha,
 a Manero deja fuerte
 y para San Luis regresa
 listo, activo y diligente,
 brotar haciendo esperanzas
 por el rumbo en que aparece.³³⁸

Mientras en Jalisco Santos Degollado intentaba crear una fuerza considerable con la cual atacar a los conservadores, el coronel Zuazua lograba hacerse de la capital zacatecana, arrebatándola del control del ejército regenerador el 27 de marzo. Miramón no podía impedir esta acción puesto que se encontraba escaso de efectivos y pertrechos de guerra y esperaba en San Luis la recuperación de sus tropas para emprender la marcha sobre los norteros.

³³⁸ Prieto, *Romances... op. cit.*, pp. 214-215

Los avances de los conservadores fueron muchos e indiscutibles: en esos días, los generales Luis Pérez Gómez y Miguel María Echeagaray se habían apoderado de las ciudades de Morelia y Orizaba; su homólogo Miguel Negrete —quien años después destacaría en la lucha contra los franceses y hasta ese entonces militaba en las tropas de la coalición— se pronunció en Jalapa, Veracruz a favor del Plan de Tacubaya.

A pesar de que la guerra se había generalizado y se peleaba el terreno palmo a palmo a lo largo y ancho de casi todo el territorio nacional, se había logrado mantener un cierto decoro en el campo de batalla. Los combatientes, al hacerse de prisioneros enemigos, no habían querido exceder el derramamiento de sangre, con lo cual se procuraba que la guerra fuera un poco más —si se pudiese llamar de esta manera— “civilizada”. Empero, las cosas pronto habrían de cambiar.

El coronel Zuazua, a tan solo tres días de haberse apoderado de Zacatecas, ordenó el fusilamiento del general Antonio Manero, el coronel Antonio Landa, el teniente coronel Francisco Aduna y el capitán Agustín Drechi.³³⁹ Luis Islas García, al referirse a las leyes de guerra que, sin estar escritas, se solían seguir, como el no dejarse llevar por las pasiones políticas, señala:

Zuazua no entendía nada de esto; “se había distinguido... en sus luchas contra los indios salvajes”; su grado de civilización era ínfimo y el ambiente que lo formaba muy duro: a él le pareció lo más correcto fusilar a todos los jefes capitulados, volviendo de ese modo lo que era una guerra decorosa, una implacable catástrofe sanguinaria que envolvería al país, arrastrando, a la larga, a los mismos Zuazua y Vidaurri.³⁴⁰

Perecer en el fragor de la batalla es la muerte que todo hombre de armas encontraría como honorable; nada más heroico que caer por los ideales, llámense éstos patria, libertad, independencia, religión o cualquier otro que hiciese sus veces. Empero, morir fusilado después de una capitulación, después de haber reconocido vencedor al contrario y haber pactado ciertas condiciones que permitiesen el cese del conflicto, resultaba “salvaje” a los ojos de aquellos que, acostumbrados al romanticismo de la época, no dejaban —pese a sus

³³⁹ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 39

³⁴⁰ Islas, *op. cit.*, p. 95

diferencias personales— de poseer ciertos rasgos comunes de caballerosidad. La pluma de Prieto escribe:

Impasible miró Zuazua
de los suyos la victoria,
se muestra bueno y clemente
con la prisionera tropa,
y a Manero, Landa y otros
al patíbulo abandona.³⁴¹

Era la primera vez que se fusilaba a los jefes enemigos: ocurrió en el bando liberal. No sería la única ocasión, pues los conservadores se valdrían más adelante del mismo método. Eran solo vislumbres del porvenir de la Nación.

³⁴¹ Prieto, *Romances... op. cit.*, p. 217

Capítulo 14

Sin tregua

El mes de mayo de 1858 dio inicio con una breve tregua entre los contendientes, con el fin de obtener mayores pertrechos de guerra y reunir un número más considerable de tropas. Benito Juárez, luego de su viaje hacia Panamá, de donde se embarcó para La Habana y de ahí a Nueva Orleáns, desembarcó en el puerto de Veracruz con su gabinete.

El gobernador del Estado, Manuel Gutiérrez Zamora, recibió al abogado oaxaqueño, quien se pondría al tanto de la situación del país y retomaría las riendas del gobierno liberal. Pero, si Juárez había salido del territorio nacional, ¿en quién habían recaído las “facultades extraordinarias” que el Congreso —o mejor dicho, la Junta que hacía las veces del mismo para los liberales— le había otorgado al nombrarlo presidente? Luis Reed Torres nos responde:

Al salir de Guadalajara ante el avance de los conservadores, don Benito dejó investido de facultades extraordinarias al general Anastasio Parrodi, un militar que ni siquiera era mexicano, sino oriundo de la isla de Cuba. Y lo menos que se puede preguntar es si semejante delegación de poderes en un extranjero encaraba visos de legalidad.

El biógrafo de Tomás Mejía continúa:

Poco antes de embarcarse rumbo a tierras extranjeras el 11 de abril de 1858, Juárez delegó luego, tras de la capitulación de Parrodi ante los conservadores, las pretendidas facultades extraordinarias en Santos Degollado, quien a su vez las entregó a Santiago Vidaurri y éste a Juan Zuazua quien, por último, las cedió a un bandido apellidado Aranda, de quien el coronel liberal Manuel Valdés asienta que era “un segundo Pueblita, de conducta criminalísima que por doquiera pasaba cometía atrocidades”; y de quien el propio Degollado decía que “era tan cobarde, que Epitacio Huerta, que recoge cuanta basura se le presente, lo depuso y lo corrió”. De esta manera, el argumento legalista ejercido por un Presidente fue decayendo paulatinamente hasta declinar en manos de un vulgar hampón, así reconocido por los de su propio grupo.³⁴²

³⁴² Reed Torres, *op. cit.*, p. 65

Gutiérrez Zamora dio a Juárez todas las facilidades en su haber para que el gobierno liberal tuviese una sede, misma que, por otra parte, resultaba de gran beneficio para los liberales porque el puerto de Veracruz era la puerta de entrada al país, además de que su aduana era una de las más importantes fuentes de ingresos para la hacienda pública.

Juárez se puso entonces en contacto con Santos Degollado, para saber la situación de las tropas liberales en el campo de batalla. Degollado, quien se encontraba en Colima, mandó una comunicación al presidente, fechada el 9 de mayo, donde le informaba de la supuesta derrota de Miramón a manos de “los valientes fronterizos de Zuazua” en el Paso de Carretas, a lo cual añadía que las brigadas conservadoras “habían sido destrozadas”.³⁴³

Mientras tanto, Miramón se encontraba aún en San Luis Potosí, en espera de recibir órdenes del general Osollo, quien se encontraba en la capital con el presidente Zuloaga. Cabe mencionar que Osollo no se encontraba bien de salud, razón por la cual no había salido él mismo a dirigir la campaña del interior; además, su visita al primer mandatario obedecía a la necesidad de organizar una buena ofensiva contra los liberales.

La campaña emprendida era insuficiente; más aún si se toma en cuenta que el presidente Zuloaga se mantuvo ajeno a los hechos de armas al haber delegado todas sus responsabilidades de guerra en los militares Osollo y Miramón: se esperaba de él algo más que la indiferencia que mostraba. Sobre el primer mandatario conservador, señala Luis Islas García:

Casi nos atrevemos a decir que la derogación de las leyes persecutorias [del clero y el ejército], es un paso que da con la confianza de que la propia dinámica de las circunstancias dará vida a los nuevos decretos; también se transparenta la idea de que hay la esperanza de que el movimiento político quede transformado en una pseudo-mística con fundamento en la religión católica y que se quiere descansar sobre los hombros del clero una actividad política de agitación que no le compete y sobre cuya capacidad se tienen lecciones adversas en los tiempos de Comonfort. Ni otro modo de ser podía esperarse del presidente Zuloaga: era liberal, se había dado cuenta de los horrores de llevar esas ideas a sus últimas consecuencias y entonces había reaccionado. Un simplista *reaccionario* típico, con la incapacidad creadora de

³⁴³ Juárez, *Documentos... op. cit.*, tomo 2, pp. 379-380

éstos, con sus limitaciones, con su escepticismo: ese era el jefe de la revolución Regeneradora.³⁴⁴

La estancia de Miramón en San Luis Potosí fue, además de necesaria para la reorganización de su ejército, de suma importancia para las operaciones del centro de la República, por la posición en que se encontraba la capital potosina. El general se dedicó también a mantener la seguridad de la plaza a su mando, sin permitir que surgiese brote rebelde alguno; se trataba de evitar cualquier tipo de conspiración contra el gobierno conservador.

Prueba de ello es la comunicación que remite el general Miramón al ministro de Guerra y Marina José de la Parra, fechada el 7 de mayo de 1858, donde le informa sobre un médico local que al parecer era peligroso para el orden establecido. El documento refiere que “[...] no siendo conveniente a la tranquilidad del Departamento la permanencia en él del Médico don Buenaventura Paz, he dispuesto marche a presentarse a esa superioridad a fin de que se le señale el lugar en que debe residir”.³⁴⁵

Y es que el enemigo estaba realmente cerca.

El avance a Guadalajara

El día 20 de mayo sucedió algo que cimbró a los liberales: el teniente coronel conservador Manuel Piélagos —quien se encontraba en Guadalajara bajo las órdenes del general Francisco G. Casanova— salió de la capital tapatía rumbo a la hacienda de Providencia, propiedad del ex gobernador liberal de Jalisco, Ignacio Herrera y Cairo. Sin mayor pretexto que su simple voluntad y el deseo de saciar su sed de venganza, el dueño de la hacienda fue tomado prisionero y pasado por las armas.³⁴⁶ El fusilamiento de Manero y compañeros había estremecido a los conservadores; el de Herrera y Cairo hizo sus veces con los liberales.

³⁴⁴ Islas, *op. cit.*, p. 96

³⁴⁵ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 5660, foja 01, mayo 7 de 1858

³⁴⁶ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 41

Poco o casi nada se ha dicho sobre la estancia de Miramón en San Luis Potosí; empero, hemos podido indagar un poco más allá de lo que se ha escrito con anterioridad. La llegada a dicha ciudad —el 30 de mayo— del general Osollo, cuyo objeto era el hacerse cargo de las operaciones del ejército, no trajo al joven general Miramón la tranquilidad que éste deseaba.

El ambiente continuaba sombrío: Osollo seguía enfermo, por lo cual tuvo que permanecer en cama en vez de ponerse al mando de sus tropas; el dinero para pagar el sueldo de éstas, más que escaso, era inexistente. Además de que llegaban noticias de que el ejército de Degollado se dirigía a Guadalajara, con el objeto de tomar la plaza. Al enterarse de esto, Miramón ordenó la marcha inmediata hacia la capital tapatía para hacer frente al enemigo.

Las comunicaciones tardaban mucho en llegar, por lo que, sin el permiso del general en jefe ni del presidente de la República, tomó la decisión de hacer lo que más convenía —según su parecer— para el triunfo de la causa por la que peleaba.

Una vez emprendido el camino, las tropas se detuvieron en la hacienda de las Pilas, desde donde el general escribió al ministro de la Guerra:

Desde el primer aviso que recibí ayer, de la marcha que todas las hordas constitucionalistas emprendían sobre la plaza de Guadalajara, y cuyo número no baja de cuatro a cinco mil hombres, comprendí que sin un auxilio pronto y de consideración, esa plaza estaba expuesta, pues se debía contar con que el enemigo tenía, además de la fuerza mencionada, la de dos o tres mil con que el sur de dicha plaza está también amagada; por otra parte, siendo la reunión de casi todas las fuerzas federalistas la que se efectúa en esos rumbos, habría permanecido sin objeto este cuerpo de Ejército en San Luis [...]

Sobre las razones que lo llevaron a lanzarse sobre el enemigo, refiere:

[...] además, [dada] la desgraciada enfermedad de que se halla agobiado el señor General en jefe [sic], poniéndome al frente de estas fuerzas, mi reputación podría sufrir, si atendiendo solo a los recursos pecuniarios con que contaba, o a esperar órdenes del Supremo Gobierno, hubiera permanecido sin moverme. (Apoyado por consiguiente en todas las razones expuestas y en otras muchas que no deben ocultarse a Vuestra Excelencia por ser muy obvias, dispuse salir en la dirección ya indicada, con tres mil quinientos

hombres de todas armas y diez y ocho piezas de artillería, dejando en San Luis, a más de la guarnición que se le tenía señalada de antemano, 500 infantes, 4 piezas y 500 caballos, para que si el señor General en jefe se reestablecía pronto, como es de esperarse, pudiera, con más de mil hombres reunirse a estas fuerzas.³⁴⁷

Miramón señala también que ante la escasez de recursos del ejército y la noticia de que debía esperar para obtenerlos de parte del gobierno, ordenó un préstamo forzoso entre los comerciantes de la ciudad, a fin de obtener la cantidad de sesenta mil pesos, mismos que permitirían a las fuerzas a su mando poder movilizarse contra el enemigo. De esta cantidad pudo reunir únicamente cuarenta y dos mil, que sirvieron para pagar los sueldos atrasados a sus hombres, “dando diez días de tropa y [la] tercera parte para [los] oficiales”.³⁴⁸ Sin embargo, el general parece preocupado porque el Supremo Gobierno mande la cantidad necesaria para cubrir “en muy corto plazo y con la mayor religiosidad el citado préstamo”.³⁴⁹

Es evidente que la ayuda mandada —tanto por el gobierno conservador como por el liberal— a las tropas era escasa, más aún si tomamos en cuenta la difícil situación financiera del país. Zuloaga había ordenado a Miramón que solo una fuerza menor, “de mil o mil quinientos hombres” fuera a auxiliar a la ciudad de Guadalajara, mientras que él se quedaba a “continuar sus operaciones” en San Luis Potosí. Miramón, pese a haber recibido la orden, no obedeció al gobierno conservador. Él mismo expone las razones:

Casi me parece inútil, con lo ya dicho, hacer observar que mil a mil quinientos hombres serán agobiados por el número en cualquiera parte y sobre todo si el enemigo tomaba posiciones.

En cuanto a lo segundo, es decir, a no interrumpir mis operaciones, desde luego, como ya tengo también dicho, no hay operaciones sin dinero; y por último, el haber dirigido el grueso de mis fuerzas sobre el grueso de las del enemigo, me ha parecido lo más afortunado y lo único posible en las presentes circunstancias.

³⁴⁷ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 5720, fojas 039-041, junio 12 de 1858*

³⁴⁸ *Idem*

³⁴⁹ *Idem*

De este modo Miramón, al frente de sus tropas y reforzados por las fuerzas del comandante general de Morelia, Pánfilo Galindo —mismas que se le unirían en la población de Lagos, Jalisco³⁵⁰— se dirigió a hacer frente a los llamados “constitucionalistas” de Santos Degollado. Al día siguiente, las fuerzas liberales intentaron sin éxito tomar la ciudad de Guadalajara.

Las tropas conservadoras se encontraban, mientras tanto, en el poblado de Zapotlanejo, cercano a la capital jalisciense, desde donde Miramón informa al ministro de Guerra que el Gobernador y Comandante General del Departamento de Jalisco, Francisco G. Casanova, se encontraba desesperado al no tener recursos con que sostener el sitio ni pagar el sueldo a las tropas.

En su comunicado al Supremo Gobierno a través de Miramón, el general Casanova señala que los préstamos forzosos a los que había recurrido eran, además de insuficientes, una fuente de odios y desprestigio para el ejército conservador, al grado de que “ya huyen los que tienen algo que se les pueda exigir”. Por otra parte, se queja de que el obispado de Guadalajara le “cierra completamente la puerta y se niega a auxiliar más a esta guarnición, fundándose en que la Iglesia ha dado ya demasiado”.

Ante tal situación, Casanova amenaza:

[...] si Vuestra Señoría no accede a mi pretensión [de obtener más recursos] le advierto que abandono la ciudad, y con las fuerzas que componen mi guarnición emprenderé mi marcha hacia la capital de la República, donde la presentaré al Supremo Gobierno para que disponga de ella como guste.³⁵¹

El ministerio de Guerra respondió al general Miramón que la ayuda ya iba en camino;³⁵² sin embargo, Guadalajara duraría poco tiempo amagada por los liberales. Con respecto a Santos Degollado, el historiador Martín Quirarte señala que “le pone sitio [a dicha ciudad], pero sabiendo que se aproxima Miramón para auxiliar la plaza, desiste de su

³⁵⁰ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 5725, foja 10, junio 12 de 1858*

³⁵¹ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 6275, fojas 01-02, julio 17 de 1858*

³⁵² *Idem*

propósito”,³⁵³ y sale con sus fuerzas de regreso a Colima el 21 de junio de 1858. De este modo, los conservadores de Miramón logran entrar a la capital tapatía sin hacer uso de las armas, tan solo dos días después.

La barranca de Atenquique

A su llegada a Guadalajara, Miramón fue recibido con festejos en su honor, mismos que fueron interrumpidos ante la llegada de una mala noticia: el día 18 de junio había fallecido en la ciudad de San Luis Potosí, el General en jefe el ejército conservador, Luis Gonzaga Osollo.

De treinta y dos años de edad, el tifo arrebató la vida al militar que se había distinguido en el campo de batalla por su valentía y nobleza. Luis Islas García señala que:

[...] la catedral de Guadalajara está de luto y en sus naves sube el eco de los responsos. Un hombre ha muerto, mientras el ejército marchaba al combate: la espada, inmóvil, reposa en el catafalco; la espada que dejará caer como última voluntad en las manos de su amigo Miramón. Hace siete días de esta tragedia: por eso no salió el nobilísimo Osollo al frente de las tropas: quedaba en cama, enfermo, en espera de noticias. Ya no las recibió, sino el último sacramento. Tristísimo está el segundo jefe por la muerte de su amigo, mientras de rodillas musita *requiescat*; tristísimo el ejército Regenerador, que bate sus tambores enlutados [...]³⁵⁴

El general Miguel Miramón acababa de quedar, por consiguiente, a la cabeza del primer cuerpo del ejército de operaciones —o división del Norte. Pese al luto en las filas conservadoras, la guerra continuaba, por lo que Miramón trazó su plan de campaña, mismo que comunicó a sus superiores y que en pocas palabras decía:

El día de ayer [23 de junio] he llegado a esta ciudad de la cual había levantado el sitio el enemigo el 21 a las seis de la mañana. Según las noticias que el señor general Casanova ha tenido y que me ha comunicado, los constitucionalistas se retiran rumbo hacia Colima. La falta absoluta de

³⁵³ Quirarte, *Visión panorámica...*, op. cit., p. 146

³⁵⁴ Islas, op. cit., p. 99

recursos me impide el perseguirles inmediatamente, a fin de aprovecharme del desorden consiguiente a la pérdida de moral que en casos semejantes ocurren, de manera que aún cuando salga al momento que tenga estos, el tiempo que transcurra es suficiente para que ellos se alejen, pasen la Barranca de Beltrán, que consideran impasable, defendida por el lado opuesto, y se rehacen del desorden de su marcha; no obstante, solo espero los recursos para moverme, atacar y tomar Colima y enseguida dirigirme a Morelia para pacificar el departamento de Michoacán, con lo cual quedaré ya expedito para emprender sin ningún temor la campaña del Norte, dejando asegurado el interior.³⁵⁵

Manuel Cambre señala que el ejército de Miramón contaba con seis mil hombres “bien vestidos y equipados, con numerosos trenes, artillería y parque”, de los cuales salieron hacia el sur, el 25 de junio, mil de éstos. El resto, con su general en jefe, dejó la capital tapatía al día siguiente.³⁵⁶ Mientras tanto, la ciudad de San Luis Potosí fue tomada a viva fuerza por las tropas fronterizas de Zuazua, a las nueve de la mañana del día treinta de junio.³⁵⁷ Nada pudo hacer la escasa guarnición de la capital potosina ante el ataque. Pero no sucedería lo mismo en el camino de Guadalajara a Colima.

La suposición de Miramón resultó cierta, ya que Degollado colocó a sus tropas en las ventajosas posiciones del lado opuesto de las barrancas de Atenquique y Beltrán, desde donde esperó la llegada del enemigo. El 2 de julio de 1858 se libró la batalla de Atenquique, en la cual ambos ejércitos pelearon valientemente.

Tanto liberales como conservadores se adjudicaron el triunfo en esta acción de armas y los autores no han logrado tampoco ponerse de acuerdo: la historiadora Lilia Díaz señala que Miramón derrotó a Degollado;³⁵⁸ lo mismo sucede —evidentemente— con los biógrafos del general conservador: Islas García, Sánchez Navarro y González Montesinos. Martín Quirarte únicamente señala que ambos ejércitos “se batieron con bravura” y “tuvieron pérdidas considerables”.³⁵⁹ Guillermo Prieto habla de una “victoria indecisa”,³⁶⁰ lo mismo que Justo Sierra³⁶¹ y Agustín Rivera y Sanromán.³⁶²

³⁵⁵ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XU 481.3 / 5720, fojas 044-045, junio 24 de 1858*

³⁵⁶ Cambre, *op. cit.*, pp. 126-127

³⁵⁷ *Idem*

³⁵⁸ *Historia General de México...*, *op. cit.*, p. 599

³⁵⁹ Quirarte, *Visión panorámica...*, *op. cit.*, p. 146

³⁶⁰ Prieto, *Romances...*, *op. cit.*, p. 226

³⁶¹ Sierra, *Evolución...*, *op. cit.*, p. 206

Empero, nos parece más interesante ver lo que expusieron los protagonistas — Miramón y Degollado— a sus superiores: en una comunicación, fechada el día 4 de julio desde el poblado de San Marcos, situado a la orilla de la Barranca de Beltrán, el general en jefe liberal señala al presidente Juárez:

El día 2 llegó [Miramón], entre las 11 y 12 de la mañana, a la orilla de la barranca de Atenquique. En el lado opuesto tenía yo la infantería de la 1ª brigada y los rifleros del señor [Miguel] Blanco, sin artillería. El enemigo nos batió con sus 14 piezas, con sus tiradores con muy buen armamento y, por tres veces, formado en columna, quiso pasar; pero otros tantas fue rechazado, perdiendo como 200 muertos y heridos, y más de 400 dispersos. Hicimos diez prisioneros y se nos presentaron cosa de 16 soldados, a pesar de las dificultades del terreno. La acción terminó con la luz y, aunque victoriosos por retirarnos para este punto, porque ya todas las piezas estaban a salvo en Beltrán [...]³⁶³

Miramón, por su parte, mandó una primera comunicación el día 3 de julio desde el cuartel en la barranca de Atenquique, en la cual solo participaba al Supremo Gobierno del “triumfo que nuestras armas han obtenido sobre los facciosos”,³⁶⁴ para más tarde hacer una relación más detallada —fechada el 7 de julio desde Guadalajara— de los acontecimientos; el general conservador señala en la misma:

Para juzgar cuales fuesen las intenciones del enemigo, dispuse que la batería de la derecha rompiese el fuego; éste dio un brillante resultado, pues hizo pedazos los pelotones que estaban al borde de la barranca, obligándolos a replegarse a la entrada opuesta donde quedó, con este movimiento, el grueso de sus fuerzas. No habiendo ya al frente de nuestra derecha enemigo a quien batir, ordené que la batería pasase a la izquierda y que medio batallón de cazadores y medio de carabineros siguiesen el movimiento ya indicado del tercero ligero, avanzando sobre el camino directo a la barranca: todas estas fuerzas emprendieron inmediatamente un ataque formal sobre las distintas posiciones que ocupaba el enemigo, favorecido por el bosque y lo quebrado del terreno [...]

³⁶² Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 41

³⁶³ Juárez, *Documentos...* *op. cit.*, tomo 2, pp. 401-402

³⁶⁴ Paz, *op. cit.*, pp. 411-412

El ataque se volvió más encarnizado. Miramón habla del avance de sus hombres que pretendían llegar a la salida de la barranca:

[...] el enemigo hizo una resistencia obstinada, emprendiendo con todas sus fuerzas un ataque sobre nuestras avanzadas: entonces hice que la artillería dirigiera sus fuegos hacia aquel punto y que el resto de los batallones de Carabineros y de Cazadores, con los tres obuses de montaña, marchasen a reforzar las posiciones adquiridas. Nuestra artillería cumplió su deber con tanto acierto que desbarató completamente el ataque del enemigo, causándole multitud de muertos y heridos y dispersándole el resto de su gente. Entretanto, los esfuerzos de nuestros batallones no eran infructuosos y aunque perdieron alguna fuerza y disputaban palmo a palmo el terreno por donde avanzaban, consiguieron quedar dueños de todas las posiciones.³⁶⁵

Luego llegó la noche. Miramón concluye con un recuento de lo ganado al enemigo tras siete horas de combate, en las cuales las tropas conservadoras dispararon “700 tiros de cañón, dejando en mi poder [los liberales] 122 muertos, mayor número de heridos, armamento, caballos y trenes”.³⁶⁶ Vencedores o vencidos, ambos ejércitos se replegaron con el objeto de reorganizarse y descansar, o intentar hacerlo, antes del siguiente enfrentamiento.

Lo cierto es que los ejércitos que se batieron lo hicieron con un arrojo y valentía pocas veces vistos. Cientos de hombres quedaron muertos en el campo de batalla, hombres que quizás se conocían, que tal vez habían sido amigos en otros tiempos. Pero la guerra era así. El mismo Miramón sabía que en la trinchera enemiga, al otro lado de la barranca, peleaba con valor su gran amigo del Colegio Militar, su hermano, Leandro Valle.

³⁶⁵ *Idem.*

³⁶⁶ *Idem.*

Capítulo 15

El Joven Macabeo

El gobierno de Zuloaga ratificó su nombramiento como primer jefe del Ejército del Norte, “en justa recompensa de su valor, instrucción, lealtad y capacidad”, además de otorgársele una cruz y una espada de honor.³⁶⁷ Pero para él no eran esos tiempos de recibir honores, sino más bien de actuar de inmediato antes de que el enemigo lograra ganar más terreno.

En este punto nos encontramos con una dificultad para localizar a Miramón: mientras sus biógrafos mencionan que viajó a la capital por unos días, tenemos también noticias de que estuvo en el departamento de Guanajuato. Trataremos de analizar cada una de las fuentes: en un parte remitido al ministerio de Guerra, cuya fecha al calce es del 9 de julio de 1858, Miramón se encontraba en Guadalajara. En dicho documento señala que es necesario marchar a Guanajuato antes de que el enemigo —que se encuentra en San Luis Potosí— intente tomar esa plaza. Sin embargo, señala que al no poder hacerlo por la falta de dinero para pagar a las tropas, entregaría el mando a su segundo, el general Luis Pérez Gómez, y marcharía solo a la capital.³⁶⁸

Hasta aquí todo parece normal: tanto Islas García como Sánchez Navarro mencionan que pasa unos días en la capital, mismo que puede ser corroborado por Concepción Lombardo, quien recibió al joven general en su casa. Éste había sido informado por su hermana Paz Miramón —discípula del maestro de piano Manuel Meneses, quien también tenía como pupila a Merced Lombardo, hermana de Concha— del lugar donde residían. Concepción señala que:

[...] dije al desconocido: “Usted dispense, ¿con quien tengo el gusto de hablar?”, entonces él, extendiéndome la mano me dijo: “¿Cómo, Concha, no me conoce usted? Soy Miramón y vengo a ofrecerle a usted mi banda de general.” En esto entraron mis hermanas y yo toda cortada, le contesté: “ya no son tiempos de bromas, aquello lo dije sin pensar”, pues bien, me contestó, yo lo he tomado a lo serio, y dirigiéndose a mi hermana Lupe, le estrechó la

³⁶⁷ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, , carpeta 1-1, legajo 72

³⁶⁸ Paz, *op. cit.*, p. 412

mano y le dijo, “conque Lupe, le pido a usted formalmente la mano de Concha”.³⁶⁹

Las hermanas Lombardo tomaron esto a broma, pero el general insistió. Al día siguiente, Concha le contó que estaba comprometida con un inglés, de apellido Perry, aunque no lo quería, por lo cual había entrado a un convento y no sabía todavía como romper con él. Ante esto Miramón insistió en que se casara con él, dado que no sentía nada por el inglés. Prometió ir al día siguiente pero no lo hizo; en una carta, al parecer fechada el 31 de julio “a las dos de la mañana”, Miramón escribe:

Cómo me da pena en este momento, que son las dos de la mañana, escribir la noticia de que mi presencia es indispensable en Guanajuato; me marcho con el sentimiento de no poder decirte adiós; pero con la esperanza de que a mi vuelta serás mía para siempre; espero me escribas por conducto del Presidente que todo lo sabe y no olvides al

General Miramón.³⁷⁰

Sin embargo, el problema empieza al encontrarnos con documentos fechados en 20, 23, 24 y 26 de julio, escritos por Miramón desde San Juan de los Lagos, León, Silao y Guanajuato respectivamente. ¿Cómo podría haber estado en dos lados al mismo tiempo, si tomamos en cuenta que según Concha Lombardo, él estaba en México? Analicemos los documentos:

Miramón escribe el 20 de julio al gobernador y comandante general de Guanajuato:

Según las noticias que he recibido, el enemigo reforzado y con un total de tres mil hombres y doce piezas se prepara a dar batalla contra la división que es a mis órdenes; tal vez me sea imposible evitarle como deseaba hasta lograr nuestra incorporación, pero como estoy seguro que del bueno o mal éxito de esta jornada depende la existencia del gobierno, conjuro a Vuestra Excelencia a nombre de la Patria que no se aleje, sino que por el contrario se sitúe en Irapuato el día 24, cuyo día estaré yo en Silao: de esta manera estaremos reunidos sobre el puesto que creamos más a propósito y obraremos según las circunstancias lo exijan.³⁷¹

³⁶⁹ Lombardo, *op. cit.*, p. 123

³⁷⁰ *Idem*

³⁷¹ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 5725, foja 18, julio 20 de 1858*

Luego de su movilización hacia el citado departamento, lo encontramos en la ciudad de León tres días más tarde, es decir, el 23. Ahí se enteró de que las fuerzas de Guanajuato, Querétaro y Sierra Gorda formarán una sola división, denominada “del Centro”. Asimismo, queda enterado de que el Supremo Gobierno lo ha nombrado General en jefe de la División del Norte, cuyo cargo aceptó “dando las gracias a esa superioridad”.³⁷²

Al día siguiente movilizó sus tropas a Silao, desde donde informó al gobierno que, según le comunicó el Prefecto de Guanajuato, las fuerzas liberales habían ya salido de esa ciudad por lo que sería ocupada por sus tropas al otro día, con el fin de nombrar a las autoridades que el gobierno conservador dispusiese.³⁷³

Y así sucedió: el 25 nombró gobernador de Guanajuato al general Feliciano Licega, y dispuso que sus tropas se situaran en Silao e Irapuato, lo cual lo informó el día 26 de julio desde la capital guanajuatense.³⁷⁴

Entonces, ¿cómo es que Concha menciona que estuvo varios días en la capital y salió de ésta el 31 de julio en la madrugada, con el objeto de ir a Guanajuato donde su presencia era necesaria? Creemos haber encontrado la razón.

En efecto, Miramón debió haber estado en la capital con el fin de que el gobierno le proporcionase los recursos para continuar con la lucha, porque si no, ¿de qué modo hubiera podido avanzar hacia Guanajuato? Debemos recordar que él mismo mencionaba que, de no tener recursos, no podría iniciar su marcha. Dado que sus tropas sí avanzaron sobre Guanajuato, podemos deducir que sí tenía los recursos, por lo que es muy factible que hubiese viajado, solo, a la ciudad de México.

Por otra parte, entre la primera comunicación —del día 9 de julio, donde menciona su traslado a la capital de la República— y la siguiente, fechada el 20 del mismo en San Juan de los Lagos, hay once días en los que no sabemos nada de él. Por ello hemos llegado a la conclusión que fue en ese lapso que se presentó ante Zuloaga, visitó a su familia y más

³⁷² *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 6563, foja 01, julio 23 de 1858

³⁷³ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 5918, foja 001, julio 24 de 1858

³⁷⁴ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 5918, foja 03, julio 26 de 1858

tarde a las Lombardo. Fue entonces cuando le comunicaron que era necesaria su presencia en Guanajuato.

De ser así, ¿por qué se encontraba en San Juan de los Lagos, Jalisco, el 20 de julio, en vez de estar en Guanajuato? La respuesta es muy simple: porque su ejército estaba en Guadalajara; él mismo mencionó que viajaría solo a la capital, razón por la cual debió regresar por las tropas y una vez iniciada la marcha, se debió detener en San Juan de los Lagos, desde donde escribió el documento ya citado.

Entonces, para concluir este punto, ¿porqué la carta que estaba en posesión de Concha está fechada el 31 de julio, según menciona en sus memorias la viuda de Miramón, o el 21 de julio, según aparece transcrita en el apéndice? Tal parece que hubo una confusión, debida quizás a la prisa con que fue escrito el recado —en una tarjeta de visita— ya que en el mismo la firma aparece ilegible. La fecha y hora están señaladas en el anverso, lo cual nos da dos posibilidades: tal vez la anotación fue hecha después o, tal vez —desgraciadamente no nos fue posible revisar las cartas originales de Miramón a Concha— la fecha es otra. No sabemos con certeza.

Lo cierto es que Miramón se encontraba, a finales del mes de julio, muy ocupado con la organización de la campaña que habría de tenerse en contra de los liberales que estaban a poca distancia, en la ciudad de San Luis Potosí.

La adarga y el brazo fuerte

El mes de agosto, Miramón ocupó gran parte de su tiempo en tratar de reunir tanto los recursos como los hombres necesarios para batirse con las fuerzas liberales comandadas por Vidaurri. Sin duda, el joven general sabía que la suerte estaba de su lado y, pese a lo que pudiésemos creer, su mente no estaba únicamente ocupada por los asuntos de la guerra: la última visita a la capital le había generado nuevas esperanzas con respecto a la señorita Lombardo, la cual, pese a las continuas negativas que ella misma afirma que solía dar al militar, parece que no era tan indiferente a las pretensiones de éste.

Lleno de confianza, Miramón escribe a Concha —el 2 de octubre desde la ciudad de Querétaro—, pidiéndole se digne a contestarle. En sus propias palabras expone: “deseo ver tus letras y saber que eres mía para siempre”.³⁷⁵ Aquella jovencita que en un tiempo aseguró no querer verse unida a un militar, al parecer cedía.

La respuesta de Concha llegó a manos de Miguel Miramón el día 12 a Guanajuato, sitio donde se encontraba el caudillo. La señorita Lombardo había aceptado a su pretendiente, el cual tomó la pluma de inmediato y contestó:

Tu carta que he recibido hoy me ha causado gran placer, pues en ella me manifiestas que eres mía, créeme que antes si no me parecía la vida indiferente, a lo menos no la apreciaba cual ahora, y te juro que voy a activar la campaña cuanto posible me sea, a fin de que concluida con felicidad como es de esperarse, me una contigo para toda la vida.³⁷⁶

Luego de varios años de pretenderla, Concha cedió. Quizás la banda de general, la terquedad de Miramón o el carisma que día a día crecía en el militar, influyeron en la decisión de la indecisa señorita Lombardo. Y es que en realidad los triunfos del joven general le habían dado fama y prestigio no solo entre los conservadores, sino también en el campo enemigo. Pocos personajes han logrado el reconocimiento de propios y extraños por sus cualidades, Miramón era uno de ellos. Justo Sierra escribe sobre él:

Miramón, muerto Osollos [sic], ocupaba el primer puesto [del ejército]; iba a consolidarlo con señaladas victorias. Miramón tenía veinticinco años, y es prodigioso cómo pudo imponerse al viejo ejército, cómo se hizo obedecer por todos, como colmó su inmensa ambición sin envanecerse, casi, y como se sirvió del admirable instrumento de guerra de que disponía, para organizar sus campañas con un golpe de vista casi infalible y una audacia de ejecución casi milagrosa.³⁷⁷

Ya hacía tiempo que tanto a Miramón como a Osollo se les apodaba “los Macabeos”, en honor a los hermanos hebreos, defensores de su religión, que combatieron a

³⁷⁵ Lombardo, *op. cit.*, p. 681

³⁷⁶ *Ibidem*, p. 682

³⁷⁷ Sierra, *Evolución... op. cit.*, p. 206

los antíocos de Siria.³⁷⁸ Empero, la muerte del primero, así como la juventud y valentía del segundo le valieron que pronto fuese llamado “el Joven Macabeo”, mote que los enemigos también utilizaron para referirse al novel militar al que, sin duda, muchos temían y otros tantos, como Guillermo Prieto, admiraban. Para muestra, basta la descripción que de él hace el poeta:

Franco, listo, enamorado,
asombro de los valientes,
servicial con los amigos,
buen soldado, buen jinete;
en la ciudad caballero
y calavera decente;
en el campo de batalla
siempre confiado y alegre;
del conservador partido
la adarga y el brazo fuerte...³⁷⁹

La espera en Guanajuato se hace eterna, puesto que ni cuentan con los recursos, ni con los suficientes pertrechos de guerra, ni con los hombres necesarios para combatir a un enemigo que se sabe es mayor en número y que posee buenas armas. En las cartas a Concha, Miramón expone sus esperanzas en la llegada de los generales Tomás Mejía y Leonardo Márquez, con cuyo auxilio podrá librar pronto la batalla esperada contra Vidaurri.³⁸⁰

La falta de acción altera los ánimos del *Macabeo*; en otra carta, fechada el 21 de agosto, éste confiesa a Concha lo que le había sucedido al no tener noticias suyas en los últimos días:

[...] la falta de tus cartas me habían hecho pensar mil necedades, entre otras el que me olvidabas por el mismo hombre que ya otra vez se me interpuso hace tres años y al cuál preferiste, obligándome con esto a continuar unas relaciones que yo corté por ti y que por ti volvía reanudar; dejaba este pensamiento para caer en otro que me representaba con rival más afortunado; de éste pasaba al que creía más realizable, pues suponía que no obstante

³⁷⁸ 2-*Macabeos*, 8:1

³⁷⁹ Prieto, *Romances...*, op. cit., p. 73

³⁸⁰ Lombardo, op. cit., p. 682

haberme escrito tu carta por mi mala suerte padecía un extravío y de conjetura en conjetura y de un pensamiento a otro el resultado era que tan deseadas letras no las veía y por consiguiente mi humor era fatal y mis días pesados, hasta que al fin, como te digo, el día de ayer me desengañé de mis infundados pensamientos[...]

¿Dónde estaba la seguridad de tan solo unos días atrás? ¿Acaso el general más joven, el militar más importante del partido conservador, estaba a punto de perder la cabeza por celos?

Por otra parte, en la misma misiva Miramón asegura el éxito será suyo en su próximo enfrentamiento contra las fuerzas de Vidaurri, que supone oscilaban entre los cinco y los siete mil hombres, con cuarenta y dos piezas de artillería, pese a que él apenas contaba con 2,500 hombres y treinta y siete piezas.³⁸¹ Sin duda, estaba seguro de su éxito en la campaña del interior, más se sentía inseguro en el campo de batalla de la señorita Lombardo.

Pronto habría de recibir órdenes del gobierno de Zuloaga. La comunicación fechada el 24 de agosto señala que al general Miramón que, si en verdad cree necesaria la ayuda del general Márquez, la tendría, aunque éste marcharía solo con el Batallón de Toluca y la batería de batalla, pues era necesario que sus fuerzas se quedarán en Acámbaro bajo el mando del coronel Marcelino Cobos, pues de otro modo podría perderse el control de la zona.³⁸²

Por otra parte, se le ordena no comprometer acción ninguna a menos de estar seguro del buen éxito de la misma, “aprovechando todas las ventajas que puedan proporcionarle la superioridad de sus fuerzas en artillería y el terreno en que pueda atraer al enemigo”.³⁸³ Por último, se le conmina a que, luego de haber tomado San Luis Potosí, se apodere de Zacatecas y Aguascalientes y las defienda “a todo trance” pues debían servir como base de las posteriores operaciones. El ministro de Guerra José María García le asegura que se

³⁸¹ Lombardo, *op. cit.*, p. 683

³⁸² Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XVI 481.3 / 5736, fojas 001-002, agosto 24 de 1858

³⁸³ *Idem*

atenderá a la brevedad el asunto del dinero, “para que a esas beneméritas tropas no les falte ni se entorpezcan por esto las operaciones de la campaña”.³⁸⁴

Sin embargo, no solo en el campo conservador había problemas económicos. Manuel Cambre señala:

[...] ambos partidos contendientes se encontraban con que los fondos públicos ordinarios y extraordinarios se habían agotado anticipadamente, dificultad superable, tomando dinero de las arcas clericales, única fuente donde abundaban y de la cual podían obtenerse, de grado por los conservadores, y por los constitucionalistas solo a la fuerza.³⁸⁵

Debemos recordar que, como ya lo hemos podido comprobar, la Iglesia tampoco estaba conforme con proporcionar ayuda económica a los conservadores, y si lo hacía no era de buena gana. Cambre continúa:

Miramón, sin que conste en la historia de la hacienda pública de dónde adquirió los cuantiosos recursos que necesitaba en aquella ocasión para organizar y mantener un cuerpo de ejército de seis mil hombres a fin de emprender nuevamente operaciones contra los liberales, comenzando por los Estados del Norte, obtuvo dichos recursos, los cuales no pudieron venirle más que de la hacienda del clero; y los gobernadores constitucionalistas de Nuevo León y Coahuila y Zacatecas, fundándose en que se invertían los fondos piadosos en armar y sostener ejércitos reaccionarios, decretaron la ocupación de los capitales del clero, para las atenciones de la guerra [...]³⁸⁶

Los elementos con que contaba Miramón no eran tantos, pues de haber sido así hubiese atacado San Luis Potosí desde tiempo atrás; sin embargo, *no pudo hacerlo*. Por otra parte creemos que los gobernadores constitucionalistas necesitaban de un pretexto para apoderarse de los bienes del clero —que como se comprobaría tiempo después, con las Leyes de Reforma, *no eran tantos como se creía*— y encontraron el mejor de éstos al acusar a los conservadores de recibir ayuda del clero. Con esto no queremos decir que no la hubiesen recibido en algún momento, como en efecto sucedió, pero el pasaje de Cambre

³⁸⁴ *Idem*

³⁸⁵ Cambre, *op. cit.*, p. 143

³⁸⁶ *Ibidem*, p. 144

pareciera inclinado a demostrar que, si los conservadores ganaron la mayoría de las batallas al principio de la guerra fue por que el clero los ayudó, y no por que poseían —en esos momentos— un ejército mejor preparado que el de los liberales.

Todo parecía listo para el combate por la plaza de San Luis Potosí. A sabiendas de que el enemigo se moviliza en Michoacán, Miramón escribe al ministro de Guerra el 3 de septiembre —desde su cuartel en San Miguel de Allende—, para notificarle que ha ordenado que el general Márquez marche a combatirlo, con lo cual obedecía la orden del propio presidente Zuloaga.

El general Miramón escribe:

Mis fuerzas, separándose el señor general Márquez, quedan reducidas a cuatro mil quinientos hombres de todas las armas; las del enemigo, según las noticias más verídicas, ascienden a cinco mil; así es que suponiendo que no regresen a sus departamentos las fuerzas de Guanajuato y Querétaro, no creo que sería prudente guarnecer a la vez las dos plazas, pues podrían verse atacadas por fuerzas superiores y sin esperanza de pronto auxilio.

Estas reflexiones he de merecer a Vuestra Excelencia se sirva elevarlas al superior conocimiento del Excelentísimo Señor Presidente, para que determine lo que crea conveniente y se persuada a la vez de la imperiosa necesidad que hay de reforzar este cuerpo de ejército, o cuando menos de que se me remitan tres o cuatro mil fusiles, pues con ellos lo aumentaré todo lo necesario para cubrir los departamentos que se me indiquen.³⁸⁷

Sin embargo, pese a las dificultades que se le presentaban, el *Macabeo* estaba listo para batirse. Finaliza el parte:

El día de mañana emprende el ejército su marcha y contando con la Providencia, no vacilo en asegurar a Vuestra Excelencia que sean cuales fueren los obstáculos que se le presenten sabrá superarlos y corresponder a la confianza y esperanzas de la Nación.³⁸⁸

En efecto, a la mañana siguiente se puso en marcha; antes de salir, escribe a Concha: “dentro de tres días si el enemigo espera, tendremos un día de gloria para la causa y de

³⁸⁷ Paz, *op. cit.*, pp. 429-430

³⁸⁸ *Idem*

honra para el ejército, pues se vengará los insultos que le ha hecho esa horda de bandidos".³⁸⁹ Estaba equivocado. No era el momento pues varios factores se lo impidieron.

³⁸⁹ Lombardo, *op. cit.*, p. 685

Capítulo 16

La batalla de Ahualulco de los Pinos

La movilización de ambos ejércitos con el fin de batirse fue inminente. Miguel Miramón había ordenado al general Tomás Mejía que lo alcanzara, a fin de reforzar a sus tropas. En el camino, las avanzadas liberales sostienen una escaramuza con la caballería de Mejía, la cual deja en el campo cinco muertos y un herido entre las tropas conservadoras. El general Mejía escribe:

La pérdida del enemigo consistió en once muertos, dos heridos y dos prisioneros, y otros heridos que se refugiaron en las milpas, por cuya causa no se ha podido saber su número, encontrándose entre los prisioneros un don Francisco Medrano, secretario escribiente y comisionado de recoger las rentas que pudiera en los puntos de tránsito, por el que se titula Gobernador [liberal] de Guanajuato don Francisco Verduzco.³⁹⁰

Al parecer estaban muy cerca de sus enemigos. Miramón se encontraba en la hacienda de Monjas en espera de Mejía, quien luego de la escaramuza no pudo continuar con la búsqueda de los liberales puesto que una tormenta le impidió la marcha.³⁹¹ El clima sería, por tanto, el factor que retrasaría a las tropas conservadoras en su ruta a San Luis Potosí, como consta en una comunicación que Miramón manda al Gobierno desde el Valle de San Francisco —que suponemos en el Estado de Guanajuato— el 11 de septiembre. En la misma misiva, el *Macabeo* escribe:

[...] al llegar hoy a este punto he sabido con toda certeza que las fuerzas de Nuevo León han abandonado cobardemente a San Luis después de saquear lo poco que allí había quedado. Este acontecimiento no me ha sorprendido porque sé de lo que son capaces los fanfarrones de la frontera, pero el pésimo estado de los caminos y lo crecido de los ríos han retardado mi marcha y proporcionándoles por consiguiente que hayan podido librar todos sus trenes que han salido, así como sus fuerzas para el rumbo de Bocas. Mañana forzaré

³⁹⁰ Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 5787, fojas 001-002, septiembre 5 de 1858.

³⁹¹ *Idem*

mi marcha y ocuparé la capital de San Luis, de donde daré a Vuestra Excelencia noticias más seguras sobre la situación del enemigo.³⁹²

Tal y como lo había ordenado el Gobierno conservador, Miramón se disponía a tomar la plaza de San Luis Potosí. Empero, su ejército se enfrentaba a un problema cada vez más severo: la falta de recursos económicos. La tropa se encontraba sin sueldo y el general en jefe escribía a sus superiores: “sufro al mirar a estos leales y valientes defensores carecer de su prest y agregar a las muchas fatigas la miseria en que se encuentran”.³⁹³ Las palabras de Miguel Miramón parecen inclusive amenazantes, puesto que la situación es insostenible:

Mañana, repito, ocuparé San Luis, pero nada podré sacar de una plaza que ha sido aniquilada ya por el vandalismo más desenfrenado, y por consiguiente mis tropas permanecen en la miseria y en la más triste inacción. Hoy, Su Excelencia, es imposible que yo acepte esa posición que me cubriría de ridículo, y queriendo antes que todo conservar ileso mi reputación, así como la disciplina de mis tropas, me veo en la imperiosa necesidad de manifestar a Vuestra Excelencia que si a la vuelta de este Extraordinario no se me remiten ochenta o cien mil pesos, cantidad indispensable para marchar sobre Zacatecas, entrego el mando a mi segundo y pasaré a esa Capital a recibir órdenes del Supremo Gobierno.³⁹⁴

No sabemos bien a bien si se hizo caso a su solicitud, pero podemos suponer que sí, puesto que dos días después escribió a sus superiores desde la ciudad de San Luis Potosí, misma que había tomado el 12 de septiembre a las doce del día. En dicha comunicación menciona que solo se detendría lo necesario a fin de nombrar a las autoridades del Departamento, que según sus palabras “ha quedado aniquilado por el vandalismo y el pillaje”.³⁹⁵ Miramón no continuó con la marcha contra el enemigo pues el mal estado de los caminos y lo crecido de los ríos se lo impidieron. No obstante, su estancia en la capital

³⁹² *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 5793, fojas 001-002, septiembre 11 de 1858

³⁹³ *Idem*

³⁹⁴ *Idem*

³⁹⁵ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 6312, foja 01, septiembre 13 de 1858

potosina le obligó a buscar recursos que le permitieran continuar con la lucha, además de esperar a las fuerzas de Márquez que habrían de auxiliarse en la campaña.

El mismo día de su llegada a dicha ciudad, escribió a Concha:

[...] los asuntos políticos se complican y por nuestra desgracia va en ellos nuestra felicidad; esto me tiene desesperado, y cuando creía que estos bandidos diesen la batalla con la que se decidiría tu suerte y la mía, me ha llenado de ira el verlos correr, a pesar de su buena posición, certeras punterías y demás fanfarronadas que diariamente publicaban. Te confieso que si siguen huyendo, no sé cuando esto concluya y temo, como te digo antes, llegue a fastidiarme.

Esto no me hubiera sucedido antes, pero desde que te volví a ver y desde que leo en tus cartas que me amas, ansío por el momento feliz de poseerte y ésta es la causa de mi agitación y fastidio. Si esto no tiene remedio, te suplico que tus cartas sean más frecuentes y que en ellas me repitas lo que me hace feliz: el saber que me amas y que jamás serás de otro, sino mía.³⁹⁶

Al parecer, la guerra contra los liberales no era lo único que preocupaba a Miguel Miramón, aunque sí lo más importante por el momento. Si se quería dar batalla, se debían tener los recursos necesarios.

Las casas de comercio eran los sitios idóneos en los cuales buscar un préstamo forzoso que ayudara a sufragar los gastos de la guerra. En este caso, el joven general logró recobrar una conducta de dinero que partía hacia Monterrey para luego salir de la República. Se exigió entonces el pago de los derechos requeridos por el gobierno en tal caso; los individuos a quienes correspondía hacer dicho pago eran súbditos ingleses —de apellidos Chabot, Davies y Pitman— que hacían negocios en nuestro país.

Miramón comunicó al ministerio de Guerra que el señor Pitman fue tomado prisionero por haberse negado a pagar la suma de cinco mil cien pesos, más una vez satisfecha la demanda, se le liberó. A Davies se le acusó de que, al parecer, tenía nexos con el ejército liberal, por lo cual se le tenía incomunicado.

Pero el señor Chabot representaba un problema mayor por estar investido con el carácter de agente consular de la Gran Bretaña en México, dado lo cual el general Miramón pidió que se le despojara de tal carácter a fin de que respondiera de sus actos, y que del

³⁹⁶ Lombardo, *op. cit.*, p. 686

mismo modo se procediese a expulsarlos del Departamento de San Luis. Sin embargo, éste asunto habría de necesitar algunos días para solucionarse.³⁹⁷

La movilización del enemigo

El 19 de septiembre de 1858 llegó al cuartel general en San Luis la noticia de que las tropas al mando del licenciado Miguel Blanco³⁹⁸ habían salido de la ciudad de Morelia con el objeto de atacar Guanajuato y Querétaro. El general en jefe conservador tomó la decisión de mandar al gobernador Casanova a combatir a los liberales antes de que la ola se extendiese a otros territorios.³⁹⁹

Liberales y conservadores volvieron a encontrarse dos días después en las Cuevas de Techaluta. Degollado escribiría desde Santa Ana Acatlán (o Amatlán), Michoacán, a Pedro Ogazón, gobernador liberal de Jalisco, lo siguiente sobre la escaramuza:

[...] dio por resultado el más espléndido y completo triunfo de las armas constitucionalistas, pues fueron derrotados en hora y media dos mil hombres de la tropa más florida que había en Guadalajara, quedando en nuestro poder seis piezas de artillería de grueso calibre, un bombero de a 12, muchos prisioneros, todos los pertrechos de guerra en número de 84 cargas, los equipajes y todo cuanto llevaba consigo el enemigo.⁴⁰⁰

Orgulloso del triunfo y lleno de confianza, Degollado añade: “creo que dentro de cinco o seis días me hallaré en posesión de la capital de Jalisco, y que de allí podré salir muy pronto para el Bajío en concierto con el ejército del Norte”.⁴⁰¹ Y efectivamente, Degollado se lanzó a tratar de conquistar Guadalajara.

Mientras tanto, encontramos a un Miramón que, además de su quehacer militar, debe encargarse de solucionar los problemas que surgen día a día en los territorios que

³⁹⁷ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 5682, foja 08, septiembre 15 de 1858

³⁹⁸ El abogado y militar Miguel Blanco nació en Monclova, Coahuila en 1816. Luchó contra los norteamericanos en 1847. Alcanzaría el grado de general de brigada en el mismo año de 1858. López de Escalera, *op. cit.*, p. 112.

³⁹⁹ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 6704, foja 04, septiembre 19 de 1858

⁴⁰⁰ Cambre, *op. cit.*, pp. 148-149

⁴⁰¹ *Idem*

están bajo su control. Uno de éstos, el asunto relativo a los súbditos ingleses que se negaban a pagar impuestos, se solucionó el mismo día 21 de septiembre al recibir la orden de liberar a Davies —pues el ministro británico pagó su fianza— y obligar a los otros a pagar aún contra su parecer. El gobierno se comprometía a arreglar sus reclamaciones con el ministro inglés en la capital de la República.⁴⁰²

Al otro día Miramón se mueve con sus tropas a la ciudad de Guanajuato, con la intención de reunir más hombres y armas; ahí, pese a encontrarse con el general Feliciano Liceaga —Gobernador y Comandante General del citado departamento— que llegaba con algunas tropas, no pudo hacer uso de éstas porque Liceaga pretendía “salir a expedicionar sobre los bandidos” que estaban en los alrededores de Celaya.⁴⁰³

Era entonces una necesidad imperiosa para el general Miguel Miramón atacar a Vidaurri antes de que se apoderase de nuevo de San Luis o avanzase sobre Zacatecas. Para ello, mandaba exploradores a la zona, mismos que lo mantenían constantemente informado. Además, al amagar Degollado la capital tapatía se estrechaba el cerco liberal sobre el ejército conservador.

Manuel Cambre menciona que el *Macabeo* llegó con su ejército a Ahualulco de los Pinos el día 21, pero que no atacó al enemigo porque “una espesa niebla y lo formidable de las posiciones liberales” se lo impidieron.⁴⁰⁴ Esta afirmación es errónea, puesto que hemos visto ya que Miramón no había avanzado todavía en el día mencionado. Pese a las ansias del general por salir a combatir al enemigo, no fue sino hasta que recibió dinero que pudo hacerlo. El día 24, víspera del inicio de la marcha, escribió a Concha Lombardo:

[...] créeme vida mía que he pasado muy amargos ratos y que cuando todos o los más envidian mi posición, yo me hastío y fastidio por la que padezco, ya por falta de tus cartas, ya por la detención de mis planes por la escasez de recursos.

La casualidad quiso que con tu deseada carta del 14 recibiera también cincuenta mil pesos que había mandado traer de Guanajuato, por consiguiente

⁴⁰² *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 5682, foja 09, septiembre 21 de 1858

⁴⁰³ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 6704, foja 08, septiembre 22 de 1858

⁴⁰⁴ Cambre, *op. cit.*, p. 151

mi placer fue completo, y ahora me tienes arreglando mi marcha para Zacatecas, en busca del enemigo y de recursos [...]⁴⁰⁵

Había llegado por fin el momento esperado. El día 25 de septiembre salió el Joven *Macabeo* con un ejército de dos mil quinientos hombres, dispuestos a batirse con un enemigo que los doblaba en número, además de estar “mucho mejor armado, pues tenía por arsenal a los Estados Unidos”:⁴⁰⁶ las tropas fronterizas del cacique Santiago Vidaurri.

En el parte oficial que escribiría el 8 de octubre, el joven general señala:

Como anuncié a Vuestra Excelencia en comunicación del 24 del próximo pasado [septiembre], emprendí mi marcha para Zacatecas con dos objetos: el primero, reducir al orden a aquel rebelde departamento, y el segundo de buscar a los facciosos que a pesar de sus bravatas abandonaron cobardemente la plaza de San Luis al acercarse los valientes del Ejército a ella, tomando el camino de la ciudad de Zacatecas.

No siendo seguras las noticias que del número y posición del enemigo recibía, pues mis exploradores no estaban de acuerdo, presumía que fortificado en el puerto de Carretas me esperasen; de consiguiente, un poco antes de llegar a él el día 25 (día de mi salida), ordené que el Excelentísimo señor General en Jefe [*sic*] de la 3ª división, don Tomás Mejía, hiciese un reconocimiento del punto [...]⁴⁰⁷

El ejército de Vidaurri acampaba en Aqualulco. Aún a pesar de las dificultades que representaban los fuertes aguaceros que bañaron la zona en esos días, la imposibilidad para atravesar el río de Bocas, el cual dividía ambos campos y el avance bajo el fuego de los cañones mientras el enemigo vigilaba cada movimiento, las tropas del general Miguel Miramón lograron colocarse frente a las de Vidaurri. La batalla, que estaba a punto de dar inicio, duraría varios días.

Los conservadores conquistaron poco a poco el terreno; los liberales continuaron con la lucha sin perder un ápice del valor que tenían. La noche del 28 de septiembre, tal

⁴⁰⁵ Lombardo, *op. cit.*, pp. 686-687

⁴⁰⁶ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 63

⁴⁰⁷ Miguel Miramón. *Parte oficial que el Exmo. Sr. General en jefe D. Miguel Miramón dirige al Supremo Gobierno dando cuenta de las operaciones practicadas por el 1er. Cuerpo del Ejército, desde su salida de esta capital el 25 del próximo pasado setiembre hasta la completa derrota de las fuerzas acaudilladas por el faccioso D. Santiago Vidaurri.* San Luis Potosí, Tipografía de Genaro Dávalos, 1858. 29 p., anexos, p. 3

vez la más helada que sintieron los hombres de Miramón, fue de la más larga espera. Al amanecer, cuando la espesa niebla se disipara, se decidiría la suerte de los contendientes.

Vidaurri ordenó el inicio del fuego a las siete de la mañana del día 29; bastaron tres horas para que los hombres comandados por el *Macabeo* deshicieran a los fronterizos del cacique norteño. El general Márquez amagó al enemigo cuando éste trataba de conquistar su flaco izquierdo; éste movimiento en el cual “las columnas conducidas por el valiente general 2º en jefe arrollaron cuanto encontraron a su paso”⁴⁰⁸, fue tan certero que dio la oportunidad a Miramón de atacar frontalmente, auxiliado por la artillería y la caballería del general Mejía.

El *Joven Macabeo* escribe:

Eran las dos de la tarde y no quedaban sobre el campo más que algunos pelotones de dispersos, que se perseguían con actividad: la Providencia había salvado a la República, y los valientes de este cuerpo de Ejército se llenaban de orgullo al contemplar la formidable posición en que habían vencido, derramando algunas lágrimas al mirar en su derredor centenares de víctimas que tuvieron que inmolar para salvar a la Nación, y probarle su valor y patriotismo.⁴⁰⁹

Terminada la batalla, Miramón marchó a la capital potosina a fin de conseguir recursos para sus tropas y animales que ayudasen a transportar lo quitado al enemigo. Dejó en el campo de batalla a Márquez, quien se encargó de ordenar el levantamiento del campo. Se dio sepultura a 672 cadáveres del enemigo y a tan solo 143 propios, cantidad que debemos resaltar puesto que las tropas de Vidaurri eran superiores en número a las de Miramón.⁴¹⁰

En su parte oficial, el joven general no quiso robar los méritos de otros militares, razón por la cual recomendó especialmente a los “excelentísimos señores generales 2º en jefe, don Leonardo Márquez y Jefe de la 3ª División, don Tomás Mejía”; éste último había sido herido en el brazo y mano izquierda.⁴¹¹ Debemos hacer hincapié en esto ya que, años

⁴⁰⁸ *Ibidem*, p. 17

⁴⁰⁹ *Ibidem*, p. 20

⁴¹⁰ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 44

⁴¹¹ Miramón, *op. cit.*, p. 24

después, el despiadado general Márquez habría de decir que él ganó la batalla y no Miramón, como se verá en su momento.

De regreso al campo de Ahualulco, donde sus tropas esperaban para marchar de regreso, el *Macabeo* escribió a Concha:

Con el mayor placer te participo que el día de ayer, en el cual cumplí 26 años, he derrotado completamente a Vidaurri, el que con su ejército en número de 5,000 hombres y 23 piezas me esperó en las posiciones formidables que hay a las inmediaciones del pueblo de Ahualulco; el triunfo fue completo, pues que habiendo sido el combate reñido, no tuvieron tiempo más que para correr, dejando en mi poder las 23 piezas, 130 carros de parque, armamento, vestuarios y los objetos robados de la Plaza de San Luis; se le hicieron más de 400 muertos, pocos heridos para matarlos los soldados y 170 prisioneros; los cabecillas, como de costumbre, corrieron y solo los pobres infelices quedaron en el campo.⁴¹²

Septiembre terminó triunfante para las armas conservadoras. El prestigio del joven general de brigada Miguel Miramón iba en ascenso.

⁴¹² Lombardo, *op. cit.*, p. 687. La afirmación de Miramón con respecto a su cumpleaños ha generado la polémica sobre su fecha de nacimiento, que él mismo señala en un 29 de septiembre. Sin embargo, como hemos comprobado ya, Miguel Miramón nació el 17 de noviembre. Empero, el 29 de septiembre era día de su onomástico, es decir, día de San Miguel. Tal vez ese fue el origen de la confusión. La pregunta sería ¿sabía Miramón cuando era realmente su cumpleaños? Nunca lo sabremos con certeza, pero es posible que sí, aunque por su forma de ser fuera más importante el día de su onomástico

Capítulo 17

Un interludio personal

Mientras las armas conservadoras se cubrían de gloria en Ahualulco de los Pinos, la capital de Jalisco estaba a punto de caer en manos de los constitucionalistas. El gobernador Casanova había llegado con sus tropas a Guadalajara la madrugada del 22 de septiembre; unas cuantas horas más tarde dejó el mando del gobierno y la comandancia militar al general José María Blancarte,⁴¹³ quien convocó “a los artesanos, a los gremios de cargadores y aguadores, que ya habían tomado las armas en el sitio de junio anterior, a que coadyuvaran a la defensa, y éstos, así como la plebe de los barrios entre la que era popular Blancarte, acudieron al llamamiento”.⁴¹⁴

Las obras de defensa de la ciudad fueron insuficientes ante el embate liberal: el 25 de septiembre Degollado se situó en San Pedro Tlaquepaque, y dio inicio a las hostilidades a la mañana siguiente. Tres días después, las armas conservadoras al mando de Miramón habrían de triunfar en Ahualulco de los Pinos contra las fuerzas de Vidaurri.

Mientras tanto, en San Luis Potosí, las tropas conservadoras esperaban recursos para continuar con la campaña. Miramón escribió el 1º de octubre desde la capital potosina al ministro de Guerra, para informarle que en cuanto se hiciese de dichos recursos, podría marchar rumbo a Jalisco para auxiliar al comandante conservador de dicho departamento, el general Casanova.⁴¹⁵ También era necesaria la recuperación de los combatientes, entre ellos el mismo general Tomás Mejía, quien todavía no marchaba para el departamento de Querétaro a causa de la herida que sufrió en la batalla de Ahualulco.⁴¹⁶

Pese a los inconvenientes, Miramón planeaba salir a combatir a los liberales lo más pronto posible. El parte que el general Leonardo Márquez presentó al ministro de Guerra, fechado en 6 de octubre de 1858, señala:

⁴¹³A quien debemos recordar por sus peripecias políticas en el año de 1852, cuando derribó el gobierno del gobernador López Portillo e inició la revuelta nacional contra el presidente Mariano Arista, que desembocó en el regreso de Santa Anna al poder.

⁴¹⁴Cambre, *op. cit.*, p. 149

⁴¹⁵*Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 6254, foja 01, octubre 1º de 1858*

⁴¹⁶*Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 5787, foja 04, octubre 2 de 1858*

[...] hemos acordado Su Excelencia el señor general Miramón y yo, dejar esta plaza de San Luis perfectamente fortificada, artillada y suficientemente guarnecida a las órdenes de un buen general, y marchar a hacer la campaña de Jalisco y Michoacán. Su Excelencia el señor General Miramón con su ejército se encarga del 1º de nuestros Departamentos y yo con mi pequeña brigada me encargo del 2º, que me está confiado por esa superioridad [...] ⁴¹⁷

Eran esos días, momentos de espera antes del siguiente enfrentamiento con el enemigo. El 9 de octubre, Miguel Miramón contestaba las cartas de su prometida, la cual comenzaba a celarle, como lo haría en lo sucesivo. El general escribe:

Concha, eres injusta y más que injusta, cruel. Tú no sientes nada de lo que me dices, y si esto es así, ¿a qué llenarme de amargura con tus reproches, te quejas de que no te escribo, te quejas de que cuando lo verifico lo hago en cortas líneas, y esto no lo atribuyes a su verdadera causa, a una causa que debe saltar a tu vista, porque es muy natural, sino que lo atribuyes a olvido, a falta de cariño, y aún te avanzas a suponer que me halagan más las fiestas, las felicitaciones y todas las mil pequeñeces de que por mi posición he hallado rodeado, que tu recuerdo siempre grato y lleno de encanto para mí. Te escribo poco, es cierto, pero con tu talento, con tu privilegiada inteligencia, no comprendes que las mil atenciones que me ocupan los mil negocios que bullen en mi cabeza, me quitan aún el tiempo necesario para el descanso preciso. ⁴¹⁸

Su valentía y arrojo le habían valido el respeto de propios y extraños. La batalla de Ahualulco le había hecho merecedor de una espada y cruz de honor ⁴¹⁹ y en las calles de San Luis se repartían panfletos con versos como:

Gloria y honor al inmortal guerrero,
A Miramón, cuya invencible espada
Supo humillar el atrevido acero
Del que impugnó la religión sagrada. ⁴²⁰

⁴¹⁷ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 6242, foja 01, octubre 6 de 1858*

⁴¹⁸ Lombardo, *op. cit.*, p. 688

⁴¹⁹ "Hoja de servicios del general Miguel Miramón", CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 72

⁴²⁰ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 64

De ahí los celos de Concha, quien sabía, aún cuando estaba muy lejos para verlo por sí misma, que el joven y gallardo general era admirado por la gente, y que las mujeres se sentían atraídas por el apuesto militar.

Si bien los generales Mejía y Márquez también gozaban de gran popularidad, era Miramón con sus veintiséis años y la leyenda que ya en torno a él se formaba, quien habría de sobresalir en las filas conservadoras. Los ayuntamientos de Tolimán, Cadereyta y San Juan del Río, así como el gobierno departamental de Querétaro, habrían de pedir al presidente Zuloaga el ascenso de los tres generales en los meses subsecuentes.⁴²¹

Y es posible que algo se rumorara en la capital: la vertiginosa carrera del Joven *Macabeo* había hecho de él una figura conocida en todos los sectores de la sociedad. La misma Concha debió haber oído algo al respecto, puesto que en la carta mencionada del día 9 de octubre, Miramón escribe:

Son juiciosísimas las reflexiones que me haces respecto a la conducta que debo seguir en medio de la confusión horrorosa en que se halla el país. No tengo ninguna aspiración personal, puedes creérmelo; pero sí tengo una ambición inmensa de nombre y gloria. Dios me ha ayudado hasta hoy y en prueba de ello tengo el gusto de remitirte el parte de la batalla librada el día 29 del pasado; él te impondrá con bastante extensión de todo lo ocurrido en ella y *tú podrás juzgar de todas las peripecias de ese día, que es uno de aquellos en que en el corto espacio de dos horas se vive doce años.*⁴²²

Al parecer, Concha había escuchado el rumor de que Miramón, triunfante, se presentaría en la capital pronto. El mismo continúa:

Nada puedo decirte aún de la conducta que debo seguir después de este triunfo; pero sí te aseguro que te han engañado, porque yo a nadie le he escrito que iré a esa [ciudad] en diciembre, ni lo pienso tampoco; pero tampoco puedo asegurar que no me iré entonces o antes, porque las circunstancias son las que deben marcarme la conducta que debo seguir.⁴²³

⁴²¹ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 6360, foja 01, octubre – noviembre de 1858*

⁴²² Lombardo, *op. cit.*, p. 689

⁴²³ *Idem*

El momento llegaría antes: las tropas del general Miguel Blanco se dirigían a la capital de la República,⁴²⁴ por lo que Zuloaga mandó llamar a Miramón para que la defendiera. En solo sesenta horas hizo Miramón el recorrido de cerca de 500 kilómetros, más a su llegada, el día 20 de octubre, el peligro había desaparecido.⁴²⁵ Entonces el Joven *Macabeo* se presentó ante el presidente Zuloaga, no sin antes detenerse en casa de las hermanas Lombardo.

El matrimonio de Miramón

Cuando en la mañana del 20 de octubre Concha Lombardo se encontraba en el templo de la Encarnación, su hermana Merced se presentó para informarle que Miguel Miramón se encontraba en su casa y quería verla. Tan solo intercambiaron un par de palabras, pues el general debía ver al presidente, más prometió volver al anochecer para hablar con Concepción.

Eran las ocho de la noche cuando se presentó Miramón en casa de las Lombardo; Concha narra:

Después de saludarnos, suplicó a mis hermanas que nos dejaran solos. “Desde que te volví a ver, me dijo, no encuentro paz lejos de tí, y si me amas, es preciso que te vengas conmigo a San Luis Potosí; mi estancia en la capital será corta, pero nos podemos unir antes de marcharme”, “¡imposible!, le contesté”, ¿y cuando nos casaríamos?, “mañana si quieres, me dijo, yo puedo arreglarlo todo en veinticuatro horas”. “¡Dios mío, exclamé riéndome!, ¡casamos mañana!, ¡fuera siquiera el domingo!”..., “pues bien, me contestó, nos casaremos el domingo”. Se alzó de su asiento y tiró del cordón de la campana, a esta señal entraron mis hermanas, entonces dirigiéndose a Lupe le dijo: “conque Lupe, el domingo nos casamos, me marchó para avisarlo a mis padres”, “eso no es posible, Miramón, dijo mi hermana, hay tantas cosas que arreglar”... “No se preocupe usted, Lupe, todo se arreglará”, y sin oír otras razones que tanto yo como mis hermanas le queríamos dar, tomó su sombrero,

⁴²⁴ Según Carlos Sánchez Navarro, con el objeto de entregar al ministro estadounidense Forsyth el tesoro extraído de la catedral de Morelia por las tropas del gobernador liberal Epitacio Huerta, tal vez como un “presente amistoso”, o quizás como producto de una venta, pues el ministro habría de pagar una irrisoria suma por joyas artísticas de gran valor y que habrían de terminar en los Estados Unidos. Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 65

⁴²⁵ Islas, *op. cit.*, p. 103

se marchó y nos dejó a las tres atónitas preguntándonos si aquello era un sueño o una realidad.⁴²⁶

Los pocos días anteriores a la celebración apenas bastaron para que Miguel mandara a su prometida tres mil pesos para que comprase lo necesario (“no entendiéndose él en compras de señoras”),⁴²⁷ las Lombardo mandaran hacer el vestido de novia, don Bernardo fuera a pedir la mano de Concha para su hijo y se prepararan los detalles de la boda.

El presidente y su esposa habían aceptado ser los padrinos, por lo que Miramón informó a Concha que se casarían en el Palacio Nacional, a lo cual ella se negó, pues aseguraba que al ser huérfana, “Miramón me sacará de la iglesia o de mi casa cuando sea su esposa, antes no”. Nicolás Ycaza, amigo de Miramón y quien lo acompañaba en esa ocasión, trató de convencerla de que el presidente no podía asistir a ese lugar, pero Concha no cedió.

“Pues bien, no iremos a Palacio a casarnos”, aceptó Miramón. Se casarían en el hogar de las Lombardo y tendrían una misa de velación en Palacio.⁴²⁸ Dos días antes de la boda, mismo en que don Bernardo Miramón se presentó para pedir la mano de Concepción, el joven general habló con su prometida sobre su carrera, en los siguientes términos:

“Te quiero hablar de cosas serias, me dijo; ya sabes cuanto te amo, dentro de dos días serás mi esposa, pero antes *te quiero advertir una cosa: amo también con pasión la carrera militar en la cual he crecido; ni lágrimas, ni ruegos, ni enfados me harán prescindir de ella, y siento el deber de decirte que un día me pueden dar un balazo en el corazón y dejarte viuda.*” “Si esa desgracia me sucede, le contesté, llevaré el luto por ti toda mi vida”, y esa triste promesa que hice en vísperas de mi boda, la he cumplido.⁴²⁹

El domingo 24 de octubre se celebró la boda en la casa de las Lombardo de la calle de Chiconautla. El presidente Zuloaga y su esposa asistieron, y una vez terminada la ceremonia, la comitiva se dirigió al Palacio Nacional, donde se llevó a cabo la misa. Luego de ésta, Concha pidió que la llevaran a la villa de Guadalupe a dar las gracias a la virgen.

⁴²⁶ Lombardo, *op. cit.*, p. 141

⁴²⁷ *Ibidem*, p. 142

⁴²⁸ *Ibidem*, p. 143

⁴²⁹ *Idem*

Hacia la tarde, Miramón pasó a recoger a su esposa y las hermanas de ésta para dirigirse de nuevo a Palacio, donde el presidente organizó un banquete en honor de los recién casados, a la cual asistieron infinidad de jefes y oficiales del ejército, así como la familia entera del general Miramón.⁴³⁰

Concepción Lombardo se sentía extraña entre tanta gente, por lo cual pidió a su esposo no la llevase a la función de teatro que darían en la noche en honor al Presidente. Sin embargo, Miramón la convenció de asistir. El cuarto de Concha en la casa de la calle de Chiconautla, había sido transformado por Miramón, con elegantes muebles y una cama matrimonial: ahí habrían de pasar los días siguientes. Tras arreglarse un poco, salieron rumbo al teatro. Narra de nuevo Concepción Lombardo:

A las ocho en punto llegamos al teatro; aún no comenzaba la función. El Presidente y su señora, esperaban en el palco presidencial; a nuestra aparición en el teatro hubo un movimiento general, no había un antejo que no estuviera sobre nosotros y cómo no había de ser así. Se presentaba al público el principal caudillo del Partido Conservador, el general más joven de nuestro Ejército, el vencedor de Ahualulco. El teatro estaba literalmente lleno, y toda la sociedad selecta de México me conocía, así es que habiendo unido mi suerte a la de aquel valiente, comencé desde ese momento a participar de su gloria y popularidad.

Fueron pocos los días de “luna de miel”, si podemos llamar de este modo a los primeros momentos en que el joven general tuvo como un hombre casado, pues la situación del país reclamaba toda su atención. Concha Lombardo narra que diez días después de la boda, Miramón le informó que se marchaban al interior.⁴³¹ Le habían llegado noticias del Guadalajara.

Los odios irreconciliables

Solo un mes fue necesario para que las fuerzas de Degollado derrotaran en Guadalajara al sitiado Blancarte, mismo a quien —tras la firma de un convenio— se le permitió salir de la

⁴³⁰ *Ibidem*, p. 146

⁴³¹ *Ibidem*, p. 151

ciudad junto con los jefes y oficiales del ejército sitiado. Sin embargo, la buena intención de don Santos, de no derramar más sangre de la estrictamente necesaria, no habría de satisfacer las demandas de algunos miembros de su ejército, incluido en este grupo el gobernador constitucionalista Pedro Ogazón⁴³², quien demandaba que se juzgara a los culpables del asesinato de Herrera y Cairo. Según su parecer, los convenios firmados iban a entorpecer la acción de la justicia.

Degollado, a fin de no entorpecer las acciones del gobernador, aclaró que aquellos que no hubiesen firmado eran solo prisioneros de guerra. Ante esto, Ogazón ordenó la aprehensión de algunos conservadores y buscó en especial a Casanova, al teniente coronel Manuel Piélagos y a su homólogo Monayo, principales actores en el asesinato de Herrera y Cairo.⁴³³

Al poco tiempo se logró dar con el paradero de éstos dos últimos, el primero de los cuales estaba herido de bala en el pecho en el convento de Jesús María.⁴³⁴ Las tropas enardecidas querían su linchamiento.

Degollado, un hombre que distaba mucho de ser cruel y vengativo, si bien no podía impedir la pena capital de los detenidos, mandó que se les abriera un proceso judicial, mismo que duró unas cuantas horas. La sentencia de muerte era inevitable.

El 29 de octubre, la plaza de armas de Guadalajara estaba repleta de curiosos que querían presenciar la ejecución de los reos. Manuel Cambre señala que entre los empeñones de la muchedumbre, Monayo rogaba a sus ejecutores que lo mataran de otra forma. Sin embargo, la horca fue el método escogido: tras haberlo trepado a un carro al pie del cadalso, se retiró el carro, con lo que llegó a término su vida. El caso de Piélagos fue distinto por encontrarse herido. El mismo autor escribe:

[...] lo conducen desfallecido hasta la puerta del arzobispado; sujétanle por la garganta al extremo de una sogá corrediza pendiente del balcón principal del

⁴³² El abogado y militar Pedro Ogazón nació en 1824 en Guadalajara. Participó en la guerra del 47; en 1855 tomó la ciudad de Colima al lado de Comonfort. Más tarde defendería a los liberales cuando Landa se pronunció contra Juárez en la capital tapatía. Musacchio, *op. cit.*, tomo 3, p. 1393

⁴³³ Cuando el militar jalisciense Piélagos ordenó el asesinato de Herrera y Cairo, Miramón reprobó vehementemente el hecho. Sin embargo, nunca fue procesado. *Enciclopedia de México...*, *op. cit.*, tomo 11, p. 6431

⁴³⁴ Cambre, *op. cit.*, p. 161

edificio; levantándole en alto, se revienta la soga cuando el cuerpo iba a una altura considerable y cae sobre el pavimento vivo todavía, el comandante Florentino Cuervo, que presencia la ejecución a caballo, desata de su montura la reata y la da para que con ella se repita la maniobra, como se ejecute y así perece Piélagos, quedando colgado, desnudo, deshonesto, pues se desabotonaron y cayeron sus ropas. En los momentos de consumarse el bárbaro procedimiento, un conocido artesano, Fermín Avelar, exclamó ¡infames!, y apenas dice esa palabra un tiro disparado por uno de los espectadores destroza el cráneo, matándolo instantáneamente.⁴³⁵

La crueldad en ambos bandos llegó a ser indiscutible y la sed de venganza, insaciable. El mismo día, el teniente coronel liberal Antonio Rojas, al tener conocimiento del lugar donde se ocultaba el abogado conservador Felipe Rodríguez, se dirigió al mismo, allanó la casa y lo mató a balazos,⁴³⁶ tras decirle “No cambiamos el pescuezo por indulgencias”.⁴³⁷ Al día siguiente del ajusticiamiento de Piélagos y Monayo, los mismos hombres de Rojas “penetraron en la casa del comerciante Antonio Álvarez del Castillo, donde se alojaba Blancarte, y lo acribillaron a balazos sin darle tiempo a levantarse de la cama”;⁴³⁸ intentaron hacerle lo mismo a quien le daba alojamiento, pero Álvarez, advertido por un criado, logró escapar.

La indignación de don Santos Degollado no se hizo esperar: reclamó a Ogazón pues no podía permitir que “se mancillara su buen nombre con los asesinatos que se estaban cometiendo”, por lo cual exigía se entregase a los culpables.⁴³⁹ Ogazón, a decir de Manuel Cambre, se lavó las manos tras inculpar al general Juan Nepomuceno Rocha⁴⁴⁰, segundo en jefe del mismo Degollado, además de argumentar que no podía perseguir militares; eso le correspondía a don Santos.

Degollado puso fuera de la ley a Rojas quien, amparado por el general Rocha —el cual al parecer ordenó los asesinatos— había emprendido la marcha al sur del estado al frente de sus tropas. Acto seguido, otorgó una pensión a la viuda e hijos de Blancarte.⁴⁴¹

⁴³⁵ *Ibidem*, p. 162

⁴³⁶ *Ibidem*, p. 163

⁴³⁷ Rivera y Sanromán, *op. cit.* p. 45

⁴³⁸ Cambre, *op. cit.*, p. 164

⁴³⁹ *Idem*

⁴⁴⁰ Militar nacido en 1810 en Atoyac, Jalisco, y quien habría de morir asesinado poco tiempo después. *Diccionario Porrúa...*, *op. cit.*, tomo 4, p. 2979

⁴⁴¹ Cambre, *op. cit.*, p. 164

Capítulo 18

El plan de Navidad

El general Miguel Miramón partió rumbo a San Luis Potosí acompañado por su esposa. Cuautitlán, Arroyo Zarco y la ciudad de Querétaro fueron algunos de los puntos que tocaron en su ruta, a bordo de un carruaje y acompañados por algunos de los personajes que llegarían a ser inseparables del *Joven Macabeo*, entre ellos el general Casanova, a quien ya conocemos; el jefe de su Estado Mayor, coronel Antonio Ayesterán y los tenientes coroneles Antonio Jáuregui y Luis Ordóñez, así como el capitán Luis Álvarez.⁴⁴²

Luego de una breve estancia en la capital queretana, Celaya y Guanajuato, el matrimonio Miramón llegó a San Luis. Debía el *Macabeo* reunir a todas sus tropas, alistar los carros, juntar las armas y el parque; era imperativo esperar la llegada de refuerzos o salir a buscarlos, con el objeto de dar pronta batalla al enemigo. Empero, esos días en la capital potosina fueron también de novedad para Miguel Miramón, pues tenía que acostumbrarse a la mirada vigilante de su esposa, quien comenzaba a celarle abiertamente, al grado de registrar los objetos personales del general.

De esos días data la anécdota narrada por la misma Concepción referente a que, en busca de cartas amorosas que comprometieran a su marido, ésta encontró el retrato de un hombre joven, de frente amplia y que usaba una corbata roja, al modo de los liberales. La dedicatoria rezaba “A mi hermano Miguel, Leandro”. La señora Miramón, intrigada por saber quien era aquel hombre, interrogó a su esposo:

[...] me contestó que era Leandro Valle, un compañero suyo del Colegio Militar. “Y ¿porqué tiene esa corbata roja siendo tu amigo?”, le pregunté. “Porque siendo mi amigo es también mi enemigo, afiliado en el Ejército liberal; más de una vez nos hemos batido uno contra el otro, y esto, lo confieso, me causa gran pena; su retrato le tengo siempre conmigo, y cuando me encuentro en el campo de batalla y debo batirme con él, le envío un saludo por escrito, y clavo el papel en la punta de un maguey por donde debe pasar; él lo sabe y me contesta de la misma manera”. En toda aquella conversación había un tinte de gran tristeza, que yo procuré borrar diciendo cuatro tonterías a mi esposo.⁴⁴³

⁴⁴² Lombardo, *op. cit.*, p. 154

⁴⁴³ *Ibidem*, p. 156

La percepción de Concha era correcta: la amistad era algo muy importante para Miramón, y sus amigos de la infancia y adolescencia eran uno de los tesoros de más valía en su estimación personal. El mejor de sus amigos, como lo hemos visto con anterioridad, era Leandro Valle, que tomó la senda opuesta en la vida. El poeta Guillermo Prieto reinventa aquel momento de ruptura, aquella conversación que pudieron haber sostenido los dos amigos colegiales, al decidir Valle unirse a las filas liberales de Juárez:

—Miguel, miro que es villano
 robar al poder su sombra,
 para herirle por la espalda
 con alevosas maniobras.
 Miguel, pequeño me siento
 cuando tu clemencia me honra,
 y yo, sin querer, soy centro
 de cábalas engañosas
 que doquier te tienden redes,
 o cobardes o traidoras.
 Hermano, me siento indigno
 de tener mi espada ociosa,
 cuando en los campos se lucha
 por Libertad y Reforma,
 y como jefe me esperan
 esclarecidos patriotas
 que tienen mis propias creencias
 y al retroceso destrozan.
 Y como te di palabra
 de hablarte la verdad toda,
 he dejado mi escondite:
 vengo, no sin gran congoja,
 a decirte que al gran Juárez
 voy a ofrecer mi persona.
 — ¡Calla!— Miramón le grita—,
 que mi paciencia se agota;
 mal soldado, mal amigo,
 belitre, insensato, apóstata;
 ve a fusilar tu casaca
 con la infame demagogia.
 Vete y engruesa la chusma,
 a hundir en fango las glorias,
 porque me estoy conteniendo,
 porque me embriaga la cólera

y te estoy viendo pequeño,
 y quisiera que fuera otra
 mi posición, para darte
 una lección espantosa.
 Leandro Valle le vio fijo,
 con firmeza y sin zozobra,
 y entre aquellos dos valientes
 cruzó el aura temerosa,
 como trascendiendo a sangre
 la ira impotente y diabólica.
 Valle se caló el sombrero,
 volvió la espalda, y la alfombra
 marcó la marcha pausada
 con que la estancia abandona.

Pero apenas da unos pasos
 Valle, fuera de la estancia,
 cuando Miramón le grita
 con la voz entrecortada:
 —Leandro, recoge esa llave,
 es llave de mi petaca;
 toma dinero, que quedan
 tus padres en la desgracia.
 Coge una de mis pistolas,
 las que tienen en la cacha
 las águilas sobrepuestas,
 en medio la concha nácar,
 y manda por mi mojino,
 que era el que siempre montabas,
 y pide a Dios que no te halle
 en el campo de batalla...
 Valle recogió la llave...
 y sin proferir palabra...
 sintió correr en sus ojos
 sin contenerse, las lágrimas...⁴⁴⁴

La pluma romántica de don Guillermo trazó con caracteres indelebles el sentimiento fraterno que entre los dos jóvenes militares existió, y pese a que la conversación reproducida es producto de la desbordante imaginación del poeta, creemos que puede ser cercana a la realidad que estos personajes vivieron.

⁴⁴⁴ Prieto, *Romances...*, *op. cit.*, pp. 75-76

De nuevo en campaña

Miguel Miramón salió de San Luis Potosí a finales del mes de noviembre de 1858. Su objetivo era dar combate a los hombres de Degollado, para lo cual debía reunir una cantidad considerable de tropas y pertrechos de guerra. La travesía fue larga pero continua: el 30 de noviembre pasó por Ciénega de Mata, Jalisco,⁴⁴⁵ donde se detuvo una noche en la propiedad de José Rincón Gallardo —quien tiempo después sería padrino de uno de sus hijos y que fuera además padre de los militares republicanos José y Pedro Rincón Gallardo, que habremos de encontrar en 1867 en el sitio de Querétaro.

Al día siguiente arribó a la población de Lagos, donde escribe con optimismo a su esposa:

[...] fui recibido de una manera tan solemne cual no lo esperaba; mis soldados, llenos de entusiasmo, así como los generales y jefes, no dudamos de marchar al combate, teniendo seguridad de la victoria, yo no tengo el menor temor de lo contrario ya por la justa causa que defiendo, ya por la protección visible que la Providencia me ha concedido y ya, por último, por los buenos elementos con que cuento en soldados, armas, artillería y dinero, así es que dentro de ocho días tendrás la noticia de nuestro triunfo.⁴⁴⁶

Cinco días después llegó al poblado de Tepatitlán, donde se le unieron las tropas de Márquez y esperó la llegada de las comandadas por Liceaga y Pérez Gómez antes de marchar sobre el enemigo.⁴⁴⁷ La confianza que tenía en su ejército era total, lo cual no solo lo escribe en sus cartas a su esposa sino que también lo vemos en los hechos: el 8 de diciembre expidió un decreto en el cual declaraba que “todos los individuos que continuaran en las filas liberales, que cayeran en poder de sus tropas, serían irremisiblemente pasadas por las armas si no acogían el indulto que les ofrecía”.⁴⁴⁸ Dicho indulto consistía en reconocer sus empleos a los subtenientes o capitanes que se presentasen antes del combate, y a la tropa que se presentara montada o armada se le daría

⁴⁴⁵ Lombardo, *op. cit.*, p. 690

⁴⁴⁶ *Ibidem*, p. 691

⁴⁴⁷ *Idem*

⁴⁴⁸ Cambre, *op. cit.*, p. 181

además una gratificación de veinticinco o diez pesos respectivamente. Todo ello bajo la condición de que se pasaran a las filas conservadoras antes de forzar el paso a Tololotlán, actual Tototlán, Jalisco. Aquellos que lo hicieran durante la acción solo recibirían la mitad de lo ofrecido.⁴⁴⁹

La marcha hacia el sur fue rápida: el día 12 de diciembre el ejército conservador desalojó a las tropas liberales de Eutimio Pinzón que se encontraban en el poblado de Poncitlán, cercano a las márgenes del río Santiago.⁴⁵⁰ Al día siguiente, atravesó el río con el objeto de presentar batalla al enemigo, el cual se presentó, a decir del mismo general Miramón:

[...] en el pueblo de San Miguel, a una legua de distancia de Poncitlán, en número de cuatro mil hombres, fue batido por mis valientes soldados en una extensión de cinco leguas, dejando en mi poder varias piezas de artillería, armas, parque y un sinnúmero de prisioneros, ordenando fuesen fusilados todos los que fungían como oficiales.⁴⁵¹

Las tropas liberales se retiraron hacia Colima; Miramón señala en el parte oficial que habría de esperar dos días antes de perseguirles, puesto que su ejército estaba cansado y, a pesar de que las bajas eran apenas de 200 hombres entre muertos, heridos y dispersos, tenía veinte jefes y oficiales heridos en batalla, “entre ellos el señor general don Marcelino Cobos, el jefe de la primera brigada de caballería, coronel don José Joaquín de Ayesterán, el teniente coronel don Lorenzo Bulnes y el capitán de mi estado mayor don Luis Álvarez”.⁴⁵²

El *Joven Macabeo* entró a la ciudad de Guadalajara el 15 de diciembre, donde restableció a las autoridades civiles conservadoras y lanzó una proclama a los habitantes de la ciudad, que en uno de sus principales párrafos rezaba:

Haré que la mano de la justicia pese siempre sobre los culpables que intenten provocar o alentar las disensiones del país; pero los hombres de orden hallarán

⁴⁴⁹ *Idem*

⁴⁵⁰ *Ibidem*, p. 182

⁴⁵¹ *Idem*

⁴⁵² *Idem*

protección y garantías entre nosotros y yo, conciudadanos, me vanagloriaré si llego a lograr que convencidos de mis sentimientos, me ayudéis a llevarlos a completa estabilidad. Aceptad, pues, las leyes cuales buenos ciudadanos; dedicaos solo al trabajo, fuente de la riqueza de todo país, y entonces la patria os bendecirá, y os prometo ser vuestro sostén hasta derramar la última gota de mi sangre.⁴⁵³

En el mismo tenor escribió a sus tropas, exhortándolas a continuar con la lucha “para lograr la paz y la tranquilidad de la patria, de la cual sois el sostén”.⁴⁵⁴ Leonardo Márquez fue nombrado, por el joven general, gobernador del estado de Jalisco.

Degollado movilizó sus tropas a la zona de las barrancas de Atenquique y Beltrán, escenario de batallas pasadas que a ambos ejércitos había costado un gran derramamiento de sangre. Empero, ésta vez el *Macabeo* no se habría de dejar sorprender por don Santos: pese a lo que sinuoso del camino, rodeó a los liberales y logró pasar al otro lado y avanzar hacia la ciudad de Colima, la cual tomó el día 25 de diciembre. Con esto consiguió cortarles la retirada. Luis Islas García narra:

Degollado ha comprendido tardíamente lo que pasa y cambia el frente de su ejército: ambos se encuentran en San Joaquín y fuera de posiciones el jefe liberal tiene que aceptar la batalla —día 26—. Reñidísima, dura hora y media pero significa la completa derrota del cuerpo que perseguía a Miramón. Aparte de las sangrientas bajas, toda la artillería quedó en manos de éste. Ni siquiera hubo la posibilidad de organizar una retirada, por diversos rumbos escaparon, dispersos, los vencidos: las barrancas no servían de fortificación, sino de penoso camino donde resbalaban los caballos de los fugitivos [...] ⁴⁵⁵

Una vez más, el general Miguel Miramón derrotaba a don Santos Degollado, tras de lo cual inició su marcha de regreso a Guadalajara.

⁴⁵³ Cambre, *op. cit.*, p. 184

⁴⁵⁴ *Idem*

⁴⁵⁵ Islas, *op. cit.*, p. 106

Un nuevo pronunciamiento

Mientras los soldados de ambos bandos se batían, algunos sucesos habrían de cambiar el rumbo del país. El general Miguel María Echeagaray,⁴⁵⁶ a quien se le había encargado la campaña contra los liberales de Veracruz y quien ante todos —y ante él mismo— pasaba como un adicto al presidente Zuloaga se levantó en su contra en diciembre en Ayotla, poblado cercano a la capital del país.

El llamado Plan de Echeagaray culpaba a Zuloaga de inepto y proponía la creación de un gobierno “neutral”, el que apoyado por los partidos contendientes convocara a la creación de una nueva constitución política. Se pretendía terminar la guerra con medidas que para su autor eran la panacea de la lucha fratricida. Sin embargo, la paz parecía más lejana por esa vía.

El 23 de diciembre la guarnición de México se pronunció también contra el gobierno; el nuevo plan —llamado “de Navidad”— adoptaba los mismos principios que el de Echeagaray pero designaba al general Manuel Robles Pezuela como jefe del movimiento.

Luis Islas García escribe:

[...] había fructificado una idea funesta, la de formar un tercer partido que reuniera las antítesis, y éstos hombres [los pronunciados] eran los que se creían capaces de negociar. Zuloaga, muy práctico, declaró que si él era obstáculo se retiraba y entonces Robles Pezuela admitió la bastante forzada dimisión y quedó provisionalmente al frente del gobierno.⁴⁵⁷

Tras la renuncia de Zuloaga vino la búsqueda del reconocimiento del movimiento de parte del joven e invicto general Miramón, para lo cual se le mandó avisar de lo sucedido en la ciudad de México. Mientras tanto se convocó a una junta de notables: ésta habría de decidir quién sería el nuevo presidente de la república.

⁴⁵⁶ A quien debemos recordar como subalterno de Manuel Doblado en su levantamiento contra Juan Álvarez.

⁴⁵⁷ Islas, *op. cit.*, p. 110

Se mandaron emisarios para buscar la cooperación de Juárez y se eligió a la junta, la cual no era mayoritariamente conservadora o liberal; empero, gran parte de los elementos rojos o puros renunciaron a dicho nombramiento.

Miramón no estaba ni remotamente enterado de que Robles Pezuela estaba al frente del gobierno; el año de 1858 terminaba para Miguel Miramón en medio de loas, himnos y misas en conmemoración de sus éxitos en el campo de batalla. Estaba en la cima de su carrera: el día 22 había recibido el despacho de general de división;⁴⁵⁸ era joven, respetado, buen mozo. Estaba felizmente recién casado y era invicto en los campos de batalla. Su fama crecía día con día, al extremo de festejarse no solo en Guadalajara, sino en todas aquellas ciudades en las que se escuchara hablar de “*San Miguel*”, del *Joven Macabeo*, del “soldado de Dios”. En Toluca, el 28 de diciembre fueron escritos los siguientes versos, mismos que se publicaron en la ciudad de México el día último del año de 1858:

Joven en años, pero grande en fama,
de tu patria, Miguel, eres la gloria,
y quien escucha tu brillante historia,
“Moderno César”, con razón te aclama.
Arde en tu pecho la guerrera llama,
y a tu poder sujeta la victoria;
de tus hazañas vuela la memoria
do quier que el sol su claridad derrama.
Cumple incansable tu feliz destino
hasta rendir a la impiedad altiva
bajo el sacro pendón de Constantino,
y vivirás mientras el mundo viva;
pues nunca muere el nombre del guerrero
que triunfa del sectario de Lutero.⁴⁵⁹

⁴⁵⁸ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 72

⁴⁵⁹ *Diario de Avisos, de religión, político, literatura, artes, ciencias, industria, comercio, medicina, tribunales, agricultura y teatros*. Tomo 9, documento 118. (Documentos para la Historia de México, Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México).

Capítulo 19

El presidente más joven

Las victorias obtenidas por Miramón no lo eximían de preocuparse por la situación del gobierno. En la carta que escribió a su esposa el 31 de diciembre, lamenta no saber con certeza el día en que habrán de verse puesto que “lo del bribón de Echeagaray [lo había] trastornado todo”.⁴⁶⁰ La comunicación en la cual se le daba a conocer todo lo que acontecía en la capital habría de llegar el primero de enero de 1859. En ésta, Manuel Robles Pezuela expone las razones de su oposición al gobierno de Zuloaga:

Sin prestigio de ningún género, porque no supo utilizar el entusiasmo general de todas las clases de la sociedad, en los primeros días de su aparición en la escena pública; sin recursos algunos, porque tampoco tuvo tino para crearlos o adquirirlos; sin el tacto necesario para haberse aprovechado de las reiteradas y espléndidas victorias del ejército y convertirlas en un poderosos agente para dominar y sujetar la situación en provecho de la causa del orden y zanjar los cimientos de la paz: todo esto unido a otra porción de causas que no pueden ocultarse al ilustrado juicio de Vuestra Excelencia, hacían de todo imposible la permanencia de la administración indicada.⁴⁶¹

Robles Pezuela pide al Macabeo que “secunde y sancione con su adhesión y las tropas de su mando, el paso dado por sus hermanos de armas de la capital, cooperando con todo el poder e influencia que reúne por su carácter personal, por su elevada posición y por el mando que ejerce con tanto acierto, al desarrollo del plan de [la] capital”.⁴⁶²

Una vez enterado del golpe de estado a Zuloaga, Miguel Miramón escribió a su interlocutor para hacerle saber su postura al respecto:

[...] después de meditar detenidamente las razones que le impulsaron, tengo el sentimiento de manifestarle que lejos de hallar una sola que apoye la sana intención que Vuestra Excelencia me asegura que movió a sus autores a dar

⁴⁶⁰ Lombardo, *op. cit.*, p. 694

⁴⁶¹ Gacetilla. “Contestaciones habidas entre el Exmo. Sr. General de división en jefe del primer cuerpo del ejército, D. Miguel Miramón y el Exmo. Sr. General graduado, coronel de ingenieros y en jefe de la asonada de la capital de la república, D. Manuel Robles Pezuela.” Tomo 9, documento 119 (Documentos para la Historia de México. Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México)

⁴⁶² *Idem*

un paso de tal naturaleza, por el contrario, lo encuentro inoportuno, impolitico, contrario a la opinión de los buenos hijos de México y absolutamente perjudicial a la nacionalidad de la República; por lo tanto, con la sinceridad que me es característica, aseguro a Vuestra Excelencia que lejos de adherirme a ese programa de destrucción, lo contrariaré con toda la fuerza de mi voluntad.⁴⁶³

Miramón continúa su escrito, montado en cólera hacia los pronunciados:

En el plan que Vuestra Excelencia me ha adjuntado, no se percibe sino la defección de un general y el triunfo del mismo partido a quien un año he combatido, y al cual he tenido la gloria de derrotar en sus últimos atrincheramientos. Si el cuerpo de ejército de Oriente, que tanto tiempo debió operar con buen éxito sobre la plaza de Veracruz, ha retardado la toma de este punto importante. hoy con el plan que ha proclamado el jefe que lo mandaba, ha venido a demostrar la causa principal de su inacción, confirmando la idea de su connivencia con el enemigo a quien se le mandó combatir, y cuyo acto retardó con simulados y cobardes pretextos, conteniendo el valor y la bizarria de muchos de los jefes que eran a sus órdenes, para traerlos después al punto que deseaba; pero confío en que comprendiendo estos jefes la traición que se les hace, obrarán según su espíritu y honor, y volarán a unirse con sus fieles compañeros de armas y padecimientos.⁴⁶⁴

Sin embargo, el joven general hace también ver, por vez primera, su verdadera opinión acerca del gobierno de Félix Zuloaga, al aseverar que

[...] aunque no desconocía que el señor Zuloaga no supo utilizar el entusiasmo general de todas las clases de la sociedad en los primeros días de su aparición en la escena pública, creí que debía guardar silencio sobre éste punto para no promover la división, porque tenía el convencimiento de que, aunque con más retardo, la justicia y el valor de nuestras armas nos darían el triunfo completo, era prudente aplazar para entonces el reconstruir al país: pero llamar a que hagan este arreglo a los mismos que apoyaron la constitución de 1857, con el orgullo propio de la impunidad de los crímenes que han cometido para sostenerla, y con el desenfreno de las ideas de inmoralidad destructoras del orden social, que han infundido en el populacho para impulsarlo al asesinato y al pillaje, es desconocer en lo absoluto los verdaderos intereses de la patria, y no buscar más que su ruina y destrucción.⁴⁶⁵

⁴⁶³ *Idem*

⁴⁶⁴ *Idem*

⁴⁶⁵ *Idem*

Si bien Miguel Miramón no estaba de acuerdo con la manera en que el presidente había actuado, le pareció incorrecto demostrarlo porque con ello promovería la división. En los momentos en que se desarrolló el pronunciamiento de la capital, Miramón pudo haberse aprovechado de la situación para apoderarse del poder, tal y como lo subrayan casi siempre sus detractores. Sin embargo no lo hizo; afirmó categóricamente a Robles Pezuela que el al no secundarlo en su plan, no era guiado por el deseo de su engrandecimiento personal, “porque esa sería una pretensión tan rastrera como mezquina”.⁴⁶⁶ Mientras Miramón escribía su respuesta al jefe de los pronunciados, el día 2 de enero de 1859, en la ciudad de México se celebraba una Junta de Notables que habría de designar a un nuevo presidente interino de la República. El elegido fue el mismísimo general de división Miguel Miramón, quien no habría de enterarse sino hasta tres días después, por una comunicación que Robles Pezuela mandó al general Tomás Mejía y que éste a su vez remitió al *Macabeo*.⁴⁶⁷

El joven general escribió a su esposa Concha, que por esos días residía en San Luis Potosí:

Hoy todo ha cambiado; México me ha nombrado Presidente de la República y aunque no admito, no habrá necesidad de batirnos, por lo que tampoco hay necesidad de quitar la guarnición de San Luis, sino al contrario, aumentarla; pero como será muy difícil que yo marche para esa ciudad, siempre tú te dirigirás a Querétaro donde te espero.⁴⁶⁸

Tenía decidida su marcha sobre la capital, ya no para combatir a los pronunciados, sino para dar a conocer su posición con respecto al nombramiento de la Junta de Notables. Leonardo Márquez, quien previamente había sido nombrado por Miramón Gobernador y Comandante General del Departamento de Jalisco, habría de quedarse al frente de la plaza mientras el general en jefe se preparaba para partir. Empero, algo habría de detener el avance: el parte oficial que Miramón remite al gobernador de Querétaro, señala:

⁴⁶⁶ *Idem*

⁴⁶⁷ Lombardo, *op. cit.*, p. 174

⁴⁶⁸ *Idem*

Hoy ha llenado de consternación a esta ciudad un suceso desgraciado. Una cantidad considerable de parque guardado en el Palacio del Gobierno se incendió volando el edificio. La explosión y los escombros han hecho infinidad de víctimas que aún no pueden contarse, porque pasarán todavía muchas horas sin que pueda acabar de remover las ruinas.⁴⁶⁹

Al parecer el accidente fue serio, puesto que a Concha le escribe más tarde:

[...] se incendió el parque del Palacio produciendo una ruina completa en él, y no salvándose más de los que estaban en mi pieza, y los de la secretaría, de suerte que las víctimas pasan de doscientas personas. Yo tuve que salir por el balcón ayudado por sogas; lo mismo Márquez y algunos ayudantes que estaban conmigo, de los cuales solo Álvarez salió mal herido. Este suceso me detendrá dos o tres días más, pero de todas maneras, en la semana nos veremos.

El cuarto donde yo estaba solo esperó que me salvara con los que me acompañaban para desplomarse.⁴⁷⁰

Mucho se rumoró, e inclusive se publicó, acerca de una presunta participación del grupo liberal en lo sucedido en el Palacio; Miramón se apresuró a desmentirlo puesto que hubiera sido deshonesto culpar al enemigo de algo en lo que no tuvo absolutamente nada que ver. Además, ordenó reforzar la vigilancia por parte de la tropa para evitar que “muchas personas notadas como pertenecientes al partido demagógico no fuesen inmoladas por el furor popular”.⁴⁷¹

Tal y como escribió a su esposa, salió de Guadalajara el día 12 de enero seguido por su ejército. El biógrafo Luis Islas García se equivoca al señalar que en Tepatitlán fue informado de su nombramiento como presidente de la República.⁴⁷² Lo sabía bien, pues hemos visto con anterioridad que ya se refería a dicho suceso, y sabía además que, luego de haber sido electo, su llegada a la ciudad de México no podía demorarse más.

⁴⁶⁹ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI 481.3 / 7504, foja 012, enero 10 de 1859*

⁴⁷⁰ Lombardo, *op. cit.*, p. 177

⁴⁷¹ Islas, *op. cit.*, p. 113

⁴⁷² *Idem*

Un tercero en contienda

Miramón había puesto especial énfasis en señalar, en su comunicación a Manuel Robles Pezuela, que apoyarlo sería como apoyar al partido demagogo, pues el pronunciamiento de la capital se daba en “connivencia con el enemigo”.⁴⁷³ Y, al parecer, sí existía una comunicación entre los pronunciados y el gobierno liberal: Matías Acosta, uno de los informantes de Benito Juárez en la capital de la República, le escribió con fecha 15 de enero de 1859 lo siguiente:

Según las órdenes de usted he tenido varias entrevistas con Del Río y Zavala para ver en que podrían ayudarnos. Tenían algunas esperanzas en Echeagaray, que pronto se desvanecieron [...] La elección de Miramón y su oposición al plan de Robles ha complicado mucho la situación de los autores del último pronunciamiento.⁴⁷⁴

Entre las noticias que tenían de Miramón, estaba la certeza de que avanzaba hacia México con su ejército, dispuesto a restaurar a Zuloaga en el poder. Con respecto a las negociaciones liberales con Robles Pezuela —quien, hemos de recordar, estaba al frente del gobierno conservador en la ciudad de México— Acosta puntualiza:

Añadí que si Robles aceptaba la Carta de 1857, sin más condición que la de que pronto fuese reformada por la vía legal que ella establece, le ayudaríamos a combatir a Miramón, introduciendo a México todas nuestras fuerzas y levantando cuerpos de Guardia Nacional [...] El señor Olvera, cuya buena fe es notoria, pero cuyo buen deseo suele extraviarlo, nos propuso nada menos que un triunvirato de usted, Robles y Miramón y una convención que reformara la constitución [...]⁴⁷⁵

Sin embargo, dadas las intenciones no solo del llamado “señor Olvera” (de quien no tenemos más datos que el nombre, sino de un sector de los conservadores que opinaban que la solución a la guerra era un triunvirato y una convención constituyente, el gobierno de

⁴⁷³ *Gacetilla...*, *op. cit.*

⁴⁷⁴ Juárez, *op. cit.*, tomo 2, pp. 417-418

⁴⁷⁵ *Idem*

Juárez dio por terminadas las pláticas. No obstante, la idea habrá de seguir vigente tiempo después. Ni liberales ni conservadores querían ceder un ápice en negociaciones que afectaran sus intereses: otro de los informantes de Juárez, J.M. del Río (posiblemente de nombre José María), escribió al abogado oaxaqueño la siguiente misiva, fechada en 19 de enero, acerca de la postura que tomaba el *Macabeo*:

Ayer ha llegado de Querétaro el ayudante de Miramón, Ayesterán, con pliegos de aquel, desaprobando en todo lo que se separe del primitivo Plan de Tacubaya reformado en la Ciudadela, y por ello dicen que si no se obra según sus intenciones, trae 3500 hombres para hacer esto: volver al orden que llaman legal [...] ⁴⁷⁶

Efectivamente, el general Miramón se hallaba en la ciudad de Querétaro, donde pudo reunirse con su esposa y esperar refuerzos para marchar sobre la capital. El mismo día en que Del Río escribía a Juárez, el *Macabeo* remitía una extensa carta al jefe de los pronunciados, quien no cesaba en insistirle para que secundara la rebelión:

A pesar de tan serias reflexiones, he vacilado en mi resolución, porque personas tan respetables [se refiere a la Junta de Notables], que miran como yo la desunión del ejército como un mal de grande trascendencia, que a toda costa es preciso evitar, temían ese mal si insistía yo en restablecer el estado de cosas existentes el 23 de diciembre pasado, y me suplicaban reservar mi determinación para cuando llegara a ver de cerca los sucesos. Hoy ha desaparecido de mis ojos todo temor; confío en que la parte del ejército que alucinada un momento dio a la República el escándalo del 23 de diciembre, advertida del mal, volverá sobre sus pasos; y cuento con que el primer cuerpo de ejército, que tantas veces ha vencido a un enemigo formidable, y señaladamente la división del interior, que a paso violento se dirige a la capital, derramarán hasta la última gota de su sangre en defensa de los principios que han sostenido.

Entonces yo, que no ambiciono más que la gloria de hacer feliz a mi patria, reestableciendo la paz, la moralidad y la justicia, renuncio gustoso a la Primera Magistratura de la República a que la revolución me elevara para que vuelva el orden legal, para poner en todo su vigor el plan proclamado en Tacubaya el día 17 de diciembre de 1857 y reformado en México el 11 de enero siguiente restituyendo a sus puestos a los funcionarios que fueron destituidos en virtud del pronunciamiento último de la capital. Después tiempo habrá de remediar los males, de introducir en el gobierno las reformas

⁴⁷⁶ Juárez, *op. cit.*, tomo 2, p. 448

que se estimen necesarias por medios legales y decorosos, de atender a las justas exigencias del ejército y la sociedad.⁴⁷⁷

De este modo, Miguel Miramón, el general de división más joven que hubiese tenido el Ejército Mexicano con sus veintiséis años de edad, y que había sido electo por una Junta de Notables para desempeñar el puesto político más importante del país, llegó el 21 de enero de 1859 a la ciudad de México, donde fue recibido con vivas y salvas de artillería. Con la investidura de Presidente de la República, visitó al general Félix Zuloaga en la Legación Británica, donde éste último se hallaba refugiado, para avisarle que habría de reponerlo en su antiguo puesto. No pasaron más que dos días cuando Zuloaga ya se hallaba de nuevo en el Palacio Nacional.

Por supuesto que la fama del *Macabeo* creció aún más al regresar el poder a Zuloaga; sin embargo, desde tiempo atrás corrían los rumores de que el presidente habría de ceder el puesto al valeroso general. ¿Qué había de cierto en ellos? Mucho, más aún si tomamos en cuenta que Félix Zuloaga era un militar gris, famoso únicamente por haberse pronunciado en Tacubaya y cuyas acciones como gobernante distaban mucho de ser siquiera notorias. Por el contrario, Miramón había logrado ganar la admiración y el respeto de propios y extraños debido a su relumbrante carrera militar. El “Soldado de Dios”, decían; el “Joven Macabeo” era su mote. Y el restituir a Zuloaga le había dado un carácter especial: el de leal y recto. El mismo Guillermo Prieto habría de escribir:

Para que nada faltase
a este caos espantoso,
en México estalla un cisma
en el seno de los mochos
para quitarle el gobierno
a Zuloaga con buen modo.
Echeagaray lanza el grito,
Robles Pezuela da el tono,
y como era Nochebuena
tiempo de gresca y jolgorio,
a Miramón que era el niño,
la Iglesia le canta el *rorro*.
Pero Miramón rechaza

⁴⁷⁷ Lombardo, *op. cit.*, p. 182

las intrigas con enojo
y restituye a Zuloaga
a su puesto, generoso.⁴⁷⁸

⁴⁷⁸ Prieto, *Romances...*, *op. cit.*, pp. 219-220

Capítulo 20

La dimisión de Zuloaga

La reacción al paso dado por Miramón no se haría esperar. El 29 de enero de 1859, el general Leonardo Márquez escribió su opinión con respecto a lo sucedido en los últimos días. Nos es necesario reproducirla pues será de importancia en capítulos posteriores, al referimos a su relación con el *Macabeo*:

La historia patria tan fecunda en hechos variados en sus continuas revueltas, no había presentado hasta ahora un ejemplo de abnegación personal como el que ha dado al mundo el Excelentísimo Señor General en jefe del Ejército Nacional don Miguel Miramón. Y este hecho que formará época en nuestros anales, honra tanto más al digno caudillo que lo supo llevar a buen término, cuanto que con él ha dado una lección severa a los revoltosos de profesión, que ven burladas sus esperanzas; a los desleales que creen ser bastante invocar un nombre ilustre para ocultar asonadas vergonzosas, y ha dado por último un golpe más terrible a la demagogia que ya se preparaba a aprovecharse del extravío de algunos beneméritos militares para volver a hacer pesar sobre la desgraciada México su mano de hierro y de exterminio [...]⁴⁷⁹

Sin embargo, como ya estaba implícitamente acordado, el general Félix Zuloaga estableció ese mismo día, a través de un decreto, que era “prerrogativa del Presidente interino de la República, nombrar presidente sustituto que supla sus faltas temporales”⁴⁸⁰. Acto seguido, encargó el poder al joven Miramón, a través del decreto firmado el día 31 de enero:

[Al calce] Secretaría de Estado y del despacho de Gobernación
El Excelentísimo Señor Presidente Interino se ha servido dirigirme el decreto que sigue:
“Félix Zuloaga, General de Brigada y Presidente Interino de la República Mexicana, a los habitantes de ella, sabed: que en uso de las facultades de que me hallo investido, he tenido a bien decretar lo siguiente.
Es Presidente Sustituto de la República el General de División don Miguel Miramón.

⁴⁷⁹ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 6263 foja 01, enero 29 de 1859

⁴⁸⁰ *Archivo General de la Nación* (en adelante *AGN*). Colección de Documentos Oficiales para la Historia de México. Secretaría de Gobernación. Tomo 6, 1853-1860, exp. 186, f. 522. (Archivo y biblioteca de la Secretaría de Hacienda)

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le de el debido cumplimiento. Palacio de Gobierno Nacional en México, a 31 de enero de 1859—Félix Zuloaga— Al Ministro de Gobernación, D. J. Manuel Fernández de Jáuregui.”

Y lo comunico a Usted para su inteligencia y fines consiguientes.

Dios y Ley. México, Enero 31 de 1859.

Fernández de Jáuregui. [Rúbrica]⁴⁸¹

Todos los miembros del gabinete fueron citados a las dos de la tarde del día 2 de febrero, en el salón principal del Palacio Nacional, a fin de “presenciar aquel acto y darle la solemnidad de la ley”.⁴⁸² Juan de Dios Peza, quien fuera ministro de Guerra y Marina, señaló al Oficial Mayor encargado del Ministerio de Gobernación, José Ignacio Anievas, las razones que llevaron a Zuloaga a tomar la decisión de desprenderse del poder:

[...] creyó, sin embargo, el Excelentísimo señor Presidente interino [Zuloaga], que era en gran manera conveniente al interés de la causa de los principios proclamados en aquel plan [se refiere, por supuesto, al de Tacubaya] y al de la pacificación de la República, confiar el mando supremo al mismo caudillo que había hecho triunfar las de la nación en las diversas acciones de una brillante campaña, y a quien había designado el voto público de una manera más explícita y unánime [...]⁴⁸³

Aquella tarde en que la banda presidencial fue colocada en el pecho del *Macabeo*, Concha Lombardo lamentaba la aceptación del nuevo cargo por parte de su marido: “se acabaron mis sueños, se acabó mi tranquilidad, la política me lo ha robado, ya no volveré a tener paz”, llegó a pensar mientras su cónyuge asistía a la ceremonia.⁴⁸⁴

Fue hasta el 4 de febrero que Miguel Miramón se instaló en Palacio Nacional y comenzó formalmente su gobierno. Empero, el día anterior ya había tomado las disposiciones correspondientes con respecto a la organización del gabinete: éste no fue nombrado, dado que el presidente sustituto veía conveniente comenzar a trabajar con los Oficiales Mayores encargados de los ministerios, pues consideraba que no debía “tener las

⁴⁸¹ *AGN*. Colección de Documentos Oficiales para la Historia de México. Secretaría de Gobernación. Tomo 6, 1853-1860, exp. 186, f. 524. (Archivo y biblioteca de la Secretaría de Hacienda)

⁴⁸² “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 69

⁴⁸³ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 7385 foja 07, febrero 3 de 1859

⁴⁸⁴ Lombardo, *op. cit.*, p. 187

riendas del gobierno sino el tiempo que sea indispensable para realizar los fines expresados”.⁴⁸⁵

Además, el mismo día 3 de febrero decretó un impuesto a los barriles de aguardiente del territorio de Iturbide, mismo que quedaba sin efecto al sacarlo dicho producto del territorio mencionado⁴⁸⁶. Debemos recordar la precaria situación económica de las arcas nacionales: el tasar algunos productos, o establecer impuestos directos sobre ellos, habría de ser la línea a seguir por el gobierno de Miramón.

El día de la toma de posesión, Miramón pronunció un discurso dirigido al general Félix Zuloaga:

Si mi conducta anterior no alejara de mis conciudadanos toda idea de que mi corazón abrigue el más leve sentimiento de ambición, no habría aceptado el nombramiento que Vuestra Excelencia ha tenido a bien hacer en mi persona para presidente sustituto de la República, ni tomaría parte en este acto, amargo para mí por las circunstancias que lo han determinado.⁴⁸⁷

Lo cierto es que Zuloaga había hecho poco, o casi nada, para terminar con la guerra civil; inclusive debemos recordar que Miramón mandaba continuamente mensajes al Gobierno, mientras estaba en campaña, a fin de que le dieran los recursos para continuar con la lucha. Ni recursos ni acciones: Zuloaga se había mantenido al margen y aquellos que alguna vez lo apoyaron, veían ahora en la figura del *Joven Macabeo* una esperanza para triunfar sobre quienes ellos llamaban “el Partido Demagógico”. Empero, Félix Zuloaga estaba consciente de sus carencias como detentor del poder supremo; el mismo Miramón le diría:

Por desgracia, Vuestra Excelencia sabe cuantos obstáculos se han presentado a la administración a cada paso; Vuestra Excelencia sabe que nada se ha avanzado en el arreglo de la expedición a Veracruz; Vuestra Excelencia sabe

⁴⁸⁵ Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 7385 foja 07, febrero 3 de 1859

⁴⁸⁶ Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 7385 foja 04, febrero 3 de 1859

⁴⁸⁷ Discurso pronunciado por el Gral. Miguel Miramón al tomar posesión de la presidencia el día 4 de febrero de 1859”. Doc. 849 (Colección de mensajes 1821-1863. Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México)

que ninguna esperanza de adquirir recursos para llevar a cabo la ocupación de esa plaza importante ha podido formarse hasta aquí; Vuestra Excelencia sabe que han llegado a calificarse de exigencias mis justas peticiones a este respecto; y en fin, Vuestra Excelencia me entrega el mando supremo, considerando este paso el único medio de que se obtengan los elementos para la campaña y solo en este sentido lo admito.⁴⁸⁸

Miguel Galindo y Galindo señala que en este discurso, el *Macabeo* reprochaba al general Zuloaga, juzgándolo como una persona “inepta, y por lo tanto, incapaz de dominar una situación llena de dificultades, que cada día se complicaba más”.⁴⁸⁹

Y está en lo correcto; las armas conservadoras necesitaban un viraje de ciento ochenta grados, pues a pesar de haber tenido muy exitosas campañas, no había podido llevar a cabo la campaña sobre Veracruz, sede del poder juarista, la cual para esos momentos era “la plaza más fuerte y mejor fortificada de la República”.⁴⁹⁰

Francisco Bulnes apunta que Miramón cometió un error imperdonable en un militar: anunciar públicamente, en el manifiesto del 2 de febrero, que iba a emprender la campaña sobre el referido puerto:

Semejante anuncio, cuando aún no tenía dinero, ni ejército organizado, y sobre todo, cuando no debía prevenir a los defensores de Veracruz ni a los caudillos liberales para evitar que se le reunieran y marchasen a su retaguardia o amagaran la capital, no correspondía a un soldado.⁴⁹¹

La falta de recursos era el principal problema del gobierno de Miramón, como lo había sido de su antecesor. Por ello, el 7 de febrero emite un decreto en el cual...

[...] se impone, por una sola vez, la contribución de uno por ciento sobre todo capital de mil pesos arriba, mueble o inmueble, ya sea éste empleado o que se pueda emplear en alguna industria, comprendiéndose bajo esta denominación las profesiones, oficios y ejercicios lucrativos, cuyas ganancias en cada mes se

⁴⁸⁸ *Idem*

⁴⁸⁹ Miguel Galindo y Galindo. *La Gran Década Nacional. 1857-1867*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana/Gobierno del Estado de Puebla, 1987. 3 tomos, tomo I, 511 p., (República Liberal: obras fundamentales), p. 216

⁴⁹⁰ Francisco Bulnes. *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*. México, Editora Nacional, 1967. 648 p., p. 307

⁴⁹¹ *Ibidem*, p. 308

considerarán como el medio por ciento del capital anual, a efecto de esta contribución.⁴⁹²

A decir de Bulnes, con este decreto Miramón “logró que el clero le entregase trescientos mil pesos, con la condición de que fuesen empleados en la campaña de Veracruz”.⁴⁹³ La Iglesia Católica, que veía en el Partido Conservador la salvación de sus intereses, recibió con agrado la llegada de Miramón al poder, y esperaba con ansia su partida hacia el oriente de la República a fin de combatir a los liberales. En un sermón pronunciado el 6 de febrero en la Colegiata de Guadalupe, el sacerdote José Sánchez alaba al *Macabeo* y le advierte:

¡Venturoso joven!, mira primero al trono de María; después dirige la mirada a ese pueblo, que pendiente de ti tiene suspensa la respiración. María se te muestra propicia en concederte la victoria, si con sumisión la invocas en los combates: tú también tienes en las manos la vida de los buenos mexicanos; pero mira, no soberbio quieras colocarte en la altura a que no te llame la Divina Providencia, porque entonces serás confundido en las ruinas de tu propia grandeza. Nosotros confiamos primero en Dios, y tú eres el sostén de nuestra esperanza [...]⁴⁹⁴

Parecía un claro aviso: Miramón contaría con el apoyo de la Iglesia siempre y cuando no “pecara” de soberbia; siempre y cuando se mantuviese fiel a sus promesas y cumplierse su parte del trato. Lo habían apoyado económicamente; ahora era su tarea cumplir con lo prometido y traer de regreso un triunfo absoluto sobre los liberales.

⁴⁹² *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XLI 481.3 / 7390 foja 02, febrero 7 de 1859

⁴⁹³ Bulnes, *op. cit.*, p. 308

⁴⁹⁴ *Sermón que en la insigne Colegiata de Guadalupe pronunció el 6 de febrero de 1859 el R.P. Fray José Sánchez, predicador y lector de Sagrada Teología en el convento de Churubusco, en la solemne acción de gracias que por las victorias obtenidas mandó celebrar el Exmo. Sr. General de División y Presidente Sustituto de la República Mexicana D. Miguel Miramón*. México, Imprenta de Abadiano, 1859. 8 p., pp. 7-8

Previo a la ruta hacia Veracruz

El presidente sustituto se dedicó por solo unos días a poner en orden los asuntos del gobierno, pues consideraba necesario partir de inmediato a Veracruz. Si bien designó como miembros de su gabinete a los Oficiales Mayores de cada ministerio, si nombró a don José Miguel Arroyo como encargado de la cartera de Relaciones Exteriores. Por otra parte, dado que hacerse de los recursos necesarios —como hemos visto— era de suma importancia para poder alcanzar sus metas próximas, comienza por regular la hacienda pública de la ciudad. La “Ley Orgánica de la Municipalidad de México y sus fondos” fue hecha a fin de que la hacienda municipal “se administre como corresponde a sus necesidades y sus autoridades de policía cumplan con los fines de su institución”.⁴⁹⁵ A través de esta ley se creó la Junta de Propios y Arbitrios, presidida por distintos miembros del Ayuntamiento. El objetivo primordial de dicha junta era hacerse cargo de todo lo relativo a la hacienda municipal, con lo cual dejaba al Gobernador de Distrito fuera de la administración de los fondos municipales.⁴⁹⁶ El Ayuntamiento habría de dividirse en comisiones que trataran de “los hospitales, alumbrado, cárceles para la policía y la disciplina en ellas, mercados y fiel contraste, diversiones públicas, instrucción pública, limpia de calles y barrios, vacunas y cementerios y coches de providencia”.⁴⁹⁷ Además, se regularon los derechos por introducción de frutas y efectos a la capital, así como el expendio de licores al menudeo, de cerveza, las contribuciones por carruajes, fincas y diversiones públicas.⁴⁹⁸

Mientras tanto, la señora Lombardo de Miramón se dedicó a tomar las disposiciones correspondientes a fin de que sus habitaciones en la residencia oficial, es decir, el Palacio Nacional, lucieran un poco menos sombrías. La misma narra:

Sin embargo, nada de cuanto me rodeaba me era agradable; la soledad de aquellos espaciosos salones, la opresión que me causaba ver tan de cerca de mí aquellos centinelas y la esclavitud de no poder salir sin que se llamara la guardia y se detuvieran los transeúntes en la puerta de Palacio para verme

⁴⁹⁵ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 7393 fojas 03-021, febrero 12 de 1859*

⁴⁹⁶ *Idem*

⁴⁹⁷ *Idem*

⁴⁹⁸ *Idem*

pasar, todo aquello me tenía sumamente contrariada. Mi esposo notó mi disgusto y cuando le dije el motivo, me aseguró que me sacaría de Palacio y me pondría una casa donde yo quisiera y adonde estaría lejos de todas aquellas molestias.⁴⁹⁹

Es posible que Miramón, que sabía muy bien que Concha Lombardo era Primera Dama muy en contra de su voluntad, quisiese recompensarle al concederle no vivir en el Palacio Nacional. Pese a que la decisión sobre el lugar en que habrían de residir debía esperar a su regreso de la campaña, Miguel Miramón puso sus miradas, tal vez sin comunicárselo a su esposa, en un lugar que para él tenía *un entrañable significado*: Chapultepec. El 13 de febrero dispuso que “quede a cargo del ingeniero de Palacio, don Vicente Manero, todo lo perteneciente al Palacio de Chapultepec, es decir, sus habitaciones, altas y bajas, bosque, aguas y jardines”. Manero debía dirigir la mejora del lugar, “pero sin ninguna intervención en lo militar, por cuanto a que la vigilancia y servicio queda[ba] cometido a los jefes del ejército”.⁵⁰⁰

¿Quería darle una sorpresa a su esposa? ¿O acaso era simplemente que se sentía bien mudándose al Colegio Militar, lugar de sus primeros pasos en la carrera militar? No lo sabemos, empero, casi podríamos asegurar que Concha Lombardo no sabía entonces de las intenciones de su marido. Y es que debemos recordar que Miramón, además de ser un hombre muy joven y por lo mismo, nada carente de pasiones e ideas románticas⁵⁰¹, era un militar tan leal a la institución a la que pertenecía, que no sería de extrañarse que quisiera revivir de algún modo los años colegiales. Qué mejor lugar entonces que el Colegio Militar mismo.

Por su brillante carrera militar había llegado al puesto en el que se encontraba y de alguna manera tenía que compensar al Ejército, por lo que en esos días también, anuló un decreto expedido por Comonfort en 1856, con motivo de la degradación de los militares que hubieron asistido al levantamiento que hemos referido con anterioridad en la capital angelopolitana y la entrega de una condecoración honorífica y terrenos baldíos a todo aquel

⁴⁹⁹ Lombardo, *op. cit.*, p. 188

⁵⁰⁰ Archivo Histórico “Genaro Estrada”. Secretaría de Relaciones Exteriores. Exp. 1-3-656, Febrero 13 de 1859

⁵⁰¹ En el más amplio sentido de la palabra.

general, jefe u oficial que hubo tomado parte en dicha acción de armas a favor del gobierno de ese entonces.⁵⁰²

El día 14 de febrero todo estaba listo para partir. Sin embargo, el *Macabeo* sabía bien lo difícil que sería esa campaña: pese a su superioridad en el campo de batalla, debía enfrentarse a un puerto plenamente fortificado, sin posibilidad de atacar por mar, con la insalubridad propia de la costa como aliada de Juárez —vómito negro, fiebre amarilla— pese a que en invierno las condiciones eran un poco menos alarmantes. Lo peor de esta situación, era el rumor de que habrían de llegar aventureros estadounidenses al puerto en auxilio de Juárez. Fuera esto cierto o no, el joven general no lo sabía, pero tenía que hacer algo al respecto; en un comunicado al Ministro de Inglaterra en México, Carlos Otway, José Miguel Arroyo escribe:

El mayor perjuicio que sin duda pueden causar los sublevados a la sociedad es ciertamente el de recurrir a hordas de filibusteros que al ejemplo de los que invadieron Nicaragua y otros puntos, desolen el país y que sin bandera reconocida, ni nacionalidad alguna, salten en las costas de la República proclamando por toda causa el pillaje y la devastación y atacando sin distinción la vida y hacienda de nacionales y extranjeros [...]

Por ello, Arroyo pide que el ministro británico que tenga...

[...] a bien influir de la manera que se juzgase oportuna a que se impida el desembarque en Veracruz, o en cualquier punto de la costa impartiendo así a esta República, por los mismos principios que guiaran a la Gran Bretaña respecto de Nicaragua, la cooperación y auxilios convenientes y que requieran las circunstancias [...]⁵⁰³

¿Había razones para que el gobierno de Miramón temiera que Juárez pudiera recibir ayuda del extranjero, específicamente de los Estados Unidos de América? En capítulos posteriores trataremos a fondo la relación entre los dos gobiernos mexicanos y su homólogo vecino del norte. Los defensores de Juárez jamás aceptarán que el presidente

⁵⁰² Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 7389 foja 02, febrero 7 de 1859

⁵⁰³ Archivo Histórico "Genaro Estrada". Secretaría de Relaciones Exteriores. Exp. L-E-1317. Febrero 14 de 1859

liberal tenía la esperanza de obtener el pronto reconocimiento de Washington, que había reconocido de facto al gobierno de Zuloaga; al contrario, ponen en Miramón la ambición de ser reconocido, auxiliado y apoyado por “las potencias extranjeras”.⁵⁰⁴ Es indispensable señalar —por justicia— que ambos gobiernos, maniatados, incapaces de vencer al contrincante, abrigaban el deseo de obtener ayuda extranjera. Justo Sierra señala en ese sentido:

La esperanza secreta de Miramón, el porqué de una expedición que se creía de éxito seguro cuando no se contaba con un bloqueo posible, consistía sin duda en la actitud de las potencias ultramarinas. Los Estados Unidos no decían nada, vacilaban, daban tiempo por lo mismo. España casi había hecho una declaración de guerra a Juárez: un mes antes de la expedición a Veracruz, el ministro de Estado de Isabel II había pronunciado un discurso que, al combatirlo, resumía así el general Prim, fiel e intrépido amigo de México desde entonces: “España tiene razón de ir a México con las armas en la mano, porque allí se derrama la sangre de nuestros conciudadanos y se cometen con ellos toda clase de iniquidades?”. Esto era lo que Miramón esperaba, lo que anhelaba todo su partido.⁵⁰⁵

Pero, ¿qué era lo que Miramón realmente esperaba? ¿Porqué aventurarse a Veracruz a sabiendas de que era muy difícil conquistar dicho puerto?

⁵⁰⁴ Del mismo modo, este tema será tratado en un capítulo aparte.

⁵⁰⁵ Justo Sierra. *Juárez, su obra y su tiempo*. Introducción de Agustín Yáñez. 6ª. edición. México, Editorial Porrúa, 1998.467 p., (“Sepan cuántos...”, 146), pp. 115-116.

Capítulo 21

La marcha a Veracruz

El 14 de febrero de 1859 las tropas del general presidente estaban listas para partir. Antes de que abandonaran la capital, Miguel Miramón dirigió una proclama a los soldados bajo su mando, donde resaltó la difícil tarea que estaban prontos a emprender:

Más de una vez habéis dado pruebas de las virtudes civiles y militares que os adornan. Ahora no os engaño, os esperan nuevas penalidades, nuevos medios de resistencia a vuestros esfuerzos, pero cuento con vuestra constancia y con el valor indomable que siempre abrigasteis en vuestros corazones.⁵⁰⁶

El joven general sabía bien lo que implicaba sitiar una plaza tan fuerte como Veracruz, pero consideró necesario intentarlo de inmediato. Manuel Ramírez de Arellano, compañero y amigo del *Macabeo*, señala sobre éste que...

[...] cediendo a los impulsos de su bélico carácter, no vaciló en la determinación que debía abrazar y prefirió con gusto ir desde luego a sufrir las penalidades de los campamentos, dejando el descanso y comodidades del poder.⁵⁰⁷

Y el poder se quedó en manos del nuevo gabinete, que prestó juramento ese mismo día: Manuel Díez de Bonilla quedó en el ministerio de Relaciones Exteriores; Teófilo Marín en la cartera de Gobernación y Manuel Larrainzar se haría cargo de las oficinas de Justicia, Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública. El ministerio de Fomento, Colonización e Industria pasó a las manos de Gabriel Sagaceta y Severo del Castillo suplantó a don Juan de Dios Peza en la cartera de Guerra y Marina⁵⁰⁸; todos ellos, personajes notables del Partido Conservador.

⁵⁰⁶ Lombardo, *op. cit.*, p. 188

⁵⁰⁷ Manuel Ramírez de Arellano. *Apuntes de la campaña de Oriente, 1859. Febrero, marzo, abril*. Puebla, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Puebla, 1990. 162 p., anexos. (Biblioteca Angelopolitana, VI), p. 38

⁵⁰⁸ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 7385 foja 02, febrero 15 de 1859

¿Por qué desairar las mieles del poder, las comodidades de la vida en la capital y preferir ir a batirse con el enemigo en un terreno tan poco propicio como lo era la costa veracruzana? La respuesta es simple y explica gran parte de las decisiones que habrá de tomar el *Macabeo*: **Miguel Miramón Tarelo era un militar, no un político**. Amaba la carrera de las armas y, más que seguir los impulsos propios de su juventud, estaba convencido de que si no atacaba, permitiría que el enemigo creciera más aún.

Además, no sólo bastaba dejar en buenas manos el gobierno; el general presidente debía además asegurarse de que en su ausencia no habría ningún tipo de “sorpresas”. Para ello, ordenó a Manuel Robles Pezuela —coautor del último pronunciamiento— que marchara con él: más valía tenerlo cerca.

La división de reserva del Ejército de Oriente salió el mismo día, con piezas de artillería destinadas a sitiarse el puerto de Veracruz. Algunos batallones, de los que integraron dicha división, habían combatido bajo el mando del *Macabeo* en victorias anteriores. El joven general dejó la capital dos días después, para arribar a la ciudad de Puebla, lugar de sus primeras acciones, el 18 de febrero de 1859.⁵⁰⁹

Ramírez de Arellano apunta:

Las autoridades civiles y militares, el clero, las comunidades religiosas y un pueblo numeroso, que reflejaba todas las clases de la sociedad, salieron a recibir al general Miramón. El pueblo desunció los caballos de su carruaje y comenzó a tirar de él. Así, en medio de entusiastas vivas que millares de voces lanzaban al aire, atravesó el Presidente las calles de la ciudad, vistosamente adornada en todas sus puertas y balcones.⁵¹⁰

El joven general habría de dejar testimonio de su propio puño y letra a lo largo de toda la campaña, al escribir a su esposa sobre todo lo que acontecía, lo que pensaba y aquello que afectaba el desarrollo de los acontecimientos y su estado de ánimo. Y es que no solo la guerra mantenía ocupada la mente del *Macabeo*, sino le consternaba la situación de la familia, en especial el embarazo de Concha. A su llegada a Puebla le comenta:

⁵⁰⁹ Ramírez de Arellano, *Apuntes... op. cit.*, p. 39

⁵¹⁰ *Ibidem*, p. 40

[...] ni el recibimiento, ni el recuerdo de mis glorias y trabajos en esta ciudad, han podido borrar un momento de mi imaginación tu adorable presencia, y más aún el estado en que te he dejado, obligado a hacerlo así por las circunstancias; esto desgraciadamente ha sido preciso, de modo que como no tiene remedio, te suplico te tranquilices y te cuides mucho para nuestra felicidad.⁵¹¹

Un recibimiento similar al poblano tuvo Miramón en Orizaba, a la cual llegó el 22 del mismo mes y donde se le unirían los restos de la división de Oriente. Cinco días más tarde comenzó a hacer los preparativos de la campaña: formó dos divisiones de infantería, al mando de los generales Carlos Oronoz y Francisco G. Casanova, así como una brigada de caballería, de la cual el jefe era José María Cobos. También se encontraba presente el ministro de Guerra y Marina, general Severo del Castillo. El teniente coronel Manuel Ramírez de Arellano continúa con su relato:

Manuel Robles Pezuela fue nombrado jefe de Estado Mayor, cuartel maestre y comandante general de ingenieros. La fuerza total de este ejército ascendía en la fecha que hemos mencionado a cinco mil hombres, escasos, de todas armas, con cuarenta y seis piezas de artillería de diversos calibres y sistemas, y un tren de ciento veintitrés carros.⁵¹²

Con este ejército, Miguel Miramón Tarelo se disponía a atacar la sede del gobierno juarista. Todo estaba casi listo; sin embargo, la estancia en Orizaba, la larga espera de materiales de guerra provenientes de Perote, el resto de los preparativos, la lejanía de su esposa y la incertidumbre sobre el estado de salud de ésta, mantienen a Miguel Miramón enojado y antisociable. Él mismo llega a comentar a su esposa que:

[...] no sé si ahora o cuando me separé de ti en San Luis te extraño más, pues que si entonces no hablaba porque no podía hacerlo, ahora que es preciso por las circunstancias hablar y mucho, lo hago con enojo y tan ásperamente que no dudo cobrar el epíteto de insocial o déspota, dado por los que no me conocen, pues que los que me conocen adivinan la causa y sólo anhelan nuestra unión.⁵¹³

⁵¹¹ Lombardo, *op. cit.*, p. 190

⁵¹² Ramírez de Arellano, *Apuntes... op. cit.*, p. 42

⁵¹³ Lombardo, *op. cit.*, p. 191.

¿Acaso era solo, como él comentaba, que extrañaba a Concha y estaba preocupado por ella? No dudamos que se sintiera abrumado por la situación de su esposa, pero podríamos aventurarnos a aseverar que la principal de sus preocupaciones se encontraba hacia el este: atacar Veracruz no sería cosa fácil, y Miramón como buen militar que era lo sabía. Sus detractores han visto la campaña de Oriente como uno de los peores errores estratégicos de Miramón, puesto que el clima no le permitiría completarla con éxito. Empero, creemos que la prisa por atacar, más que mostrar una debilidad de parte del joven general, nos muestra una cualidad: sabía bien, que si no atacaba pronto, que si esperaba más, el poder del gobierno liberal crecería, pues el hecho de que Veracruz fuera una de las plazas más fuertes de la República era precisamente por su estratégica posición marítima, por su importancia como el principal puerto de entrada y salida de mercancías y capitales de todo el territorio nacional y porque, precisamente, quien controla los capitales prácticamente tiene la mitad de la guerra ganada.

En ese sentido, es fácil entender el malhumor y la ansiedad que experimentaba el *Macabeo* en esos días. La misma Concha llega a recibir reproches de Miramón por detalles que podríamos calificar de poco significativos:

Había suspendido la presente porque esperaba carta tuya. con sentimiento he visto que no la hay, y esto me ha puesto de un humor infernal; te suplico me escribas siempre, pues de lo contrario, además de que creo que te lo ha impedido alguna enfermedad, me tienes lleno de agitación, te repito mi suplica, escríbeme muy seguido.⁵¹⁴

La decisión de Concepción de mudarse a vivir al convento de la Encarnación también molestó al *Macabeo*, ante lo cual ella se trasladó al castillo de Chapultepec. Como se había visto anteriormente, Miramón había ordenado la remodelación de dicho sitio poco antes de su salida de México; no obstante, Concha Lombardo se atribuye la idea de que el cerro del Chapulín fuese la nueva residencia del presidente de la República:

⁵¹⁴ *Ibidem*, p. 192.

Apenas noté el disgusto que a mi esposo causaba mi estancia en el convento decidí salir de allí; pero no queriendo ir a vivir a Palacio, supliqué al general Corona, comandante general de la plaza de México, que me mandase arreglar una habitación en el Palacio de Chapultepec. Allí, a una legua de la capital, podría vivir tranquila y libre de las miradas del público, además aquel lugar me era tan querido... allí había crecido mi esposo, allí se había formado a la vida militar y allí lo había yo conocido...⁵¹⁵

Si para Concha era significativo Chapultepec, mucho más lo era para Miguel Miramón y es inclusive más factible que el lugar lo escogiera él, como se trató en el capítulo anterior. De cualquier modo, jamás imaginaron que una simple decisión como esa, ya fuera por recuerdos gloriosos del general o por añoranzas románticas de su esposa, sería tan significativa en la vida nacional al convertir ese sitio en la residencia oficial de otros gobernantes años después.

En campaña

Miramón ordenó la movilización de las tropas y carros a la vecina ciudad de Córdoba, desde donde se dirigirían las primeras operaciones. Mientras tanto, la primera división buscaría desalojar a los constitucionalistas de las barrancas de Jamapa y el Chiquihuite, a fin de dejar libre el paso hacia el puerto.

Ramírez de Arellano señala:

La barranca de que venimos hablando [se refiere a la de Jamapa] está situada sobre el camino que conduce de San Juan Coscomatepec a la villa de Huatusco, y dista mil quinientos metros, aproximadamente del primer punto. Es de una gran profundidad, y presenta tantas asperezas el terreno, que el descenso y ascenso de ella es tan difícil como penoso.⁵¹⁶

Los liberales habían fortificado el lado contrario de la barranca, por lo cual en este punto —al norte de Córdoba— se dieron los primeros encuentros entre ambos ejércitos. Luego de algunas escaramuzas y tras el paso de varios días, los conservadores lograron

⁵¹⁵ *Ibidem*, p. 193

⁵¹⁶ Ramírez de Arellano, *Apuntes... op. cit.*, p. 45

desalojar a sus enemigos de Jamapa y continuaron su marcha. El ejército liberal, con el objeto de detener la marcha del *Macabeo*, mandó volar los puentes de Atoyac y el Chiquihuite. Continúa su relato Arellano:

A las nueve y media de la mañana [del 12 de marzo] estaba la división en el puente de Atoyac. El general Presidente sabía desde Córdoba que aquellos bandidos habían volado este magnífico puente y el del Chiquihuite; pero al ver por sus propios ojos que unas obras de inmensa utilidad pública habían sido destruidas sin más objeto que detener la marcha de la artillería pesada tres o cuatro días; cuando recordó Su Excelencia que no se habían empleado esos medios infames para combatir al enemigo extranjero en el Departamento de Veracruz, y sobre todo, cuando palpó por decirlo así, que aquellos mexicanos indignos, no habían tenido el valor de quemar en tan fuerte posición ni un solo cartucho en defensa de su constitución, lamentó con amargura el crecido mal que se había hecho al país con la destrucción de tales obras materiales, y la impunidad en que la cobardía de sus autores los dejaba por aquel momento, salvándose del justo escarmiento que estaba resuelto a darles.⁵¹⁷

Y Miramón continuó la marcha hacia el puerto, a pesar de los contratiempos que a cada paso se sucedían. De este modo, el ejército conservador tomó a viva fuerza el poblado de la Soledad el 12 de marzo. Hacia el día 17, las tropas del *Macabeo* se encontraban escalonadas en Atoyac, el Chiquihuite, la Soledad y la Tejería⁵¹⁸; éste último sitio, que hemos ubicado actualmente a las afueras de Medellín, también con el nombre de El Tejar, era el elegido por el general presidente para establecer el cuartel general, desde el cual habría de hacer un reconocimiento personal a la plaza que se disponía a atacar. Miramón se encontraba prácticamente en la boca del lobo.

Miguel escribe a Concha el 19 de marzo, desde la Tejería:

Ayer fui a hacer un reconocimiento, tres cosas grandes tiene Veracruz que debemos reconocerle: la mar, los buques y la plaza que voy a atacar. Nos hizo un tiempo muy hermoso, pero el mismo norte que nos refrescó la atmósfera nos impidió el que observáramos perfectamente la plaza y la mar; ésta última no me sorprendió como me decían, y aunque sus olas por el viento

⁵¹⁷ *Ibidem*, p. 57

⁵¹⁸ *Ibidem*, p. 72

estaban muy altas, no fue, sin embargo, lo que esperaba; siempre resulta esto de las ponderaciones.⁵¹⁹

El primer encuentro, tal vez, de Miguel Miramón con el mar. Debemos recordar que jamás sus obligaciones lo habían llevado a las costas, y que éste contrincante, que de oídas le era presentado como imponente, no le pareció tanto en un principio. Habría de ser, el ataque a un puerto marítimo, una experiencia totalmente nueva en la vida del *Macabeo*. Pero todavía era demasiado pronto como para adelantar conclusiones; faltaba lo más importante: la toma de la plaza.

Los constitucionalistas habían comenzado a dirigir sus fuegos sobre el enemigo a la vista. Mientras tanto, Miramón esperaba en el cuartel la llegada de los carros que habrían de traer el material de guerra para emprender la batalla. Una breve pausa en el camino, suficiente para distraer un poco al general con coplas que la inventiva veracruzana generó en su honor:

Miramón será inmortal
 en toda tierra caliente,
 de México Presidente
 y general de la mar.
 Cuevas tiene noche y día
 la espada de Miramón,
 pues manda la artillería
 con mucha satisfacción.
 Hoy hablo por el que calla
 viva, viva Miramón
 viva el Plan de Tacubaya.
 El que calla es Luis Osollo,
 pues dicen, no es invención,
 Miramón tiene la espada
 del héroe que sucumbió.⁵²⁰

Pero los días que habrían de seguir serían los más difíciles que Miramón hubo vivido en su relampagueante vida militar: a pesar de las esperanzas puestas en la campaña y de la movilización de tropas para que se dispusieran a iniciar el ataque, y pese a haber

⁵¹⁹ Lombardo, *op. cit.*, p. 200

⁵²⁰ *Ibidem*, pp. 200-201

logrado pasar los obstáculos que el enemigo tendió, tras la explosión de los puentes que impidieron la rápida movilización de los trenes y carros de guerra, el ataque no podría realizarse debido a la falta de dinero. El mismo Miramón, en su parte oficial, detalla:

[...] estaban ya libradas las órdenes para que las divisiones avanzaran hasta los puntos que debían ocupar, se llegó hasta comenzar la operación material, cuando un triste desengaño me obligó a dar contraorden, a suspender los trabajos. Supe por comunicaciones oficiales, que el 23 [de marzo] en la noche no salía aún el convoy de México: comprendí que no podía ya salir hasta que la capital se viese libre del enemigo que la hostilizaba a la sazón: que no podría llegar a esta antes de veinte días, suponiendo el curso de los sucesos más favorables, y esto cuando no podía tener efecto un medio supletorio que aquí intenté poner en planta.

Entonces sería una locura, sería una temeridad punible seguir por ahora en una empresa en que todas las probabilidades se nos han convertido en contra.⁵²¹

Parecía que todo el paisaje, alentador hacía unos días, comenzara a desmoronarse frente a los ojos del *Joven Macabeo*. Aunado al problema monetario, estaba la falta de pertrechos de guerra. Miramón continúa el relato:

El convoy no solo debía traer dinero, sino grandes cantidades de pólvora fabricada en Puebla y en Orizaba, de cuyo artículo no había existencia en la capital, y yo no podía romper los fuegos sobre Veracruz, sino cuando estuviese seguro de que no me vería obligado a interrumpirlos.⁵²²

Con respecto a la crisis que vivió el ejército conservador en esos días, Manuel Ramírez de Arellano agrega:

Los efectos de primera necesidad, cuando solían encontrarse en los campamentos, subían su precio por horas y llegaban a tenerlo fabuloso. La carga de maíz costaba en la Tejería el día 17 cinco pesos, y el 19 valía 30; una onza de pan costaba medio real, y en esta proporción todos los demás efectos. Sin exageración, la paga de general no bastaba para la manutención de un subalterno, y todo esto cuando el soldado llevaba nueve días de no recibir un solo centavo de su prest.⁵²³

⁵²¹ Ramírez de Arellano, *Apuntes...*, op. cit., pp. 145-146

⁵²² *Idem*

⁵²³ *Ibidem*, p. 84

Por si fuera poco, el clima comenzaba a ponerse en su contra, “y en un periodo de tiempo muy corto habían sido atacados de fiebres intermitentes, disenterías y otras enfermedades multitud de soldados”.⁵²⁴ Todo indicaba que ese no era ni el lugar ni el momento para continuar con la campaña. Tomar la decisión de regresar a la capital de la República debió ser difícil, pero no había nada más sensato que esa medida. No era una huida cobarde como lo habrían de señalar aquellos que atacan el conservadurismo en las siguientes líneas:

Los defensores de la plaza se entristecen: tienen aún en sus fusiles la primera carga: el enemigo arrogante y altanero a larga distancia, se ostenta lleno de pavor en nuestros arenales. No ha tenido el valor para medir sus armas, con las de la ciudad heroica.⁵²⁵

La razón fue realmente la escasez, la dificultad de completar algo que Miramón deseaba tanto, que llegó a escribir, decepcionado, a Concha:

Si no te tuviese a ti por mi esposa, hoy me marcharía al extranjero no porque mi reputación padezca por no tomar esta plaza, sino porque acostumbrado a salvar todos los obstáculos, me encuentro con unos independientes de mis cálculos y mi voluntad. No tengo confianza plena en que ésta [carta] llegue a tus manos, por cuya razón no te pomenorizo los acontecimientos; pero bástete saber que el mes de octubre volveré a Veracruz. Muy pronto tendré el gusto de abrazarte aunque no venga coronado por la victoria [...] ⁵²⁶

Al emprender la retirada, cuando escribió su parte oficial, el general Miguel Miramón Tarelo resumió su sentir:

Me es muy penoso tomar esta resolución, porque conozco, vuelvo a decirlo, la importancia que tiene la ocupación de Veracruz; porque veo frustrarse por lo pronto las esperanzas de las personas de orden para quienes era indudable el

⁵²⁴ *Ibidem*, p. 85

⁵²⁵ *Diario de los sucesos de Veracruz durante los días en que está amagada la plaza por los facciosos acaudillados por D. Miguel Miramón*. México, Imprenta de J.M. Blanco, 1859 [Publicado por Leonardo Pasquel, México, Editorial Citaltépetl, 1968. 38 p.], p. 35

⁵²⁶ Lombardo, *op. cit.*, p. 202

feliz éxito de esta campaña; porque aparecen estériles los sufrimientos de las tropas fieles a sus banderas, vuelven a cubrir la línea de Oriente. Pero mi conciencia está tranquila, no me acusa de haber emprendido la campaña ligeramente, ni de haberla suspendido sin graves motivos. A nadie culpo, pero Vuestra Excelencia recordará perfectamente desde cuando estoy urgiendo incesantemente por la salida de ese convoy cuya falta ha sido, como tenía anunciado, de un interés vital. Evidentemente no era llegada aún la hora del castigo para los rebeldes de Veracruz.⁵²⁷

Y sobre sus planes, añadió:

Regreso a México, fijaré mi atención de preferencia en concluir la pacificación del interior y en reunir todos los elementos necesarios para abrir nuevamente esta campaña, cuando la estación lo permita; confío en que la nación tiene bastante buen sentido para no abandonarme en esta empresa, que aunque más tarde, llegará, no lo dudo, a un término feliz.⁵²⁸

⁵²⁷ Ramírez de Arellano, *Apuntes...*, op. cit., pp. 147

⁵²⁸ *Ibidem*, p. 148

Capítulo 22

Tacubaya

La acción de Veracruz había quedado reducida a tan solo algunas escaramuzas y cañonazos sobre la plaza. No hubo un ataque formal, no hubo una batalla digna de pasar a las páginas heroicas de la historia de México. Entre los conservadores, la decisión de no atacar era, aunque decepcionante, oportuna ante la situación que vivían. Ramírez de Arellano comenta con respecto a Miramón:

El temple de aquella alma se amoldaba maravillosamente a la ley de la necesidad, y con una determinación tan sabia como oportuna, nulificaba hasta donde era posible la angustiosa situación en que el destino lo había colocado. Preciso es confesarlo; el general Miramón aparece más grande, dictando en Medellín la retirada del ejército de Oriente, que venciendo en los campos de batalla que ha hecho célebres su espada.⁵²⁹

Entre los liberales, era la cobardía, el pavor que el enemigo les profesaba, lo que había evitado el ataque del general Miramón. Continúa el teniente coronel Arellano:

El Presidente tuvo la cordura y el buen tino necesarios para hacerles comprender [a los enemigos]; que no eran sus murallas, ni sus fosos, ni sus estacadas, ni sus alumbrados, ni sus obras exteriores, multiplicadas al infinito, ni sus barricadas, y por último, ni sus doscientas y tantas piezas de artillería, las que los salvaban por entonces. Se ha visto, pues, que una circunstancia muy ajena de la acción de los constitucionalistas de Veracruz, fue la que decidió al general en jefe a levantar el campo y retirar el ejército a Orizaba.⁵³⁰

Tal vez los liberales en el fondo sabían que, al retirarse las tropas conservadoras, se salvaban inesperadamente de un difícil trance, pues, a pesar de todo, el *Macabeo* seguía invicto en los campos de batalla y ellos lo sabían. Tan estaban concientes de ello, que el mismísimo Santos Degollado había avanzado hacia la capital de la República para distraer la atención puesta en el puerto. Don Justo Sierra lo comenta:

⁵²⁹ Ramírez de Arellano, *Apuntes...*, op. cit., p. 86

⁵³⁰ *Ibidem*, p. 87

Inmediatamente que tuvo noticia de que lo mejor del ejército tacubayista bajaba a Veracruz, el general Degollado, que en sus mismas derrotas cobraba fuerzas nuevas para la lucha, y que después de su aniquilamiento había recogido en el sur de Jalisco sus elementos militares en dispersión, reapareció en el Bajío, y dejando atrás a Márquez que desde Guadalajara pretendía dominar el Occidente, avanzó hacia la capital; su objeto era dar una sorpresa o atraer sobre sí el rayo que iba a caer sobre Veracruz.⁵³¹

Algunos días antes a la toma de decisión acerca de continuar o no en Veracruz, Miramón había comentado a su esposa su preocupación por el avance de Degollado hacia México.⁵³² Empero, los rumores comenzaron a hacerse más fidedignos: se tenía conocimiento del rápido avance de don Santos sobre la capital; basta escuchar otra de las voces, la del mismísimo Benito Juárez, que escribió a Pedro Santacilia —su futuro yerno— desde el puerto de Veracruz el día primero de abril:

Al acercarse Miramón a esta plaza, el señor Degollado ocupó a viva fuerza Guanajuato, derrotando completamente al general Liceaga y recobrando parte de la artillería que se perdió en Abualulco, después ocupó Querétaro y en seguida marchó hacia México; pero entre Querétaro y San Juan del Río, lo esperaron Mejía y Calleja con 3,000 hombres, que después de muchas horas fueron derrotados perdiendo toda su artillería y municiones y refugiándose con un resto de sus fuerzas en la Sierra. Siguió su marcha Degollado sobre México y el día 23 ocupaba Tacubaya y el fuerte de Chapultepec.⁵³³

Al igual que la mayoría de los liberales, Juárez consideraba erróneamente que la retirada de Miramón se debía al *miedo* que sentía por atacar la sede del gobierno constitucional. El abogado oaxaqueño continúa:

Entretanto, Miramón mandó ocupar el puerto de Alvarado con 1,200 hombres que no llegaron a ver las fortificaciones de aquel punto, porque las lanchas cañoneras lo obligaron a contramarchar y entonces Miramón resolvió levantar el campo y se ha ido para Orizaba sin haber disparado un solo tiro sobre esta plaza que respecto de él era un Sebastopol. Nuestras fuerzas que operan entre Puebla y Orizaba, se preparan a impedirle el paso para México, que tal vez a

⁵³¹ Sierra, *Evolución...*, op. cit., p. 208

⁵³² Lombardo, op. cit., p. 203

⁵³³ Juárez, *Documentos...*, tomo 1, p. 440

estas horas habrá caído en poder de Degollado. Es imposible, moralmente hablando, que la reacción triunfe [...]»⁵³⁴

A su regreso a la capital, el ejército conservador tuvo varios enfrentamientos con los liberales; las fuerzas de las que hablaba Juárez, en efecto trataron de impedir el paso de Miramón a la ciudad de México, aunque el único resultado que obtuvieron fue un ligero retraso de las tropas del *Macabeo*. Toda su atención se centraba en regresar a la capital para detener el ataque enemigo; mientras tanto, Degollado ya se encontraba en la villa de Tacubaya, a las afueras de México. Márquez, con su ejército, le seguía de cerca.

Ramírez de Arellano escribe sobre el retorno a la capital:

Tal fue el resultado positivo y ridículo de las amenazas que prodigaron los constitucionalistas de Oriente contra el ejército que penetró hasta la vista de Veracruz. La esperanza que tenían de acabarlo en su retirada, se disipó como el humo, y una triste realidad les hizo comprender a su pesar, que se habían cambiado los papeles. Tantos anatemas como lanzó el “Progreso” sobre nuestras tropas y su joven caudillo, fueron verdaderas gasconadas que terminaron con carreras, dispersiones, cobardías, torpezas y faltas imperdonables de sus correligionarios. ¡Cuántos episodios ridículos y vergonzosos para las filas del comunismo, y muy particularmente para los cabecillas Ampudia, Traconis y Lallave, ofrecen los treinta y cuatro días que se deslizaron desde la función de armas de la barranca de Jamapa, hasta las carreteras de Acultzingo!

Harto tiene que reír la posteridad, en medio de la indignación que le cause la historia de esta lucha social, al conocer las batallas de licenciados y militares ineptos capitaneando bandidos, contra generales instruidos mandando soldados.⁵³⁵

Era indispensable movilizarse a toda velocidad: a las tres de la tarde del día 10 de abril, Miramón entraba a Puebla. Luego de un breve descanso, volvió a ponerse en marcha a las ocho de la noche para arribar a la capital de la República catorce horas después.⁵³⁶ En Tacubaya, el general Leonardo Márquez se encontraba batiéndose contra las fuerzas de Santos Degollado. La derrota constitucional sería total; Luis Islas García relata:

⁵³⁴ *Idem*

⁵³⁵ Ramírez de Arellano, *Apuntes...*, *op. cit.*, pp. 105-106

⁵³⁶ *Ibidem*, p. 109

[...] nueve mil hombres y noventa cañones, al mando de Márquez, se arrojan rudamente contra seis mil reclutas y veinte cañones de Degollado. Los acontecimientos se desarrollaron dentro de lo previsible: éste padeció una derrota tan completa, que olvidó hasta el uniforme de divisionario que en la misma tarde fue expuesto, como un espantapájaros, frente al Palacio Nacional. Los fugitivos de la batalla, por el rumbo de la hacienda de los Morales, se encontraron con una comitiva de jinetes que galopaban disparando hacia el sitio de las operaciones: eran Miramón y veinte oficiales, sudorosos y desvelados, que así terminaban su viaje desde Puebla. Su arribo al lugar del combate sorprendió a todos.

Al término de la batalla, cuando el *Joven Macabeo* partió de regreso a la ciudad de México y el general Márquez permaneció, victorioso, en la villa de Tacubaya, tuvo lugar uno de los sucesos más polémicos de la historia de México: los asesinatos del 11 de abril de 1859.

El Tigre

Los hechos son sencillos: tras ganar la batalla, Leonardo Márquez mandó fusilar a los jefes y oficiales capturados, pero ejecutó también a algunos civiles, entre ellos estudiantes de medicina. Se ha vuelto parte de la historia oficial culpar no solo a Márquez, sino también a Miramón, por ser él quien —según se ha dicho— ordenó tales fusilamientos.

Sin embargo, las cosas no sucedieron de ese modo. Poco después de la muerte del general Miramón en el Cerro de las Campanas, Leonardo Márquez publicó en Nueva York un manifiesto a la nación, en el cual justifica los asesinatos al acusar al finado *Macabeo* de haberlos ordenado. El general Márquez narra que recibió un pliego de parte del presidente sustituto, con carácter urgente, donde le ordenaba las ejecuciones:

Protesto bajo mi palabra de honor que semejante orden me sorprendió tanto cuanto me desagradó, ya porque yo no quería que se derramase sangre después de la batalla, y ya porque impuesto el Presidente por mí, de no haber querido yo tocar la vida de los prisioneros, la consideraba asegurada, cuando de repente recibí la orden de que voy hablando, en términos apremiantes, que no dejaba más arbitrio que obedecerla. En consecuencia, la pasé a quien

correspondía y yo me retiré a mi alojamiento sin ocuparme de ese penoso asunto.⁵³⁷

La orden a la que se refiere Márquez fue publicada por él mismo en su citado panfleto, y ha sido reproducida tanto por autores liberales como por conservadores. La reproducimos textualmente:

Excelentísimo Señor:

En la misma tarde de hoy y bajo la más estrecha responsabilidad de Vuestra Excelencia, mandará sean pasados por las armas todos los prisioneros de la clase de oficiales y jefes, dándome parte del número de los que les haya cabido esta suerte. Dios y Ley, México, abril 11 de 1859 —Miramón— General de División en Jefe del Ejército de Operaciones, don Leonardo Márquez —Tacubaya.⁵³⁸

En otro de los párrafos del manifiesto de Márquez, asevera: “por esta relación se ve que mientras estuvo en mi mano, es decir, mientras yo mandé antes de que llegara el Presidente, ni se fusiló a nadie ni hubo quien sufriera el menor maltrato, aún en los momentos del asalto”.⁵³⁹ De haber sucedido así, Miguel Miramón sería el responsable de los crueles asesinatos de civiles en Tacubaya. Empero, no lo fue. Márquez olvidó — o quiso olvidar— que escribió su parte oficial al Ministro de Guerra y Marina. Por lo delicado del tema, optamos por reproducirlo en su totalidad:

Excelentísimo Señor:

Las armas del Supremo Gobierno han triunfado completamente sobre los bandidos que asediaban a la Capital de la República. Las valientes tropas que me enorgullezco de mandar, han obtenido esta victoria disputando el terreno palmo a palmo y en la lucha no solo derrotaron al enemigo, sino que le tomaron por la fuerza toda su artillería, parque, carros, armamento y demás pertrechos de guerra, contando entre sus pérdidas la casaca y la banda de general de división que tiene la desvergüenza de usar el infame Degollado, sin haber servido a la patria ni pertenecido jamás a la noble carrera de las armas.

⁵³⁷ Leonardo Márquez. *Manifiestos: el Imperio y los imperiales*. Rectificaciones de Ángel Pola. México, F. Vázquez editor, 1904. 434 p., p. 3

⁵³⁸ Juárez, *op. cit.*, tomo 1, pp. 444-445

⁵³⁹ Márquez, *op. cit.*, p. 4

Entre los prisioneros que se han hecho se cuenta al ex general don Marcial Lazcano, y muchos oficiales que han expiado ya en el patíbulo que merecían el crimen que cometieron.

El denuedo con que han combatido los bizarros de este Cuerpo del Ejército es superior a todo elogio. Combates personales se trabaron a menudo que hicieron resaltar más y más el heroísmo de estos valientes.

Para honor del Supremo Gobierno, remito a Vuestra Excelencia el uniforme y banda de Degollado que le entregará personalmente el denodado teniente coronel don José Sánchez Facio, que siempre a la vanguardia del ejército ha dado hoy un nuevo testimonio de sus virtudes militares.

En este momento tengo la gloria de enarbolar por mi propia mano en el fuerte de Chapultepec el pabellón nacional, usando para éste objeto de la bandera el benemérito batallón de Yngenieros (sic). Este acto llena a mi alma de un regocijo que no puedo explicar y que me acompañará todo el resto de mi vida. Hoy levantaré el campo y mañana entraré en esa capital con el ejército vencedor, reservándome para entonces dar al Supremo Gobierno el parte circunstanciado de esta batalla que honrará siempre al Ejército.

Lo que honro de participar a Vuestra Excelencia, para que lo ponga en conocimiento del Excelentísimo Señor Presidente. Dios y Orden, Cuartel General en Chapultepec a 11 de abril de 1859. — Leonardo Márquez [Rúbrica]. — Excelentísimo Señor Ministro de la Guerra.⁵⁴⁰

Como puede verse, al escribir el parte Márquez ya había mandado ejecutar a los oficiales; no pidió permiso ni esperó orden alguna, simple y sencillamente ordenó los fusilamientos. Este parte debió haber sido escrito a poco de haber concluido la batalla, pues señala que quedaron en poder del uniforme de Degollado, y, si tomamos en cuenta otras obras como la de Luis Islas García, hemos visto con anterioridad que dicha prenda fue exhibida en Palacio Nacional esa misma tarde.

Empero, todavía quedaban algunos prisioneros que habrían de “expiar sus culpas”. Uno de éstos sobrevivió para contarlo: el licenciado Ignacio Jáuregui, quien habría de ser el abogado defensor de Miramón en Querétaro, en 1867. En el alegato de defensa del *Macabeo*, Jáuregui habla del autor de “un crimen que horrorizó al mundo, como hijo de una hiena que se llame entre nosotros Márquez, hombre cobarde que se ceba en los indefensos y huye el cuerpo en las batallas”.⁵⁴¹ Según el abogado, Miramón no supo nada sino hasta una vez consumado el vil acto.

⁵⁴⁰ Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/481.3 / 6927 foja 30, abril 11 de 1859

⁵⁴¹ Lombardo, *op. cit.*, p. 908

Márquez, por su parte, señala con respecto a Jáuregui:

[...] cuando en junio de 1867 el licenciado Jáuregui, defensor del general Miramón en Querétaro, asentó que le debe la vida por habérsela salvado en Tacubaya el 11 de abril de 1859, arrancándolo de mis garras al ir a ser ejecutado en unión a los demás prisioneros, aquel licenciado no habló con exactitud, porque no es que el Presidente lo arrancase de mis garras, sino que le perdonó la vida, que él mismo le había mandado quitar, así como a sus compañeros, en cumplimiento de la ley de conspiradores que los condenaba.⁵⁴²

De acuerdo a la orden escrita por el puño y letra de Miramón, se debía fusilar a los jefes y oficiales: ni Jáuregui, ni los demás civiles lo eran. Si bien el *Macabeo* no podía refutar a Márquez, pues ya había fallecido, el licenciado Jáuregui sí lo hizo. En una carta escrita el 14 de junio de 1868, dirigida a los redactores de *El Globo*, periódico que había publicado el manifiesto de Márquez, el abogado señala:

Don Leonardo Márquez quiere confundir a dos personas a quienes debe tener muy presentes. Yo estaba preso en el presidio de Santiago Tlaltelolco desde antes del 11 de abril de 1859, y mi hermano el licenciado Agustín permanecía con su familia en el pueblo de Mixcoac, sin haber tenido más intervención con los liberales que asediaban a México que procurar a los habitantes de aquel pueblo [...]. El día 11 fue preso mi hermano Agustín, no en Tacubaya, ni con las armas en la mano, sino en Mixcoac y llevado allí a la oración de la noche, fue asesinado en compañía de los médicos y cirujanos que estaban prestando servicios a los heridos de uno y otro bando, por orden expresa de don Leonardo Márquez.

Al mismo tiempo en México, desde las 3 de la tarde, supimos estar designados ocho individuos para ser igualmente asesinados, la propia noche del 11 de abril [...]. Empeñado Márquez en que se nos fusilara a todos, por fin convino éste en que se perdonara a Parra y Callejo, a lo que había repuesto Miramón que, en tal caso, a todos [...]. A este hecho aludí en la defensa que hice de don Miguel Miramón [...].

Miramón, pues, no fue el que mandó asesinar a mi hermano y a los jóvenes médicos como Juan Díaz Covarrubias y a las otras víctimas que nada tenían de oficiales y jefes [...]⁵⁴³

⁵⁴² Márquez, *op. cit.*, pp. 5-6

⁵⁴³ *Idem*

Si Miramón hubiese mandado ejecutar a Agustín Jáuregui, su hermano no tendría porqué decir lo contrario y mucho menos lo hubiese defendido en Querétaro. Por otra parte, Ignacio Jáuregui habla de un Miramón que se encuentra en México en la noche, donde impide que Márquez continúe con los fusilamientos. De acuerdo con este testimonio, Miramón no estaba en Tacubaya y el amo y señor de esa villa, en esos momentos, era Márquez. Debemos recordar que Márquez argumentó que el ya no podía decidir nada, una vez que hubo llegado el Ejecutivo. Víctor Darán, biógrafo de Miguel Miramón, coincide con el abogado:

Al saber Márquez las ejecuciones de esa noche y los arrestos que acababan de verificarse, abandonó el campo de Tacubaya y dio al general Miramón noticia de estos hechos sangrientos y de los arrestos que prometían nuevas fechorías. Miramón quedó sorprendido e inmediatamente dio la orden de que se suspendiera toda ejecución.

Al día siguiente fue Márquez a la casa de Miramón, insistió con él para poner a cubierto su responsabilidad y le arrancó la autorización de hacer pasar por las armas a los jefes y oficiales prisioneros.⁵⁴⁴

Veamos que menciona Concepción Lombardo al respecto:

Estos fusilamientos, han dado ocasión a mil polémicas y echaron encima de mi esposo negras ociosidades: el general Márquez, a quien culpaban de aquellas ejecuciones, se lavó las manos echando toda responsabilidad a mi esposo, diciendo que había recibido orden de fusilar a todos los prisioneros; pero si así hubiera sido, él que se dice tan humanitario en la defensa que hace de sí mismo, hubiera debido advertir a mi esposo que entre los prisioneros se encontraba un abogado, cuatro médicos y varios paisanos, entre los cuales un extranjero, a los cuales no se les podía fusilar. ¿Y porqué aquella precipitación para acabar pronto con los infelices prisioneros sin dejar tiempo para interceder por ellos? ¿Acaso fue también aquello una orden de mi esposo?... Afortunadamente el tiempo se ha encargado de hacer conocer al público los instintos humanitarios del general Márquez y los hechos que tuvieron lugar después de la administración de mi esposo, han afirmado la falsedad de las aseveraciones con las cuales el general Márquez se defiende.⁵⁴⁵

⁵⁴⁴ Darán, *op. cit.*, tomo 1, p. 167

⁵⁴⁵ Lombardo, *op. cit.*, p. 209

El mismo Miramón, en la causa instruida en su contra en 1867, da sus razones. He aquí un extracto:

Preguntando: para que conteste el cargo que tiene de haber mandado ejecutar la pena de muerte en los prisioneros de guerra hechos en Tacubaya el 11 de abril de 1859, sin exceptuar a médicos que asistían a los heridos, ni aún al C. Jáuregui, que no tenía delito ni el más leve participio con el ejército vencido, cuyos hechos si no fueron todos ordenados, si fueron aprobados después por él. —Respondió: que las ejecuciones a que se refiere el cargo que se le propone, no fueron ordenadas ni autorizadas por él, sino solamente respecto de los oficiales prisioneros pertenecientes al ejército, que se habían pasado al enemigo y a quienes se aplicó una ley; que la muerte de los otros prisioneros le disgustó y la desaprobó, y que si no castigó al responsable, que era el general Márquez, fue porque este general era el vencedor, y se sabe cuán difícil es administrar justicia en México en casos como el que se trata.— Añadió: que los prisioneros no fusilados el citado día fueron mandados poner en libertad por él, de que son testimonio vivo, entre otros varios, el coronel Cavaría y el licenciado Jáuregui.⁵⁴⁶

Válido sería el suponer que Miramón hubiese querido deslindarse de las acciones de Márquez para salvarse. Sin embargo, de nada le hubiera servido mentir, ya que sabía que el patíbulo le esperaba, ya fuese con la responsabilidad de los asesinatos de civiles en Tacubaya o sin ella. Por lo mismo, creemos plausible que su decisión haya sido no cubrir más a Leonardo Márquez, un Márquez que desde ese 11 de abril ya no sería el idóneo compañero de armas del *Macabeo*. La confianza se había quebrantado y la relación iría deteriorándose poco a poco, como lo veremos en capítulos subsecuentes.

Prueba de esa desconfianza, originada por las cruentas acciones del —desde entonces apodado— Tigre de Tacubaya, es la misma redacción de la orden del *Macabeo*, donde se mandaría a fusilar a los oficiales y jefes “bajo la más estrecha responsabilidad de Vuestra Excelencia”. Si leemos entre líneas, ésta no era una orden común, como las que solía dar el general presidente, en las cuales no hacía referencia a “responsabilidad alguna”. Ejemplo de esto es otra orden de fusilamiento, dirigida al general Tomás Mejía. Está fechada el 22 de marzo del mismo año — tan solo unos días antes de los sucesos— y firmada por Miramón, cuando se encontraba éste en Medellín:

⁵⁴⁶ *Ibidem*, pp. 895-896

Dispone el Excelentísimo Señor Presidente Sustituto que **inmediatamente** que reciba Vuestra Excelencia esta comunicación sean *pasados por las armas* los oficiales que fueron hechos prisioneros en la Acción de la Palma y *diezmados* los soldados que corrieron igual suerte en dicha jornada, lo que digo a Vuestra Excelencia para su **cumplimiento**.⁵⁴⁷

En el documento anterior, Miramón no llama a la responsabilidad del general Mejía; simplemente da una orden porque sabe que va a cumplirse. ¿Porqué entonces, en Tacubaya la responsabilidad era de Márquez? Porque así debió ser: Márquez actuó por cuenta propia y luego pidió a Miramón un documento que justificara sus actos reprobables. De otro modo, ¿cómo es posible que el general Márquez, en el exilio y tras haber huido a la caída del Imperio, conservara dicha orden consigo? ¿Por qué la llevaba con él? Hizo uso de ella en Nueva York sin percatarse de que, en la misma, Miramón devolvía la responsabilidad de los crímenes a su autor. Fusilar a oficiales y jefes no era considerado crimen, porque era más bien parte de las acciones de guerra más comunes; fusilar a civiles era imperdonable⁵⁴⁸ y además, estaba prohibido por las leyes militares, mismas que Miramón conocía a la perfección dado que se formó en el Colegio Militar.

Ángel Pola, quien hizo las rectificaciones al manifiesto de Márquez, conoció el parte que éste mandó al Ministro de Guerra. Con respecto a dicho documento señala:

[...] del relato de los sucesos que hace él mismo [obviamente se refiere al autor], despréndese que dicha orden fue dada con posterioridad de algunas horas a los asesinatos. Y más aún: la lectura de tal documento sugiere la creencia de que Márquez, ante la magnitud del crimen, quiso retroceder; y como no pudiese, por estar ya consumado, pidió callandico la venia a Miramón, como si con su complicidad tamaño delito notorio llegaría a dejar de serlo.⁵⁴⁹

La relación personal entre Márquez y Miramón pasó, de una buena amistad, a una franca competencia que habría de continuar hasta la muerte del *Macabeo*. El joven

⁵⁴⁷ Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XU 481.3 / 6918 foja 02, marzo 22 de 1859

⁵⁴⁸ Con respecto a los fusilamientos de Tacubaya, el historiador Martín Quirarte anota que fue una acción reprobable, "más los que señalan el aspecto sombrío del hecho para acusar de criminales a los conservadores, no deben olvidar los crímenes de guerrilleros liberales como Antonio Rojas." Quirarte, *Visión panorámica...*, op. cit., p. 147

⁵⁴⁹ Márquez, op. cit., pp. 3-4

presidente había fracasado en Veracruz; el gobernador de Jalisco había triunfado arrolladoramente en México. Darán afirma que:

[...] en tales circunstancias, y por una irritable cuestión, Miramón obró sin duda con prudencia, tratando de cubrir a Márquez. El mal estaba hecho y a Miramón solo le restaba prevenir nuevas desgracias, lo que en efecto hizo, puesto que mandó poner inmediatamente en libertad a los últimos presos de la noche.⁵⁵⁰

¿Acaso recordaba el golpe de estado a Zuloaga? ¿Qué hacer con un Márquez más fuerte que él mismo? Ángel Pola, sin dar a conocer sus fuentes, da al rompimiento entre ambos generales un sentido más novelesco:

Márquez era el verdadero talismán de Miramón, a quien tocaron en su vanidad un grupo de compañeros del Colegio Militar, diciéndole: —Miguel, el público murmura que tus victorias te las da Márquez—. Entonces aquella amistad [muy buena] trocóse en odio y envidia.⁵⁵¹

Miramón no llegaba todavía a la tercera década de edad cuando ya era general de división y presidente de la República. Márquez ya era un oficial cuando Miramón estaba aún en el Colegio Militar. A lo largo del Manifiesto de Márquez, podemos corroborar que era éste quien envidiaba al *Macabeo*, al extremo de decir que “él lo puso en la Presidencia”. Por ello, creemos que la versión de Pola está un poco alejada de la realidad. Empero, la rivalidad de Márquez y Miramón continuaría hasta la muerte del segundo.

⁵⁵⁰ Darán, *op. cit.*, tomo 1, pp. 168-169

⁵⁵¹ Márquez, *op. cit.*, p. 70

Capítulo 23

Juárez y los Estados Unidos

La noticia de lo sucedido en Tacubaya llegó en poco tiempo a Veracruz. La reacción de los liberales era de esperarse: estaban indignados por la matanza. Santos Degollado, quien para el 19 de abril ya había replegado a los restos de su ejército a la ciudad de Morelia, escribió al Ejecutivo liberal:

En cuanto a mi disposición de ánimo, está más subida de temple que nunca y pienso vengar la sangre de mis hermanos de armas, de mis médicos y de personas inocentes que fueron fría y asesinas en Tacubaya por Márquez y Miramón. Este último llegó el día 11, que fue el de nuestra derrota, con solo 10 hombres de escolta a México; todavía no sé si este vampiro fue derrotado por el señor Ampudia, aunque lo presumo así y lo deseo vivamente [...]⁵⁵²

Apenas había tenido tiempo Degollado de escapar, razón por la cual no tenía idea alguna de lo que había acontecido al *Macabeo* en la ruta de Cortés. La derrota total de Degollado, si bien contribuyó a la salvación de la sede del gobierno juarista, no garantizó en lo más mínimo un futuro triunfo del partido liberal sobre sus enemigos. Juárez necesitaba —al igual que Miramón— ayuda externa. O por lo menos eso era algo de lo que ambos gobiernos estaban convencidos.

El triunfo total de las armas e ideales políticos liberales en el año de 1867, trajo consigo la creación paulatina de una “historia nacional”, en la cual no había cabida para los “retrógrados o reaccionarios”, y toda obra o empresa creada o perseguida por ellos se habría de convertir en el blanco de los ataques del liberalismo triunfante. Sin embargo, es nuestra obligación poner sobre la mesa todas las cartas, y analizar a la luz de la objetividad todos y cada uno de los pasos dados por ambos bandos, a fin de entender las razones que llevaron a los dos gobiernos a buscar apoyo extranjero.

Para el momento en que Miramón dejó la plaza de Veracruz con el objeto de regresar a México, Juárez ya se encontraba en tratos con un nuevo aliado. La investigadora Lilia Díaz escribe:

⁵⁵² Juárez, *op. cit.*, tomo 1, p. 447

El nuevo ministro llegó a Veracruz el 1 de abril de 1859 y el día 6 del mismo mes reconoció a nombre de su gobierno a la administración de Juárez. Días después [Robert] McLane iniciaba negociaciones con Melchor Ocampo [Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno juarista]. La doctrina inalterable de Ocampo desde el inicio de las negociaciones fue el deseo de México “de ajustar, de manera honrosa y satisfactoria, las cuestiones que estaban pendientes cuando se suspendieron las relaciones entre los dos países”. Por eso, frente a los proyectos de Buchanan de lograr un nuevo tratado de límites en el cual la nueva frontera entre su país y México incluyera la península de Baja California en el territorio de Estados Unidos, el derecho de vía perpetua a través del istmo de Tehuantepec y del río Bravo al Golfo de California, el arreglo de las reclamaciones pendientes con Estados Unidos y el libre comercio y la protección efectiva de las personas y propiedades en dichas vías de comunicación, proyectos apoyados con la amenaza de una intervención militar en México, Ocampo había de buscar un camino recto y preciso, oponiéndose, como lo hizo, a toda cesión territorial. El tratado McLane-Ocampo fue resultado de una combinación de fuerzas y circunstancias que obligaron al gobierno constitucional a celebrarlo. Las principales fueron: las derrotas militares sufridas en el primer año de la lucha, las apremiantes y urgente necesidades pecuniarias, y la presión norteamericana.⁵⁵³

Bien sabidas son las ambiciosas intenciones del gobierno de los Estados Unidos, en cuanto a las posibles cesiones de territorio de parte de México; sin embargo, creemos relevante remontarnos unos años atrás, justo cuando nuestro país acababa de sufrir la inconsolable derrota militar ante el Coloso del Norte.

El Tratado de Guadalupe Hidalgo —tratado de “paz, amistad, límites y arreglo definitivo” entre la República Mexicana y los Estados Unidos de América— firmado el 2 de febrero de 1848, hacía constar que, al establecer la nueva línea fronteriza, México perdía definitivamente Texas, Alta California, Nuevo México y parte de los estados de Tamaulipas, Sonora y Baja California. La mutilación del territorio trajo graves consecuencias internas que contribuyeron a crear el ambiente político que desembocó en la Guerra de Tres Años. Empero, el gobierno estadounidense no quedó conforme con su gran botín.

⁵⁵³ *Historia General de México...*, op. cit., p. 600

Una de las primeras controversias posteriores a la guerra, se dio durante el último periodo presidencial de Santa Anna, cuando el gobernador de Nuevo México, William Car Lane declaró que el llamado territorio de La Mesilla pertenecía a los Estados Unidos, razón por la cual lo ocupó. En el capítulo 6 de esta investigación hemos revisado este hecho que llevó a una nueva mutilación del territorio nacional. Empero, con la firma de este tratado en 1853 se dejaban entrever otras intenciones del gobierno del Coloso del Norte: la construcción de un ferrocarril que atravesase el istmo de Tehuantepec.

Si bien dentro de la población estadounidense existían grupos que pugnaban por la completa anexión de nuestro país al vecino del norte, con argumentos tales como aquel que rezaba “México será tarde o temprano absorbido por los Estados Unidos. Tal es su destino manifiesto, y así les pasará a Cuba, Santo Domingo y a las otras repúblicas hispanoamericanas, que por tanto tiempo han dado suficientes pruebas de su incapacidad para gobernarse por sí mismas”⁵⁵⁴, en realidad al gobierno de ese país no le interesaba la adquisición total de nuestro territorio. De cualquier forma, sus intenciones distaban mucho de ser buenas.

El 17 de julio de 1857, siendo presidente de México Ignacio Comonfort, llegó a la república John Forsyth, ministro plenipotenciario de Estados Unidos. Éste había recibido instrucciones del Secretario de Estado Lewis Cass para negociar otro tratado, que modificase el de la Mesilla al ampliar las concesiones en el istmo de Tehuantepec y que las pusiese en práctica. Además, buscaba hacer otro, por medio del cual se propondría a México la compra de la Baja California, junto con casi todo Sonora y la porción de Chihuahua que se encuentra al norte del paralelo de los treinta grados. Se ofrecieron doce millones de dólares como pago por dichos territorios si se adquirían juntos, o bien ocho millones de dólares por los de Sonora y Chihuahua y cuatro millones de dólares por el de Baja California.⁵⁵⁵

Las relaciones entre Forsyth y el gobierno de Comonfort avanzaban cuando llegó la rebelión tacubayista, misma que las interrumpió. El representante de Washington debía decidirse entre el gobierno de la ciudad de México y el liberal, cuya sede en esos

⁵⁵⁴ García Cantú, *op. cit.*, p. 208

⁵⁵⁵ Fuentes Mares, *Miramón...*, *op. cit.*, pp. 48-49

momentos estaba en la ciudad de Guanajuato. A pesar de simpatizar más con el de Juárez, decidieron dar el reconocimiento al gobierno conservador por creer que facilitaría el cumplimiento de sus intereses. José Fuentes Mares, biógrafo de Miramón, apunta:

[El] gobierno conservador, [era] dueño de la capital mientras el liberal era una sombra fugitiva, y de una sombra no eran de esperarse las sustanciosas concesiones. Seguir al gobierno de Juárez [...] habría convertido [a Forsyth] en un representante trashumante, “posición ni digna ni agradable” para un hombre como él, que distaba mucho de ser un romántico. [...] El 27 de enero de 1858 extendió el reconocimiento al gobierno tacubayista.⁵⁵⁶

Empero, el ministro estadounidense no contaba con que el gobierno de Zuloaga se negaría a negociar en sus términos. Luis Gonzaga Cuevas, Ministro de Relaciones Exteriores, sería el encargado de tratar con Forsyth. Éste envió una nota a Cuevas donde le hablaba de las pretensiones de su gobierno con respecto a la venta de los territorios mexicanos. Trataba de “convencerle” al hacerle ver que, tarde o temprano, dichos territorios formarían parte de los Estados Unidos; más valía recibir algo por ellos que perderlos gratuitamente. Continúa Fuentes Mares:

La proposición de Mr. Forsyth fue objeto de muy largas discusiones en Palacio, pues Cuevas se llevó un par de semanas para contestar [...]; el 5 de abril proporcionó Cuevas la respuesta, y con ella la rotunda negativa a abrir negociaciones que tuvieran por objeto la venta de territorio [...]⁵⁵⁷

El Ministro Forsyth enfureció, más esto no cambió un ápice la decisión del gobierno conservador. La inflexibilidad de Cuevas se debía en gran parte a que fue este uno de los firmantes del Tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848: había pasado el trago amargo una vez y no volvería a hacerlo.

El gobierno de los Estados Unidos tomó como pretexto una contribución extraordinaria decretada por Zuloaga para romper sus relaciones diplomáticas con México.

⁵⁵⁶ *Ibidem*, p. 50

⁵⁵⁷ *Ibidem*, p. 51

Forsyth pidió sus pasaportes y salió del país. Ahora solo quedaba negociar con los liberales.

Enviado como Agente Confidencial en Veracruz, cerca del gobierno juarista, llegó William M. Churchwell en enero de 1859. De inmediato buscó obtener las pretendidas concesiones de un Juárez que, en esos momentos, se preparaba a defender el puerto de Veracruz del ataque conservador. Señala el mismo Fuentes Mares que:

En el memorándum que Churchwell envió al presidente Buchanan el 22 de febrero, informaba que el gobierno constitucional estaba dispuesto a tratar sobre tales bases lo que seguramente no fue más que una artimaña de los hombres de Veracruz para asegurar el reconocimiento, máxime que marzo se echaba encima, y con él la marcha del vencedor de Aqualulco sobre el puerto.⁵⁵⁸

Una artimaña, una estratagema de parte del gobierno liberal para ganar el reconocimiento: eso es lo que se ha dicho con respecto a la posición que poco a poco tomaron Juárez y sus ministros con respecto al gobierno de los Estados Unidos. No podemos asegurarlo, pero de haber sido así, de haber sido una manipulación diplomática con tal de conseguir sus propios fines, debemos señalar que fue muy aventurada. El nuevo Ministro Plenipotenciario en México, Robert McLane, llegó —como se ha señalado con anterioridad— el primer día del mes de abril a la ciudad de Veracruz, dispuesto a continuar con las negociaciones que, basadas en el memorándum de Churchwell, habrían de finiquitarse con la cesión del territorio de Baja California y la concesión del paso a través del istmo.

Lo cierto es que Melchor Ocampo había logrado el reconocimiento de los Estados Unidos a los seis días de haber arribado al puerto McLane; ¿qué había prometido a Churchwell? ¿Qué otro tanto a McLane? ¿Hasta qué punto se supone que habría de llegar “la artimaña” juarista? El inminente ataque al puerto por parte del *Macabeo* había apresurado la lengua del ministro liberal; empero, el peligro había pasado. Miramón se encontraba en la ciudad de México, y la tregua forzada daba inicio, por lo menos en cuanto

⁵⁵⁸ *Ibidem*, p. 54

a los acciones en el Oriente del país. ¿Qué hacer, en esos momentos, con las promesas otorgadas al gobierno estadounidense? Ralph Roeder, biógrafo de Benito Juárez, apunta:

Al llegar McLane en abril, la fuerza del tónico se había evaporado y solo quedaba el resquemor, pero para Ocampo, repudiar el error resultó más difícil que cometerlo. Su palabra era prenda de oro y no sabía desdecirse: las evasivas lo exponían a la imputación de haber engañado al factor con la promesa hecha con el propósito de conseguir el reconocimiento y con la intención de olvidarla posteriormente, y Ocampo no era lo bastante diplomático para hacer gala de maña profesional. Pero su embarazo obedecía a algo más grave que la interpretación odiosa que ocasionaba su conducta. Lejos de ser una finta diplomática, la cesión de la Baja California había merecido una consideración tan seria en Veracruz que [José María] Mata, iniciando su misión en Washington con el rechazo absoluto de toda cesión territorial en junio, había llegado al punto de considerarla inevitable en febrero y de discutir el precio —20 millones de dólares— con Ocampo, ya ablandado para entonces más de lo que quiso admitir o negar.⁵⁵⁹

Los siguientes meses, la agenda de Melchor Ocampo estaría muy ocupada: las negociaciones de un nuevo tratado entre el México juarista y los Estados Unidos habrían de absorberle casi en su totalidad.

La tregua forzada

Avanzaba la primavera de 1859 cuando el general Miramón regresó a la capital. Fueron los meses comprendidos entre abril y octubre de relativa calma para ambos bandos. La contienda continuaba en algunos puntos de la República, más los gobiernos liberal y conservador aprovecharon la “tregua forzada” a fin de prepararse para un enfrentamiento definitivo en el campo de batalla.

El *Macabeo* asumió las funciones de primer mandatario, que debido a las campañas no había ejercido en su totalidad. Su esposa escribió que, esos meses, le permitieron convivir con un Miramón al cual desposó sin haberle conocido plenamente.⁵⁶⁰ En sus

⁵⁵⁹ Ralph Roeder. *Juárez y su México*. Segunda edición, cuarta reimpresión. México, Fondo de Cultura Económica, 1995. 1096 p., ils. (Sección de Obras de Historia), p. 296

⁵⁶⁰ Lombardo, *op. cit.*, p. 214

memorias, Concha Lombardo nos muestra a Miguel Miramón tal y como lo conoció en la intimidad del hogar, tras advertir al futuro lector que sus palabras no eran “como una oración fúnebre de una viuda desolada” que llena de alabanzas al marido perdido pese a que éste hubiese sido “pésimo”.⁵⁶¹

La residencia del presidente sustituto se trasladó a Chapultepec, lugar desde donde también desempeñaba sus funciones. La remodelación ordenada por Miramón antes de partir a la campaña de Veracruz se vio interrumpida por la toma del cerro y el bosque a manos de Degollado; tras la batalla del 11 de abril, la obra se retomó pues Chapultepec había quedado en ruinas.

Apenas se había remodelado, el presidente y su esposa se mudaron, con el objeto de que Concha diera a luz a su primer hijo en ese sitio. Miguel Miramón, el hombre, era un personaje metódico y ordenado en extremo. De buen carácter, aunque de pocas palabras, era cortés y amable, y se negaba a hablar mal tanto de amigos como de enemigos: hacia los primeros profesaba una gran confianza y su sentimiento de amistad era profundo. Con respecto a los segundos, era caballeroso y solía decir: “con ellos me entiendo en el campo de batalla”.⁵⁶²

Hemos encontrado que estas referencias a su carácter y la importancia de la amistad en su vida no solo han sido mencionadas por Concha, sino incluso por sus enemigos políticos, que reconocían en el *Macabeo* ciertos rasgos muy propios de la clase de hombre que era: un romántico, un excelente militar para el cual el sentido del honor iba muy por encima de otros valores. De ahí que el mismo Guillermo Prieto, a quien hemos citado con anterioridad y que sin duda admiraba a Miramón, escribiera las ya tan conocidas líneas:

Franco, listo, enamorado,
asombro de los valientes,
servicial con los amigos,
buen soldado, buen jinete;
en la ciudad, caballero
y calavera decente;
en el campo de batalla

⁵⁶¹ *Idem*

⁵⁶² *Ibidem*, p. 213

siempre confiado y alegre;
del conservador partido
la adarga y el brazo fuerte...⁵⁶³

La vida diaria de Miramón era, como se ha mencionado, metódica. Solía levantarse a las cinco para verificar que todo estuviera en orden en los cuarteles e irse a la cama a las diez; se ejercitaba en las mañanas montando a caballo, tras de lo cual regresaba para desayunar con su esposa. Con respecto a sus comidas, Concha relata:

[...] era parco, pero le agradaba la buena mesa para poderla dividir con sus amigos. Tomaba con moderación el vino de Burdeos, que era el único que le agradaba, pero cuando estaba en campaña y carecía de los alimentos más necesarios, padeciendo el hambre, no exhalaba la menor queja.⁵⁶⁴

Era un apasionado del baile y solía ser amable en el trato a su esposa. Su familia era para él de suma importancia, en especial su madre “por la cual tenía una marcada preferencia”.⁵⁶⁵ Los amigos era parte importante en su vida, como lo hemos visto a lo largo de esta investigación, y prueba de ello es que siempre solía estar rodeado de ellos. Nombres como Leandro Valle, Ramírez de Arellano, Isidro Díaz, Raimundo Mora, Nicolás de Icaza, Francisco Vélez, Sóstenes Rocha, Antonio Ayesterán, Francisco Casanova e inclusive sus hermanos Carlos, Joaquín y Mariano, formarían parte de su “círculo” a lo largo de su vida. Unos, como Valle, habrían de escoger otro sendero, lo cual jamás implicó que la amistad se perdiera a pesar de la diferencia de ideales. Otros lo acompañarían en las buenas y en las malas. Algunos más lo abandonarían, cambiarían de bando o inclusive llegarían a traicionar, contra toda aseveración del *Macabeo* con respecto a que sus amigos no eran capaces de ello, su confianza.

Y es que el poder no parece haber afectado la forma de pensar de Miguel, el estudiante de San Gregorio, el cadete del Colegio Militar. Prueba de ello fue el reencuentro con Isidro Díaz, antiguo compañero de las filas gregorianas, que tras volver a ver a Miramón mientras éste se encontraba de campaña en Guadalajara, no habría de separarse

⁵⁶³ Prieto, *Romances...*, op. cit., p. 73

⁵⁶⁴ Lombardo, op. cit., p. 213

⁵⁶⁵ *Ibidem*, p. 213

de él. Su fidelidad lo llevó incluso a seguirle en el campo de batalla, bajo la mirada de asombro del joven general ante la valentía del “licenciado”.⁵⁶⁶ Díaz habría de convertirse, además, en concuño del *Macabeo*, al desposar a la hermana de Concha Lombardo, Merced.⁵⁶⁷

Otro ejemplo de lo mismo es el afecto que Miguel sentía por Mariano Montero, también compañero en San Gregorio y que, tras abandonar la carrera, se ocupó del negocio paterno: una curtiduría en el barrio de San Pablo. La modesta posición del amigo del *Macabeo* no fue impedimento para que el entonces presidente continuara con la misma amistad que los había unido desde la infancia. En cierta ocasión, Montero organizó una fiesta en honor de Miramón, en el barrio mencionado. Concha narra:

La gran puerta de entrada, y los corredores de la curtiduría estaban enguinaldados y adornados con innumerables farolillos de colores. En el fondo del patio habían formado un teatrillo, delante del cual estaba colocada la orquesta, que se componía de un piano, dos guitarras y una flauta. Luego habían colocado dos sillones para mí y mi esposo y tras de nosotros varias filas de sillas y bancas para el público.

A nuestra entrada allí, la orquesta tocó la marcha nacional, y todo el público se puso en pie para vernos pasar. Mi esposo para dar lustre a la función, se puso el frac y sus decoraciones, y llevó consigo cuatro de sus más jóvenes ayudantes que con sus elegantes uniformes y gallarda presencia, llenaron de satisfacción a la familia Montero, y a sus empleados, que formaban con sus familias, la mayoría del público.⁵⁶⁸

La fidelidad de Miramón a sus amigos se vio casi siempre recompensada con un sentimiento recíproco, que veremos a lo largo de esta investigación. La calma que vivió el general presidente en esos días no excluía la preocupación implícita por la situación interna

⁵⁶⁶ *Ibidem*, p. 216

⁵⁶⁷ “Sobre Isidro Díaz no tenemos mayores datos que los proporcionados por Concha Lombardo; empero, cabe mencionar que dos de sus descendientes figuraron en la vida pública mexicana: Germán Díaz Lombardo fue médico cirujano y urólogo, profesor en la Escuela Nacional de Medicina y presidente de la Academia Nacional de Medicina en 1921. Miguel Díaz Lombardo fue abogado, Ministro de México en Francia durante el gobierno de Francisco I. Madero y más tarde Ministro de Instrucción Pública, además de profesor en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. En el gabinete que formara Francisco Villa en 1915 fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores y se sabe que murió en 1924. No sabemos si eran sus hijos o sus nietos: lo lógico sería suponer que hubiesen sido sus vástagos por llevar el apellido tanto del amigo del *Macabeo* como de la hermana de Concha; empero, tenemos conocimiento de que el apellido compuesto Díaz Lombardo” lo llevó la familia desde ese entonces y hasta la fecha, razón por la cual no podemos comprobar la precisa relación entre estos personajes y don Isidro Díaz. Miguel Ángel Peral. *Diccionario biográfico mexicano*. México, Editorial P.A.C., s.f., 2 tomos, tomo 1, 448 p., p. 222

⁵⁶⁸ *Ibidem*, p. 217

de la nación. Todos los días, a decir de la misma Concepción, se reunía con los ministros para analizar los problemas que aquejaban al país y tratar de buscar una solución a los mismos. Paralelamente, preparaba al ejército para el ataque al puerto, que debía llevarse a cabo en los próximos meses. Empero, la situación financiera no era prometedora, no solo para el gobierno conservador sino también para el liberal. A oídos de Benito Juárez llegó el rumor de que Miramón pretendía obligar a la iglesia a que le otorgara un préstamo obligatorio; el informante del abogado oaxaqueño, Matías Acosta, le escribió el 2 de mayo desde la capital de la República:

Miramón ha exigido medio millón para la campaña del interior, y creído que no puede reunirlo, ha amenazado al clero con la nacionalización de sus bienes. Sobre esto ha habido acalorados debates en el Gabinete; pareció que habría cambio de Ministerio, pero según buenos informes, no habrá nada serio y se acabará en los bienes de manos muertas, poco a poco, por medio de hipotecas y ventas en que el principal interesado será Jecker.

Yo creo que es ya tiempo que usted decrete la completa nacionalización de todos los bienes de manos muertas, respetando los derechos adquiridos por los adjudicatarios [...]⁵⁶⁹

¿Qué tan ciertos eran esos rumores? ¿Cuál sería el papel de Juan Bautista Jecker, el banquero suizo, en las cuestiones financieras del gobierno conservador? Lo veremos más a fondo en los capítulos subsecuentes.

⁵⁶⁹ Juárez, *op. cit.*, tomo I, p. 453

Capítulo 24

La radicalización de las posturas

La guerra civil estaba en su punto más álgido: los acontecimientos recientes habían llevado a los contendientes a radicalizar las opiniones que tenían del enemigo. Don Justo Sierra afirmaría en 1905:

Los ejércitos liberales se rehacían en Michoacán, en el sur de Jalisco, en Zacatecas, en Sinaloa, en la frontera septentrional. Casi todas las aduanas estaban en poder del gobierno constitucional; en cambio, el gobierno de Miramón poseía los centros urbanos de mayor importancia con excepción de Veracruz. La fuerza tornaba rápidamente a equilibrarse. ¿Quién triunfaría? Aquel que tuviera el poder de renovarse.⁵⁷⁰

El mismo autor señala que, a esas alturas del partido, la contienda entre liberales y conservadores se convertía, con cada acto llevado a cabo por ambos bandos, en un suicidio nacional:

Y era un suicidio, porque nadie era capaz de prever el resorte que podría poner en juego la sociedad mexicana para recobrar un momento el imperio de sí misma, para alejar la pesadilla, para despertar, para romper su cadena y marchar; se sentía en el ambiente social una resignación entrecortada por las convulsiones espasmódicas de la guerra; pasadas éstas, todo volvía a la resignación fatalista, a la somnolencia hasta el odio, a la pereza moral, elemento constitutivo de nuestro carácter.⁵⁷¹

La guerra sin tregua contra los liberales no solo ocupaba al gobierno y ejército conservador; la Iglesia había extendido su esfera de poder y trataba a toda costa de que “la brega política y social tomase a todo trance, el aspecto de una lucha religiosa”.⁵⁷² Mientras en Guadalajara el obispo tomaba parte en los festejos y “coronación” del general Leonardo Márquez, con motivo de los sucesos de Tacubaya, en Zacatecas, el gobernador liberal Jesús

⁵⁷⁰ Sierra, *Juárez...*, *op. cit.*, p. 123

⁵⁷¹ *Ibidem*, p. 124

⁵⁷² *Idem*

González Ortega⁵⁷³ expedía un decreto prodigando la pena de muerte contra los conspiradores y “los eclesiásticos que, ante uno o más testigos, exijan retractación del juramento de la Constitución de 1857”.⁵⁷⁴ Si bien estos dos actos estuvieron separados por un mes de distancia, dan prueba de la magnitud de las posiciones que se habían adoptado, y de la indiscutible acción del clero mexicano en una guerra que, ante todo, era política.

Ambos gobiernos, conscientes de que la situación no podía ni debía seguir así, buscaron soluciones alternas a la problemática, a la par que continuaban la lucha a lo largo de casi toda la República. Ciudades y poblados caían en manos de uno y otro ejército, con diferencia de días o semanas. Todo era relativo, en especial la inclinación de la balanza con respecto al resultado de la guerra. En el campo de batalla, los conservadores habían tenido mayores triunfos, pero al no haber logrado ocupar Veracruz la resistencia liberal se había fortalecido. Miramón no hacía a un lado sus planes de ocupar dicho puerto, para lo cual habría de emplear otra táctica: un sitio por mar y tierra. Para ello necesitaba una mejor organización y los recursos suficientes, mismos que le habían hecho falta en la anterior campaña. Además necesitaba embarcaciones, que el ejército mexicano no poseía y debían adquirirse en el extranjero. Para ello, debió recurrir Miramón a la tan arraigada costumbre de los préstamos forzosos. En una comunicación al general Manuel Robles Pezuela, el *Macabeo* escribe:

No sin razón manifestaba a usted en mi carta anterior mi intranquilidad suma por el resultado de la operación de la conducta. Se ha levantado entre los comerciantes una grito que ha llegado al Gobierno, ¡cosa rara!, por conducto de los Ministros mismos, con quienes se arregló la manera de exportar los caudales.

Ello me hace creer que los buques de guerra no hayan estado dispuestos para el embarque y en tal caso vuelva usted a Jalapa con la conducta que, por ningún motivo, dejará usted entrar a Veracruz, sino que conservará en depósito donde le parezca seguro, hasta que el gobierno determine lo conveniente.⁵⁷⁵

⁵⁷³ En 1822 nació en Teúl, Zacatecas Jesús González Ortega; liberal por convencimiento, era solo un oficinista en su pueblo natal. Subió escaños hasta alcanzar la diputación y más tarde el puesto de gobernador del estado. Habremos de hablar de él más tarde. *Diccionario Porrúa...*, op. cit., tomo 2, p. 1532

⁵⁷⁴ Rivera y Sanromán, op. cit., pp. 50-51

⁵⁷⁵ Juárez, op. cit., tomo 2, p. 492

Robles Pezuela seguía al mando del Ejército de Oriente, mismo que tenía por obligación el combatir a los liberales en los puntos que median entre México y Veracruz. Sin embargo, ni la campaña de Veracruz ni ninguna otra en todo el país podía llevarse a cabo sin los recursos suficientes: al haber sido esa la razón del fracaso del Joven Macabeo en el puerto, nadie como él para entender las dificultades que se vivían en los campamentos conservadores. Escribe José María Cobos⁵⁷⁶, también amigo de Miramón:

Hoy he regresado de una expedición que emprendí de acuerdo con el señor Robles [Pezuela] sobre los rebeldes del pueblo de Tlacolula; les dimos una buena escarmentada para contenerles el atrevido vuelo que llevaban estando seguro de que con ello hemos prestado un positivo servicio a la Nación. El parte que aquel señor debe darte te impondrá de lo que trabajamos para arrancar a los demagogos de las fuertes posiciones que ocupaban y lanzarlos en una completa dispersión a lejanas tierras.

Anoche permotaron mis tropas en las Vigas y hoy lo hacen en ésta para continuar mi marcha con dirección a mi destino.

Estoy de los hombres más angustiados por la falta de recursos pues el 23 de mayo solo se me dio un presupuesto, y eso con la falta de más de 10,000 pesos. Esto me está obligando a hacer grandes sacrificios porque no quiero que algunas personas, interpretando mal mis disposiciones, te causen algunos dolores de cabeza. En Tehuacan espero te sirvas decirme algo sobre otros recursos.⁵⁷⁷

El Manifiesto de Miguel Miramón

Curiosa coincidencia: el 12 de julio de 1859, mismo día en que se decretó en Veracruz la primera de las Leyes de Reforma, Miguel Miramón publicó en la ciudad de México un Manifiesto, donde por vez primera daba a conocer el programa que habría de seguir su gobierno, con el objeto de poner punto final a la terrible situación política, económica y social que vivía México.

En dicho Manifiesto, el Presidente Miramón señala:

⁵⁷⁶ Cobos nació en Santander, España, aunque llegó a México siendo todavía un niño. Tras adquirir la nacionalidad, pelea contra los norteamericanos en 1847. Afiliado al Partido Conservador, combate en la Guerra de Reforma. Al término de éste, desconoce a Juan Nepomuceno Almonte como Jefe Supremo de la Nación y a Maximiliano como Emperador, además de declararse en contra de la intervención francesa. Murió fusilado en Matamoros en 1863. Enrique Cárdenas de la Peña. *Mil personajes en el México del siglo XIX. 1840-1870*. México, Banco Mexicano SOMEX, 1979. 4 tomos, fotos, ils., tomo 1, p. 409

⁵⁷⁷ Juárez, *op. cit.*, tomo 2, p. 262

Sucesos ajenos a mi voluntad, y verdaderamente deplorables, me elevaron al puesto difícil de gobernante. Ocupado todavía en los primeros momentos en una campaña militar, no pude estudiar desde luego minuciosamente los negocios del gabinete. Vuelto a México he tenido que seguir una marcha incierta, vacilante, como quien camina por un terreno que no conoce, y tratando sólo de dominar las dificultades del día.

Pero entre tanto averiguaba el verdadero estado de los negocios, entre tanto pensaba, cómo adaptar a las circunstancias mis ideas de reforma, cómo realizar la esperanza de reorganización social que la nación podía cifrar en la revolución de Tacubaya.

Hoy he tomado mi partido, he formado un programa que estoy resuelto a llevar a cabo con toda la fuerza de mi voluntad, con toda la energía de que mi carácter es capaz. Comprendo las dificultades que es preciso zanjar de un modo aunque equitativo, violento; inveterados vicios que es necesario corregir, intereses bastardos de tamaños colosales que es indispensable nulificar. Pero a todo estoy decidido: me alienta mi conciencia de no aspirar sino al bien de mi patria, y la esperanza de que ningún hombre honrado criticará mi marcha.⁵⁷⁸

Para formular dicho programa, Miramón había cambiado a los miembros de su gabinete. El 15 de febrero, el Ministerio de Fomento había quedado en manos del abogado guanajuatense Octaviano Muñoz Ledo, quien supliría al Oficial Mayor Encargado Pascual Almazán; quince días después, el 30 de abril, el militar tapatío Antonio Corona fue nombrado Ministro de Guerra y Marina, en el lugar de Severo del Castillo.

El 7 de julio dieron inicio a su labor como ministros el mismo Muñoz Ledo en la cartera de Relaciones Exteriores, en sustitución de Manuel Díez de Bonilla; Corona suplantó a Teófilo Marín, ocupando también el ministerio de Gobernación; Isidro Díaz a Manuel Larraínzar en Justicia, y Carlos G. de la Peza y Peza a Gabriel Sagaceta en Hacienda.

Al igual que sus antecesores, la mayoría de estos personajes habían tenido cargos políticos en anteriores gobiernos. ¿Porqué entonces cambiar a los miembros del gabinete? ¿Acaso no desempeñaban correctamente sus funciones? Quizás la razón sea que, más allá de no funcionar a la manera correcta, no se ajustaban a los planes que el general presidente tenía con respecto al país. Debemos notar que la mayoría de los cambios los hizo pocos

⁵⁷⁸ Lombardo, *op. cit.*, p. 876

días antes de dar a conocer el Manifiesto, y que su gabinete quedó reducido a solo cuatro personas de su entera confianza. Y es que, dentro de los planes que tenía, estaba el de sanear al mismo gobierno:

La triste historia de nuestras revoluciones demuestra una verdad importante. A medida que el poder ha pasado de las manos de uno a las de otro partido, hemos ensayado diversos sistemas políticos, diversas formas de gobierno, diversas constituciones. Más de una vez la nación ha esperado tranquila los resultados de un nuevo régimen que inauguraba en toda la República, y de la elevación de nuestros personajes a los primeros puestos y, sin embargo, poco tiempo ha pasado sin que los síntomas de revolución hayan vuelto a turbar la tranquilidad pública, sin que sacudimientos profundos hayan cambiado el cuadro de gobierno.

Pero bajo los diversos sistemas que han regido a nuestro país, se ha perpetuado una malísima organización administrativa; nuestros gobiernos, ocupados de cuestiones de la más alta política, apenas han fijado su vista en la administración, sino para cambiar el personal de los empleados, atendiendo en lo general, no a la aptitud, sino a los méritos contraídos en los trabajos revolucionarios de que los mismos gobiernos emanaran. ¿Qué debemos inferir de ahí? Antes lo he dicho, una verdad importante, que los males de México no están en la política, sino en la administración; que no es la época de resolver las cuestiones políticas, sino de herir las cuestiones administrativas.⁵⁷⁹

Eran tantos los problemas que se debía empezar por lo más urgente: la Hacienda pública. El análisis que hace el presidente conservador señala que:

El estado del país, bajo el aspecto administrativo, no puede ser más lamentable. La benemérita clase militar que diariamente vierte su sangre en defensa de los derechos sociales, se encuentra en la miseria; a los empleados civiles no hay conciencia para exigirles el puntual desempeño de sus funciones, porque es muy raro el día en que perciben un prorrateo ruin por cuenta de sus pagas; los pensionistas del Erario y las viudas que disfrutan montepío, presentan un espectáculo repugnante y vergonzoso, acudiendo cada día al Palacio en busca de una contestación que tienen de antemano: "no hay dinero"; ni un centavo se abona por cuenta de la deuda interior consolidada; tampoco se cubren los más sagrados compromisos, los contraídos últimamente para proporcionar al gobierno una subsistencia verdaderamente precaria: en una palabra, el gobierno no puede atender ni a sus necesidades más apremiantes.

⁵⁷⁹ *Idem*

Menos puede dispensar protección alguna a la agricultura, a la industria, al comercio. En muy extensos terrenos del país no se advierte huella de planta humana, porque faltan brazos para el trabajo; el tráfico mercantil está verdaderamente obstruido por el estado fatal de los caminos y por su inseguridad, que para mengua nuestra, ha venido a ser célebre en el extranjero.⁵⁸⁰

El *Macabeo* habla de la casi nula impartición de justicia, de los problemas en la instrucción pública, de la falta de una policía eficiente. ¿Sobre quien recaía la culpa de los males que aquejaban a la nación? Miguel Miramón no utiliza el Manifiesto para atacar al enemigo; más bien se refiere a la falta de eficacia y eficiencia de los gobiernos anteriores al Plan de Tacubaya:

Meditando en la causa del mal, desde luego se advierte respecto a la Hacienda Pública, que es palpable, que es de bulto: la poca economía, el despilfarro de los caudales públicos y el no haberse empleado nunca, para nivelar los ingresos con los egresos del tesoro, los medios que se emplean en todos los países cultos: hacer productivos, hasta donde sea posible, los elementos ordinarios, y agotados éstos, establecer nuevos impuestos, crear arbitrios que igualen los recursos a las necesidades del día, sino que se ha dispuesto siempre para cubrir las atenciones del momento, de los fondos futuros por medio de contratos ruinosísimos; se ha hipotecado las rentas nacionales por gruesas sumas, de las que muy pequeña parte ha entrado en las arcas nacionales; y se ha hecho más, nulificando los unos por los otros, con lo que el deficiente he crecido constantemente en una proporción que asombra; las rentas han venido a quedar absolutamente agotadas, y el crédito del gobierno en el último grado de depresión y abatimiento. En los demás ramos es indudable que el gobierno no ha estado en un contacto inmediato con los funcionarios encargados de ellos; que no ha ejercido su acción sino de lejos, por medio de agentes, de resortes relajados. Y hoy que el mal estado de la administración es como jamás se ha visto en la República, se debe a la revolución actual que tiene un carácter imponente y grave que jamás revolución alguna había tenido en nuestro país.⁵⁸¹

La reforma propuesta por el joven presidente iniciaba al interior del Estado mismo; nos vemos obligados a volver a sus propias palabras:

⁵⁸⁰ *Ibidem*, p. 877

⁵⁸¹ *Ibidem*, pp. 877-878

Yo estoy resuelto a establecer la más severa economía, a reducir el excesivo número de empleados necesarios tal vez hasta aquí por la marcha embarazosa y lenta que se ha llevado en los negocios, a lo que demanda el buen servicio público, conforme a una tramitación expedita en los expedientes; a reducir el número de generales, jefes y oficiales que hasta aquí han elevado a sumas enormes el presupuesto nacional, sin provecho; porque nunca hemos tenido tropas proporcionales en número a la oficialidad existente, a lo que necesitan nuestro ejército y armada: estoy resuelto a establecer en la celebración de contratos sobre los artículos que forman el consumo del gobierno, un sistema que le permita aceptar las mejores propuestas y le facilite exigir el exacto y preciso cumplimiento de las condiciones estipuladas. Suprimiré los montepíos militares que han venido a ser una especie de defraudación para el soldado, dejando a cada uno que cuide el porvenir de su familia; reemplazaré las jubilaciones y cesantías, en virtud de las que es hoy inmenso el número de empleados, que sin obligación de trabajar tienen derecho a percibir sueldo, con premios para los empleados verdaderamente ameritados, que no aumenten el presupuesto en una progresión siempre creciente; cuidaré, en fin, de que no se hagan más gastos por el Erario que los absolutamente necesarios para la conservación decorosa del gobierno.⁵⁸²

Empero, no solo bastaría con someter al gobierno a un régimen de ahorro; se debían recaudar más ingresos de algún modo. El presidente conservador aclara:

Para cubrirlos, seguiré un camino enteramente distinto del que hasta aquí se ha observado. Quitaré la multitud de impuestos que hoy molestan a todas las personas, sin corresponder jamás a las esperanzas fundadas en ellos, porque su recaudación difícil los hace casi ilusorios; y estableceré uno solo de recaudación sencillísima, cuyos resultados serán enteramente conformes con los cálculos del gobierno, y que si en el primer año no llega a su último grado de perfección, particularmente bajo el respecto de la justa repartición por defecto de datos estadísticos, será siempre mucho más suave que las contribuciones actuales y dará lugar a que en los años sucesivos, se reparen los agravios que se adviertan. Reformaré los aranceles aduanales, favoreciendo ampliamente la libertad de comercio, para atacar el contrabando en su principio y elevar las rentas nacionales. Vivificaré el crédito nacional, abriendo una amplia vía de amortización para las deudas del Estado, asegurando el pago puntual de los dividendos y, sobre todo, observando en las transacciones una conducta enérgica y constante, conforme enteramente a los principios de moralidad y de honradez. Y cortando hasta aquí las antiguas cuentas para sujetarlas, con todas las rezagadas, a una glosa activa y severa, haré efectiva la responsabilidad de los empleados, simplificando los procedimientos, cuanto lo permita la justa defensa de los presuntos culpables,

⁵⁸² *Ibidem*, p. 878

y estableceré una contabilidad simplísima que constantemente tenga a cada oficina vigilada por su inmediata superior, y a todas por el gobierno mismo.⁵⁸³

Miramón señala, sin embargo, la responsabilidad del Estado con sus deudores:

Pero no seré yo quien destruya derechos legítimamente adquiridos, no hundiré en la desesperación, en un solo día, a tantas familias que no esperan su subsistencia sino del Erario Nacional: si en mi deber está buscar economías para el Erario, también es cierto que ante Dios y el mundo soy responsable de la miseria pública. Por lo pronto ocuparé de una manera útil a todos o a la mayor parte de los empleados cuyas plazas queden suprimidas, asegurándoles los sueldos que hoy disfrutan, y a los demás, y a los militares que queden sin colocación, a los actuales pensionistas y a las viudas que disfrutan montepío, les capitalizaré sus rentas, formándoles así una fortuna más o menos considerable, pero siempre efectiva que podrán legar a sus descendientes. Haré más para suavizar la transición que hoy emprendo: a todos los deudores del Erario, cualquiera que sea el origen de sus adeudos, les proporcionaré una manera fácil de pago, que concilie la moralidad del gobierno con los intereses del deudor.⁵⁸⁴

Dentro de los objetivos del *Macabeo* se encuentran la mejora en caminos, la promoción de la construcción de líneas férreas a lo largo y ancho de toda la República e inclusive la colonización extranjera “que llene los grandes huecos que la guerra civil ha dejado en nuestra población”⁵⁸⁵. Una reforma judicial que se adapte a las necesidades del país, además de leyes para verificar el correcto desempeño de los funcionarios; una estrecha vigilancia en el ramo de la instrucción pública, mientras se fomente su transformación para tener un sistema de enseñanza más adelantado y mayores fondos para ese destino.

Uno de los puntos de mayor importancia en el Manifiesto del presidente tacubayista es el referente a los problemas ocasionados al permitir que algunas personas se hagan de mucho poder en alguna región, con lo que se “arrogan toda autoridad, disponen de los fondos públicos donde se los encuentran y exigen contribuciones y préstamos a los pueblos”:

⁵⁸³ *Ibidem*, pp. 878-879

⁵⁸⁴ *Ibidem*, p. 879

⁵⁸⁵ *Idem*

Este estado de cosas no puede subsistir, él importa la ruina del país. En la parte de la República en que impere el Supremo Gobierno, estableceré una división territorial, que por una parte favorezca los intereses locales y por otra facilite la manera de que la acción del Ejecutivo llegue casi directamente y con más energía hasta los pueblos más lejanos. A esta división acomodaré las atribuciones de cada funcionario; la propiedad dejará de estar a manos del primer jefe militar que se presente, cualquiera que sea su carácter; y en breve espero ver reemplazado el caos, la confusión de hoy, con un orden que revele la existencia de un gobierno.

Me ayudarán poderosamente para plantear esta idea los resultados que me prometo del sistema financiero futuro, según el cual los Departamentos y las localidades todas quedan ampliamente dotadas. El mismo sistema me proporcionará el atender con la preferencia debida la seguridad de los caminos, y crear en toda la República una policía que corresponda a los fines de su institución, sin vejar ni oprimir a los ciudadanos.⁵⁸⁶

A este respecto, Miramón ya había tomado disposiciones: el 27 de mayo decretó que los distritos de Guanajuato, León, San Miguel de Allende y Celaya se erigieran en Departamentos, con capitales en las ciudades de los mismos nombres; a su vez, los gobernadores de éstos serían designados por el Ejecutivo.⁵⁸⁷ Asimismo, el 15 de junio, tan solo tres días después de publicado el Manifiesto, promulgó la Ley provisional para el gobierno económico de los Departamentos y Territorios: en ella habla de los requisitos para ser nombrado gobernador, las obligaciones de éste funcionario, de los Jefes políticos de los Departamentos, los prefectos, subprefectos, ayuntamientos y comisarios municipales.⁵⁸⁸ La reforma al ejército también era indispensable y lo aborda en su programa de gobierno. Con respecto a ésta, cedemos la palabra a la investigadora Erika Pani Bano, que basa sus aseveraciones en las palabras del *Macabeo*:

⁵⁸⁶ *Ibidem*, p. 880

⁵⁸⁷ AGN. Gobernación. Legajo 116, exp. 5, caja 1, 1859, mayo 27 de 1859

⁵⁸⁸ AGN. Gobernación. Legajo 116, exp. 5, caja 1, 1859, junio 15 de 1859. Este rompimiento con los cotos de poder locales a través de un nuevo orden territorial y departamental lo habría de llevar a cabo, posteriormente, el emperador Maximiliano, a través de la división hecha por el geógrafo e historiador Manuel Orozco y Berra que partía el país en 50 departamentos, siguiendo "criterios geológicos, hidrográficos, demográficos y etnográficos". Erika Pani. "La intervención y el Segundo Imperio, 1861-1867" en Javier Garcíadiego. (Coord.) *De la Reforma a la Revolución, 1857-1920. Tomo IV de la Gran Historia de México ilustrada*. México, Planeta / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001. 400 p., pp. 41-60, fotos, ils., cronogramas, p. 53

Para el joven Miguel Miramón, militar profesional, general y presidente, el restituir el decoro del ejército no significaba mantener el fuero de un cuerpo privilegiado, costoso, abusivo y sin más autoridad que la propia, sino crear una fuerza profesional, reducida y disciplinada, que fuera el brazo obediente y eficaz de un gobierno de orden.⁵⁸⁹

Consciente de que los triunfos en el campo de batalla no bastaban para consolidar un buen gobierno y terminar con la terrible situación por la que atravesaba el país, Miguel Miramón ofrece, a través de este documento, consagrar su vida a la persecución de este objetivo. No sería la mano del *Macabeo* la que tomase jamás centavo o bien alguno de la Iglesia, blanco de los liberales por los “cuantiosos intereses creados como consecuencia de la funesta ley de 25 de junio de 1856”.⁵⁹⁰ Comprometido a defender sus prerrogativas y su independencia, se sabía apoyado por el clero mexicano.

Debían cuidarse además las relaciones con el exterior, y mantener una estrecha vigilancia a las políticas tomadas por el vecino del norte, de quien se podrían atraer simpatías sin que esto menguase en la relación de México con las potencias europeas. Su gobierno se compromete a atender las justas reclamaciones de todos los países a través de una conducta intachable.⁵⁹¹ Una vez expuesto todo lo anterior, Miramón concluye con una reflexión que vale la pena reproducir:

Yo estoy intimamente persuadido de que ningún gobierno se ha consolidado en el país, porque ninguno ha cuidado de proporcionar al público el bienestar individual. Yo comprendo que el grande objeto con que se instituyó la sociedad, fue hacer felices a los asociados, y que el primer deber del gobernante es hacer que la sociedad consiga su fin. Yo estoy resuelto a hacer sentir una benéfica influencia del gobierno en los Departamentos sometidos, que cundirá poco a poco entre los rebeldes. Así, cuando la paz se haya establecido en toda la República; cuando llegue la época que el Plan de Tacubaya fijó para constituir-la, zanjadas las cuestiones administrativas, se podrá tratar con calma y con frialdad las políticas.

Se bien que una de las mayores dificultades que tengo que vencer, consiste en la ninguna fe que inspira el gobierno mexicano. Pero conciudadanos, permitidme que os recuerde mi carácter; habéis podido comprenderlo en mi

⁵⁸⁹ Erika Pani. “La Guerra Civil, 1858-1860” en Javier Garcíadiego. (Coord.) *De la Reforma a la Revolución, 1857-1920. Tomo IV de la Gran Historia de México ilustrada*. México, Planeta / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001. 400 p., fotos, ils., cronogramas, p. 27

⁵⁹⁰ Lombardo, *op. cit.*, p. 88 l

⁵⁹¹ *Idem*

carrera militar, sabéis que mi lema ha sido MARCHAR, y que ningún género de obstáculo me arredra en mis empresas. Como gobernante, no puedo someterme a observar una rutina, a permanecer en un STATU QUO que en política importa siempre el retroceso: preferiría con gusto volver a servir a la nación sólo con mi espada

Conciudadanos, auxiliad mis esfuerzos, hijos, os lo juro, de la mayor buena fe, y Dios nos premiará, salvando nuestra patria.⁵⁹²

⁵⁹² *Ibidem*, p. 882

Capítulo 25

El tratado Mon-Almonte

Poca o casi nula es la información que los autores refieren a la presidencia de Miramón; el tratado Mon-Almonte, la deuda con el banquero Jecker y las acciones militares empañan el desempeño gubernativo del *Macabeo*. De estos temas también hemos de hablar, más es preciso señalar antes que, si bien en el campo de batalla el general sabía medirse con el enemigo, detrás del escritorio sus intenciones no fueron malas en lo absoluto. Miramón sabía de la crisis por la cual atravesaba su país y buscó la mejor solución posible para ayudar a impedir que ésta creciese. El triunfo en la guerra sería lo que marcara no solo el rumbo a seguir, sino el programa que se habría de vituperar a partir de ese momento. Ser “conservador”, para los conservadores, era algo muy distinto al concepto que tenían los liberales. La investigadora Erika Pani señala:

Dentro del bando “reaccionario” se batieron lo menos tres grupos: el de los militares, el de los clérigos y el de los políticos civiles que desde principios de la década de 1850 se denominaban a sí mismos “conservadores”. En principio, clamaban abiertamente que su aspiración era vengar “el decoro ultrajado del clero y del ejército”. No obstante, esto no implicaba la defensa a ultranza de un antiguo régimen corporativo y casi teocrático. No pretendían tampoco, como alegaba [Melchor] Ocampo, regresar al estado de cosas anterior a la Independencia, aunque sin recibir de España “ni corrección, ni dirección, ni superiores”. Por otra parte, y a pesar de sus constantes alusiones a la “obediencia”, la “subordinación” y a la “unión y solo unión”, no todos querían lo mismo.⁵⁹³

Y en efecto, así como entre los liberales había divisiones y distintos puntos de vista que debían conciliarse para poder continuar con sus acciones como gobierno, entre los conservadores el general presidente intentaba “tener una visión de Estado”, no quedarse únicamente con las victorias militares sino *gobernar*. Su biógrafo, Luis Islas, señala:

Después de leer este documento, se tiene que admirar al Presidente Miramón: en muchos aspectos supera la polémica de sus tiempos, anuncia remedios que

⁵⁹³ Pani, “La Guerra...”, *op. cit.*, p. 27

más tarde se van a procurar y con una superior mirada creadora, llena de generosos propósitos, le da por fin ideas al minúsculo del *Plan de Tacubaya* y propone fórmulas que, dadas las condiciones del país eran verdaderas utopías, pero las únicas que en medio de esos grandes males él creía que podían redimirlo.⁵⁹⁴

Mientras el gobierno liberal intentaba fortalecer al Estado y a partir de ello beneficiar a la sociedad, el gobierno de Miramón anhelaba llegar al bien común de los individuos mediante la organización estatal. No es mejor ni peor que el programa de Juárez, es solo diferente tanto en sus alcances como en sus métodos. Volvemos con Islas:

Este programa iba a colocarlo en una situación muy difícil, porque equivalía a quedarse solo: era demasiado *original* para ser comprendido; su originalidad estribaba en aspirar a realizar el bien común simplemente dentro de una recta organización del Estado; en que se colocaba por encima de la división sectaria que tan artificialmente promueve, consiente y agrava el liberalismo; en que está situado muy arriba de los intereses de todos los partidos, en busca de, supremo bienestar social. Tan intrépidamente se propone esto, que señala la posibilidad iluminadora de una discrepancia entre su régimen y los partidos políticos: “consultaré la opinión pública por medio de la imprenta: una oposición razonada siempre ilustra la marcha de un gobierno”, dice, aunque antes de su gobierno y después esto sería una simple esperanza.⁵⁹⁵

Justo Sierra escribiría que el programa de gobierno expuesto en el Manifiesto, pudiera atribuírsele a Isidro Díaz, “conservador ilustrado que no desconocía las necesidades del mundo moderno, aunque sus principios religiosos eran muy firmes”.⁵⁹⁶ Es posible, pues como hemos mencionado con anterioridad el documento de Miramón fue publicado a los pocos días de haber cambiado de gabinete, luego de haberse asesorado por las personas que necesitaba. De cualquier modo, el biógrafo de Juárez, al igual que el del *Macabeo*, hace énfasis en el difícil panorama que habría de enfrentar *a posteriori* el presidente conservador:

⁵⁹⁴ Islas García, op. cit., p. 140

⁵⁹⁵ *Idem*

⁵⁹⁶ Sierra, Juárez..., op. cit., p. 135

El manifiesto de Miramón se colocó en una situación personalísima; los conservadores netos no le perdonaban la especie de desdén juvenil con que había sacudido su tutela (el presidente de los conservadores era el general Zuloaga, una especie de Bustamante de tercer orden); los obispos, a pesar de sus declaraciones de fe, de sus protestas fríamente apasionadas de amor por la Iglesia y de acatamiento a sus preceptos, veían por encima del hombro a aquel político y militar precoz [...]⁵⁹⁷

Como veremos a lo largo de esta investigación, las ideas del *Macabeo* habrán de quedarse, la mayoría, tan solo en *ideas*. No habrían de ser aplicadas, no era esa la suerte que el destino les tenía deparada.

Mientras tanto, en Veracruz se daban a conocer las Leyes de Reforma, obra de eminentes liberales como Melchor Ocampo y Miguel Lerdo de Tejada. Ralph Roeder escribe:

La primera de las Leyes de Reforma, base y cimiento de las demás, vio la luz el 12 de julio de 1859 en la forma de un decreto presidencial que nacionalizaba los bienes del clero. Siguiéron de cerca las reformas anexas: la separación de la Iglesia y el Estado (12 de julio); la exclaustación de monjas y frailes y la extinción de corporaciones eclesiásticas (12 de julio); el registro civil para los actos de nacimiento, matrimonio y defunción (23 de julio); la secularización de los cementerios (31 de julio) y de las fiestas públicas (11 de agosto). La libertad de cultos [obra del eminente diplomático Juan Antonio de la Fuente], culminación lógica y coronamiento de las demás, fue reservada para una fecha posterior, pero vino anunciada en el programa promulgado el 12 de julio de 1859, fecha que hizo época en los fastos de la historia mexicana. Concebidas integralmente, las Leyes de Reforma proclamaban la emancipación del poder civil, realizaban las promesas y llenaban las omisiones de la Constitución de 1857, y constituían una segunda declaración de independencia nacional, que proporcionaba al partido progresista un porvenir que reanimaba la fe de los combatientes.⁵⁹⁸

La reacción de la Iglesia no se hizo esperar. El historiador **Martín Quirarte** señala que el alto clero mexicano había desaprovechado la oportunidad que tuvo durante los gobiernos de los liberales moderados José Joaquín de Herrera y Mariano Arista para reformar a la Iglesia al interior y adaptarla a las necesidades de la época, con lo cual se

⁵⁹⁷ *Ibidem*, p. 136

⁵⁹⁸ Roeder, *op. cit.*, p. 311

habrían evitado los terribles excesos que se dieron en la guerra civil. En vez de esto, había decidido endurecer su postura. Dicho autor escribe:

Todos los obispos de México y el representante de la Mitra de Puebla estuvieron reunidos en la capital de la República. El 30 de agosto dieron a conocer una Manifestación en la cual protestaban contra los actos de las leyes del gobierno de Juárez. El Episcopado comenzó por hacer una relación de los conflictos entre la Iglesia y el Estado en las últimas cuatro décadas.⁵⁹⁹

Para los liberales, las reformas dadas en Veracruz eran el inicio de una verdadera acción benéfica para la sociedad mexicana. La Iglesia no lo entendía así: afectados sus intereses, veían en el gobierno —y por ende, en el ejército— conservador la mano dura que vengaría las afrentas de un sector “reaccionario”⁶⁰⁰ a la voluntad del pueblo mexicano. ¿Qué tantas garantías podía ofrecer el gobierno del *Macabeo* a los intereses del clero? Solo aquello que estaba en sus manos hacer, dentro de los límites de su influencia política y militar. ¿Qué tanto podían afectar las Leyes de Reforma a la Iglesia Católica Mexicana? Única y exclusivamente dañarían los bienes que tuvieran al alcance. Mientras la balanza no se inclinara completamente hacia algún lado, todo habría de ser relativo.

Almonte en Francia

Agosto de 1859 fue un mes de especial importancia en la vida de Miguel Miramón: a las ocho de la noche del día 3, Concha, su esposa, dio a luz a su primer vástago. Para fortuna del *Macabeo*, sus deseos se vieron cumplidos pues éste era un varón, a quien habrían de llamar como a su padre. La capilla de Chapultepec, que se había mandado remodelar, no había sido terminada, por lo que fue hasta el día 28 del mismo mes que se celebró el bautismo del niño.⁶⁰¹

⁵⁹⁹ Quirarte, *Visión panorámica...*, *op. cit.*, p. 150

⁶⁰⁰ Utilizamos ésta palabra como un signo de la contraposición de opiniones tan común en aquellos días; para los conservadores, los reaccionarios, los facciosos, eran los liberales.

⁶⁰¹ Lombardo, *op. cit.*, p. 220

A la celebración fueron invitados los familiares y amigos, los principales jefes y oficiales del ejército, los miembros del gabinete, el cuerpo diplomático, el nuncio apostólico, el arzobispo de México acompañado de varios obispos y las “damas más distinguidas de la capital”.⁶⁰² Miguel Bernardo Trinidad Rafael Esteban Domingo María Agustín Miramón Lombardo vio por primera vez la luz en un castillo; fue bautizado por un arzobispo siendo su padrino un distinguido abogado —Nicolás de Icaza, el amigo de Miramón— y minutos después fue tomado en brazos por un marqués —José Rincón Gallardo, el otro padrino— para que le fuese conferido el sacramento de la confirmación de parte de un nuncio apostólico. Demasiada pompa en medio de una guerra.

Empero, la mente del joven presidente no se alejaba de los campos de batalla ni siquiera en días de fiesta como éste: Concepción refiere que entre las loas que los invitados al convite confirieron al niño, en alusión todas ellas al heroísmo y valor del progenitor de éste, el propio Miramón alzó su copa y brindó “porque los señores generales y jefes que mandan las tropas del Supremo Gobierno observen siempre en los combates la conducta que les prescribe el Jefe de Estado: intrepidez y decisión en la hora de la lucha; magnanimidad y clemencia en la victoria”.⁶⁰³ Sin duda era feliz pues acababa de convertirse en padre; empero, el resultado de la guerra podría arrancarle una sonrisa mayor de ser favorable para su partido. Mientras él festejaba, sin duda corría sangre en algún punto de la República.

Tan solo unas semanas después, en el norte del país los ejércitos liberales habrían de tener un conflicto al interior: Degollado destituyó al cacique Santiago Vidaurri del mando político y militar de Nuevo León y nombró en su lugar al general José Silvestre Aramberri, quien recibió órdenes de aprehender al primero. Vidaurri, por su parte, “declaró fuera de la ley a Degollado, a Aramberri y a todos los jefes del Norte” que estuviesen de acuerdo con don Santos. Casi todos éstos se pusieron en contra del cacique, con excepción a algunos como Zuazua.⁶⁰⁴ A los pocos días, el general Ignacio Zaragoza habría de pronunciarse

⁶⁰² *Ibidem*, p. 221

⁶⁰³ *Idem*

⁶⁰⁴ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 55

contra de Vidaurri en Monterrey. Tras este movimiento Vidaurri y Zuazua pidieron sus pasaportes para salir de la República.

Mientras éstos problemas se resolvían en el campo liberal, en el conservador se llegaba a un acercamiento con España: el 26 de septiembre, al día siguiente de iniciado el pronunciamiento de Zaragoza en la capital regiomontana, en París se reunían Alejandro Mon, ministro de la reina Isabel II y Juan Nepomuceno Almonte⁶⁰⁵, enviado del gobierno conservador, para celebrar la firma de un tratado.

El llamado Tratado Mon-Almonte obligaba al gobierno mexicano a perseguir y castigar a los culpables de los asesinatos de españoles en las haciendas de San Vicente y Chiconcuac, así como en el mineral de San Dimas, en 1856:

Se indemnizará además a las familias de las víctimas. Las indemnizaciones que se concedieran en ningún caso "podían servir de base ni de antecedentes para otros casos análogos". El valor de las indemnizaciones se fijaría por los gobiernos de Gran Bretaña y Francia, quienes tomarían en cuenta los puntos de vista de los gobiernos de México y España. Además, se consignaba en el artículo 6º. la obligación por parte de México de cumplir estrictamente el tratado del 12 de noviembre de 1853, que con el representante de España había firmado el gobierno de Santa Anna. Se determinaba también que las reclamaciones posteriores que tuviera que hacer España a México, serían objeto de arreglos ulteriores.⁶⁰⁶

Dicho tratado fue objeto de calumnias por parte tanto del gobierno liberal como de la historia oficial escrita a partir de éste. Por supuesto, al saberse de la firma de tal documento, Juárez se negó a ratificarlo: ¿cómo podía hacerlo siendo obra de sus enemigos

⁶⁰⁵ Juan Nepomuceno Almonte, nació en 1803 en Nocupétaro, Michoacán. Fue hijo natural del cura José María Morelos y Pavón, con quien combatió siendo todavía un niño y obtuvo tempranamente el grado de general de brigada. En 1815 fue mandado por su padre a los Estados Unidos para realizar sus estudios; tras la caída de Iturbide regresó y en 1824 Guadalupe Victoria lo nombró encargado de la Legación de México en Londres. Posteriormente se encargó del ministerio de Negocios y otras legaciones, más volvió a las filas del ejército en 1835 para combatir a los rebeldes texanos. Tras la acción de San Jacinto fue reducido a prisión con el general Santa Anna. Como ya se abordó en capítulos anteriores, fue candidato a la presidencia de la República, más nunca ganó las elecciones. Fue también varias veces ministro de Guerra y Marina. Combatió a los norteamericanos y después de haber sido federalista durante toda su vida, se afilió al partido conservador en 1850. Comonfort lo nombró ministro en Londres y más tarde en París, cargo en el cual permaneció durante la Guerra de Tres Años, representando al gobierno conservador. *Diccionario Porrúa...*, op. cit., tomo 1, p. 122-123

⁶⁰⁶ *Ibidem*, tomo 4, p. 3576

políticos? A lo largo de los años se ha dicho que representó un acto de traición a la patria, que nos vendía a España... ¿bajo qué óptica se emitieron tales juicios?

En su libro *Anales Mexicanos*, el padre Agustín Rivera y Sanromán señala, con respecto al tratado, que “Juárez no lo aprobó y declaró traidor a Almonte, por lo que no tuvo efecto”⁶⁰⁷. Por su parte, Agustín Cué Canovas es aún más severo en su juicio:

El Tratado Mon-Almonte representó un acto de traición al partido conservador, a los intereses y derechos de nuestro país, que fueron sacrificados en aras de una causa antinacional y para beneficio de un grupo político urgido del apoyo extranjero para consolidar un gobierno espurio y contrario a la inmensa mayoría del pueblo mexicano.⁶⁰⁸

¿Traición? El término debía ser muy relativo en esos días. ¿Por qué darse golpes de pecho a este respecto, cuando en la sartén liberal se cocinaba otro tratado, que buscaba exactamente lo mismo: el reconocimiento extranjero? El reproche al Mon-Almonte fue generalizado entre los liberales, más es preciso reconocer que tiempo más tarde, personajes pertenecientes a este grupo habrían de levantar la voz en contra de la mancha de traición, tan prodigada en los tiempos de la gran década nacional. Damos la palabra a Francisco Bulnes:

Este tratado ha sido desacreditado por ignorancia y espíritu de partido; no tiene nada de oprobioso, ni de inconveniente, ni de injusto... Todos los españoles asesinados eran pobres, ajenos a la política, honrados, laboriosos, pacíficos. Nada tenía de repugnante que un gobierno auxiliara a familias infelices, víctimas interesantes de un horrendo crimen. Pues bien, esa estipulación considerada en el mismo tratado, nunca como un deber del gobierno, sino como un acto generoso, es lo que ha causado la grito salvaje en el Partido Liberal mexicano, al que tengo la honra de pertenecer. El odio de partido ha penetrado en el tratado Mon-Almonte y ha determinado la locura en todo un gobierno, en todo un partido, en todo un período histórico de sesenta y cuatro años. Se iguala a un crimen sin expiación el tratado Mon-Almonte al grado que la ley de amnistía de 2 de diciembre de 1861, en la fracción III del

⁶⁰⁷ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 55

⁶⁰⁸ Agustín Cué Canovas. *El tratado Mon-Almonte. Miramón, el Partido Conservador y la Intervención Europea*. México, Los Insurgentes, 1960. 97 p., fotos, ils. (Reforma-Revolución, número 3), pp. 95-96

artículo 2º, exceptúa de ella a las personas que firmaron y ratificaron el tratado Mon-Almonte.⁶⁰⁹

Bulnes asevera que “solo el odio de partido puede fallar que la piedrecilla de hormiguero es más pesada que la cadena de los Andes”;⁶¹⁰ ¿con qué autoridad se erige en juez quien también ha cometido una falta? Porque si acaso puede considerarse una falta el buscar el reconocimiento extranjero, ambos partidos la habían cometido, y como veremos más adelante, el de Juárez por mucho rebasa al que promovió el tratado con España. Luis Reed Torres nos expone los puntos de vista de otros personajes como Ezequiel A. Chávez y Carlos Pereyra; el primero, subsecretario de Instrucción Pública y Rector de la Universidad Nacional en tiempos de Porfirio Díaz, el segundo, historiador y diplomático. Chávez escribe que “para una gran mayoría de liberales, hispanófoba, casi todo tratado con España se imaginaba como un acto de traición a la patria”; por su parte, Pereyra señala que “bueno o malo, el tratado Mon-Almonte no implica traición, y menos aún partiendo la acusación del presidente que autorizó el tratado McLane-Ocampo”.⁶¹¹

Los 150,000 pesos que México tendría que pagar a las familias se habrían de multiplicar años después gracias a la pluma del ministro de Juárez, Manuel Doblado, quien en 1862 negoció con el entonces ministro de Isabel II, Juan Prim y Pratts, otro tratado por medio del cual “Juárez reconoció el tratado Mon-Almonte íntegro, más ocho millones de pesos a España por reclamaciones futuras”⁶¹². Luis Reed Torres escribe:

El tratado Mon-Almonte implicaba el pago de 150,000 pesos a España como indemnización a las familias de españoles asesinados durante nuestras guerras civiles, aun cuando no aparecieran responsables las autoridades mexicanas. La acción del gobierno conservador tenía el carácter de graciosa, no de obligatoria, y sin que el caso sentara precedente —cosa que estipulaba perfectamente el tratado—; nada impedía, por lo demás, al régimen de Miramón, cubrir una indemnización que consideraba justa y equitativa. En otras palabras, el tratado Mon-Almonte no puede ni podría jamás, si es que se quiere ser honrado en asuntos históricos, ser equiparado ni al McLane-Ocampo ni a otros convenios celebrados por los liberales. Si hasta ahora se ha

⁶⁰⁹ Reed Torres, *op. cit.*, p. 144

⁶¹⁰ *Ibidem*, p. 145

⁶¹¹ *Idem*

⁶¹² *Ibidem*, p. 143

hecho así, esto obedece fundamentalmente al espíritu de bandería, de facción, que ha predominado al estudiarse la época, y también ¿porqué no decirlo? al propósito de distraer la atención de las terribles cláusulas que integraron el tratado McLane-Ocampo. Por lo demás, Juárez y su régimen —que utilizaron el tratado Mon-Almonte para desvirtuar como queda dicho sus propias responsabilidades— estaban dispuestos a liquidar no ya 150,000 pesos, sino ocho millones según lo potencialmente convenido entre Prim y Doblado. Y digo potencialmente porque lo cierto es que este tratado nunca se llegó a firmar, lo que naturalmente no impide el análisis de lo que se pretendía realizar.⁶¹³

Si a la luz de otra época nos parece que Juárez, al buscar la ayuda de los Estados Unidos, obedecía simple y sencillamente a las necesidades de su gobierno con el fin de consolidar al Estado que representaba, lo mismo opinamos de Miramón, quien a través de un tratado —que no puede ser considerado dañino a la Nación— buscó la ayuda de uno de los países que podría estar interesado en tenderle la mano. Miguel Miramón jamás hubiese buscado ayuda con el vecino del Norte, pues la sangre derramada en su no tan lejana adolescencia, el 13 de septiembre de 1847, todavía resonaba en su mente. Era obvio que su mirada se habría de fijar en las naciones del Viejo Mundo. Aún así, la labor diplomática de Almonte no habría de atraer grandes beneficios para el gobierno conservador, pues en el tratado no había tanto en juego.

Una mala jugada en el tablero del *Macabeo*, o por lo menos, insuficiente. Los únicos beneficiados serían, por una parte, los liberales, que so pretexto de que Miramón pedía auxilio a España, tenían libre el camino para negociar abiertamente con los Estados Unidos; y por otra, el mismísimo Almonte, que aprovecharía su cargo de ministro plenipotenciario para codearse con la aristocracia y nobleza europeas, entrando a círculos cerrados donde habría de comenzar a desarrollar sus planes monarquistas con respecto a México.

⁶¹³ *Ibidem*, p. 144

Capítulo 26

De vuelta al campo de batalla

Pese a las intenciones que expresó Miramón en su Manifiesto de julio, las reformas en las finanzas del país no podrían hacerse mientras no hubiese paz en todo el territorio. Irónicamente, para establecer la paz se debía ganar la guerra, y para lograrlo, no había dinero con el cual cubrir los gastos de campaña. Esta terrible situación económica se vivía en ambos bandos, aunque con algunas diferencias: el gobierno de Veracruz tenía, además del control de las aduanas, la ventaja de que podía disponer libremente de los bienes del clero, que, si bien no eran tantos como se creía, sirvieron para lidiar con los problemas de la crisis. El gobierno conservador no tenía esos medios, por lo que tenía que recurrir a préstamos forzados y emisiones de bonos pagaderos por alguna casa bancaria. En el interior de la República, cada general o jefe militar a cargo de una zona o territorio, hacía lo que estaba en sus manos para tratar de solucionarla: el gobernador de Jalisco, Leonardo Márquez, no sería la excepción.

El 27 de octubre, el *Tigre de Tacubaya* “tomó indebidamente” 600,000 pesos de una conducta de plata que se dirigía al puerto de San Blas. Dicho robo indignó a Miramón, quien apenas se había enterado de la acción de Márquez, escribió a éste severamente y le dio la orden de restituir tal suma de dinero.⁶¹⁴ Sin embargo, aún dentro de la indignación del *Macabeo* debió haber cabido la duda: ¿cómo haría para solucionar la cuestión financiera? De no hacerlo pronto, otros generales comenzarían a imitar las acciones del *Tigre*, con lo cual el gobierno estaría, además, fuera de control. La única solución era pedir un préstamo y salir de nuevo a combatir al enemigo, antes de que se hiciera más fuerte.

El 29 del mismo, decretó una emisión de bonos por parte del gobierno, con un valor de quince millones de pesos. Para garantizar el valor de dichos documentos, celebró un contrato con la casa bancaria Jecker, de la Torre y Cía. Era la única manera de obtener dinero, pero fue desastrosa porque si bien los interesados en los bonos ganarían “un rédito

⁶¹⁴ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 55

del 6 por ciento anual”⁶¹⁵, la única verdadera ganadora era la casa Jecker, que por dicha emisión dio solo 750,000 pesos de los quince millones estipulados en el contrato. Muy mal negocio el emprendido por el *Macabeo*, que al querer ayudar, perjudicó más, al hacer precisamente lo que él mismo criticaba en su Manifiesto. Lilia Díaz señala que los “bonos Jecker” “[...] iban a ser posteriormente una de las causas invocadas para la intervención de Francia en México. Con los recursos obtenidos, Miramón volvió a la campaña del interior”⁶¹⁶. Miramón no podía imaginar siquiera que, un par de años después, el emperador Napoleón III nacionalizaría al suizo Juan Bautista Jecker como francés, y con ello tomaría dicha deuda como propia, a fin de conseguir la realización de sus planes.

El negocio con Jecker dio a Miramón apenas lo suficiente para ponerse en marcha. Se dirigía al Bajío, no solo a combatir a Degollado, quien había logrado formar otro ejército, sino para poner orden en el Departamento de Jalisco. ¿Por qué? Los rumores corrían, y las acciones de Márquez parecían confirmarlos; Luis Islas señala:

[...] el mismo general Márquez se encuentra entonces comprometido en una serie de extrañas maniobras y rumores; el principal de ellos consiste en que está intentando reponer en la Presidencia de la República al general Santa Anna, y que su propósito es tan firme, que no quiere segregar de sus tropas ni un soldado, así se lo ordene el Centro, así sean necesarios para combatir en el Bajío contra las fuerzas del Norte que de nuevo se acercan amenazadoras.⁶¹⁷

El robo de la conducta había sido el detonante para que Miramón se decidiera, puesto que Márquez había comenzado a tomar sus propias decisiones incluso en el aspecto económico sin consultar al gobierno. El siguiente paso podía ser la destitución del mismo *Macabeo*. La falta de escrúpulos de Márquez no estaba en duda para el presidente conservador, y más valía ponerle un alto. Podemos incluso aseverar que la marcha al Bajío era más importante por este asunto, pues Concha en sus memorias narra:

⁶¹⁵ Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 7409 foja 02, octubre 29 de 1859

⁶¹⁶ *Historia General de México...*, op. cit., p. 601

⁶¹⁷ Islas García, op. cit., pp. 145-146

El mes de noviembre de aquel año de 1859 el general Márquez que mandaba una brillante división, y que era comandante general de Guadalajara, se apoderó de la conducta de caudales que pasaba por el Estado de Jalisco con destinación a Europa. Este acto de arbitrariedad del general Márquez, disgustó mucho a mi esposo, y como al mismo tiempo recibió la noticia que el general constitucionalista Degollado se ocupaba activamente en reunir un numeroso ejército para batir a nuestras tropas, decidí mi esposo de ir él mismo a dirigir aquella nueva campaña.⁶¹⁸

¿Acaso Miramón sabía que era incluso más peligroso el *Tigre de Tacubaya* que el enemigo? Tal vez, y por ello fue que ni tardo ni perezoso salió de la capital el 3 de noviembre, con apenas unos hombres, rumbo a Querétaro: volvía a lo suyo, al campo de batalla. Poco antes de su partida había mandado por delante veinticuatro piezas de artillería. A su llegada a dicha ciudad, el día 5 del mismo, escribe a Concha:

Las tropas que tengo a mis órdenes inmediatas, son 2,000 de Vélez, 600 de Mejía y 400 de Alfaro, con 10 cañones, todas hacen un total de 3,000 en muy buen estado. El enemigo, si ya se le reunió Arteaga, será de 4 a 5,000 hombres con 32 piezas de artillería. No obstante la desigualdad de las fuerzas, los batiría con buen éxito, pero no sacaría grandes ventajas; espero por lo tanto al general Woll; pero si antes me llegan doce cañones que salen mañana de ésta, tendré suficiente con ellos sin la necesidad de Woll.⁶¹⁹

La estrella del *Macabeo* parecía volver a brillar y su ánimo iba en aumento; dos días después vuelve a tomar la pluma para comunicarse con su esposa:

No temas, volveré pronto y triunfante, sólo espero, como te tengo dicho, la llegada de Woll o las piezas para concluir con éstos y después pasar a Jalisco. Nuestra estrella brilla cada día más; Oaxaca en nuestro poder aumenta un 99 por ciento nuestra moral; éstos de Guanajuato los tengo en mis manos y si se me escapan los cabecillas (porque montan sobre venados), no se escaparán así sus trenes, y las poblaciones de Zacatecas y San Luis quedarán con nosotros dispuestas a marchar sobre Veracruz y Morelia.⁶²⁰

⁶¹⁸ Lombardo, *op. cit.*, p. 230

⁶¹⁹ *Ibidem*, p. 231

⁶²⁰ *Idem*

En el campo de batalla, todo parecía que la balanza se habría de inclinar sobre los liberales, pues doblaban el número de efectivos de los conservadores. Empero, en la guerra nada está escrito. Ambos ejércitos se alineaban para la batalla que podía darse de un momento a otro. En Querétaro Miramón conoció un manifiesto escrito por Márquez días atrás donde hace reproches —de manera indirecta— al gobierno de la capital, por la precaria situación del departamento de Jalisco: “Una lucha prolongada entre la moral y la corrupción salvaje, ha reducido al verdadero partido nacional hasta el extremo de encontrarse exhausto de elementos de todo género [...]”.⁶²¹ Tal vez Miramón encontró algo más, algo entre líneas, en las palabras de Márquez, porque comenta a Concha el 10 de noviembre: “He leído el manifiesto de Márquez, no tengas cuidado, obraré de una manera digna del Presidente, aunque no cuerde con la amistad.”⁶²² Quizás la amistad ya no era recíproca.

Cuando todo ya estaba listo para el enfrentamiento, sucedió algo inusual en el desarrollo de esta guerra civil: los generales en jefe se reunieron para tratar de encontrar una solución pacífica. La entrevista la solicitó Degollado, aunque el informante de Juárez, Matías Acosta, le habría de señalar a don Benito que fue el *Macabeo* quien lo hizo “porque se creía perdido”⁶²³. Lo cierto es que la tarde del día 12 se reunieron Miramón y Degollado entre las haciendas del Rayo y la Calera⁶²⁴. El mismo *Macabeo* escribió a Concha al día siguiente:

Te participaré en primer lugar, que habiéndome solicitado Degollado para una entrevista accedí a ella no tanto porque pensase nos arreglásemos, cuanto porque no me quedase ese remordimiento; así es, que accedí como te digo y tuvimos una conversación que duró tres cuartos de hora; pero con sus exigencias intolerables, pues quería partiésemos de que yo, como Presidente de la república, reconociera la Constitución de 1857; por consiguiente, lo despaché a pasear, y le ofrecí derrotarlo el día de hoy.

Roto el intento de diálogo, solo cabía la guerra.

⁶²¹ Islas García, *op. cit.*, p. 145

⁶²² Lombardo, *op. cit.*, p. 718

⁶²³ Juárez, *op. cit.*, tomo 2, pp. 598-599

⁶²⁴ Islas García, *op. cit.*, p. 148

La Estancia de las Vacas

Las tropas de Miramón alcanzaron a la retaguardia liberal en un lugar llamado la Estancia de las Vacas, cercano a la ciudad de Querétaro. Faltaban unas horas para el amanecer del 13 de noviembre cuando comenzaron a batirse ambos ejércitos; tras la llegada del alba los generales en jefe ordenaron el reconocimiento del terreno donde habrían de batirse. Las tropas de Degollado se posesionaron de una colina mientras que las de Miramón se desplegaban en línea frente al enemigo. Con don Santos combatieron los generales José Justo Álvarez, Miguel Blanco, José María Arteaga, Santiago Tapia y Manuel Doblado; el *Macabeo* traía consigo tropas de Francisco Vélez, Tomás Mejía, Adrián Woll y Leonardo Márquez.

A las siete de la mañana comenzó formalmente la batalla. Miramón se encontraba en desventaja por su inferioridad numérica, lo cual no obstó para que su ejército tuviera un buen desempeño; el teniente coronel Manuel Balbontín⁶²⁵, del ejército liberal, escribió:

Como el campo de los liberales estaba establecido en un terreno peñascoso, los proyectiles que chocaban en los peñascos aumentaban su efecto con la multitud de piedras que desprendían de ellos.

Al mismo tiempo que la batería del capitán Guerra batía con mucho acierto un ala de caballería que Miramón había colocado a su izquierda, la sección de rifles del coronel Quiroga avanzaba por los sembrados...

Entre tanto, Vega había bajado la loma y hecho cargar su caballería; pero ésta, que era irregular, no verificó la operación, siempre delicada, en masa, sino que haciéndolo a la desbandada, no produjo el efecto deseado.

La consecuencia fue una retirada en desorden.⁶²⁶

La desbandada liberal fue aprovechada por el *Macabeo*, que ordenó el avance. Su artillería redobló el fuego y la línea conservadora tomó la ofensiva, luego de varias horas de resistir el embate de los liberales. El triunfo conservador fue total; asombrado, Matías Acosta habría de escribir a Juárez varios días después:

⁶²⁵ Balbontín (1824-1894) nació y murió en la ciudad de México. Militar liberal, combatió contra los estadounidenses en 1847. Se adhirió al Plan de Ayutla y más tarde luchó contra la intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Musacchio, *op. cit.*, tomo I, p. 154

⁶²⁶ Manuel Balbontín. *Memorias del Coronel Manuel Balbontín*. México, Editorial Eledé, 1958. 503 p., croquis. (Colección de obras históricas mexicanas, 4), p. 227

Don Santos tenía 6,200 hombres en buenas posiciones, Miramón los flanqueó con menos de 3,000 hombres y nuestra derrota ha sido completa e increíble. Nuestro ejército se dispersó y solo quedan en las secciones las de Doblado y Arteaga. Perdimos toda nuestra artillería, los trenes, muchas armas, etcétera. Murió en la acción el general Tapia; el general Álvarez ha perdido una pierna, Chesniar cayó prisionero y ha sido fusilado.⁶²⁷

Miguel Miramón fue clemente con los prisioneros, “conducta que el general en jefe de los liberales alabó y procuró se impusiera dentro de sus filas” según señala Ernesto de la Torre Villar.⁶²⁸ El general Tapia, quien como hemos visto habría de morir por sus heridas, había pedido al *Macabeo* que dispusiera de él como fuese necesario, a lo que el general conservador —según señala Manuel Cambre— contestó: “Siento encontrar a usted en estas circunstancias: nada tengo que disponer más que lo necesario para su restablecimiento [...]”.⁶²⁹ ¿Dónde estaba la crueldad de la que han hecho referencia los detractores de Miramón? El mismo Degollado, que tiempo atrás se había referido a él como un “vampiro”.⁶³⁰ ahora reconocía su gesto, digno de un buen militar que sabe cómo comportarse con el enemigo vencido. La mancha la habían dado los actos de Márquez en Tacubaya.

Cerca de doscientos setenta muertos y numerosos heridos en el bando liberal;⁶³¹ un número inferior entre los conservadores: “nuestras pérdidas no son muy considerables, pero sí muy sensibles porque verdaderamente son unos valientes”,⁶³² fueron las palabras con las que el joven presidente se refirió a los resultados de la batalla en vidas humanas.

La estrella de Miramón volvía a brillar. Empero, apenas lo suficiente para ponerse en marcha de nuevo. A Guanajuato llegó el día 17 y solo esperó unas horas antes de ponerse en camino de Jalisco, a donde le urgía llegar. Sin embargo, pese a la premura, a su llegada no encontró al general Márquez, pues éste había salido rumbo a Tepic, en campaña.

⁶²⁷ Juárez, *op. cit.*, tomo 2, pp. 598-599

⁶²⁸ Ernesto de la Torre Villar. “Desarrollo bélico de la Guerra de Reforma.” en Ernesto de la Torre Villar. (coord.) *Imperio y Reforma. Tomo VIII de la Enciclopedia de México*. México, Salvat Editores, 1974. 298 p., fotos, ils., mapas.

⁶²⁹ Islas García, *op. cit.*, p. 149

⁶³⁰ Juárez, *op. cit.*, tomo 1, p. 447

⁶³¹ Islas García, *op. cit.*, p. 149

⁶³² Lombardo, *op. cit.*, p. 233

Dos días después, el 23 de noviembre, el *Tigre de Tacubaya* había sido destituido y salía rumbo a la capital de la República en calidad de preso, donde se le juzgaría. Concha Lombardo escribe que:

[...] esta justa providencia de mi esposo, disgustó en extremo a una parte del Partido Conservador, que veía en Márquez la segunda columna que sostenía aquel partido; pero mi esposo puso a un lado esa consideración, y quiso dar en ese acto una prueba del orden y garantías que defendía y que tanta sangre costaba al país.⁶³³

Leonardo Márquez obedeció, aunque a regañadientes; Concha atina al decir que este general guardó “un negro rencor”⁶³⁴ a Miramón, mismo que se manifestaría abiertamente en los últimos meses de vida del *Macabeo*.

El general Adrián Woll⁶³⁵ fue nombrado en el lugar de Márquez; mientras tanto, el joven presidente hacía hasta lo imposible para juntar recursos que le permitiesen seguir con la campaña, la cual dio inicio el día 8 de diciembre, cuando Miguel Miramón, al frente de las tropas conservadoras, partió rumbo a Colima.

Apenas unos días antes, el primero de dicho mes, en Veracruz se firmó el tratado MacLane-Ocampo, entre el gobierno liberal y el de los Estados Unidos. Ralph Roeder señala:

Los puntos capitales aseguraban al gobierno de los Estados Unidos el derecho de paso por el Istmo de Tehuantepec en perpetuidad, y la vía férrea proyectada a través del sector noroccidental del país, así como el derecho a proteger las comunicaciones con sus propias fuerzas militares, con el consentimiento del gobierno mexicano, o en casos de emergencia, sin autorización previa. El cambio, el gobierno mexicano recibía la promesa de 2 millones de dólares en efectivo, 2 más en crédito a cuenta de indemnizaciones norteamericanas, y como regalía, una nota infamante.⁶³⁶

⁶³³ *Ibidem*, pp. 236-237

⁶³⁴ *Idem*

⁶³⁵ Woll fue un guerrillero francés que comenzó su carrera militar en España, bajo las órdenes de Francisco Javier Mina. Con él se trasladó a México en 1817, pero no combatió por la Independencia a pesar de que continuó en el país. Participó en distintos pronunciamientos y fue gran amigo de Santa Anna, gracias al cual obtuvo la ciudadanía mexicana. Llegó a general de división y fue comandante militar de Tampico en dos ocasiones; también fue comisionado para ofrecer la corona a Maximiliano, quien lo haría comendador de la Orden de Guadalupe. López de Escalera, *op. cit.*, p. 1169

⁶³⁶ Roeder, *op. cit.*, p. 326

Sin duda y sin partidismos, sería el golpe más mortífero a la soberanía nacional desde la guerra del 47 y la posterior venta de la Mesilla, pues si bien no se cedía el territorio, prácticamente se abría a las necesidades del gobierno de los Estados Unidos. Juárez y Ocampo, ante la necesidad de vencer al enemigo, no midieron las consecuencias que sus actos pudiesen haber tenido. De ahí que los conservadores hayan utilizado éste tratado como un argumento más en contra de los liberales durante la guerra, y también tras la derrota completa del conservadurismo y la consecuente imposición de la mancha de “traidor a la patria” a todo aquel que no profesase el credo liberal. Pero en diciembre de 1859, en medio de una guerra civil que a todas luces no tenía fin próximo, el presidente liberal y su ministro tomaron la pluma y firmaron el documento, a pesar de la oposición que parecía venir de todas partes; el historiador Martín Quirarte escribe:

Hubo protestas no sólo de parte de los conservadores, sino también de los liberales. Entre los que se negaron a aceptar el tratado Mc Lane-Ocampo se encontraba don Juan Antonio de La Fuente. Manuel Doblado proponía que antes de comprometerse con una responsabilidad tan grave se intentara una reconciliación con los conservadores. Algunos oficiales de la guardia nacional renunciaron. El partido conservador en masa se rebeló contra lo que consideraba un atentado que amenazaba la unidad religiosa y la independencia, a la vez que causaba la ruina de la industria y el comercio mexicanos. Fortuna para México fue que el Senado de los Estados Unidos haya negado su aprobación al tratado que Ocampo y Mc Lane habían firmado el 1º de diciembre de 1859.⁶³⁷

Algunas cláusulas, además de la proximidad de la guerra civil, impidieron que —a decir de Enrique Krauze— Juárez y Ocampo “pasaran a la historia como “traidores”, “vendepatrias” y discípulos del fundador de Texas: Lorenzo de Zavala”.⁶³⁸ De cualquier modo y, bajo cualquier óptica, el tratado era oprobioso para la Nación, y la actitud reprobatoria del gobierno liberal con respecto al tratado Mon-Almonte quedaba sin validez: ¿con qué autoridad moral se puede hablar de “traición”?, ¿dónde queda la patria?

⁶³⁷ Quirarte, *Visión panorámica...*, op. cit., p. 156

⁶³⁸ Enrique Krauze. *Siglo de Caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*. Decimotercera reimpresión, México, Tusquets Editores, 1997. 349 p. (Colección Andanzas), p. 240

Don Justo Sierra, en su biografía de Juárez, escribe:

[...] el tratado o pseudo-tratado MacLane-Ocampo, no es defendible; todos cuantos lo han refutado bien, casi siempre han tenido razón y formidablemente contra él. Estudiándolo hace la impresión de un pacto, no entre dos potencias iguales, sino entre una potencia dominante y otra sirviente; es la constitución de una servidumbre interminable.⁶³⁹

Pero el 1º de diciembre de 1859 apenas se había firmado el tratado. La discusión y aprobación del mismo por el Senado estadounidense se habría de llevar a cabo tiempo después. Mientras tanto, la guerra continuaba y Juárez tenía ya, se ratificase o no el Mac Lane-Ocampo, la oportunidad de invocar la ayuda del vecino del norte si fuese necesario. Y vaya que lo hubo de ser.

⁶³⁹ Sierra, *Juárez...*, *op. cit.*, p. 151

Capítulo 27

Los Estados Unidos y el incidente de Antón Lizardo

El general Miramón marchó hacia Colima en persecución de los liberales. El día 24 de diciembre se encontró con el enemigo en Tonila, población cercana al teatro de sus primeras glorias, Atenquique. Ahí, con tropas de sus subalternos, los generales José María Moreno y José Quintanilla, y los coroneles Tomás O'Horán y Amado Antonio Guadarrama, venció al general Juan Nepomuceno Rocha y sus subalternos, el general Manuel García Pueblita, el coronel Antonio Rojas y su propio amigo, el también general Leandro Valle.⁶⁴⁰

En esta acción recibió una pequeña herida; él mismo escribió a su esposa:

Sólo te diré que ayer en lo más reñido del combate me cayó sobre una ingle una bala de rifle; creyéndome perdido di mis órdenes a Perico [Francisco] Vélez que estaba a mi lado; éste, temiendo que cayese del caballo me rodeó la cintura con su brazo, pero al cabo de algunos segundos no sintiendo ningún dolor metí la mano en la bolsa del pantalón y saqué la bala que te envió. Ésta no me hizo otro daño que rozar un poco la piel y sacarme unas gotas de sangre que limpié con ese pañuelo.⁶⁴¹

En su parte oficial, el general detalla:

El 24 a las tres de la mañana se movió la división para atacar; la primera brigada a las órdenes del general Moreno, la derecha del enemigo, y la segunda a las órdenes del general Quintanilla, el centro.

El ataque a la derecha quedó terminado en menos de una hora, siendo derrotado el enemigo completamente, dejando dos obuses de montaña, algunos prisioneros y parque. El centro fue más reñido, los cuerpos 4º de línea y San Blas hicieron prodigios de valor; pero tenían que batirse contra un número cuatro veces mayor que ellos, que posesionados de un bosque y cerca del camino nos pusieron en gran peligro. Por fin, al cabo de dos horas y media de fuego, el enemigo quedó derrotado dejando sobre el camino gran número de muertos, heridos y prisioneros, la bandera del 5º batallón, ocho piezas y multitud de heridos.⁶⁴²

⁶⁴⁰ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 56

⁶⁴¹ Lombardo, *op. cit.*, p. 239

⁶⁴² *Ibidem*, p. 240

Con la acción de Tonila o la Albarrada —como también se le conoce— el ejército conservador recuperó de nuevo el control de Colima, por lo que Miramón marchó de regreso a Guadalajara, donde fue recibido con júbilo por los habitantes de dicha ciudad. Un *Te Deum* de acción de gracias se cantó en la catedral tapatía, y quizás fueron éstos los verdaderos últimos momentos de gloria de Miguel Miramón, el *Joven Macabeo*, el *Soldado de Dios*, pues el año de 1860, que estaba a unos días de iniciar, habría de traer más sinsabores que honores a la vida del joven general. También en el campo liberal, con la firma del Mac Lane-Ocampo que resumía toda la desesperación a que habían llegado, se iniciaba un nuevo ciclo que renovarían las fuerzas de sus ejércitos. Mientras tanto, el año comenzaba en los sitios dominados por los conservadores con loas en honor de Miramón; en Guanajuato, un tal Pedro Sánchez publicó varios sonetos en alusión a la heroicidad del caudillo, del vencedor de Ahualulco:

Venciste, ¡oh, Miramón! aquí en la Estancia
al enemigo de tu patria amada;
y sin medir siquiera la distancia
volaste a otra región amenazada;
también allá domaste su arrogancia
con tu valor y tu invencible espada.
¡Te espera en Veracruz otra victoria...
complemento brillante de tu gloria!⁶⁴³

También en la ciudad de México se alababa al *Macabeo*; en esos días, el ilustre poeta Francisco González Bocanegra, autor de nuestro Himno Nacional, escribió uno más, éste en honor de Miramón. Cabe destacar el parecido con el canto patrio escrito años atrás, pues si pudiésemos ponerle música al del caudillo, notaríamos una gran similitud entre ambos. Fue estrenado en el Teatro Nacional; reproducimos el coro y las primeras estrofas:

Coro
¡Gloria, gloria al invicto guerrero
De la patria defensa y honor!

⁶⁴³ Pedro Sánchez. *Al Excelentísimo Señor General don Miguel Miramón. Octava*. Guanajuato, Imprenta de Jesús Oñate, 1860. En Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México, microfilme, rollo 223, doc. 1477

*¡Gloria! ¡gloria! que Anáhuac entero
Lo proclama do quier vencedor.*

Bello lauro la patria coloca
En las sienes del joven caudillo,
Que sus armas cubiertas de brillo
Por doquiera triunfante llevó.

De Colima en las altas montañas
Y en los campos también de la Estancia,
De vil turba la necia arrogancia
Con su espada en el polvo la hundió.⁶⁴⁴

Las noticias acerca de la firma del Tratado Mac Lane-Ocampo llegaron a oídos del presidente conservador, quien de inmediato dirigió un Manifiesto a los habitantes de la República Mexicana; en tal documento, arremete contra los liberales:

[...] por medio de su gobierno establecido en Veracruz, intentan vender la integridad, el honor y la seguridad de la patria, por un tratado infame que deja en la frente de las personas que lo firman, un sello indeleble de traición y de escándalo. ¿Cómo calificar este acto? ¿Cómo explicarlo en un sentido favorable al espíritu de un simple partido político? ¿Cómo desconocer una perfidia que apenas aparece creíble en pechos mexicanos? y, ¿cómo, en fin, no admirar los designios inefables del Autor de las sociedades, y no fijar la atención en lo que se ha dicho desde el principio de esta lucha sangrienta: el que no tiene religión no tiene patria?⁶⁴⁵

Además de enumerar todos los errores políticos que el Partido Liberal había cometido, a su entender, desde los primeros años de vida independiente de México, habla en específico del tratado:

El tratado que se ha ajustado en Veracruz, según los informes que tiene el gobierno, y contra el cual ha formulado por el ministerio de Relaciones la protesta propia del caso, se contrae a concesiones del territorio o de vías de tránsito para los ciudadanos y tropas de los Estados Unidos, que arruinarían a nuestros puertos y nuestro comercio, y que servirían [a] aquella república para irse extendiendo sobre nuestro país. Ya el ministro americano Mr. Forsyth

⁶⁴⁴ "Diario de Avisos" en Documentos para la Historia de México, en Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México.

⁶⁴⁵ *Idem*

había propuesto en marzo del año pasado, una nueva demarcación de límites, y había intentado seducir al patriotismo del gobierno, indicándole en la nota que pasó al ministerio, que debía aprovechar la ocasión que se le presentaba para hacerse de algunos millones de pesos en un lance comprometido; es decir, en la lucha que sostenía contra las fuerzas constitucionalistas. Desechada aquella proposición tan poco digna de una nación, en términos que sabe la República, fue reconocido por el gobierno de los Estados Unidos el establecido en Veracruz, y éste no tiene embarazo ahora no solo en consentir en el tratado, pero ni aún en hacer entender por sus diarios que lo ha ajustado por una suma miserable porque no tiene otro recurso con que trabajar por el triunfo de sus pretensiones. Pasados algunos años, no podrá explicarse semejante escándalo.⁶⁴⁶

El mayor temor de Miramón era que se iniciara otra intervención de los Estados Unidos, tal y como la que le tocó vivir años atrás; a ese respecto señala:

No parece posible que el gobierno de los Estados Unidos ratifique un tratado que viola la buena fe, la justicia y la equidad, los principios más respetados del derecho de gentes, y que convierte el internacional en un abuso más funesto todavía que el empleo de la fuerza en una agresión inicua. La República debe esperar, como el gobierno, el término de esta negociación, y no dar el menor motivo, ni aún con el menor pretexto, para que se le impute que provoca una guerra exterior; pero debe aceptarla sin vacilar un momento, si se invade su territorio o si se atacan sus prerrogativas y derechos de pueblo independiente. Si sucumbiera oponiendo legítima defensa contra la fuerza, dejaría en la historia una página de honor.⁶⁴⁷

Miramón cierra su discurso con un llamado, que ya parece ser recurrente, a la unión de los mexicanos, “cualesquiera que sean sus opiniones y partidos políticos, para que unan sus esfuerzos al gobierno, si llega el caso de resistir a una agresión extranjera”,⁶⁴⁸ pese a sus convicciones, el *Macabeo* no quita el dedo del renglón al buscar el olvido de las diferencias y el compromiso de trabajar juntos por una misma causa. A lo largo del año, no será la única vez que toque el tema.

⁶⁴⁶ *Idem*

⁶⁴⁷ *Idem*

⁶⁴⁸ *Idem*

De nuevo a Veracruz

Pocos días habría de permanecer el general Miramón en Jalisco, pues llegó a la ciudad de México el 7 de enero; sabía que el tiempo apremiaba, y que sí estaba decidido a atacar el puerto debía apresurarse. El desfile de honor a su llegada, los fuegos artificiales, el himno de Bocanegra... nada habría esta vez de desviarle de su objetivo principal. El ocho de febrero salió con sus tropas rumbo a Veracruz; Puebla, Nopalucan y Jalapa fueron los sitios donde se detenía a esperar que se le incorporaran más fuerzas, así como se hacía de más pertrechos para la guerra. “Créete que nunca he estado más fastidiado que en la actualidad”⁶⁴⁹ le comentó en una carta a su esposa. Y es que, ésta campaña en particular, parecía tenerle desconcertado. La misma Concha llega a hacer comentarios tales como “En ninguna de sus otras campañas había visto a mi esposo de tan mal humor y tan preocupado como aquella vez [...]” y “[...] aquel genio militar y guerrero de mi esposo se había marchado sin la fe y entusiasmo de otras veces [...]”.⁶⁵⁰ **Indudablemente, Miguel Miramón sabía lo difícil que sería tomar el puerto, para la cual ya había tomado las disposiciones pertinentes al mandar comprar, en Cuba, dos embarcaciones con las cuales habría de sitiar Veracruz por mar.** Empero, aún con los barcos, la toma del puerto sería la campaña más importante de su carrera militar, y todavía tenía presente el fracaso del año anterior.

Desde Jalapa escribió a Concha:

Hoy salió la 1ª división compuesta de tres mil hombres y 15 piezas de artillería; la 1ª brigada con el general Negrete salió de Orizaba para Córdoba, el Palacio, Chiquibuite, Paso Ancho, Paso del Macho, el Camarón y la Soledad, donde esperan órdenes.

La 2ª brigada con Ruelas sale de aquí a Corral Firme, la Rinconada, Puente Nacional, Paso de Ovejas, donde esperan órdenes. La 2ª división saldrá dentro de ocho días y el Cuartel General dentro de tres.

Para entonces ya estará Marín en la costa y tendremos lo necesario.⁶⁵¹

⁶⁴⁹ Lombardo, *op. cit.*, p. 260

⁶⁵⁰ *Ibidem*, p. 261

⁶⁵¹ *Ibidem*, p. 260

Las tropas conservadoras se acercaron lo más al puerto. El 23 de febrero, en el poblado del Paso de Ovejas, los liberales tendieron una emboscada que puso en peligro la vida de los principales jefes conservadores. Miramón relata que “Robles [Pezuela] recibió una herida que le atravesó el brazo derecho sin interesar el hueso. Vélez perdió el caballo y estuvo a punto de ser muerto o hecho prisionero”⁶⁵². La ofensiva liberal apenas comenzaba: ese mismo día, más tarde, dos granadas reventaron casi a los pies del *Macabeo*, quien salió ileso.⁶⁵³

Miramón se instaló en Medellín a inicios del mes de marzo. Ahí, entabló conversaciones con el capitán inglés Cornwallis Aldham, Comandante de las Fuerzas Navales Británicas en el Golfo de México. Éste venía a hablarle de la propuesta de Inglaterra para mediar entre los dos gobiernos mexicanos, a fin de que éstos llegaran a un acuerdo que facilitara el establecimiento de la paz. Aldham propuso el suspender las actividades bélicas a fin de celebrar un armisticio. Miramón, convencido de que la guerra civil no podía “concluirse por la fuerza de las armas”,⁶⁵⁴ y que debían entablarse las negociaciones pertinentes, señaló en una carta al referido capitán inglés:

[...] deseoso de poner término lo más pronto posible al derramamiento de sangre de mis conciudadanos, yo presentaría al gobierno del señor Juárez, *si creyera que fuesen aceptadas*, las proposiciones siguientes:

1ª Se entablarán entre el gobierno que represento y el de Veracruz, donde y en la forma de que le convenga, relaciones para arreglar un armisticio general entre las fuerzas de ambos partidos que operan en toda la República, para convenir durante dicho armisticio la manera de restablecer la paz en la República.

2ª Se instalará para que intervenga en estas relaciones, como mediadores amigables, a los representantes de las grandes potencias Inglaterra, Francia, España, Prusia y la república de los Estados Unidos de América.

3ª Ajustadas las condiciones y ratificado por ambos gobiernos el convenio relativo, suspenderán las hostilidades las fuerzas beligerantes en toda la República. Desde luego las suspenderá sobre la plaza de Veracruz el gobierno que represento.

⁶⁵² *Ibidem*, p. 261

⁶⁵³ *Ibidem*, p. 263

⁶⁵⁴ *Circular expedida en Veracruz el 20 de marzo de 1860 por el Srío. de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores D. Santos Degollado, con que acompañó los ejemplares del expediente instruido sobre las relaciones entabladas entre el Supremo Gobierno del Presidente Benito Juárez y de don Miguel Miramón, Jefe de los reaccionarios*. Veracruz, s.p.i., 1860. 14 p. [8 anexos numerados y desenlace final], pp. 3-4

4ª Ninguno de los dos gobiernos que imperan en el país podrá concluir tratado alguno con las potencias extrañas, ni ratificar los que haya celebrado, sin la intervención y consentimiento del otro. Este principio no comprende los tratados cuya ratificación se haya comunicado ya oficialmente al gobierno con el que se hayan concluido, ni los que se hayan sujetado a las formalidades presentadas por las leyes que reconoce el que por parte de México los haya ajustado.

5ª El pago de derechos que causen los buques al descargar en Veracruz, si el gobierno que represento determina su apertura, se verificará conforme a las prevenciones del arancel, entregándose la parte que deba pagarse, en México, precisamente en la Tesorería General de la Nación, existente en dicha ciudad, o en letras giradas a favor de los Ministros encargados de aquella oficina.

6ª Una asamblea compuesta de los funcionarios que hayan desempeñado en la República los puestos públicos de alta jerarquía, desde el año de 1822 hasta el de 1853, elegirá presidente provisional de la República, fijará las bases que deba observar la administración provisional, y quedará encargada de formar la Constitución, la cual no deberá regir hasta que sea aprobada por la mayoría de los ciudadanos mexicanos.⁶⁵⁵

Ese mismo día, las tropas de Miramón avanzaron a Alvarado. Las embarcaciones conservadoras se encontraban ya cerca del puerto, al mando del contralmirante Tomás Marín.⁶⁵⁶ Luis Islas García señala que éste no encontró más que “dos vaporcitos de madera, mercantes, transformados en naves de guerra”;⁶⁵⁷ bautizados con los nombres *General Miramón* y *Marqués de la Habana*, respectivamente, se disponían a atacar Veracruz. El biógrafo del *Macabeo* escribe:

Conviene señalar que esos navíos escasamente podían aprovecharse para bloquear el puerto y que su capacidad combativa era por demás limitada: la totalidad del armamento pesado de los dos barcos mercantes de Marín subía a la suma de catorce cañones de navío, que tenían que batir a treinta y cinco ochenta —según anterior cifra de Darán—, algunos de superior calibre, del Castillo de Ulúa y del Caballero Alto y a los diez y seis cañones de la marina liberal.⁶⁵⁸

Lo que sucedió a continuación, lo relata el mismo Miguel Miramón días después de haber acontecido:

⁶⁵⁵ *Idem*

⁶⁵⁶ Marín fue uno de los principales caudillos conservadores; de honrosos antecedentes, sirvió a la nación desde la Independencia. Murió en Veracruz en 1873. López de Escalera, *op. cit.*, p. 656

⁶⁵⁷ Islas García, *op. cit.*, p. 157

⁶⁵⁸ *Ibidem*, p. 158

Los asuntos de la campaña han tomado un giro desagradable; después de la ocupación de Alvarado tuvimos el gusto de ver llegar a nuestros dos vapores el día 6 al frente de nuestro campo y dirigirse a Antón Lizardo; más en la noche fueron batidos por la corbeta del gobierno de los Estados Unidos, la *Saratoga*, y dos vapores americanos, resultando de esto la muerte de 12 de la tripulación nuestra, 3 de los americanos y la captura de nuestros vapores. Marín se defendió bien con solo un vapor, porque el otro tenía bandera española, y cayendo en manos de estos bandidos lo han llevado a Nueva Orleans; no sé de qué manera explicarán los norteamericanos este hecho, que es infame y que solo la acción brutal puede hacerlo. Con este acontecimiento hemos trabajado sin descanso en la construcción de las baterías y por fin el día de hoy han quedado establecidas a pesar de un buen fuego que en estos ocho días ha hecho la plaza, el castillo y las lanchas cañoneras, sin haber causado grandes desgracias en las personas y así algunas en las mulas. Dentro de cuatro horas mando la intimación y dentro de ocho, es decir, a las cuatro de esta tarde, romperé los fuegos sobre esta plaza. ¡Quiera Dios ayudarme!⁶⁵⁹

El llamado “Incidente de Antón Lizardo” fue una clara intervención de los Estados Unidos a favor del gobierno de Juárez, que los partidarios de éste han querido ver tan solo como “un gesto de ayuda de una nación a otra” o como un caso de “piratería”. Bien sabido es, y el mismo Miramón lo expresa en su carta, que uno de los barcos portaba la bandera española. El otro llevaba el lábaro mexicano, por lo cual ambos estaban identificados y no debían ser tomados como “piratas” o “filibusteros”. Empero, así fue, y Juárez pudo gozar de los beneficios del tratado Mac Lane-Ocampo aún antes de su nunca realizada ratificación por parte del senado de los Estados Unidos.⁶⁶⁰ Indudablemente, el golpe fue duro para los conservadores, quienes sin embargo siguieron en su empeño de tomar Veracruz, costase lo que costase.

El mismo 13 de marzo, día en que Miramón escribió la carta anterior, tal y como señala en ésta escribió, unas horas más tarde, al general Ramón Iglesias⁶⁶¹, jefe de las fuerzas que defendían el puerto, como un último acto en busca de la paz:

⁶⁵⁹ Lombardo, *op. cit.*, p. 735

⁶⁶⁰ Marín y sus hijos fueron aprehendidos y juzgados como corsarios en Nueva Orleans, aunque al poco tiempo fueron absueltos.

⁶⁶¹ Ramón Iglesias nació en 1809 en la ciudad de México. Ingresó al ejército y en 1855 alcanzó el grado de general de brigada. Cárdenas de la Peña, *op. cit.*, tomo 2, p. 239

Antes de romper los fuegos sobre la plaza de Veracruz, antes de emprender un ataque que costará la sangre de tantos mexicanos y causará tantos desastres, debo apelar al patriotismo de los jefes del partido que sostienen la Constitución de 1857, para poner término a la guerra civil que asuela a la República con mengua del honor nacional. Tal es el objeto de esta nota que me prometo se servirá Vuestra Señoría presentar a los señores que a la cabeza del partido lo dirigen.

Miramón dio como plazo hasta las seis de la mañana del día siguiente para recibir una respuesta; de no haberla, habría de dar comienzo al ataque, con la conciencia tranquila por haber empleado todo recurso antes que la guerra misma. Por ende, “la responsabilidad por toda la sangre que nuevamente se derrame, será exclusivamente de los defensores de la Constitución de 1857”.⁶⁶² A las once de la noche, el *Macabeo* recibió la respuesta esperada.

⁶⁶² *Circular expedida en Veracruz...*, op. cit., p. 5-6

Capítulo 28

El comienzo del fin

Ni siquiera la ayuda de los Estados Unidos podía asegurar a Juárez la victoria en el caso de enfrentarse a las fuerzas conservadoras en el puerto. Un sitio puede prolongarse tanto como los sitiadores y sitiados estén dispuestos a agotar todos sus recursos y por ello valía más buscar otras soluciones posibles. Además, Miramón, pese a su anterior fracaso al querer tomar el puerto, seguía siendo invicto en el campo de batalla; ¿quién podía asegurar a don Benito Juárez que la estrella del *Macabeo* no brillaría de nuevo, coronándose con la toma del puerto de Veracruz?

Tal vez por ello, o por el deseo que ambos bandos contendientes abrigaban de que la guerra tuviese un fin cercano, fue que el presidente Juárez, a través de Ramón Iglesias, mandó una respuesta alentadora al presidente conservador:

[...] me ordena [Benito Juárez] decir a Vuestra Señoría en contestación, que por el medio preparatorio que por ahora puede adoptarse es el de que por cada una de las partes beligerantes se nombren dos o más comisionados, los que reunidos en el lugar que de común acuerdo se designe, procedan a discutir las grandes cuestiones que nos dividen, para procurar una resolución pacífica.⁶⁶³

Dos días después se reunieron los representantes de ambos gobiernos en la casilla número dos del guarda de ferrocarril, cercana al puerto. Por parte de Miramón asistieron Isidro Díaz y Manuel Robles Pezuela; por parte de Juárez, José de Emparán⁶⁶⁴ y el mismísimo Santos Degollado. Pese a que, en efecto, había ciertas coincidencias, las propuestas hechas por Miramón no fueron aceptadas en su totalidad ya no por los representantes liberales, sino por el mismo Juárez quien “desautorizó las negociaciones de sus comisionados, proponiendo en cambio la “convocación del Congreso, conforme a la constitución de 1857”. Es decir, impedía el éxito de las negociaciones

⁶⁶³ *Circular expedida en Veracruz...*, *op. cit.*, pp. 6-7

⁶⁶⁴ El abogado liberal José de Emparán (1814-1866) nació y murió en el puerto de Veracruz; fue gobernador de su estado natal de 1853 a 1855, ministro de Fomento en 1859 y encargado del despacho de Relaciones Exteriores en 1860. Musacchio, *op. cit.*, tomo 2, p. 563

condicionándolas”.⁶⁶⁵ El gobierno conservador, por supuesto, no habría de aceptar tal punto.⁶⁶⁶ Las intenciones tanto de Degollado como de Miramón, que se habían visto claras desde las horas previas a la batalla de la Estancia de las Vacas, fueron infructuosas.

Por ello, se rompió la tregua. Pero era materialmente imposible tomar el puerto, no por falta de capacidad militar de parte del *Macabeo*, sino porque en realidad no tenía los recursos necesarios para lograr un sitio duradero, y poco a poco el clima se encargaría de combatir a sus tropas más aún que los ejércitos liberales. Luis Islas García señala:

[...] Miramón no podía tomar Veracruz y empezó a bombardearla. Pero el gobierno de Juárez, —Juárez concretamente— menos podía alejar a sus adversarios y lo único que hizo para la defensa del Puerto, fue ocultarse en los sótanos de San Juan de Ulúa y lo demás. Esta era la prueba de que la guerra civil seguía en un equilibrio tan completo militarmente, que se imponía el entendimiento de los grupos contendientes [...]⁶⁶⁷

El general presidente, en una carta a su Ministro de Guerra, el general Antonio Corona, escribe el 17 de marzo de 1860:

[...] el resultado ha sido que llevo las mismas horas de hostilizar la plaza sin que haya habido nada favorable por nuestra parte, parece que veo lo contrario en virtud de la escasez de viveres y ni quien los proporcione por las partidas de bandidos que hogan [sic] los caminos [...]⁶⁶⁸

¿Estaba acaso consciente Miramón de que Veracruz era inexpugnable, y que solo mediante el diálogo podía cumplir con sus objetivos, es decir, con el pronto término de la guerra? Es posible, y más aún si pensamos en la anterior experiencia del *Macabeo* en el mismo puerto. Los éxitos de Miramón habían sido frente a frente con el enemigo, no amagando su plaza hasta agotarlo. Luis Islas plantea la posibilidad de un Miramón que, a sabiendas de que no puede tomar el puerto, lo sitia, arriesgándose a ser vencido, pero con la firme esperanza de que el enemigo capitulará tan solo al ver que se le está amagando, que

⁶⁶⁵ Islas García, *op. cit.*, p. 165

⁶⁶⁶ *Circular expedida en Veracruz...*, *op. cit.*, pp.7-8

⁶⁶⁷ Islas García, *op. cit.*, p. 163

⁶⁶⁸ Juárez, *op. cit.*, tomo 2, p. 704

el ejército sitiador está más fuerte y decidido que nunca, y que inclusive cuenta ya con barcos que faciliten la toma del puerto.⁶⁶⁹ Nos parece que esta hipótesis es muy factible, y que la captura de la incipiente armada conservadora en Antón Lizardo vino a derribar las ilusiones del propio general Miramón, que se vio cara a cara con la realidad: sin los recursos suficientes, solo le quedaba el diálogo.

Prueba de lo mismo es que, tras el fracaso de las negociaciones, el *Joven Macabeo* descargó su frustración en un tórrido bombardeo al puerto y, acto seguido, levantó el sitio y regresó a la capital de la República. En Casa Mata, a donde llegó el día 22 de marzo, escribió a Concha:

[...] espero tener pronto el gusto de estrecharte entre mis brazos; lo haré con el sentimiento de que Veracruz no es aún del gobierno. Hasta hoy hemos podido calcular los grandes males que los Estados Unidos nos han hecho con la intervención que toman a la presente lucha; la aprehensión de nuestros vapores, nos privó de las raciones de boca y hasta ayer comimos de los alrededores; la falta de provisiones y la permanencia de los buques americanos en la bahía de Veracruz les ha dado ánimo para no capitular. En fin, la expedición fracasó debido al golpe que recibimos en nuestra marina, no queda por ahora más esperanza que de que los entusiastas de Veracruz salgan a impedirnosla retirada, entonces te prometo que tomaré la revancha.⁶⁷⁰

Pero los liberales no salieron a su encuentro, y poco a poco debió retroceder hasta la capital. En otro punto, la ciudad de Jalapa, escribe el 29 de marzo a su esposa:

Ayer he llegado a ésta sin la menor novedad; nuestra retirada y levantamiento del campo ha equivalido a una victoria, el enemigo no se ha atrevido a sacar las narices de la plaza, no obstante nos detuvimos dos días en Medellín y ocho en el camino hasta esta ciudad. Me ocupo de arreglar lo que debe de marchar para Perote, Orizaba y México y lo que debe de quedar aquí; dentro de ocho o diez días tendré el gusto de abrazarte.⁶⁷¹

Aquella “victoria” de la que hablaba el *Macabeo* era tan solo una pantalla: no podía regresar vencido o parecerlo, pues las cosas podían salirse de control. Él mismo escribió a

⁶⁶⁹ Islas García, *op. cit.*, p. 163

⁶⁷⁰ Lombardo, *op. cit.*, p. 266

⁶⁷¹ Lombardo, *op. cit.*, p. 736

Concha, al saber que se preparaba un recibimiento con honores en la capital, que dichos recibimientos corresponden a las victorias, pero que lo aceptaba “para que no me crean derrotado”.⁶⁷² Al llegar a la ciudad de México le esperaba algo más que una celebración.

El regreso de Zuloaga

Las fuerzas liberales del norte se rehacían cada vez con mayor rapidez. Por ello Miguel Miramón se apresuró a salir a combatir a José López Uruga, que el 24 de abril derrotó con su ejército al general conservador Rómulo Díaz de la Vega en Loma Alta, San Luis Potosí, tras de lo cual se dispuso a marchar sobre Guadalajara.

El general Woll, quien como hemos visto ya se encontraba al frente del Departamento de Jalisco, se preparó para defenderse del ataque constitucionalista. Sin embargo, el *Macabeo* creía conveniente salir a auxiliarlo y se apresuró a marchar sobre Guadalajara. No obstante tuvo un ligero inconveniente: el casi desaparecido general Félix Zuloaga, Presidente de la República y quien se había retirado a la vida privada para que Miramón fuese su sustituto en la Primera Magistratura, quiso retomar el poder, para lo cual mandó expedir un decreto en el cual destituía al joven general y regresaba a su cargo. ¿Cuáles eran las verdaderas intenciones de Zuloaga? Se corrió el rumor, sobretudo entre los constitucionalistas, que lo hizo para dejar el poder “en manos del partido liberal que, en su concepto, era el único capaz de salvar la situación” — según escribió Ignacio Manuel Altamirano al general Vicente Jiménez.⁶⁷³ Empero, los conservadores pensaban que era para llamar de nuevo a Santa Anna a la silla presidencial.

Las versiones sobre este hecho varían, pues colocan a Zuloaga como preso en su propia casa, las unas, y en la de Miramón, las otras; sin embargo, coinciden en que el presidente sustituto no dudó un solo instante en aprehender de inmediato a don Félix. La siempre precisa pluma de Altamirano escribe:

⁶⁷² Lombardo, *op. cit.*, p. 738

⁶⁷³ Juárez, *op. cit.*, tomo 4, p. 871

El torpe preso de Nusco no pudo hacer ni esta nueva bribonada. Miramón lo supo a tiempo e hizo prenderlo por Lagarde, lo mismo que a [Juan] Parra y demás comprometidos. Lo hizo traer a su presencia y le dijo: “Señor Zuloaga, ya se lo que desea usted hacer, pero yo no quiero que usted se salga con la suya; la causa de la religión no necesita Presidentes sino Generales, en estas circunstancias angustiosas. Así es que me lo voy a llevar a usted al interior, en donde se batirá con Uruga que nos acaba de hacer perder una gran acción y de hacer prisioneros a don Rómulo y otros muchos amigos”.

Dicho y hecho; ya sabe usted que Miramón eso si tiene, energía; le hizo montar en una diligencia bien custodiada y se lo llevó, como un objeto irrisorio, como un prisionero ridículo. Al salir de la casa de diligencias asomó Miramón la cabeza por una portezuela y dijo al conductor: “Cochero, ve con cuidado porque llevas una preciosa carga de presidentes”.⁶⁷⁴

Otra versión, tal vez la más difundida, es aquella e que Miramón, a caballo y acompañado de Zuloaga, se colocó frente a los jefes de su ejército y le dijo en voz alta al preso: “le voy a enseñar a usted como se ganan las presidencias”.⁶⁷⁵

Muchos conservadores estuvieron en desacuerdo con la acción del *Joven Macabeo*, e inclusive su misma esposa desaprobó el hecho; más al general nada de esto importó, pues pensaba que si bien en otro momento no le hubiese preocupado un pronunciamiento en contra, en aquellos días lo consideraba como la ruina de la causa conservadora. Si no marchaba al interior, los liberales se apoderarían de Guadalajara y tras ella, de otras poblaciones de suma importancia.⁶⁷⁶

Con el general Zuloaga y su ejército, Miramón salió a combatir a López Uruga. Las fuerzas liberales se replegaban hacia Jalisco con una leve superioridad numérica; las conservadoras los perseguían. Desde Querétaro el 11 de mayo escribe el *Macabeo* a su esposa:

[...] hoy pensaba pasarme a Celaya para organizar el ejército, pero me detuve por el dinero que hasta en la tarde lo entregará y mañana llegaré a Salamanca o Irapuato, según se mueva el enemigo; éste tiene 4,500 infantes de San Luis, Zacatecas y Morelia y 1,200 caballos con 20 piezas, pero parece que se le reúne Huerta con 2,000 más, y 4 piezas de modo que reunirá 7,000 u 8,000 hombres y 24 piezas; por nuestra parte, tenemos 3,000 del general Castillo,

⁶⁷⁴ *Ibidem*, p. 99

⁶⁷⁵ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 60

⁶⁷⁶ Lombardo, *op. cit.*, p. 271

2,500 del general Mejía y 600 de México, que hacen un total de 6,100 hombres y 30 piezas, pues dejé una fuerza de 500 hombres con 5 obuses de montaña en observación y cuidado de Guanajuato.⁶⁷⁷

El ejército del general presidente avanzó hasta las poblaciones cercanas a la capital tapatía, siempre tras los pasos de López Uruga; en Tepatitlán, Jalisco vuelve a escribir a Concha Lombardo:

Hoy a las nueve llegué sin novedad, el enemigo con parte de sus fuerzas fortifica y piensa defender el puente de Tololotlán y con la otra parte, unida a las chusmas de Ogazón, Rojas y Valle, atacar a Guadalajara, pero Woll se defenderá cuatro días que necesito para hacerlos pedazos juntos o divididos, vencedores de Woll o rechazados.⁶⁷⁸

Al día siguiente, Uruga atacó Guadalajara sin éxito; durante la acción fue herido gravemente en la pierna, misma que le sería amputada. Las fuerzas constitucionalistas que quedaron se retiraron al sur del estado al mando del general Ignacio Zaragoza; el 25 de mayo entró Miramón triunfante a la referida ciudad.

Apenas unos días permaneció en ella, en espera de reorganizar su ejército y salir en busca del enemigo. El general Severo del Castillo fue nombrado por el *Macabeo* gobernador y comandante general de Jalisco. A la cabeza de seis mil hombres el general presidente intentó atacar a Zaragoza; Luis Islas señala:

Los caminos, llenos de fango, le impiden [a Miramón] mover su artillería pesada. Y a unos pasos de Sayula, en la Cuesta de Zapotlán, está parapetado el enemigo. El número de hombres es más o menos igual: la semejanza radica en los cañones, porque los liberales pasaron por el camino antes del que el lodo lo hiciera intransitable.

El general-presidente no puede aventurarse a una operación sin éxito, cuando sabe lo escaso que son sus elementos. Es provocado por el enemigo que quiere dar la batalla en el terreno que ha escogido [...]⁶⁷⁹

⁶⁷⁷ *Ibidem*, pp. 738-739

⁶⁷⁸ Lombardo, *op. cit.*, p. 740

⁶⁷⁹ Islas, *op. cit.*, p. 173

La superioridad numérica del enemigo fue un factor que influyó en la decisión de no atacar por parte de Miramón; pese a que Luis Islas señala que el número de combatientes en ambos bandos era “más o menos igual”, es evidente que no era así, puesto que unos días antes de salir de Guadalajara el *Macabeo* había escrito a Concha:

El enemigo en número de 8,000 hombres y 42 piezas, se encuentran en Zacoalco, Sayula y Zapotlán, los mandan Ogazón, Rojas, Zaragoza, Vega, el de Lira, los que trae 200 americanos y el gran Valle se hallan reunidos los 2,000 de Jalisco, otros 2,000 de los de Uraga y 2,000 de Mazatlán.

Yo tengo 6,500, pero dejaré en la plaza 1,500 y con los 5,000 restantes y 36 muy buenos cañones, los batiré dentro de cinco días, si se esperan o más tarde si los planes que tienen de esperar los cambian.⁶⁸⁰

Una vez habiéndose retirado del frente de batalla, regresó a Guadalajara y más tarde se situó en Lagos; refirió en otra carta a su esposa que “reunido el enemigo en número de 9,000 hombres y 52 cañones y no contando para atacarlo más que con la mitad de la fuerza, no me resolví en razón de que tenía una posición que le triplicaba sus fuerzas”.⁶⁸¹

La situación distaba mucho de ser buena ya que ambos ejércitos no se decidían a atacar al contrario. Días después, el hastío hacía presa al *Joven Macabeo* quien no encontrando nada que lo motivase, había confesado su deplorable situación anímica durante su estancia en Lagos, por supuesto, a Concha:

Muy fastidiado estoy, pero lo triste del pueblo me convida a estar muy encerrado y he concluido con los *Mosqueteros, 20 Años Después* y estoy en el quinto tomo del *Vizconde*; vivo solo con dos ayudantes, almuerzo a las 12, como a las 6 y juego tresillo hasta las 11. Me acuesto, me levanto a las 6, voy a los ejercicios de los batallones y vuelvo a casa a leer y pensar en ti.⁶⁸²

Las fuerzas de Miramón se trasladaron al Bajío, donde se esperaba la batalla que habría de decidir hacía donde se inclinaría la balanza. El 3 de agosto, en León, Guanajuato se fugó Zuloaga, con el objeto de trasladarse a la capital de la República; era el fin,

⁶⁸⁰ Lombardo, *op. cit.*, p. 743

⁶⁸¹ *Ibidem*, p. 744

⁶⁸² *Ibidem*, p. 746

aparentemente, de la carrera política de don Félix, quien sólo tendría posteriormente un intento de repunte a la vida pública.

A Miramón le gustaban los campos de batalla como los que podía encontrar en el Bajío, ya que en estos sitios era más fácil —y porque no decirlo, más elegante— disponer de sus líneas de batalla con el objeto de dar un rápido triunfo al ejército conservador. El enemigo a quien habría de combatir era don Jesús González Ortega, quien a cargo del Ejército del Norte marchaba a toda prisa al encuentro del *Macabeo*. La batalla tendría lugar el 10 de agosto de 1860.

Capítulo 29

La batalla de Silao

El declive militar del *Macabeo* se inicia: los días en León eran de exclusiva preparación para el encuentro con los liberales; en las sucesivas cartas que Miguel Miramón escribía a su esposa en esos días solía comentarle acerca de los movimientos de tropa, el avance de González Ortega y lo impaciente que estaba por combatirlo. A las ocho de la noche del 7 de agosto, el *Macabeo*, el *Siervo de Dios Miguel*, tomaba la pluma para escribir:

Por fin parece que tenemos gran batalla. Degollado se presenta en la lid con Doblado, Zaragoza, Ortega, Chesman, Antillón, Carbajal y otros pequeños capitancillos; todos ellos reunirán una fuerza de 6,000 hombres, con 30 cañones. Alfaro se unirá con su división a la de Mejía y entre los dos podré reunir de 4,500 a 5,000, con 24 muy buenos cañones; ya verás que estoy asegurado de un buen éxito, tanto por Degollado como por el número de fuerzas.⁶⁸³

Muy confiado estaba Miramón pese a ser inferior numéricamente su ejército. ¿Acaso sabía con certeza que Degollado era fácil de vencer? No imaginaba en ese momento que no sería don Santos quien dirigiera a las huestes liberales en la próxima batalla. Todavía el día 8, las nuevas que daba a Concha lo mostraban tranquilo, en espera del combate.

El día 9 del mismo mes, se encontraron los ejércitos liberal y conservador a las afueras de Silao. Las esperanzas de Miramón acerca de obtener más hombres no se cumplieron: tuvo que batirse con apenas 3,000, cuando los constitucionalistas llegaban a aproximadamente siete mil soldados. Luis Islas García señala:

No puede confiar [Miramón] en sus tropas inexpertas para maniobras a campo abierto, y menos al ver que su número es muy inferior al del enemigo. La artillería de don Miguel, bate perfectamente el camino por la Loma de las Ánimas. Con sus sobradas fuerzas, el jefe liberal puede ocultar perfectamente sus dispositivos de batalla: cambia sus posiciones mientras Miramón hace descansar a sus soldados. Cuando amanece, aunque este logra contener al

⁶⁸³ Lombardo, *op. cit.*, p. 754

enemigo con fuego de artillería, carece de elementos para lanzarlos oportunamente contra las fracturas del adversario.⁶⁸⁴

A las dos horas de iniciado el combate, el experimentado ejército conservador había sido vencido; muchos de sus jefes y oficiales habían muerto, las líneas estaban dispersas y la tropa huía, tratando de salvarse de la debacle inminente. El 10 de agosto de 1860, Miguel Miramón Tarelo, el *Joven Macabeo*, el *Soldado de Dios*, había sido vencido por los liberales.

González Ortega informó a sus superiores en su parte oficial que Miramón había sido derrotado completamente, “dejando en mi poder su inmenso tren de artillería, sus armas, sus municiones, las banderas de sus cuerpos y centenares de prisioneros, incluso en estos algunos generales y multitud de jefes y oficiales”.⁶⁸⁵

El golpe moral al *Macabeo* había sido sórdido; al día siguiente, desde Querétaro, habría de remitir una breve carta a su esposa, misma que reproducimos en su totalidad:

Excelentísima señora Presidenta:

Estoy sin novedad. Muy pronto tendré el gusto de verte, aunque no coronado por la victoria.

En mis ayudantes y conocidos no hay novedad.

Arellano y [Santiago] Cuevas están buenos.

Miguel.⁶⁸⁶

Nada había de las acostumbradas muestras de cariño a Concha; nada menos aún del cotidiano optimismo que lo caracterizaba. Sus palabras muestran la decepción que puede tener de sí mismo un militar acostumbrado a las victorias, un hombre que extraña a su familia pero espera siempre llegar a verlos trayendo buenas nuevas de su profesión, la guerra. Sin más espera y con lo que quedaban de sus fuerzas vencidas, Miramón ya se había puesto en camino de la Ciudad de México.

⁶⁸⁴ Islas, *op. cit.*, pp. 178-179

⁶⁸⁵ *Ibidem*, p. 179

⁶⁸⁶ Lombardo, *op. cit.*, p. 755

La caída del Macabeo

La llegada a la capital fue triste; jamás en la vida el *Macabeo* había sufrido derrota más terrible. Apenas arribó, la situación en que se encontraban los asuntos públicos se mostraba cada vez más preocupante: el ejército estaba devastado, las finanzas —como ya era costumbre— estaban en ruinas y la confianza en el *Siervo de Dios Miguel* disminuía entre las filas conservadoras.

Otro problema se presentó entonces: la fuga de Zuloaga, en apariencia un hecho tan nimio, tuvo fuertes repercusiones pues México se había quedado sin presidente interino en el bando conservador y con ello, la autoridad de Miramón como presidente sustituto quedaba en duda. Entonces, como solía llevarse a cabo, se convocó a una Junta de Notables el 13 de agosto. El poder ejecutivo había quedado en manos del licenciado José Ignacio Pavón, a la sazón presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Al día siguiente, por mayoría de votos de los representantes de los Departamentos, se eligió Presidente Interino al general Miramón. Esa misma tarde se citó a todos los empleados de los ministerios para asistir, el 15 de agosto “a la una de la tarde al salón principal de este Palacio para acompañar a Su Excelencia a la Santa Iglesia Catedral al *Te Deum* y después a las felicitaciones que debe recibir el día de mañana”.⁶⁸⁷

En la ceremonia de recepción del poder, don José Ignacio manifestó al general Miramón que “el resultado de la elección no ha podido ser más satisfactorio para Vuestra Excelencia, y si la nación se encuentra en una grave crisis, en una situación verdaderamente peligrosa, sólo Vuestra Excelencia al frente de los buenos mexicanos amantes de su patria podrá realizar la grande obra para salvarla”.⁶⁸⁸

Por su parte, el presidente electo contestó al licenciado Pavón:

Llamado Vuestra Excelencia por la ley a depositar el poder ejecutivo por falta del presidente interino de la República, abandonó, sin embargo de su

⁶⁸⁷ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 80

⁶⁸⁸ “Discurso del señor Don José Ignacio Pavón al entregar el gobierno y del Gral. Miguel Miramón al recibirlo el día 15 de agosto de 1860”. Doc. 850 (Colección de mensajes 1821-1863. Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México)

avanzada edad y de su mala salud quebrantada, las funciones pacíficas de magistrado, para desempeñar las difíciles de gobernante en momentos de agitación y de peligros; y ha cumplido fielmente su misión.

Vuestra Excelencia ha presentado al mundo un noble ejemplo de verdadera abnegación y verdadero patriotismo, que imitado por nuestros conciudadanos, será fecundo en resultados provechosos para la patria; y ha prestado a la causa pública un eminente servicio, que como los muy importantes que forman la historia de su vida pública, le hace acreedor al reconocimiento de la nación.

En su nombre, y en el mío particularmente, hago a Vuestra Excelencia las más sinceras muestras de gratitud.⁶⁸⁹

En este breve discurso, Miramón omite toda clase de proclamas. No eran los tiempos de prometer, sino de actuar de inmediato; como presidente interino debía poner todo su empeño en salvar a la causa conservadora. Su principal preocupación tras su llegada a la capital era “la de aumentar las fuerzas que allí había y formar un numeroso cuerpo de ejército para sostener la lucha”.⁶⁹⁰ ¿Por qué esa urgencia de fortalecer a la ciudad de México? Quizás porque alcanzaba a vislumbrar, en medio del vertiginoso incremento de las fuerzas liberales, que sería entonces el ejército conservador el que habría de atrincherarse en la capital, defendiendo hasta el último cartucho sus baluartes. ¿Sabría acaso Miguel Miramón que sus días de gloria habían terminado? Tal vez los sucesos que habrían de suscitarse a la postre le servirían para darse cuenta de ello: el cerco en que se encontraban los conservadores se cerraba cada vez más.

Por ello necesitaba todas las fuerzas que pudiera reunir; sin olvidar lo pasado, volvió a colocar a Leonardo Márquez entre sus filas, pues necesitaba de las grandes dotes militares del *Tigre*, que era un buen táctico, en momentos como aquellos. El nuevo Ejército de Operaciones conservador, creado a partir del 6 de septiembre, colocaba a los generales Carlos Oronoz y Miguel Negrete bajo las órdenes de don Manuel Robles Pezuela, quien comandaba la Primera División. A cargo de la segunda estaba el mismo Márquez con Francisco A. Vélez y Manuel María Calvo como subalternos y, por último pero no menos

⁶⁸⁹ *Idem*

⁶⁹⁰ Lombardo, op. cit., p. 284

importante, la División de Caballería, bajo el mando de Tomás Mejía, quien era auxiliado por Valentín Cruz, Felipe Chacón y Joaquín Miramón, hermano del *Macabeo*.⁶⁹¹

La noche del 24 de octubre de 1860 fue bautizada por el arzobispo Lázaro de la Garza la niña Concepción Feliciano Irene Rafaela Tadea de la Santísima Trinidad Miramón Lombardo, hija del *Macabeo* y su esposa. La misma ceremonia fue nublada por una mala noticia para el general presidente: la desertión de las filas conservadoras de su amigo del Colegio Militar y eficaz colaborador, el coronel Sóstenes Rocha, quien pasó al ejército liberal con todo y el regimiento a su mando. Concha relata:

Este hecho entristeció y causó grandísimo disgusto a mi esposo, pues, además de ser Rocha uno de sus compañeros y predilectos amigos, metía el desorden y aumentaba la desmoralización que ya había en el ejército tras la derrota de Silao.⁶⁹²

Pero si para Miramón Silao fue el comienzo de la ruina, para Juárez era el inicio de la gloria: confiados, sus ejércitos se movilizaban hacia Guadalajara, misma que habrían de intentar tomar. El presidente liberal escribía a Matías Romero⁶⁹³ en esos días:

Después de que nuestras fuerzas del interior derrotaron a Miramón en Silao, estuvieron unos días en Querétaro y Guanajuato y luego se han ido para Guadalajara con el objeto de hacer rendir a [Severo del] Castillo que está ahí con 4,000 hombres. Han dado este paso para no dejar enemigo en la retaguardia cuando se vengan sobre la Capital donde se halla hoy Miramón con 10,000 hombres porque reconcentró sus tropas que había en Orizaba, Jalapa, Tulancingo y Toluca. En Puebla habrá una guarnición de 1,500 hombres [...]⁶⁹⁴

⁶⁹¹ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3/ 7959 foja 01, septiembre 6 de 1860*

⁶⁹² *Ibidem*, p. 287

⁶⁹³ Romero nació en 1837 en Oaxaca. Estudió en el Seminario de Santa Cruz y en el Instituto de Ciencias y Artes del Estado, donde obtuvo en 1857 el título de abogado. Dos años antes había ingresado al ministerio de Relaciones Exteriores en la capital del país y al estallar el Plan de Tacubaya se afilió al partido liberal. Siguió a Juárez al exilio incluso en su viaje a través del istmo de Panamá. Fue secretario particular de Ocampo en Veracruz, secretario de la legación mexicana en Washington en 1859 y encargado de negocios *ad interim* de 1860 a 1862. Al año siguiente regresó a su país para combatir a los franceses pero fue mandado de vuelta a los Estados Unidos como ministro plenipotenciario del gobierno juarista, cargo que ocupó hasta octubre de 1867. Fue varias veces ministro de Hacienda en los gobiernos de Juárez y Díaz, y murió en Nueva York siendo embajador de México en el país vecino del norte. Al llegar su cuerpo a México se le rindieron honores de general de división. *Diccionario Porrúa...*, *op. cit.*, vol. 4, pp. 3006-3007

⁶⁹⁴ Juárez, *op. cit.*, tomo 3, p. 13

Uno de los episodios más dramáticos de la guerra de Reforma, el sitio de Guadalajara, comenzó el 26 de septiembre. Lo más granado de las fuerzas liberales asistieron a la capital tapatía con González Ortega al mando: Zaragoza, Epitafio Huerta, Leandro Valle, Felipe Berriozábal, Manuel Doblado y Pedro Ogazón.⁶⁹⁵ Los 7,000 conservadores, que al mando de Severo del Castillo defendían la ciudad, se enfrentaron a 20,000 constitucionalistas.

Mientras tanto, una vez más el noble general Degollado intentaba llegar a la paz, esta vez con un plan que sorprendió, sobre todo, al gobierno de Juárez. El historiador Martín Quirarte señala:

Degollado proponía que con asistencia del cuerpo diplomático y de representantes de los partidos liberal y conservador, se procediera a designar un presidente provisional mientras un Congreso Constituyente nombraba un presidente interino. Se elaboraría la nueva Constitución, siendo las bases de la misma libertad religiosa, la supremacía del poder civil, la nacionalización de los bienes eclesiásticos y el respeto a “los principios contenidos en las Leyes de Reforma”.

Degollado declaraba que, en caso de no ser aprobado su plan, se retiraría a la vida privada. Los conservadores no se dignaron ni siquiera a tomar en cuenta la proposición. Los liberales unánimemente la censuraron.⁶⁹⁶

Empero, hubo un conservador que sí quiso tomar en cuenta a Degollado; en una carta a Manuel Robles Pezuela fechada en 3 de octubre, Miguel Miramón señala:

Me es grato ver en todos lo jefes del partido constitucionalista el deseo mismo que me ha animado constantemente de dar la paz a la República, y así me ha sido satisfactorio el contenido de la carta del señor Degollado al señor Mathews que se sirvió usted mostrarme.

No estoy conforme con todas las bases propuestas; alguna me parece impracticable, como el nombramiento de presidente provisional por una Junta de que forme parte integramente el Cuerpo Diplomático, porque dudo que los señores Ministros extranjeros consientan en intervenir en los negocios del país hasta el punto de determinar quien lo haya de gobernar, y otras me parecen contrarias a todo derecho y a toda noción de que es la soberanía de un pueblo, como son las que se consideran bases de la organización que indefectiblemente haya de decretar para el país el Congreso que se reúna.

⁶⁹⁵ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 65

⁶⁹⁶ Quirarte, *Visión panorámica...* *op. cit.*, p. 158

Dos cuestiones tenemos que resolver hoy al tratar de la pacificación de la República. Primero quién y cómo los haya de regir mientras se constituya. Segunda, cómo se haya de constituir.

La primera, por la naturaleza de los hechos, toca resolverla a los partidos beligerantes o sus jefes; la segunda, por su esencia misma, toca única y exclusivamente a la Nación o al Congreso que la represente.⁶⁹⁷

El presidente conservador se muestra dispuesto a nombrar comisionados para que acordasen con los representantes liberales quien habría de ser el nuevo presidente de la República. Con respecto a los diplomáticos escribe:

[...] como en los señores Ministros de Europa, considero un vivo y sincero deseo por el restablecimiento del orden en México, un sano juicio y una imparcialidad de que fácilmente pueden carecer los representantes de ambos partidos, considero de grande utilidad y verdaderamente necesaria su intervención en las conferencias para que se procuren allanar cuántos obstáculos se presenten a la conclusión del gran resultado que se busca. A los señores Ministros de Europa no dudo asociar al representante de los Estados Unidos.⁶⁹⁸

Tanto Degollado como Miramón, quienes debemos recordar se habían entrevistado en los días previos a la batalla de la Estancia de las Vacas, tenían la firme convicción de que se podía llegar a un acuerdo, que la paz no necesariamente se podía ganar a través de la derrota de uno de los bandos beligerantes en una acción de armas, sino mediante el diálogo. ¿Qué paso entonces? ¿Por qué no salieron avante las conferencias sugeridas por don Santos, y aceptadas por Miramón? Simplemente, porque don Santos era solo un peón en el tablero de Juárez. Era el político oaxaqueño quien decidiría la suerte de Degollado. Sobre la censura al jefe liberal, escribe el historiador Ernesto de la Torre Villar:

Las respuestas a la comunicación de Degollado no se hicieron esperar. Todos sus amigos condenaron ese proyecto. González Ortega lo calificó como "extravío"; Prieto, en una carta llena de incertidumbre y desesperación, consideró que ese proyecto representaba "la esterilización de uno de sus hombres más eminentes"; Doblado lo estimó como su "suicidio político" y el reproche más amargo y duro fue el que vino de [Ignacio L.] Vallarta, su amigo

⁶⁹⁷ Juárez, *op. cit.*, tomo 2, pp. 870-871

⁶⁹⁸ *Idem*

que tanto estimaba, quien recordando los días pasados por Degollado al lado de un eclesiástico, le hirió en sus convicciones diciéndole “sacristán fuiste y sacristán serás”.⁶⁹⁹

¿Por qué era para los liberales tan execrable que Degollado buscara un acuerdo con el enemigo? ¿Acaso ellos no querían también que la guerra terminara? La respuesta se deduce de lo siguiente: meses antes, el mismo Juárez había aceptado conferenciar, aunque las pláticas no lograrían que se pusiesen de acuerdo los beligerantes. Empero, en estos momentos las cosas habían cambiado, pues el invicto Miramón ya no lo era, y poco a poco las fuerzas liberales habían cobrado confianza en sí mismas. Ahora, con casi toda la República en su poder, ¿por qué habrían de ceder terreno negociando, si podían acabar completamente con el enemigo y con su proyecto de nación? Con respecto al destino que le deparaba a don Santos, Enrique Krauze señala con acierto:

La respuesta de Juárez fue fulminante: destituyó a Degollado, atribuyó su nota a una “incalicable defección”, a un “extravío”, y lo sometió a juicio. Ocampo, en Veracruz, no abrió la boca para defender a su antiguo amigo: pesaba más su santa alianza con el presidente Juárez. Sin sombra de duda, Degollado había sido el organizador de las fuerzas de la Reforma, el crisol militar por tres años, el jefe con más batallas libradas al frente de sus hombres, “el caudillo más constante”, en palabras del periodista Zarco. Nada le valió.⁷⁰⁰

Triste el porvenir de Degollado, el *Santo de las Derrotas*, el juarista convencido que deseaba la paz para su patria en la prolongada lucha fratricida; y la deseaba más que otros porque vivió la guerra en carne propia, no detrás de un escritorio. Pero nada detuvo el avance del ejército de Juárez. En el occidente, los liberales acabaron con los conservadores, el 1º de noviembre el general Zaragoza venció a Márquez en Zapotlanejo; dos días después Guadalajara caía en manos de González Ortega y sus subalternos. El *Tigre de Tacubaya*, Severo del Castillo, Woll y demás jefes se dispersaron.⁷⁰¹

⁶⁹⁹ Ernesto de la Torre Villar. “Desarrollo político de la Guerra de Reforma.” en Ernesto de la Torre Villar. (coord.) *Imperio y Reforma. Tomo VIII de la Enciclopedia de México*. México, Salvat Editores, 1974. 298 p., fotos, ils., mapas, p. 1933-1948, p. 1946

⁷⁰⁰ Krauze, *op. cit.*, p. 241

⁷⁰¹ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 65

Ante la pérdida de un baluarte tan importante como la capital tapatía, era evidente que el siguiente paso de González Ortega sería avanzar con todo su ejército a sitiar la ciudad de México, por ello Miramón decretó el estado de sitio en dicha población 13 de noviembre de 1860.⁷⁰²

Cuatro días más tarde el *Macabeo* lanzó una proclama a la nación mexicana, donde hacía ver los tiempos aciagos que le esperaban a su gobierno:

Un hecho de eterno baldón para el partido constitucionalista, el memorable atentado de Antón Lizardo parece que vino a trazar una línea de demarcación entre la marcha triunfal que había llevado la revolución de Tacubaya, y la marcha decadente que desde entonces ha seguido: grandes desastres en la guerra han remplazado a los espléndidos triunfos obtenidos antes por nuestras armas; sucesivamente han sido conquistados los Departamentos que estaban unidos a la metrópoli y hoy sólo México y alguna otra ciudad importante está libre del imperio de la demagogia. ¿Será que la Providencia aún quiere probar la virtud del pueblo mexicano? ¿Será que quiere probar la constancia, la abnegación y la fe del ejército nacional? ¿O será que aún no suena la hora de que mi desgraciada patria goce de tranquilidad bajo la forma de un gobierno acomodada a sus costumbres, a sus tradiciones, a sus necesidades? Lo ignoro: un grande acontecimiento matará en breves días la duda. Calmará la ansiedad que agita a este pueblo; un gran acontecimiento indicará bien pronto cual es el porvenir que espera a la República.⁷⁰³

El tono de su proclama lo hace ver consciente de la vulnerabilidad de sus tropas. Sabe bien que es el fin de la guerra, aunque no parece muy seguro del resultado de esta, a diferencia de los días, al parecer tan lejanos ya, de sus victorias. El *Soldado de Dios* era en esos momentos ya sólo Miguel Miramón. Finaliza su proclama de la siguiente manera:

Numerosas fuerzas se presentarán ante las murallas de México para asediarla; pero en el recinto de la plaza estará un ejército que defendiendo sus principios y sus convicciones, ha hecho sacrificios heroicos, ha sufrido la miseria con una resignación que lo ennoblece y sabrá derramar toda su sangre antes que deshonorarse. Grandes sucesos tendrán lugar en el Valle de México, grandes y sangrientos espectáculos presenciarán en breve los habitantes de esta hermosa ciudad; a sus ojos se verificará un encuentro decisivo entre las fuerzas de la

⁷⁰² Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional. Exp. XI/ 481.3 / 7679, foja 01, noviembre 13 de 1860

⁷⁰³ Lombardo, *op. cit.*, p. 289

demagogia y el ejército nacional. ¿Quién será coronado con los laureles de la victoria? Hoy sólo está en el alto juicio de Dios.⁷⁰⁴

El último acto de la tragedia de la Reforma se iniciaba.

⁷⁰⁴ *Ibidem*, p. 291

Capítulo 30

El triunfo liberal

El día anterior a la publicación de la proclama, Miramón ordenó al general Márquez que rompiera los sellos de la legación inglesa y tomara los 600,000 pesos que estaban depositados en ésta, mismos que habrían de utilizarse para equipar y formar al ejército con el que habría de combatir a los constitucionalistas. Años después, durante el juicio que se le hiciera a Miramón en 1867, contestó con respecto a este hecho:

[...] que ordenó la ocupación de dichos fondos, porque sabía que con ellos comerciaba el encargado de negocios Mathius [sic], como lo prueba el hecho de haber gastado una cantidad; por la imperiosa urgencia en que estaba el gobierno de recursos pecuniarios, y por el temor que abrigaba de que esos fondos se perdieran, por ser bien conocida su existencia, en un conflicto de armas que hubiese en la plaza [...] ⁷⁰⁵

En la causa instruida en su contra, la fiscalía le reconvino acerca de su respuesta, pues ésta no lo eximía del cargo y se le acusaba, además, de haber sido ese acto una de las causas de la intervención tripartita de 1862. Miramón refutó “que no hubo violación del pabellón inglés porque no existía en la capital representante diplomático del gobierno de la Gran Bretaña, y porque el dinero estaba depositado en un almacén particular, y que es falso que haya servido de pretexto a la intervención europea en México”. ⁷⁰⁶ Lo anterior es cierto: un mes antes, el gobierno británico había roto relaciones con el tacubayista y la casa en que se encontraba la representación inglesa, en la calle de las Capuchinas, se encontraba vacía a partir de la salida del ministro Mathews con rumbo a Jalapa, Veracruz.

Por otra parte, y en el entendido de que el gobierno británico en efecto reclamó al mexicano por este sucedido, no fue este hecho lo que detonó la intervención aliada sino, como es más que sabido, la suspensión del pago de la deuda externa. Este punto se verá detenidamente más adelante. No pretendemos justificar las acciones del *Macabeo*, más es justo reconocer que ni fue el primero que incautó dinero ajeno —pues en las filas juaristas

⁷⁰⁵ Lombardo, *op. cit.*, p. 896

⁷⁰⁶ *Idem*

varios jefes lo llegaron a hacer— ni tampoco este hecho tuvo las dimensiones que se le dieron tras el triunfo del liberalismo.

A esto hay que añadir otro factor, sin duda de importancia: el mismo Miramón era un personaje que se prestaba para exaltar pasiones, entre sus seguidores y sus detractores. Sin duda encontraremos entre los personajes de la época quienes lo defiendan a ultranza y otro más que lo consideren poco menos que un bandido. Tal es el caso del viajero británico Désiré Charnay, quien estaba de visita en tierras mexicanas durante los difíciles años de la guerra civil mexicana. Sobre Miramón, señala:

La biografía de Miramón no carece de trazos igualmente cómicos. Mientras era presidente sustituto y, de hecho, jefe de la República, libraba luchas a patadas o boxeaba con obreros franceses que cantaban la Marsellesa en un cabaret a la entrada de la ciudad de México. ¡Imaginen al presidente regresando al Palacio con un ojo morado! Tiempo después —no se ha olvidado— un poco antes de su caída, Miramón forzó en pleno día la caja fuerte del consulado de Inglaterra para llevarse tres millones; yo estaba presente, había una multitud, murmullos de indignación, pero eso fue todo; Inglaterra no hizo más que protestar y, sin duda, Miramón se pasea en nuestras avenidas. ¡Eso es lo más triste!⁷⁰⁷

La seriedad de esta fuente es muy cuestionable, no porque ataque a Miramón, sino porque, tal y como lo cuenta, en efecto éste termina siendo un personaje de ficción. Difícil es imaginarse que un hombre como Miramón saliendo de la ciudad en la noche para patearse con franceses en un burdel. Más si esto no podemos probarlo, sí podemos asegurar que la cuestión del saqueo a la legación no sucedió del modo en que lo cuenta Charnay, pues bien sabido es que no lo llevó a cabo Miramón en propia mano, sino Márquez por orden de éste, como es mencionado en prácticamente todas las demás fuentes.

El mes de diciembre llegó con noticias de que los liberales se acercaban a la ciudad, con lo cual impedían el abasto de alimentos. Luis Islas señala:

De Ixtacalco, sobre los canales de víveres, tiene que desalojarse al enemigo; la ciudad puede volver a alimentarse gracias a esa acción y siguen otras

⁷⁰⁷ Désiré Charnay. *Ciudades y ruinas americanas*. Prólogo de Lorenzo Ochoa. Trad. Rocío Alonzo. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, 285 pp., (Mirada viajera), p. 81

similares. Personalmente, [Miramón] busca al contrario en Tlalnepantla (4 de diciembre) y lo derrota. Don Miguel Negrete y su hermano Mariano Miramón, se lanzan sobre los posesionados de Tlalpan y se apuntan otra victoria.⁷⁰⁸

Es entonces cuando se entera de que Felipe Berriozábal había llegado a la ciudad de Toluca, por lo que se apresura a atacar dicha plaza; en una acción tan veloz como eficiente, el ejército conservador con Miramón, Márquez y Negrete a la cabeza sorprende a las tropas constitucionalistas. Domingo Ibarra escribe:

Media hora después de emprendido el movimiento, llegó Miramón a la cumbre del cerro del Cóporo, mientras Negrete, cumpliendo con las instrucciones dadas por Márquez se dirigió a paso veloz a la Plaza de Armas por las calles principales vitoreando a Miramón. En la primera calle Real, se dirigió a intimar rendición a la caballería que estaba en el cuartel, la que sucumbió sin hacer un tiro, y sin detenerse siguió para la plaza. Al entrar en la segunda calle Real vio que se aproximaban tres hombres, los cuales al reconocerlo hicieron fuego con sus pistolas y se pusieron en fuga hasta refugiarse en el convento de San Francisco. Negrete siguió su marcha hasta la plaza donde había doce piezas de artillería. El general Berriozábal se presentó en aquellos momentos entre los artilleros y los animaba para contener con los cañones el avance del enemigo, pero los soldados conservadores se lanzaron violentamente sobre las piezas, no dando tiempo a que los cargaran los artilleros, los cuales huyeron dejando solo al general Berriozábal, que al verse con Negrete dispararon ambos sus pistolas, pero ninguno se hizo daño. Berriozábal con grande arrojo logró retirarse y se dirigió al convento de San Francisco situado en la misma plaza.⁷⁰⁹

Los liberales pelearon hasta agotar el último cartucho; entonces fue que el ejército conservador se hizo de treinta y seis jefes y oficiales y cuatrocientos un soldados de tropa como prisioneros.⁷¹⁰ Entre los jefes se encontraban Berriozábal, Benito Gómez Farías⁷¹¹ y el mismísimo don Santos Degollado, los cuales fueron trasladados a la capital de la República.

A su llegada al Palacio Nacional, una vez en la ciudad de México, Miguel Miramón encargó a su esposa que se hiciera cargo de atender a los tres prisioneros, quienes fueron

⁷⁰⁸ Islas, *op. cit.*, pp. 186-187

⁷⁰⁹ Lombardo, *op. cit.*, p. 293

⁷¹⁰ *Idem*

⁷¹¹ Hijo de don Valentín Gómez Farías.

recluidos en una habitación del mismo recinto. Gesto noble y caballeroso del *Macabeo*, y más aún tratándose de Degollado a quien tanto había combatido; pero era que en verdad el joven general sabía distinguir entre el campo de batalla y la vida común. Y además, tal vez estaba consciente de que, por lo menos en el caso de don Santos, éste había demostrado poseer los mismos principios fundamentales que los suyos: amaba fervientemente a su patria, y el plan que hacía poco había proclamado y que tan funestas consecuencias había tenido en su carrera militar, lo demostraba.

Sin embargo, la acción de Toluca no garantizaba el futuro éxito frente a González Ortega, quien comandaba un ejército mucho más numeroso. Ésto no fue impedimento alguno para el presidente conservador: su esposa narra que “[...] queriendo [Miramón] evitar a México las penalidades y horrores de un sitio, y deseando al mismo tiempo aprovechar el entusiasmo que había suscitado en sus tropas la toma de Toluca, decidió salir a batir al enemigo [...]”.⁷¹² Con su ejército, Miramón salió de México para encontrarse con su derrota definitiva en la Guerra de Reforma.

Calpulalpan

En el camino entre Querétaro y la capital habrían de encontrarse ambos ejércitos. El 20 de diciembre, en Arroyozarco, Estado de México, el general González Ortega escribía a su homólogo, don Manuel Doblado:

Son las ocho de la noche, y por los partes que acabamos de recibir se hace indudable que las fuerzas que salieron de México en número de 6,000 hombres con 38 piezas de artillería, al mando de Miramón, durmieron anoche en Cuautitlán y hoy a las diez y media comenzaban a entrar a Tepeji. Se asegura que algunas se han dividido por Monte Alto para salir por nuestro flanco derecho [...]

Si Miramón continúa, mañana tendremos un combate decisivo, cuyos resultados no temo; pero si se estaciona saldré a batirlo y sólo que retroceda hasta México se demorará el resultado de la lucha pendiente [...]⁷¹³

⁷¹² Lombardo, *op. cit.*, p. 295

⁷¹³ Juárez, *op. cit.*, tomo 3, p. 91

Pero el encuentro no se dio sino hasta dos días después, el 22 de diciembre, en San Miguel Calpulalpan; González Ortega escogió primero el lugar en que habría de colocar a sus tropas. Damos la palabra de nuevo a Domingo Ibarra:

Previendo el cuartel maestro general Ignacio Zaragoza, que el general Miguel Miramón cambiaría a la hora del combate su plan de operaciones, dispuso que las infanterías formaran en orden cerrado o de columnas por brigadas pecho a tierra, con el objeto de ocultarle al enemigo el número de fuerza disponible. Las baterías de artillería, que eran numerosísimas, como no las había habido en ninguna de las anteriores batallas, se colocaron correspondientemente. El ejército del general Miramón, aunque menor en número de tropas y bocas de fuego, se formó con todas las reglas del arte de guerra, y llenas las primeras del mayor entusiasmo, deseaban que llegara el momento del combate, el cual comenzó al salir la aurora del día 22 de diciembre, rompiendo el fuego de artillería sobre los liberales [...]⁷¹⁴

Así dio inicio la última batalla de la guerra de Tres Años; los conservadores atacaron por uno de los flancos, más de nada servía destruir las líneas enemigas pues éstos, superiores en número, las rehacían. La exaltada pluma de Prieto nos habla de la batalla:

Hay fuertes arremetidas,
se traban choques sangrientos,
manda a la caballería
que cargue, Miramón fiero.
Cargan, y Ortega rechaza
sus ímpetus con esfuerzo;
los dragones vuelven caras,
otros se acogen huyendo
a las banderas de Ortega
y otros se pierden dispersos.
La derrota se consuma,
se mira regado el suelo
de correajes, de mochilas
y de parque y armamento.⁷¹⁵

⁷¹⁴ Lombardo, *op. cit.*, p. 296

⁷¹⁵ Prieto, *Romances...*, *op. cit.*, p. 454

El golpe final lo dio el mismo González Ortega, al atacar por la retaguardia y vencer totalmente al experimentado ejército de Miguel Miramón. González Ortega escribió en su parte oficial al gobierno juarista:

El día de hoy, después de un reñidísimo combate, han sido completamente derrotadas por las fuerzas de mi mando las tropas enemigas, que en número de 8,000 hombres y 30 piezas de artillería, acaudillaban don Miguel Miramón, Márquez, Vélez, Negrete, Ayesterán, Cobos, Valle [no confundir con el republicano Leandro Valle] y Miramón —don Joaquín—, dejando en nuestro poder sus trenes, su artillería, su parque y millares de prisioneros. El combate comenzó a las ocho de la mañana en las lomas de San Miguel Calpulalpan, y concluyó un poco después de las diez. Lo dieron por nuestra parte las divisiones de Zacatecas, San Luis, Morelia, Guanajuato y una brigada de Guadalajara, a cuyo valor es debido este importante triunfo con el que es ya indudable que está conseguida la paz en la República.⁷¹⁶

Apenas lograron escapar el presidente conservador, su Estado Mayor y algunos jefes y oficiales, quienes se trasladaron de inmediato a la capital del país. Ya no hubo un parte oficial de la batalla, ya no hubieron planes para reunir otro ejército y volver a atacar al enemigo: todo estaba perdido. En la madrugada del día 23 llegaron a la ciudad de México. Concha Lombardo narra su reencuentro con el *Macabeo*:

A eso de las tres de la mañana, me desperté sobresaltada y con la débil luz de una lámpara distinguí a una persona sentada al pie de mi cama. “¿Quién es, quién es?”, pregunté aterrorizada. Era mi esposo, al oírme y al ver el movimiento que hacía para saltar de la cama me dijo: “Tranquilízate, soy yo, no temas, aquí me tienes vivo.” “¿Qué ha sucedido?”, le pregunté ansiosa. “Todo se ha perdido, me dijo, la batalla estaba casi ganada; pero la traición y la cobardía de un regimiento, me ha hecho perder, pero tranquilízate, reposa, mañana te contaré, por ahora necesito dormir” y entrando en la cama se durmió plácidamente, como si hubiese ganado la batalla en lugar de perderla.⁷¹⁷

Después del amanecer, Miguel Miramón debía decidir que haría, pues las tropas liberales no tardarían en tomar la capital. Debía dejar el poder, y para ello se reunió con sus prisioneros de Palacio. En su diario, Santos Degollado escribe:

⁷¹⁶ Juárez, *op. cit.*, tomo 3, pp. 92-93

⁷¹⁷ Lombardo, *op. cit.*, p. 297

A las doce nos llamó la esposa de Miramón, y luego condujo a éste para que hablásemos sobre la situación. En la tarde salió el señor Berriozábal acompañado de una comisión compuesta del ministro francés, Mr. de Saligny, el Embajador español, señor Pacheco y el general don Antonio Ayesterán, comisionado por Miramón, para pedir garantías al general en jefe del Ejército Federal, don Jesús González Ortega, que estaba en Tepeji.⁷¹⁸

Los embajadores de Francia y España accedieron a interceder ante el general en jefe del ejército juarista para garantizar la seguridad de los vencidos. Era, por cierto, la primera actuación de Dubois de Saligny, enviado del emperador Napoleón III, en los asuntos mexicanos, aunque solo como intercesor.⁷¹⁹ La negativa fue rotunda, e incluso la acción de Berriozábal fue juzgada por los propios liberales. José G. Lobato⁷²⁰ reseñaba a Manuel Doblado al día siguiente de la partida de la comitiva, es decir, el 25 de diciembre de 1860:

[...] fue una comisión de Miramón hacia Ortega, compuesta de los señores Ayesterán, Ministro inglés y embajador español y el muy sinvergüenza de Berriozábal, a pedir garantías para todos los pillos de la reacción y que entregarían la ciudad por una capitulación, pero, inflexible, el señor Ortega les respondió que no tenía poderes para hacerlo y después de una polémica inútil se retiraron en la diligencia por donde habían venido. Ayer noche se ha retirado Miramón por distintos rumbos, él en persona con 150,000 [pesos] y una fuerte escolta, con rumbo a Acapulco y otros por Toluca [...]⁷²¹

Los informes del señor Lobato a Doblado no eran del todo certeros: el ministro británico no fue en esa comisión porque, ni estaba en la capital, ni mucho menos apoyaría al régimen conservador luego de lo sucedido en la Legación unas semanas antes. Por otra parte, el rumbo que hubiese tomado el *Macabeo*, así como si llevaba dinero consigo o no,

⁷¹⁸ Santos Degollado. "Copia del libro de memorias del Excelentísimo Señor General don Santos Degollado, que se encontró sobre su cadáver" en José G. Zumo Hernández. *Degollado, el Santo de la Reforma*. Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, 1963. 118-XXV p., apéndices, pp. I-II

⁷¹⁹ Alphonse Dubois de Saligny había llegado a la capital de la República apenas el 12 de diciembre pasado. Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 66

⁷²⁰ José G. Lobato y Niño nació en Guanajuato en 1829. Cirujano de profesión, trabajó en el Cuerpo Médico Militar. Ejerció en su estado natal y también figuró en la Guerra de Reforma y el sitio de Querétaro en 1867. Fue, por cierto, el primer médico en introducir a México la inyección de cloroaluminato de mercurio para combatir la sífilis. Murió en Popotla en 1887. *Diccionario Porrúa...*, *op. cit.*, vol. 3, p. 2022

⁷²¹ Juárez, *op. cit.*, tomo 3, p. 95

no podían saberlo los constitucionalistas, debido simplemente a que Miramón seguía en la ciudad de México.

Una vez de regreso la comitiva, Miramón decidió que el resto de sus tropas evacuaran la ciudad. Escribió al embajador Pacheco en la tarde del 24 de diciembre:

Por desgracia nuestras fuerzas no han tenido un éxito favorable según le consta a Vuestra Excelencia, y entonces me veo en el caso de cumplir otros deberes que el honor me impone; me veo en la necesidad de evacuar la plaza llevando conmigo toda su guarnición. Antes de verificarlo, tengo el honor de anunciarlo a Vuestra Excelencia como Presidente del Cuerpo Diplomático para que, con los señores ministros representantes de las naciones amigas, se sirvan acordar las medidas que estimen oportunas para la seguridad de las personas e intereses de sus nacionales; igual noticia doy, desde luego, al señor Presidente del Excelentísimo Ayuntamiento.⁷²²

Dejó Miramón el poder y la seguridad de la ciudad en el Ayuntamiento, para que éste a su vez eligiera un gobernador provisional, nombramiento que decayó en la persona del general Felipe Berriozábal. Era Nochebuena, la última vez que Miguel Miramón pisaba el Palacio Nacional, del cual salió poco después acompañado por la guarnición de la ciudad y por algunos jefes, como Márquez y el mismo Zuloaga. Empero, en las inmediaciones de la Alameda los jefes discutieron sobre cual debía ser el destino del grupo conservador. Concha Lombardo escribió lo referido por su marido:

“Salí de Palacio”, me dijo, poco después que tú, y reunido con los jefes y oficiales que debían marchar y con la poca tropa que nos quedaba, nos dirigimos por el rumbo de Tacubaya; al llegar a la Alameda se emprendió una discusión sobre lo que debíamos hacer; se trataba nada menos de continuar la guerra de la misma manera que los liberales la habían hecho contra nosotros; yo protesté alegando que no podía bajar de la Presidencia para hacer el guerrillero, esto disgustó a los que hacían la propuesta. Por otra parte, la tropa ya desmoralizada comprendió el desacuerdo en que íbamos, unos se desertaron, los otros gritaron muertas y otros vivas a la Chinaca. Al oír esto, pensé que lo mejor era retirarme y separándome de aquel corto grupo de tropas, me dirigí al centro de la ciudad sin saber dónde dirigir mis pasos”.⁷²³

⁷²² Juárez, *op. cit.*, tomo 4, p. 871

⁷²³ Lombardo, *op. cit.*, p. 301

Al amanecer del día 25 hizo su entrada triunfal González Ortega con la primera parte de su ejército. Miramón e Isidro Díaz se ocultaron unos días, primero en la casa del cónsul de Panamá y más tarde en la del embajador español Pacheco, donde se había instalado Concha Lombardo y sus dos hijos. Ahí les ayudarían a salir de la ciudad con rumbo a Veracruz, donde el *Macabeo* habría de embarcarse rumbo al exilio.

Aprovechando la algarabía liberal que se suscitó el día 1º de enero de 1861, con motivo de la formal entrada triunfal del vencedor de Calpulalpan con sus 28,000 hombres, Miramón y Díaz consiguieron una diligencia que los transportó a la hacienda de don José de la Luz Moreno, cuñado del joven general. Ahí descansaron unos días hasta conseguir un guía que los llevara por caminos seguros al puerto.

El gobierno liberal buscaba tanto a Miramón como al resto de los jefes conservadoras, más no sabían con certeza hacia donde se habían dirigido. En una comunicación mandada por el Ministerio de Guerra y Marina liberal se expresa:

A los señores generales en jefe de las fuerzas de Tlaxcala, Puebla y Querétaro, dígase que siendo muy posible que don Miguel Miramón, desesperado de su situación, intente fugarse del país, se les previene que por todos los medios posibles manden vigilar los caminos de los puntos que ocupan, a fin de prender a don Miguel Miramón y castigarlo por sus muchos crímenes.⁷²⁴

Los viajeros se quedaron sin guía al poco tiempo de haber reemprendido la marcha, puesto que murió el caballo en que se transportaba Díaz y Miramón despidió al mozo para que éste cediera su bestia. Por ello, al desconocer los recodos del camino, tuvieron que pasar por lugares poblados pese a la inconveniencia de ello. Hacia el 7 de enero, a su paso por Xico, población cercana a Jalapa, fueron interceptados por centinelas que pedían sus pasaportes. Ante el inminente peligro de ser reconocidos, Miramón decidió poner pies en polvorosa y salió a todo galope, sin que los centinelas pudiesen darle alcance. Sin embargo, la suerte de Isidro Díaz y del ayudante del *Macabeo*, el coronel Rodríguez, no fue la misma. Cayeron en poder del enemigo.⁷²⁵

⁷²⁴ *Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional*. Exp. XI/ 481.3 / 7618, foja 01, diciembre 26 de 1860

⁷²⁵ Lombardo, *op. cit.*, p. 304

Miguel Miramón huyó de Xico y se internó en el bosque, pero por la velocidad del galope y lo difícil del terreno, cayó al suelo y perdió el sentido. Al despertar, se encontraba encañonado por dos hombres.

Capítulo 31

El exilio

El embajador Pacheco, en una carta enviada al Comandante de la Estación de Sacrificios en el golfo de México, escribía el 28 de diciembre de 1860:

Derribado el gobierno del general Miramón, es muy posible que los comprometidos por su causa traten de salir del territorio de la República. Aunque sé que los marinos españoles han dado siempre protección a los desgraciados, quiero recordar a Vuestra Señoría este deber de caballeros. Sobre todo si el mismo general Miramón, sus ministros, generales u otras personas notables llegasen a bordo de alguno de los buques que Vuestra Señoría manda, le ruego y espero se sirva prestarles todos los auxilios que estén en su mano y traslade sin demora al primero a la ciudad de la Habana. Se comprende en ello que les preste auxilios, siéndole posible, para que lleguen a bordo.⁷²⁶

El problema de Miramón era, tan solo, lograr llegar a Veracruz. Hacia la noche, cuando volvió en sí, los hombres que le amenazaban con un arma sabían bien a quien tenían en frente y lo valioso que sería si lo entregaban al gobierno. Novelescamente el audaz general logra sacar un arma y libarse de sus captores, tras de lo cual volvió a emprender la marcha y se escondió en un bosque cercano, pues más de una centena de hombres lo buscaban tras el incidente de Xico. Al día siguiente encontró un camino y a varias personas; para despistar comentó que iba a Veracruz, aunque en realidad encaminó sus pasos a Jalapa. Escribe Concha Lombardo:

A las ocho de la mañana llegó a aquella ciudad, y se dirigió a la casa de la familia Gorozpe, donde había estado alojado cuando fue a hacer la campaña de Veracruz. Al tocar la puerta del zaguán, salió la criada y le preguntó quién era y qué cosa quería. “Soy, le dijo mi esposo, un correo de México que trae una carta para las señoras.” Pues vuelva usted, le dijo la criada, porque están durmiendo”. “¿Sabes leer?”, le preguntó mi esposo. “No, señor.” “Pues entonces despiértalas y entrégales este papel.” Y sacando de su bolsa su cartera (que por fortuna no había perdido) tomó de ella una tarjeta y la entregó a la mujer. Apenas dio vuelta la criada, mi esposo que conocía la casa, por

⁷²⁶ Juárez, *op. cit.*, tomo 4, p. 140

haber vivido en ella, se dirigió al comedor, abrió un aparador, sacó de allí un poco de dulce y un pedazo de pan y tranquilamente se puso a comer. Mis lectores comprenderán la sorpresa de aquella familia al saber que el viajero que acababa de llegar, era el general Miramón.⁷²⁷

La familia referida dio hospedaje al general, además de llevarle un médico pues había sufrido una dislocadura en el pie al caer del caballo. Unos días permaneció en dicha casa, desde donde escribió a su esposa para manifestarle que estaba a salvo. ¿Qué suerte corrían los jefes que se habían separado de Miramón en la Alameda? El 28 de diciembre, Zuloaga llegó a Iguala, Guerrero, donde las tropas de Juan Vicario lo reconocieron como presidente de la República. A la par, los conservadores que quedaban en el resto del país hicieron lo mismo, aunque a partir de ese momento la lucha tacubayista se redujo a la guerra de guerrillas.

Isidro Díaz fue conducido a la capital, donde se hizo del conocimiento público que sería fusilado. Concepción Lombardo, quien trató interceder ante Benito Juárez —el cual había llegado a la ciudad el 11 de enero— nada consiguió de éste, más la casualidad le hizo encontrarse en los pasillos del Palacio Nacional con Leandro Valle, a quien a pesar de no conocerlo, reconoció por aquel retrato del que se ha hablado previamente. El general Valle, angustiado por la situación de su amigo Miguel, aceptó de buena manera ayudar a la esposa de éste para interceder ante el presidente liberal. Y, en efecto, al poco tiempo consiguió que se suspendiera la ejecución de Díaz.

Benito Juárez se instaló en Palacio Nacional, donde conformó su gabinete: Ocampo en la cartera de Relaciones Exteriores; Francisco Zarco en Gobernación; Juan Antonio de la Fuente siguió al frente de Justicia e Instrucción Pública, mientras que el poeta Prieto se encargaría de la Hacienda. A éstos se unieron Ignacio Ramírez “el Nigromante” en Fomento y don Ignacio de la Llave en el ministerio de Guerra y Marina. Empero, la llegada de Juárez también estuvo acompañada de una serie de acciones en represalia por lo sucedido durante la guerra: en primer lugar, mandó procesar a Degollado so pretexto de haber robado una conducta en Laguna Seca,⁷²⁸ más queda la duda si fue por éste motivo o

⁷²⁷ Lombardo, *op. cit.*, pp. 304-305

⁷²⁸ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 69

por haber intentado llegar a un acuerdo para celebrar la paz con el entonces presidente Miramón.

Por otra parte, el 12 de enero expulsó del país a monseñor Luis Clementi, nuncio papal en México, Joaquín Francisco Pacheco, embajador de España y Felipe Neri del Barrio, ministro de Guatemala, por “intervenir en los asuntos de México”, y entrecomillamos la frase puesto que mayores intervenciones tuvieron otros gobiernos, más era imperdonable en esos momentos políticos el haber ayudado a Miramón a la caída de su gobierno. Agustín Rivera y Sanromán señala:

Ocampo, De la Fuente y De la Llave renunciaron a sus carteras, por no estar de acuerdo con la política de Juárez. Uno de los capítulos en que estaban en desacuerdo era el destierro del señor arzobispo Garza y de los señores obispos que Juárez quería decretar, diciendo los ministros que con la entrada del presidente a la capital, habían cesado sus facultades omnímodas y se había restablecido el orden constitucional, y que, por lo mismo, aunque dichos señores habían delinquido, conforme a la Constitución de 1857, su castigo no era atribución del poder ejecutivo, sino del judicial.⁷²⁹

Pero a Juárez no pareció importarle la dimisión de sus ministros y continuó con su política. Al día siguiente continuaron las expatriaciones en las personas referidas del arzobispo Lázaro de la Garza y los obispos Clemente de Jesús Munguía, Pedro Espinosa y Dávalos, Pedro Barajas y Moreno y Joaquín Fernández de Madrid y Canal, quienes salieron unos días más tarde rumbo a Veracruz. Ahí habían de encontrarse con un personaje que también deseaba embarcarse.

Refugiado en un barco español

La expulsión del ministro de España dio la oportunidad a Miramón para aventurarse a Veracruz y buscar refugio en una nave hispana. La familia Gorozpe le recomendó un hombre de confianza que lo acompañara hasta el puerto; escribe su esposa:

⁷²⁹ *Ibidem*, p. 70

Fijado el día de la partida, salieron los dos viajeros de Jalapa a caballo, armados y vestidos con blusas coloradas, grandes sombreros y lanzas según usaban los soldados de caballería del ejército juarista. El compañero de viaje de mi esposo conocía las veredas y caminos que conducían a Veracruz; así llegaron a aquella ciudad sin el menor tropiezo. Mi esposo se dirigió inmediatamente al Consulado de Francia y al presentarse al cónsul le dijo: “Soy el general Miramón, y vengo a ponerme bajo la protección de la bandera francesa.” El cónsul se sorprendió notablemente al oír aquello y dijo a mi esposo que en el consulado corría grave peligro y que era indispensable que se embarcase sin pérdida de tiempo. Convenido que fue esto, el cónsul mandó llamar un oficial de marina y cuatro marineros del barco de guerra francés el *Mercure*, que estaba anclado en Sacrificios; los cuatro marineros y el oficial llegaron al día siguiente y al poner pie a tierra en el puerto, se dirigieron al consulado.

El cónsul se había procurado un traje de marinero español con el cual se vistió mi esposo.⁷³⁰

El gobierno liberal buscaba noticias acerca del *Macabeo*; Manuel Gutiérrez Zamora en una carta escrita el 3 de febrero al ministro de Relaciones Exteriores Zarco señala:

En comunicación de hoy me dice señor comandante principal de marina de este Departamento lo que sigue:

“Excelentísimo Señor. En la mañana de hoy en conversación con un oficial del vapor de Su Majestad Británica “*Valourus*” me dijo, que hace días al venir en su bote de Sacrificios a la ciudad, se cruzó cerca del muelle con el bergantín de guerra francés “*Mercurio*”, en el que iban el cónsul Mr. F. Doazan, el comandante del bergantín y don Miguel Miramón vestido con el uniforme de oficial de la marina francesa, a quien conoció aquel a pesar de su disfraz. Lo que tengo el honor de participar a Vuestra Excelencia para su superior conocimiento [...]”⁷³¹

Permaneció Miramón en el *Mercure* hasta la llegada a Veracruz del embajador de España; entonces se trasladó al barco *Velasco* de la marina hispana. El 30 de enero de 1861, acompañado por Joaquín Francisco Pacheco, el nuncio papal y el ministro de Guatemala, el *Macabeo* partió rumbo al Viejo Mundo.

Pocos días después, Concha Lombardo de Miramón era informada sobre el destino de su esposo por un hombre firmante como H. Nagel: “El general salió ayer de este puerto

⁷³⁰ Lombardo, *op. cit.*, p. 311

⁷³¹ “Gobierno conservador del general Miguel Miramón, como presidente interino de la República. Sobre su elección y diversos asuntos relacionados con su gobierno”, en *Archivo Histórico “Genaro Estrada”*. Secretaría de Relaciones Exteriores. Exp. L-E-1982, Leg. IV, fojas 92-93, Febrero 3 de 1861

en el barco español el Velasco. Al partir me encargó diese a usted este aviso y le dijese que la espera en la Habana.”⁷³². Poco tiempo después Concepción, en efecto, alcanzó a su esposo en la capital cubana, donde permanecieron hasta fines de marzo, cuando volvieron a embarcarse rumbo al puerto de Nueva York, en los Estados Unidos.

¿Cuál era el ánimo de Miramón? ¿Qué habría pasado por la mente de un hombre que había decidido dedicar la vida a su patria y en esos momentos no podía hacer nada en lo absoluto al respecto? El único testimonio que tenemos de esos días son las memorias de Concha Lombardo y poco dice con respecto al tema. Tal vez era muy pronto, quizás las primeras escalas del viaje eran tan solo eso, escalas, y no sería sino hasta llegar a su destino final, Europa, que el *Macabeo* se volvería a poner en contacto con mexicanos y comenzaría a enterarse de los asuntos de México.

El breve paso por Nueva York fue necesario puesto que de aquella ciudad habría de salir el paquete que los llevaría a Francia. La población neoyorkina estaba en plena agitación debido a la reciente declaración de guerra entre los estados del norte y los del Sur. La llamada “Guerra de Secesión”, que tantas repercusiones habría de tener en el destino de los Estados Unidos —e incluso de México—, acababa de dar comienzo.

A mediados de abril, la familia Miramón arribó a tierras francesas, en calidad exclusiva de turista. ¿Por qué la aclaración? Simplemente debido a que ha sido ya costumbre entre algunos historiadores el mencionar, como lo hace don Agustín Rivera, que Miramón llegó a París, “en donde fue muy bien recibido por Napoleón III”.⁷³³ La afirmación es errónea, pues si bien llegó a Francia en esos meses, no fue sino hasta el invierno en que visitó a Napoleón III, lo cual se verá posteriormente. Prueba de lo mismo es que Concepción Lombardo jamás hace referencia alguna con respecto a los emperadores de Francia, pues el único contacto inicial que tuvieron los Miramón a su arribo a tierras galas fue con la familia del general Juan Nepomuceno Almonte.

Tras la llegada de Juárez a la capital de la República, Almonte —quien a la sazón continuaba como ministro cerca de la corte de Madrid— había recibido una notificación del ministro Zarco, “manifestándole que el gobierno desconocía todos los actos celebrados

⁷³² Lombardo, *op. cit.*, p. 313

⁷³³ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p.74

por él, que lo destituía del empleo diplomático, y que destituía, igualmente, a José Manuel Hidalgo y demás empleados subalternos de la legación mexicana”.⁷³⁴ A los pocos días se le informó también que había sido dado de baja en el ejército. Desde ese entonces, Almonte había decidido radicar en París, donde se había codeado con los mexicanos exiliados en aquel país y había, además, logrado hacerse de la confianza del mismísimo emperador Napoleón III.

Si bien los Miramón estuvieron a su vez cerca de los Almonte, jamás se reunió el *Macabeo*, al menos en esos meses, con el emperador de los franceses. Más aún, al desmejorarse la salud de Concha, Miguel decidió sacarla de París para ir a un clima más benigno, por lo cual el 24 de junio se encontraban en Marsella con el objetivo de embarcarse rumbo a Italia.

Nos parece innecesario narrar el itinerario del *Macabeo* y su familia; empero, sí debemos detenernos un poco en su visita al Vaticano, pues fueron recibidos por el Sumo Pontífice de la Iglesia Católica. Concha Lombardo narra:

Pio IX al vernos, se alzó de su asiento y no permitió que le besásemos el pie, sino que nos dio la mano, luego se sentó y nos hizo sentar a su lado. El santo padre hablaba perfectamente el castellano, así es que la audiencia nos fue doblemente agradable. Su Santidad nos demostró la gran pena que le había causado la conducta del gobierno de Juárez con su nuncio monseñor Clementi y preguntó con gran interés a mi esposo cómo seguían las cosas de la guerra y la política en nuestro país. Veinte minutos o más, duró la audiencia; al despedirnos de Su Santidad Pio IX, abrió un cajón de la mesa, y sacó de allí dos estuches que tenían encima las armas del Santo Padre; abrió el más grande y presentándolo a mi esposo, le dijo: “Reciba usted, general, esta decoración en prueba de mi gratitud por los esfuerzos que hizo usted en su país para defender el principio católico.” Era la decoración de la Gran Cruz de Pio IX. Luego volviéndose a mí, abrió el estuche más pequeño, en el cual estaba un artístico alfiler de oro en cuyo centro estaba un finísimo mosaico representando una paloma sobre fondo azul, llevando en el pico un ramo de olivo. “Acepte usted, me dijo Pio IX, este obsequio para que lleve de mi parte la paz a México.”⁷³⁵

⁷³⁴ *Ibidem*, p. 72

⁷³⁵ Lombardo, *op. cit.*, p. 351

Miramón conoció muchas ciudades italianas en el transcurso de los meses siguientes, y no fue sino hasta su llegada a Turín, al parecer a principios de agosto, que recibió correspondencia referente a la situación que se vivía en México: las noticias habrían de entristecer al joven general.

El recrudescimiento de las posturas

En México el triunfo de los liberales no había garantizado el cese de las hostilidades, pues no sólo las gavillas conservadoras continuaban en pie de lucha: también entre los constitucionalistas había graves diferencias. Enrique Krauze, en su *Siglo de Caudillos* narra:

La oposición de la Iglesia había sido implacable, como implacable sería la reacción liberal a partir de 1861. Más que como liberales, actuarían como jacobinos. La historia aplicaría a esa época la frase perfecta: “la piqueta de la reforma”. Aquellos conspicuos abogados tomaron literalmente la piqueta en sus manos para destruir altares, portadas, púlpitos y confesionarios. Por primera vez en México se vieron escenas calcadas de la Revolución francesa. Hubo santos decapitados, balaceados, quemados en públicos autos de fe; saqueo de joyas, tesoros, archivos, pinacotecas; varias bibliotecas eclesíásticas se perdieron, se pudrieron o terminaron en coheterías; hubo obispos lapidados, remate generalizado de bienes.⁷³⁶

No todos los liberales estaban de acuerdo, hemos visto, con esta postura radical. Asimismo no todos los conservadores continuaban en pie de lucha, ni aprobaban las acciones de aquellos que llevaban aún las armas en la mano. Manuel Lozada “el Tigre de Alica”, Juan Vicario, Tomás Mejía, Félix Zuloaga, Lindero Cajigas, José María Cobos y Leonardo Márquez seguían siendo la pesadilla de los jefes liberales. Hacia el 3 de junio, Cajigas aprehendió a Melchor Ocampo en su hacienda de Pomoca; el implacable Márquez lo fusiló en las cercanías de Tepeji del Río y colgó su cadáver de un pirú.

La indignación liberal fue total: el *Tigre de Tacubaya* había demostrado una vez más su sangre fría frente al enemigo y, de nuevo, había echado la culpa a otro; ésta vez a

⁷³⁶ Krauze, *op. cit.*, p. 243

Zuloaga.⁷³⁷ Santos Degollado, de quien el gobierno todavía no decidía su culpabilidad o inocencia, pidió permiso al Congreso para salir a batir a los asesinos de su viejo amigo Ocampo. En el Llano de Salazar, cerca del Monte de las Cruces y en pleno camino entre México y Toluca, don Santos se encontró con las tropas del conservador Buitrón, donde cayó muerto atravesado por una lanza. Murió en combate, como un valiente, y con su muerte pasó al panteón de los héroes mexicanos, olvidando el gobierno juarista las recriminaciones a sus nobles acciones.

El tercero en caer fue el amigo de Miguel Miramón, su hermano del Colegio Militar, Leandro Valle. Una semana después de la muerte de Degollado y tras haber sido tomado prisionero por el enemigo, Justo Sierra refiere que Valle preguntó al general conservador Miguel Negrete: “¿Quién manda aquí? —Márquez— ¡Ah!, entonces no tengo nada que hacer; yo lo habría fusilado también”.⁷³⁸ El *Tigre de Tacubaya* volvería a negar su responsabilidad en el acto, más su orden permanece y reza de la siguiente manera:

Leonardo Márquez, general en jefe de este Ejército, ordeno que el capitán de Ingenieros que pertenece a mi Estado Mayor Manuel Beltrán y Puga se encargará de pasar por las armas al traidor a la patria don Leandro Valle, el cual será fusilado por las espaldas, para lo cual se le dejará media hora para que se disponga y después de haberle fusilado que se le ponga en un paraje público para escarmiento de los traidores [...]⁷³⁹

Se dice que Valle, al saber que Márquez le daba media hora para prepararse, manifestó su asombro pues “él no le habría concedido ni un minuto”; pasado el tiempo concedido, se presentó frente al pelotón de fusilamiento, donde se negó a que le vendaran y le colocaran de espaldas, como traidor. Guillermo Prieto escribiría años más tarde:

Y erguido siempre el acento
con orgullo y sin coraje,
grita nuestro héroe: “¡Presenten!”
luego, “¡Apunten y disparen!”
Y al alzarse la humareda

⁷³⁷ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 77

⁷³⁸ Sierra, *Juárez...*, *op. cit.*, p. 227

⁷³⁹ Márquez, *op. cit.*, p. 8

blanca y leve por el aire,
 queda un cadáver convulso
 entre torrentes de sangre.
 Suenan entonces las vivas
 a la religión y a Márquez...
 Después del hermoso joven,
 atan los restos mortales,
 y de un árbol le suspenden
 entre gritos infernales,
 para pasto de los buitres
 y terror de caminantes.⁷⁴⁰

Márquez no desaprovechó la oportunidad de eliminar no solo a un enemigo más, sino a un amigo cercano de Miramón. Éste, en Turín, se enteraba poco después de la muerte de su gran amigo, de aquel que salvó a Isidro Díaz del patíbulo y que tantas muestras le había dado de lealtad. Si bien Márquez y el *Macabeo* habían comenzado a distanciarse durante la administración del segundo de éstos, fue sin duda el fusilamiento de Leandro, del “gran Valle” como alguna vez se refirió con respecto a él Miguel Miramón, lo que acabó por convertir esa antigua camaradería e incluso amistad, en un odio que años después traería consecuencias difíciles de sobrellevar a ambos generales.

⁷⁴⁰ Prieto, *Romances...*, op. cit., p. 43

Capítulo 32

Los objetivos de Napoleón III

Durante su estancia en la ciudad italiana de Turín, Miramón recibe otra noticia de suma importancia para el destino de México: el 17 de julio, el presidente Juárez había logrado que el Congreso decretara la suspensión, por espacio de dos años, del pago de todas las deudas públicas, incluidas aquellas que se habían adquirido con naciones extranjeras. Este decreto habría de ser crucial, pues la inconformidad de los países acreedores tendría graves consecuencias para la República.

A sabiendas de ello, Miramón decidió partir de inmediato a Francia, con el objeto claro de enterarse mejor del acontecer mexicano. Su llegada a París estuvo acompañada de una necesaria visita a Almonte, quien informó al *Macabeo* que Napoleón III deseaba conocerle. Concha Lombardo narra:

El emperador recibió a mi esposo con grandes muestras de amabilidad; la audiencia duró unos veinte minutos, en los cuales el emperador cumplimentó a mi esposo por su valor y conocimientos militares, y trató con gran diplomacia la cuestión mexicana, diciendo la pena que le daba que un país tan hermoso como México estuviese en completa anarquía; terminada la audiencia el emperador le dijo a mi esposo que la emperatriz tendría gusto en conocerme.

A lo largo de esta breve audiencia, nada conoció Miramón acerca de los planes del monarca francés: Napoleón III, cuyas ambiciones eran notorias; en un afán de “ponerle un dique al expansionismo norteamericano”⁷⁴¹ deseaba establecer una monarquía en un país del Nuevo Mundo. La perfecta oportunidad se la habrían de brindar personajes como José María Gutiérrez de Estrada, José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar y el mismo Almonte, quienes con el firme objetivo de hacer un bien a su patria, a su modo de ver, pretendían la conversión de la República que tantos dolores de cabeza había causado a los políticos mexicanos en una monarquía, a cuya cabeza se encontrase un príncipe extranjero.

⁷⁴¹ Berta Flores Salinas. *Segundo Imperio Mexicano*. México, Praxis, 1998. 159 p., p. 11.

La idea monárquica ni era nueva ni estaba del todo errada; debemos recordar que por trescientos años fue la forma de gobierno del país, sin tomar en cuenta incluso que los antiguos mexicanos se regían bajo el mismo sistema. Tras la proclamación de la Independencia, el paso lógico para quienes otorgaron la libertad a la Nueva España fue elegir un monarca, experimento fallido debido a la propia incapacidad de Agustín de Iturbide y a la desmedida ambición de los militares que una vez que lo habían llevado al poder, lo desconocieron.

Una vez establecida la República en 1824, las continuas desavenencias políticas y la profunda crisis económica y social en que estaba inmerso el país, no hicieron más que fomentar la idea recurrente de que los problemas del país sólo podían hallar solución con la llegada de un rey, cuya preparación, bagaje cultural y personalidad le proporcionarían las armas para dar, a México, la panacea de todos sus males.

Varios intentos infructuosos por lograr dicho objetivo tuvieron lugar en las décadas subsecuentes; dos de los más representativos tuvieron por principal promotor a Gutiérrez de Estrada, quien hacia 1861 continuaba en el intento de llevar un monarca a su patria: fue ésta la oportunidad que esperaba. Por otra parte, José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, — quien siendo muy joven había combatido a los estadounidenses en la batalla de Churubusco y que posteriormente logró incorporarse a la diplomacia mexicana en Europa— había llegado a intimar con la emperatriz de Francia Eugenia de Montijo, con lo cual logró acercarse al mismísimo Napoleón III.

Almonte era la excepción a la regla, pues no era ni conservador ni monarquista de origen: hijo natural del cura José María Morelos y Pavón, había sido educado en los Estados Unidos —su padre lo mandó allí y fue quizás fue uno de los primeros mexicanos en hacerlo— y posteriormente regresó a su patria para servir en el ejército. Acompañó a Santa Anna en la expedición texana y estuvo preso con éste tras la batalla de San Jacinto. Dos veces candidato a la presidencia de la República, el general Almonte decidió cambiar su postura liberal por una actitud conservadora, al afiliarse al partido de Alamán tras la fatal derrota del ejército nacional en la guerra del 47.

Esta terrible experiencia fue el punto detonante en su cambio de política; más tarde, radicado en Europa como ministro, fue que pudo rodearse de monarquistas como Gutiérrez de Estrada —a quien él mismo había censurado en 1840 por sus ideas— y logró, gracias a su inteligencia, ser aceptado en la corte de Francia.

Por supuesto no fueron éstos los únicos monarquistas mexicanos, pero es loable mencionar que sí fueron los de más influencia, tanto entre los demás mexicanos como frente a Napoleón. Para ellos, la llegada a tierras galas del ex presidente Miramón representaba un dilema, pues no sabían bien a bien cual sería la postura que éste habría de tomar frente a la posibilidad de una intervención francesa en México —lo cual era casi un hecho— y la imposición de un monarca europeo en el trono.

Para Napoleón III —cuyos planes incluían no solo la conformación de un imperio “latinoamericano” sino también el establecimiento de un protectorado francés en Sonora—, Miramón podía ser un aliado útil; sabía bien de su prestigio militar, y tener de su lado a personajes de su talla era necesario para el éxito de la “expedición” a tierras mexicanas. Por ello, al poco tiempo de que la familia del general se reinstalara en París, el emperador mandó a su medio hermano, el Conde de Morny, para que se entrevistara con el *Macabeo*. El conservador Francisco de Paula de Arrangoiz escribió:

Personas de respetabilidad me han referido que el general Miramón no tenía la más mínima duda de las pretensiones de Francia de hacerse de Sonora; “porque —les dijo Miramón— cuando él emigró acabando de dejar la presidencia por el triunfo de los juaristas en Calpulalpan el veintitrés [sic] de diciembre de 1860, apenas había llegado a París fue a verle desde su quinta M. de Morny, y con frases *muy cariñosas* le propuso la venta a Francia de Sonora y la Baja California”; a lo cual contestó Miramón: “que aún cuando había sido presidente con facultades omnímodas, ya no era nada en aquellos momentos”. Replicó M. de Morny que *se procuraría buscar una fórmula que obviara este inconveniente, siempre que Miramón accediese a las miras de Francia*. Entonces Miramón puso término a la conversación manifestando a M. de Morny “que si sus actos pudieran tener algún valor todavía, no había de emplearlos en perjuicio de su patria”. Tal vez fuera ésta conversación la causa del desvío con que el gobierno francés trató a Miramón, a pesar de haber sido presidente, pedido la intervención y ser jefe de los conservadores; y del empeño de alejarle de México que tuvo el general Bazaine, el cual temería que

por su prestigio fuera Miramón un obstáculo para realizar las miras de Francia sobre Sonora [...] ⁷⁴²

Es importante conocer cuál fue la reacción del general, según narra su propia esposa:

Una hora duró la visita del conde de Morny en nuestra casa, hora que yo pasé contando los minutos y en la mayor agitación, no sabiendo de qué se trataba y temiendo que tendiesen un peligroso lazo a mi esposo. Al cabo de este tiempo, oí cerrar la puerta de casa y unos segundos después entró mi esposo a mi recámara.

“¿Qué tienes?”, le pregunté viendo su alterado semblante. “Me han tomado, me dijo, por un miserable, por un bellaco, me han venido a proponer que me vaya a México con las tropas francesas, me han ofrecido, si acepto, una fuerte suma de dinero, asegurándome que si las cosas van mal, podía vivir tranquilamente con mi familia en Europa.” “Y tú, le dije convulsivamente, ¿qué has contestado?” “Te confieso, me dijo mi esposo, que al oír aquella propuesta, di un puño sobre la mesa, y dije al conde que no necesitaba de auxilios pecuniarios y que prefería morir de hambre en el extranjero, quedándome de emigrado que hacer ese odioso papel.” “¡Bravo!, dije a mi esposo abrazándolo, Dios nos protegerá.” ⁷⁴³

El sector de los conservadores que deseaban la monarquía, es decir, los imperialistas, coinciden en varios testimonios al señalar que el general Miramón estuvo en desacuerdo con la intervención. Algunos incluso lo atribuyen a que deseaba que ésta fuera para reponerlo a él en el poder. Sin embargo, nada apunta a que hubiese sido de este modo; lo cierto es que al negar su apoyo al proyecto imperialista, el *Macabeo* se cerró todas las puertas en las cortes europeas. Concepción Lombardo escribe:

Los monarquistas mexicanos que supieron lo ocurrido con el conde de Morny, no quedaron tan contentos como yo, y un gran vacío se hizo en nuestra casa, no yéndonos a ver ninguno de ellos, y ni aún devolviendo a mi esposo las tarjetas que les pasaba. Pero quien más disgusto sintió contra mi esposo, fue el emperador Napoléon III, que no le pudo perdonar el desaire hecho a su hermano, y la manera más dura y violenta con que fue recibida por mi esposo la propuesta del conde de Morny.

⁷⁴² Francisco de Paula de Arrangoiz. *México desde 1808 hasta 1867*. Prólogo de Martín Quirarte, sexta edición, México, Porrúa, 1996. 966 p., (“Sepan cuantos...”, 82), pp. 569-570

⁷⁴³ Lombardo, *op. cit.*, p. 406

Ya no volvimos a tener ninguna invitación en Tullerías, ni en ninguno de los bailes oficiales que se dieron en París [...] ⁷⁴⁴

¿Cómo manejarse entre las intrigas de Almonte, Gutiérrez de Estrada e Hidalgo y Esnaurrizar? ¿Qué les hacía creer que él deseaba “coronarse” emperador de México, al igual que lo ambicionaba el vetusto general Antonio López de Santa Anna? Tal vez su negativa a un proyecto que ellos consideraban “necesario”, les hacía sospechar que por su juventud, era a su vez ambicioso de más y más poder; a final de cuentas había llegado a la banda de divisionario y a la presidencia del país antes de cumplir los treinta años de edad, ¿porqué no entonces regresar apoyado por los franceses?

La actitud de Miramón frente a Morny no deja duda alguna sobre su postura. José Fuentes Mares en su obra *La emperatriz Eugenia y su aventura mexicana* señala con respecto al *Macabeo* que “no existen indicios de que pretendiera coronarse alguna vez, más parece claro que a fines de 1861 sus planes tendían a engañar a los exiliados “afrancesados” por un lado, y por el otro intentar imponerse en México sobre juaristas y franceses a la vez”. ⁷⁴⁵

El más engañado de todos los imperialistas fue Gutiérrez de Estrada, pues llegó a asegurar que el mismo Miramón le había pedido buscar la intervención de Francia y la imposición de un monarca en México. Sobre ello, el mismo Hidalgo y Esnaurrizar hablaría varias décadas después en una de sus cartas:

[...] Sí, sí propuso Saligny lo que Gutiérrez Estrada dice. Miramón engañó a Gutiérrez Estrada hasta que éste se desengañó, y tuvieron una reyerta en presencia de Barrón, en que éste hacía señas a Miramón para que lo dejara como a loco, poniéndose el dedo en la sien como para decir que Gutiérrez Estrada estaba chiflado [...] ⁷⁴⁶

⁷⁴⁴ *Ibidem*, p. 407

⁷⁴⁵ José Fuentes Mares. *La emperatriz Eugenia y su aventura mexicana*. México, El Colegio de México, 1976. 237 p., (Centro de Estudios Históricos), p. 98

⁷⁴⁶ José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar. *Un hombre de mundo escribe sus impresiones. Cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, Ministro en París del Emperador Maximiliano*. Prólogo de y notas de Sofía Vereza de Bernal, México, Porrúa, 1960. 424 p., ils., p. 150

Tiempo después, a finales de noviembre, Gutiérrez de Estrada habría de recriminar al *Macabeo*, en una sentida carta, su evidente engaño. Esto debido a que, a sabiendas de que el general hablaba en contra de la intervención, el político monarquista había decidido cerciorarse por sí mismo con respecto a la postura que habría de tomar el ex presidente conservador. Gutiérrez de Estrada señala:

Como supiese yo sin embargo que en Roma se había expresado usted en otro concepto muy diferente, y me conviniese saber a qué atenerme, cuando por todos lados se me argüía con que no se podía contar con usted para nada que no fuese su reinstalación en el poder supremo de la República, no pude menos de recabar de usted, a su regreso a París y en las vísperas de su salida para España, una declaración terminante y categórica de sus principios y sus intenciones, y tal lo fue en efecto, la que usted me hizo. Siendo tanta su importancia que para más seguridad [y para mejor contestar, ¡tal era mi buena fe! a los que otra cosa suponían] que oyendo yo de boca de usted su firme disposición a trabajar conmigo para el establecimiento de la Monarquía en México con un príncipe de sangre real, llegué a preguntar a usted terminantemente si me empeñaba en tal caso su *palabra de caballero...—y la de General...* —añadió usted interrumpiéndome.⁷⁴⁷

La decepción de Gutiérrez de Estrada llegaría al enterarse de que Miramón, en Madrid, seguiría hablando en contra de la intervención, e incluso mencionaría que con gusto la combatiría con su espada. El enojo de Gutiérrez se haría más evidente al conocer lo que el *Macabeo* pensaba con respecto a su persona:

Omito por ser cosa excusada y tan sabida desde hace 21 años todo lo que me es personal, como aquello que también se le achaca a usted de que la idea monárquica me ¡trae extraviada la razón! Quizá venga de ahí mi persuasión de que a no ser un Washington ¡no puede un militar, sin ser poco menos que un héroe, vivir contento y bien hallado en una República democrática!⁷⁴⁸

La posición de Miramón era comprometida al negarse a apoyar a los imperialistas, y pese a que prefirió “dar la razón” a Gutiérrez de Estrada, éstos no confiaban en él. La única

⁷⁴⁷ Genaro García. *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos. El sitio de Puebla de 1863. Causa contra el general Leonardo Márquez*. 2ª edición. México, Porrúa, 1972. 807 p., pp. 52-53. (Biblioteca Porrúa, 51)

⁷⁴⁸ *Ibidem*, p. 54

solución que se le ocurrió fue tratar de hablar de nuevo con el emperador de los franceses, pero éste se negó a recibirlo. Hidalgo y Esnaurrizar comenta:

[...] las cosas llegaron a un punto que, habiendo Miramón pedido ver a Napoleón directamente, sin valerse de mí y callándolo a Almonte y a mí, que era el único que veía a los Emperadores, el duque de Bassano, por orden de Napoleón, me preguntó si podía dar la audiencia que pedía Miramón. Almonte me hizo tomar el tren de Fontainebleau, en donde estaban los Emperadores, a media hora de París; llegué antes de almorzar: almorcé con Sus Majestades y dije que no debían darle la audiencia, por consejo de Almonte, y no se la dieron.

Si Miramón hubiese estado a favor de la intervención, por supuesto que habría sido recibido de nuevo por Napoleón III y ninguno de los imperialistas le habría puesto traba alguna: al contrario, contar con su espada favorecería sus planes en México. Pero no fue así, y aunque quisiéramos dar por válida la suposición de que el *Macabeo* quería coronarse emperador, los argumentos caen por su propio peso pues fue difundido por todos los imperialistas que el joven general opinaba que la intervención era “puramente un pretexto y que se trata[ba] de una dominación extranjera [...]”.⁷⁴⁹

No debemos olvidar que, si bien durante la Guerra de Reforma los gobiernos liberal y conservador habían pedido apoyo al extranjero, éste era solo en calidad de “reconocimiento”, y jamás en cuanto a envío alguno de tropas. El incidente de Antón Lizardo había representado una intervención directa de parte de los Estados Unidos a favor de los liberales, y fue Miramón el primero en censurarlo. La situación que se presentaba a sus ojos era incluso peor, pues no solo se trataba de intervenir, sino también de imponer un gobierno apoyado por las bayonetas francesas. Es plausible suponer el enojo de Miramón, mismo que quedó plasmado en los testimonios de varios personajes que estuvieron inmersos en los hechos. Un señor, de nombre Ignacio Gómez de la Concha, escribió al padre Francisco Xavier Miranda con respecto a la intervención y la opinión del general

⁷⁴⁹ *Ibidem*, p. 65

Miramón que éste “excita a sus amigos a que se unan para repelerla y que él mismo viene a ofrecer su espada al Gobierno.”⁷⁵⁰

La situación en Francia era incómoda e intolerable; por ello, Miramón, esposa e hijos salieron del territorio galo a mediados del mismo mes de julio. Partían a España, donde esperarían noticias del acontecer político mexicano, así como del matiz que fuera tomando la inminente intervención.

La Convención de Londres

Miramón llegó a Madrid poco después, donde fue recibido por Joaquín Francisco Pacheco, ministro de la reina Isabel II y ex embajador en México. Pese a que varias fuentes han mencionado que el *Macabeo* “fue muy bien recibido” por la reina, al menos en las memorias de su esposa no aparece dato alguno de ese hecho. La estancia de la familia Miramón en dicha ciudad fue sumamente corta, apenas lo suficiente para conocer algunos sitios representativos. Por ello, creemos que de haber sido recibido Miramón por la reina, Concepción no lo hubiese pasado por alto al redactar sus memorias.

Las noticias sobre la añorada patria eran cada vez más preocupantes: los principales acreedores de México, Inglaterra, Francia y España,⁷⁵¹ acordaron reunirse en el mes de octubre, a fin de acordar cómo harían su reclamo al gobierno mexicano, con el claro objetivo de que éste se hiciera responsable de sus deudas canceladas.

La reunión tuvo lugar en la capital de la Gran Bretaña, el 31 de octubre de 1861. La llamada “Convención de Londres” acordaba mandar a las costas de México fuerzas de mar y tierra de las tres naciones, mismas que habrían de ocupar los puertos y fuertes del Golfo de México. Por otra parte, se comprometían a no buscar negocios particulares a través del reclamo, así como no ejercer influencia en los asuntos de México y mucho menos en la

⁷⁵⁰ *Idem*

⁷⁵¹ Se debían aproximadamente 62 millones de pesos a los ingleses; 7.5 millones de pesos a los españoles y 150,000 pesos a los franceses. Manuel Rivera Cambas. *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana/Gobierno del estado de Puebla, 1987. 2 vols., ils. (República liberal / obras Fundamentales) tomo I, p. 589.

forma en que éste elige su propia forma de gobierno. Habría tres comisionados por nación y, además, se invitó al gobierno de los Estados Unidos de América, el cual también tenía una deuda pendiente con México, a unirse a la alianza.⁷⁵²

Esto último era solamente a petición del gobierno de la Gran Bretaña, porque sabían de la política estadounidense de “no intervención en los asuntos americanos por parte de las naciones europeas”: la llamada “Doctrina Monroe”, que más que proclamar la libre autodeterminación de los pueblos del Nuevo Continente, era una amenaza a las potencias imperialistas del Viejo Mundo de que América era “para los americanos” es decir, para ellos.

Empero, en Estados Unidos la situación política distaba de ser buena: los estados sureños, para los cuales el esclavismo era base de su economía, habían decidido separarse para formar la Confederación de los Estados de América. Abraham Lincoln, presidente de la Unión Americana, denegó a éstos el derecho de secesión con respecto de la nación. Con ello inició la guerra civil que habría de mantener ocupada la atención del vecino del Norte durante cuatro años a partir de abril de 1861. Tal fue la razón por la cual el gobierno de Washington no aceptó ser parte de la alianza que habría reclamar al gobierno de México. Sin embargo, en la carta mandada por el ministro de Estado William Seward, advirtió que:

Los Estados Unidos tienen un gran interés, y se felicitan de creer que este gran interés les es común con las altas partes contratantes y los demás Estados civilizados, en que los soberanos que han celebrado la Convención no procuren obtener ni aumento de territorio, ni otra ventaja que no adquieran los Estados Unidos y todo Estado civilizado; y que no quieren ejercer influencia alguna en detrimento del derecho que tiene el pueblo mexicano para escoger y establecer libremente la forma de su gobierno. Es cierto que los Estados Unidos, por su parte, tienen agravios contra México, como las altas partes contratantes lo suponen; más después de madura reflexión, opina el presidente que no habría medio de pedir satisfacción de esos agravios en este momento, adhiriéndose a la Convención.⁷⁵³

Sin los Estados Unidos de por medio, la oportunidad para el emperador de los franceses era magnífica. Acordada la Convención, las flotas de la llamada “Alianza

⁷⁵² Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 88

⁷⁵³ *Ibidem*, pp. 89-90

Tripartita” se prepararon para acercarse a costas mexicanas. De Cádiz partió el representante de Isabel II, Juan Prim y Prats, quien se hospedó antes de partir a su expedición en el mismo hotel en que se encontraba la familia Miramón, recién llegada a esa ciudad. El humor del *Macabeo* iba en detrimento conforme pasaba más tiempo ajeno al acontecer de México.⁷⁵⁴ Unos días más tarde, decidieron mudarse a Sevilla.

Sin embargo, la espera para Miramón se hizo tan insoportable que decidió viajar a Cuba para estar cerca del teatro de los sucesos. Acerca de su partida, escribe su esposa:

Yo estaba contenta en Sevilla, me encantaba aquella ciudad, me agradaba la vida tranquila que hacía y los buenos amigos que allí teníamos, me hacían soportable la ausencia de mi familia. A mi esposo no le pasaba lo mismo, la vida sedentaria que hacía, la inacción en que estaba y la preocupación que tenía por los asuntos de México, lo tenían triste y descontento.

Recibía con frecuencia cartas de La Habana cuyo contenido yo ignoraba, pero que lo ponían más o menos preocupado.

Un día me dijo: “Concha, tenemos que separarnos de nuevo, mi deber me obliga a estar cerca de los acontecimientos, y me voy a La Habana donde me esperan algunos amigos, para saber el partido que debemos tomar.” Esta noticia me llenó de pena, y por más instancias que le hice para que renunciara a ese viaje, no lo pude conseguir.⁷⁵⁵

Los rumores acerca de los planes de Francia eran determinantes y el gobierno de la República debía tomar todas las providencias necesarias a fin de protegerse contra una posible invasión: el primer día del mes se había decretado una ley de amnistía, a la cual se acogieron algunos de los principales conservadores como Miguel Negrete y Francisco A. Vélez; empero, dicha ley exceptuaba a Zuloaga, Márquez y otros jefes, entre ellos, aquellos que hubiesen desempeñado el puesto de presidente durante la guerra civil; es decir, al *Macabeo*. También en esos días el Congreso mexicano otorgó a Juárez facultades omnímodas, “entre ellas la de celebrar tratados con las naciones extranjeras”.⁷⁵⁶ Antes de emprender cualquier clase de acción, el gobierno nacional debía tratar de solucionar el problema que se le presentaba de la manera más diplomática posible.

⁷⁵⁴ Lombardo, *op. cit.*, p. 411

⁷⁵⁵ *Ibidem*, p. 414

⁷⁵⁶ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 90

El momento llegó: hacia el 8 de diciembre arribó al puerto de Veracruz la escuadra española. Las naves inglesas y francesas iban en camino, así como en camino se encontraba el general Miramón, quien saldría de España a mediados de mes, expectante con respecto a lo que pasaría en las siguientes semanas.

Capítulo 33

La Alianza Tripartita

El gobierno de Benito Juárez se encontraba en crisis: por una parte, la amenaza de las potencias aliadas reclamantes, que si bien venían en son de paz, nada se podía asegurar sobre sus verdaderas intenciones hasta después de haber entablado el diálogo. Por otra, las guerrillas conservadoras que se creía tratarían de aprovecharse de la situación.

Miramón, aunque enemigo de los liberales, tenía claro desde su estancia en Europa cuál debía ser su posición: rechazar la intervención e inclusive, intentar pelear contra la misma. Su biógrafo, Víctor Darán, señala:

Don Manuel Maneyro, cónsul de la República mexicana en el Havre en 1861, fue autorizado por el mismo Miramón para ofrecer su espada a Juárez contra la intervención. Maneyro le contestó que Juárez rehusaba sus servicios y que estaba decidido a ejecutarlo si ponía los pies en el territorio nacional.⁷⁵⁷

La misma ley de amnistía decretada por Juárez quitaba a Miramón esperanza alguna de ser aceptado por el gobierno para defender a su patria, pese a que la sola idea de esta posibilidad entusiasmaba incluso a algunos liberales. Tal fue el caso del cónsul mexicano en Nueva York, J.M. Durán, y del mismo ministro ante el gobierno de Washington, Matías Romero, quienes ante la inminente llegada del *Macabeo* a dicha ciudad estadounidense en su paso a La Habana, pensaron en hablar con éste. Escribe Durán a Romero el 14 de diciembre de 1861:

Según me escriben de esa ciudad, Miramón debe venir muy pronto a ésta y como yo siempre lo he creído, no hay fundamento —al menos así me lo dicen— para los mil y un rumores que han corrido sobre que va a México con y a pelear a favor de las fuerzas invasoras.

Como comprendo del peso político que sería en la cuestión presente que ese General ofreciese sus servicios al Gobierno Constitucional, pues esto, de parte de un Presidente conservador, desmentiría la opinión muy generalizada de que la intervención europea es apoyada por una parte de la Nación mexicana, me propongo ver si logro a aquel objeto.

⁷⁵⁷ Darán, *op. cit.*, tomo 2, p. 22

Al efecto, pienso apersonarme con el señor Miramón luego que llegue y abordar la cuestión leal y francamente con él; si obtengo un buen resultado, creo que habré hecho un gran servicio a mi patria; si no, nada se pierde y será una prueba más de los sentimientos políticos que se atribuyen al partido conservador.⁷⁵⁸

El ministro Matías Romero respondió, algo incrédulo:

Yo también había meditado sobre esto y había llegado a creer que no podía menos que ser conveniente para la causa de nuestro país que, en la presente emergencia, ofreciese Miramón sus servicios al Gobierno Constitucional de una manera franca y sin restricciones de ninguna especie. No creo ni espero, sin embargo, que lo haga así, pues tengo demasiadas pruebas para persuadirme de la connivencia del partido ultraconservador en la intervención europea y el hecho de que Miramón ha visitado España y a su reina, después de la actitud hostil que aquella Nación ha tomado contra nosotros, me acaba de convencer de que también él es cómplice de aquel crimen...no creo que se pierda nada si usted le habla en lo particular sobre esto. En todo caso, será conveniente no hacerle ninguna promesa en nombre de nuestro Gobierno, porque no sabemos cómo recibirían en México este negocio [...]⁷⁵⁹

Ninguno de estos dos hombres estaban al tanto, parece, de que en efecto, Miramón ya había ofrecido su espada a Juárez, y que éste la rechazó tajantemente; hemos visto además que el *Macabeo* no visitó a la reina y que su paso por España lo hizo en calidad de turista. Desgraciadamente no hay constancia de que Miramón se haya reunido con Durán o de que se detuviese en Nueva York en su larga travesía. Solo podemos asegurar que, ni siquiera el rechazo de Juárez logró que su deseo de estar cerca de los acontecimientos se viera opacado.

Llegó a La Habana sin contratiempos, al tiempo que lo hacía el padre Francisco Xavier Miranda. El también sacerdote Agustín Rivera y Sanromán habría de escribir que estos dos personajes visitaron a Prim en dicha ciudad, “y le suplicaron que no tratara con Juárez sino con Zuloaga y Márquez”, a lo cual se negó el Conde de Reus. ¿Qué tan cierta podemos considerar esta aseveración? Debemos revisar los antecedentes que tenemos con respecto a la relación marchita entre Miramón y los generales mencionados: recordemos

⁷⁵⁸ Juárez, *op. cit.*, tomo 5, p. 411

⁷⁵⁹ *Ibidem*, p. 412

que con ambos terminó en malos términos; con Zuloaga, después de su intento de regresar al poder; con Márquez, tras la deposición de éste de su puesto de gobernador de Jalisco, hecho que el mismo *Tigre de Tacubaya* no olvidaba. Éste, habría de señalar en una carta al padre Miranda, fechada en Ixmiquilpan, siendo 18 de diciembre del mismo año:

[...] al bienestar de la República he sacrificado mi amor propio, mi orgullo militar y mi libertad, encerrándome voluntariamente en una prisión de Estado, víctima de una administración inconsecuente e ingrata, antes que turbar la paz de la nación, no obstante que contaba con todos los elementos para ello.⁷⁶⁰

Aunque volvió a hacer uso de los servicios del general Márquez en las últimas batallas de la guerra de Reforma, no creemos realmente que Miramón lo considerara “confiable”, menos aún después de enterarse del fusilamiento de Leandro Valle por órdenes suyas. Por ello, el comentario del padre Rivera nos parece insostenible, en el estricto sentido de no creer que Miramón haya hecho dicho comentario al general Prim.

Por otra parte, el padre Miranda se encontraba al lado del *Macabeo* más como un vigilante que como un aliado. Los imperialistas desconfiaban del joven general tanto como de Prim, por lo cual debían mantenerlos bajo su mirada cautelosa. Gutiérrez de Estrada escribía al general Santa Anna el 6 de diciembre de 1861:

Otra de las cosas que se necesita contrariar, cierto, bien fácil para usted, es lo que quiere hacer el general Miramón, que se ha ido con las peores intenciones y, para que se imponga usted bien de todo, puede pedirle al doctor Miranda la carta que sobre este individuo le escribí.⁷⁶¹

Más adelante, insta a Santa Anna para que siga ayudando a la causa imperialista:

[...] Vuelvo a recomendar a usted las personas de Prim y de Miramón para que vigile sus pasos, y llegado el caso procure desbaratar sus planes, si no van encaminados al bien de nuestro país, que es lo que a nosotros debe, sobre todo, importarnos [...]⁷⁶²

⁷⁶⁰ Juárez, *op. cit.*, tomo 5, pp. 298-299

⁷⁶¹ Juárez, *op. cit.*, tomo 5, p. 400

⁷⁶² García, *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, 1972, p. 67

Gutiérrez de Estrada parecía sumamente preocupado por lo que pudiera hacer Juan Prim, a quien sabían distante del plan monárquico que ellos tramaban. Y más aún de lo que Miramón intentara; en su opinión solo Santa Anna podía ayudarles a controlar a dichos personajes. Unos días después de su misiva al vetusto general, Gutiérrez de Estrada escribió, precisamente, al padre Miranda, recomendándole hacer caso del “Héroe de Tampico” porque “también es el único que puede tener a raya a Prim, cuyo nombramiento no podía ser más desacertado, y a Miramón, que quién sabe qué locuras intentará hacer [...]”.⁷⁶³

Lo cierto es que, en efecto, Miramón se reunió con varios conservadores en el exilio en espera de lo que habrían de hacer. La intención clara sería desembarcar en México pero, ¿a sabiendas de que el gobierno no los dejaría entrar?

Las escuadras francesa e inglesa arribaron a Veracruz en el mes de enero de 1862; Alphonse Dubois de Saligny y el almirante Jurién de la Gravière, y sir Charles Wyke y el comodoro Dunlop, fueron comisionados por Francia e Inglaterra respectivamente para entrar en diálogos con México; a su llegada al puerto se reunieron con el general Prim, a fin de acordar la manera en que habrían de reclamar al gobierno mexicano.

El 14 de enero mandaron a la capital un ultimátum, en el cual pedían la satisfacción de sus agravios. Señala Agustín Rivera y Sanromán:

El francés pedía satisfacción por la suspensión de pagos de la deuda francesa, por insultos hechos a la Francia en la persona de varios franceses y principalmente en la de Dubois de Saligny, y por la falta de reconocimiento de los bonos *Jecker*; el inglés pedía satisfacción por la suspensión de pagos de la deuda inglesa y por la sustracción de 660,000 pesos por Miramón; y el español pedía la satisfacción por la suspensión de pagos de la deuda española y por la falta del reconocimiento del Tratado Mon-Almonte, el cual entrañaba la petición de satisfacción por la falta de cumplimiento del tratado de 1853, y por los asesinatos de españoles cometidos en San Vicente y San Dimas.⁷⁶⁴

El 23 de enero Juárez respondió al ultimátum a través de Manuel Doblado, ministro de Relaciones Exteriores. En su comunicación indicaba que su gobierno daría satisfacción

⁷⁶³ *Ibidem*, p. 77

⁷⁶⁴ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 95

a las demandas justas y que, a fin de conferenciar, invitaba a los representantes de la alianza y a sus escoltas, a Orizaba, donde él mandaría a dos comisionados de parte de México.

Dos días más tarde, el presidente Juárez decretó la “ley sobre los delitos contra la nación”, mejor conocida como “Ley del 25 de enero”; en ella se condenaba a la pena de muerte a los extranjeros o nacionales que atentasen contra la independencia y /o la soberanía del país, a quienes se rebelaran contra las instituciones establecidas, a aquellos que se abrogaran el poder supremo de la nación o inclusive a aquellos que conspirasen contra el gobierno establecido.⁷⁶⁵ Sin duda Juárez actuaba precavidamente, pues no podían asegurarse las buenas intenciones de los países reclamantes ni mucho menos de los conservadores que pudiesen aprovecharse de las circunstancias.

Otra de las providencias ordenadas por el presidente fue la de poner en estado de sitio varios estados de la República y la de nombrar, como Jefe del Ejército de Oriente, al general Ignacio Zaragoza.⁷⁶⁶ Y es que la situación en que se encontraba México comenzaba a complicarse más: muchos eran los jefes conservadores que continuaban en pie de lucha a lo largo y ancho de la República, y tan solo dos días más tarde, el 27 de enero, arribaron a las aguas veracruzanas don Antonio Haro y Tamariz, el padre Miranda y Miramón. Apenas el vapor *Avon* fondeó en el puerto, fue abordado por un comandante británico, quien tomó prisionero al *Macabeo*. Alegó que tenía órdenes de llevarlo a un buque de guerra inglés, y que no podían autorizar su desembarco sin que éste antes respondiera por el delito de haber ordenado la extracción de caudales de la legación inglesa en la ciudad de México.

Es de imaginarse la indignación del general Miramón ante tal atropello, más aún si tomamos en cuenta que éste alegaba haber tomado el dinero de la legación, en razón de que el banquero Jecker, con quien había hecho contraído el negocio de los famosos bonos, no había proporcionado la suma prometida poniendo como pretexto que ésta estaba depositada en la legación inglesa. Miramón, en un acto tanto mal aconsejado como erróneo, mandó a

⁷⁶⁵ González Montesinos, *op. cit.*, p. 92. Dicha disposición habría de ser muy importante pues, varios años después, sería la base legal sobre la cual se juzgaría al emperador Maximiliano y a Miramón y Mejía.

⁷⁶⁶ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 95

Márquez extraer dicha cantidad.⁷⁶⁷ Los representantes ingleses no olvidaban la afrenta y exigían justicia.

Miguel Galindo y Galindo reprodujo lo expresado por Juan Prim al respecto:

Por mi parte, dijo el General Prim, traté de remediar y restablecer la armonía entre mis colegas: hice presente a Sir Charles Wyke y al comodoro Dunlop que nuestra misión en México no era prestar apoyo ni dar preferencia a un partido más bien que a otro, y que el acto de negar la entrada a Miramón en México, haría caer sobre nosotros la nota de parciales. Ninguna reflexión bastó y al cabo tuvimos que convenir en que yo suplicaría a la autoridad superior de Cuba que aconsejara a aquel personaje que no intentara penetrar en la República por este puerto.⁷⁶⁸

Dos días después, aunque indignado, el *Macabeo* viajaba de regreso a Cuba. Algunos de sus detractores han señalado que, de haber querido servir a la República, debía haber desembarcado en un puerto ocupado por el gobierno liberal. Empero, esta opción lo hubiese llevado a un fusilamiento inmediato, si tomamos en cuenta la amenaza que ya tenía desde su comunicación con Antonio Maneyro. El 14 de febrero de 1862 escribió desde La Habana al padre Miranda:

Doy a usted las gracias por el interés que ha tomado por mi persona, esta se encuentra en absoluta libertad, y haciendo uso de ella me dirijo mañana para Sevilla donde espero pase la impresión y vigilancia, así como trataré de averiguar lo que se piensa hacer en México.

Lo que me dice usted de Prim ya lo sabía: el capitán general me mostró una comunicación en la cual le encargaba a su nombre y el de los Ministros francés e inglés me vigilase y evitase saliera para México, este hecho crea usted que me ha podido más que la conducta de los ingleses.

No sé como juzgarán mi marcha para Europa, pero yo sé bien que no pudiendo entrar al país por el puerto único que podía y sin tener inteligencia en ningún otro, sería casi seguro que caería en poder de mis enemigos los de México si me escapaba de los ingleses [...]⁷⁶⁹

Parece que el círculo de acción de Miramón quedaba sumamente reducido: solo podía ser, muy a su pesar, un espectador más.

⁷⁶⁷ Lombardo, *op. cit.*, p. 415

⁷⁶⁸ Galindo y Galindo, *op. cit.*, tomo 2, p. 164

⁷⁶⁹ García, *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, 1972, p. 102

Los preliminares de la Soledad

Los representantes de las potencias europeas expusieron al gobierno de Juárez que debido a las insalubres condiciones del puerto, debían movilizar a sus tropas a las poblaciones de Orizaba y Jalapa. A esto, respondió el ministro Doblado respondió que no podían permitir el avance “a menos de que se estableciera de un modo claro y preciso las bases generales que hicieran conocer las intenciones de los aliados”⁷⁷⁰. Doblado concluía:

El Ciudadano Presidente me manda que manifieste a Vuestras Excelencias que si envían pronto a Córdoba, antes de mediados de este mes, un comisionado para discutir con otro nombrado por el Gobierno mexicano con las bases arriba mencionadas, se dará la orden permitiendo que esas fuerzas avancen a los puntos en que se convenga. Establecidos dichos preliminares, podría el Gobierno, sin comprometer la independencia nacional, conceder un permiso que ahora se miraría como una traición.⁷⁷¹

A efecto de cumplir con lo propuesto, los aliados mandaron a Prim a reunirse con Manuel Doblado. El 19 de febrero, en la población de La Soledad, Veracruz, se acordaron algunos puntos, mismos que serían conocidos como los “Preliminares de la Soledad”. En ellos, se estipulaba que dado que los países representados manifestaban no tener intención alguna de dañar la soberanía o atentar contra la independencia del país, se les permitiría ocupar Córdoba, Orizaba y Tehuantepec. Se les agradecía su deseo de ayudar a resolver sus luchas intestinas pero se ponía en claro que el gobierno “no necesita del auxilio que tan benévolutamente han ofrecido al pueblo mexicano”. Por último se estipulaba que, en el caso extremo de romperse las negociaciones, los aliados desocuparían los puntos antes dichos y regresarían hacia el puerto. La firma de los preliminares era un buen indicio en las negociaciones, más algunos sucesos empañarían el desarrollo de las mismas.

Por una parte, Saligñy daba claras muestras de tener otros planes, más allá de lo acordado en la Convención de Londres, con lo cual tanto Wyke como Prim comenzaban a

⁷⁷⁰ Galindo y Galindo, *op. cit.*, tomo 2, p. 165

⁷⁷¹ *Ibidem*, p. 166

inconformarse. Por otra, el 1º de marzo desembarcó en Veracruz el general Almonte, quien arribaba al país con el fin de hacer proselitismo a favor de la monarquía en México. Decía venir apoyado por las fuerzas de los tres países reclamantes, lo cual distendió aún más la relación entre éstos. Cinco días más tarde, más tropas francesas arribaban al puerto al mando de Charles Latrille, conde de Lorencez. La presión hacia el gobierno de Juárez era cada vez más evidente. Escribe el historiador Martín Quirarte:

La actividad de Almonte y sus socios era desembozada. No sólo actuaban dentro de la zona dominada por los franceses, sino que incitaban a la población del interior a rebelarse. Se ponían en contacto con generales adictos a la intervención. Uno de ellos, don Manuel Robles Pezuela, había emprendido la marcha para entrevistarse con los invasores. Las fuerzas de Zaragoza lo aprehendieron. Era un reo de muerte ante la ley del 25 de enero. Llevado a la presencia del general en jefe, éste lo sujetó a un consejo de guerra que ordenó su fusilamiento. Zaragoza en carta dirigida a Juárez, hizo la explicación de su conducta y aceptó toda la responsabilidad de sus actos.⁷⁷²

El fusilamiento de Robles Pezuela fue uno de los pretextos que necesitaba Saligny para intentar romper las relaciones con México. Doblado logró firmar dos tratados, uno con Prim, donde “Juárez reconoció el tratado Mon-Almonte íntegro, más ocho millones de pesos a España por reclamaciones” y otro con Wyke, donde además de reconocer la deuda, el gobierno mexicano aceptaba que Inglaterra ocupara los puertos y aduanas del país si no se hicieran con puntualidad los pagos acordados.⁷⁷³ Satisfechas las demandas, ingleses y españoles comenzaron el regreso al puerto de Veracruz, en total desacuerdo con la actitud francesa y el rompimiento de los acuerdos de la Convención. Volvemos a la pluma de Quirarte:

No faltaron los detalles espectaculares. El general Prim reclamó a Saligny por haberlo calumniado. El ministro francés decía que el conde de Reus trataba de contrariar todos los planes franceses tendientes a establecer el imperio de Maximiliano, por que el propio Prim intentaba ceñirse la corona de México.⁷⁷⁴

⁷⁷² Quirarte, *Visión panorámica...* op. cit., p. 177

⁷⁷³ Reed Torres, op. cit., p. 143

⁷⁷⁴ Quirarte, *Visión panorámica...* op. cit., p. 178

Los franceses iniciaron su marcha hacia la capital. Los planes de Napoleón III y sus aliados mexicanos parecían fácilmente realizables ahora que los españoles e ingleses no estaban de por medio. Para el trono de México se hablaba de varios nombres, pero el más sonado era el del archiduque Maximiliano de Habsburgo, hermano del emperador de Austria-Hungría Francisco José. De hecho, aunque todavía no aceptaba, se decía que sería él el próximo emperador de México.

Capítulo 34

La intervención francesa

Se dio el abrupto rompimiento de los tratados de La Soledad; el 12 de abril el presidente Juárez decretó que en el momento en que las tropas francesas iniciaran las hostilidades, quedarían declaradas en estado de sitio todas las poblaciones que los invasores ocuparon, “siendo castigados como traidores los mexicanos que permanecieran en ellas y sus bienes confiscados a favor del Tesoro público, salvo que hubiese motivo legalmente comprobado”. También se mandaba a todos los mexicanos entre 20 y 60 años de edad a que tomaran las armas, sin distinción de clase, estado y condición. Los gobernadores podían disponer de las rentas públicas y mandar organizar guerrillas. Por último “se imponía la pena de muerte como traidores a todos los que proporcionaran víveres, noticias, armas o que de cualquier otro modo auxiliasen al enemigo extranjero”.⁷⁷⁵

Las tropas del general Zaragoza se alistaban para el encuentro; el 19 de abril en Córdoba, el general Antonio Taboada lanzó un pronunciamiento donde desconocía la autoridad de Juárez y reconocía a Almonte como jefe supremo de la Nación, con facultades omnímodas para tratar con las fuerzas aliadas a fin de convocar a una asamblea nacional. Ese mismo día, a tan sólo unas leguas, se dio el primer enfrentamiento entre franceses y mexicanos; la guarnición del Fortín, bajo el mando del teniente coronel Félix Díaz,⁷⁷⁶ fue atacada y vencida por las tropas del capitán Mioche.⁷⁷⁷

Lorenzavanzaba confiado en el éxito que a su pensar habría de tener frente a las tropas mexicanas. El 28 de abril de 1862 se llevó a cabo la acción de las Cumbres de Acultzingo, donde el ejército francés derrotó a los hombres de Zaragoza, Miguel Negrete y José María Arteaga. Cabe mencionar que el general Negrete había aceptado la amnistía otorgada por Juárez, razón por la cual combatía con sus antiguos enemigos, los liberales. La derrota, evidente desde el punto de vista militar debido a lo difícil del terreno, a la inferioridad numérica y a la notoria superioridad en cuanto a formación, armamento y

⁷⁷⁵ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 108

⁷⁷⁶ Hermano de Porfirio Díaz y ex alumno del Colegio Militar, donde recibió clases del propio Miramón.

⁷⁷⁷ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 109

disciplina de parte del enemigo, sirvió para que Lorencez creyese que el ejército mexicano sería muy fácil de derrotar en posteriores encuentros. Zaragoza regresó a Puebla donde esperaba, con un total de casi 5,000 hombres, a las apenas superiores fuerzas francesas.

El 5 de mayo de 1862 las columnas francesas fueron rechazadas en Puebla por el ejército comandado por Zaragoza y cuyos subalternos eran, entre otros, Negrete, Antonio Álvarez, Berriozábal, Porfirio Díaz e Ignacio Alatorre. En sus *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*, escribe José María Iglesias:

Los franceses emprendieron el asalto al cerro de Guadalupe, con un denuedo que les ha dado en el mundo entero tan merecida nombradía: zuavos, cazadores de Vincennes, el regimiento de marina, el 99 de línea, los cazadores de África, y en suma, todas las fuerzas invasoras, en número de más de cuatro mil hombres, atacaron en columna las posiciones defendidas por el ejército mexicano. Tres veces fueron rechazados a pesar de su arrojo, que las llevaba a sucumbir hasta la orilla de los fosos y las troneras de los cañones. Un valor admirable, con el que no contaban ciertamente en soldados que pensaban ahuyentar con sólo su presencia, domó en los campos de Puebla el orgullo de los ilustres vencedores de soldados tan acreditados, como lo son los austriacos y los rusos. Y el triunfo, para mayor gloria de México, se obtuvo con elementos de bien escasa importancia.⁷⁷⁸

Miramón, quien había regresado a Sevilla, a los pocos días se dirigió nuevamente a Francia. En ese lugar se enteró de la victoria mexicana sobre los franceses, lo cual le alegró en sobremanera. Concepción narra que tras el parto de su tercer hijo, Dolores Quesada, esposa de Almonte, la fue a visitar y fue esta señora quien les informó de lo sucedido en Puebla; ante las lágrimas de Concha, doña Dolores preguntó si tanta pena le causaba la derrota francesa, a lo que la mujer de Miramón respondió: “Dios me libre de llorar por eso, lloro porque hubiera querido que mi marido hubiese ganado esa batalla”.⁷⁷⁹

La batalla del 5 de mayo tuvo serias consecuencias para ambos países: para Francia, representó un duro golpe, pues jamás hubiese imaginado Napoleón III que su poderoso ejército caería ante un enemigo aparentemente tan débil; además, la humillación fue

⁷⁷⁸ José María Iglesias. *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México*. Introducción e índice de Martín Quirarte. 2ª edición, México, Porrúa, 1972. 802 p., (“Sepan cuantos...”, 47), p. 15

⁷⁷⁹ Lombardo, *op. cit.*, p. 419

difundida a lo largo y ancho de Europa, razón por la cual se apresuró a mandar 30,000 hombres de todas las armas, a fin de someter a los mexicanos.

Para México, en cambio, representó una esperanza, pues se había vencido a uno de los ejércitos más poderosos del mundo; por otra parte, a sabiendas de que el emperador de los franceses mandaría refuerzos, daba tiempo para prepararse antes del contraataque galo; Juárez aprovecharía el precioso tiempo para aumentar su ejército.

Miramón en Europa Oriental

La estancia en Sevilla mantenía a Miramón en un completo estado de hastío; pese a haberse convertido en padre por tercera vez —ésta ocasión de una niña a la que bautizaron con el nombre de la madre del *Macabeo*, María del Carmen— y de tratar de mantener la mente ocupada, lo cierto es que la lejanía y la inacción le afectaban de sobremanera.

Concepción cuenta que su marido tenía un amigo ruso, quien en innumerables ocasiones lo invitó a conocer su país natal. Tras unas semanas, Miguel Miramón se decidió y salió de París, sin la familia, a mediados del mes de junio. Antes de arribar a Berlín, pasó por la ciudad de Colonia, donde registró sus impresiones en una carta a su esposa, la primera escrita desde que dejase la presidencia de México. El general cuenta:

La población no tiene nada de agradable; calles angostas y sucias, aunque no tanto como las de Nápoles; muchos mendigos, no en la cantidad de los de Italia, pero sí de los que incomodan a uno bien. Hay un museo de pinturas y esculturas, que después de haber visto los de Italia y Francia, no gustan, y un bello y elegante puente sobre el Rhin que me ha gustado mucho.⁷⁸⁰

El mismo día de su llegada, 16 de junio, volvió a tomar el tren para continuar con su camino. Al día siguiente arribó a una Berlín lluviosa, de la cual escribiría el 18 de junio:

Esta mañana se anunció el tiempo mejor, salimos a recorrer la ciudad, que es muy extensa y llena de bellos monumentos y edificios públicos; nos dijeron que no perdiéramos la parada o revista de las tropas que entran de servicio; en

⁷⁸⁰ Lombardo, *op. cit.*, p. 420

efecto, por la multitud de gente que asiste, y por la variedad de uniformes y la buena música, se puede ver; por lo demás el ver poner 160 hombres en tres o cuatro posiciones, y en verlos girar a la derecha o a la izquierda y retaguardia, no vale la pena tomar el sol y un sol de media hora o de tres cuartos de hora. Muy notable es que asistan más de 300 jefes y oficiales y más de mil personas a tal acto que se verifica diariamente a las once de la mañana.⁷⁸¹

Miramón aprovechaba cada momento que tenía para conocer los museos y monumentos de las ciudades visitadas. Son sus cartas además ricas en descripciones de los tipos humanos que conocía: quienes eran, cómo vestían, qué acostumbraban. Empero, nada más importante que buscar, donde se pudiese, noticias de su patria, noticias de México:

He leído en *La Independencia Belga*, que el general Lorencez, jefe de la expedición francesa, en México, ha dejado el mando de jefe de Estado Mayor al coronel Balari; dice el diario que será a causa del mal estado de su salud, a causa de las heridas recibidas en la campaña de Italia, o tal vez por el mal resultado del ataque a la fortaleza de Guadalupe que así le llaman. Leí también que toda la prensa ha pedido el envío de fuertes refuerzos a México, y que al efecto, salen por lo pronto cinco mil hombres con el general Forey y mil más tarde, si fuese necesario. También leí que el Cuerpo Legislativo aprobaba sin observación y que la comisión pedía 15 millones para gastos de la expedición de México.⁷⁸²

El 22 de junio de 1862, tras cuarenta y ocho horas de viaje, el general llegó a San Petersburgo. Las impresiones que causó dicha ciudad a un mexicano como el *Macabeo* son interesantes, sobre todo si tomamos en cuenta que la mayoría de los testimonios de viajes que sobre el siglo diecinueve mexicano conocemos, son de extranjeros que describen el territorio y a la población nacional. El testimonio de Miguel Miramón nos muestra las grandes diferencias entre nuestra sociedad y la de aquellos países del Viejo Mundo cuyas costumbres nos eran —y en ocasiones nos son— ajenas, al igual que les son ajenas las nuestras a los ojos de los europeos. El *Macabeo* escribe a Concha:

Si juzgamos por las caricaturas de los habitantes, por sus trajes y su carácter, con algunas excepciones sería semejante al de los osos, tigres y otros animales feroces; no puedes figurarte la rareza de sus fajas, de sus trajes y de sus

⁷⁸¹ *Ibidem*, p. 421

⁷⁸² *Ibidem*, p. 422

cabezas que dan la idea de cascos; no hay país en los habitantes tengan tanta semejanza con los bandidos y con la gente más miserable, hablo, bien entendido, del pueblo ruso.

La ciudad es bastante sucia, así como los hoteles, restaurantes y almacenes que toda da idea de porquería. Los manjares, así como los criados que los sirven, dan asco.⁷⁸³

El joven general estaba ya inquieto por ver a su familia, por lo que apresura su viaje por Rusia con el objeto de emprender el retorno a Francia. A su llegada a París, le esperaba una amplia correspondencia con noticias de todo tipo, pero según escribe Concha Lombardo, gran parte era de sus amigos conservadores, algunos de los cuales ya se mostraban arrepentidos de haber apoyado la intervención debido a la falta de resultados de los generales franceses. Sin embargo, la noticia que habría de resolverles a dejar Europa fue la liberación de Isidro Díaz, luego de dos años de prisión. Al salir, de inmediato contrajo matrimonio con Merced Lombardo, tras de lo cual se habían trasladado a los Estados Unidos. Díaz invitó al matrimonio a que se reunieran con él y su esposa en Nueva York; aceptada la invitación, Miguel Miramón y Concha salieron en el mes de agosto de 1862 rumbo a la Unión Americana.⁷⁸⁴

La corona de México

La idea de una corona para México había sido aceptada por Napoléon III, más la elección del candidato idóneo no se había llevado a cabo. Los monarquistas hubiesen querido que fuera un príncipe Borbón español el que ocupara el trono, más el emperador francés no impondría a un príncipe europeo que no conviniera a sus intereses en México y Europa. Por ello, propuso a Maximiliano; los monarquistas habrían de aceptar de buen grado porque el archiduque era un Habsburgo, una de las casas reinantes más antiguas y con mayor prestigio: México sería gobernado por un descendiente de Carlos V.

⁷⁸³ *Ibidem*, p. 424

⁷⁸⁴ *Ibidem*, p. 426

Pero el interés de Napoleón iba más allá de la casa reinante que habría de imponerse; el archiduque Max representaba la oportunidad perfecta para hacer las paces con Francisco José de Austria, a quien Francia había combatido en 1859, aliada con el reino de Piamonte-Cerdeña, en su lucha por la recuperación de la Lombardía. Por otra parte, ¿quien mejor que un joven idealista como Maximiliano para acceder a los deseos del monarca galo y conceder el protectorado del territorio mexicano de Sonora a Francia?

Pero, ¿quién era Maximiliano? ¿Qué formación tenía que lo hacía el candidato perfecto para el trono de México? La historiadora Berta Flores Salinas escribe al respecto:

[...] nació en 1832 en Viena, capital del imperio austrohúngaro. Se aplicó en la botánica, la pintura, la literatura y la música. Amaba los deportes, de preferencia la equitación. Tuvo un preceptor particular llamado Henrich Bombelles, el cual, aunque había nacido en Francia, poseía una amplia experiencia en el ejército austriaco. Le impuso siempre una dura disciplina, que iba desde levantarse a hora muy temprana cada día y cumplir con varios cursos por semana. Estudió las variadas lenguas que se hablaban en el imperio; tuvo especial gusto por las lenguas vivas y más tarde aprendió el español por ser el idioma de su futuro imperio.⁷⁸⁵

En 1856 conoció a Carlota de Sajonia-Coburgo, princesa de Bélgica, con quien contrajo nupcias. Poco después fue nombrado por su hermano gobernador de las provincias de Lombardía y Venecia, más tras la derrota austriaca en las batallas de Magenta y Solferino —en las cuales, como hemos mencionado, los ejércitos italianos estuvieron apoyados por Francia— Maximiliano se retiró a la vida privada en su castillo cercano a Trieste, el Palacio de Miramar. La relación con Francisco José no era del todo buena debido a las ideas liberales del archiduque Max; Brigitte Hamann señala:

Reinando estas condiciones de descontento y amargura, y la conciencia de la falta de probabilidad de obtener una función independiente en Austria, en octubre de 1861 le llegó a Max, por parte de Napoleón III, la oferta, aún vaga, de la corona de México: una idea acogida con exaltación por Maximiliano y

⁷⁸⁵ Flores Salinas, *Segundo Imperio...*, *op. cit.*, p. 12

Carlota y a la que el emperador Francisco José tampoco opuso reparos, aunque no deseaba precisamente apoyar el proyecto de un modo activo.⁷⁸⁶

Efectivamente, desde finales de septiembre había llegado a Miramar la propuesta para aceptar la corona de México, apoyada por Napoleón III. En un primer momento aceptó el archiduque, más fue esto con cuatro condiciones: que lo eligiera la mayoría de los mexicanos, que el emperador francés le apoyase con su ejército, que el proyecto lo aprobara su hermano y, por último, que también diese su aprobación su suegro, Leopoldo I, rey de Bélgica.⁷⁸⁷

Los monarquistas mexicanos comenzaron a movilizarse buscando aprobación para la candidatura de Maximiliano, e inclusive lo llegaron a visitar, como fue el caso de Almonte en enero de 1862, justo antes de su regreso a México. El general rogó al archiduque que aceptara el trono, más Maximiliano respondió que aceptaría “luego que se le presentase una ‘manifestación nacional’”.⁷⁸⁸ Por ello, tras el arribo de Almonte a Veracruz, comenzaron a circular actas de adhesión donde se recababan firmas en pro de la monarquía en todos los sitios dominados por los franceses.

Ya se tenía un candidato, ya se tenía un ejército de ocupación y el apoyo de un sector de la sociedad mexicana; ahora sólo faltaba consolidar el poderío francés a fin de imponer a México la forma de gobierno monárquica.

Mientras tanto en México, tras de la tempestad llegó la calma, aunque relativa. Los franceses se hacían más fuertes cada vez y en Veracruz desembarcaban consecutivamente nuevas divisiones que llegaban para reforzar al ejército. El general Elias Federico Forey llegó a mediados de septiembre al mando de una de estas divisiones y, desde su llegada, trató de imponer un nuevo orden a las cosas: desconoció a Juárez y suprimió toda autoridad de Almonte. Avanzó hasta Orizaba donde fue recibido el 24 de octubre por Lorencez, Almonte y Haro y Tamariz. Traía nuevas de Francia, a través de las cuales destituyó a Lorencez del mando supremo y quedó él a cargo.

⁷⁸⁶ Brigitte Hamann. *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller 1864-1867*. Traducción de Angélica Scherp. Segunda reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1994. 236 p, fotos, ils. (Sección de obras de Historia), p. 37

⁷⁸⁷ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 85

⁷⁸⁸ *Ibidem*, p, 96

El ejército mexicano, por su parte, hubo de reformarse debido a que el 8 de septiembre falleció el general Ignacio Zaragoza víctima de tifo. Tras brindársele todos los honores, Juárez decretó el cambio de nombre al estado de Puebla, agregándosele el mote “de Zaragoza”, como un homenaje *post mortem* a las acciones del 5 de mayo. El vencedor de Calpulalpan, González Ortega, tomó el mando del Ejército de Oriente; así mismo, y gracias a un indulto de Juárez, el general Ignacio Comonfort pudo regresar a las filas mexicanas para combatir a la intervención.

Comonfort quedó a cargo del llamado Ejército del Centro, que habría de militar en los estados de México, Querétaro e Hidalgo; por otra parte, se instauró también el Ejército de Reserva, que bajo el mando de Manuel Doblado se ocuparía de la zona del Bajío. Con el arribo a Veracruz de los generales Aquiles Bazaine, Charles Louis Neigre y Armando Alejandro de Castagny, el enemigo llegaba a 17,384 efectivos.⁷⁸⁹ El siguiente encuentro habría de tener lugar en el mismo sitio: la desde entonces llamada Heroica Puebla de Zaragoza.

⁷⁸⁹ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 119

Capítulo 35

El Segundo Imperio Mexicano

El 16 de marzo de 1863 dio inicio el sitio de Puebla a manos de los franceses. El ejército de Forey estaba compuesto por treinta mil hombres, de los cuales ocho mil eran mexicanos y estaban comandados por Márquez y Juan Vicario; González Ortega contaba apenas con veintidós mil efectivos.⁷⁹⁰ El 17 de mayo se rindió Puebla por falta de municiones y víveres. Los generales, jefes y oficiales mexicanos fueron hechos prisioneros por los franceses, y se les mandó desterrados a Francia. Forey hizo su entrada triunfal a la angelópolis dos días después.

El 31 de mayo Juárez salió de la capital con su familia, gabinete, ayudantes y otros empleados públicos con rumbo a San Luis Potosí; el 10 de junio el general Forey hizo su entrada triunfal a la ciudad de México a la cabeza del ejército francomexicano y, a los pocos días, convocó a una Junta de Notables. Ésta implantó una Regencia, la cual desempeñaría el poder ejecutivo de la nación en espera de la llegada del emperador Maximiliano. Los elegidos para encabezarla fueron Almonte, el general José Mariano Salas y el arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos.

El general Miramón por su parte, había radicado en los Estados Unidos desde mediados de 1862, donde a decir de algunos de sus conocidos continuaba sin ánimo de tomar parte en las cosas de país,⁷⁹¹ aunque seguía manteniéndose al tanto de los sucesos nacionales. Fue en Nueva York donde se enteró de lo dicho por su supuesto amigo el padre Miranda, a quien escribió una breve nota:

Mi estimado amigo y señor:

¿Tendrá usted inconveniente decirme, en contestación, cuales eran las miras políticas que supo usted llevar yo a la República, cuando se me impidió desembarcar en Veracruz, por la marina inglesa?⁷⁹²

⁷⁹⁰ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 124

⁷⁹¹ García, *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, 1972, p. 220

⁷⁹² *Ibidem*, p. 281

Ciertamente seguían los rumores acerca de la inacción del *Macabeo* pues parecía increíble que no hubiese intentado nuevamente aproximarse al territorio mexicano; Ramón Carballo escribió a José Hipólito González: “bien pueden estar completamente tranquilos de que dicho general se llegue a presentar hostilmente en la República, pues se con toda certeza que sus intenciones son de permanecer a la expectativa hasta tanto lleguen a ocupar los franceses la capital”.⁷⁹³

Pero Miramón continuó su estadía en Norteamérica: al poco tiempo pasó a Canadá, donde permaneció hasta que el frío les impidió prolongar su estancia. De regreso a Nueva York, la familia Miramón se decidió por volver a tierras cálidas, puesto que los niños eran pequeños y Concepción estaba en el sexto mes de su cuarto embarazo. Ella misma narra:

[...] las tropas francesas estaban escalonadas en todo el camino de Veracruz a México, y no se hablaba de ningún hecho de armas. Por todas estas circunstancias mi esposo pensó que lo más cuerdo era el que yo me marchase a México, con mis hijos, quedándose él en La Habana hasta que los acontecimientos políticos le permitiesen volver al país.⁷⁹⁴

Empero, poco sería el tiempo que Miramón habría de permanecer en la isla. El 3 de junio se encontraba en Brownsville, en la frontera texana, en espera de poder entrar a México desde el norte. Escribió entonces a su esposa, quien se encontraba en la hacienda de Cerro Prieto, propiedad de Romualdo Fagoaga, el antiguo amigo de Miguel y cuñado de Concha:

Después de lo acontecido en Puebla, créete que he quedado un momento [pensando] sobre todo lo que convendrá mejor al país. ¡Que desgracia que Juárez y sus compañeros sean tan bandidos!, es imposible ponerse uno al lado de Rojas, Carvajal y Cuellar; por otra parte, los franceses son intolerables y mucho me temo que la intervención se convierta en dominación.⁷⁹⁵

Miramón se encontraba orgulloso del desempeño de González Ortega y su ejército, quienes a su sentir “han dejado bien puesto el honor de las armas nacionales”, aunque no

⁷⁹³ *Ibidem*, p. 256

⁷⁹⁴ Lombardo, *op. cit.*, p. 431

⁷⁹⁵ *Ibidem*, pp. 450-451

pudo evitar dar su opinión militar en cuanto a que “se pudo haber hecho mucho más, se pudo romper la línea”.⁷⁹⁶ Era evidente el anhelo del general por regresar al teatro de los acontecimientos.

Dos semanas después se manifestaba preocupado por la toma inminente de la ciudad de México, la cual suponía se defendería hasta el último cartucho; pronto habría de decepcionarse, al enterarse de los hechos; volvemos con su pluma:

Después de mi última carta, ya puesta en el correo, recibimos la noticia de la llegada de Juárez a San Luis Potosí, y al otro día la importante de la ocupación de México por los franceses. Nunca creí que defendieran México como a Puebla, porque no contaban con elementos para ello; pero después de haber escrito tantas bravatas sobre sucumbir entre escombros, disputar palmo a palmo el terreno, etc., etc., me parecía que harían algo más por salvar su honor; posteriormente he visto una persona que llegó de Veracruz y me dice que [de] los 200 [?, deben haber sido 900] generales, jefes y oficiales prisioneros de Puebla se escaparon en el camino más de 500, pues sólo se embarcaron 350; entre los prófugos está González Ortega, que lo verifiqué en Orizaba.

Ya en México veremos cual es el camino que debo tomar, lo que siento es que para lo que pueda ocurrir, estoy muy distante y, sobre todo, a ciegas, pues nada, absolutamente nada, se dice aquí.⁷⁹⁷

La oportunidad idónea para regresar a su patria parecía provenir de un antiguo enemigo: el 19 de junio, desde San Luis Potosí, el general liberal Manuel Doblado le escribió una sensible carta que merece ser reproducida en su totalidad:

Señor general:

El señor licenciado don Joaquín Alcalde ha tenido la bondad de encargarse de una comisión importante para con usted.

Los lazos de la antigua y excelente amistad que a ambos nos une, me hacen suponer que usted lo recibirá favorablemente y que quedará convencido de que todo cuanto él le ofrezca en mi nombre y en el del señor Juárez, para con quien emplearé todo mi influjo a fin de que acepte un arreglo, se observará escrupulosamente.

El señor Alcalde pondrá a usted al tanto de las condiciones generales para lograr un acuerdo, según mi manera de ver, y no creo que haya en el fondo

⁷⁹⁶ *Ibidem*, p. 451

⁷⁹⁷ *Ibidem*, pp. 454-455

mucha diferencia en nuestros juicios; la situación es tan clara que difícilmente habrá quien la vea de otro modo.

Nada propongo a usted que no esté en armonía con la elevada posición que antes ocupó y no me guía otro objeto que restablecer la independencia y el honor de la República.

Con tal persuasión, me he decidido a escribir a usted por vez primera, aunque ya algunos amigos de usted y míos le han hablado en mi nombre en otra ocasión.

Suplico a usted corresponda al llamamiento que le hago y esté usted persuadido de que en mí solo encontrara un admirador de su valor y un amigo adicto. =Manuel Doblado.⁷⁹⁸

Sin duda, el arrojo y valentía del *Macabeo* —uno de los generales con más prestigio en la época—, eran reconocidos por propios y extraños, y no fue Doblado el único en pensar que sería un excelente elemento en las filas nacionales.⁷⁹⁹ Hacia el 11 de julio se tienen noticias de Miramón en la República.⁸⁰⁰ La carta de don Manuel sin duda lo decidió a actuar; ¿acaso Juárez habría de recibirlo en el ejército mexicano? ¿Esta vez sí aceptaría la espada del *Macabeo* tras haberla rechazado poco antes? Desde Cerro Prieto, San Luis Potosí, donde creía que encontraría a su esposa, Miramón escribe:

El camino, como debes suponer, lo hemos hecho muy de prisa y gracias a Dios, hasta la hacienda de la Corcovada no fuimos conocidos. En las 200 leguas que hay desde este punto hasta la frontera, hemos dejado tirados cuatro caballos y pasado cerca de 16 haciendas de tránsito. En este viaje solo Acebal me ha acompañado. Anoche dormimos en Cerro Prieto [sic] y hoy dormiremos en San Martín. Como Romualdo está en San Luis, lo tengo que esperar hasta esta noche para después seguir mi camino, pídele a Dios que me acompañe.⁸⁰¹

La espera se vio interrumpida pronto; el biógrafo de Miramón, Víctor Darán, relata:

⁷⁹⁸ Darán, *op. cit.*, tomo 2, pp. 57-58

⁷⁹⁹ Es importante señalar que Concepción Lombardo, en sus *Memorias*, escribe que la carta de don Manuel fue redactada en enero de 1864 estando éste en Zacatecas; según ella Miramón se negó a la propuesta de Doblado porque creía que una vez que lo habían tachado de ambicioso, si aceptaba creerían que en efecto lo era. Descartamos la versión de la señora Lombardo porque el mismo Darán, al que ella encarga la redacción de la biografía de su esposo, anexa la carta fechada en 19 de junio y dirigida a Brownsville. Por otra parte, dudamos seriamente de que, si Miramón para enero de 1864 ya había reconocido a la Regencia, tuviese un ofrecimiento de Juárez. Además, Concha da a entender que Doblado le ofrecía la presidencia a Miramón y en la carta mencionada sólo le ofrece un puesto digno de su rango, que debió ser, suponemos, el mando de uno de los ejércitos. Tal vez la señora confundió los papeles y por eso dio tal versión. Lombardo, *op. cit.*, p. 472

⁸⁰⁰ Jesús Monjarás Ruíz. *México en 1863: testimonios germanos sobre la Intervención Francesa*. México, Secretaría de Educación Pública, 1974. 206 p., (SEP/Setentas, 146), p. 88

⁸⁰¹ Lombardo, *op. cit.*, p. 461

[...] se decidió a permanecer allí, siempre con la mira de tener una conferencia con Doblado, cuando supo que el general [Mariano] Escobedo, a la cabeza de 1,000 hombres, iba en busca suya, con órdenes de Juárez de apoderarse de su persona y pasarlo inmediatamente por las armas. Esto lo obligó a emprender su camino para México a cuya capital llegó el 28 de julio de 1863 [...]⁸⁰²

En ese momento el general se vio en una disyuntiva pues, aunque no le gustaba la idea, debía informar a la Regencia de su arribo. Así sucedió y pronto recibió la visita del general Forey y de Saligny quienes le pidieron que se uniera a sus planes. Luis Islas García enfatiza que Miramón inventó diversos pretextos elusivos, más ante la amenaza de un nuevo destierro se vio obligado a reconocer al gobierno de la capital. El mismo autor señala:

Miramón es entonces un forzado de los franceses, pero más de nuevo un prisionero de su mala fortuna. Sin embargo, Forey tiene el buen sentido de no llevar muy adelante sus propósitos iniciales con el expresidente y lo deja tranquilo en la Metrópoli durante casi todo el tiempo que tiene el mando del ejército francés. En los últimos días de ese mando, el mes de noviembre, don Miguel recibe órdenes de organizar una división con su propio nombre, con el cuadro de jefes y oficiales que se puso a su disposición en la capital. La división debía constituirse con gente del Bajío y su residencia sería Guadalajara: era un esfuerzo para crear el ejército mexicano que sustituyera ala de ocupación, según los acuerdos que se habían firmado al respecto.⁸⁰³

Por ello Miramón salió de la capital rumbo a Guadalajara a fin de llevar a cabo su cometido. En la ciudad de Querétaro formó su ejército, apoyado como ya era costumbre por la gente de su confianza, por sus incondicionales. El Jefe del Estado Mayor sería el general de brigada Antonio Ayesterán, a quien debemos recordar en las campañas del *Macabeo*. En la caballería se encontraban los coroneles Joaquín Miramón y Joaquín Ayesterán, hermanos por supuesto de los dos anteriores. En la infantería, entre otros, los también coroneles Antonio Jáuregui y su otro hermano, Carlos Miramón. Y por último, la artillería quedaba a cargo de Santiago Cuevas.

⁸⁰² Darán, *op. cit.*, tomo 2, p. 59

⁸⁰³ Islas, *op. cit.*, pp. 216-217

El *Macabeo* tuvo un gran recibimiento en dicha población; su popularidad no había desaparecido, lo cual no pareció gustar del todo ni a Almonte ni al general Bazaine, que recién había asumido el mando del ejército francés. Éste, al poco tiempo mandó una comunicación a Miramón ordenándole ponerse a las órdenes de un coronel francés: ¿cómo podía alguien que había alcanzado antes de los treinta años el grado de general de división y había asumido la presidencia de la República aceptar estar sometido a un coronel tan sólo por ser francés? Por supuesto, la indignación del *Macabeo* no se hizo esperar. En una sentida carta dirigida a Bazaine señala:

He querido dar el ejemplo de sumisión a la voluntad nacional dignamente interpretada por la Junta de Notables; he aceptado sin reserva sus decisiones, y cuando apenas acababa de dejar la Primera Magistratura del antiguo régimen deseaba que mis actos, más que mis palabras, probasen la lealtad con que abrazaba la nueva forma de gobierno que a Nación iba a darse y el respeto y veneración con que miraba al ilustre príncipe electo para conducir sus destinos; pero quería todo esto conservando mi dignidad, o por decir, la dignidad del alto puesto que ocupó en el ejército, y como vuestra determinación del diez hace esto imposible, os suplico, general, que deis ordenes en el sentido que he indicado, pudiendo creer que me es muy sensible el no poder ayudaros de una manera eficaz y activa, en vuestras operaciones.

El *General de División* Miguel Miramón

Miguel Miramón se retiró entonces a la vida privada en la capital, donde fue vigilado por los hombres de Bazaine, ya que éste opinaba sobre el *Macabeo*: “es un ambicioso y vanidoso que tiene siempre necesidad de dinero y porque nos es poco favorable y en la primera ocasión le enviaré a Europa”.⁸⁰⁴ ¡Vaya que sí lo haría!

La aceptación del archiduque

El 3 de octubre una comisión encabezada por Gutiérrez de Estrada ofreció formalmente el trono de México a Maximiliano de Habsburgo; lo más granado del monarquismo mexicano

⁸⁰⁴ Genaro García. *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. La intervención francesa en México según el archivo del Mariscal Bazaine*. 2ª edición, México, Porrúa, 1973. 2 tomos, 1416 p., (Biblioteca Porrúa, 54 y 55), p. 319

estuvo presente: Hidalgo y Esnaurrizar, Ignacio Aguilar y Marocho, el padre Miranda, Joaquín Velázquez de León, Antonio Escandón, Adrián Woll, Tomas Murphy, Antonio Suárez de Peredo, José Landa y Ángel Iglesias y Domínguez. El archiduque quedó complacido aunque insistió en que lo aclamara el pueblo mexicano, de lo contrario no aceptaría.

El único que no estaba totalmente convencido era el emperador Francisco José de Austria, pues pese a que le convenía alejar a su liberal hermano, insistió en que este, antes de aceptar el trono de México, debía renunciar a sus derechos a la corona de Austria. El 9 de abril de 1864 el emperador austriaco visitó a Max en Miramar y conferenciaron largo tiempo con el objeto de llegar a un acuerdo. Maximiliano se resistía pues tal vez seguía esperanzado a suceder a su hermano eventualmente, más Francisco José no se daría un ápice y ese mismo día firmarían un convenio donde Maximiliano renunció a todo derecho que pudiese tener para ocupar el trono del imperio austro-húngaro.

¿Por qué la insistencia del hermano de Maximiliano? Quizás la respuesta se encuentre en el mismo convenio que refería con respecto a Max “que renuncia por sí y por sus descendientes masculinos y femeninos, a todos los derechos y pretensiones que les pertenecen o pueden pertenecerles, en virtud de parentesco, de nacimiento o de usos y costumbres, a la fortuna privada, presente y futura, mobiliaria o inmobiliaria de la Ilustrísima Casa Archiducal”.⁸⁰⁵ Tal vez porque conocía a su hermano, Francisco José no quería arriesgarse a que, unos años después, un mexicano quisiese reclamar el trono austriaco aludiendo ser hijo del archiduque.

A pesar de lo difícil que fue para Maximiliano lo sucedido al día siguiente se llevó a cabo la ceremonia de aceptación de la corona, en la cual estuvo presente un representante de Napoleón III de apellido Herbert, con quien el nuevo emperador de México firmó los famosos Tratados de Miramar, que establecían el modo en que los franceses apoyarían al imperio mexicano.⁸⁰⁶

⁸⁰⁵ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 170

⁸⁰⁶ Básicamente se trataba del apoyo militar: las tropas francesas se irían reduciendo paulatinamente mientras Maximiliano conformaba el ejército imperial. México pagaría los gastos de la expedición francesa (que incluían el 3% anual de intereses), además de la manutención de las tropas intervencionistas. También se pagaría otra cuota por exceso de gastos de guerra, se indemnizaría a los súbditos franceses que hubiesen sufrido perjuicios. Sin embargo,

Hubo festejos, banquete y vivas; cuatro días después, Maximiliano y Carlota, ya emperadores de México, salieron del castillo de Miramar rumbo a Roma, donde fueron recibidos el 19 de abril por el Papa Pío IX.

Los monarcas se embarcaron en la fragata *Novara* el 21 de abril de 1864 rumbo a su nueva patria.

habían otros artículos adicionales secretos con los cuales Maximiliano sabía que tendría 28,000 hombres en 1865, 25,000 en 1866 y 20,000 en 1867, sin contar a la Legión Extranjera que seguiría al servicio de México aunque siendo parte del ejército francés. Por último, se ratificaba que seguiría en pie el manifiesto de Forey de junio de 1863 en el cual se avisaba de la no derogación de las Leyes de Reforma de Juárez. *Ibidem*, p. 172

Capítulo 36

El destierro disfrazado

Antes de la travesía a través del Atlántico Maximiliano escribió al presidente Juárez invitándolo a participar con él en el Imperio. El 28 de mayo de 1864 los emperadores arribaron al puerto de Veracruz, más como no se esperaba su llegada fueron recibidos con frialdad; ahí mismo, Maximiliano recibió la respuesta de Juárez en la cual el político oaxaqueño se niega terminantemente a aceptar al imperio y tras discernir sobre la traición de los imperialistas, concluye:

Es dado al hombre, señor, atacar los derechos ajenos, apoderarse de sus bienes, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de los vicios propios una virtud. Pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad y es el fallo tremendo de la historia. Ella nos juzgará.⁸⁰⁷

Desde su salida de la capital, Juárez se había instalado con su gobierno en San Luis Potosí primero, y en Saltillo, Coahuila a partir de enero de 1864. Si bien el ejército regular había sido eliminado en Puebla tras el sitio, los principales militares republicanos seguían combatiendo en guerrillas. Sin embargo, el avance del ejército francomexicano era veloz, y poco a poco se apoderaba de todas y cada una de las poblaciones antes ocupadas por los republicanos.

También eran notorias las defecciones de parte de algunos de los antiguos jefes liberales, que sin más se pasaban al enemigo, engrosando sus filas. Ante la necesidad económica del gobierno de Juárez, éste mandó una comunicación al cacique Santiago Vidauri para que pusiera “a disposición del gobierno federal los productos de la aduana de Piedras Negras, de los cuales había estado disponiendo indebidamente”.⁸⁰⁸ Vidauri, por supuesto, se negó a dar a Juárez el dinero. Era claro que el cacique dudaba entre seguir sumiso a la República o reconocer el Imperio; más fue poco el eco que tuvo don Santiago entre los estados del norte, razón por la cual abandonó el país y el presidente pudo

⁸⁰⁷ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 181

⁸⁰⁸ Quirarte, *Visión panorámica...*, *op. cit.*, p. 197

instalarse en Monterrey el 3 de abril de 1864. Ahí recibió el político oaxaqueño la carta de Maximiliano y ahí mismo donde puso punto final a las intenciones del emperador.

Éste último llegó a la capital, acompañado por la emperatriz, el 12 de junio. Con grandes festejos dio comienzo el Segundo Imperio Mexicano. La sociedad capitalina, acostumbrada a tantos cambios de gobierno, no tuvo reparos en recibir a los monarcas, pues para la inmensa mayoría de los mexicanos daba igual si el país era una monarquía o una república. Pero para un gran sector no daba lo mismo y pronto habrían de decidirse por uno u otro bando. Es importante aclarar que, pese a lo que oficialmente se ha señalado, ni todos los conservadores fueron imperialistas ni todos los liberales fueron republicanos; asimismo, muchos se mantuvieron al margen, a la expectativa del acontecer nacional.

Miramón pretendía ser recibido por el emperador, más la situación habría de ser adversa. Luis Islas García señala tuvo que pedir permiso al jefe del Ejército y a la Regencia. Bazaine se negó, lo mismo que Almonte. Más de un mes después de su arribo, fue el mismo Maximiliano quien le otorgó una audiencia.⁸⁰⁹ Se ha dicho que en la entrevista que sostuvieron, ninguno de los dos quedó conforme con su interlocutor, pero nada podemos asegurar al respecto. El biógrafo Islas señala al respecto:

El resultado de la entrevista, las intrigas que contra el vencido propiciaban todos sus enemigos, colocados en buena situación con el nuevo gobernante, las negativas de doña Concha para tratar a la Emperatriz cuando se hizo una maniobra para que aceptara que los Soberanos fueran sus compadres, dejaba al ex caudillo en tal situación, que lo único que no se le discutía era su prestigio militar.⁸¹⁰

Eran muchas las razones para mantener alejado al general Miramón, no solo por parte de un emperador sumamente liberal quien veía en el *Macabeo* a un conservador acérrimo, sino también de los imperialistas, recelosos por la renuencia de éste a darles su apoyo. A ello se sumaba que el general Bazaine sentía una especial antipatía por el ex presidente, la cual no disimulaba y que pronto habría de manifestarse más abiertamente.

⁸⁰⁹ Islas García, *op. cit.*, p. 222

⁸¹⁰ *Idem*

Además de negarse a darle permiso para ver al emperador, Bazaine inició una “campaña de desprestigio” en contra del joven general al ordenar una investigación sobre los grados militares de éste. Bazaine tenía conocimiento de lo que nosotros hemos mencionado con anterioridad: de ser teniente coronel pasó a general de brigada. En efecto, jamás fue colocado en el grado de coronel, lo que trajo descontento para algunos militares. Uno de ellos fue el mismísimo Márquez, quien en su manifiesto de 1867 habría de acusarlo de haber usurpado un puesto que no le correspondía.

El riesgo de ser degradado en el escalafón militar pasó, ya que el 8 de octubre el Imperio le confirma su grado.⁸¹¹ Vemos entonces a un Miramón cada vez más convencido de retirarse de la vida pública pues el rechazo de las fuerzas imperiales era evidente; apenas el 24 de septiembre recibió el pago por los servicios prestados brevemente, durante la Regencia.⁸¹² Días más tarde, el 13 de octubre pide un pasaporte para viajara a la Hacienda de San Matías, jurisdicción de San Martín Texmelucan, a fin de atender “asuntos propios”.⁸¹³ Sin embargo, poco estaría ahí pues se le habría de designar una nueva misión.

El Ministerio de Guerra y Marina del gobierno imperial notificó el 3 de noviembre al mariscal Bazaine que el emperador dispuso “que el general Miguel Miramón marche a Prusia con objeto de estudiar el sistema militar de aquella nación”;⁸¹⁴ Maximiliano por fin había cedido ante la insistencia de Bazaine, quien lo convenció incluso del peligro que representaba para la estabilidad del Imperio la permanencia del *Macabeo* en México. A la par corrían los rumores; Miguel Galindo y Galindo señala:

[Bazaine] presentó a la Regencia una acusación en su contra, tratándolo de insubordinado y ambicioso y haciéndole cargo de haberse apoderado de cien pesos; acusación que le fue fácil destruir por lo relativo a esta última parte, la más ofensiva pues el ex-presidente tacubayista probó haber empleado la expresada suma en el pago del alquiler de unos carros que trasportaron equipajes de los jefes que lo acompañaron cuando fueron a Guadalajara; sin embargo, los dos personajes [se refiere a Márquez y Miramón] salieron del país cometiéndose en sus contra un atentado, que Maximiliano llevó a cabo

⁸¹¹ *Ibidem*, p. 223

⁸¹² AGN. Fondo Segundo Imperio, vol. 28, exp. 35, septiembre 24 de 1864

⁸¹³ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 91

⁸¹⁴ AGN. Fondo Segundo Imperio, vol. 28, exp. 31, noviembre 3 de 1864

cediendo a la influencias de sus ministros de sus fatal gabinete y de susodicho mariscal.⁸¹⁵

La noticia del alejamiento del *Tigre* y Miramón circuló por todos los periódicos: a nadie se engañaba con las supuestas misiones que desempeñarían en el extranjero, ya que ni el estudio del arte prusiano de la guerra ni mucho menos la misión de Márquez como embajador cerca de los turcos (quienes seguramente ni siquiera sabían de la existencia de México) fueron suficientes para ocultar el destierro al que estarían sometidos dichos generales. Dentro de las filas republicanas también se habló al respecto; el ministro juarista Iglesias escribe:

A corroborar más la creencia de que hay en el seno de los imperialistas gérmenes inextinguibles de discordia, ha venido el hecho de haberse encomendado al mismo Miramón una misión en el extranjero, pretexto ridículo que a nadie engañará, porque no se puede dejar de comprender que esa medida no es otra cosa que un destierro honroso, hijo de miedo de que el antiguo presidente reaccionario se insurreccione contra el Imperio, que reconoció tan llanamente [...] ⁸¹⁶

De este modo el rumor de que Miramón se habría de levantar contra Maximiliano surtió efecto éste, sin más remedio que aceptar escribió para conocimiento del emperador:

[...] que se considera sin mérito alguno para que Su Majestad haya tenido a bien distinguirlo para el desempeño de una comisión que exige por su propia magnitud e importancia talentos superiores de que carece; pero que lo acepta no obstante su insuficiencia, porque quiere dar a su majestad un testimonio de la sinceridad de sus sentimientos en favor de las mejoras y adelantos del ejército mexicano; dando las debidas gracias por la distinción honrosa que se le hace. ⁸¹⁷

⁸¹⁵ Galindo y Galindo, *op. cit.*, p. 164

⁸¹⁶ Iglesias, *op. cit.*, pp. 512-513

⁸¹⁷ "Hoja de servicios del general Miguel Miramón", CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 99

Tras haber recibido dos mil pesos para gastos de viaje, Miramón salió de la ciudad de México el 8 de noviembre acompañado por el general Santiago Cuevas,⁸¹⁸ así como de la señora Josefa Aguirre, esposa de Ignacio Aguilar y Marocho, y los hijos de ésta. Cuevas sólo lo acompañaría hasta Veracruz. Ahí inició el largo exilio del *Macabeo*, quien se mantuvo en contacto con su esposa, vía epistolar, desde cada punto que visitaba: Puebla, Orizaba, Veracruz, Santiago de Cuba, Martinica..., todos estos lugares sin más que contar que las peripecias de la señora Aguilar en la corte, el recuerdo de los hijos propios en las miradas de los niños de ésta y los paisajes que veía.

El 15 de diciembre llegó por fin a Saint Nazaire, desde donde comunicó al ministro de Guerra y Marina que le hiciera favor de pagar su sueldo a la señora Lombardo.⁸¹⁹ A ésta escribió el 31 de diciembre, días después de su llegada a París:

Llegué a París a las cuatro de la mañana, fui en compañía de la señora Aguilar al Grande Hotel y permanecí allí hasta las doce que se marchó la señora Aguilar para Roma. Entonces vine a vivir con Pepe y Pedro Rincón [Gallardo] en un hotel que ha amueblado Pedro para su casamiento con Paz Terreros. Pepe está muy dedicado al francés, al inglés y al esgrima; Pedro habla en francés, toma lección de inglés y de esgrima; yo leo todo el día y salgo a hacer algunas visitas; en la noche vamos a algún teatro; hemos ido en la tarde al lago para patinar; Pepe y yo nos hemos dado algunos porrazos y no hemos adelantado nada, Pedro sabe algo más.⁸²⁰

Antes de llegar a Prusia el *Macabeo* habría de hacer algunas escalas; su estancia con los Rincón Gallardo nos muestra el grado de amistad que tenían, mismo que recordaremos se había manifestado con el padrinazgo de Miguel su hijo, otorgado por el padre de sus anfitriones. Hacemos énfasis en esto porque debemos recordar también que en 1867 estos dos hombres fueron claves para la caída de Querétaro a raíz de la traición de Miguel López.

La señora Aguilar, por su parte, viajaba a Roma para encontrarse con su marido, que había sido nombrado ministro plenipotenciario de México ante la Santa Sede, Miramón

⁸¹⁸ Miramón, antes de salir, se entrevistó con Maximiliano y le pidió que lo acompañasen a Prusia Severo del Castillo, Santiago Cuevas, Manuel Ramírez de Arellano y Antonio Jáuregui, "o al menos alguno de ellos". "Hoja de servicios del general Miguel Miramón", CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 100

⁸¹⁹ "Hoja de servicios del general Miguel Miramón", CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 101

⁸²⁰ Lombardo, *op. cit.*, p. 482

habría de sostener correspondencia con éste durante los dos años de su exilio en Europa; en una carta hasta ahora inédita señala a don Ignacio sus opiniones acerca del destierro:

En los ratos que hemos podido hablar la señora [Josefa Aguirre] y yo, le he manifestado mi descontento por las cosas públicas en nuestra patria, así como la necesidad que tuve de aceptar esta comisión nada apropiada para ser desempeñada por mí [o] por cualquier otro general de mi clase, pues estas comisiones las desempeñan jefes y oficiales subalternos, pero al rechazarlo me hubiera traído grandes males y entre ellos el destierro o la prisión en la Martinica. Al aceptar he callado a mis enemigos y al marchar inmediatamente he dado una prueba práctica de mi obediencia, así como de la decisión que tengo por nuestra causa representada hoy por el emperador, pero como se me haya hasta cierto punto ultrajado ya en la desconfianza que de mí se ha tenido, ya en la comitiva que tenga que desempeñar, la señora explicara a usted cuales son mis deseos e intensiones; ruego a usted buen amigo porque los primeros sean realizados a fin de evitarme la resolución que en último grado estoy dispuesto a seguir.⁸²¹

En París se reencontró con algunos mexicanos, entre ellos el mismísimo Gutiérrez de Estrada, de quien el general comenta tras haberlo visto; “su modo de ver las cosas, es enteramente igual al nuestro, cree que el trono debe apoyarse en elementos homogéneos y no que se formen los cimientos en distintas especies”;⁸²² los conservadores que habían llevado a Maximiliano a México se enfrentaban a una dura realidad: no habían tomado en cuenta que el emperador era liberal, tal vez incluso más que Juárez.

Y es que el emperador haría caso a sus propias convicciones, que aunadas a los consejos de varios de los ministros le conducían a separarse de los conservadores e incluir en su gabinete a algunos notables liberales. Poco tiempo después se buscó también mandar a la familia Miramón a Prusia; Concha narra con respecto a una audiencia que tuvo en el palacio imperial:

Después de la comida los soberanos me condujeron a su salón privado y antes que yo les hiciese la pregunta que deseaba, el emperador se dirigió a mí y me dijo: “comprendo el disgusto del general por su salida del país, y he sabido que algunos enemigos del Imperio están trabajando para llevárselo con ellos y por eso me parece que usted haría bien de irse con el y tranquilizarlo. En estos

⁸²¹ CONDUMEX, fondo IX-1 Ignacio Aguilar y Marocho, carpeta 2-8, legajo 264

⁸²² Lombardo, *op. cit.*, p. 483

momentos nada podemos hacer por él, ni obrar en su favor como deseamos; pero cuando los franceses se marchen del país, el general Miramón tendrá en el Imperio el lugar que le corresponde, dígaselo usted así".⁸²³

Miramón permaneció en París hasta finales de diciembre; los primeros días de enero arribó a Berlín donde se presentó ante la corte y los ministros. El 28 de enero de 1865 escribió a Aguilar y Marocho:

Con un poco de filosofía, como llaman al no hacer caso de nada, estaría grandemente, pero nada puede obligarme a olvidar lo que pasa en estos momentos en el país, ni menos aún darme por contento después del proceder que se ha tenido conmigo. Días pasados corrió un rumor nacido de la publicación de un artículo sobre Sonora, de que Napoleón proponía al Emperador le diese en gage de la deuda contraída con la Francia este departamento; unos lo daban por cosa arreglada, otros por proyecto. He preguntado al señor [Gutiérrez de] Estrada, y no me ha contestado de una manera positiva, pues me dice, que tal vez sea para mantener la irrupción de los americanos de California, e impedir otro suceso como el de Texas, y agrega, que tropas han salido para Sonora, pero cree, que sólo es proyecto, pues la Francia no podría sin mancillar su gloria, obrar de otra manera. Si usted sabe algo de esto, comuníquemelo: la pérdida de Sonora para México sería una gran desgracia.⁸²⁴

Las noticias de México le preocupaban, aunque también recibía buenas nuevas: había nacido su quinto vástago, Rafael, segundo varón de la familia Miramón Lombardo. El general escribió a Concha, orgulloso de ser padre una vez más: "ya tendrá Miguel con quién jugar y dejará a Concha a la cual estaba volviendo más varonil de lo que debía, dile que le cumplimos su encargo de mandar por un niño, pero que jugará con él con la precisa condición de no maltratarlo, como a su hermanita."⁸²⁵

A pesar de la lejanía, Miguel mantenía estrecho contacto con su esposa, quien además de mantenerle informado de la situación del país, le hacía llegar las noticias de sus seres queridos y amistades. La situación económica de la familia comenzaba a ser crítica, pues el Imperio había rebajado su sueldo en un 15%. A Concha refiere el *Macabeo* su sentir al respecto:

⁸²³ *Ibidem*, p. 484

⁸²⁴ CONDUMEX. fondo IX-I Ignacio Aguilar y Marocho, carpeta 2-8, legajo 361

⁸²⁵ Lombardo, *op. cit.*, p. 816

Hace 10 días estoy aquí, esto es demasiado triste, el clima como nos lo habían indicado, bien frío y húmedo; estuve en el hotel, cinco días después he tomado un departamento, hago una comida, tomo café en la mañana, té en la noche y todo me cuesta 180 pesos, los que unidos a lavandería, vinos y otros gastos imprevistos, e indispensables, suben a 220 o 200; cuento, pues, con qué vivir hasta fin de febrero; si para entonces no recibo fondos del gobierno, tendré que ocupar a O'Brien, pues no puedo ni morirme de hambre, ni esperarme a que me lancen del departamento que ocupo.

Muy bien haces en llevar tu apunte, pero no para enseñármelo, esto está por demás, sino para que sepas lo que gastas; yo también llevo el mío y sin duda te azorará de mis gastos.⁸²⁶

Para los detractores de Miramón que han llegado a decir que se llevó consigo todo el dinero de las arcas nacionales, ésta es tan solo uno de las tantas pruebas de que, como la mayoría de los militares, vivía al día, esperando el pago de su sueldo. Jamás habrían de imaginar, ni él ni Concha, que serían leídos en un futuro, por lo cual es evidente que no tenían razones para mentir a ese respecto. Por otra parte, queda en total evidencia la profunda crisis económica que vivía el gobierno imperial, dado que se tuvo que ordenar la reducción de los sueldos de los funcionarios.

Días después el general escribe a su esposa dándole instrucciones por si acaso viajase para reunirse con él. La posibilidad de un nombramiento como ministro, aunque esperanzadora, era vana y Miramón da a su esposa la total libertad de decidir si se quedaba en México o viajaba a Prusia, puesto que sus propias decisiones, reconoce, eran últimamente malas. El ánimo sin duda iba en detrimento. El *Macabeo* señala:

Si no hubiese tal nombramiento y te resuelves a venir, procura a todo trance traer tus alhajas y las mías, pues aunque sea preciso venderlas, aquí se sacará un buen partido de ellas; será preciso en tal caso sacrificar la casa. Creo que para el viaje no te rehusará el emperador dos mil pesos mínimo, de los que podrás gastar según el cálculo siguiente, suponiendo que vienes con dos criadas y todos los niños [...]⁸²⁷

⁸²⁶ *Ibidem*, p. 817

⁸²⁷ *Ibidem*, p. 819

Y entonces el general invicto en el campo de batalla, el presidente más joven de México, comienza un listado detallado de los gastos que su esposa tendría que hacer, incluidas las propinas. No podían darse el lujo de despilfarrar, e incluso se llega a pensar en hacer uso de la casa que Concha había heredado de don Francisco Lombardo. ¿Dónde estaban entonces los supuestos recursos del erario público? La respuesta es simple: todo dinero que llegó a las manos de Miramón durante su presidencia se destinó a un solo objetivo, ganar la guerra. Debemos recordar lo difícil que fue siempre para el *Macabeo* conseguir los recursos económicos necesarios para armar un ejército. En esos momentos, desde la fría Prusia, el general apenas contaba con lo suficiente para vivir, pues solía mandar su sueldo a su esposa. Por eso era preferible reunirse a la brevedad. ¿Qué podía hacer Miramón con un gobierno que no le pagaba siquiera lo suficiente para sufragar sus gastos mínimos? Y peor aún, ¿qué hacer con un soberano que comenzaba a acercarse a sus antiguos enemigos, los liberales? ¿De qué habían servido entonces los tres años de guerra si, tras la solución imperialista, los juaristas ocuparían el poder al lado del emperador?

Capítulo 37

La insoportable espera

La situación se hizo insostenible para el general Miramón, quien se sentía acorralado económicamente y decepcionado del trato del gobierno imperial, a pesar de que desde el 7 de febrero, Maximiliano había dispuesto que la familia Miramón podía partir al encuentro del general; para ello, dispuso de mil pesos de su propia cuenta.⁸²⁸ El 12 del mismo mes escribía Miguel a su esposa desde Berlín:

Por mi anterior verías las ilusiones que me había formado, y las esperanzas que tenía de que pudiéramos vivir tranquilos, aunque no felices, aquí en Berlín: la providencia de los sueldos todo lo desbarata, es verdaderamente imposible el subsistir con el que se me señala, pues aunque tú haces aumentarlo con lo que saques de la casa, me parece esto imposible, porque no pagándola, ni pagando a nuestros acreedores, se echarán sobre ella en el primer momento, además, yo no tengo confianza en el gobierno y puede suceder que el día menos pensado con motivo de no sé qué, me suspendan la paga o me la quiten, y ¿qué haremos en el extranjero sin recursos para vivir ni para volver?, pensando estas razones he hecho mi renuncia [...]

Pidió un permiso debido al frío prusiano y, el 15 de marzo de 1865 escribía desde París a Ignacio Aguilar y Marocho para informarle sobre su dimisión: “Esta renuncia la he fundado en la rebaja de sueldo, pues en virtud de un decreto últimamente publicado, de \$500 quedaba en \$365, cantidad con la cual no me era posible vivir con la dignidad debida en Berlín, ni mucho menos atender a mi familia.”⁸²⁹ La lejanía le había ayudado a meditar sobre qué debía hacer: si bien sus intentos por apoyar a Juárez habían sido infructuosos, su apoyo a Maximiliano no le había valido nada más que un destierro. Ninguno de los anteriores confiaba en él, así como él tampoco podía poner su confianza ni en sus antiguos enemigos ni en un gobierno que prefería mantenerlo alejado y ni siquiera le daba una misión importante que desempeñar en el extranjero, y ni qué decir de una paga honrosa, como lo hemos visto. Miramón estaba convencido de que estando los franceses en México,

⁸²⁸ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 105

⁸²⁹ CONDUMEX, fondo IX-1 Ignacio Aguilar y Marocho, carpeta 3-8, legajo 393

la situación del país iría cada vez más en detrimento, por ello había escrito a su esposa con respecto a sus planes:

Es muy cierto que voy de nuevo a comenzar una lucha terrible, tal vez más terrible que la que he sostenido por diez años, pero también más gloriosa; entonces peleaba por mi institución, el ejército, ahora lo haré por la libertad de mi patria, por arrojar a los extranjeros de su seno, por la República; pelearé también por la subsistencia de mi familia contra aquél que sin derecho le viene a quitar lo que con tantos riesgos le había adquirido: todo es posible y pudiera suceder que sucumbiese; sentiría el partir sin dejarte lo necesario para que vivas y eduques a los niños, pero moriría tranquilo supuesto que una causa santa me ha obligado a levantar el estandarte de la República, que nunca he abandonado, si no por el momento en que sea preciso para no imponerle otro baldón como el que Juárez le ha puesto: *pelearé por mi patria y por mi familia.*⁸³⁰

Parece que era el último intento por ser escuchado, de lo contrario, regresaría para combatir a la intervención. En un mensaje cifrado escrito en la misma carta, agrega:

En mi carta a Isidro [Díaz] digo que si se me niega el ser nombrado Ministro saldré para el norte a fines de mayo, preciso será si tu me contestas de acuerdo con esto que prevengas a todos aquellos buenos amigos para que por todas partes levanten sus fuerzas y proclamen mi nombre como su jefe militar.⁸³¹

Días más tarde vuelve a quejarse de Maximiliano en otro mensaje cifrado:

Maximi[liano] se ha portado mal [,] ha estado muy lejos de conducirse ni como caballero ni como soberano [,] nos ha herido de una manera terrible [:] esto unido a lo que hemos sufrido antes me obliga a poner mis condiciones para continuar a sus órdenes [,] éstas son las siguientes [:] nombramiento de ministro con diez mil pesos [,] cinco para gastos de instalación y diez a cuenta de mis sueldos vencidos.⁸³²

Al parecer todo estaba dispuesto, más el *Macabeo* necesitaba saber cómo estaban las cosas en México y cómo su esposa resolvía los asuntos económicos vendiendo o

⁸³⁰ Lombardo, *op. cit.*, pp. 825-826

⁸³¹ *Ibidem*, p. 826

⁸³² *Ibidem*, p. 829

hipotecando la casa, tras de lo cual debía pagar todas las deudas contraídas por la familia. Miramón se trasladó a Roma hacia la Semana Santa; ahí recibió de nuevo noticias de Concha y de varios conocidos: se decía que habían secuestrado a su hijo Miguel y su esposa había pagado un caro rescate. Nada resultó cierto, aunque el general cayó en cama al enterarse del rumor.⁸³³ Confirmadas las buenas noticias, escribe a la señora Lombardo para asegurar que tendrá que posponer sus planes, pues al parecer no era el momento propicio en México. Con respecto al emperador escribe:

Proclamadas vigentes las leyes de Juárez contra las cuales luché por algún tiempo, y por las cuales ha sido toda la cuestión, no me parece honroso (aunque sea político) que obedezca a Maximiliano solo porque es extranjero y más fuerte que Juárez; creo que si presto obediencia seré confundido con todos los hombre sin fe y sin conciencia que cambian de política y de partido como de ropa limpia; muy bien se que si a alguien aprovecha esto, no será a mí, es decir, materialmente, pero con ello cumplo con mi conciencia y con mi voluntad.⁸³⁴

Y es que no obstante que Maximiliano se había rodeado de liberales y alejado a los conservadores, también entró en conflicto con el Vaticano porque el emperador tenía el firme objetivo de someter a la Iglesia a su autoridad; para ello, al llegar a México el nuncio Pedro Francisco Meglia, enviado de Pio IX, se le recibió con un proyecto de concordato que incluía la supresión del fuero eclesiástico, la nacionalización de los bienes del clero, el establecimiento del regio patronato (la Iglesia estaría sometida a la autoridad imperial), el reconocimiento del registro civil y de la secularización de cementerios, es decir, que las Leyes de Reforma seguirían rigiendo.

La inflexibilidad de la Iglesia Católica fue evidente; ante ello, el emperador mandó una comisión a Roma, a fin de negociar directamente con Pio Nono. El historiador Martín Quirarte señala que el Vaticano “dio a entender que no podía transar ante las aspiraciones de Maximiliano”.⁸³⁵ La comisión fue recibida el 25 de abril por el Sumo Pontífice; Miramón se enteró de lo sucedido y de la negativa de Pio pues continuaba en la ciudad,

⁸³³ *Ibidem*, p. 838

⁸³⁴ *Ibidem*, p.839

⁸³⁵ Quirarte, *Visión panorámica...*, *op. cit.*, p. 196

más la segunda semana de mayo volvió a París. Desde ésta, escribe a Aguilar y Marocho el día 19 de ese mes:

Mucho me han hablado de los negocios de México y como habíamos juzgado su solución está en esa carta. Se me ha repetido que Velázquez [de León] relevará a usted y se me ha agregado que [el Marqués de] Corio no deja de tener su buena parte por informar todo directamente a la emperatriz, sobre las ideas de usted; el general Cuevas al hablarme de usted me repitió esto aunque no tan claro como lo escribe usted.⁸³⁶

Santiago Cuevas se había reunido con el *Macabeo* precisamente en París, tras la aceptación del gobierno de mandarlo a su lado para que le ayudase en su comisión. También llegó su familia, lo que cuenta a Aguilar en otra carta, fechada al día siguiente:

[...] participé a Vuestra Excelencia que el excesivo frío que la estación del invierno hacía sentir en Berlín me obligaba, a causa de mi delicada salud, a buscar un temperamento más templado; vine a París en donde no hallando mejoría lo dejé por la Italia; me encontraba en Milán cuando sufrí la llegada de mi familia a París, he venido a su encuentro y después de algunos días de descanso regresaré a Berlín a ocuparme en el desempeño de la comisión de Su Majestad ha tenido a bien confiarme.

Aguilar era de su confianza, más no tanto como para informarle de sus planes ulteriores. La estancia de Miramón en París se alargaba; tenemos conocimiento por una carta escrita del puño y letra de Cuevas, dirigida a Ignacio Aguilar el 26 de mayo, que “se propone permanecer [en París] el general Miramón hasta mediados del mes entrante y partir en seguida a Berlín”⁸³⁷. El 13 de julio Cuevas vuelve a escribir: “el general Miramón ha tenido que aguardar aquí hasta dejar a dos de sus niños educándose”⁸³⁸; sin embargo, la tranquilidad que la familia Miramón gozaba en París se vio opacado por dos hechos desgraciados: la muerte en París de su pequeño hijo Rafael, y el fallecimiento en México de don Bernardo, padre del *Macabeo*. Aguilar y Marocho conservarían en papel la primera de estas noticias fúnebres:

⁸³⁶ CONDUMEX, fondo IX-1 Ignacio Aguilar y Marocho, carpeta 4-8, legajo 431

⁸³⁷ CONDUMEX, fondo IX-1 Ignacio Aguilar y Marocho, carpeta 4-8, legajo 436

⁸³⁸ CONDUMEX, fondo IX-1 Ignacio Aguilar y Marocho, carpeta 4-8, legajo 474

El General Miramón
y Concepción Lombardo de
Miramón, tienen el
sentimiento de participar a
usted el fallecimiento de su hijo
Rafael, acaecido el 2 de
agosto en Saint Germain-en-Laye.

Nada escribe Concha sobre la muerte de su hijo en sus memorias; demasiado doloroso debió ser para no dejar constancia de ello. Con respecto a los hechos y el sentir de Miramón, Cuevas escribía a Aguilar y Marocho: “ha recibido este mes la [noticia] de la muerte de su papá, lo cual ha puesto el colmo a su dolor, haciéndole más sensible esta doble pérdida la circunstancia de hallarse a tan larga distancia, que se ha visto privado del consuelo de asistir a sus últimos instantes [...]”⁸³⁹

Don Bernardo Miramón, aquel padre preocupado por fortalecer el carácter del pequeño Miguel, y quien fuera el ejemplo a seguir por los cuatro hermanos varones, falleció de una grave enfermedad. Concha escribe: “aún no habíamos salido de la dolorosa impresión que nos había causado esa noticia, cuando al mes siguiente, nos dieron aviso de la muerte de mi suegra. Así, en el término de un mes, mi pobre esposo perdió a su padre y a su madre.”⁸⁴⁰ Empero, no encontramos ninguna otra mención sobre el hecho, ni en las cartas de Miramón ni en las de Santiago Cuevas. Tomando en cuenta que el niño falleció el 2 de agosto, y don Bernardo poco después, supondríamos que hacia septiembre o inicios de octubre se informaría de la muerte de doña Carmen Tarelo; ¿qué tan cierta era esta última noticia? Era falsa; el hecho de que Concha omita todo comentario acerca de lo acontecido a su propio hijo en esos días nos hace pensar que, quizás, al redactar sus memorias prefirió atribuir a esa ola de malas impresiones la muerte de su suegra, quien falleció tiempo después, en marzo de 1866⁸⁴¹ y así olvidar lo acaecido en su propia casa. O simplemente confundió las fechas en que sucedieron ambas muertes.

⁸³⁹ CONDUMEX, fondo EX-1 Ignacio Aguilar y Marocho, carpeta 6-8, legajo 779

⁸⁴⁰ Lombardo, *op. cit.*, p. 499

⁸⁴¹ Islas, *op. cit.*, p. 231

Tras una breve escala en Bélgica, Miramón y familia, acompañados por Cuevas, se instalaron en Berlín a mediados de agosto.⁸⁴² Pero la cercanía del invierno habría de obligarlo a emigrar, de nuevo, a tierras cálidas. El general Miramón escribía al Ministro de Guerra y Marina el 15 de octubre; aunque la carta la fechó en Berlín, creemos que en realidad ya no estaba para esos días en la capital prusiana:

La salud delicada de mi familia, así como la mía, me obligan a buscar un clima más benigno donde pasar el invierno; he pensado en París y si no nos favorece saldré para Italia, pero en cualquiera de los dos puestos me seguiré ocupando de la comisión que el gobierno de Su Majestad ha tenido a bien confiarme.⁸⁴³

La familia Miramón se instaló, en efecto, en París, donde el *Macabeo* tuvo la oportunidad de reunirse con Jesús Terán, enviado de Juárez en Europa. Escribe Terán al gobierno republicano:

[Miguel Miramón] me ha manifestado su resolución de ir a servir a la causa constitucional. Al efecto desea que el Supremo Gobierno lo nombre Comandante General de los Estados del centro, es decir, Jalisco, Guanajuato, Querétaro y México, ya sea con éste o cualquiera otro nombre, como General en Jefe del ejército de operaciones, del centro u otro semejante, pues dice que lo que importa es un título para ponerse a la cabeza de las fuerzas conservadoras que se le pasen, utilizando al mismo tiempo las partidas volantes que existen en el distrito de su mando.

Me dice que está en relaciones con muchos jefes conservadores, y espera que, con excepción de Tomás Mejía, todos los demás se le unan.

También me manifestó que en otras circunstancias no hablaría de recursos económicos para sí, pero que en la actualidad carece de los necesarios para irse y dejar aquí asegurada por algún tiempo la subsistencia de su familia, y que en consecuencia tendrá que hablar de eso cuando reciba contestación del gobierno.⁸⁴⁴

Terán manifestó a Miramón el gusto que le dio “ver que los mexicanos de todos los partidos comenzaran ya a unirse alrededor de la bandera nacional” y se ofreció a transmitir

⁸⁴² CONDUMEX, fondo IX-1 Ignacio Aguilar y Marocho, carpeta 4-8, legajo 498

⁸⁴³ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 108

⁸⁴⁴ *La misión confidencial de Jesús Terán en Europa*. Prólogo de Gabriel Saldívar. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974, 117 pp., p. 45

el mensaje a Juárez.⁸⁴⁵ Por otra parte, se decía en México que Miramón estaba en tratos con los enemigos de Napoléon III, que por ello su estancia en París; el ministro de Agricultura de Francia, Armand Béhic, escribió a Aquiles Bazaine unos días antes del arribo de Miramón a la Ciudad Luz:

Las investigaciones ordenadas por mí han permitido comprobar que el general Miramón ha residido en París desde el 18 de mayo hasta el 3 de agosto siguiente; estaba alojado en la calle de Newton, 5, en los Campos Elíseos. Durante su permanencia en la capital ha estado con varias personas que habitaron en otro tiempo en México y que son conocidas como adictas al gobierno imperial; ha visto, es verdad, a varios personajes hostiles a la ocupación de México; pero nada indica que haya estado en relaciones con Jules Favre.

Al salir de París, el general Miramón se dirigió a Prusia, a donde el emperador Maximiliano lo envió para estudiar la organización militar del país, pero en realidad para alejarlo de México. El general se proponía volver próximamente a París.⁸⁴⁶

Miramón trataba de continuar con el plan que ya conocemos, aunque existía desconfianza de parte de sus antiguos correligionarios, así como de los liberales. Terán, en otra carta al gobierno republicano, añade:

Por conducto seguro acabo de saber que don Miguel Miramón ha recibido comunicaciones de Santa Anna y se dispone a marchar para Santo Tomás por el próximo paquete, en unión de don Leonardo Márquez, quien viene de Constantinopla a unirse en esta ciudad. Sé que ve con mucha frecuencia a Gutiérrez de Estrada, quien lleva amistad íntima con Santa Anna, debiendo en consecuencia inferir que él es el conducto de comunicación; deducción tanto más fundada, cuanto las cartas que vienen bajo el sobre de Miramón, se abren en esta estafeta y abiertas se le entregan. La intervención de Gutiérrez Estrada en este asunto, es indicio seguro de que el clero está en el complot, y aún de que ha proporcionado recursos para Miramón, pues dudo que Santa Anna los facilitara.⁸⁴⁷

¿Estaba Miguel Miramón de acuerdo con el “Héroe de Tampico”? ¿La Iglesia le proporcionó recursos para volver a México a combatir a Juárez y a Maximiliano? Creemos

⁸⁴⁵ *Idem*

⁸⁴⁶ García, *Documentos inéditos...*, op. cit., 1973, tomo 2, p.933

⁸⁴⁷ *La misión...*, op. cit., p. 46

firmente que no, porque de ser así ¿por qué no lo hizo? ¿Por qué ofreció su espada a Juárez si podía derrocar a Maximiliano sin él? Por lo que hemos visto, por lo que se ha leído de puño y letra del *Macabeo*, es necesario afirmar que actuaba para sí, que si le ofreció su espada al gobierno republicano era porque sabía que solo por ese medio podía expulsar a los franceses del país. Por otra parte, no sabemos quien era ese “conducto seguro” de que hablaba Terán. Si confrontamos las dos cartas enviadas a Juárez, notaremos un notorio cambio de opinión al respecto del general Miramón, acaso producto de la influencia de aquel que le informó el asunto. Una cosa es cierta: si Gutiérrez de Estrada estaba involucrado, era claro indicio de que el “clero” o quizás la cúpula del conservadurismo en el exilio, estaban involucrados en el asunto. Pero recordemos que aquellos últimos ya no confiaban en el *Macabeo*; es difícil creer que le encomendaran tal misión. Luis García Pimentel, en un manuscrito de esos años, divide a los hostiles al Imperio en cuatro distintos partidos:

1. El partido de Juárez, que no tiene ninguna esperanza, pero que busca el desorden para poder pescar en agua revuelta.
2. El de los ladrones liberales, a los que no les inquieta nada y que no sueñan más que con el robo y el pillaje.
3. El partido de Miramón, cuyas ideas no están netamente definidas, pero que espera mucho.
4. En fin, y otro que comienza a surgir, que se nombra por lo bajo y que es el del Mariscal Almonte y Márquez reunidos. Las tendencias de este partido no son muy bien conocidas, pero los adeptos no faltan.⁸⁴⁸

Aquel partido de Almonte y Márquez es al que podríamos definir como “el de los antiguos partidarios de Antonio López de Santa Anna”. Pese a que los detractores de Miramón así lo definen, el *Macabeo* no fue jamás partidario del ex dictador: sirvió a éste como sirvió a Juan Álvarez, porque tal era el cometido del ejército, ser fieles al Presidente. Si comenzó su lucha no fue porque regresara Santa Anna, sino porque no estaba conforme con la política de Comonfort en aquellos al parecer lejanos años de la década anterior.

⁸⁴⁸ CONDUMEX, fondo VII-1 Colección Luis García Pimentel, carpeta 3-4, documento 194

No sabemos si los comentarios de Terán tuvieron alguna influencia en la decisión de Juárez, más éste mandó decir a su enviado en Europa, a través de Sebastián Lerdo de Tejada que el Gobierno...:

[...] Carece aquí aún de los recursos más indispensables para sostener la fuerza armada que tiene consigo. Las últimas noticias, hasta mediados de diciembre, sobre la negociación de un préstamo en los Estados Unidos, se refieren a tropezar con obstáculos que no podrían expresarse desde luego y si, como es de temerse, no llegan a superarse del todo, aún cuando se lograra negociar una parte del préstamo, pudiera no ser bastante ni para cubrir el monto de los diversos convenios ya estipulados sobre la base del préstamo para adquisición de armas, municiones y otros objetos de guerra. Conociendo el gobierno aquellos obstáculos y estos compromisos, estimaría ahora inoportuno e inútil librar eventualmente alguna cantidad sobre dicho préstamo por el objeto de esta nota, así como lo ha considerado respecto de cualquier otra cosa, pues no ha librado para ningún objeto, ni por la cantidad más pequeña.

En tal virtud, el ciudadano Presidente me ha encargado decir a usted que puede manifestar al señor Miramón la indicada dificultad, que impide considerar la oferta de sus servicios en la forma que usted la comunicó; pero, que si él puede efectuar su regreso al territorio de la República y, con alguna de las fuerzas que cree poder disponer, comienza a prestar sus servicios a la causa constitucional, tan luego como él tuviese noticia de ellos, dispondría que fuesen debidamente considerados.⁸⁴⁹

¿Cómo podría Miramón hacerse de recursos para viajar y además crear una fuerza armada en México, dejando a su familia en Europa con lo suficiente para su manutención? Era prácticamente imposible; por otra parte, ¿estaba en realidad Juárez dispuesto a reconocer a Miramón como uno de sus colaboradores, olvidando rencillas pasadas? Hemos visto ya que el *Macabeo* sí lo hubiera reconocido a Juárez pese a sus diferencias políticas, solo por el hecho de que juntos podrían expulsar a los franceses; lo he escrito de su puño y letra, lo comentó alguna vez con todo aquel que lo quiso escuchar. Pero Juárez... ¿haría lo mismo? Recordemos el intento de Doblado de atraer a Miramón a la causa republicana y sus consecuencias; recordemos también la primera negativa juarista a la espada del *Macabeo*. ¿Tan desesperada era la situación de Juárez que habría de aceptar, o era tan solo una jugada para prender a su antiguo enemigo? No olvidemos que el mismo Terán tiene

⁸⁴⁹ *La misión confidencial...*, op. cit., pp. 676-677

desconfianza de las promesas de Miramón, y lo expresa al gobierno en virtud de que el partido conservador quería, según señalaba, ser quien expulsare a los franceses. Jamás podremos saberlo, más la “oportunidad” que daba Juárez a Miramón era tan irrealizable que el general tuvo que concentrarse en buscar otra salida a su situación.

Capítulo 38

El regreso del Macabeo

El año de 1866 sería el principio del fin para el Segundo Imperio Mexicano: aunado a las continuas desavenencias al interior del gobierno imperial se encontraban la situación política europea y la victoria de la Unión sobre la Confederación en la guerra de Secesión que libraban los estadounidenses. Berta Flores Salinas señala:

El gobierno imperial lentamente marcha hacia el declive. La causa: las finanzas que nunca pudieron arreglarse. Por fin se llega al periodo de su gobierno personal durante el cual el Emperador busca una retirada honrosa, pues Napoleón III, en enero de 1866, le indica la necesidad de repatriar las fuerzas francesas.⁸⁵⁰

Napoleón III había tenido que librar una lucha contra la opinión pública de su país, pues la “expedición” a México no sólo era injusta sino que también costaba mucho dinero al erario público galo. Por otra parte, rumores de una inminente guerra contra la poderosa Prusia le hacían replantearse cuales eran las prioridades de su gobierno.

Por otro lado, con el triunfo de los estados del norte sobre los sureños se hacía latente la amenaza de que los Estados Unidos voltearían a ver la ocupación francesa en México; si bien el ministro Matías Romero había insistido en que la ayuda del presidente Lincoln al gobierno de Juárez era más que necesaria, no había obtenido respuesta afirmativa debido a la guerra civil. Una vez concluida ésta y victoriosos los nortefños, el apoyo que tanto buscaban los republicanos no tardaría en llegar.

El emperador francés sabía esto y por ello, además del acontecer europeo, fue que se apresuró a ordenar el regreso de sus tropas rompiendo con los convenios que estableció en 1864 con Maximiliano. Éste comenzaba entonces a sentirse acorralado.

Retirado el apoyo de Francia y alejados del Vaticano, la situación de los emperadores distaba de ser buena: ante el deseo de Maximiliano por abdicar, Carlota

⁸⁵⁰ Flores Salinas, *Segundo Imperio... op. cit.*, p. 59

decidió ser ella quien viajara al Viejo Mundo a fin de convencer a Napoleón de que debía cumplir con lo pactado y hacer el retiro de las tropas paulatinamente.

Mientras tanto, en todos los rincones del país las guerrillas republicanas comenzarían a reunirse a fin de aprovechar el momento.

La vuelta de Europa

En los primeros días de marzo Miguel Miramón había viajado a Argel; en Marsella lo habría de esperar a su regreso Santiago Cuevas.⁸⁵¹ En Francia pronto le esperaría otra mala noticia: la muerte de su madre, Carmen Tarelo, en su casa de la ciudad de México. Luis Islas García señala que con la noticia, el Macabeo recibió una trenza de su madre. Fue el único de los hijos que no asistió a los funerales maternos. El mismo biógrafo se equivoca al mencionar que la muerte de don Bernardo acaeció un mes después; sabemos, tanto por Concha como por la comunicación que el general Cuevas extendió a Aguilar y Marocho⁸⁵² informándole de lo sucedido, que el padre de Miramón murió en 1865.

Al *Macabeo* llegaban todas las noticias de México: la partida de la emperatriz, el próximo embarco de los franceses, la desesperación de Maximiliano. Tal vez fue en esos momentos cuando decidió su regreso; a fin de cuentas, sin el ejército de ocupación era posible fortalecer al Imperio y dar a la patria la paz por tanto tiempo añorada. Napoleón III, al recibir a Carlota se mostró inflexible en su decisión; Pio Nono tampoco quiso hacer nada por ella y la emperatriz, incapaz de salvar al Imperio y con él su propio destino, perdió la razón. Carlos Sánchez Navarro y Peón afirma que Miramón visitó a Carlota en París, “le reiteró su adhesión al Imperio y tomó una de esas rápidas determinaciones tan características en él; sin pedir permiso a nadie y sin avisar tampoco, se embarcó rumbo a México”.⁸⁵³ La aseveración del biógrafo nos parece que carece de fundamento, pues no hay noticias en ninguna de las fuentes que hablan de la estancia de Carlota en Europa que señalen que fue visitada por Miramón, ni tampoco tenemos constancia de ello por parte del

⁸⁵¹ CONDUMEX, fondo IX-1 Ignacio Aguilar y Marocho, carpeta 6-8, legajo 692

⁸⁵² Como lo hemos analizado previamente.

⁸⁵³ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 161

Macabeo o de su esposa. Lo cierto es que, sin pedir permiso a nadie, el general había decidido su marcha a México, aunque se instalara provisionalmente en La Habana; Leonardo Márquez, quien había estado en contacto con Miramón durante la estancia de ambos en Francia, escribió a Ignacio Aguilar el 1º de octubre de 1866: “Por el próximo paquete francés saldré para México; la familia Miramón parte también por el mismo vapor, el general la acompaña hasta La Habana donde se quedará a esperar órdenes de Su Majestad el Emperador [...]”.⁸⁵⁴ Pero Maximiliano no sabía que los generales conservadores regresarían a su patria; su situación era desesperada ante la salida de los franceses y la amenaza de una acción en su contra de parte del gobierno estadounidense. A Abraham Lincoln escribió el monarca pidiéndole su apoyo y comprensión, aludiendo que el Imperio hacía todo por pacificar el territorio:

He invitado, como lo verá Vuestra Excelencia por el contenido de esos documentos, a varios jefes del ejército republicano a suspender las hostilidades hasta que se reúnan los diputados y decidan la principal cuestión; y el objeto de esta carta es pedir a Vuestra Excelencia su intervención e influencia para obtener la adhesión de dichos generales porque esto hará que México pueda resolver la dicha cuestión y elegir los gobernantes que le convengan. Nadie se someterá a esta decisión con más gusto ni con más sincera gratitud que yo.⁸⁵⁵

Pero una vez más los ministros de Maximiliano le harían tomar una errónea decisión: el 3 de octubre lanzó un decreto en el cual condenaba a muerte a todos aquellos que estuviesen levantados en armas y que no fueran “legales”. Mientras a Lincoln le decía una cosa, hacía otra. Este decreto habría de servir de pretexto durante su juicio para acusarle de crímenes contra la nación.

Poco después se trasladó a Orizaba; tenía claras intenciones de abdicar y las opiniones de sus ministros le hicieron desistir del intento. Aunque no sólo fue esta la razón para que decidiera quedarse en México: el 10 de noviembre, Domingo Bureau, prefecto político de Veracruz, mandó un telegrama al ministro de Guerra Imperial que decía: “tengo la honra de participar a Vuestra Excelencia que han llegado del vapor francés los generales

⁸⁵⁴ CONDUMEX, fondo DX-1 Ignacio Aguilar y Marocho, carpeta 7-8, legajo 881

⁸⁵⁵ *Documentos para la Historia contemporánea de México*. México, Tipografía Mexicana, 1867. 2 tomos, tomo 2, 164 p., p. 76

Márquez y Miramón”.⁸⁵⁶ Los antiguos caudillos conservadores regresaron al país, y se reunieron con Maximiliano en Orizaba, dispuestos a ofrecer su espada a emperador una vez que los franceses abandonaban el territorio.

Y es que las tropas de Napoleón III habían comenzado el desalojo de todos los puntos ocupados por estas; la llegada del *Macabeo* y de Márquez, los cuales aseguraron que obtendrían la victoria, dio a Maximiliano una esperanza de salvarse y de salvar su imperio, o por lo menos de caer valientemente, en pie de lucha.

La decisión de Miramón de regresar sin permiso alguno enojó al ministro de Guerra, el cual reclamó: “sirva[se] informarme en virtud de qué orden ha dejado la comisión que desempeñaba en Europa, y cuales son las instrucciones por las que ha entregado usted la comisión al general Santiago Cuevas, sin que para hacerlo haya procedido autorización de este ministerio”.⁸⁵⁷ Pero al general no le importaba en esos momentos la opinión de un ministro; el mismo emperador aceptó su espada y decidieron combatir a los republicanos hasta obtener la victoria.

¿Por qué creyó Maximiliano en las promesas de los generales? Algunos testigos de la época juzgaban de falsas y pretenciosas las palabras de dichos conservadores, que en el fondo no querían “sino llenar sus bolsillos”,⁸⁵⁸ al respecto José Fuentes Mares señala:

Eran particularmente fuertes los argumentos del Joven Macabeo: con muy inferiores recursos, él sostuvo la guerra de Reforma durante tres años; venció en Silao, en Ahualulco; destruyó a los juaristas en la Estancia de las Vacas, y se habría apoderado de Veracruz, donde Juárez estaba a su merced, si la marina de los Estados Unidos no hubiera frustrado el ataque sobre la plaza.⁸⁵⁹

A lo largo de esta investigación hemos visto que era mucho el prestigio de Miramón en el campo de batalla; por otra parte, Leonardo Márquez, muy a pesar de sus acciones crueles y pocos escrúpulos, era un valiente militar y, sobre todo, un excelente estratega. Con la ayuda de estos personajes el emperador esperaba sostener al Imperio. El Macabeo

⁸⁵⁶ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 110

⁸⁵⁷ “Hoja de servicios del general Miguel Miramón”, CONDUMEX, fondo XXVII-1, carpeta 1-1, legajo 112

⁸⁵⁸ Adolfo Schmidtlein. *Un médico alemán en el México de Maximiliano. Cartas de Adolfo Schmidtlein a sus padres*. México, Programas Educativos, 1978. 384 p. fotos, p. 130

⁸⁵⁹ José Fuentes Mares. *Juárez: el Imperio y la República*. México, Grijalbo, 1983. 357 p., ils., p. 187

estaba más que convencido de lo que estaba haciendo; Concha comentó melancólicamente: “Inútiles fueron mis advertencias, mis ruegos, mis lágrimas; el destino estaba ya marcado, el hombre cuando se quiere perder se ciega y no escucha la razón, para echarse en los brazos de la fatalidad”.⁸⁶⁰ Echada la moneda, la suerte ya no dependía de Miramón.

El 3 de diciembre de 1866 el emperador ordenó la creación de un Ejército Imperial Mexicano, mismo que debía componerse de tres cuerpos que abarcaran la totalidad del territorio nacional; al mando de cada uno de éstos estarían los generales Miramón, Márquez y Mejía respectivamente. Mientras se conformaban las nuevas fuerzas armadas, comenzaba el éxodo francés con las primeras tropas que salían de la capital con rumbo a Veracruz. Unos días después, el emperador inició su marcha a la ciudad de México.

En la hacienda de la Teja, cercana a la capital,⁸⁶¹ se reunió Maximiliano con Bazaine, quien trató de convencerle de que se retirara “espontáneamente”; el mariscal francés añadió: “desde el día en que los Estados Unidos han opuesto altamente su veto al sistema imperial, la existencia del trono es efímera, aún cuando hubiese obtenido Vuestra Majestad cien mil franceses[...]”.⁸⁶² El emperador invitó entonces a Bazaine a asistir a la junta que convocaría en el Palacio Imperial el 14 de enero donde, si los notables opinaban lo mismo que el general francés, el monarca aceptaría retirarse.⁸⁶³

La junta referida se llevó a cabo sin la presencia del emperador el día convenido; tras una larga sesión se decidió, por mayoría de 26 votos, la *no abdicación*. Bazaine trató de convencer a los asistentes de lo contrario, aunque solo consiguió siete votos.

Mientras tanto, en otro punto de la misma ciudad, el general Miguel Miramón se preparaba para salir en campaña; Luis Islas señala:

Lò vieron salir con traje de charro, de color negro, por la garita de la Tlaxpana, al frente de un reducido grupo de ejército —cuatrocientos hombres—, la mayor parte oficiales y dos piezas de artillería, rumbo al norte. Su plan era sencillo: tomar secciones de las fuerzas de Mejía en Querétaro, que mandarían sus oficiales de más confianza, los que iban con él de la ciudad; ordenar al general

⁸⁶⁰ Lombardo, *op. cit.*, p. 513

⁸⁶¹ Ubicada en los terrenos que actualmente forman parte de la Residencia Oficial de Los Pinos.

⁸⁶² Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 272

⁸⁶³ *Idem*

Severo del Castillo una maniobra encaminada a detener las tropas de Escobedo que estaban en San Luis Potosí, y mediante esa distracción, atacar la sede del gobierno liberal, Zacatecas, en un audaz golpe a la retaguardia del enemigo.⁸⁶⁴

Benito Juárez, tras establecerse en Durango en los primeros días del año de 1867, decidió establecer la capital de su gobierno en Zacatecas. El *Macabeo* sabía que para vencer al enemigo debía tomar la misma sede de sus operaciones; el biógrafo Islas apunta al respecto: “tenía órdenes estrictas de Maximiliano de conservar la vida [a Juárez] y traerlo a México. Era parte de la idea de acabar la guerra”.⁸⁶⁵ El general inició entonces su marcha hacia el Bajío.

La estrella de Miramón

A toda velocidad llegó Miramón a la ciudad de León, Guanajuato el 20 de enero de 1867. Con mil quinientos hombres se lanzó sobre Lagos, Aguascalientes y la capital zacatecana, a la cual arribó el 27 del mismo mes. Su ataque fue impetuoso; en poco tiempo derrotó a las tropas de guarnición del general Miguel Auza, se apoderó de su artillería y por poco prende a don Benito Juárez con todo y ministros, quienes alcanzaron a huir con las tropas imperialistas pisándoles los talones. La estrella de Miramón volvía a brillar; su característico arrojo le había otorgado el primer triunfo tras los años que permaneció prácticamente inactivo. Su última acción de guerra formal había sido Calpulalpan, en 1860. Hacia 1867 el general demostraba que seguía siendo un valiente militar y que su espada daba al ejército imperial muy buenas probabilidades de éxito frente al enemigo.

Por otra parte, había un detalle de no menor importancia: la presencia en el campo de batalla del *Macabeo*, del *Siervo de Dios Miguel*, levantaba el ánimo de las tropas acostumbradas a verlo coronado por una victoria, ya que casi permaneció invicto a lo largo de la guerra de los Tres Años.

El general Luis Garfias en su obra *La intervención francesa en México* escribe:

⁸⁶⁴ Islas, *op. cit.*, p. 244

⁸⁶⁵ *Ibidem*, p. 245

[...] bastante efímero resultó el triunfo de Miramón, ya que el general Escobedo, al conocer la caída de Zacatecas y previniendo que el siguiente golpe sería sobre la ciudad de San Luis Potosí, se movió. Miramón efectivamente pensaba marchar sobre aquella plaza junto con el general Severo del Castillo, al que esperaba procedente de Guanajuato, pero al observar el movimiento de Escobedo, se desplazó hacia el sur.

El general Escobedo se dirigió a marchas forzadas sobre Zacatecas [...] ⁸⁶⁶

Miramón, a sabiendas del próximo arribo de las tropas de Escobedo, desalojó la capital zacatecana el 31 de enero de 1867. Al salir escribió al general republicano Auza, quien volvería a hacerse de la plaza:

General:

Al evacuar esta plaza dejó en el hospital varios soldados heridos y enfermos; espero que en obsequio de la humanidad daréis vuestras órdenes para que sean tratados como los vuestros lo han sido por todos los que me obedecen.

Aceptad general mi consideración y aprecio particular.

El general de División Miguel Miramón [rúbrica] ⁸⁶⁷

Al día siguiente, los ejércitos republicano e imperial se encontraron cerca de la hacienda de San Jacinto. ⁸⁶⁸ Entonces Escobedo infringió una terrible derrota a las armas conservadoras; el periodista y coronel Juan de Dios Arias, entonces secretario particular del mismo general Escobedo, escribió:

Avistar a los imperiales, alcanzarlos y derrotarlos, fue obra de momentos. Miramón pretendía batirse en retirada, al menos hasta encontrar una posición ventajosa para hacer frente a sus adversarios; pero no contaba con el ardimiento, la actividad y la subordinación militar, que estaba lejos de concederles; así fue, que pasando entre el punto de San Francisco de los Adames y el rancho del Cuisillo, inmediato a la hacienda de San Jacinto, con cuyo nombre se señaló la batalla, apenas pudo disparar algunos cañonazos y emprender la huida, pues que atacado por el frente y envueltos sus flancos hasta la retaguardia, su derrota fue de las más completas. Apenas logró escapar acompañado de unos cuantos

⁸⁶⁶ Luis Garfias M. *La intervención francesa en México*. México, Secretaría de la Defensa Nacional / Universidad del Ejército y Fuerza Aérea, 1981. 183 p. (Biblioteca del Oficial Mexicano..., 18), p. 144

⁸⁶⁷ *Archivo Juárez, manuscritos*. Caja 17, manuscrito 2214. Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México

⁸⁶⁸ "Un poco al sur de Ojo Caliente, Zacatecas" según señala el general Luis Garfias. Garfias, *op. cit.*, p. 144

dragones, por entre las columnas republicanas, y tomar el rumbo en que suponía colocado a Castillo [...]⁸⁶⁹

Miramón perdió armas, municiones, trenes y equipajes; el enemigo capturó más de ochocientos prisioneros, de los cuales al menos cien eran franceses. Entre los presos estaba uno de los hermanos de Miguel, Joaquín Miramón.

Perseguidos por los republicanos, los restos del ejército de Miramón lograron reunirse con las tropas de Severo del Castillo y marcharon hacia Querétaro. El día 4 de febrero se detuvieron en la hacienda de la Quemada y decidieron presentar batalla a los hombres del general Anacleto Herrera y Cairo y a la caballería de Aureliano Rivera. La artillería imperial, dirigida personalmente por el general Miramón,⁸⁷⁰ así como los sables del regimiento de Dragones de la Emperatriz acabaron con sus perseguidores republicanos. Herrera y Cairo murió en la acción, llamada desde entonces “de la Quemada” y fue enterrado en el campo de batalla por orden del mismísimo *Macabeo*.⁸⁷¹

Pero no todo era tan caballeresco en el fragor de la guerra: los prisioneros de San Jacinto fueron trasladados a la hacienda de Tepetates y Joaquín Miramón, quien no podía tenerse en pie por haber sido herido en una pierna y acribillado en un pie, fue condenado a la pena capital. El odio republicano se volvía irreconciliable, al extremo de olvidar que aún en la guerra se solía respetar a los heridos. Se le concedieron apenas unas horas para prepararse; valientemente Joaquín aceptó su destino y pidió lo recargaran contra un muro para poder recibir la descarga de pie. González Montesinos escribe:

Entre los oficiales republicanos se presentó un acto de bajeza en la muerte de Joaquín Miramón, ya caído éste en tierra al recibir la descarga a quemarropa pues reinaba la oscuridad. Para ver si ya estaba muerto se encendieron varios cerillos pues estos se apagaban varias veces por el viento. El general aún se movía y algunos oficiales que se encontraban presentes se divertieron con

⁸⁶⁹ Juan de Dios Arias. *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo de Ejército del Norte durante la intervención francesa, sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*. México, Imprenta de Nabor Chávez, 1867. 725 p., ils. [Ejemplar con notas de Manuel Balbontín], pp. 114-115

⁸⁷⁰ Debemos recordar que el *Joven Macabeo* era artillero.

⁸⁷¹ Garfias, *op. cit.*, p. 146

descargar sus revólveres en su cuerpo. Tenía la cabeza hecha pedazos y el cuerpo atravesado por 30 balas.⁸⁷²

Miguel Miramón nada sabía de esto: a Concha escribió desde Querétaro el 17 de febrero: “De Joaquín no tengo buenas noticias y esto me tiene muy violento, me dicen que está muy grave y otros que, además, lo han cogido; no temo por lo segundo porque tengo 12 prisioneros que fusilaría en el acto si cometieran con él una barbaridad”.⁸⁷³ Tres días después le llegó el rumor de la muerte de su hermano; volvió a escribir a su esposa:

Tu carta está muy bien escrita, tienes mucha razón, pero qué quieres, la fatalidad sin duda es la que me arrastra, tal vez llevado por un exceso de amor propio o quijotería; hoy, sin embargo, si lo de Joaquín se confirma, la unión será muy difícil a menos que la sangre purifique el daño que me han hecho; no puedo comprender que Joaquín haya sido fusilado herido de un pie y un hombro.⁸⁷⁴

El día 19 del mismo mes había hecho su entrada a la ciudad de Querétaro el emperador Maximiliano. Miramón seguía cada vez más triste pues se le confirmó la muerte de Joaquín, lo cual lo mantuvo encerrado por dos días sin recibir más que a su ayudante y al emperador cuando este lo requiriese. Los republicanos habían fusilado a su Miramón como afrenta a otro, al *Macabeo*, y al parecer consiguieron su objetivo; el 24 de febrero de 1867 escribió éste a Concha Lombardo:

Aquí ha sido sentido por todo el mundo y aún los presos han tenido a mal el que hubiera sido fusilado [Joaquín] estando en ese estado y cuando hubieran podido sacar tanto partido conservándolo en su poder y tratándolo como su posición y estado lo exigían. Juárez no ha conseguido otra cosa que el duelo a muerte que emprendemos desde hoy; yo te ruego no te aflijas por mi suerte futura, porque Dios a quien no podemos engañar, velará por ella, conociendo mis intenciones.⁸⁷⁵

⁸⁷² González Montesinos, *op. cit.*, p. 165

⁸⁷³ Lombardo, *op. cit.*, p. 866

⁸⁷⁴ *Ibidem*, p. 867

⁸⁷⁵ *Ibidem*, p. 868

Atrás habían quedado los ofrecimientos de paz, los intentos de apoyar a Juárez contra los franceses y todo tipo de tregua que se pudiese concebir; el general Miguel Miramón estaba convencido del lado por el cual combatía y que él mismo había señalado a su esposa tiempo atrás: *su patria y su familia*.

Querétaro sería el escenario de la última acción de armas de esta guerra; ahí habrían de decidirse los destinos de dos grupos en contienda desde 1857, ahí se decidiría la suerte que habría de correr un archiduque austriaco seducido por la promesa de la gloria y el poder, que unido a aquellos de quienes siempre desconfió y que en esos momentos simbolizaban lo único que le quedaba de honor, y que pese a cualquier afrenta pasada estaban decididos a dar su vida por la causa imperial. Al menos la mayoría de ellos.

Capítulo 39

El sitio de Querétaro

Las últimas tropas francesas, que abandonaron la capital el 5 de febrero, todavía permanecían en el estado de Veracruz. Desde Orizaba escribió a su familia el militar Henri Loizillon:

En cuanto a nosotros, dejamos México con un sentimiento de haber hecho más mal que bien a este desgraciado país. El mariscal [Bazaine] ha levantado contra él la así mal versión de todo el mundo por su conducta tortuosa, y, claro, el resultado es fatal.

No esperamos para salir sino la llegada de los barcos, los cuales esperaremos en Orizaba.⁸⁷⁶

El abandono francés había dejado a Maximiliano con dudas sobre lo qué pasaría con su imperio. Aún cuando había aceptado de buen grado quedarse, seguía receloso de la actuación de los generales al mando de su ejército, unas veces, y orgulloso de ésta, otras más. Ejemplo de ello es que cuando se enteró de la toma de Zacatecas por Miramón se apresuró a escribirle que, si fuera posible prender a Juárez y sus ministros, les hiciese juzgar y condenar por un consejo de guerra; más no debía ejecutar sentencia alguna sin la aprobación imperial.⁸⁷⁷ Lo anterior sucedió el 5 de febrero, mientras los franceses desalojaban la ciudad de México; el día 9, Maximiliano, escribía a Teodosio Lares:

Mucho se prometía de la habilidad, de la aptitud, de la lealtad y del prestigio de los generales Mejía, Miramón y Márquez. El primero ha dejado el servicio so pretexto de su estado de salud; el segundo, ha sacrificado, casi sin combatir en la primera batalla que ha dado, los elementos que se le habían confiado; el tercero, después de haber arrancado todo, por los medios más violentos, a los ciudadanos laboriosos y pacíficos, a ordenado una expedición mal calculada, cuyos sangrientos resultados no se deplorarán nunca lo bastante [...]⁸⁷⁸

⁸⁷⁶ Berta Flores Salinas. *Cartas desde México. Dos fuentes militares para el estudio de la intervención francesa, 1862-1867*. México, Miguel Ángel Porrúa, 2001. 204 p., ils., p. 191

⁸⁷⁷ Esta comunicación no llegó a manos de Miramón, sino que fue interceptada por los republicanos, quienes harían uso de ella más tarde. Juárez, *op. cit.*, tomo 11, p. 745

⁸⁷⁸ Fernando Iglesias Calderón. *La traición de Maximiliano y la capilla propiciatoria*. México, Tip. Literaria de Filomeno Mata, 1902. 246 p. apéndices, pp. 86-87

Entonces, ¿confiaba o no Maximiliano en tales generales conservadores? Tal vez en esos momentos ni él mismo estaba seguro de ello pero, sin duda, la mejor decisión que podía tomar en esos momentos era marchar al interior, en campaña.

Se ha señalado que el emperador partía hacia Querétaro porque se le insinuó que Miramón podía desconocerlo y autonombrarse jefe supremo de la Nación;⁸⁷⁹ otra versión es que Márquez y Lares convencieron al monarca de ir al frente de sus tropas para reparar los “errores” del *Macabeo*, en referencia a la batalla de San Jacinto.⁸⁸⁰ No podemos asegurar que haya sido o no por alguna de estas razones que Maximiliano marchó al interior; sin embargo, fue clara la influencia que el general Márquez logró tener sobre el emperador, lo cual tendrá consecuencias de suma importancia en el destino del Imperio.

Una vez escogido el teatro de las últimas batallas, Maximiliano fue recibido en Querétaro por Mejía, Miramón, Del Castillo y Manuel Ramírez de Arellano. Al lado del emperador llegaron los generales Márquez y Santiago Vidaurri.⁸⁸¹ Lo más granado del antiguo ejército conservador se encontraba se había reunido en torno a la causa imperial. Dos días después llegó también el general de brigada Ramón Méndez; tras su arribo Maximiliano pasó revista a sus tropas y las organizó: nombró Jefe del Estado Mayor a Márquez; general en jefe de la infantería a Miramón; de la caballería a Mejía; comandante de la artillería a Ramírez de Arellano⁸⁸² y de la brigada de reserva a Méndez. Con ello, Miramón quedaba casi bajo las órdenes del *Tigre de Tacubaya*, quien había sido su subordinado; el *Macabeo* escribió una sentida carta de protesta al emperador donde le informaba que tras la primera batalla dimitiría de su cargo:

El general Márquez ha sido hecho General de Brigada por recomendación mía. Después, siendo yo el Jefe del Estado, aproveché de la primera ocasión que se me presentó para elevarlo al rango supremo del ejército. Este general, en cambio de esa actuación, se apoderó de una fuerte conducta de caudales que pasaba por Guadalajara y atentó proclamar presidente al general Santa Anna, desconociendo el poder que yo tenía y obligándome a ir personalmente a la

⁸⁷⁹ González Montesinos, *op. cit.*, p. 181

⁸⁸⁰ *Ibidem*, p. 177

⁸⁸¹ Debemos recordar que dentro de las filas liberales Vidaurri alguna vez combatió contra Miramón.

⁸⁸² Quien, a la sazón, era coronel.

capital del Estado de Jalisco, para destituirlo y para hacerle volver a México a donde lo hice someter a un juicio.

El general Márquez, habiendo estado siempre a mis órdenes, nunca podré considerarlo como mi superior. Preferiría retirarme a la vida privada más bien, que recibir un golpe tan duro que heriría mortalmente mi dignidad, mi amor propio y estaría en oposición con todos mis antecedentes.⁸⁸³

Era el primero de los tantos problemas que tendrían en los siguientes meses debido a la rivalidad entre ambos generales; Miramón habría de rectificar, pues se había dejado llevar por sus impulsos. Además el emperador no aceptó su renuncia:

Vuestra Majestad me dice que ese general ha merecido su confianza en calidad de Jefe de Estado Mayor, como yo la he merecido en el importante mando que se me ha confiado. Si es así, nada tengo que añadir. El Jefe de Estado Mayor no es mi superior, sino simplemente el intermediario, por el cual recibo las órdenes de Vuestra Majestad. Semejante prueba de confianza en nada me lastima.⁸⁸⁴

Las tropas republicanas avanzaban sobre la ciudad: desde Lagos avanzaba el general Ramón Corona al mando del Ejército de Occidente, mientras que desde San Luis Potosí, el Ejército de Norte de Escobedo también se dirigía a Querétaro. Pronto habrían de cercar a los imperiales. El 1º de marzo se reunió el Consejo de Guerra para decidir que acciones habrían de tomar al respecto; Miramón era de la opinión que debían batir al enemigo por separado, antes de que lograrse unirse y sitiarnos en la plaza. Márquez se opuso tan solo porque la propuesta la había hecho el *Macabeo*, con el argumento de que, si bien no era bueno un sitio, debía buscarse una batalla en el camino a México. La opinión que prevaleció fue la del *Tigre*.

Pero el general Miramón tenía razón: los ejércitos republicanos se encontraron a las afueras de Querétaro y comenzaron el asedio. Todavía no cercaban la ciudad, pero poco a poco les habrían de llegar refuerzos y entonces la salida imperialista sería más difícil. Miramón escribió a su esposa el 8 de marzo:

Hace tres días que estamos esperando ser atacados, el enemigo se movió sobre nosotros; yo fui de opinión que hay que batir primero a unos y después a otros; pero no se quiso y hoy están ya reunidas; hay, sin embargo, una gran ventaja:

⁸⁸³ Garfías, *op. cit.*, pp. 151-152

⁸⁸⁴ *Ibidem*, p. 152

aprobada la posición que tomé en la mañana del miércoles, he tenido tiempo de fortificarla y está hoy hecho un pequeño Sebastopol, de un momento a otro seremos, como te digo, atacados, pero no temas por el éxito, que estoy segurísimo será favorable.⁸⁸⁵

Más y más tropas republicanas llegaban a las goteras de Querétaro; el 10 de marzo Maximiliano reunió a sus generales para escuchar sus opiniones. Les pidió, antes de emitir juicio alguno, que tomasen en cuenta que el general Joaquín Olvera estaba por llegar para reforzarlos y que la ciudad de Querétaro no debía perderse. Y es que para esos momentos solo quedaban unas cuantas ciudades en poder de los imperialistas: México, Puebla, Veracruz y la misma capital queretana. No podían darse el lujo de perder ésta última, sin embargo, no podían arriesgar todo, incluso la vida del emperador, si quedaban cercados por el enemigo e incapaces de aguantar mucho tiempo luego de que se les acabasen los víveres.

La opinión de los generales fue la siguiente: Méndez creía que lo mejor era quedarse y fortificarse en dicha ciudad; Mejía, Del Castillo y Ramírez de Arellano señalaban que se debía batir inmediatamente al enemigo. Márquez, que se debía esperar a Olvera y luego de ello atacar a los republicanos,⁸⁸⁶ Miramón expresó:

Señor, dijo, haré una aclaración importante. El día 22 del próximo pasado [febrero] nos citó Vuestra Majestad y entonces quedó resuelto que saldríamos de Querétaro el 26 del mismo, con el fin de batir en detal al enemigo; esto no sucedió así por razones que ignoramos, más el resultado inmediato fue que las tropas disidentes se presentaron concentradas en nuestro frente, y en consecuencia, hubo una falta contra las reglas del arte. Mi opinión es que esperemos al general Olvera uno o dos días a lo sumo, pero continuando activamente los trabajos de nuestras obras de defensa, pues no sería remoto que en este intervalo del tiempo el enemigo tomará seriamente la ofensiva sobre nosotros. Pasando el plazo que he fijado se debe flanquearlo, no por donde se indiquen las noticias de los espías que se introduzcan en el campo de aquél, sino resueltamente por nuestra izquierda, pues la posición de Santa Rosa, por ejemplo, que está a la derecha, es demasiado fuerte, toda vez que la forma una larga y penosa cuesta perfectamente defendida por los accidentes de un terreno donde no puede jugar la artillería. La escasez de forrajes y víveres, agregó, no es lo que ajusta mi opinión, sino la creencia de que esto se debe hacer. Por lo

⁸⁸⁵ Lombardo, *op. cit.*, p. 870

⁸⁸⁶ Juárez, *op. cit.*, tomo 15, pp. 920-921

demás nos quedan todavía algunos de éstos y de aquellos, y en lo sucesivo podrían sacarse o tomarse de donde los hubiera.⁸⁸⁷

Maximiliano optó por el ataque, aunque luego de esperar un poco más, y finalizó tras decir a sus generales: “Hay momentos tales como los que atravesamos, en que la existencia de los imperios debe aventurarse al azar de una batalla. Seguramente triunfaremos, pero aún cuando se verificara el remoto caso de que sucumbiéramos, sería con honor”. Señalaba el emperador que un simple movimiento de sus tropas, inferiores en número, desmoralizaría a los contrarios.

El 14 de marzo quedaron formalmente sitiados por los ejércitos de la República. Ese mismo día, Escobedo ordenó un falso ataque al convento de La Cruz, uno de los pilares de la defensa imperial y cuartel general de Maximiliano. Esto con el objeto de distraer al enemigo y hacerse del cerro de San Gregorio, única posición de los sitiados que se encontraba sin fortificarse. El “ataque”, si daba resultados, debía aprovecharse para tomar La Cruz definitivamente y dar el golpe final al Imperio. Luis Islas narra:

Al principio de la batalla, “el general Miramón acudió al galope adonde estaba el emperador para pedirle instrucciones. El emperador le dio carta blanca para defender toda la línea del Norte con la infantería y Miramón se lanzó inmediatamente hacia el cerro de las Campanas” desde donde se arrojaría a todos los lugares de peligro. Por prontas providencias tomó sobre su responsabilidad el desobedecer un movimiento, de Severo del Castillo, ordenado torpemente por el Jefe del Estado Mayor (Márquez), encaminado a retirar las tropas que hacían resistencia por el sur al poderoso ataque de [Sóstenes] Rocha para concentrarlas en La Cruz.⁸⁸⁸

El ataque a San Gregorio fue encarnizado; la defensa de éste punto y La Cruz, tenaz y por momentos se neutralizaron los resultados, pues ambos ejércitos perdieron muchos hombres. Miramón iba y venía arengando a las tropas. El mismo republicano Rocha, antiguo militante de las filas conservadoras, escribió:

⁸⁸⁷ *Ibidem*, p. 922

⁸⁸⁸ Islas, *op. cit.*, pp. 263-264

El valiente general Miramón, que según supimos luego se encargó del mando de las tropas de la defensa, se multiplicó por todas partes; los entusiastas gritos del adversario anunciaban su presencia en los puntos de mayor peligro; si el jefe del ataque hubiese desplegado la misma energía, es evidente que ese día se hubiera, por lo menos, efectuado una brillante embestida y la plaza hubiera quedado ceñida militarmente.⁸⁸⁹

Pese a que los republicanos se hicieron del cerro referido, les fue imposible avanzar sobre la plaza. Miramón y sus tropas les impidieron el avance. El 19 de marzo el Macabeo escribía a Concha sobre la indecisión del emperador y de Márquez: “si no estuviéramos Mejía y yo unidos en todo, temería una desgracia”.⁸⁹⁰ Y es que no solo Arellano era fiel al general Miramón, también Del Castillo y Mejía, en quienes veía a dos buenos amigos y eficientes militares. Pero Méndez guardaba cierto rencor a Miramón, básicamente porque era buen amigo de Leonardo Márquez, a quien admiraba por considerarlo un buen táctico. Al igual que Márquez, Méndez estaba dispuesto a negarse a realizar todo lo que hubiese propuesto el ex presidente. En la misma carta a su esposa, Miguel relató lo sucedido el día 17 anterior:

El enemigo que atacó el día 14 y fue rechazado con grande pérdida, propuse yo fuera batido el 15; no se aprobó y, sin embargo, entre tanto puse razones militares de tal peso que se decidieron para el día 17; este día a las cinco de la mañana, formado ya en columna y solo esperando uno de mis ayudantes para dar el asalto, cuando recibí la orden del emperador de suspender el movimiento; la rabia que se apoderó de mí fue tal que no supe lo que hice y que a no ser por la posición falsa que guardaba, tal vez no lo hubiera desobedecido; en esos momentos, con las tropas llenas de entusiasmo y puestas a tiro de metralla, volví a mi posición con la rabia en el cuerpo y la tristeza en el corazón. De entonces acá nada se emprende; el enemigo libertó sus baterías y el 21, día de San Benito, tendremos música celestial, pero con 44 cañones tirarán sobre la ciudad, a la cual destruirán sin causarnos a nosotros grande daño.⁸⁹¹

¿Qué había pasado? ¿Por qué se había suspendido el ataque? El biógrafo Luis Islas escribe al respecto:

⁸⁸⁹ *El sitio de Querétaro...*, op. cit., p. 11

⁸⁹⁰ Lombardo, op. cit., p. 871

⁸⁹¹ *Ibidem*, pp. 871-872

[...] extrañas coincidencias entre Márquez, [Miguel] López (el que más tarde traicionaría) y Méndez, paralizan la acción. López “se espanta” pues se imagina que van a atacar La Cruz, de la que es comandante, al ver que la división Méndez se dirige a ponerse a las órdenes de Miramón; Méndez se detiene en el camino, inexplicablemente paralizada su marcha por un carro de municiones volteado y una trinchera vacía, y se detiene frente al disgusto de los Dragones de la Emperatriz que querían “pasar a toda costa”; el mismo Méndez conocedor del “susto” de López, deja sus tropas entretenidas con el obstáculo y corre a avisarle al Emperador que la situación en La Cruz es muy comprometida: “—su caballo estaba extenuado de cansancio—”; Márquez, que está cerca del Emperador en Las Campanas y que no es partidario del ataque de Miramón, inmediatamente contesta a las vivaces preguntas de Maximiliano urgiendo que la división Méndez regrese a La Cruz en peligro y entonces “el Emperador dio orden de suspender el ataque” y comisionó a Márquez para que fuera a transmitirle las órdenes a don Miguel minutos antes de que empezara. [Alberto] Hans es testigo de la escena final: “El general Márquez llegó en el momento en que Miramón, con la espada en la mano, pasaba al frente de sus tropas arengándolas y les comunicaba su ardor y su fe ciega en el éxito de la jornada. El día iba a comenzar. Diez y ocho piezas de artillería, que se habían colocado en batería frente a las posiciones enemigas, se disponían a comenzar el fuego. La orden, transmitida por el general Márquez en persona, la noticia de que el enemigo se disponía a tomar La Cruz que había quedado casi abandonada, y la que la brigada de reserva no se hallaba todavía en su puesto, causaron a Miramón una desesperación furiosa. Envainó su espada, tiró al suelo su sombrero y dio orden a las tropas de volver a la ciudad. Volvió el mismo a Querétaro, pálido y llorando de rabia”. En cambio se aclaró que nadie pensaba atacar La Cruz...⁸⁹²

Vidal Covián Martínez señala que Miramón “frente al Palacio Municipal se encuentra a Santiago Vidaurri y le pide que diga a Maximiliano que no cuente con él para ningún consejo de guerra, y que en lo sucesivo se concretará a cumplir órdenes”,⁸⁹³ y ¿cómo no pensar eso si parecía que debía cuidarse más de los enemigos del interior que de los sitiadores de Querétaro? Si cada vez que quisiera hacer su trabajo, es decir, combatir al enemigo, tenía que atenerse a la voluntad del *Tigre de Tacubaya* y a los continuos cambios de parecer de un emperador influenciado por sus enemigos internos, sería difícil triunfar sobre las tropas de Mariano Escobedo. Sin embargo, poco tiempo tendría que lidiar con Márquez; éste habría de regresar pronto a la capital del Imperio.

⁸⁹² Islas, *op. cit.*, p. 266

⁸⁹³ Vidal Covián Martínez. *Efemérides del sitio de Querétaro y del juicio y ejecución de Maximiliano, Miramón y Mejía*. Ciudad Victoria, Ediciones Siglo XX, 1967. 64 p. (Cuadernos de Historia. Serie 1967, núm. 4)

Capítulo 40

En interminable espera de Márquez

Al parecer ya no quedaba otra opción a las fuerzas imperialistas más que defenderse y tratar de romper el cerco; lo único es que los víveres eran pocos como para aguantar un sitio muy prolongado. La oportunidad idónea llegó tan solo dos días después, pues se tuvo conocimiento de que llegaría un convoy con provisiones para el ejército republicano. Maximiliano volvió a mandar a Miramón, ésta vez, a apoderarse de tal carga, que se encontraba en una hacienda a cuatro kilómetros de la ciudad. Si tenía tanta confianza en Márquez, ¿porqué era Miramón el elegido para hacer esa arriesgada salida? Quizás la respuesta sea que el talento militar del *Macabeo* era más que conocido por todos, incluso el emperador.

La “fulminante” maniobra se verificó el día 22 de marzo.⁸⁹⁴ Ya se tenían las provisiones, ahora faltaban los refuerzos. Maximiliano pensó en mandar a Miramón a la capital para que trajese a las tropas que ahí se encontraban —los austriacos comandados por el príncipe Carl Khevenhüller, principalmente— además de víveres, municiones, armas y dinero. Sin embargo Márquez, quien ya había hecho lo suyo en el convencimiento del emperador, logró que éste lo designara a él para ir en busca de la ayuda. Dicho lo cual, el *Tigre de Tacubaya*, acompañado de Vidaurri y 1,500 hombres de caballería, salieron a la medianoche del mismo 22.

La orden del emperador especificaba que Márquez debía regresar a lo sumo en quince días, lo suficiente para juntar lo necesario y ponerse en marcha de nuevo hacia Querétaro. En los días subsecuentes el general Miramón ya no escribió a su esposa; las obras de defensa, la búsqueda de víveres, los preparativos para atacar al enemigo lo mantuvieron ocupado. Uno de los principales problemas del sitio fue la escasez de municiones y pólvora; Alberto Hans señala con respecto a Ramírez de Arellano, quien se encargó de buscar la manera de hacerse de balas:

⁸⁹⁴ Islas, *op. cit.*, p. 269

Estableció una fábrica de salitre, una de pólvora, dos fundiciones de proyectiles y los talleres necesarios.

El techo del teatro [Iturbide] fue arrancado, fundido y convertido en balas. Una parte de las campanas y todo el hierro que se pudo conseguir, sirvieron para fundir balas y granadas. Nuestro material fue reparado de la manera más ingeniosa y aumentado con el que quitamos al enemigo; finalmente, el coronel Arellano encontró el modo de remplazar nuestras cápsulas de guerra, completamente agotadas, con cápsulas de papel, delicadas, pero generalmente buenas.

Gracias a esta feliz innovación pudimos resistir tanto tiempo.⁸⁹⁵

El 24 de marzo se dio una de las batallas más importantes: la de la **Casa Blanca**.

Ésta era un edificio “de espesos muros que formaba la saliente suroeste de la línea fortificada de la plaza, pero que tenía la desventaja, como toda la línea sur, de estar dominada por las faldas del Cimatario, circunstancia que, de manera definitiva, dificultaba su defensa”.⁸⁹⁶ El enemigo tenía la intención de tomar dicho sitio, pues con esa posición en su poder podrían los republicanos romper el cerco e iniciar el avance sobre otras posiciones importantes de la ciudad.

La defensa, dirigida por Miramón, se centró en la Alameda queretana y la misma Casa Blanca; una y otra vez atacaron los sitiadores, una y otra vez fueron rechazados e incluso contraatacados primero por Méndez y luego por Mejía. Sobre el inicio de la batalla escribe Hans:

La Casa Blanca, defendida por una débil tropa de infantería, iba a ser tomada, cuando llegó el coronel Arellano, y comprendiendo todo el peligro que había en perder aquella posición, el ángulo más importante de nuestra línea, mandó situar algunas piezas en batería, y contuvo a nuestros infantes. Estando herido su caballo, echó pie en tierra y dirigió en persona magníficos tiros de metralla, que amortiguaron el ímpetu del enemigo y dieron tiempo al general Méndez para acudir con el batallón de Iturbide y al general Miramón para llegar con nuevos refuerzos, mientras que el general Mejía formaba de nuevo la caballería. El combate fue entonces más igual y el enemigo se vio obligado a retroceder de nuevo.⁸⁹⁷

⁸⁹⁵ Hans, *op. cit.*, p. 116

⁸⁹⁶ González Montesinos, *op. cit.*, p. 203

⁸⁹⁷ Hans, *op. cit.*, pp. 118-119

Miramón, Méndez, Mejía y Ramírez de Arellano vivieron uno de los actos más gloriosos de sus carreras. Destaca también Mejía quien se encontraba enfermo y que dejó la cama para ponerse al frente de la caballería imperial; el padre Rivera y Sanromán escribe sobre el general queretano: “[...] desenvainó la espada y gritó a sus soldados: ‘¡Muchachos, así muere un hombre!’”, apretó con los hijares de su brioso corcel y acometió velozmente a los republicanos; todos sus soldados le siguieron con entusiasmo [...]”.⁸⁹⁸ La batalla dejó centenares de pérdidas, principalmente en el campo republicano; los imperialistas lograron, por su parte, conservar la posición de la Casa Blanca. No obstante, es imperativo mencionar que ambos ejércitos pelearon con admirable denuedo. Tras esta acción, Manuel Ramírez de Arellano consiguió que Maximiliano lo ascendiera al grado de general de brigada, merecida presea por su proceder en esa jornada.

Mientras tanto, el general Márquez parecía no tener intenciones de regresar; desobedeciendo las órdenes del emperador, tras su llegada a la ciudad de México —donde ocupó el cargo de Lugarteniente del Imperio— marchó al frente de un ejército de cerca de 4,000 hombres a combatir al general Porfirio Díaz, quien sitiaba a las fuerzas del también general Manuel Noriega en la ciudad de Puebla. El resultado: tan solo tres días después Díaz habría de tomar la angelópolis en uno de los triunfos más rotundos de su carrera militar, por el cual sería bautizado “el héroe del 2 de abril”. El 4 del mismo, entre las poblaciones de Otumba y Puebla las fuerzas de Márquez, Quiroga y Kodolick sucumbieron ante el ataque del imparable Díaz, tras de lo cual huyeron a la capital.⁸⁹⁹ Ahora Porfirio Díaz marchaba rumbo a la capital, con el objeto de sitiarla. El Imperio se reducía cada vez más.

Si Márquez no hubiera desobedecido, pese a la pérdida de Puebla se hubiese asegurado la salida del emperador y sus hombres del cerco queretano. Empero, por razones que a la fecha no se saben, el *Tigre* tomó una decisión distinta que, como habremos de ver, habría de tener graves consecuencias para los imperialistas. El 11 de abril Márquez llegó a la capital de noche, derrotado. Al otro día lo hicieron las fuerzas que quedaron de su ejército. Ese mismo día, 12 de abril, el general Díaz dio inicio al sitio de la ciudad de

⁸⁹⁸ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 289

⁸⁹⁹ Rivera y Sanromán, *op. cit.*, p. 290

México. La esperanza de mandar alguna ayuda a Querétaro se había desvanecido completamente.

En dicha plaza, comenzaba la desesperación. Todo escaseaba tras treinta y siete días de sitio y el enemigo crecía y se reforzaba. Miramón, Mejía y Ramírez de Arellano coincidían en que Márquez había ya demorado mucho en regresar, y que debido a ello se debían adoptar serias medidas. Ya no podían hacer la retirada que tenían planeada tiempo atrás; se debía por tanto, intentar otra cosa. En un documento, también escrito el 12 de abril por Miramón y Arellano, éstos señalan:

Los cañones abandonados sucesivamente al enemigo; un reguero de muertos y heridos; los cobardes arrollando a los valientes y arrastrándolos en su precipitada fuga; la caballería contraria cargando sobre los dispersos y acuchillándolos sin piedad; una desertión fabulosa y algunos hombres tomando las veredas y extraviando el rumbo para salvarse; tal sería, Señor, según la dilatada experiencia de 12 años de constante revolución, el verdadero resultado de nuestra retirada de Querétaro, el mismo día o al siguiente de haberla emprendido. A la vista de tan amarga realidad, los que suscriben creen cumplir con un deber de conciencia y dar a Su Majestad un palpable testimonio de lealtad y de sincera adhesión proponiendo a Su Majestad que se ejecute una de las dos siguientes determinaciones, como última esperanza de salvación.

1ª. —Siendo necesario, para el triunfo de las tropas que defienden esta plaza, el auxilio de una fuerza extraña y debiendo venir ésta sin demora, Su Majestad se dignará salir con 1,000 caballos, para obligar al general Márquez a que se mueva rápidamente con tal fin, batiendo primero al enemigo que se encuentra sobre el camino de México.

2ª —Si Su Majestad no cree conveniente salir de esta plaza, entonces deberá marchar el general Mejía con los 1,000 caballos e ir a reunirse con el general Márquez, para hacerle ejecutar lo que tiene ordenado Su Majestad.⁹⁰⁰

Empero, el emperador resolvió esperar a Márquez. Nada se sabía aún de su derrota en las cercanías de Puebla ni del sitio de México. Los días subsecuentes pasaron en relativa calma, si se toma en cuenta lo difícil que es estar en un lugar donde escasean los víveres, el agua y el forraje para los animales. Solo el eterno cañoneo de ambos ejércitos, tratando de infringir el mayor daño posible a las posiciones enemigas, las continuas obras de fortificación y alguna que otra escaramuza. El tedio iba en aumento, el hambre más aún.

⁹⁰⁰ Juárez, *op. cit.*, tomo 11, pp. 940-941

De esos aciagos días la anécdota de José Luis Blasio, secretario particular de Maximiliano, que reproduce Luis Islas:

Ya por entonces la escasez de víveres era grande y difícil encontrar carne y maíz, por lo que el ejército y población empezaron a comer carne de caballo y de mula. En esos días, el jefe de las tropas de infantería tuvo ocasión de manifestar una vez más su buen humor:

“Un día que comíamos en la mesa del Emperador —dice Blasio— llegó un asistente de Miramón trayéndonos un magnífico pastel, que comenzamos a saborear, pues estaba delicioso, cuando se presentó Miramón preguntándonos qué nos parecía el regalo. —Contestamos todos que estaba exquisito y repuso: —Pues siempre que ustedes quieran un manjar semejante, pueden decírmelo, porque aún tengo en mi casa una buena provisión de gatos, para que no nos falten pasteles como el que están ustedes saboreando”.⁹⁰¹

También de aquellos días era el rumor de que Miguel Miramón se enfrascó en un tórrido romance con una joven viuda queretana, perteneciente a una de las familias más reconocidas de la ciudad. ¿Qué hubo de cierto en ello? No podemos constatar nada, más podríamos considerarlo como un hecho que en efecto pudo haber acontecido. Carlos González Montesinos señala al respecto:

Miramón era bien parecido, joven, impetuoso, muy gallardo en su atuendo de guerra, rodeado, de antiguo, de una leyenda de virilidad y valentía, muy amigo de sus amigos y terror de sus adversarios. No era difícil entonces, que el amor surgiera avasallador entre estos dos jóvenes notables, la una por su belleza y triste soledad y el otro por su continuo contacto con la muerte, que día a día lo privaba de la certeza de contemplar las estrellas por la noche o de ver el siguiente amanecer.⁹⁰²

Además, su esposa estaba lejos. Incluso la correspondencia se había interrumpido desde hacía unas semanas. El romance entre Miramón y la citada señora no tiene bases para afirmarse, aunque lo consideramos posible; tal vez fue la única paz en la ajetreada vida del joven general en aquellos días. Sin embargo, el general tenía puesta la mayoría de su atención en la defensa de la plaza y en idear un plan de ataque que les permitiese romper el cerco republicano.

⁹⁰¹ Islas García, *op. cit.*, pp. 277-278

⁹⁰² González Montesinos, *op. cit.*, p. 206

El momento idóneo llegó hacia el 27 de abril. Todavía sin noticias de la capital, el emperador autorizó a Miramón para atacar al enemigo que se situaba a las faldas del cerro del Cimatario.

La batalla del Cimatario

A las cinco de la mañana los republicanos despertaron con el fuego de la artillería imperial sobre ellos; con un número inferior de hombres Miramón batió y derrotó a más de seis mil. Era la última batalla del *Macabeo* y también su último triunfo.

Sóstenes Rocha narra como fue visto el movimiento desde el campo enemigo:

El cañoneo duraría unos tres cuartos de hora, tiempo que el general Miramón a la cabeza de cuatro mil hombres de infantería y caballería, empleó para desplegar sus fuerzas y abordar nuestra posición a la bayoneta. Algunos tiros de cañón, y un fuego flojo mal dirigido de fusilería, fue el único elemento de defensa que durante algunos minutos pusieron en juego los republicanos, que en seguida se dispersaron completamente.

La caballería imperialista que desde un principio había desplegado por el flanco más adecuado a la operación que se intentaba, cargando con la debida oportunidad cooperó del modo más eficaz al pronto desenlace y al buen éxito.

La dispersión de nuestras tropas entregó al enemigo por lo menos la tercera parte de nuestra línea de circunvalación y la más estratégica bajo el punto de vista de obligar al sitiado a levantar el sitio. Más esta gran ventaja no fue comprendida por el enemigo [...] ⁹⁰³

Rocha era uno de los pocos republicanos con instrucción militar formal; por ello su opinión nos parece muy importante, más si tomamos en cuenta que había militado al lado del *Siervo de Dios Miguel* durante la guerra de Reforma. La importancia de la batalla del Cimatario, y en general de todo el sitio de Querétaro radica principalmente en que, con un número tremendamente inferior en cuanto a tropas, los imperialistas se hubiesen podido mantener tanto tiempo en pie de lucha. Un comentario del general Rocha nos da idea del porqué:

⁹⁰³ *El sitio de Querétaro...*, op. cit., pp. 18-19

Las fuerzas sitiadoras eran en lo general menos que medianas, sólo el pequeño Cuerpo de Ejército del Norte era capaz de rivalizar en disciplina, instrucción y audacia con las tropas de la plaza, pero en aquellos momentos carecía de cohesión, estando sus cuerpos diseminados en las líneas y en las reservas.⁹⁰⁴

El triunfo de las armas imperialistas en la batalla del Cimatario fue total, más como sucede en muchos de los casos, la excesiva celebración los hizo descuidarse y fue entonces que sobrevino el contraataque republicano que los hizo perder de nuevo dicho punto y la oportunidad de tomar el cerro de San Gregorio. Otra mala noticia llegó al cuartel general del emperador ese día: les informaban, a través de un correo, que la capital estaba sitiada por Díaz y defendida por Márquez. Con ello se perdió la esperanza de la llegada de refuerzos. En esos días Luis Islas cuenta que Miramón se reunió con el general Rocha, Julio Cervantes y José Montesinos, amigos suyos de tiempo atrás y que le ofrecieron pasarse al campo republicano. El *Macabeo* cordialmente les respondió que sería mejor que ellos ingresasen a las filas imperiales. Aún dentro del fragor de las batallas, la amistad, que no distinguía bandos, seguía existiendo.⁹⁰⁵

Ante la crítica situación Maximiliano escribió a Márquez el día 7 de mayo; todavía, aún cuando sus generales le decían lo contrario, el emperador creía que el *Tigre* habría de llegar en algún momento. En la carta menciona: “[...] ante la patria y ante la historia, sereis, pues, el único responsable de las consecuencias que resulten de vuestra tardanza que ya excede a todo límite prudente [...]”.⁹⁰⁶ Unos días después, un mensajero enviado a la capital por el monarca fue colgado por los republicanos a pocas millas de Querétaro. Ni siquiera podía ahora pedirse auxilio.

El 14 de mayo los generales Miramón, Mejía, Del Castillo y Ramírez de Arellano escribieron un *memorándum* dirigido a Maximiliano donde lo instaban a salir del cerco en que se hallaban. En este documento arremeten contra Márquez por sus malos consejos, por sus pésimas decisiones, por influir en el monarca a fin de que no salieran de Querétaro y finalmente por desobedecer las órdenes que tenía de regresar. Señalan los citados militares:

⁹⁰⁴ *Ibidem*, p. 19

⁹⁰⁵ Islas, *op. cit.*, p. 297

⁹⁰⁶ Juárez, *op. cit.*, tomo 11, p. 952

El ejército, a cuya cabeza se encuentra el más noble de los soberanos, lleva ya 70 días de sitio y 54 de estar esperando el auxilio del general Márquez. Y esto en una plaza abierta que no fue fortificada ni abastecida oportunamente; que además está dominada en la mayor parte de sus puntos por alturas de primer orden que ocupa el enemigo, cuyas fuerzas se elevan a 30, 000 hombres, mientras nuestras tropas, disminuidas primero por 1,300 caballo que fueron a escoltar al general Márquez y después por el tifo y el fuego del sitiador, se han reducido de 8,000 hombres a 5,000, número despreciable con el que sostenemos una línea de ocho kilómetros, que, según las reglas del arte, exige para su defensa un ejército de 35,000 hombres.⁹⁰⁷

Más adelante hicieron un recuento de lo logrado, lo capturado y lo carecido; y es que no se ha tomado en cuenta que no sólo hacía falta mantener al ejército imperial sino también a la población queretana que carecía de toda provisión posible. Los generales señalan que el objeto primordial de la defensa de Querétaro era esperar a Márquez, más sin tener noticia alguna de parte de éste, sin ninguna ayuda de la guarnición de la capital, la defensa era imposible “toda vez que el ejército y el pueblo son presas de la plaga del hambre, que dentro de breves días se hará sentir con todos sus horrores, matando de un solo golpe el sufrimiento de la población y la moral del soldado, rebajada por la miseria, por la desnudez, [y] por los rigores de la estación de las aguas”;⁹⁰⁸ todo ello los obligaba a tomar una decisión. Por ello, debían:

[...] atacar desde luego al enemigo hasta derrotarlo completamente, venciéndolo en todos los puntos de su línea; sin las tropas imperiales fueran rechazadas en este ataque, evacuar inmediatamente la plaza, inutilizando primeramente la artillería y todos los trenes y rompiendo después el sitio a todo trance, único medio de salvar de la barbarie del enemigo al mayor número de soldados del ejército imperial.⁹⁰⁹

Maximiliano accedió por fin a las peticiones de sus generales; no había otra opción más que la salida de Querétaro luchando contra el enemigo. Sin embargo a lo largo de ese día, 14 de mayo, no pudo llevarse a cabo dicha acción, pues los preparativos absorbieron

⁹⁰⁷ *Ibidem*, p. 988

⁹⁰⁸ *Idem*

⁹⁰⁹ *Ibidem*, p. 989

las horas que quedaban. El ataque a los republicanos, la salvación del Imperio, se llevaría a cabo al amanecer del día 15.

Sin embargo, algo inexplicable en esos momentos, previos a ir a descansar para emprender pocas horas después una acción de tal magnitud, volcó en desconfianza la característica seguridad del general Miramón en las horas precedentes a una acción de armas, al grado de mencionar, al despedirse del Emperador Maximiliano, la frase que otro infortunado personaje de nuestra historia, Venustiano Carranza, habría de recordar más de cincuenta años después, en las horas previas a su asesinato: “Dios nos libre de estas últimas veinticuatro horas”.⁹¹⁰

A corta distancia, en esos mismos momentos, un hombre cubierto por una capa llegaba a hurtadillas al campo republicano; era el coronel Miguel López, comandante del Regimiento de Dragones de la Emperatriz, compadre de Maximiliano, su “favorito” y, dentro de unas horas, su verdugo.

⁹¹⁰ Un testigo, el general Francisco L. Urquiza asegura en sus obras México-Tlaxcalalongo. Mayo de 1920. México, Editorial Cultura, 1932, 178 pp., p. 136 y Asesinato de Carranza. Prólogo de Isidro Fabela. México, La Prensa, 1959, 234 pp., p. 160. (Populibros la Prensa 32), que don Venustiano dijo tal frase; sin embargo, se equivoca al señalar que Carranza lo hacía recordando las palabras de Miramón a Maximiliano en la noche previa a su fusilamiento. Hemos visto que fueron mencionadas en la víspera de la caída de Querétaro.

Epílogo

Tras el fusilamiento, Maximiliano fue embalsamado para poder mandar sus restos a Austria, cuando el gobierno imperial lo reclamara. No así sus generales, Tomás Mejía y Miguel Miramón. Ambos serían enterrados en el Panteón de San Fernando, de la ciudad de México; el primero, en una tumba sencilla, tan sólo son su nombre y una estrella de David labrada en piedra. El segundo, en un mausoleo de piedra rosa con dos letras M de bronce. Los generales que en vida conservaran una estrecha amistad, tras la muerte estaban separados por unos cuantos pasos. La inconsolable Concha llevó el cuerpo de su marido a la capital del país: volvía a su lugar de origen.

Guardó en un frasco el corazón de Miguel para llevarlo consigo a Europa, más fue disuadida por el padre Ladrón de Guevara de no hacerlo. El corazón del *Macabeo* terminó enterrado en la Hacienda de Cerro Prieto, custodiado por Guadalupe Lombardo y Romualdo Fagoaga, su cuñada ésta, su concuño y amigo entrañable aquel.⁹¹¹ La travesía de Concha terminó cuando, el 18 de julio de 1867, fue enterrado el general a la entrada del panteón en una sobria pero elegante tumba.

Concha y sus hijos fueron a vivir al Viejo Continente, donde la archiduquesa Sofía, madre de Maximiliano, los acogió en el seno de la corte austriaca. Los niños Miguel, Concepción y Guadalupe se educarían y crecerían en Europa, sin recordar México más que por las referencias de su madre.

De este lado del mar el recuerdo del general Miramón siguió vivo unos años después. El 2 de noviembre, día de muertos, del año de 1869, Ignacio Manuel Altamirano escribió en su crónica semanal un artículo sobre el Panteón de San Fernando. Con respecto a la tumba de don Miguel refiere:

Este monumento estaba adornado el 2 de noviembre con algunas coronas y ramilletes; y en una cruz que estaba encima notamos que había dos cintas con inscripciones impresas. La una de ellas decía: "Ante esta tumba cesan los odios". ¿Por qué poner estas palabras que no eran necesarias, ni tenían objeto?

⁹¹¹ Fuentes Mares, *Miramón...*, op. cit., p. 261

¿acaso nosotros no sabemos que, sobre este sepulcro, la Piedad ha extendido sus alas benéficas, y que los nobles corazones no hacen la guerra a los muertos, como dijo Byron?

La otra inscripción decía: "México, llama a tus hijos ausentes, llámalos". ¿Quería decir esta inscripción que se concediese una amnistía completa? ¿Por qué los deudos del general Miramón se empeñan, no en orar por su alma el día 2 de noviembre, sino en pretender que el que reposa en el silencio de la tumba tome parte en las agitaciones de la vida política? Ya en los dos años que han transcurrido después de su muerte, hemos notado sobre la tumba del infortunado joven estas manifestaciones de sus parientes.⁹¹²

En el año de 1878, con graves dificultades económicas, Concepción Lombardo escribió una carta al entonces presidente Porfirio Díaz, pidiéndole una suma que la salvara de la terrible situación en que se encontraba. La viuda de Miramón señaló:

Hoy que mis hijos son grandes y que en la Europa toda reina una carestía general, mis circunstancias han empeorado y me encuentro rodeada de mil compromisos y dificultades. Ésta es mi posición, sin embargo de que algunos de mis compatriotas creen lo contrario. Por eso, señor presidente, recurro a usted cuya alma noble y generosa ha puesto aparte los mezquinos odios políticos para hacer la felicidad de nuestro país.

Yo no pretendo que se me declare una pensión, lo que suplico a usted es que se digne hacerme dar alguna suma con la cual yo pueda salvar mi honor y salir de los innumerables compromisos que tengo.

El recibir esta suma, me será doblemente grato, pues será una prueba para mí de que en el corazón de usted no hay ningún recuerdo de odio contra las desgraciadas víctimas de Querétaro y será el primer dinero mexicano que vendrá a mis manos después de once años de viudez y de infortunio.⁹¹³

El general Díaz respondió poco después: no podía acceder a su petición de enviarle una suma pues "ciertos requisitos para disponer de los fondos públicos y el estado del erario que no permite distraer ninguna cantidad que no tenga por objeto el pago del presupuesto que vencen los empleados de la administración, me privan del gusto de complacer a usted". El general presidente Porfirio Díaz contestó de forma diplomática:

⁹¹² Ignacio Manuel Altamirano. *Crónicas de la Semana (de "El Renacimiento", 1869)*. Introducción por José Luis Martínez, Francisco Monterde y Humberto Batis. México, INBA / Departamento de Literatura, 1969. 287 p., pp. 257-258

⁹¹³ Flores Salinas, *Segundo Imperio...*, op. cit., pp. 132-133

[...] estoy informado que ellos [se refiere a los hijos de Concepción Lombardo] han rehusado dignamente servir en el extranjero para conservar su nacionalidad, pudiera combinarse que vinieran a este país, donde continuaría sus educación y adquirieran más tarde un puesto digno; por lo mismo no vacilo en ofrecerle a usted para ello una pensión, como la que disfrutaban los alumnos de gracia en nuestros colegios nacionales.⁹¹⁴

Concha no lo aceptó, o por lo menos no se tiene conocimiento de ello; fue hasta 1895 cuando la viuda regresó a su patria. Cuán grande sería su sorpresa al encontrar que, a tan sólo unos metros de distancia de la tumba de su esposo, reposaban los restos de Benito Juárez, acaecido en 1872. Mucho era el rencor de Concepción para con el verdugo de su marido, tanto que decidió trasladarlo de inmediato. El diario católico *El Tiempo*, señaló el domingo 26 de mayo del mismo año:

El viernes último a las 4 de la tarde, se descubrió en el Panteón de San Fernando el cadáver del general Miguel Miramón, extraído de su mausoleo en una caja de madera y dentro otra de zinc, la mañana del día 8 del actual, en presencia de la señora Concepción Lombardo de Miramón, don Eusebio Gayosso, dos gendarmes y otros tantos oficiales. Con mucho cuidado quitaron las lozas de la cabecera y de la parte de arriba, encima de los ataúdes del general Joaquín Miramón y de su señora madre; sacaron la doble caja que contiene los restos de don Miguel y la depositaron en la Capilla, donde habían estado hasta ese día.

Estuvieron presentes en el acto los señores Eusebio, Roberto y Federico Gayosso, Miguel Miramón [hijo], Alejandro Guitián, general Santiago Cuevas, S. Germán y Vázquez, el notario público Antonio Ferreiro, Carlos Alcalde, Ángel Pola, señorita Emilia Beltrán y Puga, el administrador del panteón y los sirvientes de la Agencia de Inhumaciones Gayosso; José Liñán, Juan Villagómez, Pedro Jiménez, Porfirio Frago, Francisco Gutiérrez y los hojalateros Raimundo Lira y Ramón Morales.

El cadáver del señor Miramón, que fue embalsamado como se sabe, está relativamente bien conservado. Tiene la cara ennegrecida como es natural que sea por la descomposición y las combinaciones químicas que se operan en los cadáveres inyectados.

Las órbitas están vacías, las mejillas hundidas, la nariz aplastada y la cabeza desnuda de cabellos.

El cadáver se hallaba vestido con levita de ancha solapa, y grandes botones, las manos enguantadas de negro y descansando juntas sobre el vientre, el pantalón largo hasta el empeine.

Del pie izquierdo no aparecía más que la suela del calzado parada, el otro estaba intacto. La ropa lustrosa, como charolada, quizás por efecto de las sustancias del

⁹¹⁴ *Ibidem*, p. 133

embalsamamiento. Vimos el cuerpo demasiado ancho en medio y muy desproporcionado respecto de la cabeza, muy chica. Había un frasco de cristal en el hombro izquierdo.

Con una sábana fueron envueltos los restos y colocados en la elegante y costosa caja hecha por la agencia Gayosso para después ser guardados en otra nueva de zinc, con una ventanilla de cristal en la cabeza. A pesar de estar bien cubierto con la sábana.⁹¹⁵

Los restos fueron trasladados a la Catedral de Puebla, donde permanecen hasta la fecha. Concha murió en 1921, en Italia, a donde se había trasladado desde varias décadas atrás. De sus hijos, se tiene conocimiento que Concepción Miramón contrajo nupcias y regresó a México, donde a la fecha viven sus descendientes. Lupita Miramón quedó soltera y vivió al lado de su madre hasta la muerte de ésta. Por otra parte, se sabe que Lola Miramón, la más pequeña de todos ellos, también permaneció en Europa y fue ella quien heredó las memorias de su madre, mismas que habría de vender posteriormente a un banquero mexicano.⁹¹⁶

Miguel Miramón Lombardo, quien vino a México para la inhumación de su padre, se batió en duelo en este país con el poeta Manuel Puga y Acal, y más tarde con un literato de apellido Gassier en París; ambos duelos en defensa del honor de su padre, herido con las plumas de los dos escritores. En ambas ocasiones salió ileso, lo mismo que sus adversarios.⁹¹⁷

El ingeniero Miguel Miramón hijo murió sin descendencia el 12 de diciembre de 1903 en Italia, dejando una viuda en el total desamparo. Se había casado años antes con una alemana, de nombre Juana Boven, y en segundas nupcias con la mexicana Sara Cota.⁹¹⁸ Con él terminó el apellido Miramón, en línea directa del *Macabeo*, del *Siervo de Dios Miguel*, del héroe que desde Chapultepec hasta el Cerro de las Campanas demostró su valentía, arrojo y exacerbado patriotismo. Por fin encontró la paz el insigne militar Miguel Miramón.

⁹¹⁵ [s. a.]. "Los restos del señor general don Miguel Miramón", en *El Tiempo. Diario Católico*. México, Imprenta de Victoriano Agüeros, año XII, no. 3514, mayo 26 de 1895, p. 2

⁹¹⁶ Según las afirmaciones de la señora Cristina Pliego, tataranieta del general.

⁹¹⁷ Lombardo, *op. cit.*, pp. 1000-1001

⁹¹⁸ [s. a.]. "La muerte del señor Miramón", en *El Imparcial*. México, [s. p. i.], diciembre 12 de 1903, [s. p.], en *Impresos Varios* de la Colección Lafragua, Biblioteca Nacional de México.

Conclusiones

Ante el pelotón que habría de fusilarlo, Miguel Miramón protestó contra la nota de traidor que se le impuso; “muero inocente de este crimen y perdono a los que me lo imputan esperando que Dios me perdone y que mis compatriotas aparten tan fea mancha de mis hijos, haciéndome justicia”⁹¹⁹ señaló momentos antes de que las balas acabaran con su vida. Con ello, con los sucesos del cerro de las Campanas, desapareció, aparentemente, el partido conservador; los antiguos militantes que pervivieron a la Guerra de los Tres Años y al Imperio supieron adaptarse a las nuevas circunstancias del país y, paulatinamente, se incorporaron a la vida pública de la República Triunfante y el Porfiriismo. Los principales imperialistas permanecieron en el exilio, donde murieron. Vinieron otros tiempos y otros gobiernos; la historia oficial fue glorificando y satanizando a los personajes que, hacia los primeros años del siglo XX, en su mayoría habían dejado de existir. Los que quedaban vivos vivían en el olvido.

Pocos conservadores han sido recordados. Miramón ha sido del que más tenemos referencias, quizás por haber perecido joven en el patíbulo, tal vez por sus hazañas en el campo de batalla. Lo cierto es que, durante los años que duró la guerra de Reforma, el nombre de Miramón estuvo de boca en boca, tanto entre sus correligionarios como entre sus enemigos. Fue sin duda el militar más destacado que produjo el siglo diecinueve mexicano no solo por su valentía y técnica, sino porque su vida la vivió como debe vivirla un militar: con gran honor.

¿Cometió errores? Muchos, la mayoría propios de su edad y falta de experiencia política. Sin embargo, aquel que más pudiera echarse en cara, los asesinatos de Tacubaya, no fue perpetrado por él, sino por un personaje sin escrúpulos como lo fue Leonardo Márquez. La culpa que Miramón pudiese tener radicaría, en todo caso, en no haber castigado a su subalterno, más, como se vio en la investigación, tuvo fuertes razones para no hacerlo en esos momentos. Su gestión como presidente podría considerarse gris, si la comparamos con la que llevó a cabo Benito Juárez en el mismo periodo; empero, como

⁹¹⁹ Lombardo, *op. cit.*, p. 609

señala con acierto la historiadora Berta Flores Salinas, “su vocación fue siempre la militar, no era político”.⁹²⁰ Aún así, las ideas que tenía acerca del futuro de su país no eran del todo malas; por el contrario, deseaba el bien para la nación y no únicamente recuperar los “privilegios perdidos” del clero y el ejército. Buscaba reformar a la institución castrense y “aniquilar el germen de la discordia que nació de los intereses creados por la Ley Lerdo o de Desamortización”⁹²¹, además de mejorar la educación.

La historia oficial quiso culparle de la intervención francesa al haberse comprometido con el suizo Jecker en el tan sonado negocio de los bonos, más es justo decir que, sin bien el duque de Morny, hermano de Napoleón III utilizó la estrategia de nacionalizar al banquero suizo como francés a fin de cobrar a sus deudores, también debemos recordar que el pretexto utilizado por el emperador de Francia fue la suspensión de pagos de la deuda externa por parte del gobierno de Juárez; sin embargo, con bonos o si ellos, con suspensión de pagos o no, Napoleón III tenía decidido desde tiempo atrás intervenir en México como parte de su política de expansión mundial.⁹²²

¿Fue Miramón un traidor a la patria? Siempre se ha escrito que sí, por haberse unido al invasor en contra del gobierno establecido de la República. Eso se ha dicho, más hay ambigüedad en el término “traición” que se le aplica. Miguel López, el oficial imperialista que vendió Querétaro a Escobedo en 1867 y facilitó así la caída y aprehensión de Maximiliano, quien además era su compadre, ha sido llamado “traidor”. La misma historia oficial ha llamado a personas como López o Leonardo Márquez “los traidores de los traidores”. He ahí la contradicción: se es traidor (como López o Márquez) cuando se da la espalda a sus colegas de partido, ya sea para entregarlos al enemigo o bien al no acudir en su auxilio cuando es debido; se es traidor (como Miramón o Mejía) cuando no se comparten los mismos ideales, cuando no se tiene el mismo concepto de país y cuando se

⁹²⁰ Flores Salinas, *Segundo Imperio...*, op. cit., p. 149

⁹²¹ *Ibidem*, p. 145

⁹²² La historiadora Berta Flores Salina señala con acierto que la intervención napoleónica a México se dio “con el fin de formar un imperio ‘latino’, sostenido por las armas francesas, que sirviera de muro de contención ante la expansión norteamericana”; para lograrlo Napoleón III se valió de los informes de Michel Chevalier, Aimé Louis du Bosé, marqués de Radepond y M. H. du Pasquier de Dommartin. Berta Flores Salinas. “Napoleón III: su gran designio para las Américas”, en Patricia Galeana (coord.) *Encuentro de liberalismos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, 679 p., pp. 179-211, p. 183

apoya a un gobierno establecido distinto al del enemigo. ¿Era Juárez traidor al conservadurismo? ¿Acaso Porfirio Díaz traicionó a los imperialistas? Por supuesto que no, porque no compartían los mismos ideales, por lo que más que traidores, Juárez y Díaz deberían ser considerados, en ese caso, contrincantes políticos de imperialistas y conservadores.

En la actualidad es muy común que los miembros de una familia militen en distintos partidos... ¿por qué pensar que en aquellos tiempos aciagos, donde la paz era solo una fantasía difícil de alcanzar, no sucedía lo mismo? ¿Eran traidores los hijos liberales de un padre conservador? No, simplemente no compartían las mismas ideas; lo vivido por el padre no fue lo mismo que aconteció al hijo, cuyo carácter se formó de acuerdo a las circunstancias de su vida. Ejemplo de lo común de esa situación fue el caso de la familia Rincón Gallardo: los padres y algunos de los hijos eran imperialistas, más dos de éstos se afiliaron al ejército republicano.

¿Por qué protestó Miramón por la nota de traidor? Porque estaba seguro de que no lo era; porque, a su parecer, con su actuación siempre había hecho lo necesario para que *su patria* alcanzara la paz. Necesaria es aquí una acotación: **la patria** no era la misma para los liberales que para los conservadores y, mucho menos, para los imperialistas o los republicanos. Juárez tuvo un concepto propio de la nación, Miramón otro, Maximiliano, uno más. Fue hasta 1867 que se logró consolidar lo iniciado en 1810 y crear, precisamente, un “Estado mexicano”, un concepto de país que lograra sobreponerse a invasiones, golpes de estado y crisis económicas. No podían entonces ni Miramón ni el resto de los conservadores ser traidores a esa “patria” que aún no existía; tampoco los imperialistas al haber promovido una intervención armada ya que, estudiado está, también los liberales pidieron ayuda al extranjero cuando les fue necesario y no por ello fueron traidores a la “patria conservadora”. La circunstancia que los diferencia es simplemente el triunfo de sus ideas; de haber sido favorable la suerte a los imperialistas, quizás los republicanos habrían recibido el estigma de traidores a la patria por haber pedido ayuda a los Estados Unidos de América.

Pero lo más importante: *no se trata de bajar de los pedestales a unos y elevar a otros; el objetivo de esta investigación fue mostrar a los personajes en su justa dimensión, ni buenos ni malos sino, únicamente, humanos.* ¿Qué razón tendría el conocer a un Miguel Miramón de bronce que en vida haya sido infalible, que siempre tuviera la palabra exacta, ajeno a pasión alguna y dotado de un inigualable sentido de la justicia y equidad, si supiésemos que es muy probable que no tuviera tantas virtudes? No pretendimos llenar de elogios al joven general y lanzar un mortífero ataque a la figura de Juárez; fue mayor nuestra ambición: mostrar al militar, al amigo, al esposo, padre y hermano que fue. Darlo a conocer con sus inquietudes, con sus decepciones y odios, con su devoción por la carrera de las armas y sus problemas económicos. Dejar que el lector juzgue por sí mismo.

¿Qué razones tuvo para afiliarse al partido conservador? Sin duda su bautizo de fuego en 1847 y el saber que un sector de los liberales había apoyado al invasor le hicieron alimentar un creciente rencor contra éstos. Asimismo, las reformas llevadas a cabo en la administración de Comonfort acabaron por decidirlo. Ya bastante se había perdido en la guerra contra los Estados Unidos; no podía permitir que se acabara el país por las ideas “demagógicas” del grupo liberal, de aquellos que no protegían a la religión y costumbres de los mexicanos. Ese era su pensamiento, llamado por los liberales “retrógrado”; sin embargo, hay que recordar que ese pensar fue el de una gran parte de los mexicanos.

Miramón fue, como señalamos anteriormente, un devoto de la carrera de las armas. A su llegada al Colegio Militar comenzó a demostrar el empeño que podía poner a sus clases, convirtiéndose pronto en profesor del mismo; su ascenso fue vertiginoso y, efectivamente, ambicionó los más altos puestos militares. Como habría de reprocharle Márquez, se saltó un eslabón en la cadena de mando al ser nombrado general de brigada sin ocupar el grado de coronel, más de esto no se le puede culpar puesto que fue el presidente Zuloaga quien, en su carácter de jefe de la nación y del ejército, se lo otorgó en retribución a los servicios prestados.

Tras la muerte de Osollo la estrella de Miramón brilló con intensidad en los campos de batalla; sus triunfos fueron tales que se le bautizó como el *Joven Macabeo*, el *Soldado de Dios*, el *Siervo de Dios Miguel...* se compusieron odas en su honor e incluso liberales

como Guillermo Prieto dedicaron muchas páginas a hablar de su arrojo. Baste la muestra favorita del autor de estas líneas:

Franco, listo, enamorado,
asombro de los valientes,
servicial con los amigos,
buen soldado, buen jinete;
en la ciudad, caballero
y calavera decente;
en el campo de batalla
siempre confiado y alegre;
del conservador partido
la adarga y el brazo fuerte...⁹²³

¿Sería su valor en el campo de batalla lo que le valió el reconocimiento de propios y extraños? Creemos que, en parte, sí, ya que llegó al grado de convertirse en el “héroe romántico de los conservadores”, por haber “muerto joven, dizque guapo y hábil militar”, como lo señala con acierto y humor la historiadora Erika Pani. Lo cierto es que, pese a su evidente habilidad en las armas, también buscó la paz, al igual que el insigne y olvidado Santos Degollado. El rechazo del gobierno liberal a un arreglo entre estos jefes fue tajante; Miramón continuó en campaña y Degollado fue puesto preso por el mismísimo Juárez.

Por otro lado, sabemos que Miramón fue un hombre con muchas amistades; la fidelidad que tuvo hacia sus amigos fue algo conocido en la época y es, quizás, uno de los pocos personajes del siglo diecinueve del cual podemos saber si fue amigo de tal o cual persona, entre los conservadores e incluso los liberales. ¿Por qué? Tal vez por su juventud o por la formación familiar que tuvo⁹²⁴; lo único que sí podemos asegurar es que fue tal su influencia que llegó a mencionarse que había un grupo en especial que lo seguía, un partido “de Miramón”⁹²⁵, ajeno al resto de los conservadores, tal y como señaló Luis García Pimentel.

Entonces, ¿qué tanto influyó su vida personal en las decisiones que tomó a lo largo de su carrera? Fue determinante; en su correspondencia podemos conocer a un Miguel

⁹²³ Prieto. *Romances...*, *op. cit.*, p. 73

⁹²⁴ Recordemos que, entre sus amigos, también se encontraron siempre sus propios hermanos.

⁹²⁵ CONDUMEX, fondo VII-1 Colección Luis García Pimentel, carpeta 3-4, documento 194

Miramón que también sufre la guerra, que desea reunirse con su esposa, que se preocupa por la situación del hogar y la familia; un hombre seguro de sus actos y consciente de las consecuencias que estos traen consigo. Miguel Miramón confiaba todo lo que pensaba y sentía a su mujer, más no siempre hizo caso a los consejos, tantas veces acertados, de ésta. La peor crisis que vivió fue en el exilio, razón por la cual ansiaba regresar a su tierra y ser parte del acontecer nacional; necesitaba no quedarse relegado, no ser olvidado. Indignado a causa de la intervención francesa ofreció su espada a sus antiguos enemigos, más no fue aceptada. Fue exceptuado de la amnistía: Juárez y Miramón eran, al parecer, irreconciliables.

Una vez en México, perseguido por los republicanos, no le quedó más que reconocer al Imperio, al cual sirvió poco tiempo debido a su enemistad con Bazaine, quien lo consideró peligroso y deseó relegarlo a servir a un militar francés de menor graduación. Convencido por el mariscal francés, Maximiliano lo mandó a estudiar a Prusia, en un exilio disfrazado de misión. Conocemos entonces a un mexicano que vaga por el Viejo Continente, huyendo del frío y preocupado por la falta de recursos de un Imperio que apenas puede mantener a sus enviados al extranjero. Ofreció, por segunda ocasión, sus servicios a Juárez, más de nuevo fueron rechazados. Entonces, en una decisión que habría de criticarle su propia esposa, regresó a México a tratar de salvar lo que quedaba del Imperio, lo único que le quedaba a él mismo.

Derrotado el Imperio fue juzgado aunque, a decir verdad, no había necesidad de hacerlo. La razón es muy sencilla: con juicio o sin él iba a ser condenado a muerte. Era el castigo necesario, era el escarmiento para un resto de los conservadores. El año de 1867 fue pródigo en inconsistencias legales por parte del gobierno triunfante pues, de haberse aplicado al pie de la letra la ley del 25 de enero de 1862, quizás la mitad de la población mexicana hubiera sido pasada por las armas. Los abogados de Miramón pedían otro castigo, tal vez el exilio, más no la muerte. Sin embargo, es admirable la firmeza de Juárez puesto que, con el juicio a Maximiliano, Miramón y Mejía, se jugaba el porvenir de su proyecto de nación; si eran perdonados, no habría lección que aprender por parte del bando perdedor.

Juárez murió en su cama, Miramón en el cadalso. Solo las balas podían ser el fin del *Macabeo*, de alguien que dedicó su vida al campo de batalla. No fue un buen político, pero sí un excelente general. Fue un amigo sincero, un padre y esposo dedicado; un hombre lleno de pasiones y arrebatos que le llevaron de la más alta gloria hasta el patíbulo. No deseó que su hijo tomara venganza por su muerte y anheló que se quitara la mancha de traidor que los vencedores le impusieron. **Podemos afirmarlo ahora: no fue un traidor a la patria. Fue, simplemente, un hombre de su época.**

Apéndice I

Discurso pronunciado en el Teatro Nacional por el joven D. Miguel Miramón, alumno del Colegio Militar de esta capital.

Comprometida, penosa es la situación de los oradores del pueblo en circunstancia como las presentes. Recordar las glorias de los padres de la independencia, sus hechos heroicos, sus cruentos sacrificios, transportar al auditorio a que vea elevarse en Dolores el pendón blanco con la efigie de la Santa Patrona de los mexicanos, y vuelva a contemplar en Iguala el pabellón tricolor y se alza por Iturbide y por Guerrero para venir a colocarlo a los siete meses en el palacio de los virreyes, en medio del entusiasmo de un pueblo, inundado en gozo por su libertad; he aquí los objetos, el tema a que debieron ceñirse los que alcanzan la honra de ser escuchados en estos días recuerdan aquellos sucesos grandiosos. Pero ¿cómo olvidar posteriores acontecimientos cuya memoria viene involuntariamente a amargar la de aquellos tiempos de ventura? ¿Y que podrá decir el joven soldado a quien la suerte colocó en este puesto, que sea digno del objeto y del auditorio? Una breve reseña de lo que fue; una mirada rápida sobre lo que es; una anticipación para el porvenir, serán la materia de mi discurso. Señores, disculpad mi insuficiencia y dignaos prestarme vuestra indulgente atención.

Yo desearía que la ocasión se me presentara tan favorable, cuanto me parece oportuna para recordar lo que fue esta nación cuando sus pobladores, dueños de si mismos, constituidos en reinos florecientes o en Repúblicas populares, marchaban con la sola inspiración del cielo, a la civilización, y al progreso en las ciencias y en las artes. Geógrafos, oradores, poetas, grandes capitanes, sabios legisladores, industriales laboriosos cuyos adelantos sorprenden en las obras que aún les sobreviven, nada falta en el catálogo ilustre de los antiguos mexicanos. El primero de los Moctezumas, llamado Ilhuicamina, esto es, el que con sus flechas hiere a las estrellas: el historiador Ixtlilxóchitl, Tácito de los aztecas: el grande Nezahualcóyotl, guerrero, legislador y poeta, comparable con Alejandro en la audacia de sus empresas, a Licargo en la justicia de sus leyes, a David en la dulzura y santidad de sus cantos; he aquí a los hombres ilustres, algunos de los que sin agravio del honor nacional no se pueden relegar al olvido.

¿Porqué pues esa nación rica y floreciente, colocada en el centro del globo, bañadas sus inmensas costas por el Pacífico y por el Atlántico, con su clima saludable, con su cielo sereno y bonacible,

porqué, repito, no continuó su marcha pacífica y majestuosa hasta llegar a lo que debió ser, a lo que gradualmente fueron diversos pueblos con menos elementos de cultura? Porque otra cosa tenía dispuesta el Arbitro supremo de los destinos del mundo. Sangre, exterminio y muerte debían acompañar a la civilización y a la luz apacible del Evangelio.

Señores, no aguardéis que siguiendo los arrebatos patrióticos de los oradores del pueblo, en momentos como el presente, lance maldiciones a nuestra madre patria. La España de ahora, no es la del siglo XVI, ni fue tampoco España la que inundó de sangre este valle y los lagos que lo circundan; no fue ella la que llevó al suplicio a los reyes e ilustres capitanes, ni la que hizo caer las cabezas de hombres, mujeres y niños inermes, en un convite de amistad, convertido en escenas de luto y desolación más súbitamente y con menos motivo que lo fue la reunión impura del último rey de Babilonia: no, los asesinatos y deprecaciones de unos cuántos aventureros sin ley, ávidos de riquezas y sedientos de sangre, no son los hechos de una nación, noble y magnánima que peleaba entonces todavía por afirmar su existencia política. Un pontífice español, vicario del que dijo que su reino no era de este mundo, se creyó sin embargo dueño de la tierra, y dirigiendo una mirada a los imperios nuevamente descubiertos, cedió a sus compatriotas en nombre de Dios lo que Dios no había dado a Roma; tal era la oscuridad de aquellos tiempos; más sea dicho en honor de la verdad histórica: la nación que con tal título se encontraba poseedora de un gran pueblo, procuró de mil modos aliviar la suerte de los vencidos. Ahí están sus leyes, estudiense con severa imparcialidad; y ahí están esos escritos que prueba que entre los verdugos, se alzaban también genios bienhechores a quienes santifica la humanidad reconocida. Las Casas ¡noble y grande! ¡Las Casas! No se puede pronunciar tu nombre sin que los corazones mexicanos dejen de tributar a tu memoria un latido de amor y de reconocimiento.

Pero de todas maneras, el hecho fue que los mexicanos por 300 años cargaron el pesado yugo de la dominación extraña. Sin leyes ni autoridades propias: hollados sus derechos: tributarios de un señor que se titulaba dueño de vidas y haciendas y que desde su trono colocado a dos mil leguas enviaba visires a dominar y a oprimir, la suerte de los así gobernados en poco se diferenciaba de la de los siervos. La superstición, el fanatismo, la ignorancia, fueron los agentes de los dominadores. Un destello de la luz de la filosofía era apagado en la hoguera del tribunal que juzgaba las causas del cielo: un suspiro por la libertad era sofocado con el cordel del verdugo.

Hombres generosos los que en vista del cuadro tan triste y desolador, osasteis levantar el pendón de la libertad, sin elementos para vencer, contrariando el tormento de preocupaciones políticas y religiosas que habían echado profundas raíces, y cuando no teniais otro porvenir que el cadalso, yo

os contemplo víctimas voluntarias que os decidís a consagrar vuestras vidas para el desengaño y por el bien de vuestros conciudadanos. Mártires de la patria: he aquí el título que escogisteis, y la resolución de vuestros corazones hoy hace cuarenta y un años. En los suplicios y en los campos de batalla fecundó vuestra sangre las semillas de la libertad.

Lucha fratricida horrible, la de los once años que transcurrieron de 1810 a 1821. Bravos batallones de españoles y de valientes mexicanos, ciegos éstos y comprometidos con sus juramentos de obediencia y de lealtad al monarca de Castilla, se precipitaban sobre las masas de patriotas sin disciplina, que caían despedazados por los cañones cuyas bocas se arrojaban a cubrir con sus propias manos. A los caudillos, cuyas nobles cabezas caían en los suplicios, se sucedían otros a quienes a su turno tocaba la misma suerte. Un solo destello del fuego de Dolores brillaba en el sur con las oscilaciones de la llama que va a extinguirse. Parecía que el cielo abandonaba la causa de la justicia y de la libertad.

Pero se decidió el ejército: la obstinada porfía de las masas que había hecho viciar los medios, y degenerar los principios, va a ser desde la resolución heroica de Iguala, la guerra de la patria que se levanta vigorosa y resuelta contra la tiranía de sus dominadores; por esto fue que bastaron siete meses para llevar a cabo la obra grandiosa de Iturbide y Guerrero. Un pueblo que combate unido por conquistar o defender su libertad es invencible. Dígalo si no el 27 de septiembre de 1821. Ya tenemos ahí, triunfante en la gran plaza de la capital del Imperio de los Aztecas, al ejército de las Tres Garantías. Su primer jefe recibe las felicitaciones más vivas y sinceras. Un pueblo inmenso entusiasmado por su libertad, lo aclama en medio de los transportes de júbilo; y el pabellón tricolor se enarbola por primera vez en el palacio que ha dejado de ser de los virreyes. Enseña de honor, símbolo de las glorias de mis denodados compañeros de armas, emblema de la Independencia de mi patria, me transporto a ese día de felicidad inmensa para los mexicanos: yo estoy, yo quiero estar en la plaza de México el 27 de septiembre de 1821. Veo elevarse flotando en los aires la bandera nacional con el águila de mi patria, y la saludo inundado en gozo: ¡Viva la Independencia!, ¡¡¡Vivan los héroes de Dolores y de Iguala!!!

Esto fue, señores, en septiembre de 1821, después de los grandiosos sucesos que acabamos de recordar, ¿quién no formaba los vaticinios más felices acerca del porvenir de esta gran nación a la que el cielo prodigó todos los elementos de prosperidad y de grandeza? Treinta y un años contamos de Independencia, ¿y que es lo que existe? ¿Cuál es el cuadro que se presenta a nuestra vista?. Imprudencia sería en el momento en que recordamos las venturas de la Patria, descorrer el velo con que deben cubrirse en actos semejantes escenas de desolación y de duelo. Pero ¡ah!

permitidme al menos que pregunte: ¿porqué no podemos contar hoy entre nosotros esos caudillos de Dolores y de Iguala?. En el color rojo de los celages de la aurora y de la tarde me parece ver sangre, que mancha nuestro cielo y se interpone entre la luz del sol, que por esto no es para nosotros pura y resplandeciente. ¿Qué se han hecho? Inquiriré por último, en donde están las legiones de Hidalgo y los veteranos de Iturbide?... Sus banderas y estandartes pasaron a manos de hombres llevados al combate por la fuerza, sin instrucción, sin elementos, sin esperanzas, sin ilusiones, sin porvenir, y cayeron víctimas de su inexperiencia y circunstancias: sus hermanos los abandonaron en el conflicto supremo en que defendían la independencia nacional, y solo Veracruz siempre heroica ciudad de México con el auxilio de pocos del resto de sus compatriotas, recordaron las glorias de Bailen y las inmortales de Zaragoza. ¡Ay del pueblo que dividido en bandos no se une para salvarse en el peligro común! ¡Ay del ejército que en casos tales no es acorrido por la nación entera! caerá vencido, no por los enemigos exteriores, sino por la discordia civil. ¡Con cuánta injusticia se le inculpará luego por los que son realmente culpables!!!

El plan de mi desaliñado discurso, después de recordar lo que fuimos, me llevó a tocar nuestro estado actual suave, ligeramente, por no rasgar heridas mal cicatrizadas todavía y mezclar con las vivas de júbilo, lamentaciones amargas, dispensadme sin embargo si no anduve discreto; más debí poner la mano sobre esas heridas con el solo fin de conjuraros hoy, el día grande, solemne, aniversario de la independencia nacional, a que les apliquemos el bálsamo de salud y de vida. Unión, mexicanos, patriotismo sincero, buena fe, rectitud de intenciones y conservaremos las glorias inmarcesibles y la grande obra que con heroico ardimiento iniciaron los caudillos de Dolores.

De otra suerte, ¿qué será de la patria de Hidalgo y de Iturbide? ¿Qué de esta raza progenie de los godos indomables y de los no menos indomables y bravos adoradores de Huitzilopochtli? ¿Quién ignora los peligros graves, inminentes que la amenazan?: Se desea su abyección, se medita en su exterminio; pero ¡ah! si la más cruel de las fatalidades hace que se pretenda realizar aborto tan desorganizador y monstruoso, es preferible mil veces el exterminio al ultraje: ¿para qué sirve, qué es la vida del esclavo? venga primero la muerte; pero la muerte del bravo que cae peleando por su libertad, por su patria, por sus creencias religiosas, por salvar a las personas más queridas de su alma: morir, sí, pero no abrumados con el peso de las cadenas, sino como murieron los trescientos defensores de Esparta, como los griegos de Misolanghi; como los que en los campos de batalla, desde el año de 1810 al de 1821, nos legaron libertad e independencia: como murieron Frontera,

León, Martínez de Castro y Balderas y como Márquez, Suárez, Escutia, Montes de Oca, Melgar y Barrera, honor de mi Colegio, que en la aurora de su vida, supieron pelear y morir por la patria.

Conciudadanos: unidos seremos invencibles, y la República Mexicana será grande y poderosa, y los hijos de nuestros hijos, hasta las más remotas generaciones, se reunirán en tal día como nosotros a bendecir la memoria de Hidalgo y de Iturbide, y al sol que alumbró el espléndido día 16 de septiembre de 1810.⁹²⁶

⁹²⁶ Fuente: "Corona Cívica, 1851-1858". Núm. 5, en Colección Lafragua. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México

Apéndice II

Miguel Miramón, general en jefe del primer cuerpo del ejército de operaciones, a los habitantes de Guadalajara:

“Conciudadanos: si la larga distancia que me separaba de esta hermosa ciudad y los distintos acontecimientos de la guerra me privaron del placer de auxiliar a vuestros defensores tan pronto como lo deseaba, después he venido para libertaros del yugo que sobre vosotros hacía pesar un partido que evocando libertad y orden, hace sufrir a aquellos que llegan a gobernar, el despotismo más absoluto; vosotros lo habéis palpado en los pocos días que han manejado las riendas del gobierno de este departamento. Convenceos de que el verdadero progreso, las verdaderas garantías y la verdadera igualdad ante la ley, no es esa turba de aventureros la que os la ha de proporcionar. No y mil veces no: venid hacia nosotros y encontrareis esos bienes que tanto ansiáis y que por conseguírmolos trabajo incesantemente; pero para obtenerlos es preciso la paz, y ésta no se puede lograr si no cooperáis a ella con vuestro buen juicio, con vuestro acatamiento a la ley.

Haré que la mano de la justicia pese siempre sobre los culpables que intenten provocar o alentar las disensiones del país; pero los hombres de orden hallarán protección y garantías entre nosotros y yo, conciudadanos, me vanagloriaré si llego a lograr que convencidos de mis sentimientos, me ayudéis a llevarlos a completa estabilidad.

Aceptad, pues, las leyes cuales buenos ciudadanos; dedicaos solo al trabajo, fuente de la riqueza de todo país, y entonces la patria os bendecirá, y os prometo ser vuestro sostén hasta derramar la última gota de mi sangre. Esto es lo que desea vuestro amigo y compatriota. —Miguel Miramón.”⁹²⁷

⁹²⁷ Fuente: Manuel Cambre. *La guerra de Tres Años. Apuntes para la historia de la Reforma*. Prefacio de Diego Huizar Martínez. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1986. 534 p., ils., p. 184.

Apéndice III

Proclama de Miguel Miramón a sus tropas

¡Soldados! En menos de tres meses habéis librado dos batallas campales, en las cuales vuestra disciplina y valor os han dado la victoria; habéis atacado fuertes posiciones, atravesando ríos defendidos por un triple número de soldados enemigos, batiéndoos en una proporción de uno contra tres; habéis llevado siempre vuestras armas triunfantes y vengado la sangre de vuestros jefes y hermanos vilmente asesinados.

¡Soldados! Me enorgullezco en mandaros, pero aún faltan nuevos laureles que alcanzar, nuevas fatigas y obstáculos a qué sobreponeros para lograr la paz y la tranquilidad de la patria, de la cual sois el sostén. Mostraos como hasta aquí subordinados e intrépidos; mostraos dignos de ser llamados los defensores de las garantías, y de pertenecer al primer cuerpo del ejército de operaciones y, cada vez, se enorgullecerá más y más en mandaros vuestro amigo y general.— Miguel Miramón— Guadalajara, Diciembre 18 de 1858.⁹²⁸

⁹²⁸ Fuente: Manuel Cambre. *La guerra de Tres Años. Apuntes para la historia de la Reforma*. Prefacio de Diego Huizar Martínez. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1986. 534 p., ils., pp. 184-185.

Referencias

Archivos

- Archivo Histórico Militar Mexicano, Secretaría de la Defensa Nacional
- Archivo del Centro de Estudios de Historia de México de CONDUMEX
- Archivo Histórico Diplomático Genaro Estrada, Secretaría de Relaciones Exteriores
- Archivo General de la Nación
- Archivo General de Notarías
- Archivo Histórico del Arzobispado de México
- Fondo Antiguo de la Hemeroteca Nacional de México
- Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México
- Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, INAH
- Dirección de Estudios Históricos del INAH

Bibliotecas y Hemerotecas consultadas

- Biblioteca del Archivo General de la Nación
- Biblioteca Central, UNAM.
- Biblioteca “Daniel Cosío Villegas”, COLMEX.
- Biblioteca “Miguel Lerdo de Tejada”, SHCP.
- Biblioteca Nacional de Antropología e Historia “Eusebio Dávalos Hurtado”, INAH.
- Biblioteca Nacional de México.
- Biblioteca “Samuel Ramos”, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Biblioteca “Ricardo García Granados”, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- Biblioteca “Justino Fernández”, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM
- Biblioteca “Ernesto de la Torre Villar”, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Biblioteca del Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX.
- Biblioteca de la Dirección de Estudios Históricos, INAH.
- Fondo México de la Biblioteca de México “José Vasconcelos”.
- Fondo Reservado de la Biblioteca de México “José Vasconcelos”.
- Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México
- Fondo Reservado de la Biblioteca “Samuel Ramos”, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Hemeroteca Nacional de México.

Bibliografía

Abdicación del Emperador Maximiliano. Copia fotográfica del original que obra en poder del Sr. Dn. Luis García Pimentel. Querétaro, 12 de mayo de 1867. 5 fojas

Aguilar Ochoa, Arturo. *La fotografía durante el Imperio de Maximiliano*. Primera reimpresión, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Estéticas, 2001, 191 p., fotos

Altamirano, Ignacio Manuel. *Crónicas de la Semana (de "El Renacimiento", 1869)*. Introducción por José Luis Martínez, Francisco Monterde y Humberto Batis. México, INBA / Departamento de Literatura, 1969. 287 p.

Altamirano, Ignacio Manuel. *Historia y política de México (1821-1882)*. México, Empresas Editoriales, 1947. 241 p. (El liberalismo mexicano en pensamiento y acción)

Araujo, Román. *El General Miguel Miramón. Rectificaciones y adiciones a la obra del Sr. D. Víctor Darán, titulada "Notas sobre la Historia de México"*. México, "El Tiempo", 1887. 409 p.

Arce, Francisco O. *El Sitio de Querétaro. Del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*. Querétaro, Ediciones Culturales del Gobierno del Estado, 1967. 32 p., mapas. (Publicaciones del Centenario del Sitio de Querétaro)

Arias, Juan de Dios. *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo de Ejército del Norte durante la intervención francesa, sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*. México, Imprenta de Nabor Chávez, 1867. 725 p., ils. [Ejemplar con notas manuscritas de Manuel Balbontín]

Arrangoiz, Francisco de Paula de. *México desde 1808 hasta 1867*. Prólogo de Martín Quitarte. 6ª. edición, México, Porrúa, 1996. 966 p. ("Sepan cuantos...", 82).

Ascencio Morales, Cristina. *El general Miguel Miramón: su vida militar y política (1846-1867)*. Tesis de licenciatura. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998. 187 p., anexos.

Balbontín, Manuel. *Memorias del Coronel Manuel Balbontín*. México, Editorial Eledé, 1958. 503 p., croquis. (Colección de obras históricas mexicanas, 4)

Basch, Samuel. *Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano (1866 a 1867)*. Traducida del italiano al español por Manuel Peredo. México, Editora Nacional, 1853. 479 p. ils.

Baz, Gustavo. *Vida de Benito Juárez*. Puebla, Editorial Cajica, 1972. 530 p. (Contribución número 3 de la Editorial Cajica al año de Juárez, 1972. "Mi Biblioteca", 15)

Belenki, A.B. *La intervención extranjera en México*. Quinta reimpresión. México, Ediciones de Cultura Popular, 1984. 208 p.

Blanco, Miguel. *Exposición que hace al pueblo mexicano el ciudadano Miguel Blanco de su conducta política en la época de la intervención francesa y el llamado imperio*. México, J.S. Ponce impresor, 1870. 84 p.

Blasio, José Luis. *Maximiliano Íntimo. El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario particular*. México, Editorial Nacional, 1966. 478 p., apéndices e ils., (Colección económica /Libros de bolsillo /Bueno, bonito y barato, 73).

Bravo Ugarte, José. *Compendio de Historia de México*. México, Jus, 1946. 286 p.

Bulnes, Francisco. *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*. México, Editora Nacional, 1967. 648 p.

Bustamante, Carlos María de. *Martirologio de los primeros insurgentes por la libertad e independencia de la América española, o sea prontuario e índice alfabético de varios individuos eclesiásticos y seculares de quienes se habla en las causas de las conspiraciones de abril y agosto de 1811, o que resultan más o menos indiciados de adhesión al partido de los rebeldes en otros expedientes de infidencia o por la opinión común y general. Sacóse este documento de los originales de la Junta de Seguridad presidida por el oidor de la Real Audiencia de México, D. Miguel Bataller y Vasco*. México, Imprenta de J.M. Lara, 1841. 51 p.

La caída de Querétaro en 1867. Varios documentos relativos a aquel acontecimiento. Edición de "La Iberia". México, Imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1868. 192 p.

Calendario histórico del Archiduque Maximiliano de Austria y de sus generales don Miguel Miramón y don Tomás Mejía para el año de 1869. México, Imprenta de T.F. Neve, 1868. 40 p., ils.

Cambre, Manuel. *La guerra de Tres Años. Apuntes para la historia de la Reforma*. Prefacio de Diego Huizar Martínez. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1986. 534 p., ils.

Carreño, Alberto María. *El Colegio Militar de Chapultepec. 1847-1947*. 2ª. edición. México, Ediciones Victoria, 1972. 61 p.

Circular expedida en México el 16 de julio de 1859 por el Ministro de Hacienda. México, Secretaría de Estado y del despacho de Hacienda y Crédito Público, 1859. [(Miscelánea, Guerra de Tres Años número 1) Pza. 2]

Circular expedida en Veracruz el 20 de marzo de 1860 por el Sr. de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores D. Santos Degollado, con que acompañó los ejemplares del expediente instruido sobre las relaciones entabladas entre el Supremo Gobierno del Presidente Benito Juárez y don Miguel Miramón, Jefe de los reaccionarios. Veracruz, s.p.i., 1860. 14 p. [8 anexos numerados y desenlace final]

Colección de discursos pronunciados en los días 15, 16, 19 y 27 de septiembre de 1852, en celebración de la Independencia Nacional. Mérida, Mariano Guzmán Imp., 1852

Colegio Militar. *Apuntes históricos y personal del Colegio Militar Mexicano. Años de 1824 a 1884.* México, Secretaría de Guerra y Marina, 1884. Manuscrito mecanografiado. 197 p.

Comonfort, Ignacio. *Manifiesto del gobierno a la Nación.* México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1857. 118 p. [Edición facsimilar publicada por Guillermo Ramírez Hernández, México, Edición del mismo, 1980]

Conte Corti, Egon Caesar. *Maximiliano y Carlota.* Trad. Vicente Caridad, quinta reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1997. 707 p., apéndices

Correa Etchegaray, Leonor. "Francisco de Paula Arrangoiz" en Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.). *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, en Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coords.). *Historiografía Mexicana.* México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Históricas, 1996, 5 vols., vol. 4, 588 p.

Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la intervención francesa, 1860-1868. Tomo I (1860-1861). México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1870. 1024 p. (Colección de documentos para formar la historia de la intervención)

Covián Martínez, Vidal. *Efemérides del sitio de Querétaro y del juicio y ejecución de Maximiliano, Miramón y Mejía.* Ciudad Victoria, Ediciones Siglo XX, 1967. 64 p. (Cuadernos de Historia. Serie 1967, 4)

Cué Canovas, Agustín. *El tratado Mon-Almonte. Miramón, el Partido Conservador y la Intervención Europea.* México, Los Insurgentes, 1960. 97 p., fotos, ils. (Reforma-Revolución, 3)

Darán, Víctor. *El General Miguel Miramón. Apuntes históricos por...* México, El Tiempo, 1887. 2 tomos.

Darán, Víctor. *Le General Miguel Miramón. Notes sur l'histoire du Mexique.* Rome, Imprimerie de l'editeur Edoardo Perino, 1886. 252 p., planos.

De la Peza, Ignacio y Agustín Pradillo. *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México. Opúsculo en que se refutan las memorias redactadas por Félix de Salm-Salm.* México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1870. 179 p.

De León Toral, Jesús. *Historia militar: la intervención francesa en México.* México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962. 300 p. (Publicaciones especiales del primer Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la guerra de Intervención).

Degollado, Santos. "Copia del libro de memorias del Excelentísimo Señor General don Santos Degollado, que se encontró sobre su cadáver" en Zuno Hernández, José G. *Degollado, el Santo de la Reforma.* Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, 1963. 118-XXV p., apéndices.

- Desternes, Suzanne y Henriette Chandet. *Maximiliano y Carlota*. México, Diana, 1967. 461 p., fotos.
- Diario de los sucesos de Veracruz durante los días en que está amagada la plaza por los facciosos acaudillados por D. Miguel Miramón*. México, Imprenta de J.M. Blanco, 1859. [Publicado por Leonardo Pasquel, México, Editorial Citlaltépetl, 1968. 38 p.]
- Díaz de la Vega, Rómulo et al. *Acta de adhesión al Plan de Ayutla, por los señores generales que la suscriben*. México, Imprenta de Juan B. Navarro, 1855. 1p.
- Díaz Díaz, Fernando. *Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*. México, Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, 1972. 354 p. (Nueva serie, 15)
- Documentos para la Historia contemporánea de México*. México, Tipografía Mexicana, 1867. 2 tomos. 313 / 164 p.
- El Sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*. Selección y notas introductorias de Daniel Moreno. 4ª. edición, México, Porrúa, 1997. 293 p., mapas ("Sepan cuantos...", 81).
- Escandón, Patricia. *Al servicio de su majestad imperial: un oficial de húsares en México*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1992. 46 p. ils.
- Flores Salinas, Berta. *Cartas desde México. Dos fuentes militares para el estudio de la intervención francesa, 1862-1867*. México, Miguel Ángel Porrúa, 2001. 204 p., ils.
- Flores Salinas, Berta. "Napoleón III: su gran designio para las Américas", en Patricia Galeana (coord.) *Encuentro de liberalismos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, 679 p., pp. 179-211.
- Flores Salinas, Berta. *Segundo Imperio Mexicano*. México, Praxis, 1998. 159 p.
- Florescano, Enrique y Ricardo Pérez Monfort (comp.) *Historiadores de México en el siglo XX*. México, Fondo de Cultura Económica/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, 558 p.
- Fowler, William y Humberto Morales (coord.) *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX*. México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ Saint Andrew's University/ Gobierno del Estado de Puebla, 1999, 338 p.
- Frías, Heriberto. *Episodios militares mexicanos. Principales campañas, combates y actos heroicos que ilustran la historia del ejército nacional desde la Independencia hasta el triunfo definitivo de la República*. México, Librería de la viuda de Ch. Bouret, 1901. 277 p., ils., mapas.
- Frías, Heriberto. *Padierna, Churubusco y Chapultepec*. México, Fondo de Cultura Económica, 1998. 77 p. (Fondo 2000)
- Fuentes Mares, José. *La emperatriz Eugenia y su aventura mexicana*. México, El Colegio de México, 1976. 237 p. (Centro de Estudios Históricos)

Fuentes Mares, José. *Juárez: el Imperio y la República*. México, Grijalbo, 1983. 357 p., ils.

Fuentes Mares, José. *Miramón, el hombre*. 2ª. edición, México, Joaquín Mortiz, 1975. 262 p. (Contrapuntos).

Galindo y Galindo, Miguel. *La Gran Década Nacional. 1857-1867*. México, INEHRM / Gobierno del Estado de Puebla, 1987. 3 tomos. (República Liberal: obras fundamentales).

García, Genaro. *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos. El sitio de Puebla de 1863. Causa contra el general Leonardo Márquez*. 2ª. edición. México, Porrúa, 1972. 807 p. (Biblioteca Porrúa, 51)

García, Genaro. *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. La intervención francesa en México según el archivo del Mariscal Bazaine*. 2ª. edición, México, Porrúa, 1973. 2 tomos, 1416 p. (Biblioteca Porrúa, 54 y 55)

García Cantú, Gastón. *Las invasiones norteamericanas en México*. México, Secretaría de Educación Pública / Editorial Era, 1986. 362 p. (Lecturas Mexicanas: Segunda Serie, 57)

García Cubas, Antonio. *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual estado social, ilustradas con más de trescientos fotografiados*. México, Porrúa, 1986. 635 p., ils., fotos.

Garfias M., Luis. *La intervención francesa en México*. México, Secretaría de la Defensa Nacional/ Universidad del Ejército y Fuerza Aérea, 1981. 183 p. (Biblioteca del Oficial Mexicano, 18).

Gaulot, Paul. *Fin d'Empire. La vérité sur l'expédition du Mexique d'après les documents inédits de Ernest Louet, payeur en chef du corps expéditionnaire*. Paris, Paul Ollendorff éditeur, 1890. 350 p.

Gaulot, Paul. *Sueño de Imperio. La verdad de la expedición a México según los documentos inéditos de Ernesto Louet, pagador en jefe del cuerpo expedicionario*. Trad. Enrique Martínez Sandoval. México, Ángel Pola editor, 1905. 371 p.

González Montesinos, Carlos. *Por Querétaro hacia la eternidad. El General Miguel Miramón en el Segundo Imperio*. México, Edición del Autor, 2000. 393 p., fotos, ils.

González Navarro, Moisés. *Anatomía del poder en México. 1848-1853*. México, El Colegio de México, 1977. 498 p. (Centro de Estudios Históricos, nueva serie, 23)

González Ortiz, Cristina y Guillermo Zermeño Padilla. *EUA 9. Síntesis de su historia II*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, 458 p., p. 354.

Gutiérrez Zamora, Renato. *Nuevo aspecto en el incidente de Antón Lizardo*. Prólogo de Leonardo Pasquel. México, Editorial Citlaltépetl, 1967. 35 p. fotos, ils. (Colección Suma Veracruzana / Serie Historiografía)

Hamann, Brigitte. *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller 1864-1867*. Traducción de Angélica Scherp. Segunda reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1994. 236 p. fotos, ils. (Sección de obras de Historia)

Hanna, Alfred Jackson and Kathryn Abbey Hanna. *Napoleon III and Mexico. American triumph over monarchy*. North Carolina, University of North Carolina Press, 1971. 350 p, mapas, ils. (Chapel Hill)

Hans, Albert. *La guerra de México según los mexicanos*. Traducción de Francisco González de Cosío. México, Edición del traductor, 1964. 75 p.

Hans, Albert. *Querétaro. Memorias de un oficial del Emperador Maximiliano*. Notas y rectificaciones de Lorenzo Elizaga. México, Editora Nacional, 1956. 250 p.

Hernández López, Conrado. *Militares conservadores en la Reforma y el Segundo Imperio. (1857-1867)*. Tesis doctoral. México, El Colegio de México/ Centro de Estudios Históricos, 2001. 404 p., apéndices.

Heroico Colegio Militar. Síntesis histórica. 1823-1973. México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1973. 91 p., ils.

Hidalgo y Esnaurrizar, José Manuel. *Un hombre de mundo escribe sus impresiones. Cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, Ministro en París del Emperador Maximiliano*. Pról. y notas de Sofía Verea de Bernal, México, Porrúa, 1960. 424 p., ils.

Hidalgo y Esnaurrizar, José Manuel. *Proyectos de monarquía en México*. México, Editorial Jus, 1962. 240 p. (Colección México Heroico)

Ibarra, Domingo. *Episodios históricos militares que ocurrieron en la República Mexicana desde fines del año de 1838 hasta el de 1860, con excepción de los hechos de armas que hubo en tiempo de la invasión Norte-Americana*. México, Imprenta de Reyes Velasco, 1890. 312 p.

Iglesias, José María. *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México*. Introducción e índice de Martín Quirarte. 2ª. edición, México, Porrúa, 1972. 802 p. ("Sepan cuantos...", 47).

Iglesias, José María. *Autobiografía del Sr. Lic. D....* México, Antigua Imprenta de E. Murguía, 1893. 78 p., fotos.

Iglesias Calderón, Fernando. *La traición de Maximiliano y la capilla propiciatoria*. México, Tip. Literaria de Filomeno Mata, 1902. 246 p. apéndices.

Islas Garcia, Luis. *Miramón, el caballero del infortunio*. México, Jus, 1950. 419 p., ils.

Juárez, Benito. *Documentos, discursos y correspondencia*. Selección y notas de Jorge L. Tamayo. 2ª. edición, México, Editorial Libros de México, 1972. 15 vols.

Juárez, Benito. *Manifiesto justificativo de los castigos nacionales en Querétaro*. 4ª. edición. Monterrey, Tipografía del gobierno del Estado, 1903. 45 p.

Junco, Alfonso. *La traición de Querétaro. ¿Maximiliano o López?* 3ª. edición. México, Jus, 1960. 245 p. ils.

Kératry, Emile, conde de. *Elevación y caída del Emperador Maximiliano. Intervención francesa en México. 1861-1867. Seguida por México, Francia y Maximiliano, de Hilarión Frías y Soto. Juicio sobre la intervención y el Imperio escrito con el objeto de rectificar los errores de la obra de Keratry*. Prefacio de Prevost-Paradol. Trad. Hilarión Frías y Soto. México, Editora Nacional, 1953. 2 tomos, 592 p., ils.

Krauze, Enrique. *Siglo de Caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*. Decimotercera reimpresión, México, Tusquets Editores, 1997. 349 p. (Colección Andanzas).

Lafragua, José María y Manuel Orozco y Berra. *La ciudad de México*. Prólogo de Ernesto de la Torre Villar. 3ª. edición. México, Porrúa, 1998. 381 p., ils.

La misión confidencial de Jesús Terán en Europa. Prólogo de Gabriel Saldivar. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974, 117 p., p. 45

Licea, Dr. Vicente. *El sitio de Querétaro. Apuntes relativos a aquel episodio*. México, Tip. Berrueco Hnos., 1887. 50 p.

Lombardo de Miramón, Concepción. *Memorias. Preliminar y algunas notas de Felipe Teixidor*. 2ª. edición, México, Porrúa, 1989. 1008 p., ils. (Biblioteca Porrúa, 74).

López, Miguel. *La toma de Querétaro*. México, Imprenta de Vicente García Torres, 1867. 24 p.

López de Santa Anna, Antonio. *Mi historia militar y política, 1810-1874*. México, MVS Editorial, 2001. 193 p. ils.

Luján, José María (pról.). *El libro secreto de Maximiliano*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Historia, 1963. 127 p., (cuaderno del Instituto de Historia, primera serie, 78).

Márquez, Leonardo. *Manifiestos: el Imperio y los imperiales*. Rectificaciones de Ángel Pola. México, F. Vázquez editor, 1904. 434 p.

Mayer, Edelmiro. *Campaña y guarnición. El ambiente republicano contra el Imperio de Maximiliano. Memorias de Edelmiro Mayer, militar argentino en el ejército republicano de Benito Juárez*. México, Departamento del Distrito Federal, 1985. 128 p. (Conciencia cívica, 17)

Merla, Pedro. *Semblanza depurada de Miramón. Replica al libro "Miramón, Caballero del Infortunio"*. México, Editorial Peregrina, 1967, 54 p.

Miramón, Miguel. *Parte oficial que el Exmo. Sr. General en jefe D. Miguel Miramón dirige al Supremo Gobierno dando cuenta de las operaciones practicadas por el 1er. Cuerpo del Ejército, desde su salida de esta capital el 25 del próximo pasado setiembre hasta la completa derrota de las fuerzas acaudilladas por el faccioso D. Santiago Vidaurri*. San Luis Potosí, Tipografía de Genaro Dávalos, 1858. 29 p., anexos.

Monjarás Ruíz, Jesús. *México en 1863: testimonios germanos sobre la Intervención Francesa*. México, Secretaría de Educación Pública, 1974. 206 p. (SEP/ Setentas, 146).

Moyano Pahissa, Angela y Jesús Velasco Márquez. *EUA I. Documentos de su historia política I*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, 447 p.

Muñoz, Rafael F. *Santa Anna, el dictador resplandeciente*. 4ª. edición, 10ª. reimpresión. México, Fondo de Cultura Económica, 2002. 277 p. (Colección Popular, 247)

Navarrete, Federico y Guilhem Olivier (coords.). *El héroe entre el mito y la historia*. México, Instituto de Investigaciones Históricas/ Universidad Nacional Autónoma de México/ Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2000, 356 p. (Serie Historia General, 20)

O'Gorman, Edmundo. *La supervivencia política Novo-Hispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*. 4ª.edición, México, Universidad Iberoamericana/ Departamento de Historia, 1986, 93 p.

O'Gorman, Edmundo. *México: el trauma de su historia*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Coordinación de Humanidades, 1977, 119 p.

Olivera, Ruth R. & Liliane Créete. *Life in México under Santa Anna, 1822-1855*. USA, University of Oklahoma Press, 1991. 264 p., ils.

Ollivier, Emille. *Expedición de México*. Trad. de Manuel Puga y Acal. Nota preliminar de Martín Quirarte. México, Cámara de Diputados, 1972. XLIX-250 p.

Otranto, Duque de. *Familias de México*. México, Edición de Carlos González Negrete, 1958. 981 p., fotos, ils.

Pani, Erika. "La Guerra Civil, 1858-1860" en Javier Garciadiego. (Coord.) *De la Reforma a la Revolución, 1857-1920. Tomo IV de la Gran Historia de México ilustrada*. México, Planeta / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001. 400 p., pp. 21-40, fotos, ils., cronogramas

Pani, Erika. "La intervención y el Segundo Imperio, 1861-1867" en Javier Garciadiego. (Coord.) *De la Reforma a la Revolución, 1857-1920. Tomo IV de la Gran Historia de México ilustrada*. México, Planeta / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001. 400 p., pp. 41-60, fotos, ils., cronogramas

Pani, Erika. *El Segundo Imperio. Pasados de usos múltiples*. México, Centro de Investigación y Docencia Económicas/ Fondo de Cultura Económica, 2004, 177 p. (Herramientas para la Historia)

Pani, Erika. *Para mexicanizar el Segundo Imperio: el imaginario político de los imperialistas*. México, El Colegio de México/ Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001. 444 p. (Centro de Estudios Históricos)

Pacheco, José Emilio y Andrés Reséndez. *Crónica del 47*. México, Clío, 1997. 95 p., mapas, ils.

Paz, Eduardo. *Reseña histórica del Estado Mayor Mexicano. 1821-1860. Formada de orden superior por el Coronel de Estado Mayor...* México, Talleres del Departamento de Estado Mayor, 1907. Primer tomo, 457 p., apéndice, mapas.

Pérez Verdía, Luis. *Impresiones de un libro: "Maximiliano íntimo" por D. José Luis Blasio*. Guadalajara, Imprenta de "El Regional", 1905. 126 p.

Pitner, Ernst. *Maximilian's Lieutenant. A personal history of the mexican campaign, 1864-1867*. Translated by Gordon Etherington-Smith. Note on the mexican background by Don M. Coerver. Albuquerque, University of New México Press, 1993. 201 p. fotos, ils.

Prieto, Guillermo. *Lecciones de historia patria*. México, Instituto Nacional de las Bellas Artes / Secretaría de Educación Pública / Secretaría de Gobernación, 1986. 515 p.

Prieto, Guillermo. *Memorias de mis tiempos*. Prólogo de Horacio Labastida. México, Editorial Porrúa, 1985., 355 p. ("Sepan cuantos...", 481)

Prieto, Guillermo. *Romances históricos 3*. Compilación y notas de Boris Rosen Jélomer. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994. 519 p., ils. (Obras Completas, XVIII)

Pruneda, Pedro. *Historia de la guerra de Méjico, desde 1861 a 1867*. Pról. de Ernesto de la Torre Villar. Edición (facsimilar). México, Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, 1994. 462 p., ils.

Quirarte, Martín. *Visión panorámica de la historia de México*. 12ª.edición. México, Editorial Porrúa, 1978. 337 p., ils.

Ramírez de Arellano, Manuel. *Apuntes biográficos del Señor General de Brigada Don Joaquín Miramón, asesinado por los juaristas en la Hacienda de Tepetates el día 8 de febrero de 1867*. Querétaro, Tip. Mariano Rodríguez Velásquez, 1867. 9 p.

Ramírez de Arellano, Manuel. *Apuntes de la campaña de Oriente, 1859. Febrero, marzo, abril*. Puebla, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Puebla, 1990. 162 p., anexos. (Bibliotheca Angelopolitana, VI)

Ramírez de Arellano, Manuel. *Últimas horas del Imperio*. México, Tipografía Mexicana, 1869. 205 p.

Reed Torres, Luis. *El General Tomás Mejía frente a la Doctrina Monroe. La Guerra de Reforma, la Intervención y el Imperio a través del archivo inédito del caudillo conservador queretano*. México, Porrúa, 1989. 328 p. fotos, ils. (Biblioteca Porrúa, 99)

Reyes Heróles, Jesús. *El liberalismo mexicano en pocas páginas. Caracterización y vigencia*. Selección de Adolfo Castañón y Otto Granados. México, Secretaría de Educación Pública / Fondo de Cultura Económica, 1985. 480 p. (Lecturas mexicanas, 100)

Ríos, Enrique M. de los. *Maximiliano y la toma de Querétaro. Recopilación de los artículos que con motivo de este histórico asunto ha publicado últimamente tanto la prensa liberal como la conservadora, conteniendo además el informe del Sr. General Escobedo sobre la toma de la Plaza de Querétaro en 1867*. México, Imprenta de las Escalerillas, 1889. 145 p.

Rivera Cambas, Manuel. *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana/ Gobierno del estado de Puebla, 1987. 2 vols., ils., (República liberal / obras Fundamentales).

Rivera Cambas, Manuel. *Los gobernantes de México*. Obra prologada y continuada por Leonardo Pasquel. México, Editorial Citlaltépetl, 1967. Tomo VI, 1861-1872. 288 p., ils. (Colección Suma Veracruzana, Serie Biógrafos)

Rivera y Sanromán, Agustín. *Anales Mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*. Pról. Berta Flores. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994. 383 p. (Vuelta al siglo XIX)

Roeder, Ralph. *Juárez y su México*. 2ª edición, cuarta reimpression. México, Fondo de Cultura Económica, 1995. 1096 p., ils. (Sección de Obras de Historia)

Romero, Matías. *Diario personal (1855-1865)*. Edición, prólogo y notas de Emma Cosío Villegas. México, El Colegio de México, 1960, 656 p.

Romero de Terreros, Manuel. *Siluetas de antaño. Memudencias de nuestra historia*. México, Ediciones Botas, 1937. 209 p.

Salm-Salm, Félix. *Contestación del príncipe Félix de Salm-Salm a Don Miguel López, antiguo coronel imperialista mexicano y autor de un folleto titulado "La toma de Querétaro. Miguel López a sus conciudadanos y al mundo"*. México, Edgard Boulligny impresor, 1887. 8 p.

Salm-Salm, Felix. *My diary in Mexico in 1867. Last days of the Emperor Maximilian*. London, Richard Bentley, 1868. 2 vols., vol. 2, 320 p.

Salm-Salm, Princesa Agnes de. *Diez años de mi vida (1862-1872). Estados Unidos, México, Europa*. Versión española por Diego Abad de Santillán. Puebla, José M. Cajica Jr., 1972. 450 p. (Contribución no. 1 al año de Juárez, 1972)

Sánchez, Pedro. *Al Excelentísimo Señor General don Miguel Miramón. Octava.* Guanajuato, Imprenta de Jesús Oñate, 1860. En Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México, microfilme, rollo 223, doc. 1477

Sánchez Navarro y Peón, Carlos. *Miramón, el caudillo conservador.* 2ª.edición, México, Patria, 1949. 296 p.

Sermón que en la insigne Colegiata de Guadalupe pronunció el 6 de febrero de 1859 el R.P. Fray José Sánchez, predicador y lector de Sagrada Teología en el convento de Churubusco, en la solemne acción de gracias que por las victorias obtenidas mandó celebrar el Excmo. Sr. General de División y Presidente Sustituto de la República Mexicana D. Miguel Miramón. México, Imprenta de Abadiano, 1859. 8 p.

Schmidtlein, Adolfo. *Un médico alemán en el México de Maximiliano. Cartas de Adolfo Schmidtlein a sus padres.* México, Programas Educativos, 1978. 384 p. fotos.

Sierra, Justo. *Evolución política del pueblo mexicano.* Prólogo de Alfonso Reyes. México, Editorial Porrúa, 1986.304 p. ("Sepan cuantos...", 515)

Sierra, Justo. *Juárez, su obra y su tiempo.* Introducción de Agustín Yáñez. 6ª.edición. México, Editorial Porrúa, 1998.467 p. ("Sepan cuantos...", 146)

Suárez Argüello, Ana Rosa. *Un duque norteamericano para Sonora.* México, Dirección General de Publicaciones / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990. 238 p. (Regiones)

Suárez Argüello, Ana Rosa. *EUA 2. Documentos de su historia política III.* México, Instituto Mora, 1988. 515 p., p. 234

Tena Ramírez, Felipe (dir.). *Leyes fundamentales de México. 1808-2002.* 23ª.edición, México, Porrúa, 2002, 1180 p.

Teja Zabre, Alfonso. *Leandro Valle. Un liberal romántico.* México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987. 263 p.

Topete, María de la Luz. *Labor diplomática de Matías Romero en Washington, 1861-1867.* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1976. 459 p., fotos, ils. (Colección del archivo Histórico Diplomático Mexicano. Tercera época. Obras monográficas, 18)

Torre Villar, Ernesto de la. "Desarrollo bélico de la Guerra de Reforma." en Ernesto de la Torre Villar. (coord.) *Imperio y Reforma. Tomo VIII de la Enciclopedia de México.* México, Salvat Editores, 1974. 298 p., fotos, ils., mapas, pp. 1949-1960.

Torre Villar, Ernesto de la. "Desarrollo político de la Guerra de Reforma." en Ernesto de la Torre Villar. (coord.) *Imperio y Reforma. Tomo VIII de la Enciclopedia de México.* México, Salvat Editores, 1974. 298 p., fotos, ils., mapas, p. 1933-1948.

Torrea, Juan Manuel. *La vida de una institución gloriosa. El Colegio Militar, 1821-1930. Apuntes, resúmenes y apreciaciones*. México, Edición del autor, 1931. 189 p., ils.

Urquiza, Francisco L. Asesinato de Carranza. Prólogo de Isidro Fabela. México, La Prensa, 1959, 234 p. (Populibros la Prensa, 32)

Urquiza, Francisco L. México-Tlaxcalaltongo. Mayo de 1920. México, Editorial Cultura, 1932, 178 p.

Valadés, José C. *Maximiliano y Carlota en México. Historia del Segundo Imperio*. 3ª. Reimpresión, México, Editorial Diana, 1993. 398 p. fotos. ils.

Vázquez de Knauth, Josefina. (coord.) *La gestación de una nueva nación. Tomo VII de la Enciclopedia de México*. México, Salvat editores, 1974. 319 p., fotos, ils., mapas.

Vidaurre, Santiago. *Correspondencia particular de Don Santiago Vidaurre, Gobernador de Nuevo León (1855-1864)*. Prólogo del Lic. Santiago Roel. Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1946. 264 p. fotos. Tomo primero: Juárez-Vidaurre.

Villegas Revueltas, Silvestre. *El liberalismo moderado en México (1852-1864)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Históricas, 1997. 319 p. (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 26)

Villela Larralde, Otón. (pról. y notas de). *Manuel Doblado. Testimonios de un patriota*. Guanajuato, Gobierno del Estado de Guanajuato, 1978. 219 p., fotos.

Vindicación del pueblo mexicano en la invasión francesa de 1862. México, Tipografía Mexicana, 1867. 52 p.

Yáñez, Agustín. *Santa Anna: espectro de una sociedad*. 3ª edición. México, Fondo de Cultura Económica, 1993. 337 p., ils. (Colección Popular, 494), p. 251.

Zamacois, Niceto de. *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado a luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas, y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en los conventos de aquel país*. Barcelona/México, J.F. Parrés y comp. Editores, 1882, 18 tomos.

Obras de consulta

Archivo General de la Nación. *Guía general de los fondos que contiene el Archivo General de la Nación*. México, Archivo General de la Nación, 1981, 194 p.

Bompiani, Valentino. *Diccionario de autores de todos los tiempos y de todos los países*. Barcelona, Hora, 1988, 5 tomos

Cárdenas de la Peña, Enrique. *Mil personajes en el México del siglo XIX. 1840-1870*. México, Banco Mexicano Somex, 1979. 4 tomos. Tomo II. 697 p., fotos, ils.

Diccionario de la Lengua Española. Madrid, Real Academia Española, 1992, VIII-1513 p.

Diccionario Porrúa. De historia, biografía y geografía de México. 5ª.edición, México, Porrúa, 1986. 3 vols.

Enciclopedia de México, Dir. José Rogelio Álvarez, edición especial, México, Enciclopedia de México / SEP., 1987. 12 tomos.

Galeana de Valadés, Patricia (coord.). *Los siglos de México*. Cuarta reimpression, México, Patria / Nueva Imagen, 1997. 435 p.

Guía del Archivo Histórico Militar Mexicano. Formada de orden de la Dirección de Archivo Militar. Prólogo de Vito Alessio Robles. México, Taller autográfico de la Secretaría de la Defensa Nacional/ Dirección de Archivo Militar, 1948. 8 tomos, tomo IV y V, 318 p.; tomo VI, 278 p.; tomo VII, 383 p., tomo VIII, 204 p.

Guía e índice de los fondos del Segundo Imperio. Introducción de María Eugenia Terrones. México, Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX, 2000, XXXIII-389 p.

Guía turística. República Mexicana 1980. México, Guía Roji, 1980, 248 p., mapas

Historia general de México / obra preparada por el Centro de Estudios Históricos. México, El Colegio de México, 2000. 1104 p., mapas, ils.

López de Escalera, Juan. *Diccionario biográfico y de Historia de México*, México, Editorial del Magisterio, 1964, 1200 p.

Moguel Flores, Josefina. *Catálogo de archivos del Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX. Fondos e índices*. 2ª.edición, México, Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX, 2000, 458 p.

Musacchio, Humberto. *Diccionario Enciclopédico de México Ilustrado*. 2ª. reimp., México, Andrés León editor, 1990, 4 tomos

Olivera López, Luis. *Catálogo de la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México (1854-1875)*. Índice analítico elaborado por Rocio Meza Oliver. México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1998, 2 tomos, tomo I, 416 p.

Ortega de la Roquete, César y José A. Piza Palacios Roji. *Guía BIMSA. Ciudad de México 1998*. México, BIMSA-Cartosistemas, 1998. 350 p., mapas

Peral, Miguel Ángel. *Diccionario biográfico mexicano*. México, Editorial P.A.C., s.f., 2 tomos, tomo I, 448 p.

Riva Palacio, Vicente. *México a través de los siglos*. 17ª edición, México, Cumbre, s. f. 10 tomos

Vázquez, Josefina Zoraida y Pilar Gonzalbo Aizpuru. *Guía de protocolos: Archivo General de Notarias de la ciudad de México, año de...* Recop. de documentos de Lucila López, María del Pilar Ruiz y Juan Manuel Martínez. México, El Colegio de México, 1989 [1839, 423 p.]; 1993 [1846, 356 p.]; 1994 [1848, 295 p.]; 1995 [1857, 542 p.]; 1996 [1875, 403 p.]; 2000 [1855, 378 p.]; 2001 [1860, 556 p.]

Hemerografía

Moreno Cabrera, María de la Luz. "El Castillo de Chapultepec. Arqueología e historia." En *Arqueología Mexicana*. Dir. Mónica del Villar. Núm. 46, vol. VIII, México, Nov.-dic., 2000, 86 p., pp. 26-33. (Serie Tiempo Mesoamericano IV)

[s. a.]. "Los restos del señor general don Miguel Miramón", en *El Tiempo. Diario Católico*. México, Imprenta de Victoriano Agüeros, año XII, no. 3514, mayo 26 de 1895, p. 2

[s. a.]. "La muerte del señor Miramón", en *El Imparcial*. México, [s. p. i.], diciembre 12 de 1903, [s. p.], en *Impresos Varios* de la Colección Lafragua, Biblioteca Nacional de México